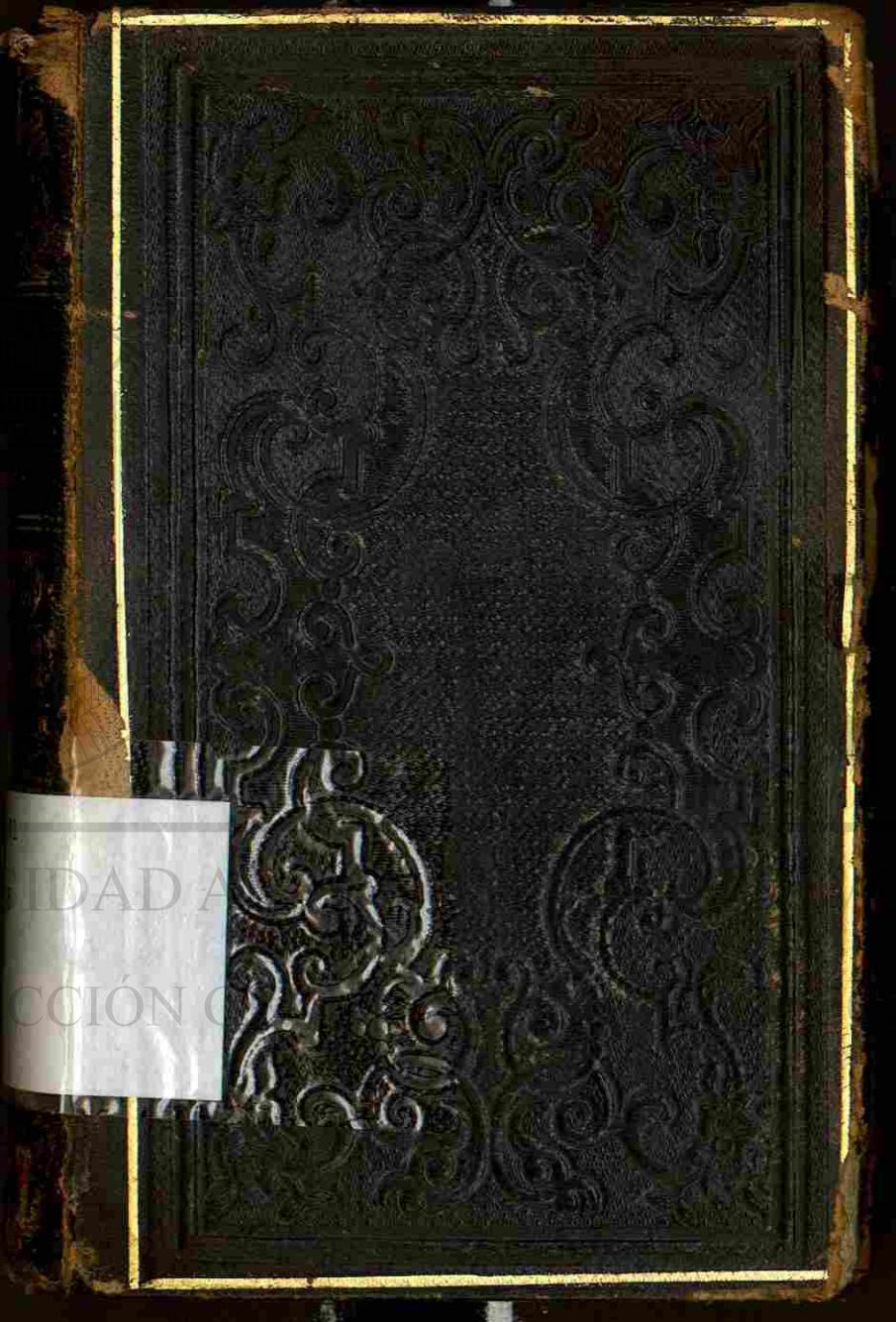


CONSULADO

Y

IMPERIO

DC201
T5
1846
V.8
c.1

1080045718

F07 C#161

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los dias se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos á poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscritor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad.—Para ser suscritor en provincia basta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscritores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

SE SUSCRIBE.

EN MADRID.

En el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 25.

EN PROVINCIAS.

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Señor Mellado, editor de esta publicacion.

Estab: Tipog. de MELLADO.

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS.

Traducida al castellano

POR DON JOAQUIN PEREZ COMOTO.

TOMO VIII.

MADRID, 1849.
MELLADO, EDITOR.
CALLE DE STA. TERESA, NUM. 8.

54683 17016

DC201
T5
1896
V.8





Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

LIBRO VEINTE Y OCHO.

Fontainebleau.

La paz de Tilsit causa grande júbilo en Francia y en los paises aliados.—Primeros actos de Napoleon despues de su regreso á Paris.—El general Savary es enviado á San Petersburgo.—Nueva distribucion de las tropas francesas en el Norte.—El cuerpo de ejército del mariscal Brune, recibe órden de ocupar la Pomerania sueca y poner sitio á Stralsund, en caso de que se renovasen las hostilidades con la Suecia.—Dirigense reiteradas instancias á la Dinamarca para decidirla á tomar parte en la nueva coalicion continental.—Secuestro de las mercaderias inglesas en todo el continente.—Primeras esplicaciones de Napoleon con el gobierno español despues de restablecida la paz.—Se dirige á Portugal una intimacion para obligarlo á espulsar á los ingleses de Lisboa y Oporto.—Reunion de un ejército francés en Bayona.—Idénticas medidas con respecto á Italia.—Ocupacion de Corfú.—Disposiciones relativas á la marina.—Acontecimientos en el mar, desde el mes de octubre de 1805 hasta el de julio de 1807.—Sistema de cruceros.—Cruceros del capitan L' Hermitte en la costa de Africa, del contra-almirante Willaumez en las costas de las dos Américas, y del capitan Leduc en los mares boreales.—Envio de socorros á las colonias francesas y situacion de estas.—Nuevo ardor de Napoleon por la marina.—Sistema de guerra marítima en que se fija.—Negocios interiores del Imperio.—Cambios en el personal de los altos empleados.—El príncipe de Talleyrand es nombrado vice-gran elector, y el príncipe Berthier vice-condestable.—Mr.

DC201
T5
1896
V.8





Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

LIBRO VEINTE Y OCHO.

Fontainebleau.

La paz de Tilsit causa grande júbilo en Francia y en los paises aliados.—Primeros actos de Napoleon despues de su regreso á Paris.—El general Savary es enviado á San Petersburgo.—Nueva distribucion de las tropas francesas en el Norte.—El cuerpo de ejército del mariscal Brune, recibe órden de ocupar la Pomerania sueca y poner sitio á Stralsund, en caso de que se renovasen las hostilidades con la Suecia.—Dirigense reiteradas instancias á la Dinamarca para decidirla á tomar parte en la nueva coalicion continental.—Secuestro de las mercaderias inglesas en todo el continente.—Primeras esplicaciones de Napoleon con el gobierno español despues de restablecida la paz.—Se dirige á Portugal una intimacion para obligarlo á espulsar á los ingleses de Lisboa y Oporto.—Reunion de un ejército francés en Bayona.—Idénticas medidas con respecto á Italia.—Ocupacion de Corfú.—Disposiciones relativas á la marina.—Acontecimientos en el mar, desde el mes de octubre de 1805 hasta el de julio de 1807.—Sistema de cruceros.—Cruceros del capitan L' Hermitte en la costa de Africa, del contra-almirante Willaumez en las costas de las dos Américas, y del capitan Leduc en los mares boreales.—Envio de socorros á las colonias francesas y situacion de estas.—Nuevo ardor de Napoleon por la marina.—Sistema de guerra marítima en que se fija.—Negocios interiores del Imperio.—Cambios en el personal de los altos empleados.—El príncipe de Talleyrand es nombrado vice-gran elector, y el príncipe Berthier vice-condestable.—Mr.

de Champagny es nombrado ministro de Negocios Estrangeros. Mr. Cretet ministro de lo Interior, y el general Clarke ministro de la Guerra.—Mr. de Portalis muere, y le reemplaza Mr. Bigot de Preameneu.—Supresion definitiva del Tribunado.—Arreglo de la magistratura.—Estado de las rentas.—Presupuestos de 1806 y 1807.—Se restablece la balanza entre los ingresos y los gastos sin recurrir á empréstitos.—Creacion de la caja de servicio.—Institucion del tribunal de cuentas.—Obras públicas.—Empréstitos contratados con el tesoro del ejército para aquellas obras.—Sueldos concedidos á los mariscales, generales, oficiales y soldados.—Establecimiento de los títulos de nobleza.—Estado de las costumbres y de la sociedad francesa.—Carácter de la literatura, de las ciencias y de las artes bajo la dominacion de Napoleon.—Legislatura de 1807.—Adopcion del código de comercio —Casamiento del príncipe Gerónimo.—Ciérrase la corta legislatura de 1807, y la córte imperial se traslada á Fontainebleau.—Acontecimientos de Europa durante los tres meses dedicados por Napoleon á los negocios interiores del Imperio.—Estado de la córte de San Petersburgo despues del tratado de Tilsit.—Esfuerzos del emperador Alejandro para reconciliar á la Rusia con la Francia.—Aquel príncipe ofrece su mediacion al gabinete británico. —Situacion de los partidos en Inglaterra.—Reemplazo del ministerio Fox-Grenville por el de Canning y Castlereagh.—Disolucion del parlamento.—Formacion de una mayoría favorable al nuevo ministerio.—Respuesta evasiva á la oferta de la mediacion rusa, y envío de una escuadra á Copenhague para apoderarse de la marina dinamarquesa.—Desembarco de las tropas inglesas bajo las mismas murallas de Copenhague y preparativos de bombardeo.—Se intima á los dinamarqueses que entreguen su escuadra.—En vista de su negativa, los ingleses bombardean la capital durante tres dias, y tres noches.—Horrible destrozo de Copenhague.—La indignacion es general en Europa, y se redoblan las hostilidades contra la Inglaterra.—Esfuerzos de esta potencia para hacer que se aprobase en Viena y San Petersburgo el odioso é inhumano atentado cometido contra Dinamarca.—Disposiciones que inspiraron á la córte de Rusia los últimos sucesos.—Toma el partido de aliarse mas estrechamente con Napoleon, para obtener de él la Moldavia y la Valaquia, ademas de la Finlandia.—Instancias de Alejandro con Napoleon.—Resoluciones de este despues del desastre de Copenhague.—Excita á la Rusia á apoderarse de la Finlandia, alimenta sus esperanzas con respecto á las provincias del Danubio, concluye un arreglo con el Austria, vuelve á llevar sus tropas desde el Norte de la Italia hacia el Mediodía, para preparar la espedicion de Sicilia, reorganiza la escuadrilla de Bolóña, y acelera la invasion de Portugal.—Formacion de un segundo cuerpo de ejército para apoyar la marcha del general Junot hacia Lisboa, con la denominacion de segundo cuerpo de observacion de la Gironda —La cuestion de Portugal originala de España.—Proyectos y dudas de Napoleon con respecto á

España.—Poco á poco se vá arraigando en su ánimo la idea sistemática de escluir á los Borbones de todos los tronos de Europa.—La falta de un pretesto para destronar á Carlos IV le hace titubear.—Papel de Mr. de Talleyrand y del príncipe Cambaceres en aquella circunstancia. Napoleon se fija en la idea de una repartícion provisional del Portugal con la córte de Madrid y firma el 27 de octubre el tratado de Fontainebleau.—Cuando ya se habia decidido á un aplazamiento respecto á España, los graves acontecimientos del Escorial llamaron toda su atencion.—Estado de la córte de Madrid.—Administracion del príncipe de la Paz.—Marina, ejército, hacienda y comercio de España en 1807.—Partidos que dividian la córte.—Partido de la reina y del príncipe de la Paz.—Partido de Fernando, príncipe de Asturias.—Una enfermedad de Carlos IV, que hacia temer por su vida, inspiró á la reina y al príncipe de la Paz, la idea de alejar del trono á Fernando.—Medios imaginados por éste para contrarestar los proyectos de sus enemigos.—Se dirige á Napoleon para obtener la mano de una princesa francesa. —Algunas imprudencias por parte suya infunden sospechas acerca de su conducta y provocan la ocupacion de sus papeles.—Arresto del príncipe y formacion de una causa criminal contra él y sus amigos.—Carlos IV revela á Napoleon lo que pasa en su familia —Provocado Napoleon á mezclarse en los asuntos de España reune un tercer cuerpo de ejército por la parte de los Pirineos, y manda que las tropas marchen aceleradamente.—Mientras se prepara para intervenir, el príncipe de la Paz asustado por el efecto que habia producido el arresto del príncipe de Asturias, se decide á concederle el perdon, mediante una sumision deshonrosa.—Perdon y humillacion de Fernando.—Calma momentánea en los asuntos de España.—Napoleon se aprovecha de ella para trasladarse á Italia —Parte de Fontainebleau para Milan á mediados de noviembre de 1807.

La paz de Tilsit habia producido en Francia un júbilo profundo y universal. Bajo la dominacion del vencedor de Austerlitz, de Jena y de Friedland, no era de temer la guerra; sin embargo, despues de la jornada de Eylau, se llegó á concebir alguna inquietud, viéndole tan empeñado en aquella encarnizada lucha: un secreto presentimiento hacia conocer claramente á algunos, y confusamente á todos, que en aquel camino, como en cualquier otro, era necesario saber detenerse á tiempo; que á los triunfos podian suceder los re-

veses; que la fortuna inconstante siempre, no debia llevarse hasta el estremo, y que Napoleon seria el único de los tres ó cuatro héroes de la humanidad á quien no hubiese hecho espiar sus favores, si trataba de abusar de ellos. Hay en las cosas humanas un término que no es lícito traspasar, y segun la opinion generalizada entonces, Napoleon tocaba ya á aquel límite, que el entendimiento descubre con mas facilidad que le aceptan las pasiones.

Sentíase ademas la necesidad de la paz y de sus dulces goces. Indudablemente Napoleon habia proporcionado á la Francia la seguridad interior, hasta tan alto punto, que durante una ausencia de cerca de un año, y á la distancia de cuatrocientas ó quinientas leguas, no habia estallado la mas leve turbulencia. Una corta ansiedad por la carnicería de Eylau, por la carestía de las subsistencias en el invierno, y algunos discursos pronunciados en las casas de varios descontentos, fueron las únicas agitaciones que señalaron la crisis que se acababa de atravesar. Mas, aun cuando ya no se temia que se repitiesen los horrores del noventa y tres, y aun que reinase la mas completa confianza, era sin embargo, con la condicion de que Napoleon viviera, y cesase de esponer á las balas su preciosa cabeza; era con el deseo de gustar, sin mezcla de inquietud, la inmensa prosperidad de que habia dotado á la Francia. Los que le eran deudores de una posicion elevada aspiraban á gozar de ella: las clases que viven de la agricultura, de la industria y del comercio, es decir, la casi totalidad de la nacion, deseaban utilizar por fin las consecuencias de la revolucion, y la vasta estension de los conductos abiertos á la Francia: porque si bien era cierto que la estaban cerrados los mares, se ofrecia á su actividad el continente entero, con esclusion de la industria británica, y aun se esperaba que los mares volverian á abrirse á consecuencia de las negociaciones de Tilsit. Habiase visto en efecto, á las dos mayores potencias del continente, mejor aconsejadas acerca de la conformidad de sus intereses, y desengañadas de la inutilidad de su lucha, abrazarse en cierto modo á orillas del Niemen, en las personas de sus soberanos, y unirse para cerrar el litoral de la Europa á la Inglaterra, para dirigir contra ella los esfuerzos de todas las naciones, y habia la esperanza de que asustada de su aislamiento aquella potencia, aceptaria la paz en 1807 con condiciones moderadas, como lo hizo en 1802. No era presumible fuese rechazada la mediacion que el gabinete ruso iba á proponerla, y que hacia fácil para su orgullo una pacificacion que reclamaban sus intereses. Gozábase de la paz del continente, se vislumbraba la de los mares, y todos se conceptuaban felices con lo que poseian y lo que esperaban. El ejército, que era el que sostenia particularmente el peso de la guerra, no codiciaba tanto la paz como el resto de la nacion. Sus principales gefes que habian visto ya tantas regiones lejanas y tan sangrientas batallas, que estaban cubiertos de gloria, y á quienes Napoleon iba á colmar bien pronto de riquezas, deseaban en verdad, tanto como la misma nacion, gozar de lo que habian adquirido. Un gran número de veteranos que tenian asegurada su parte en la munificencia de Napoleon, eran del mismo parecer. Pero los gene-

rales, oficiales y soldados jóvenes, que formaban una gran parte del ejército, no anhelaban mas que se les presentasen nuevas ocasiones de gloria y de fortuna. Con todo, despues de una penosa campaña no dejaba de agradarles un intérvalo de reposo, y puede decirse que la paz de Tilsit, era saludada por las aclamaciones unánimes de la nacion y del ejército, de la Francia y de la Europa, de los vencedores y de los vencidos. Escepto la Inglaterra que veia el continente unido otra vez contra ella, escepto el Austria que habia esperado un momento la ruina de su dominador, no habia nadie que dejase de aplaudir aquella paz, que sucedia de repente á la mayor agitacion guerrera de los tiempos modernos.

Aguardábase á Napoleon con impaciencia, porque ademas de las razones que habia para no mirar con gusto sus ausencias, siempre motivadas por la guerra, todos deseaban tenerle á su lado, velando por la comun tranquilidad, y aplicándose á hacer brotar de su inagotable ingenio nuevos manantiales de prosperidad. El cañon de los inválidos que anunciaba su entrada en el palacio de Saint-Cloud, resonó en todos los corazones como la señal del mas feliz acontecimiento, y por la noche una iluminacion espontánea y general, que ni habia mandado la policía de Paris ni exigido con amenazas la multitud, y que brillaba en los balcones de los ciudadanos y en las fachadas de los edificios públicos, fué el comprobante inequívoco de la alegría mas verdadera y universal.

Mi razon, despreocupada por el tiempo, é iluminada por la esperiencia, conoce muy bien todos os peligros que encubre esta desmedida grandeza,

peligros que por otra parte, son bien fáciles de juzgar despues que ocurren los sucesos. Aunque dedicado al modesto culto del buen sentido, permítaseme no obstante un momento de entusiasmo por tantas maravillas, que no han durado, pero que hubieran podido subsistir, y referirlas con un completo olvido de las calamidades que las han seguido. Para pintar con exactitud estos tiempos tan diferentes del nuestro, no quiero divisar antes que lleguen, los tristes dias que despues se han sucedido.

Un signo vulgar, pero verdadero de la disposicion de los ánimos, es la alza ó baja de los fondos públicos en los grandes estados modernos que hacen uso del crédito, y que permiten que en un vasto mercado, llamado bolsa, se vendan y compren los títulos de los empréstitos que han contraido con los capitalistas de todas las naciones. La renta del 5 por 100 (que como es bien sabido representa un interés de 5 permitido ó aprobado á un capital nominal de 100), que Napoleon encontró á 12 francos en el 18 brumario, y que habia subido despues á 60, llegó á 70 con la noticia de la batalla de Austerlitz, y luego se elevó hasta 90, alza desconocida hasta entonces en Francia. La disposicion á la confianza era tan pronunciada, que el precio de estos fondos iba en aumento, y á fines de julio de 1807 ascendia á 92 y 93. Al dia siguiente de los asignados, cuando se habia concluido ya la aficion á los negocios de hacienda, cuando los fondos públicos no habian hecho todavía la fortuna de grandes especuladores, y producido por el contrario la ruina de los acreedores legítimos del estado, cuando el precio del dinero era tal, que se encontraba fácilmente en imposiciones sólidas un interés de 6 y 7

por 100, se necesitaba una confianza inmensa en el gobierno establecido para que los títulos de la deuda perpétua fuesen aceptados á un interés que no escedia de 5 por 100.

Napoleon llegó el dia 27 de julio por la mañana al palacio de Saint-Cloud, en donde acostumbraba pasar el verano. A las princesas de su familia que se habian apresurado á salir á su encuentro, se unieron los grandes dignatarios, los ministros, y principales miembros de los cuerpos del estado. En su semblante brillaban la confianza y la alegria. —La paz continental, les dijo, queda asegurada, y en cuanto á la paz marítima la obtendremos bien pronto por el concurso voluntario ó forzoso de todas las potencias continentales. Tengo motivos para creer sólida la alianza que acabo de concluir con la Rusia. Me bastaria una alianza menos poderosa para contener á la Europa, y para privar de todo recurso á la Inglaterra. Con la de la Rusia que me ha dado la victoria y que la política me conservará, llegaré á superar todas las resistencias. Gocemos de nuestra grandeza y convirtámonos ahora en comerciantes y fabricantes.—Dirigiéndose particularmente á sus ministros, Napoleon les dijo: He desempeñado bastante tiempo el empleo de general, voy á volver á tomar con vosotros el de *primer ministro*, y á principiar *mis grandes revistas de negocios*, que ya es tiempo que se sucedan á *mis grandes revistas de ejércitos*.—Retuvo en Saint-Cloud al príncipe Cambaceres á quien admitió en su comida de familia y con el cual conversó acerca de sus proyectos, porque su imaginacion ardiente empleada sin cesar en el trabajo, solo concluia una obra para dar principio á otra.

Al dia siguiente se ocupó en dar órdenes que abrazaban la Europa desde Corfú á Kœnigsberg. Su primer pensamiento fué sacar inmediatamente las consecuencias de la alianza rusa que acababa de concluir en Tilsit. Esta alianza, comprada á precio de sangrientas victorias, y de infinitas esperanzas inspiradas á la ambicion rusa, era necesario utilizarla antes que el tiempo ó errores inevitables viniesen á resfriar su ardor. Se habia prometido violentar á la Suecia, persuadir á la Dinamarca, arrastrar á Portugal por medio de la España, y decidir de este modo á todos los estados del litoral de los mares europeos, á pronunciarse contra la Inglaterra. Tambien se habia obligado á atraer al Austria á resoluciones semejantes. De este modo, la Inglaterra iba á verse envuelta en un círculo de hostilidades desde Kronstadt hasta Cadiz, y desde este punto hasta Trieste, sino aceptaba las condiciones de paz que la Rusia estaba encargada de ofrecerla. En su tránsito desde Dresde á París, Napoleon habia dado ya órdenes, y al dia siguiente á su llegada á la córte de Francia, continuó espidiendo otras nuevas para la inmediata ejecucion de aquel vasto sistema. Su primer cuidado debia ser enviar á San Petersburgo un agente que continuase cerca de Alejandro, la obra de seduccion comenzada en Tilsit. No podia seguramente encontrar un embajador tan seductor como lo era él mismo. Sin embargo, era indispensable buscar uno que pudiese agradar, inspirar confianza, y allanar las dificultades que siempre se presentan aun en la alianza mas sincera. Esta eleccion exigia mucha reflexion. Esperando haber hecho una que reunia las condiciones apetecidas, Napoleon envió

un oficial ordinariamente empleado y á propósito para todo, asi para la guerra como para la diplomacia y la policia, que sabia ser alternativamente flexible ó arrogante, y muy capaz de insinuarse en el ánimo del jóven monarca, á quien ya habia sabido agradar: era este el general Savary, cuyo talento, adhesion sin escrúpulo y sin límites, y cuyo valor hemos ya dado á conocer. El general Savary, enviado en 1805 al cuartel general ruso, habia encontrado á Alejandro lleno de orgullo la víspera de la batalla de Austerlitz, y consternado al dia siguiente: no abusó sin embargo de la mudanza de fortuna, antes por el contrario, guardó hábilmente consideraciones con el príncipe vencido, y aprovechándose del ascendiente que dan sobre otro las debilidades, cuyo secreto se ha llegado á sorprender, habia adquirido la suficiente influencia para una mision de aquella especie. En aquellos primeros momentos en que se trataba de saber si Alejandro era sincero, y si sabria poner un dique á los resentimientos de su nacion que no habia pasado con tanta presteza como él desde los dolores de Friedland á las ilusiones de Tilsit, el general Savary era muy adecuado por su sutileza para penetrar las intenciones del jóven príncipe, intimidarle con su audacia, y en caso de necesidad contestar con altivez militar á las insolencias que pudieran dirigirle en San Petersburgo. El general Savary reunia ademas otra ventaja, que no despreciaba el malicioso orgullo de Napoleon. La guerra con la Rusia habia comenzado á consecuencia de la muerte del duque de Enghien, y á Napoleon no le desagradaba enviar á aquella potencia el hombre que mas habia figurado en aquella catástrofe. De este modo hacia befa de la aristocracia rusa, enemiga de la Francia, sin herir el amor propio del príncipe, que en su veleidad habia olvidado la causa de la guerra con tanta prontitud como la guerra misma.

Napoleon, sin ningun título aparente, dió al general Savary poderes muy ámplios y mucho dinero para que pudiese vivir en San Petersburgo, cual convenia á su elevada posicion. El general debia hacer al emperador mil protestas acerca de la sinceridad de la Francia, apremiarle á que se esplicase con la Inglaterra, llegar con ella á una resolucion pronta, fuese la paz ó la guerra, y en este último caso invadir inmediatamente la Finlandia, empresa que lisongeando la ambicion moscovita, daria por resultado empeñar definitivamente á la Rusia en la política de la Francia. Por último Savary debia emplear todos los recursos de su talento en hacer que prevaleciese y diera sus frutos la alianza concluida en Tilsit.

Entabladas ya las relaciones con la Rusia, Napoleon se ocupó de los otros gabinetes que debian concurrir á la ejecucion de su sistema. No esperaba en verdad una conducta sensata por parte de la Suecia, gobernada entonces por un rey estravagante. Aunque aquella potencia tuviese doble interés en que no se la violentase, el de contribuir al triunfo de los neutrales, y el de evitar una invasion rusa, Napoleon estaba, no obstante, persuadido de que no tardaria mucho en verse precisado á emplear contra ella la fuerza de sus armas, lo cual le era bien fácil con un ejército de cuatrocientos veinte mil hombres, que dominaba el continente desde el Rhin al Niemen. Adoptó, pues, algunas disposiciones para invadir inmediatamente la Pomerania

sueca, única posesion que sus antiguas y recientes locuras habian permitido conservar á la Suecia en el suelo aleman. Con este objeto, Napoleon hizo algunas alteraciones en la distribucion de sus fuerzas en Polonia y Prusia. No queria evacuar la Polonia hasta que la dinastía sajona que acababa de restablecer en ella estuviese bien asegurada, ni la Prusia hasta que hubiese satisfecho por completo las contribuciones de guerra ordinarias y estraordinarias. En su consecuencia, el mariscal Davout recibió órden de ocupar con su cuerpo, con las tropas polacas nuevamente creadas, y casi todos los dragones, la parte de la Polonia, destinada con el título de gran ducado de Varsovia, al rey de Sajonia. Una division debia situarse en Thorn, otra en Varsovia, y la tercera en Posen. Los dragones debian forragear en las orillas del Vístula: esta era la que se llamaba primera comandancia. El mariscal Soult con su cuerpo de ejército y casi toda la reserva de caballería, ocupó la antigua Prusia desde el Pregel hasta el Vístula, y desde este rio hasta el Oder, con órden de retirarse sucesivamente á medida que se fuesen pagando las contribuciones. La caballería de línea y la ligera, debian permanecer en la isla de Nogath disfrutando de la abundancia que ofrecia aquel Delta del Vístula. En esta segunda comandancia, Napoleon intercaló otra, en algun modo escepcional, como que aquel punto, que era el de Dantzig, reclamaba su presencia. Colocó allí á los granaderos de Oudinot, y ademas la division Verdier, que habian formado el cuerpo del mariscal Lannes, y que debian ocupar aquella rica poblacion, como tambien el territorio que habia recobrado con la cualidad

de ciudad libre. La division Verdier no estaba destinada á quedarse allí, pero los granaderos tenian órden de permanecer hasta que se despejaran perfectamente los negocios de Europa. La tercera comandancia que comprehendia la Silesia, se confió al mariscal Mortier, á quien Napoleon colocaba con gusto en las provincias en donde habia que salvar muchas riquezas de los desórdenes de la guerra, y que habia dejado su cuerpo de ejército, disuelto recientemente por la reunion de los polacos y de los sajones en el ducado de Varsovia. Este mariscal tenia á sus órdenes los cuerpos quinto y sesto, que acababan de dejar los mariscales Massena y Ney, quienes con el mariscal Lannes habian obtenido permiso de volver á Francia para descansar de las fatigas de la guerra. El quinto cuerpo estaba acantonado en las inmediaciones de Breslau, en la alta Silesia, y el sesto al derredor de Glogau en la Silesia baja. El primer cuerpo confiado al general Victor desde la herida del príncipe de Ponte-Corvo, recibió órden de ocupar á Berlin, marchando en su movimiento retrógrado, con la guardia imperial que regresaba á Francia para ser obsequiada con fiestas magníficas. Finalmente, las tropas que habian formado el ejército de observacion á espaldas de Napoleon, se dirigieron rápidamente hácia el litoral. Los italianos parte de los bávaros, los badeneses, los de Hesse, y las dos hermosas divisiones francesas Boudet y Molitor, marcharon con el parque de artillería que habia servido para sitiar á Dantzig, hácia la Pomerania sueca. Napoleon aumentó aquel parque con cuantas bocas de fuego y municiones permitia reunir la buena estacion, y le hizo colocar al frente de

Stralsund para quitar aquel sitio de refugio al rey de Suecia, en caso de que aquel príncipe consecuente en su carácter, volviese á emprender por sí solo las hostilidades, cuando todo el mundo hubiese depuesto las armas. El mariscal Brune, que habia sido colocado al frente del ejército de observacion, recibió el mando directo de aquellas tropas que ascendian á un total de treinta y ocho mil hombres, y estaban provistas de un inmenso material. El ingeniero Chasseloup que tan hábilmente habia dirigido el sitio de Dantzig, recibió tambien el encargo de dirigir el de Stralsund si llegaba el caso de emprenderle.

El mariscal Bernadotte, príncipe de Ponte-Corvo, que habia marchado á Hamburgo para curarse de su herida, obtuvo el mando de las tropas destinadas á guardar las ciudades anseáticas y el Hanover. Los holandeses se aproximaron á la Holanda, y se dirigieron hácia el Ems: los españoles ocuparon á Hamburgo. Estos últimos habian atravesado unos la Italia y otros la Francia, para trasladarse cruzando la Alemania, á las costas del mar del Norte: formaban un cuerpo de catorce mil hombres á las órdenes del marqués de la Romana. Eran hermosos soldados de tez morena, enjutos de miembros, que tiritaban con el intenso frio de las tristes y heladas playas del Océano Septentrional, y que haciendo un singular contraste con nuestros aliados del Norte, recordaban por la estraña diversidad de pueblos sometidos á un mismo yugo, los tiempos de la grandeza romana. Seguidos de muchas mugeres, niños, caballos, mulos y asnos que los servian de bagages, bastante mal vestidos, pero de una manera original, vivos, animados, ardientes y bulliciosos, sin hablar mas idioma que el español, maniobraban poco, empleaban gran parte del dia en bailar al son de la guitarra con las mugeres que los acompañaban, y se atraian la estupefacta curiosidad de los graves habitantes de Hamburgo, cuyos diarios referian aquellos pormenores á la Europa asombrada con tantas y tan estraordinarias escenas. Disuelto el cuerpo del mariscal Mortier, como acabamos de referir, la division francesa Dupas, que habia formado parte de él, se dirigió hácia las ciudades anseáticas, para volar al socorro de nuestros aliados holandeses ó españoles que pudieran recibir la visita del enemigo. Este no podia ser otro que los ingleses, que hacia ya un año habian prometido ya en vano una espedicion continental, y que podian muy bien, como acontece siempre cuando se ha titubeado mucho, obrar cuando ya hubiese pasado el tiempo de hacerlo. A las tropas del general Brune encargadas de hacer frente á Stralsund, y á las del mariscal príncipe de Ponte-Corvo, cuya mision era la de observar el Hanover y la Holanda, debian reunirse en caso de necesidad, primero la division Dupas, y luego todo el primer cuerpo, concentrado en aquel momento al derredor de Berlin. Contra aquella reunion de fuerzas debia estrellarse cualquiera tentativa de los ingleses.

Asi es, que todo se hallaba pronto, si la mediacion rusa no tenia buen éxito, para arrojar á los suecos de la Pomerania á Stralsund, de Stralsund á la isla de Rugen, y de la isla de Rugen al mar, á donde serian precipitados los mismos ingleses, si intentasen un desembarco en el continente. Estas medidas debian asi mismo dar por resultado el

obligar á la Dinamarca á que completase con su adhesion, la coalicion continental contra la Inglaterra. Todo era bien fácil con respecto á los suecos: se habian conducido de una manera tan hostil y tan arrogante, que no habia que hacer mas que la intimacion, y rechazarlos en seguida sobre Stralsund. Los dinamarqueses por el contrario, habian observado tan escrupulosamente la neutralidad y se habian conducido con tanto comedimiento, inclinándose de corazon á la causa de la Francia, que era la suya, aunque sin atreverse á manifestarlo, que no se los podia insultar como á los suecos. Napoleon encargó á Mr. Talleyrand que escribiese inmediatamente al gabinete de Copenhague, para hacerle entender que ya era tiempo de tomar un partido, que la causa de la Francia era la suya, porque la Francia no luchaba con la Inglaterra si no por la cuestion de los neutrales, y esta cuestion lo era de existencia para todas las potencias navales, con particularidad para las mas pequeñas, que eran á las que habitualmente concedia menos consideracion la supremacia británica. Mr. de Talleyrand tenia órden de espresarse como amigo, pero exigente, y de ofrecer tambien á la Dinamarca las mejores tropas francesas y el auxilio de una formidable artillería, capaz de contener á larga distancia á los navíos ingleses mejor armados.

Asustando á la Inglaterra con esta reunion de fuerzas, y tratando á su comercio con el mas estremado rigor, creia Napoleon aprovechar utilmente y secundar la mediacion rusa. Mientras que adoptaba las medidas militares que acabamos de referir, habia hecho secuestrar las mercaderías inglesas en Leipzig, en donde se habia encontrado una cantidad considerable de ellas. Descontento de la manera con que se habian ejecutado sus órdenes en las ciudades anseáticas, hizo ocupar la factoría inglesa en Hamburgo, confiscar muchos valores y géneros, é interceptar en todos los correos las cartas de los comerciantes ingleses, de las cuales se quemaron mas de cien mil. El rey Luis, que desde el trono de Holanda le contrariaba á cada momento por sus medidas irreflexivas, por su vanidad, por su proyectada reduccion del ejército y de la marina holandesa (lo que no le impedia el que quisiese establecer una guardia real, nombrar mariscales, y hacer los gastos de la coronacion) el rey Luis, á todos los planes que habia concebido para agradar á sus súbditos, reunia una tolerancia para con el comercio inglés, que llegaba á ser como una verdadera traicion hacia la política de la Francia; Napoleon, altamente indignado, le escribió que si no variaba de conducta, iba á llevar las cosas hasta el estremo, y á hacer guardar las puertas de Holanda por las tropas y aduanas francesas. Esta amenaza le produjo buen resultado, y las prohibiciones contra el comercio inglés en Holanda se ejecutaron con un poco mas de rigor.

Napoleon quiso que se vendiesen todos los géneros secuestrados y que su producto ingresase en la caja de contribuciones de guerra, para aumentar las riquezas de aquella caja, cuyo destino noble, á la par que ingenioso y fecundo, daremos á conocer bien pronto. Espidió órdenes para que el Hanover, al que trataba sin consideracion porque era una provincia inglesa, la Hesse, las pro-

vincias prusianas de Franconia y la misma Prusia, pagasen sus contribuciones antes que se retirase el ejército. Puede decirse con verdad, que los vencidos no eran tratados con mucho rigor, especialmente si recordamos lo que pasaba en el siglo XVII, durante las guerras de Luis XIV, en el siglo XVIII cuando las guerras del gran Federico, y en nuestro tiempo cuando la Francia fué invadida en 1814 y 1815. Napoleon habia aumentado á las contribuciones ordinarias, de las cuales se habia cobrado á lo sumo una mitad, otra estraordinaria que estaba muy lejos de ser insoportable, y que era el justo premio de la guerra que se le habia suscitado. Mediante esta contribucion hacia que se pagase todo lo que se tomaba de casa de los habitantes. Encargó á Mr. Daru, su hábil é íntegro representante para los asuntos pertenecientes á la hacienda militar, que tratase con la Prusia acerca del modo de pagar las contribuciones que adeudaba, declarando que á pesar de sus deseos de trasladar las tropas francesas al litoral europeo, no evacuaria ni una provincia, ni una plaza de Prusia, antes del completo pago de las sumas que le habian sido ofrecidas. De este modo esperaba, que satisfechos todos los gastos de la campaña, y reunido á las contribuciones de la Alemania los restos de la que se habia impuesto al Austria, le quedarian cerca de 300 millones; suma que valia entonces un duplo de lo que valdria hoy, y que en sus hábiles manos llegarian á ser un medio mágico de beneficios y creaciones de toda especie.

Mientras que tomaba sus medidas en el Norte las adoptaba tambien en el Mediodía para la realizacion de su sistema. La España le habia dado

durante su campaña de Prusia, justos motivos de desconfianza, y la proclama del príncipe de la Paz en que llamaba á las armas á todos los españoles bajo el pretesto de hacer frente á un enemigo desconocido, solo podia atribuirse á una verdadera traicion. Lo era efectivamente, porque en aquel momento, víspera de la batalla de Jena, el príncipe de la Paz entablaba relaciones secretas con la Inglaterra. Aunque ignoraba aquellos pormenores, Napoleon no se engañaba, pero queria disimular hasta que se viese libre y desembarazado para obrar. El innoble favorito que gobernaba á la reina de España, y por medio de ella al rey y á la monarquía, habia creido, como toda la Europa, que el ejército prusiano era invencible. Pero al siguiente dia de la victoria de Jena se prosternó á los pies del vencedor, y despues se valió de toda especie de lisonjas para disipar el enojo disimulado fácil de adivinar de Napoleon. No faltaba mas que un género de obediencia que no supo añadir á sus bajezas, porque no tenia capacidad para ello, y era el gobernar bien á la España, sacar de la postracion á la marina, defender sus colonias, y hacerla en fin una aliada útil, especie de espiacion, que á los ojos de Nepoleon hubiera sido suficiente, y aun hubiera impedido que naciese su justa indignacion.

De regreso á Paris, Napoleon comenzó á ocuparse de esta importante parte del litoral europeo, y se persuadió de que al fin seria necesario tomar un partido acerca de la nacion española, que aunque en decadencia, se encontraba siempre dispuesta á serle infiel. Mas aun cuando su imaginacion no descansaba jamás, y de un objeto volaba á otro, como su águila de capital en capital, no

creyó que debia detenerse todavía en esta grave cuestion, porque no queria complicar la situacion y producir obstáculos á la pacificacion general, que esperaba y deseaba ardientemente, y que si llegaba á efectuarse, hacia mucho menos necesaria la regeneracion de la monarquía española. Si, por el contrario, la Inglaterra, guiada por los débiles y violentos sucesores de Mr. Pitt, se obstinaba en continuar la guerra á pesar de su aislamiento, entonces se proponia examinar seriamente la situacion de España (1), y adoptar con respecto á ella un par-

(1) Voy á llegar bien pronto á un asunto muy grave, el de la invasion en España, y se acerca el instante en que tendré que referir la catástrofe de los Borbones españoles, origen de una guerra atroz y funesta para los dos paises. Anuncio, desde luego, que provisto de los únicos documentos auténticos que existen, los cuales son muy numerosos, con frecuencia contradictorios, y solamente conciliables por medio de grandes esfuerzos de crítica, creó poder revelar el secreto, todavía desconocido de los desgraciados acontecimientos de aquella época, y que sobre muchos puntos no estaré de acuerdo con las obras que sobre el mismo asunto han visto la luz pública. No hablo de las mil rapsodias de los historiadores, que no tenian ni mision, ni informes ó datos ni se cuidaban mucho de la verdad. Hablo de los historiadores dignos de ser tomados en consideracion, de los que han sido admitidos, por un favor especial, en los archivos de los ministerios de Negocios estrangeros y de la Guerra, ó de los que habiendo, como el conde de Toreno, ocupado puestos elevados, tenian, ademas de la inteligencia de las cosas, los medios de hallarse bien informados de ellas. Me veré en la necesidad de rectificar las aserciones de unos y otros, porque sobre los asuntos de España no existe nada en el ministerio de Negocios estrangeros, porque el embajador Beauharnais ja-

tido decisivo. Por el momento solo pensaba en una cosa, y era en que desplegase mayor rigor contra el comercio británico, y la sumision de Portugal á sus vastos designios.

La España tenia en París, ademas de un embajador ordinario, que lo era el señor Maserano, agente oficial enteramente inútil, y encargado únicamente de la parte honorífica de su papel, al señor Izquierdo, agente secreto del príncipe de la Paz, que gozaba de toda su confianza, y con quien se habia negociado el convenio rentístico estipulado en 1806 entre el tesoro español y el tesoro francés. Este era el que en realidad se hallaba únicamente encargado de los negocios, y era muy á propósito para ello por su disimulo y por su conocimiento de los secretos de la córte de España. Los infortunados soberanos del Escorial, creyendo que no

más supo el secreto de su gobierno, y en el ministerio de la Guerra solo se encuentra la relacion detallada de las operaciones militares, y esta incompleta algunas veces. Por último, en cuanto á los historiadores españoles no han podido conocer el secreto de las resoluciones que se adoptaban en París. Todo se halla en los papeles particulares de Napoleon depositados en el Louvre, los cuales contienen simultáneamente los documentos franceses y españoles cogidos en Madrid. En estos documentos, con frecuencia contradictorios, como acabo de decir, no se penetra la verdad sino á fuerza de comparaciones y de crítica. Por las diversas notas, que contra mi costumbre, me veré precisado á colocar al pie de las páginas de este libro, se conocerá el esfuerzo y los afanes que he tenido que emplear, aun con documentos auténticos, para llegar al descubrimiento de la verdad. Desde ahora declaro que todos los historiadores que hacen remontar hasta Tilsit los proyectos de Napoleon sobre la España, se han equi-

eran suficiente aquellos dos agentes para conjurar el supuesto enojo de Napoleon, idearon enviarle otro, que con el título de embajador estraordinario, fuese á felicitarle por sus victorias y á manifestarle por ellas una alegria que estaba muy lejos de sentir. Para tan fastuoso y pueril papel se eligió al duque de Frias, y se pidió el permiso para enviarle á Paris. No se necesitaban tantos homenages para desarmar á Napoleon; un poco mas de actividad contra el enemigo comun, le hubiera aplacado mucho mejor que las mas magníficas embajadas. Napoleon que no queria inquietar mas de lo necesario á esta córte que reconocia sus yerros, recibió con muchas consideraciones al duque de Frias, se dejó felicitar por sus triunfos, y desvocado: que los que han supuesto que Napoleon se aseguró en Tilsit el consentimiento de Alejandro, para lo que proyectaba hacer en Madrid, y que se apresuró á firmar la paz del Norte, para ocuparse mas pronto de los negocios del Mediodía, se han engañado igualmente. Napoleon no convino en Tilsit mas que en una alianza general que le garantizase la adhesion de la Rusia á todo cuanto hiciese por su parte, puesto que se dejaba á aquella potencia dueña de obrar como gustase. En aquella época no conceptuaba urgente el mezclarse en los negocios de España: estaba muy resentido por la proclama del príncipe de la Paz; pensaba en esplicarse algun dia, adoptar sus medidas, é imponer despues la paz á la Inglaterra amenazándola con una completa esclusion del continente; y en servirse del gabinete de Madrid para atraer al de Lisboa á sus proyectos. Bien pronto veremos, cómo, y por qué razon se decidió á mezclarse en los asuntos de España. Rectifico desde ahora este error, como rectificaré los demas á medida que lo exijan el órden de los hechos, y la marcha de mi narracion.

pues dijo al nuevo embajador, repitió al antiguo, y manifestó al señor Izquierdo, que era el mas activo de los tres, que agradecia las felicitaciones que se le dirigian por sus triunfos y por el restablecimiento de la paz continental, pero que de esta habia de provenir la paz marítima: que no se llegaria á este resultado tan ventajoso para la España y sus colonias, sino intimidando al enemigo comun por un concurso enérgico de esfuerzos, y por la prohibicion absoluta de su comercio; que era pues preciso apoyar á la Francia, y con este objeto exigir del Portugal una adhesion inmediata y completa al sistema continental: que no queria una esclusion fingida de los ingleses de Oporto y Lisboa, sino una esclusion completa, seguida, de una declaracion de guerra inmediata, y del secuestro de todas las mercaderías británicas: que si el Portugal no accedia desde luego, era necesario que la España previniese sus tropas, porque él tenia ya preparadas las suyas y que se invadiese al momento el Portugal, no por ocho ó quince dias como sucedió en 1801, sino por todo el tiempo de la guerra, y tal vez para siempre, segun las circunstancias. Los tres enviados de España se inclinaron al escuchar aquella declaracion, que debian trasmitir sin demora á su gabinete.

Napoleon mandó llamar al mismo tiempo al señor de Lima, embajador de Portugal, y le previno que si en el tiempo rigorosamente necesario para escribir á Lisboa y recibir la respuesta, no se le prometia la esclusion de los ingleses, el secuestro de su comercio y de sus cosas, y una declaracion de guerra, era preciso que tomase su pasaporte, y que un ejército francés se dirigiria desde Ba-

yona á Salamanca y desde esta ciudad á Lisboa; que asi convenia á la política acordada entre las grandes potencias, y era indispensable para el restablecimiento de la paz en Europa. Napoleon, en su lucha con los ingleses, exigia mucho rigor contra sus personas y propiedades, porque no ignoraba que se habia ya estipulado una esclusion simulada entre las córtes de Lóndres y de Lisboa, y que era urgente que ésta se comprometiese enteramente, si se queria llegar á un resultado grave. La série de los sucesos probará que sus cálculos eran exactos. Como por otra parte habia visto á los ingleses cuando el rompimiento de la paz de Amiens, apoderarse de mas de cien millones de valores, y de un gran número de comerciantes franceses que navegaban bajo la fé de los tratados, buscaba por todas partes rehenes tanto enhombres como en mercancías.

El señor Lima prometió escribir inmediatamente á su córte, y asi lo hizo en efecto. Pero Napoleon no se contentó con una simple declaracion de su voluntad, y previendo muy bien que aquella declaracion no seria eficaz sino iba acompañada de una demostracion armada, dió sus disposiciones para reunir en pocos dias en Bayona un cuerpo de veinte y cinco mil hombres, pronto á renovar contra el Portugal la espedicion de 1801. Ya recordarán sin duda los lectores que algunos meses antes, cuando se aprovechaba de la inaccion del invierno para llevar á cabo el sitio de Dantzig, y preparar á su espalda un ejército de observacion que le garantizase contra toda tentativa del Austria y de la Inglaterra, habia pensado en tener disponibles las tropas acampadas en las costas, reemplazándolas

por cinco legiones de reserva, de seis batallones cada una, cuya organizacion debia confiarse á cinco generales antiguos que habian llegado á ser senadores. Trascurridos cuatro meses, escribió á los senadores encargados de aquella organizacion para saber si podria disponer ya de dos de los seis batallones de cada una de las legiones. Confiando hasta su llegada, en el temor que debia inspirar á los ingleses el próximo regreso del grande ejército, y persuadido de que las espediciones al continente, de que se decia que se ocupaban ya hacia mucho tiempo, no se dirigirian á las costas de Francia, teniendo tomadas todas las precauciones en las de Holanda, Hanover, la Pomerania y la antigua Prusia, no titubeó en desguarnecer las de Normandía y Bretaña, y mandó que se reuniesen en Bayona de las tropas repartidas entre los campamentos de Saint-Ló, Pontivy y Napoleon-Vendee. Cada uno de estos campos, formados de los terceros batallones y de algunos regimientos completos, formaba una buena division, y debia, con los depósitos de dragones reunidos en Versalles y San German, y con los destacamentos de artillería sacados de Rennes, de Tolosa y de Bayona, componer un escelente ejército de cerca de veinte y cinco mil hombres. Este ejército recibió órden de concentrarse inmediatamente en Bayona. Napoleon escogió para mandarle al general Junot, que ya conocia el Portugal, donde habia sido embajador, que era buen oficial, muy adicto á su gefe, y que como gobernador de Paris no habia cometido mas falta que la de entregarse demasiado á sus placeres. Suponíase que tenia relaciones que producian algun escándalo con una de las princesas de la familia im-

perial, y Napoleon conciliaba con esta eleccion muchos inconvenientes. Estas medidas se tomaron ostensiblemente y de manera que la España y Portugal no pudiesen ignorar cuán trascendentales serian las consecuencias de una negativa. Al mismo tiempo se espidieron las órdenes necesarias para que dos batallones de cada una de las legiones de reserva, estuviesen prontos á reemplazar en las costas á las tropas que se iban á retirar de ellas.

Con el mismo espíritu se ocupó Napoleon en aquel momento de los asuntos de Italia. Alli, como en todas partes, su primer cuidado fué el redoblar su rigor contra el comercio inglés, siempre con la intencion de hacer al gabinete de Lóndres mas sensible á las proposiciones de la Rusia. La reina de Etruria, que como es bien sabido, era hija de los monarcas de España, establecida por Napoleon en el trono de Toscana, y que por la muerte de su esposo habia llegado á ser regente de aquel bello reino á nombre de su hijo (1), le gobernaba con la negligencia de una muger, de una española, y con poca fidelidad á la causa comun. Los ingleses ejercian el comercio en Liorna, con tanta libertad como en un puerto de su nacion. Napoleon habia reunido todos los depósitos del ejército de Nápoles en las Legaciones, y con su acostumbrada vigilancia, los tenia constantemente provistos de conscriptos y de material. Ordenó al príncipe Eugenio que sacase de ellos una division de cuatro mil hombres y la dirigiese por el Apenino sobre Pisa, que cayese de improviso sobre el comercio

(1) Despues príncipe de Luca y de Parma.

inglés de Liorna, que se apoderase de las personas y de las cosas, y declarase en seguida á la reina de Etruria que habia ido para preservar aquel puerto importante de toda tentativa enemiga, tentativa posible y probable desde que la guarnicion española se habia incorporado al ejército del marqués de la Romana en el Hanover. Al mismo tiempo que decretaba aquella espedicion, dispuso que á las órdenes del general Lemarrois penetrasen á la deshilada en las provincias de Urbino, de Macerata y de Fermo, destacamentos de tropas para ocupar en ellas el litoral, arrojar á los ingleses, y preparar arribadas ó escalas seguras al pabellon francés que debia presentarse bien pronto en aquellos mares. Napoleon acababa en efecto de recobrar las bocas del Cattaro, Corfú y las islas Jónicas. Se proponia aprovecharse de las circunstancias para conquistar la Sicilia, y queria cubrir con sus buques la superficie del Mediterraneo. Encargó igualmente al general Lemarrois que observase el espíritu de aquellas provincias, y que si la propension que en lo general tenian las provincias de la Santa Sede de libertarse del gobierno teocrático, para pasar al del príncipe Eugenio, llegaba á manifestarse en ellas, no las opusiese obstáculos ni contradiccion.

En aquel momento, la disension con la Santa Sede, cuyo origen hemos referido ya en otra parte, aunque sin espresar sus contínuas y diarias vicisitudes, hacia cada vez mayores progresos. El papa que habia marchado á Paris para consagrar á Napoleon, habia vuelto, aunque con muchas satisfacciones morales y religiosas, con el disgusto temporal de no haber recobrado las Legaciones.

despues habia visto que su independencia no era mas que nominal por la estension del poder francés en Italia, y concibió tan gran resentimiento que ya no podia disimular. En vez de entenderse con un soberano tan respetable, contra quien nada podian entonces ni aun las naciones de primer orden, que por otra parte solo deseaba el bien de la religion, y no cesaba de hacérselo, que no pensaba en apoderarse de la soberanía de Roma, y únicamente pedia que se condujera como buen vecino con los nuevos estados franceses fundados en Italia, el papa habia cometido el error de ceder á desagradables sugestiones, tanto mas poderosas en su ánimo, cuanto se hallaban en armonía con sus sentimientos secretos. Animado de semejantes disposiciones, habia contrariado á Napoleon en todos los arreglos relativos al reino de Italia: habia pretendido reservarse en él todos los derechos del pontificado, mucho mayores en Italia que en Francia, y no habia querido admitir un concordato igual entre los dos paises. En Parma y en Plasencia, sufria las mismas exigencias y contrariedades, y á estas desavenencias se unieron otras de carácter personal. El príncipe Gerónimo Bonaparte, durante sus campañas marítimas en América, habia contraido matrimonio con una señorita muy bella y de buen nacimiento, pero en una edad que hacia nulo aquel enlace, por la falta de consentimiento de sus padres. Napoleon que queria, casando á aquel príncipe con una princesa alemana, fundar un nuevo reino en Westfalia, se habia negado á reconocer un matrimonio nulo con arreglo á la ley civil y á la religiosa, y que contrariaba hasta el mas alto punto sus proyectos políticos. Recurrió á la Santa Sede pidiendo la anulacion, y el papa se opuso á ella formalmente. Por último, la ciudad de Roma, y esto era una hostilidad mas abierta, y que ningun escrúpulo religioso podia justificar, la ciudad de Roma habia llegado á ser el refugio de todos los enemigos del rey José. Ademas de que el papa habia protestado contra el establecimiento del reino francés en Nápoles en su cualidad de antiguo señor feudal de la corona de las Dos Sicilias, habia recibido, y casi atraido á su lado á los cardenales que se habian negado á prestar obediencia al rey José. Habia tambien dado asilo á todos los malhechores que infestaban los caminos del reino de Nápoles, y que se refugiaban públicamente en los arrabales de Roma, manchados todavia con la sangre de los franceses, sin que jamás se pudiera obtener justicia ni la extradiccion de ninguno de ellos.

Napoleon, en su viage de Tilsit á Paris, escribió desde Dresde al príncipe Eugenio, que defendia á la córte de Roma, esponiéndole sus quejas, y previniéndole que se las comunicase al Vaticano, ó hiciese entender al pontífice que, aun cuando su paciencia era sumamente grande se iba ya apurando, y que sin tocar á la autoridad espiritual del papa, no vacilaria, si era necesario, en despojarle de la temporal. Tales eran entonces las relaciones con la córte de Roma, y ellas esplican la facilidad con que Napoleon tomó las medidas que acabamos de manifestar en la parte del litoral del Adriático, dependiente de la Santa Sede.

En el tratado de Tilsit se estipuló la restitucion de las bocas del Cattaro, y la cesion de Corfú y de todas las islas Jónicas. Ninguna posesion

habia deseado tanto Napoleon, ni halagado tanto su mente, pues en ella veia el complemento de sus provincias de Iliria, la dominacion del Adriático, un camino para las provincias turcas de Europa que le estaban destinadas en caso de efectuarse la particion del imperio otomano, y en fin, un medio mas para enseñorearse del Mediterráneo, en donde queria reinar absolutamente para indemnizarse del Océano, que bien á pesar suyo habia tenido que abandonar á la Inglaterra. Como los rusos, despues de la paz de Presburgo, se habian aprovechado del momento en que la guarnicion austriaca iba á ser relevada por la francesa, para apoderarse de los fuertes del Cattaro; Napoleon, que no queria que los ingleses hiciesen otro tanto aquella vez, habia dado órdenes desde Tilsit al general Marmont, para que las tropas francesas estuviesen ya reunidas al pie de las murallas de Cattaro, cuando se retirasen los rusos. Lo que habia mandado se ejecutó puntualmente, y las tropas que entraron en Cattaro ocupaban sólidamente aquella importante posicion marítima.

Pero interesándole mas Corfú y las islas Jónicas que las bocas del Cattaro, mandó á su hermano José que hiciese marchar secretamente hácia Tarento, y de modo que no inspirasen sospecha alguna á los ingleses, al 5.° de línea italiano, el 6.° de línea francés, algunas compañías de artillería; obreros, municiones, oficiales de estado mayor, el general César Berthier, encargado de mandar la guarnicion, y que formase muchos convoyes que se trasladarian en lanchas desde Tarento á Corfú. Como la travesía era de muy pocas leguas, bastaban cuarenta y ocho horas para pasar

en varios viages los cuatro mil hombres que componian la espedicion. El almirante Siniavin, gefe de las fuerzas rusas en el Archipiélago, era el encargado de hacer la entrega de las islas Jónicas, lo cual ejecutó con el mayor disgusto, y sin procurar disimularlo, porque la marina rusa, dirigida en general ó por oficiales ingleses, ó rusos que habian recibido su educacion científica en Inglaterra, era mucho mas hostil á los franceses, que el mismo ejército que acababa de combatir en Eylau y en Friedland. Sin embargo, aquel almirante obedeció y entregó á las tropas francesas las escelentes posiciones, cuya custodia le habia estado confiada. Fundábase su pesar en dos motivos, porque ademas de lo costoso que le era el abandonar á Cattaro, Corfú, y las siete islas, iba á encontrarse en medio del Mediterráneo sin poder volver á entrar en el mar Negro por los Dardanelos, á causa del rompimiento con los turcos, y tenia que atravesar el estrecho de Gibraltar, la Mancha y el Sund, por medio de las escuadras inglesas, que segun el estado de las negociaciones entabladas, podian dejarle pasar ó detenerle. Napoleon habia previsto todas estas complicaciones, y habia asegurado á los almirantes rusos que encontrarian en los puertos del Mediterráneo, tanto en los de Italia y Francia, como en los de España y Portugal, arribadas sin riesgos, víveres, municiones y medios de reparar sus buques. Escribió á Venecia, á Nápoles, Tolon, Cadiz y aun á Lisboa, á sus prefectos marítimos, á sus almirantes y á sus cónsules, y les recomendó, que donde quiera que se presentasen las escuadras rusas las recibiesen con distincion, suministrándoles cuanto necesita-

sen. En Cadiz particularmente, donde tenia Napoleon por representante al almirante Rosily, comandante de la escuadra francesa que habia quedado en aquel puerto despues de la batalla de Trafalgar, y en donde habia mas probabilidades de que los rusos buscasen un asilo, mandó al almirante francés que tuviese preparados los socorros necesarios que no debia esperar de la administracion española, habituada á dejar morir de hambre á sus propios marineros, y le autorizó si era preciso, para que empeñase su firma á fin de obtener de los banqueros españoles los indispensables fondos.

Las fuerzas navales rusas, advertidas por su gobierno y por el de Francia, se retiraron en dos divisiones en diferentes vias. La que conducia la guarnicion de Cattaro, hizo rumbo hácia Venecia, en donde dejó las tropas rusas, que Eugenio recibió con las mayores consideraciones. La division que llevaba las tropas de Corfú, las desembarcó en Manfredonia, en el reino de Nápoles, y se dirigió en seguida hácia el estrecho, á las órdenes de Siniavin. Este almirante, que aun no habia entrado en las miras de su soberano, no tenia deseos de detenerse en ningun puerto francés, ó dependiente de la influencia francesa, y se lisonjeaba de volver á los mares del Norte, antes que las negociaciones entre su córte y la de Inglaterra viniesen á parar en un rompimiento.

La intencion de Napoleon no era limitarse á las precauciones que habia ya adoptado para las provincias del Adriático y del Mediterráneo, pues le parecia insuficiente el cuerpo de cuatro mil hombres que acababa de dirigir á Corfú, y sabia

muy bien que los ingleses no dejarian de hacer grandes esfuerzos en caso de que se prolongase la guerra, para arrancarle las islas Jónicas, cuya importancia podia contrabalancear la de Malta. Asi fué, que mandó marchar tambien allí al 14 ligero francés, y otros muchos destacamentos; de modo que las fuerzas francesas é italianas ascendian á siete ú ocho mil hombres, sin contar algunos albaneses y griegos que se habian alistado á las órdenes de oficiales franceses para guarnecer las islas pequeñas. Cinco mil hombres debian permanecer en Corfú, y mil quinientos en Santa Maura: otros quinientos debian guardar el puesto de Parga, en el continente del Epiro. En cuanto á Zante y Cefalonia, Napoleon no quiso tener allí mas que simples destacamentos franceses para sostener y contener á los albaneses. No queriendo verse espuesto, como lo habia estado en Malta, á perder por el hambre una posicion que el enemigo no podia tomar por la fuerza, dió órden al príncipe Eugenio y al rey José que hiciesen partir de Ancona y de Tarento, por medio de barcos italianos, y con todos los vientos favorables, cargamentos de trigo, galleta, pólvora, proyectiles, fusiles, cañones y cureñas, y que continuasen las remesas sin interrupcion hasta que se reuniese en Corfú la suficiente provision de cosas necesarias para una larga defensa. No contando mucho con la solvencia del tesoro de Nápoles, sacó de la caja de Turin, cuantiosas sumas en oro, para pagar al corriente á las tropas, y á los obreros que se empleasen en construir las fortificaciones. A las remesas de recursos que acabamos de enumerar, acompañaban instrucciones admirables para el general César Ber-

thier (hermano del mayor-general), en las cuales se hallaban previstos todos los casos, é indicada la conducta que debia observarse en todas las eventualidades imaginables.

El general Marmont, que habia ya construido muy buenos caminos en las provincias de Iliria que administraba con mucho celo é inteligencia, recibió órden de continuarlos hasta Ragusa y Cattaro, y practicar reconocimientos hasta Butrinto, punto de la costa del Epiro, situado en frente de Corfú, y preparar los medios de conducir á él con rapidez una division. A este efecto pidió Napoleon á la Puerta que le cediese á Butrinto para poder disponer con mas libertad de aquella posicion, desde la cual era muy facil enviar socorros á Corfú, lo cual le fué concedido sin dificultad. En fin, reclamó y obtuvo tambien el establecimiento de paradas de tártaros, desde Cattaro hasta Butrinto, para que el general Marmont tuviese pronto aviso de cualquiera aproximacion del enemigo, y pudiese acudir con diez ó doce mil hombres, fuerza suficiente para hacer volver á los ingleses al mar, si intentaban un desembarco. A estos medios agregó los que el concurso de la marina podia ofrecerle. Envió desde Tolon al capitan Chaunay-Duclos, con las fragatas *Pomona* y *Paulina*, y la corbeta *Victoriosa*, para que formasen en Corfú la base de una marina. Mandó ademas que se construyesen en el puerto de Corfú dos grandes bricks, y que se tripulasen con marineros del pais, y con algunos destacamentos de tropas francesas. Esta pequeña y naciente marina compuesta de fragatas y de bergantines, debia cruzar sin cesar entre la Italia y el Epiro, y entre Corfú y las demas islas, de modo

que estuviese siempre abierto el paso á los buques mercantes franceses, y cerrado á los del enemigo.

Al dirigir al rey José, al príncipe Eugenio y al general Marmont aquellas multiplicadas instrucciones, no tan solo con el tono imperioso con que dictaba siempre sus órdenes, sino con el lenguage apasionado que usaba cuando sus mandatos se hallaban enlazados con alguno de sus grandes pensamientos, Napoleon les escribia: «Estas medidas forman parte de un conjunto de proyectos que no podeis conocer. Sabed únicamente que en el estado del mundo, la pérdida de Corfú, seria la mayor desgracia que pudiera ocurrir al imperio.»

Estos proyectos eran en efecto conocidos de muy pocas personas en Europa. El mismo Mr. de Talleyrand, negociador de Napoleon en Tilsit, no tenia mas que una idea muy incompleta de ellos. No los sabian mas que Alejandro y Napoleon, que en sus largas conferencias á orillas del Niemen, se habian prometido entenderse sobre la particion que debia hacerse del imperio turco, particion en que el uno buscaba el resarcimiento de la grandeza francesa, y el otro la compensacion de la ruina del imperio turco, que la molicie asiática no podia ya defender contra la energía europea. Napoleon estaba muy distante de querer apresurar aquel resultado. Alejandro, por el contrario, lo deseaba ardientemente, lo cual era lo que constituia el peligro de su alianza. Pero previendo los sucesos, Napoleon queria hallarse preparado para invadir las provincias turcas situadas á su alcance, y aun cuando esta necesidad podia presentarse ó no, esperaba hacerse dueño del Mediterráneo. Creia que apoderándose de aquel mar, que era la comunica-

cion mas corta entre el Oriente y el Occidente, podia consolarse con no ser mas que el segundo en el Océano. Asi es que Napoleon estaba decidido, el mismo dia que se firmó la paz de Tilsit, á recobrar la Sicilia, que miraba como suya desde que habia tomado á Nápoles para uno de sus hermanos; y esperaba obtenerla, bien porque se la abandonasen los ingleses, si los rusos lograban negociar la paz, ó bien por la fuerza de las armas si continuaba la guerra. Asi es, que desde fines del invierno comenzó á comunicar órdenes á su ministro de marina, para que dirigiese sus escuadras al puerto de Tolon, y preparóse de este modo una grande espedicion contra la Sicilia.

Contrariadas aquellas órdenes por las circunstancias y por la insuficiencia de los recursos, se reiteraron con mas fuerza despues de firmada la paz continental. El mismo dia en que se celebró el tratado de paz en Tilsit, Napoleon escribia á cuatro personas simultaneamente, al príncipe Eugenio, al rey José, al rey Luis de Holanda, y al ministro de marina, que concluida la guerra en el continente, era preciso pensar en el mar, y procurar sacar algun partido de la inmensidad de costas que poseia. La Inglaterra tenia sin duda la ventaja de su posicion insular, fundamento inalterable de su grandeza marítima, pero la posesion de todas las costas europeas, desde Kronstadt á Cádiz, desde Cádiz á Nápoles, y desde Nápoles hasta Venecia, era tambien un elemento de poderío marítimo, y un medio terrible si habia habilidad y tiempo para manejarle. Napoleon profirió en Berlin entusiasmado por sus victorias, la espresion de *que era necesario dominar el mar por medio de la tierra*. Acababa de realizar de aquel pensamiento cuanto era realizable, obteniendo en Tilsit la union voluntaria ó forzada de todas las potencias del continente contra la Inglaterra; era, pues, necesario aprovechar aquella union, antes que la dominacion continental de la Francia llegase á ser mas insoportable al mundo que la dominacion marítima de la Inglaterra.

Veinte y dos meses habian trascurrido desde la fatal batalla de Trafalgar, en la que el pabellon francés habia desplegado un heroismo sublime en medio de un inmenso desastre. Aquellos veinte y dos meses se habian empleado con alguna actividad y alguna gloria, al menos con la que se debe al valor que no abaten los reveses. El almirante Decrés, que continuaba prestando servicios á la impetuosa voluntad de Napoleon con su profunda esperiencia y su talento superior, no siempre conseguia persuadirle que en la marina no se suple con la voluntad, con el valor, con el dinero, ni aun con el ingenio, al tiempo y una larga organizacion. Habia propuesto á Napoleon el sustituir al sistema de grandes batallas navales, el de cruceros muy divididos y lejanos. En este sistema habia la ventaja de aventurar menos de una vez, de adquirir navegando la esperiencia que faltaba, de causar grandes daños al comercio del enemigo, y de tener en fin la probabilidad de encontrar al adversario con menor fuerza numérica, porque el mar por su misma inmensidad, es el campo de la casualidad. Semejante sistema merecia, seguramente, que se hubiese ensayado, y habria producido incontestables ventajas sobre el otro, si la desproporcion numérica de las fuerzas francesas

con las de los ingleses no hubiera sido tan grande, y si nuestros establecimientos lejanos no estuvieran tan arruinados y tan exhaustos de recursos.

Con arreglo al plan de Mr. Decrés, se habian preparado varios cruceros en Brest, Rochefort y Cádiz, para hacerlos salir á fines de 1805 aprovechando los vientos del otoño. Una division de cuatro fragatas habia salido para cruzar el mar de las Indias, destruir en él al comercio inglés, y hacer vivir á la isla Borbon y la de Francia con los productos del corso, puesto que ya no hacian tráfico alguno. Aquellas fragatas que llegaron con felicidad, proporcionaron efectivamente á las dos islas abundantes recursos. El capitan L' Hermitte, con el navío *Régulo*, las dos fragatas *Cibeles* y el *Presidente*, y dos bergantinesel *Vigilante* y el *Diligente*, habia salido del puerto de Lorient el 30 de octubre de 1805, y hecho vela hácia las Canarias. Siguiendo la costa de Africa, habia recorrido de Norte á Sur una estension de muchos centenares de leguas, para apoderarse de los buques ingleses que en aquellos parages se dedican al tráfico de negros, y habia apresado ó destruido un gran número de ellos; porque el almirantazgo inglés, no previendo la visita de un crucero francés en aquellas aguas, no habia tomado ninguna medida de precaucion. Despues de cruzar durante los meses de diciembre, enero, febrero y marzo, de causar mucho daño y hacer muchas presas, aquella division, privada del bergantin *Vigilante* que habia enviado á Francia para que diese noticias suyas, trató de hacer escala para reparar sus buques y aparejos, proporcionarse víveres frescos, y que

descansasen las tripulaciones. No atreviéndose á volver á Francia en la buena estacion, ni queriendo ir á nuestras Antillas que estaban siempre muy observadas, ni teniendo muchos puertos de arribada franceses ó aliados en que escoger, se dejó llevar de los vientos alisios que la condujeron hácia la costa de América; bajó despues en abril á San Salvador, puerto del Brasil, en donde tenia probabilidades de encontrar víveres y vender con ventajas los negros apresados á los traficantes ingleses. Al cabo de veinte y dos dias se hizo otra vez á la vela para cruzar en las aguas de Rio Janeiro, fué perseguida en varias ocasiones por los navíos ingleses que iban á la India, subió á la altura de las Antillas, continuó haciendo presas, y el 19 de agosto la asaltó un huracan espantoso y de los mas horribles que se habian esperimentado en aquellos mares de veinte y cinco años á aquella parte, lo cual la obligó á dispersarse. El *Régulo*, despues de haber perdido de vista sus fragatas y de buscarlas inútilmente, volvió á entrar en Brest el 3 de octubre de 1806, al cabo de una navegacion de cerca de un año. La fragata *Cibeles* desmantelada huyó á los Estados Unidos, y la *Presidente*, separada de su division, fué capturada.

A pesar de los accidentes que sobrevinieron al finalizar este crucero, accidentes inevitables despues de desafiar durante once meses las eventualidades del mar y de la guerra, hubieran podido aceptarse de la fortuna iguales condiciones para todos nuestros cruceros. El capitan L' Hermitte habia destruido veinte y seis buques enemigos, hecho quinientos setenta prisioneros, inutilizado mas de cinco millones de valores, y conducido

considerables sumas, muy superiores á los gastos de su crucero. El tráfico de negros habia padecido mucho aquel año en la costa de Africa, y las compañías inglesas de seguros lanzaban contra el almirantazgo las mas furiosas imprecaciones. Pero nuestros grandes cruceros no debian ser tan felices.

Cádiz no presentaba mas que restos que era preciso reunir y reorganizar antes de poder formar una division. En Rochefort se encontraba la division del contra-almirante Allemand, que descansaba en aquel puerto del difícil crucero que habia hecho, á consecuencia de no haber encontrado al almirante Villeneuve. Brest era el único que ofrecia recursos para organizar una fuerte division. Ademas de los veinte y un buque surtos en aquel gran puerto, se habian destacado seis, los mas propios para una larga navegacion, y se los despachó á las órdenes del contra-almirante Willaumez, el 13 de diciembre de 1805, para los mares de América. Esta division se componia del *Fulminante*, navío de ochenta cañones, el *Veterano*, el *Cassard*, el *Impetuoso*, el *Patriota* y el *Eolo* de setenta y cuatro, y de dos fragatas, la *Valerosa* y el *Cometa*, y llevaba víveres para siete meses. En cuanto se supo su salida, se lanzaron en su persecucion mas de treinta navíos ingleses, para buscarla por todos los mares. Cruzó en un principio las aguas de Santa Elena durante los meses de febrero y marzo de 1806, é hizo algunas presas: teniendo despues algunos enfermos á bordo, y careciendo de víveres frescos, se dirigió á San Salvador por las mismas razones que condujeran á aquel puerto al capitan L' Hermitte. Despues de descansar diez y

siete dias, salió de él para cruzar otra vez, y tocó en el mes de junio en la Martinica con objeto de colocarse al viento de las Antillas, para encontrar allí á los grandes convoyes de la Jamaica. En la Martinica encontró muy pocos víveres, porque la colonia apenas tenia los necesarios para su consumo, y pocos medios de reparacion, porque el contínuo estado de guerra por espacio de casi quince años, no habia permitido enviar allí materias navales, y fué á apostarse en los pasos de las Antillas con la esperanza de hacer alguna rica presa, que compensase los gastos de tan grande armamento. El 28 de julio navegaba en forma de abanico, con intencion de apoderarse de un convoy que habia divisado, cuando refrescando el viento, fué aumentándose sensiblemente la distancia que separaba á los buques de la escuadra. Al siguiente dia 29 al amanecer, se perdieron de vista el *Veterano* que montaba entonces el príncipe Gerónimo Bonaparte, y la fragata *Valerosa*. El almirante para incorporarse con aquellos dos buques, subió hácia el Norte á lo largo de las costas de América, y fué á cruzar á treinta y ocho leguas al Este de Nueva Yorck: mas no encontrando ni al *Veterano* ni á la *Valerosa*, se dirigió hácia el punto de reunion señalado de antemano á los buques que se estraviasen entre el grado 29 de latitud Norte y el 67 de longitud Occidental. Allí encontró á la *Valerosa* pero no al *Veterano*, que habia hecho vela en aquel momento hácia el banco de Terranova, y permaneció en aquellos parages hasta el 18 de agosto. Durante estas vicisitudes, las divisiones inglesas no lograron avistarle, ni tampoco él encontró al convoy de la Jamaica, que pasó á cuarenta leguas de

su escuadra. Habiendo esperado mas del término prefijado á sus buques para la reunion, el almirante Willaumez que habia tenido intencion de dirigirse á Terranova, celebró consejo de guerra con sus capitanes, y habiendo manifestado que crecia el número de los enfermos, que apenas tenian aguas, maderas ni víveres, se decidió á hacer escala en Puerto-Rico, subir luego hasta el banco de Terranova, destruir las pesquerías inglesas, y regresar á Europa para entrar en los puertos de Francia durante los vientos del Ecuador que alejaban al enemigo. Mas apenas se habia adoptado esta resolucion, cuando en la noche del 18 al 19 de agosto de 1806, el mismo huracan que habia dispersado la division L' Hermitte, sorprendió á la escuadra del almirante Willaumez, y durante tres dias consecutivos la hizo el juguete de las embravecidas olas. El *Fulminante* y el *Impetuoso*, únicos navíos que no habia separado la tormenta, perdieron todos sus mastiles, se repararon en el mar como mejor pudieron, y se proponian navegar de conserva; pero nuevos golpes de viento los separaron tambien. Descubriendo en medio de la tempestad los fanales de muchos navíos enemigos, buscaron su salvacion con la fuga. El *Fulminante*, que era el navío almirante, se dirigió á la Habana; el *Impetuoso*, privado de sus mástiles, de una de sus baterías que fué arrojada al agua, y de gran parte de la pólvora, se dejó llevar por el huracan á la bahía del Chesapeak, hasta donde fué perseguido por dos navíos enemigos, que le hicieron encallar. La tripulacion, viendo perdida su nave, buscó un asilo en tierra; allí fué protegida por la neutralidad americana, y pasó á bordo de la *Cibeles*, fragata

del capitan L' Hermitte, que tambien se habia refugiado á aquella bahía. Mientras que el *Fulminante* y el *Impetuoso* luchaban de este modo contra su mala suerte, el *Eolo* completamente desarbolado, blanco del enemigo y del furor de los vientos, huyó tambien al Chesapeak. Allí remolcado por barcas americanas, subió bastante para sustraerse de los ingleses. El *Patriota*, privado de su mástil de gavia, del palo de mesana, y de todo su velamen, pudo llegar al Chesapeak, y echó el áncora en Annapolis: La fragata *Valerosa* habia huido al Delaware. El *Cassard*, despues de haber sido llevado de una en otra parte á merced del viento y de las olas, perdida la caña del timon y con catorce arandelas arrancadas, habia estado á punto de zozobrar. Sin embargo, como no hacia agua por el fondo, pudo repararse en el mar. Aprovechándose de la circunstancia de encontrarse su velámen en muy buen estado, y de que era el único de la escuadra que habia conservado víveres para setenta y ocho dias, creyó que no debia dirigirse á Puerto Rico, hizo vela hácia Europa, y entró en Brest el 13 de octubre El *Veterano*, su capitan Gerónimo, separado largo tiempo hacia de la escuadra, despues de andar errante por las costas de la América del Norte, volvió á Europa; pero el bloqueo de Lorient, le obligó á entrar en la bahía de Concarneau, en donde no se hallaba seguro.

Por manera que de los seis navíos que salieron de Brest, el *Fulminante* estaba refugiado en la Habana; el *Impetuoso* destrozado; el *Patriota* y el *Eolo* habian subido otra vez al Chesapeak, en un estado deplorable, y sin probabilidades de salir de él; el *Cassard* se habia salvado, y el *Veterano* se

encontraba en Concarneau, en un surgidero, de donde era muy difícil sacarle. En cuanto á las fragatas de la espedicion, la *Valerosa* estaba en el Delaware, y la *Cometa* se habia retirado á un puerto de América. Algunas presas que se habian hecho al enemigo, eran una indemnizacion muy corta para semejantes desastres.

En aquel mismo tiempo se despacharon de Lorient tres fragatas, la *Sirena*, la *Revancha* y la *Guerrera*, que á las órdenes del capitan Leduc, intrépido marino flamenco, se dirigieron á los mares boreales. Estas tres fragatas no sufrieron los mismos desastres que la gran division Willaumez, pero encontraron unos mares borrascosos, y su navegacion fué muy penosa. El capitan Leduc salió de Lorient en marzo de 1806, llegó á las Azores en donde hizo algunas presas, se separó algunos momentos de la *Guerrera*, se dirigió luego hácia la costa Oeste de la Irlanda, subió hasta la punta de la Islandia que vió el 21 de mayo, y hasta la punta del Spitzberg, que divisó el 12 de junio. En aquellas aguas sufrió temporales horribles, y perdió de vista á la *Guerrera*. Invadiéronle bien pronto las enfermedades, y en setecientos ú ochocientos hombres de que se componian las tripulaciones de las dos fragatas, tuvo cuarenta muertos, ciento sesenta enfermos y ciento ochenta convalecientes. Continuó cruzando por las costas del Groenland y por las de la Islandia, hizo de cuando en cuando algunas presas, volvió en el mes de setiembre á Saint-Malo, y no siéndole posible atracar allí, fondeó en la pequeña rada de Brehat. Apesar de aquellos temporales soportados con estraordinaria constancia por el capitan Leduc, apresó ca-

torce buques ingleses y uno ruso, hizo doscientos setenta prisioneros, y destruyó cerca de 3.000,000 de valores; pero desgraciadamente perdió noventa y cinco hombres. Este crucero podia mirarse como ventajoso, aunque muy contrariado por el tiempo, y hacia mucho honor al capitan Leduc que le habia dirigido.

En setiembre de 1806 el contra-almirante Cosmao, que tan noblemente se habia conducido en Trafalgar, salió de Tolon con los navíos *Boreas* y *Annibal*, la fragata *Urania* y el cutter *Suceso*, para ir á buscar á Génova al navío *Genovés*, construido en aquel puerto. Atravesó el golfo, volvió á Tolon, y dejó aquel mar libre y desembarazado al comercio francés é italiano. Repitió esta correría varias veces, y siempre consiguió alejar á los cruceros del enemigo.

En la misma época, el capitan Soleil, que salió de Rochefort con cuatro fragatas y un bergantin destacados de la division Allemand, esperimentó un desastre sangriento. Los ingleses habian adoptado un nuevo sistema de bloqueo que consistia en aproximarse menos á las costas, para que los buques bloqueados se aventurasen á salir, y poderlos envolver por este medio antes de que tuviesen tiempo para retroceder. Esta estratagema tuvo un resultado completo con respecto al capitan Soleil. Se acostumbraba entonces á salir de noche, para poder atravesar los cruceros enemigos antes de que fuesen vistos: no se descubrian los ingleses por la larga distancia á que se mantenian: el capitan Soleil partió en la tarde del 24 de setiembre de 1806, y no los encontró al paso; al dia siguiente 25 los vió á lo lejos, forzó velas para sacarles

ventaja, y recorrió un espacio de cien millas sin ser alcanzado; pero el dia 26 fué cercado por toda la escuadra de sir Samuel Hoode, compuesta de siete navíos y de muchas fragatas, y sostuvo durante muchas horas un heroico combate con cinco navíos enemigos. Escepto la *Themis* que consiguió salvarse con dos bergantines, toda la division quedó prisionera ó destruida.

Al lado de estos encuentros, en que la gran superioridad numérica del enemigo concluia siempre pronto ó tarde por conseguir la ventaja, habia otros, en que el valor de nuestros marinos demostraba, que de buque á buque, cuando las circunstancias no eran muy desfavorables, eran capaces, no solo de hacer frente á los ingleses, sino de vencerlos. El 21 de abril del mismo año, el capitan Bourayne, que iba al Cabo con la fragata *Cañonera*, encontró un convoy inglés, y se precipitó en medio de él para hacer presas, cuando se presentó de repente un navío de setenta y cuatro, encargado de su escolta. El capitan Bourayne quiso en un principio evitar un combate desigual con aquel adversario. Pero viéndose acosado de muy cerca, aceptó francamente la lucha; y aprovechando la circunstancia de que lo grueso de la mar no permitia al navío enemigo valerse de su batería baja, tomó una posicion ventajosa, y en pocos instantes desarboló su gran mástil, inutilizó completamente sus aparejos, y le puso en fuga. Algunos de los buques mercantes de mayores dimensiones quisieron tomar parte en el combate, pero se arrojó sobre ellos, los escarmentó, y continuó su marcha hácia el Cabo, cuya conquista por los ingleses ignoraba todavía Estos, para atraer á los buques

franceses ú holandeses, no habian quitado los colores del pabellon holandés. Apenas acababa de echar el ancora el capitan Bourayne, cuando á una señal desaparecieron todas las banderas holandesas, que fueron reemplazadas por otras inglesas, y principió á caer sobre la *Cañonera* una granizada de bombas y de balas. Sin desconcertarse el capitan Bourayne, cortó el cable, perdiendo sus áncoras, y á fuerza de velas escapó de todos los peligros. Llegó sano y salvo á la isla de Francia, en donde debia distinguirse por nuevas aventuras no menos atrevidas y gloriosas.

Otro acontecimiento de la misma especie, ocurrido en nuestras costas, probó tambien de cuanto eran capaces los intrépidos marinos franceses. La urca *Salamandra*, que habia salido de Saint-Malo para Brest con cargamento de madera de construccion, fué perseguida por una gran corbeta de veinte y cuatro, dos bergantines, y un cutter. Como urca estaba muy mal armada: se aproximó, pues, á la costa junto á la boca de Erquy, y la tripulacion se defendió á fusilazos en cuanto la fué posible: mas no siéndola ya fácil prolongar por mas tiempo la defensa, se salvó en una lancha y un pedazo de mástil, logró llegar á tierra, se dirigió á la batería llamada San Miguel, hizo fuego sobre la corbeta inglesa que se habia acercado demasiado á la costa, la puso fuera de estado de maniobrar, y la obligó á encallarse. En seguida se arrojó al agua, y ayudada por algunos soldados que habian acudido á la playa, se apoderó de la corbeta á pesar de la resistencia de la tripulacion inglesa, de la que una parte ó habia huido ó se hallaba fuera de combate.

Tales eran las acciones poco considerables, pero brillantes, con que se señalaba la marina francesa contra una potencia superior á ella por el número y por la organizacion, y mas superior todavía en aquellos momentos en que todas nuestras fuerzas se hallaban ocupadas en la guerra de tierra. Asi es que á fines de 1806, el hábil y desgraciado ministro Decrés, no teniendo mas que infortunios que comunicar á un soberano que por todas partes recibia noticias halagüeñas, estaba enteramente desalentado, y tan disgustado del sistema de cruceros, como de el de grandes batallas. Obligado á esplicar á Napoleon los reveses sufridos con aquel sistema de guerra, lo mismo que con el antiguo, le espuso las verdaderas razones que debian hacer considerar todas las especies de guerras marítimas como igualmente arriesgadas, en el estado en que se encontraban las cosas. Desde luego, la desproporcion numérica era tan grande, segun su opinion, que los ingleses podian bloquear nuestros puertos con muchas y fuertes escuadras, y conservar todavía numerosas divisiones para correr detrás de nuestros cruceros en cuanto se presentasen; lo cual probaba que aun sin la pretension de dar batallas generales, eran necesarias fuerzas mucho mas considerables para hacer la guerra con divisiones pequeñas. Ademas, nuestro material era muy defectuoso en comparacion de el del enemigo; y aunque nuestros marineros, jamás inferiores en valor, lo fuesen mucho en esperiencia, era todavía peor el material que manejaban que su instruccion. Los buques resistian á la tempestad mucho menos que ellos mismos: en el huracan del 19 de agosto, que había destruido la division Willaumez y maltratado gravemente la division L' Hermitte, los ingleses habian soportado mucho mejor los golpes de viento, porque sus aparejos, no solo eran superiores, sino que estaban mejor manejados. Mas numerosos y mejor equipados, estaban seguros de escapar de los peligros del mar, lo bastante para obligar á los buques franceses, unos á rendirse, otros á encallar, y los restantes á huir á Europa. Pero la inferioridad del número y la del material, no eran en concepto del almirante Decrés, las únicas causas de las desgracias de la marina. Al salir del puerto de Brest, en donde habian sido escogidos de entre una escuadra considerable, los buques de la division Willaumez no eran inferiores en calidad á los buenos navíos ingleses. Mas diez meses de continua navegacion, sin encontrar puerto de arribada segura, con buenas provisiones de víveres y medios de repuesto de aparejos, los habian reducido al deplorable estado ó de no poder substraerse por la velocidad de su marcha á una escuadra mas fuerte, de resistir á una tempestad, ó de proseguir su crucero sin renovar las provisiones de boca, lo cual los esponia á ser descubiertos por el enemigo. Asi, pues, el almirante Decrés escribió, el 23 de octubre de 1806, á Napoleon: «Despues de una navegacion de diez meses las vergas y «los masteleros se quiebran, y los aparejos se aflojan y gastan tanto mas, cuanto que en alta mar no «se pueden ir reparando gradualmente, y no hay «egemplo de que haya habido buques en el mar «tan largo tiempo, sin haber tenido espacio para «repararse tranquilamente en algun puerto.» Desgraciadamente ó no los habia, ó estaban muy mal

provistos. La Francia poseia uno muy escelente, é incomparable por sus ventajas, en el mar de las Indias, cual era el de la Isla de Francia, que en la época de la guerra de América habia servido de base de operaciones al bailio de Suffren, durante su campaña de la India. Pero en medio de los desórdenes de la revolucion y de las dificultades de la guerra continental, no se le habia podido proveer de municiones navales. El cabo de Buena Esperanza, que pertenecia á los aliados, no podia abastecerse como un puerto nacional, y ademas acababa de ser tomado. En la costa del Brasil no habia mas que un puerto neutral, el de San Salvador, que casi podia mirarse como enemigo, pues era portugués. Por último, en las Antillas la Francia era dueña de la magnífica rada de Fuerte-Real, una de las mas espaciosas y seguras del mundo; pero la Martinica carecia enteramente de municiones navales, y en cuanto á víveres, en vez de hallarse en estado de reponer las provisiones consumidas á bordo, necesitaba que los buques dejasen en ella parte de su galleta para las tropas de la guarnicion. Con cuatro escalas bien provistas, en las Antillas, en la costa del Brasil, en el cabo de Buena Esperanza, y en la India, se hubiera podido sostener ventajosamente en los mares la escuadra francesa. Empero privada de aquellos recursos no podia presentarse sino con temor, evitando siempre los encuentros, porque tenia contra sí, ademas de las eventualidades del corto número, las desventajas de un equipo inferior é insuficiente. Todo esto era una consecuencia de los largos trastornos interiores, y de guerras esteriores inauditas por su duracion y encarnizamiento.

Napoleon, que no se desanimaba facilmente, y que pensaba que á pesar de sus muchos desagradables accidentes, las muchas espediciones habian causado graves daños al comercio enemigo, queria enviar nuevos cruceros en 1807: pero Mr. Decrés se opuso fuertemente á ello, diciendo que la costa de Africa en que hizo sus presas el capitan L'Hermitte, estaba aquel año con considerables medios de defensa, á consecuencia de las vivas reclamaciones del comercio inglés: que no poseia la marina francesa ningun puerto de escala ni en la Isla de Francia, que carecia de municiones, ni en el Cabo, que estaba tomado, ni en San Salvador, en que todo estaba consumido, ni en la Martinica que apenas tenia lo necesario. Construir, esperando la paz continental, ocupar con divisiones armadas en los puertos de la nacion á los cruceros ingleses, y aprovechar ciertos momentos para enviar fragatas con socorros á las colonias, le parecia la única actividad permitida, actividad poco perjudicial para el presente, y ventajosa para el porvenir. Napoleon, que entre Eylau y Friedland, habia tenido que crear nuevos ejércitos para contener á la Europa á sus espaldas, aceptó el sistema negativo de Mr. Decrés, y las operaciones de la marina en 1807, se limitaron á llevar algunos socorros á las Antillas y á las Indias.

Aunque espuestas á muchos padecimientos, las colonias recibian, sin embargo, frecuentes alivios. Como no producian mas que azúcar, café, algunas especias y tintes, y no se encontraba en ellas víveres ni ropas; consistia meramente su prosperidad en vender bien sus productos naturales, para proveerse en cambio de los medios de

vestir y alimentarse. En la época de que hablamos, aquellos artículos tenian difícil salida, y los víveres llegaban todavía con mas dificultad, atravesando los cruceros ingleses. En semejante estado de postracion y de penuria, se habia mitigado en favor de las colonias el rigor del régimen esclusivo, y se las permitia con los neutrales el comercio que en tiempo de paz estaba reservado únicamente á los nacionales. Los americanos del Norte, acudian á estraer de ellas su azúcar y café, y las dejaban en cambio granos y ganados. Mas como sucede comunmente que los especuladores se aventuran mas por vender sus mercaderías, que por comprar las de otro, los americanos llevaban mas víveres que azúcar y café esportaban, por la dificultad de volver á vender en Europa los géneros coloniales; y aun con demasiada frecuencia exigian que el pago de sus granos y ganados fuese en dinero, lo cual hacia escasear mucho el numerario. Como ademas, no pagaban en las aduanas derechos de salida, porque siempre se iban en lastre, ocasionaban una disminucion sensible en las rentas locales, que consistian casi únicamente en los productos de las aduanas, y por consecuencia, siempre habia un déficit en los presupuestos de aquellas colonias. Esta situacion, soportable todavía en la época de que se trata, debia agravarse muy pronto si no se restablecia la paz, y si, tomando la lucha marítima un nuevo carácter de encarnizamiento, adoptaban la Francia y la Inglaterra medidas mas rigurosas para molestar al comercio. Sin embargo, hasta entonces, los viages de las fragatas á la India, y de los bergantines á as Antillas, proporcionaban abundantes recursos

en dinero, víveres y telas propias para vestidos. Las fragatas la *Bulliciosa* y la *Piamontesa*, habian hecho prodigios en la Isla de Francia en 1806, y capturado ambas cerca de ocho millones de valores. Ayudaron tambien eficazmente al bravo general Decaen, que desde aquella posicion magnífica, devoraba con los ojos la península de la India, y solo pedia diez mil hombres para sublevarla completamente. Los corsarios habian provisto de negros á la Guadalupe y la Martinica, y recibido muchos millares de ellos, hasta tal punto, que la poblacion trabajadora se habia aumentado á pesar de la guerra. Pero como el enemigo estrechaba cada dia mas sus bloqueos, faltaban los aprestos navales para los armamentos en corso y las colonias pedian provisiones de boca á lo menos para las tropas, numerario para pagar los víveres americanos, buques armados para continuar el corso, y en fin, reemplazos para llenar las bajas que tenian las guarniciones. En la Isla de Francia en donde se necesitaban tres ó cuatro mil hombres, no habia mas que mil seiscientos: en la Martinica, en que habia antes cuatro mil setecientos, y en que hubieran sido necesarios cuando menos cinco mil, no existian á lo sumo mas que tres mil: en la Guadalupe apenas habia dos mil. Verdad es, que aquellas guarniciones, auxiliadas por habitantes llenos de entusiasmo y de patriotismo, bastaban para rechazar las fuerzas que las escuadras inglesas podian trasportar á aquellos remotos paises. En Santo Domingo, despues de espantosos trastornos, y de la destruccion de un escelente ejército francés, se representaron escenas tan ridículas como atroces. Se vió al negro Dessalines, que pro-

curaba imitar al emperador Napoleon, como Toussaint Louverture habia querido imitar al primer cónsul Bonaparte, poner sobre su cabeza una corona imperial, y sucumbir bien pronto á la acerada punta del puñal del negro Cristóbal, y del mulato Pethion; despues disputarse estos nuevos competidores, como los generales de Alejandro, el poder de Toussaint Louverture, regar con su sangre el suelo que no habian querido regar con su sudor, y dejarle esteril: porque la sangre, digase lo que se quiera, jamás fecundiza la tierra. Despues de aquellas sangrientas escenas y de las farsas que las sucedieron, habiamos perdido la parte francesa de la isla, y los franceses habian sido arrojados á la parte española, en donde ocupaban la ciudad de Santo Domingo, con mil ochocientos hombres, restos de un ejército tan desgraciado como heróico. El general Ferrand se conducia alli con habilidad y energía, aprovechando para sostenerse, las divisiones de los negros y mulatos, y atrayendo por la seguridad que se gozaba al abrigo de nuestras bayonetas, á muchos colonos franceses ó españoles, blancos ó negros, señores ó esclavos.

Tal era en 1807, cuando Napoleon volvió de su larga campaña en el Norte, la situacion de la marina francesa, y de los establecimientos maritimos. Animado por sus prodigiosos triunfos á emprenderlo todo, persuadido de que á la cabeza de las potencias del continente obtendria la paz, ó que venceria á la Inglaterra con la reunion de fuerzas irresistibles, se encontraba lleno de ardimiento. Habituado ademas á buscar en su genio recursos inagotables para vencer á los hombres y á los elementos, lejos de participar del desaliento

del almirante Decrés, descubria en el porvenir nuevos recursos, no ensayados aun con los ingleses. Hasta entonces no se habian cerrado todas las salidas al comercio británico. Por la Rusia, la Prusia, la Dinamarca y las ciudades anseáticas, por el Portugal que era enemigo, por la España que estaba mal vigilada, y por el Austria, con la que habia sido preciso contemporizar; habian quedado entreabiertas muchas puertas; y como las mercaderías inglesas se vendian muy baratas (lo que les era fácil en aquella época), habian logrado penetrar en el continente. Mas entonces por el contrario, iba á cerrárselas todo acceso, y se preparaba un grave daño á las fabricas de la Inglaterra. Ademas, Napoleon iba á encontrarse en libertad de multiplicar las construcciones navales, ya con los recursos del presupuesto francés cada dia mayor, ya con los productos de la conquista, ya por fin, con las maderas y los brazos de todo el litoral europeo. Como tenia tambien disponibles sus numerosos ejércitos, habia concebido un vasto sistema, cuyo desarrollo sucesivo se verá mas adelante, que habria hecho muy probable el resultado de una grande espedicion dirigida contra Lóndres, la Irlanda ó la India; porque si lograba burlar la vigilancia del almirantazgo, podria tener buen éxito, ó la obstinacion británica concluiria por ceder á las amenazas de un peligro casi seguro. Napoleon en efecto, no opinaba por las grandes batallas navales, que solo habia aceptado en ciertas ocasiones, para no retroceder de un modo demasiado claro en presencia del enemigo. Tampoco era partidario de los cruceros, que la falta de arribadas seguras y bien provistas, hacia muy peligrosos. Pero unien-

do las marinas rusa, holandesa, francesa, española é italiana, y teniendo escuadras armadas en el Texel, Flesinga, Boloña, Lorient, Brest, Rochefort, Cadiz, Tolon, Génova, Tarento y Venecia, y estableciendo junto á aquellas escuadras numerosos campamentos de tropas invencibles, queria obligar á la Inglaterra á mantener al frente de aquellos puertos, fuerzas navales que no serian suficientes á bloquearlos todos, y saliendo de improviso del que estuviese menos vigilado, trasportar un ejército ó á Egipto, ó á la India, ó al mismo Lóndres, y hasta tanto que pudiese realizarse aquella empresa, agotar á la nacion inglesa de hombres, de dinero, madera, constancia y valor. En efecto, si no se hubiese debilitado él mismo en mil empresas estrañas á aquel grande objeto, y si no hubiese fatigado la voluntad y la paciencia de sus aliados, los medios eran ciertamente tan vastos y estaban tan bien concebidos, que hubieran concluido por triunfar de la Inglaterra.

Pero antes de llegar al desarrollo de este inmenso plan, para el que hubieran sido suficientes dos ó tres años, Napoleon comenzó por mandar que se redoblase la actividad en las construcciones navales de todo el imperio, y por ensayar en seguida en el Mediterráneo aquel sistema de espediciones siempre prontas y amenazadoras, haciendo una tentativa sobre la Sicilia, para agregar aquella isla al reino de Nápoles, que habia dado ya á su hermano José.

Al anunciar á su hermano Luis que iba á volver á su pais el ejército holandés, y que desde entonces absorveria una parte de sus recursos, le previno que habilitase la escuadra del Texel, y

reuniese allí por lo menos nueve buques completamente equipados. Habia conseguido ya en Amberes y Flesinga resultados asombrosos. Veianse allí cinco navios, unos de ochenta cañones, y otros de setenta y cuatro, que construidos en Amberes habian bajado sin accidente alguno, atravesando los bajios del Escalda, hasta Flesinga, en cuyo puerto se estaban armando en aquellos momentos. Otros tres, ya casi concluidos en los astilleros de Amberes, hacian subir á ocho la escuadra del Escalda. Para este armamento se habian reunido los marinos holandeses, flamencos y de la Picardía. Napoleon mandó que se botasen al agua los tres navios concluidos, y que se formasen nuevas quillas en los astilleros que habian quedado desocupados, y que el número de estas se aumentase indefinidamente, porque queria que Amberes llegase á ser el puerto de construccion no solo de Flesinga, sino tambien de Brest, á causa de las maderas de Alemania y del Norte, que por los rios se conducian á los Paises Bajos. Se proponia reservar las maderas de Brest para los reparos ó recorridas de las escuadras que habia siempre armándose en aquel gran puerto. En cuanto regresó á París, se prometió organizar bajo otro plan, la antigua escuadrilla de Boloña. Activó la construccion de fragatas en Dunquerque, el Havre, Cherburgo y Saint-Malo. En Brest, en donde desde la salida de la escuadra de Willaumez habian quedado doce buques, cinco malos y siete buenos, mandó Napoleon que se inutilizasen los cinco malos, y se armasen los siete buenos del mejor modo posible, reservando los marineros que quedasen disponibles para los nuevos buques que se iban á construir. Quiso que

en Lorient se agregase un navío recien construido, á una division de otros dos, que ya se encontraba allí. Consintió en que el *Veterano*, refugiado en Concárneau y bloqueado con obstinacion por los ingleses, fuese desmantelado, y su tripulacion conducida á Lorient, para armar un navío que se acababa de construir. En Rochefort habia una division de cinco navíos, tan perfectamente equipada como instruida. Estaba á las órdenes de uno de esos hombres, que los marineros en su lenguage familiar llaman *lobo de mar*, del bravo contra-almirante Allemand, privado de sus fragatas por el desastre del capitan Soleil; pero impaciente, no obstante, por hacerse á la mar, y siempre detenido por una escuadra inglesa, que ya hacia ocho ó diez meses que no perdia de vista la rada de la isla de Aix: Napoleon mandó que se botase al agua un navío concluido, que se carenase otro que se hallaba en estado de servir, para aumentar aquella division hasta el número de siete. En los astilleros de que salian buques, hacia poner inmediatamente nuevas quillas. Los antiguos y nuevos rendimientos de su hacienda, le permitian, como veremos bien pronto, hacer todos aquellos esfuerzos. En Cádiz tenia una escelente division de cinco navíos, restos de la escuadra de Trafalgar, bien organizados y tripulados, y mandados por el almirante Rosily: Napoleon hubiera querido agregarla algunos buques españoles: mas cuando dirigia sus miradas á la Península, no podia contener un movimiento de compasion, de cólera y de indignacion, al considerar que en el Ferrol y Cádiz, la España no se encontraba en disposicion de armar una division, y que solo en Cartagena tenia seis buques cuyo armamento

databa de muchos años, cuyos fondos estaban en estremo sucios y deteriorados por su dilatada permanencia en el puerto, sus aparejos en mal estado, y cuyas provisiones de boca eran insuficientes aun para la mas corta campaña, porque las tripulaciones habian consumido los víveres no encontrándolos en tierra. Creia que al fin se veria en la necesidad de exigir de la España, por su propio bien y por el de sus aliados, que mejorase su administracion, y entretanto dirigió al gabinete de Madrid peticiones casi amenazadoras, para que agregase algunos buques á los del almirante Rosily, y previno á éste que se hallase pronto á levar el ancla á la primer señal. En Tolon habia armados tres navíos, dos pertenecientes á Tolon, y el otro á Génova, que reunidos á algunas fragatas hacian ventajosas salidas. Napoleon dispuso que en Tolon se botase al agua el *Comercio de la ciudad de París* y el *Robusto*; y en Génova el *Breslau*, que se los habilitase, desarmando los buques malos ó inferiores, que se los reemplazase en los arsenales con nuevas construcciones, y que hubiese en aquel puerto seis navíos preparados. Envió ingenieros á la Spezzia para reconocer aquella posicion que el continuo estudio de la carta le habia revelado. Encargó á su hermano José, con arreglo á noticias recogidas en los puertos de Nápoles y Castellamare, que principiase en ellos la construccion de dos navíos, para emprender en breve la construccion de cuatro. Recordando que un buque francés se habia refugiado en Ancona, pensó que podia serle útil aquel puerto, y mandó construir en él dos navíos para aprovechar las maderas y los operarios del Estado romano, cuidándose muy poco de la soberanía

temporal del papa, á quien trataba como si ya no existiese. En fin, tenia construyéndose en Venecia cinco navíos; mandó poner otros tres en astillero, uno por cuenta del tesoro de Italia, y los dos restantes por el de Francia, y dispuso que se trabajase en abrir los canalizos, que debian conducir á la resucitada marina de los venecianos, desde su arsenal al mar Adriático. Los mismos paises italianos que iban á suministrar las maderas y los brazos para las construcciones, debian aprontar los marineros, que abundaban siempre en sus costas. Con estas numerosas construcciones, con los marineros que contenia el litoral europeo, y con el aumento de soldados jóvenes y de oficiales franceses, cuyo número no reparaba en aumentar, Napoleon podia esperar, duplicar ó triplicar las fuerzas navales del imperio antes de un año. Aquellos navíos que no podian sostener en un principio un combate con los buques ingleses, serian suficientes dentro de poco tiempo para llevar tropas, y debian serlo en seguida para nuevos bloqueos, y condenar á la Inglaterra á ruinosos gastos.

Mientras se ejecutaban estos inmensos armamentos, Napoleon pensaba en enviar inmediatamente socorros á las colonias, y reunir por la misma operacion cuarenta velas en el Mediterráneo. Para esto queria que las divisiones de Brest, de Lorient y de Rochefort, embarcasen tres mil cien hombres y muchas municiones; que dejasen mil doscientos en la Martinica, seiscientos en la Guadalupe, quinientos en Santo Domingo, trescientos en Cayena, ciento en el Senegal, cuatrocientos en la Isla de Francia, y regresando á Europa

atravesasen el estrecho de Gibraltar para volver á Tolon. La reunion en este puerto de los siete navíos de Brest, de los tres de Lorient, los siete de Rochefort, los seis de Cadiz, y los seis de Tolon, debia componer con las fragatas un total de cuarenta velas, de las que veinte y nueve eran navíos de línea, fuerza superior á la que los ingleses, aun advertidos á tiempo, podrian llevar á aquel mar antes de dos ó tres meses, y capaz de desembarcar quince ó diez y ocho mil hombres en Sicilia, y cuanto se quisiese en las islas Jónicas.

El almirante Decrés que se oponia con valor á los proyectos de Napoleon, cuando su magnitud no se hallaba en proporcion con los medios, no dejó de combatir aquel plan de reuniones, precedidas de una escursion á las Antillas. Pensaba que hacer depender el abastecimiento de las colonias, del éxito de dos ó tres grandes espediciones era una cosa muy imprudente: porque aquellas grandes espediciones de muchos navíos y fragatas para llevar algunos centenares de hombres á las colonias, corrian peligros que no estaban en proporcion con la importancia del objeto: que era mucho mejor enviar fragatas sueltas, cargadas cada una con cierta cantidad de material, y dos ó trescientos hombres: que si se perdia una, era poco considerable la pérdida; que las otras llegarian y las colonias estaban de este modo seguras de recibir siempre una porcion del socorro que se las destinaba. En cuanto á las reuniones en el Mediterráneo, sostenia que las divisiones encargadas de atravesar el estrecho á pesar del crucero inglés de Gibraltar, tenian que esponerse á grandes peligros; que para librarse de ellos era necesario que

se las dejase en disposicion de aprovechar el primer viento favorable; que por lo tanto no se debia darles mas instruccion que la de pasar el estrecho, permitiéndolas que se valiesen de la primer circunstancia ventajosa sin complicar su mision de un viage á las Antillas, y de su regreso á Europa. En fin, creia que era bastante enviar al Mediterráneo la division de Cadiz, situada cerca del objeto, y tal vez la de Rochefort; pero que no convenia privarnos de todas las fuerzas que teniamos en el Océano, haciendo tambien partir para Tolon, las divisiones de Lorient y de Brest.

Napoleon que dejaba modificar sus ideas por los hombres de esperiencia, cuando le daban buenas razones, acogió las observaciones de Mr. Decrés. En su consecuencia, decidió que de los puertos de Dunkerque, el Havre, Cherburgo, Nantes, Rochefort y Burdeos, en donde habia muchas fragatas, saliesen espediciones aisladas para las colonias; que las divisiones navales encargadas de dirigirse al Mediterráneo, no tuviesen otra comision, y en cuanto al número, mandó que se reuniesen dos en Tolon, la de Rochefort y la de Cadiz, las que con la de Tolon, debian formar una escuadra de diez y siete ó diez y ocho navíos, y siete ú ocho fragatas, fuerza suficiente para dominar dos ó tres meses el Mediterráneo, y poner en ejecucion lo que meditaba acerca de la Cerdeña, la Sicilia y las islas Jónicas. En su consecuencia, los almirantes Allemand en Rochefort, y Rosily en Cadiz, recibieron órden de aprovechar la primera ocasion favorable para darse á la vela, y atravesar el estrecho, maniobrando segun los aconsejase su esperiencia, y las circunstancias del

mar. Se pidió á la córte de España que armase algunos buques en Cadiz, y que diese inmediatamente las órdenes convenientes, para que la division de Cartagena mandada por el almirante Salcedo, se proveyese de los víveres necesarios para una corta espedicion, y se dirigiese á Tolon.

Estas fueron las medidas que adoptó Napoleon en cumplimiento del tratado de Tilsit, para intimidar á la Inglaterra con un inmenso concurso de medios, disponerla á la paz, y si se obstinaba en la guerra, obligar á Suecia, Dinamarca, Rusia, Portugal y Austria, á que cerrasen sus puertos á los productos de Manchester y de Birmingham, y preparar con la reunion de todas las fuerzas navales del continente, espediciones cuya posibilidad, siempre amenazadora, agotaria pronto ó tarde el erario ó la constancia de la nacion inglesa, sin contar con que el buen éxito de una sola de ellas, era suficiente para herirla de muerte. Pero los asuntos esteriores no eran los que llamaban únicamente la atencion de Napoleon. Estaba impaciente por ocuparse en la administracion, en las rentas, obras públicas, legislacion, y en todo lo que podia concurrir á la prosperidad interior de Francia, la cual deseaba tan ardientemente como su gloria.

Antes de dedicarse á estos negocios, le fué preciso hacer algunas variaciones indispensables en los primeros empleos civiles y militares. Mr. de Talleyrand fué, si no la causa única, la principal por lo menos de aquellas alteraciones. Aquel hábil representante de Napoleon para con la Europa, que era perezoso, sensual, que jamás se apresuraba á obrar ó á moverse, y cuya molicie aumen-

taban las enfermedades físicas, habia sufrido pruebas muy duras en las campañas de Prusia y de Polonia. Vivir en aquellos frios y lejanos climas, correr por la nieve en seguimiento de un conquistador infatigable, por medio de las hordas de cosacos, acostarse casi siempre sobre la paja, y cuando mas le favorecia la fortuna de la guerra, habitar una casa de madera, condecorada con el título de palacio de Finkenstein, no convenia ni á sus inclinaciones ni á su energía. Estaba ya, pues, cansado del ministerio de Relaciones esteriores, y hubiera deseado no Renunciar á la direccion de aquellas relaciones que eran su ocupacion favorita, sino dirigirlas con otro título que el de ministro. Su orgullo sufria mucho con no haber sido elevado á gran dignatario, como Cambaceres y Lebrun, y el principado de Benevento que se le habia ofrecido en compensacion, no habia hecho mas que aplazar sus deseos sin satisfacerlos. Presentábase una ocasion de aumentar el número de los grandes dignatarios, y era la ausencia indefinida de los príncipes de la familia imperial, grandes dignatarios, á la vez que soberanos estrangeros. Encontrábanse tres en este caso; Luis Bonaparte, que era rey de Holanda y condestable; Eugenio de Beauharnais, virey de Italia, y archicanciller de Estado; y por último, José, rey de Nápoles y gran elector. Mr. de Talleyrand habia insinuado al emperador ser necesario nombrarles suplentes, con los títulos de vice-condestable, vice-gran elector, y vice-canciller de estado, y que si estas funciones poco activas en verdad, no exigian un doble titular, nunca se multiplicarian demasiado los grandes cargos destinados á recompensar los señalados servicios.

Mr. de Talleyrand hubiera deseado ser vice-gran elector, y dejando á un ministro de Negocios estrangeros el cuidado vulgar de abrir y remitir pliegos, continuar dirigiendo por sí mismo las principales negociaciones. Durante su permanencia en el ejército, no habia desperdiciado ninguna ocasion de hablar al emperador de este asunto, encomiando sin cesar las ventajas de aquellas nuevas creaciones, y alegando por lo que tocaba á él en particular, su edad, sus enfermedades, sus fatigas, y la necesidad que tenia de descanso. A fuerza de insistir, habia obtenido una especie de promesa que Napoleon se habia dejado arrancar contra su gusto; porque no queria que los grandes dignatarios egerciesen funciones activas, puesto que participando en algun modo de la inviolabilidad del soberano, no podian ser responsables. Napoleon por el contrario, queria poder destituir á los personages revestidos de funciones activas, y le repugnaba mucho colocar en una posicion de semi-inviolabilidad á un personage de quien desconfiaba, y á quien creia prudente guardar siempre bajo su poderosa mano.

Apenas regresó á Paris, y en el momento en que cada uno iba á recibir la recompensa de sus servicios durante la última guerra, Mr. Talleyrand se presentó en Saint-Cloud para recordar á Napoleon sus promesas. Hallábase presente el archicanciller Cambaceres, y el emperador dejó percibir un descontento muy profundo.—No comprendo, dijo bruscamente á Mr. de Talleyrand, vuestra impaciencia por llegar á ser gran dignatario, y dejar un puesto en que habeis adquirido vuestra importancia, y en que no ignoro que habeis teni-

do muchas ventajas (aludia á las contribuciones que se decia haberse impuesto á los príncipes alemanes en la época de las secularizaciones) Debeis saber que no quiero que nadie sea á la vez gran dignatario y ministro: que desde aquel momento no podeis conservar las relaciones esteriores, y que perdereis de este modo un puesto eminente para el que sois á propósito, por adquirir un título que no será mas que una satisfaccion concedida á vuestra vanidad.—Estoy fatigado, respondió Mr. de Talleyrand con aparente calma, y con la indiferencia de un hombre que no hubiese comprendido las punzantes alusiones del emperador: tengo necesidad de reposo.—Sea en buen hora, contestó Napoleon, sereis gran dignatario, pero no lo sereis solo.—Dirigiéndose despues al príncipe Cambaceres; Berthier, le dijo, me ha servido tan bien como cualquiera otro, y seria una injusticia no hacerle grande dignatario. Redactad un decreto por el que Mr. de Talleyrand sea elevado á la dignidad de gran vice-elector, y Berthier á la de vice-condestable, y traédmelo á la firma.—Mr. de Talleyrand se retiró, y el emperador manifestó estensamente al príncipe Cambaceres el disgusto que sentia. De este modo dejó Mr. de Talleyrand el ministerio de Relaciones esteriores, y se separó con gran perjuicio suyo y de los negocios de la persona del emperador.

El decreto fué firmado el 14 de agosto de 1807. Era preciso reemplazar al príncipe de Talleyrand y al príncipe Berthier en los ministerios de Negocios estrangeros y de la Guerra. Napoleon tenia á mano á Mr. de Champagny, ministro de lo Interior, hombre apacible, honrado, aplicado, iniciado por su embajada en Viena en los usos, pero no en los secretos de la diplomácia, y desgraciadamente poco adecuado para resistir á Napoleon, á quien nadie por lo demas hubiera sido entonces capaz de contener, porque tan grande era la fuerza impulsiva de sus victorias y de las circunstancias. Mr. de Champagny fué, pues, nombrado ministro de Negocios estrangeros, sucediéndole en el ministerio de lo Interior Mr. Cretet, miembro instruido y laborioso del Consejo de Estado, y en aquel momento director del Banco de Francia. Fué preferido al conde Regnault de Saint-Jean d'Angely, cuyo talento para escribir y hablar pareció indispensable en el Consejo de Estado y en el Cuerpo legislativo, y cuyo carácter no convenia para ministro de lo Interior. Mr. Jaubert, individuo tambien del Consejo de Estado, reemplazó á Mr. Cretet en la direccion del Banco.

Sin embargo, al elevar Napoleon al príncipe Berthier á la dignidad de vice-condestable, no quiso privarse de él, como mayor-general del grande ejército, destino en que nadie podia igualarle, y que le fué conservado. Pero llamó para reemplazarle en el ministerio de la Guerra, al general Clarke, cuyo talento administrativo acababa de esperimentar en el puesto de gobernador de Berlin, talento mas especioso que sólido, pero que presentándose bajo la forma de una docilidad solícita y de una grande aplicacion al trabajo, habian seducido a Napoleon. Sin embargo, aquella eleccion estaba bastante motivada, porque los militares aptos para la guerra activa, estaban todos empleados, y entre los que estarian mejor en el gabinete que en el campo de batalla, el general Clarke

parecia ser el que poseia mas ese espíritu de órden, y esa inteligencia de los pormenores que reclama la administracion. Mr. Dejean quedó como ministro encargado del material de la guerra. El general Hullin, cuya adhesion y valor personal habia podido apreciar Napoleon mas de una vez, reemplazó en el mando de París al general Junot, que iba á ponerse al frente del ejército de Portugal.

La Francia acababa de tener en aquella época una sensible pérdida en el conde de Portalis, ministro de los Cultos, jurisconsulto sábio, escritor ingenioso y brillante, cooperador hábil de las dos mejores obras de Napoleon, el Código civil y el Concordato, que en sus relaciones con el clero habia sabido conservar un justo medio entre la debilidad y el rigor, que era estimado de la iglesia francesa, y que egercia sobre ella y sobre Napoleon una influencia provechosa; personage, en fin, cuya falta era muy sensible en los momentos en que estaba próximo un rompimiento formal con la córte de Roma, y cuya pérdida era tan irreparable para el ministerio de los Cultos, como la de Mr. Talleyrand para el de Negocios estrangeros. Este hombre laborioso, acometido de una especie de ceguera, habia tenido el arte de suplir al sentido que le faltaba con una memoria prodigiosa, y le habia acontecido, que llamado por Napoleon para que escribiera lo que le dictase, reprodujo de memoria sus pensamientos y viva espresion que habia fingido escribir. Napoleon habia llegado á estimar á Mr. de Portalis, y le sintió vivamente. Tuvo por sucesor en el ministerio de los Cultos á otro jurisconsulto, colaborador tambien del Código

civil, Mr. Bigot de Preameneu, ingenio poco brillante, pero sábio y religioso sin debilidad.

Era preciso indemnizar á Mr. Regnault de Saint-Jean d'Angely, de haber estado próximo al ministerio de lo Interior sin llegar á él. Mr. Regnault era uno de los consejeros de Estado, á quien empleaba mas Napoleon por hallarse familiarizado con los negocios, y por su facilidad en esponerlos de un modo claro y elocuente. Como entonces no habia mas lucha de tribuna que la de un consejero de Estado que discutia contra un miembro del Tribunado ante el Cuerpo legislativo enmudecido, aduciendo razones convenidas contra objeciones que lo estaban igualmente, bastaba para estas luchas dispuestas de antemano en conferencias preparatorias, y que se asemejaban á las de las asambleas libres, como las maniobras de un simulacro se asemejan á la guerra, un talento oratorio, variado y brillante. Solo se necesitaba que fuese fácil é infatigable, con un gefe pronto en concebir y ejecutar, y que cuando fijaba su atencion en un asunto, queria que se cumpliese inmediatamente lo que habia ideado para pasar á otro. Mr. Regnault era el primero de los oradores para semejante papel, y puede decirse que él solo poseia toda la elocuencia de aquel tiempo. Napoleon, que apreciaba sus servicios, quiso recompensarle con el título de ministro de Estado, título indefinible, título que le proporcionaba el rango de ministro sin conferirle el poder, y con un empleo en la córte muy bien dotado, el de secretario de Estado de la familia imperial. Mr. Defermon por sus servicios en la seccion de rentas, y Mr. Lacuée por los que prestaba en la direccion de la conscripcion, obtuvieron

tambien el nombramiento de ministros de Estado.

Acordados estos nombramientos con el archicanciller Cambaceres, que era el único consultado en aquellas circunstancias, Napoleon fijó en la legislacion, en la administracion interior, en la hacienda y en las obras públicas, una atencion y cuidado que no les habia rehusado durante la guerra, pero que concebida desde lejos, rápidamente, y entre el estruendo del cañon, era suficiente para vigilar, pero no para crear.

Napoleon se ocupó primero en introducir en la constitucion imperial una modificacion que le parecia necesaria, aunque poco importante en sí misma, cual era la supresion del Tribunado, cuerpo que no era ya mas que una sombra vana, desde que reducido al número de cincuenta individuos, privado de la tribuna, dividido en tres secciones, de *legislacion, de administracion interior y de hacienda*, discutia con las secciones respectivas del Consejo de Estado, en conferencias particulares, los proyectos de ley que debian proponerse por el gobierno. Ya hemos dado á conocer en otra parte cómo se ejecutaba este trabajo. El tiempo trascurrido no habia alterado nada en él, ó cuando mas, solo habia producido mayor calma y silencio. Despues de celebrar conferencias en casa del archicanciller, un miembro del Tribunado y otro del Consejo de Estado, iban á pronunciar cada uno un discurso ante el Cuerpo legislativo, en el mismo sentido ó en otro contrario, segun habia conformidad ó divergencia. El Cuerpo legislativo votaba en seguida sin decir palabra alguna y por una inmensa mayoría, escepto en algunos casos muy raros en que se trataba de intereses materiales, únicos

en que se permitia disentir del parecer del gobierno; y escepto tambien en algunos casos mas raros todavia, en que las proposiciones de que se trataba herian los sentimientos de los hombres adictos á la revolucion, sentimientos que estaban adormecidos, pero no estinguidos en los corazones. Entonces minorías de cuarenta ó cincuenta votos probaban que la libertad estaba aplazada, pero no destruida en Francia. Asi marchaban los negocios interiores muy rápida y silenciosamente con la aprobacion general, fundada en la persuasion de que los negocios estaban perfectamente dirigidos, porque el emperador habia meditado, el Consejo de Estado profundizado, y el Tribunado contradicho en su redaccion las medidas adoptadas. En cuanto á los asuntos esteriores, que hubiera sido entonces tiempo de discutir detenidamente para contener al que la impetuosidad de su genio iba á precipitar bien pronto en un abismo, estaban reservados esclusivamente al emperador y al Senado en proporciones desiguales, como se comprende facilmente. Napoleon decidia á su arbitrio la paz ó la guerra, de una manera mas absoluta que los emperadores de la antigua Roma, los sultanes de Constantinopla ó los czares de Rusia, porque no tenia pretorianos, genizaros, ni strelitzs, ni ulemas, ni aristocracia. No tenia mas que soldados tan sumisos como heróicos, un clero asalariado y enteramente escluido de los negocios, y una aristocracia que creaba con títulos inventados por su imaginacion, y con la fortuna adquirida en sus vastas conquistas. De vez en cuando revelaba al Senado las negociaciones diplomáticas si tenian por resultado la guerra. El Senado, que desde 1805

habia recibido en ausencia del Cuerpo legislativo la atribucion de votar las quintas, pagaba aquellas confianzas con dos ó tres conscripciones, que el emperador recompensaba á su vez con boletines magníficos, con banderas ennegrecidas y rotas, con tratados de paz, por desgracia poco duraderos, y el pais, deslumbrado con tanta gloria, encantado de su reposo, y encontrando los negocios interiores soberbiamente manejados, y los esteriores elevados á una altura inaudita, deseaba que aquel estado de cosas se prolongase por mucho tiempo, y solo algunas veces, al ver invernar un ejército francés á orillas del Vistula, y dar batallas en las márgenes del Niemen, principiaba á temer que toda aquella grandeza tuviese término en su mismo esceso.

Solo se manifestaba un poco de agitacion en aquel gobierno, cuando debia renovarse la quinta parte del Cuerpo legislativo. Entonces se formaban algunas intrigas en derredor del Senado, que era llamado á elegir los individuos de los cuerpos deliberantes, en listas presentadas por colegios electorales que eran vitalicios. Hacianse algunas gestiones con los principales senadores, y se solicitaba un asiento en el Cuerpo legislativo, mudo, pero retribuido, como se solicitaba un empleo en hacienda. El archicanciller Cambaceres vigilaba aquellas elecciones para que no fuesen admitidos mas que los notoriamente adictos, lo cual no era en verdad muy difícil. Lo que únicamente podria suceder, era que al fin de cada lista se deslizasen algunos de los que se oponian al Senado, impugnadores tímidos y poco numerosos, á quienes Sieyes habia abandonado y olvidado, que le

correspondian olvidándole á su vez, y que no querian de Napoleon las temerarias empresas en que la Francia iba á encontrar su ruina, sino el Concordato, el Código civil y otras disposiciones tan buenas y escelentes.

Tales eran las formas de aquel despotismo heróico, producto de la revolucion: poco importaba cambiarlas, porque en el fondo subsistiria siempre lo mismo. Podia rectificarse algo en la organizacion de aquellos cuerpos sumisos y dependientes, y Napoleon lo habia proyectado asi con respecto al Tribunado. Reducido este á juegos de palabras en conferencias privadas, incómodo al Consejo de Estado, de quien era un rival oscuro, tenia una posicion falsa y poco digna de su título. El Cuerpo legislativo, aunque no ambicionaba mas importancia que la que tenia, y no se hallaba en manera alguna dispuesto á hacer uso de la palabra aunque se le devolviese aquel derecho, estaba sin embargo avergonzado de su silencio que le ponia en ridículo. Solo habia, pues, que hacer una cosa muy sencilla y que no podia perjudicar á la libertad de aquel tiempo, y era el reunir el Tribunado al Cuerpo legislativo, confundiendo en un mismo cuerpo las atribuciones y las personas. Esto fué lo que resolvió Napoleon, despues de conferenciar con el archicanciller Cambaceres. En su consecuencia, decidió que se suprimiese el Tribunado, y que sus atribuciones se trasmitiesen al Cuerpo legislativo, que de este modo volvia á entrar en posesion de la palabra; que á la apertura de cada legislatura, se formasen en el Cuerpo legislativo, y por medio de escrutinio, tres comisiones de siete individuos cada una, destinadas como las que se habian su-

primido en el Tribunado, á ocuparse la primera en legislacion, la segunda en administracion interior, y la tercera en hacienda; que estas secciones continuasen discutiendo con las respectivas secciones del Consejo de Estado, y en conferencias particulares, los proyectos de ley presentados por el gobierno; que cuando estuviesen de acuerdo con el Consejo de Estado, un individuo de aquel cuerpo, fuese á esponer en la tribuna del Cuerpo legislativo, las razones que el gobierno habia tenido para proponer aquel proyecto, y que el presidente de la comision manifestase tambien los motivos en que aquella se fundaba para aprobarle; pero que en caso de no haber conformidad, todos los individuos de la comision podrian esponer públicamente las razones que les asistian para su oposicion, y que el Cuerpo legislativo votase sin mas debate las medidas sometidas á su aprobacion. Se acordó ademas, que para no hacer alteracion en el estado de las cosas, durante la legislatura que iba á abrirse, y cuyos trabajos estaban ya preparados, no se promulgaria el senado-consulto que contenia las nuevas disposiciones, hasta el dia que aquella se cerrase.

El Cuerpo legislativo recobraba de hecho la palabra; pues que veinte y un individuos suyos elegidos todos los años por escrutinio, eran llamados á la discusion de los negocios, y la supresion del Tribunado, solo hacia desaparecer un cuerpo privado de vida, ya hacia largo tiempo. Esta restitucion de la palabra causó una sensacion agradable en el Cuerpo legislativo, no porque pensase usar de ella, sino porque le libraba de su ridícula posicion, que era harto embarazosa. Sin embargo, como en aquella medida se encontraba la palabra suprimido, hablando del Tribunado, palabra que habia tenido alguna importancia, habia motivo suficiente para disgustar á ciertos amigos constantes de la revolucion, y para complacer á Napoleon, que no temió, para borrar una espresion que los recuerdos de 1802 le hacian desagradable, restituir al Cuerpo legislativo prerogativas de algun valor. Verdad es que se adoptó una precaucion contra aquellas nuevas prerogativas, cual fué la de fijar en cuarenta años la edad necesaria para tomar asiento en el Cuerpo legislativo: triste precaucion que no hubiera impedido á una asamblea ser emprendedora, si hubiera podido despertarse entonces el espíritu de libertad, y que hacia comenzar demasiado tarde la educacion política de los hombres públicos.

Despues de desembarazarse de aquella sombra importuna del Tribunado, restaba atender á la suerte de las personas que Napoleon, tanto por natural benevolencia, como por política, no queria nunca perjudicar. Se resolvió, pues, que los individuos del Tribunado fuesen con sus prerogativas á buscar un asilo en el seno del Cuerpo legislativo, en donde debian encontrar título y sueldo. Sin embargo, Napoleon no queria hacer muy numeroso el Cuerpo legislativo, que se componia de trescientos individuos, introduciendo en él todos los del Tribunado. Así es que no abrió aquel refugio mas que á los individuos mas oscuros de este cuerpo, y en cuanto á los que habian manifestado luces y aplicacion, los recompensó con elevados empleos. Colocó primero en el Senado á Mr. Fabre de l'Aude, que habia presidido el Tribunado con distincion, y á Mr. Curée, que aun cuando habia comenzado su

carrera mostrando su fogoso republicanismo, la habia terminado con la mocion de restablecer la monarquía, instituyendo el imperio. Con respecto á los demas miembros del Tribunado en quienes se reconocia algun mérito, Napoleon mandó á los ministros de lo Interior y de Justicia, que los propusiesen para las plazas vacantes de prefectos, primeros presidentes y fiscales. Por último, reservó algunos para hacerlos figurar en una nueva magistratura que debia ser el complemento de las instituciones rentísticas, el tribunal de Cuentas, cuya creacion no tardaremos en referir.

Habia otra medida que Napoleon anhelaba adoptar, y que miraba como mucho mas urgente que la supresion del Tribunado, y era el arreglo de la magistratura. El gobierno del Consulado en el momento de su instalacion se habia conducido en sus elecciones con un espíritu escelente; pero urgiéndole establecerse, habia escogido aceleradamente el personal de todos los ramos, y si bien se habia engañado menos que los gobiernos que le habian precedido, se equivocó no obstante mucho, y se vió obligado á reformar algunos de sus primeros nombramientos; asi es que hubo cambios de personas en destinos de todas categorías, y estas medidas tan justas fueron tanto mas aplaudidas, cuanto que jamás las dictó la influencia política, sino el conocimiento que se habia adquirido del mérito de cada uno. En la magistratura no habia podido hacerse lo mismo, por la inamovilidad que estableciera Mr. Sieyes, y algunas elecciones hechas en el año VIII, sin conocer á las personas agraciadas, y con la precipitacion de una reorganizacion general, habian llegado á ser con el tiempo un escándalo permanente. Se habia dado al tribunal de Casacion una jurisdiccion disciplinaria sobre la magistratura; pero aquella jurisdiccion suficiente en los tiempos ordinarios, no lo era con respecto á un personal de magistrados nombrados en masa, al dia siguiente de un inmenso trastorno, y entre los cuales se habian mezclado algunos miserables, indignos del rango que ocupaban. Mientras que el decoro y la aplicacion reinaban entre casi todos los agentes del gobierno sujetos á una activa vigilancia, solo la magistratura presentaba algunos malos egemplos. Era, pues, necesario aplicar el oportuno remedio, y Napoleon, que en 1807 se creia llamado á dar la última mano á la reorganizacion de la Francia, se decidió á hacer que cesase semejante desórden. Pidió consejo al archicanciller, juez supremo en semejante materia, y aquel hombre tan fecundo en recursos como sábio, encontró en aquella ocasion como en otras muchas, un medio que no carecia de mérito, y que estaba basado ademas en razones sólidas. La constitucion del año VIII al declarar inamovibles á los individuos del órden judicial, los sometia sin embargo á una condicion comun á todos los miembros del gobierno, la de figurar en las listas de elegibles. No les habia, pues, asegurado la perpetuidad de su cargo mas que condicionalmente, y cuando mereciesen toda su vida la estimacion pública. Habiendo desaparecido aquella precaucion con las listas de elegibles, abolidas despues, decia el príncipe Cambaceres, que era preciso suplir á ella, y propuso dos medidas, una permanente y otra temporal. Consistia la primera en no considerar los nombramientos en la magistratura como definitivos, y en no conferir la

inamovilidad hasta pasados cinco años, y despues de hecha la esperiencia de la moralidad y de la capacidad de los magistrados electos. La segunda se reducia á crear una comision de diez individuos, confiándola el encargo de pasar una especie de revista á toda la magistratura, y designar los individuos que se hubiesen hecho indignos de administrar la justicia. Napoleon adoptó aquella combinacion ingeniosa, y la convirtió en un senado-consulto que debia presentarse al Senado. En cualquier otro tiempo, aquella medida se hubiera mirado como una violacion de la constitucion; mas en aquella época, despues de inmensos trastornos, á vista de una necesidad reconocida, y con la intervencion de un cuerpo, cuya imparcialidad garantizaba su elevacion, no pareció sino lo que era efectivamente, un acto reparador y necesario. Por lo demas, este arreglo que se llevó á cabo muy en breve con justicia y discrecion, mereció la aprobacion pública, tanto por su ejecucion como por su principio.

Al mismo tiempo que se ocupaba en estas medidas constitucionales y administrativas, Napoleon fijaba su atencion en la hacienda. Ninguna parte de la administracion debia causarle mas satisfaccion que esta, porque reinaba la abundancia en el Tesoro, y acababa de restablecerse el orden en él. Se ha visto, que el presupuesto fijado primero en 500.000,000 en 1802, ascendió pronto, por la liquidacion definitiva de la deuda pública, por el impulso que se dió á los trabajos de utilidad general, por el restablecimiento del culto en los comunes mas pequeños de Francia, por la creacion de un vasto sistema de enseñanza, por la estension de

las construcciones navales, y en fin, por la institucion de la monarquía y la formacion de una lista civil, á cerca de 600.000,000; y cuando sobrevino la guerra, á 700.000,000 (820 con los gastos de cobranza). Al regresar Napoleon en 1806 de la guerra de Austria, y antes de su partida para la de Prusia, habia declarado al Cuerpo legislativo, para que lo supiese la Europa, que le bastaban 600.000,000 para la paz, y 700 para la guerra; y que sin recurrir á empréstitos, sistema entonces antipático para la Francia, obtendria aquella suma por el restablecimiento de las cobranzas naturales, que la revolucion francesa habia abolido, en vez de limitarse á reformarlas. En consecuencia, restableció con el nombre de *derechos reunidos* las contribuciones sobre las bebidas, y en reemplazo del impuesto sobre las barreras, el de la sal. Estas medidas no tardaron en justificar su prevision y firmeza, porque los derechos reunidos, despues de haber producido 20.000,000 en el primer año, producian ya 48 en 1806, y prometian 76 en el año 1807. El impuesto sobre la sal que habia producido 6 ó 7.000,000 en 1806, ascendia á 29 en 1807, y hacia esperar mucho mas para los años siguientes. Las contribuciones antiguas habian presentado igualmente mejoras notables. El encabezamiento habia subido de 160.000,000 á 180; las aduanas de 40.000,000 á 50 en 1806, y á 66 en 1807: porque si el comercio marítimo se hallaba paralizado, el que se hacia con el continente, habia recibido un grande desarrollo.

Así es, que las rentas ordinarias que Napoleon suponia en 1806 que debian subir á 700.000,000, ascendian á mucho mas en 1807, y podian calcu-

larse aproximadamente en 740.000,000, distribuidos de la manera siguiente: 315 000,000 por contribuciones directas (impuesto sobre las propiedades rústicas y urbanas, puertas y ventanas, alquileres, etc.): 180 por el encabezamiento (derecho sobre el timbre ó sello, sucesiones, trasmisiones de propiedad, y el producto de los bosques): 80 de los derechos reunidos: 50 de las aduanas: 30 de la sal: 5 de las sales y tabacos del otro lado de los Alpes: 5 de las salinas del Este: 12 de la lotería: 10 de los correos postas: 1 de las pólvoras y salitres: 10 de los descuentos á los que adquirian bienes nacionales: 6 de diversos ingresos; y 36 del subsidio italiano que representaba los gastos del ejército francés encargado de guardar la Italia. Esta suma total de 740.000,000 aumentada con 30.000,000 de productos especiales, es decir, de céntimos adicionales agregados á las contribuciones directas por gastos departamentales, y con el arbitrio establecido en ciertos rios para sostener la navegacion, debia ascender á 770.000,000. Alguno de aquellos productos, como el del encabezamiento, de los derechos reunidos ó de las aduanas, podia subir ó bajar, pero el total de los productos debia llegar y pasar sucesivamente de la renta media de 740.000,000, á 770 con los productos especiales.

Es cierto que los gastos habian pasado, como los ingresos, los límites establecidos en la ley de las rentas. Napoleon, en 1806, habia valuado en 700.000,000 el presupuesto en el estado de guerra, que era el ordinario en aquella época, lo cual debia con 30.000,000 de productos especiales, elevar el gasto total á 730.000,000. Ya se sabia

que ascenderia á 760.000,000 en aquel mismo año de 1806, y mas tarde se supo que habia sido de 770: habia, pues, escedido en 40.000,000 á la cantidad presupuestada. En 1807, año cuya historia escribimos en este momento, el gasto, calculado en 720 á 750.000,000 con los productos especiales, anunciaba ser mucho mas considerable: mas tarde se fijó en 778.000,000. La causa de estos aumentos se comprende fácilmente, porque el gasto de la guerra (para los dos ministerios, asi del personal, como del material), calculado en 300.000,000, habia subido á 340. Y aun esta suma dista mucho de revelar toda la estension, porque ademas de los gastos que pesaban sobre el Estado, los paises ocupados por las tropas francesas habian suministrado una parte de los víveres, y el tesoro del ejército en que habian ingresado las contribuciones de guerra, habia satisfecho parte de los sueldos y de los gastos de material. Lo suplido por aquel tesoro no bajaba de 40 á 50.000,000 para 1806, y de 140 ó 150 para 1807. Mas como los ingresos corrientes del año producian ya 740.000,000 (770 con los productos especiales), y el tesoro del ejército podia suplir algunas sumas sin empobrecerse, puede decirse con fundamento que Napoleon habia conseguido su objeto, de nivelar los ingresos con los gastos, aun durante el estado de guerra, sin recurrir á empréstitos.

El total de 770.000,000 de gastos para 1806, y de 778 para 1807, no se habia revelado por completo, porque la contabilidad francesa, aunque bastante adelantada, no habia llegado al grado de perfeccion que tiene en el dia, y que permite algunos meses despues de trascurrido el año, justi-

ficar y fijar con exactitud el gasto. Se necesitaban lo menos dos ó tres años para hacer semejante liquidacion. Calculaba, pues, Napoleon los gastos del año en 720.000,000, y en 750 con los servicios pagados de los productos especiales, valuacion exactísima, si esceptuamos algunos escedentes para la manutencion del ejército. En este total de 720.000,000, la deuda pública debia entrar por 104.000,000 (34 de rentas perpétuas, 5 por 100, 17 de rentas vitalicias, 24 de pensiones eclesiásticas, 5 de pensiones civiles, y 4 de la deuda del Piamonte, Génova, Parma y Plasencia); la lista civil por 28 (comprendidos en ella los príncipes); el servicio de negocios estrangeros por 8; la administracion de justicia por 22; el gasto de lo Interior y Obras públicas por 54 (no comprendidos los trabajos de los departamentos, pagados de los 30.000,000 de productos especiales); la dotacion de los cultos por 12; la policía general por 1; las rentas por 36 (incluidos 10.000,000 por la caja de Amortizacion); la administracion del tesoro por 18 (comprendidos 10.000,000 de gastos de descuento); la marina por 106; la guerra por 321; y en fin, un fondo de reserva destinado para gastos imprevistos, por 10; total 720.000,000; 750 con los gastos de los departamentos.

Comparado este total de gastos comprensivo de 750.000,000 con el producto de los ingresos, que ascendia á 770, dejaba libre una suma de 20.000,000. Napoleon quiso aligerar inmediatamente las cargas del país con la supresion de los 10 céntimos de guerra establecidos en 1804, en reemplazo de los donativos voluntarios, votados por los departamentos para la construccion de la escuadrilla de

Boloña. Era un alivio considerable en las contribuciones directas, las mas pesadas de todas en aquella época, y el tercero de aquella especie concedido desde el 18 brumario. Napoleon mandó, que al presentar la ley de Hacienda al Cuerpo legislativo, que iba á reunirse despues de la prórroga de un año, se le propusiese sin dilacion tan importante mejora en la suerte de los contribuyentes, y que se anunciase de este modo el fin de una parte de las cargas de la guerra, aun antes de terminar aquella.

Su ardiente imaginacion que deseaba penetrar en el porvenir, habia ya descubierto cual seria en algunos años el estado de las rentas del país, y habia calculado que en quince años, la estincion rápida de las rentas vitalicias, y de las pensiones eclesiásticas, y la no menos progresiva de las rentas perpétuas dotadas de un fondo de amortizacion que la enagenacion cada dia mas ventajosa de los bienes nacionales favorecia en gran manera, reducirian la deuda pública de 104.000,000 á 74. Pero antes de que llegase este resultado, que era necesario aguardar todavía muchos años, el restablecimiento de la paz, podia hacer bajar los gastos públicos á menos de 720.000,000, subir mucho mas las rentas, y ofrecer abundantes medios de creaciones útiles ó de aligerar las cargas. Sin las faltas, que no tardaremos en referir, se habrian realizado aquellos escelentes resultados, y se hubieran salvado la Hacienda y la grandeza de la Francia.

Al buen estado de las rentas, se agregaba desde el año anterior, una facilidad enteramente nueva en el servicio del Tesoro. Ya recordará el lector

que diversas causas, de las que una era permanente y las demas accidentales, habian hecho muy difícil este servicio, y dado al Tesoro la apariencia de un rico, que por falta de órden, ó por la dificultad de cobrar sus rentas, no puede satisfacer sus gastos corrientes. La causa permanente nacia de las *obligaciones* y de los *bonos á la vista* que suscribian los recaudadores generales, y que pagaderos en su caja mensualmente, era el único medio por el que llegaba al Tesoro el producto de los impuestos. Las *obligaciones* que representaban el valor de las contribuciones directas, no se firmaban sino á plazos bastante largos, y por lo menos una cuarta parte no se pagaba hasta cuatro, cinco ó seis meses despues del año á que correspondian. Los *bonos á la vista*, que representaban las contribuciones indirectas y firmados en épocas indeterminadas, con posterioridad a la realizacion del pago del impuesto, no hacian llegar al Estado los productos de aquellas contribuciones, hasta cincuenta ó sesenta dias despues de su entrada en las cajas de los recaudadores generales, que tenian de este modo a su disposicion fondos que constituian una parte de sus emolumentos. Pero lo que acarreaba inconvenientes mucho mas graves que los escesivos beneficios concedidos á los empleados en la recaudacion, era el que el Tesoro, para hacer sus pagos en tiempo oportuno, se veia en la necesidad de realizar las *obligaciones* y *bonos á la vista* en el Banco, y algunas veces en las casas de grandes capitalistas, con un quebranto de 12 á 15 por 100, y que como Mr. Ouvrard, solian tambien distraer los valores ú ocultarlos. Se calculaba en 124.000,000 las sumas, cuyo vencimiento se habia dilatado mas de los doce meses del año. Sin embargo, como el gasto no era mayor que el impuesto satisfecho en aquellos doce meses, hubieran podido cubrirse las atenciones del Tesoro casi sin descuento, si no hubiesen complicado la situacion ordinaria, causas enteramente accidentales. Por una parte, los presupuestos anteriores de 1805, 1804 y 1803 habian dejado atrasos, que se trataba de cubrirse con los recursos corrientes; y por otra la singular aventura rentística de la junta de comerciantes que, confundiendo los negocios de Francia y de España, privó al Estado de 141.000,000, y constituyó al Tesoro en una posicion muy embarazosa. Se habia visto obligado á suplir un déficit anterior de 60 á 70.000,000, y un alcance de 141.000.000 creado por los negociantes. Aquel alcance estaba en verdad asegurado con valores sólidos, pero eran de muy difícil realizacion. Habia, pues, sido preciso, ademas del descuento anual de los 124.000,000 de obligaciones que no vencian hasta el año siguiente, hacer frente á un déficit de cerca de 200.000,000 De este modo se esplican los apuros de la hacienda en 1805 y 1806, aun en medio de los prodigiosos y felices resultados de la campaña que habia terminado con la victoria de Austerlitz.

Pero la llegada de Napoleon en enero de 1806, triunfante y con las manos llenas de los metales preciosos que habia arrebatado al Austria, hizo renacer la confianza, y proporcionó un socorro de que habia urgente necesidad. Reanimado el crédito, el interes de 12 y 15 por 100 quedó bien pronto reducido al 9 y aun al 6 en los valores del Tesoro.

Tomáronse otras medidas para resolver las dificultades del momento y hacer imposible su reaparicion. En primer lugar, se privó, como ya hemos dicho, al Senado, á la Legion de Honor y á la universidad, de los bienes nacionales que constituian su dotacion, se les señalaron rentas en compensacion, y aquellos bienes pasaron á la caja de Amortizacion para que los vendiese poco á poco, lo que efectuó con mucha prudencia y ventaja. Calculábase su valor en 60.000,000, y sobre esta garantía se crearon 60.000,000 de pagarés con el interés de 6 y 7 por 100, segun los vencimientos, y reembolsables sucesivamente en la referida caja en el término de cinco años. Estos pagarés, por el interés que producian, la certeza de la hipoteca, y la confianza que inspiraba la caja que los garantizaba, habian adquirido el crédito de los mejores valores, y se negociaban casi siempre á la par, ó poco ménos. De este modo sirvieron para cubrir el atraso de los presupuestos de 1805, 1804 y 1803. Como los bienes dados en garantía adquirieron con el tiempo mayor valor, se pudo hacer subir hasta 70 y aun 80.000,000 el número de los pagarés, para satisfacer las cargas que iban sucesivamente resultando de las liquidaciones practicadas.

Provisto ya el remedio para aquel atraso, se puso gran cuidado en la recuperacion de los 141.000,000 que constituian el alcance de la junta de negociantes. Mr. Mollien, que habia llegado á ser ministro del Tesoro, por la destitucion de Mr. de Marbois, estimulado sin cesar por Napoleon, desplegó, en la relacion de los valores que componian aquel alcance, un celo y una habilidad muy

notables. Se apoderó primero de 10 á 11.000,000 de inmuebles pertenecientes á los señores Ouvrard y Vanlerbergh, y como el emperador satisfecho de su actividad le habia dejado la provision de víveres del ejército y de la marina, no se le pagó mas que una parte de sus suministros, y por este medio reembolsó la hacienda 40.000,000. Ademas, Mres. Ouvrard, Desprez, y Vanlerbergh entregaron en diferentes pagos, ó en efectos sobre la Holanda, una suma de 30.000,000. Por último, reconocida la España como deudora personalmente en el alcance total de una suma de 60.000,000, verificó el pago consignando 36.000,000 sobre las cajas de Méjico, y prometió entregar directamente 24.000,000 en todo el año 1806, á razon de 3.000,000 cada mes. La España era el peor de todos aquellos deudores, porque de los 24.000,000 que debia satisfacer por mensualidades en 1806, solo habia aprontado 14 en agosto de 1807, despues de manifestar evidentemente muy mala voluntad antes de la batalla de Jena, y luego una impotencia deplorable, pues solo á fuerza de empréstitos con la Holanda habia podido hacer efectivos los 14.000,000 correspondientes á 1806. En cuanto á los 36.000,000 que debian cobrarse de las cajas de Méjico, Veracruz, Caracas, la Habana y Buenos Aires, Mr. Mollien se valió de un medio muy ingenioso para hacerlos ingresar en el Tesoro: consistia aquel en cederlos á la casa holandesa Hope, que los cedia á la casa inglesa Baring, la cual obtenia por la necesidad que la Inglaterra tenia de metales, el permiso de estraerlos de los puertos españoles en fragatas inglesas. La Francia no garantizaba mas que la entrega en rada,

á bordo de los botes ingleses, y los daba al precio de 3 francos 75 céntimos á que los habia recibido. El beneficio de 1 franco 25 céntimos, cedido á los que acometian tan dificultosa operacion, no pensaba sobre ella, sino sobre la España, que pagaba de este modo con un enorme quebranto, la distancia de los manantiales de su riqueza, su indiferencia hacia ellos, y la debilidad de su pabellon, que se veia obligado á abandonar á los buques ingleses la estraccion de los metales de la América. Las casas Baring y Hope, por medio del giro de valores, trasmitian en seguida al Tesoro francés el importe de las cantidades cedidas. Con estas condiciones se negociaron mas de 25.000,000: el resto se empleó en pagar á los Estados Unidos ó en las colonias españolas, las deudas contraidas por la marina francesa, y especialmente los gastos hechos por los navíos del almirante Willaumez, que habian buscado asilo, unos en el puerto de la Habana, y los otros en el Delaware y en el Chesapeak.

Por medio de estas diversas combinaciones llegó el Tesoro francés á recobrar en 1807 100.000,000 de los 141 que formaban el enorme alcance de los comerciantes. El ingreso en caja de los 41 restantes estaba asegurado, y en plazos no muy largos.

El Tesoro que se encontraba empeñado en 1806, aliviado pronto por los socorros metálicos que Napoleon habia sacado del estrangero por haberse recobrado la confianza por el pago integro de los atrasos de los presupuestos, y por la estincion casi total del alcance de los comerciantes, no habia tenido que atender en 1807 mas que á una pequeña parte de aquel alcance, y á los 124.000,000 de obligaciones que podian cobrarse en la distribucion siguiente, lo que era muy fácil, como ya hemos dicho, porque el pago de los gastos se retardaba tanto como el del impuesto. Asi es, que el emperador pudo exigir y obtener que el sueldo del grande ejército, que representaba de 3 á 4.000,000 por mes, y de cuya inmediata entrega habia dispensado al Tesoro, se acumulase poco á poco en Erfurt, Maguncia y Paris, y formase allí un depósito de numerario de mas de 40.000,000, precaucion escesiva que prueba cuan prudente era en la guerra aquel hombre tan imprudente en la política (1).

Pero una institucion nueva, que era el complemento necesario de la organizacion restística, facilitó desde 1806 las operaciones del tesoro, é hizo que hubiese en sus arcas, durante todo el año de 1807 una abundancia desconocida hasta entonces. Segun el sistema propuesto por Mr. Gaudin al primer cónsul al siguiente dia del 18 brumario, sistema seguido hasta 1807, los re-

(1) Los pormenores que acabo de referir parecerán quizá minuciosos, pero los he creido indispensables para dar á conocer la marcha de la hacienda, la habilidad administrativa de Napoleon y de sus agentes, y el tiempo singular en que vivian. Estos pormenores, y sobre todo los que seguirán acerca de la creacion del nuevo sistema de tesorería, están tomados, no de las publicaciones oficiales que llegaron á ser muy raras en aquella época, muy incompletas, y que guardaban profundo silencio sobre los medios de ejecucion, sino de los mismos archivos del Tesoro. He hecho en estos archivos, con autorizacion de los señores Humann y Dumon, ministros de Ha-

caudadores generales firmaban, como ya hemos dicho, en provecho del Tesoro, letras de cambio con el título de *obligaciones* ó *bonos á la vista* que vencian mensualmente. Este fué el medio adoptado para realizar el ingreso de las rentas públicas en las cajas del Tesoro: teníase la certeza de un vencimiento fijo, y se daban como emolumentos á los recaudadores generales los beneficios de intereses que resultaban, porque el impuesto se cobraba siempre antes del vencimiento de aquellas *obligaciones* ó *bonos á la vista*. Esta era indudablemente una gran mejora, atendido el tiempo en que se imaginó aquel sistema, porque de este modo habia la seguridad de términos fijos para la entrega de los impuestos. En 1807 quedaba todavía un paso que dar, y era el de obligar á los empleados responsables á hacer entrega de los fondos al Tesoro en el momento que los recibiesen. Pero suprimir de un golpe el sistema de letras de cambio para sustituirle con el mas natural de una entrega inmediata, bajo la forma de una cuenta corriente abierta entre el Tesoro y los recaudadores generales, hubiera sido una alteracion demasiado brusca y quizá peligrosa. La esperiencia y el talento inventor de Mr. Mollien le sugirieron una transicion de las mas felices.

cienda, un trabajo considerable, del que he sido bien indemnizado, aunque se haya dilatado mucho por los preciosos datos que he recogido sobre el orígen y la marcha de la administracion rentística. He adquirido tambien muchas luces, por lo concerniente á esta época, con la lectura de las inéditas é importantes memorias del conde Mollien. Salgo garante de la exactitud de los pormenores ya referidos, y de los que seguirán en cuanto á los hechos en sí mismos y en cuanto á las cantidades. Solo he copiado las sumas redondas, y con respecto á las cantidades variables de un dia á otro, las sumas medias que espresaban mejor la verdad durable de las cosas.

Mr. Mollien, como ya hemos dicho, era director de la caja de Amortizacion, cuando Napoleon, satisfecho de la manera con que habia desempeñado aquel destino, le llamó en 1807 al ministerio del Tesoro ó Hacienda en reemplazo de Mr. Marbois, destituido á consecuencia del negocio de la reunion de comerciantes. Mr. Mollien discurria con gran sutileza, era ingenioso, estaba imbuido en las doctrinas de los economistas, y tenia mucha espedicion para los negocios, aunque los esponia con lenguage tímido, susceptible, y se turbaba fácilmente en presencia de Napoleon, á quien no gustaban mucho las disertaciones largas, pero que recobraba pronto la independencia de un hombre honrado, y la firmeza de voluntad que da el convencimiento. Napoleon trataba algunas veces, con la libertad de la omnipotencia y del genio, las teorías de Mr. Mollien, y despues dejaba obrar á este hábil ministro, porque sabia hasta qué punto era concienzudo, aplicado y propio para reformar el mecanismo del Tesoro, en donde todavía subsistian antiguas rutinas apoyadas por mezquinos intereses.

Cuando se quitó la negociacion de los valores del Tesoro á Mr. Desprez, representante de la compañía de comerciantes, se dió el encargo de reemplazarle á una junta de recaudadores generales, junta que existió algun tiempo, y su servicio consistia en descontar las *obligaciones y bonos á la vista*, obrando por cuenta de los recaudadores ge-

nerales. Los fondos de que se servia esta junta los recibia de los mismos recaudadores generales, que percibian siempre el total de los impuestos antes de la época en que el vencimiento de las *obligaciones y bonos á la vista* los compelia á entregarlos. Sabiendo Mr. Mollien que el dinero con que se descontaban los valores del Tesoro era el del Tesoro mismo, ideó el exigir la entrega inmediata por medio de una combinacion, que sin privar á los empleados responsables del goce de los fondos de que se aprovechaban, los obligaria á entregar directamente y sin personas intermedias, el producto del impuesto en las cajas del Tesoro. Para conseguirlo creo una caja llamada *de Servicio*, título tomado de su mismo objeto, á la que los recaudadores generales debian enviar, en cuanto los recibiesen, todos los fondos satisfechos por los contribuyentes mediante un interes de 5 por 100, y para que lar solvente con ellos debia la caja devolverles sus *obligaciones y bonos á la vista* segun fuesen venciendo. Para que los recaudadores generales entregasen en aquella caja las sumas percibidas, les dirigió una circular en que les decia: que si por una parte no debian los fondos del impuesto hasta el vencimiento de sus *obligaciones*, no eran por otra mas que depositarios de aquellos fondos, y no tenian el derecho de emplearlos en especulaciones privadas; que la caja de servicio establecida para recibirlos seria la depositaria mas natural y segura, y que se les pagaria un interés razonable, como era el 5 por 100. Añadió que su cuenta corriente con aquella caja seria presentada todos los meses al emperador, que, como todos sabian, era muy cuidadoso, justiciero y de

gran memoria, lo cual era bastante para estimular el celo de los que tenian buena voluntad. Con respecto á los demas, Mr. Mollien se condujo de diferente modo. Como por la abundancia de dinero de que comenzaba á disfrutar, no tenia necesidad de recurrir con frecuencia al descuento de las *obligaciones y bonos*, no dejó circular en la plaza ni uno solo de aquellos efectos, y si en ciertas necesidades apremiantes se dirigia al Banco de Francia para que le anticipase algunos millones, era con la condicion de que conservaria los títulos aquel establecimiento. Desde entonces los recaudadores generales, que especulaban con los fondos de los impuestos, negociando con las *obligaciones y bonos*, no tuvieron mas recurso que acudir á la misma caja de servicio, y la remitieron sus fondos. Unos por celo y por emulacion de contraer méritos á los ojos del emperador, y otros por imposibilidad de encontrar en otra parte empleo para sus capitales, desde que las obligaciones no circulaban ya en la plaza, entregaron el producto de los impuestos que habian realizado en la caja de servicio mediante el interés de 5 por 100, y aquella les devolvió sus obligaciones á sus vencimientos. De este modo quedó naturalmente suprimida la operacion del descuento, que fué sustituida con la entrega inmediata en el Tesoro al interés del 5 por 100, por solo el tiempo que mediase entre la época de la entrega y la del vencimiento de las *obligaciones y bonos*.

Establecida la caja de servicio á fines de 1806, en los momentos de la partida de Napoleon á Prusia, la encontró colmada de fondos, á su regreso en 1807. Mr. de Mollien, cuyas hábiles é ingenio-

sas combinaciones en aquellas circunstancias, no pueden ser apreciadas en su justo valor, no se limitó á dirigir á la caja de servicio los fondos de los recaudadores generales; hizo todavía mas. No eran solamente aquellos empleados responsables, los que se valian de las *obligaciones y bonos*, para hacer negociaciones con los fondos de que disponian temporalmente, sino que habia particulares que por este medio se proporcionaban imposiciones á plazo corto (como hacen en el dia los capitalistas franceses que buscan los bonos del Tesoro, ó los capitalistas ingleses que compran los bonos del Echiquier); y los establecimientos públicos que tenian capitales que emplear, como el Monte de Piedad, el Banco, la caja de Amortizacion, etc., habian imitado aquel egemplo. Estos diversos capitalistas se dirigian á los banqueros que ordinariamente se dedicaban al agiotage de las *obligaciones y bonos á la vista*, para que les facilitasen su adquisicion. Mr. Mollien autorizó á la caja de servicio por el decreto de institucion, á que emitiese billetes contra sí misma con un interés de 5 por 100, y vencimiento determinado. En vez de dar á los particulares *obligaciones y bonos á la vista*, les entregó sus nuevos billetes, y ella mismo no tardó en hacer la imposicion de 18.000,000, lo cual la puso en posesion de una suma igual en escudos. Celebró ademas un convenio particular con el Monte de Piedad, que por lo regular necesitaba de 15 á 18.000,000 de *obligaciones*, para la colocacion de sus fondos. En lugar de *obligaciones*, le fueron entregados billetes de la caja de servicio, dándole la garantía de 18.000,000 de *obligaciones*, que se conservaban en el Tesoro en una cartera especial. De

este modo, ya no circularon mas las *obligaciones y bonos á la vista*, y los reemplazaron los billetes de la caja. En julio de 1807 contaba un año de existencia aquella caja, y en tan corto período, habia recibido ya 45.000,000 de los recaudadores generales (mitad por su cuenta, y la otra mitad por la de los capitalistas de provincias), 18.000,000 del público, y 18 del Monte de Piedad, es decir, una suma total de 80.000,000.

Fácil es concebir las muchas ventajas que debió producir la creacion de la nueva caja, facilitando el servicio del Tesoro, que aliviado del atraso de los presupuestos por la creacion de 70.000.000 de pagarés, y reintegrado de la mayor parte del alcance de los comerciantes, encontró ademas en aquel empréstito flotante de 80.000,000, recursos que le dispensaron de tener que recurrir al descuento de las *obligaciones* y *bonos á la vista*. En realidad aquel empréstito habia existido siempre, pues que los capitales habian buscado siempre una imposicion temporal en los buenos valores del Tesoro. Pero éste no habia sido el agente intermedio: especuladores colocados entre él y el público, atraian á sí los capitales, y en seguida le hacian desear, pedir, y con frecuencia esperar, y pagar á un precio exorbitante el descuento de las *obligaciones* y *de los bonos á la vista*. Algunas veces, aquellos especuladores eran los mismos recaudadores que le prestaban los fondos del impuesto, y no solo le sacrificaban sin pudor, sino que contraian tambien hábitos funestos de agiotage; pero como la caja de servicio habia llegado á ser la intermedia, era dueña de aquel empréstito permanente, y del precio á que se contrataba: se eximia de los recau-

dadores, que reducia á no ser ya mas que simples depositarios de los caudales públicos, y no les dejaba del papel de banqueros mas que el cuidado de mover los fondos del Tesoro de un punto á otro. La repentina y estraordinaria baja de los gastos de negociacion de 1806 á 1807, llegó á ser la prueba material de todas aquellas ventajas. Para las atenciones de 1806, que á causa de la alteracion del calendario, comprendian, ademas de los doce meses de 1806, los tres últimos de 1805, los gastos de negociacion habian ascendido á la exorbitante suma de 27 á 28.000,000 (1). Para los cuatro primeros meses habia sido de 14.000,000 (lo que suponia 3.000,000 y medio por mes, es decir, 40.000,000 por año). Para los siete meses siguientes habia sido de cerca de 9.000,000 (lo cual no suponia mas que 1.200,000 francos por mes, y 14 ó 15.000,000 por año). En fin, para los cuatro últimos meses habia sido de 4 300,000 francos (lo que suponia cuando mas 12.000,000 por año). Este gasto se hallaba reducido en 1807, á 9 ó 10.000,000, economía considerable, que no dejaba á los capitalistas mas que beneficios legítimos, y de modo alguno vituperables, si se considera especialmente la division que de ellos se hacia. De estos 9 000,000, el Banco percibia 1.400,000 francos, la caja de Amortizacion 1.500,000, el Monte de Piedad 1.350,000, los recaudadores generales y particulares, por sus gastos y retribuciones, 5.000,000. ¡Qué mudanza tan notable, si se compara con el estado de los años anteriores, en que los recaudadores conseguian beneficios exorbitantes en las sumas que retenian, y particularmente si se fija la atencion en los tiempos de la antigua monarquía, en que los asentistas pagaban á la córte, los ministros, los empleados, y realizaban fortunas inmensas con el arrendamiento de muy pocos años!...

(1) 27,369,022 francos para 465 dias distribuidos como sigue:

Por 120 dias.	14.385,680 francos.
Por 197 dias.	8.609,872
Por 138 dias.	4.373,470
	27 369,022.

La caja de servicio, ademas de las diversas ventajas de emancipar al Tesoro, procurarle grandes economías, é introducir entre sus empleados mejores costumbres, tenia por objeto hacer que cesasen en la circulacion general unos valores, que se convertian para el Estado y para el mismo pais, ó en gastos de banco, ó en pérdidas de intereses, ó en inútiles traslaciones de numerario. Cuando, por egemplo, el Tesoro no estaba todavia, por medio de la cuenta corriente con sus recaucadores, en comunicacion directa y diaria con ellos, y necesitaba dinero en alguna parte, como ignoraba en donde habia existencias, hacia negociar *obligaciones* en Paris, y remitia su valor á puntos en donde con frecuencia se hallaba ya la caja del recaudador general con abundantes fondos. Por su parte, el recaudador que tenia interés en desembarazarse de fondos inútiles, procuraba dirigirlos á Paris ó á otras partes, y cargaba de metales los carruages públicos, cuando si hubiese existido la cuenta habrian sido suficientes unas letras sencillas, y el Tesoro se hubiera ahorrado el enviar numerario á los departamentos, y estos á Paris.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mr. Mollien no se limitó á la creacion de una caja de servicio en el centro del imperio, sino que estableció otra semejante en los departamentos situados al otro lado de los Alpes. Allí, todavía mas que en la antigua Francia, reinaba el desórden, pues se encontraban fondos estancados en casa de los recaudadores, y para atender á las necesidades mas urgentes y perentorias habia que hacer remesas de numerario. Para que cesase tan grave inconveniente, Mr. Mollien estableció, no en Turin, sino en Alejandría, en el recinto de la gran fortaleza construida por Napoleon, una caja de giro á la que debian entregar todos sus fondos los recaudadores de la Liguria, Piamonte é Italia francesa, y que á su vez los dirigia á los puntos en que hubiese atenciones que cubrir, especialmente á Milan, en donde habia que pagar al ejército francés. Encargada la direccion de aquella caja á Mr. Dauchy, hábil agente, produjo bien pronto las mismas ventajas que la establecida en París, es decir, facilitó el servicio, hizo que abundasen los recursos, y que no hubiese ya necesidad de remesas de numerario; y bien merecia en verdad el trabajo empleado para establecer el órden, aquella parte de las rentas del imperio, porque la Italia francesa (y entendemos por este nombre la que estaba convertida en departamentos, y no la que al mando del príncipe Eugenio estaba constituida en estado aliado, pero independiente), contribuia en aquella época con 40.000,000, de los cuales 18 estaban destinados para pagar los gastos de la administracion local, justicia, policía y caminos; y los otros 22 quedaban, ó para la construccion de plazas fuertes, ó para contribuir al sosten de los ciento veinte mil hombres que cerraban á los austriacos los caminos de la Lombardía.

Napoleon, mientras hacia la guerra en el Norte, habia seguido y observado con mucha atencion la marcha y los progresos de aquellas nuevas creaciones rentísticas, y el mismo dia de su regreso, cuando los ministros fueron á saludar al afortunado vencedor del continente, felicitó á Mr. Mollien con una especie de efusion. No queriendo hacer jamás el bien á medias, se proponia completar lo que él llamaba la emancipacion del Tesoro. La nueva caja de servicio, mediante el empréstito flotante de los 80.000,000 de que acabamos de hablar, no necesitaba recurrir al descuento de las *obligaciones* y *bonos*, escepto en algunas circunstancias urgentes, en cuyo caso se dirigia al Banco. Pero Napoleon resolvió asegurar sus recursos de una manera definitiva, por medio de una combinacion, cuya idea habia ya concebido cuando vivaqueaba en medio de las nieves de la Polonia. La suma de *obligaciones* y de *bonos á la vista*, cuyo vencimiento no llegaba hasta el año siguiente, y que desde entonces era preciso descontar, ascendia á cerca de 124.000,000. Es verdad que el gasto como el ingreso, no se concluia de satisfacer en el año; pero Napoleon deseaba, que en cuanto fuese posible se saldase la cuenta del gasto en el mismo año, y que para ello se hiciese efectiva en el mismo tiempo, la cobranza de las rentas del Estado. Conforme á lo que habia ideado en Polonia, quiso que las *obligaciones* de 1807, que no debian vencer hasta 1808, se dejasen para este último año; que las de 1808, que no debian vencer hasta 1809 se dejasen para aquel, de manera que

cada año no tuviese mas valores que los que venciesen en los doce meses de su duracion. Mas para que asi fuese era necesario dar á 1807 el equivalente de los 124.000,000 de valores que se dejaban para los años siguientes. Napoleon resolvió hacer á la caja de servicio un préstamo de 124.000,000, que podia ser definitivo, merced á los recursos de que disponia. Despues de varias combinaciones se fijó en la de hacer que de los 124.000,000 apropiase 84 el Tesoro del ejército, y los 40 restantes los suministrasen los establecimientos que tenian la costumbre de hacer imposiciones con sus fondos en los valores del Tesoro. La nueva caja iba á gozar de una abundancia estraordinaria, porque ingresaban en ella de un solo golpe 84.000,000 del ejército, y no tenia que pedir al público mas que otros 40 en vez de los 80 que habia tomado á préstamo en 1807. Veíase, pues, libre para el porvenir de la necesidad del descuento de las *obligaciones* y *bonos*, porque ya no tendria que disponer mas que de los valores que fuesen venciendo en cada año. Napoleon decidió ademas, que los 124.000,000 de *obligaciones* y *bonos á la vista*, que habian sido trasladados de un año á otro, se guardasen en una cartera, de donde no deberian sacarse hasta el año siguiente en el momento de su reemplazo por una suma igual de valores nuevos. Entonces era fácil suprimirlos como inútiles, porque su única funcion era la de permanecer guardados en depósito en la cartera, ó procurar á los empleados en la recaudacion, por medio de vencimientos diferidos, beneficios de intereses que se habia creido conveniente concederles. Los mismos resultados podian obtenerse arreglando la cuenta

del interés establecido entre el Tesoro y los recaudadores generales, de modo que quedasen indemnizados estos últimos, lo cual ha sucedido despues efectivamente. La caja de servicio, establecida bajo los mismos principios, se denomina Caja central del Tesoro. Los recaudadores generales tienen su cuenta abierta con aquella caja. En ella *adeudan*, es decir, se les constituye en deudores de todo lo que han recibido en la decena, y se los *acredita* ó *abona*, es decir, se los constituye acreedores de todo lo que han entregado en la misma decena. El interés que corre contra ellos cuando son deudores, corre á su favor cuando son acreedores. Se ajusta en seguida la cuenta del interés cada tres meses, y ademas, á fin de año se les aprueba por la masa de las contribuciones directas, representadas en otro tiempo por las *obligaciones*, un abono de interés que les indemniza si las nuevas entradas no se han efectuado en los doce meses, que los recompensa si han sabido realizarlas en aquel intérvalo de tiempo, y que los interesa en fin, en la pronta y fácil cobranza de los caudales públicos.

Esta escelente operacion, completaba la reorganizacion de la hacienda, con la buena constitucion de la tesorería. Se convino en que no rigiese definitivamente hasta 1808, ya porque el alcance de los comerciantes no podia estinguirse hasta aquella época, ya tambien porque era imposible hacer mas pronto la cobranza de las contribuciones estrangeras. El empréstito de 124.000,000 debió ser aplicable á las atenciones de 1808, y mediante aquella suma, iban á trasladarse al de 1809 todas las *obligaciones* y *bonos á la vista*, que vencian des-

pues del 31 de diciembre de 1808; por manera que en 1809, la hacienda no tendria á su disposicion mas valores que los que venciesen en los doce meses de su duracion (1).

Este préstamo concedido al Tesoro del Estado por el del ejército, no debia ser temporal sino definitivo, por medio de una combinacion profunda, que revelaba mas claramente el uso que Napoleon pensaba hacer de los productos de la victoria. Preveia que despues de pagar los gastos estraordinarios de guerra de 1805, 1806 y 1807, le quedarian todavía cerca de 300 000,000, de los que existia ya una parte, y debia depositarse la totalidad en la caja de Amortizacion. Pretendia hacer salir de aquel Tesoro, como un manantial maravilloso, no solo el bien estar de sus generales, oficiales y soldados, sino la prosperidad del imperio. Si se agrega á aquella suma la de 12 á 15 000,000 que economizaba todos los años de los 25 de la lista civil, y ademas las rentas de gran número de posesiones en Polonia, Hanover, Prusia y Westfalia, se tendrá una idea de los inmensos recursos que se habia procurado, para asegurar la fortuna pública y particular. Pero con el deseo de sacar doble provecho, se abstuvo de recompensar á sus generales, oficiales y soldados con sumas de dinero, que hubieran sido devoradas muy en breve por los que trataba de enriquecer, y que espuestos continuamente á la muerte, querian gozar de la vida el poco tiempo que pudieran. Bastábale, pues,

(1) El decreto definitivo en que se mandaba el préstamo de los 84.000,000, no se firmó hasta el 6 de marzo de 1808.

que el Tesoro del grande ejército fuese rico en rentas, y no procuraba que lo fuese en dinero contante. En su consecuencia, determinó que por los 84 000,000 que iba á entregar á la caja de servicio, el Estado le daria una suma equivalente en inscripciones de la renta del 5 por 100. Bien decidido á no recurrir al público para contraer empréstitos, tenia de este modo en el Tesoro del ejército un capitalista siempre pronto á prestar al Estado, mediante un interés razonable, sin que hubiese agiotage ni poca estimacion en los valores: y ademas podia completar con dotaciones en rentas las fortunas militares que habian comenzado ya con dotaciones en tierras. Con arreglo á este principio, concluyó de regularizar los presupuestos de 1806 y 1807 que no estaban aun definitivamente liquidados. Las contribuciones de guerra exigidas á los paises conquistados, servian para pagar los gastos estraordinarios de manutencion, material, y remonta del ejército, y Napoleon no dejaba á cargo del Tesoro mas que el sueldo anual y ordinario. Pero este solo cargo del sueldo, debia hacer subir á 770.000,000 el presupuesto de 1806 y á 778 el de 1807; y como ya se ha visto, los recursos ordinarios del impuesto no habian llegado todavía á aquella suma. Napoleon pensó que los productos de la victoria debian servir no solo para enriquecer á sus soldados, sino para aliviar á la hacienda y conservar su equilibrio. Quiso, pues, que la caja del ejército cubriese aquel gasto escedente que no podia satisfacer el impuesto, hasta la cantidad de 33.000.000 para 1806 y 27 para 1807. Merced á este auxilio, se liquidaron los catorce meses de sueldo, cuyo pago se habia aplazado; y

cuyo valor se habia ido acumulando poco á poco en numerario en las cajas de prevision establecidas en Paris, Maguncia, y Erfurt. Si se añade este suplemento á los que la caja de contribuciones habia suministrado ya para los gastos estraordinarios de guerra, se llegará á la suma de 80.000,000 para 1806, y 150 para 1807; lo cual haria subir el gasto total del ejército á 372.000,000 para 1806, y á 486 para 1807, sin incluir otros muchos gastos locales que no pueden calcularse. Por esta razon se esplica, por qué de los 60.000,000 impuestos al Austria en 1805, y de los 570 impuestos á la Alemania en 1806 y 1807, ya en especie, ya en dinero, no debian quedar al Tesoro del ejército mas que cerca de 20.000,000 de la primera contribucion, y 280 de la segunda. Pero este género de servicio, no era el único que el Tesoro del ejército debia prestar á los presupuestos de 1806 y 1807. El Tesoro habia contado como ingresos para aquellos dos años, valores que no eran inmediatamente realizables, como 10.000,000 en bienes de que hicieron retrocesion los comerciantes reunidos, 6 000,000 del precio de las salinas del Este, y 8.000,000 de los antiguos descuentos de los compradores de bienes nacionales, cuyo total ascendia á 24.000,000. Napoleon consintió en que el Tesoro pagase con aquellos valores lo que debia al ejército por pago de sueldos. Aquellos valores, de realizacion mas ó menos remota, pero cierta, convenian al Tesoro del ejército, que no tenia necesidad de dinero, sino de rentas, y de ningun modo al Tesoro del Estado al que hacian falta recursos inmediatos.

Napoleon completó las escelentes medidas

rentísticas de aquel año con el establecimiento de la nueva contabilidad por *partida doble*, la cual acabó de introducir en la hacienda la admirable claridad que desde entonces reina en ella.

Como la caja de servicio habia impuesto á los empleados en la recaudacion el deber, el interes y la necesidad de entregar sus fondos en tesorería en el momento mismo que los percibiesen, sin mas dilacion que la inevitable de la percepcion local, la centralizacion en la capital del departamento, y la remision á París ó á los puntos de los gastos, habia suministrado el medio de observar con mas exactitud los hechos de que se componen la recaudacion y la entrega de los impuestos.

Mr. Mollien que habia estado empleado en otro tiempo en la administracion de rentas, en donde no se llevaban las cuentas con las formas rutinarias y vagas de la antigua tesorería, sino con las sencillas y seguras prácticas que usaba el comercio, las introdujo en la caja de Amortizacion cuando era su director, y en la de servicio cuando adoptó su institucion. En aquella caja habia hecho uso de las anotaciones ó registros por *partida doble*, que consisten en llevar un diario de todas las operaciones de ingreso ó de gasto en el mismo momento en que se ejecutan, en sacar de este diario las particulares de cada uno de los deudores ó acreedores verificadas en el mismo dia, para abrir á cada uno de ellos una cuenta individual que ponga de manifiesto lo que deben y lo que se les debe; y por último, en resumir estas cuentas particulares en una general, que no es mas que el análisis cotidiano y bien hecho de las relaciones de un comerciante con todos los demas, y que le

da por contradictores naturales á todos aquellos cuyos nombres aparecen en sus libros, los cuales deben llevar por su parte otros libros semejantes y con toda exactitud, bajo pena de falsedad. Mr. Mollien, que observaba con auxilio de aquellas apuntaciones la marcha de la caja de servicio, y la situacion de los recaudadores con respecto á ella, que podia asegurarse á cada instante de su puntualidad en las entregas, y saber tambien los recursos y obligaciones de aquel establecimiento, se preguntaba á sí mismo naturalmente, por qué no era aquella la contabilidad única y obligatoria del Tesoro. Los recaudadores generales no enviaban entonces á la contabilidad general mas que declaraciones compendiadas de sus cobranzas y entregas, en intervalos de tiempos mas largos, sin acompañarlas con un diario de sus operaciones. Los empleados subalternos que les entregaban los fondos, los pagadores que los recibian de sus manos para aplicarlos á los gastos del Estado, y que unos y otros eran sus contradictores naturales, tampoco enviaban el diario de sus operaciones. No remitian mas que resultados generales que se recogian luego y demasiado tarde para que la contabilidad pudiese, comparándolos, liquidar la cuenta de cada uno. Asi era que los recaudadores generales podian tener alcances sin que el Tesoro lo supiese, y lo que todavia era peor, sin que lo supieran ellos mismos. Habia, en efecto, alguno de ellos que percibia en el año 30 ó 40.000,000, y en semejante suma era bien facil retener anualmente 200 ó 300,000 francos, y pasando asi cuatro ó cinco años sin arreglar su cuenta, acumular tres ó cuatro alcances, y atrasarse con el Tesoro en uno ó mas millones. Los habia que debian 1.200,000; 1.500,000 y 1.800,000 francos, que empleaban en especulaciones arriesgadas y gastos exorbitantes, y que conceptuándose ricos antes de serlo, se lanzaban á comprar propiedades que eran causa de su ruina, porque no estaban en relacion con su fortuna verdadera. Una averiguacion severa probó que muchos de ellos se encontraban en alguno de aquellos casos. Los recaudadores generales que no defraudaban al Tesoro, ó que defraudándole no se engañaban á sí mismos, eran los que sin decirlo hacian uso para su cuenta propia de la contabilidad rigorosa, cotidiana y contradictoria de que se vale el comercio con el nombre de *partida doble*, y que Mr. Mollien acababa de introducir en las cajas de Amortizacion y de servicio. Esta circunstancia, comprobada bien pronto por los inspectores del Tesoro, bastaba para servir de leccion decisiva al ministro y á Napoleon mismo, que siempre estaba informado de lo que pasaba en la administracion. Mr. Mollien, que no se atrevia á variar inmediatamente la contabilidad del imperio, ni á apagar una luz por opaca que fuese, sin haber encendido otra antes, imaginó crear una segunda contabilidad que debia llevarse simultáneamente con la antigua. Estableció en el ministerio una seccion de contabilidad dirigida por un gefe muy práctico y entendido (1), agregándola tenedores de libros sacados de las casas de comercio, y cierto número de jóvenes pertenecientes á familias de antiguos empleados de hacienda, entre los que algunos eran hijos de aquellos asentistas, cuya cabeza habia

(1) Mr. de Saint-Didier.

derribado la revolucion. Mandó que la referida seccion abriese su cuenta por *partida doble* con muchos recaudadores generales, que no teniendo intencion de ocultar la verdad al Tesoro, procuraban por el contrario los medios de darla á conocer. Otros que sin mala intencion no tenian mas razones para mirar con disgusto aquel método que la novedad y su propia ignorancia, recibieron jóvenes de la oficina creada en París para enseñarles á servirse de él: y por último, se les impuso á los sospechosos. Poco tiempo fué necesario para conocer que muchos recaudadores estaban en descubierto, unos obcecados acerca de su situacion, y otros arrastrados por falsas especulaciones ó por un lujo escesivo. Los habia tambien que miraban sus alcances acumulados de año en año, como un capital que les pertenecia, y que habian adquirido propiedades en proporcion de la fortuna que creian poseer y que no tenian. Muchos se vieron obligados á descubrir el secreto de sus relaciones con los ricos especuladores de París, y de este modo se reconoció que sus fondos, es decir, los del Estado, habian servido para el agiotage con las *obligaciones y bonos á la vista*, agiotage que costaba al Tesoro 25.000,000 de gastos de negociacion en lugar de 10. Solo el recaudador general de la Meurthe resultó deudor de 1.700,000 francos. Aclarado el misterio ya no hubo que titubear, y fué preciso variar el sistema de contabilidad. La cosa era muy facil, pues que habia el medio de sustituir en todas partes el nuevo método al antiguo. Napoleon, que siempre procuraba dar fuerza á las innovaciones buenas, rechazando las malas, habia, desde su regreso, observado constantemente

la marcha de aquel ensayo, y autorizó á Mr. Mollien para que redactase un decreto que hiciera obligatoria la nueva contabilidad en todo el imperio desde 1.° de enero de 1808. Las relaciones de cada empleado en la recaudacion con la caja de servicio, descritas exactamente y hechas obligatorias, suministraron la parte dispositiva de aquel decreto. Cada recaudador general ó particular, cada pagador y cada depositario de los caudales públicos, encargado de recibirlos ó de entregarlos, quedó obligado para en adelante á llevar un diario de sus operaciones, y á enviarlo cada diez dias al Tesoro, que comparándolos unos con otros pudo hacer constar con exactitud la entrada y salida de valores, y no pagar ni exigir mas intereses que los que debia ó los que se le adeudaban. Las disposiciones de este decreto se observan todavía puntualmente, y han hecho que la contabilidad francesa sea la mas segura, exacta y clara de Europa. Merced á esta reforma, los agentes del Tesoro, cuyas cuentas eran comprobadas con las de los demas por medio del testimonio diario y directo de sus anotaciones que difundian la mas clara luz, no podian ya tener los medios ni la tentacion de engañar, y hasta se libraban del peligro de adeudar al Estado. Napoleon y Mr. Mollien de acuerdo en este punto, como sobre todos los demas, fueron de dictámen que de los recaudadores sorprendidos en falta no se debia castigar mas que la mala fé evidente, y perdonar las inexactitudes involuntarias ó la lentitud, consecuencia de hábitos antiguos; porque el método defectuoso habia sido el cómplice y seductor de los malos empleados, y era mas culpable que ellos. En su consecuencia, escepto

tres recaudadores generales, contra quienes se acordó la destitucion, los demas continuaron desempeñando sus cargos, aunque se les hizo que mejorasen de costumbres.

Satisfecho Napoleon con aquel escelente órden, quiso recompensar al ministro que lo habia establecido, y á quien por otra parte habia ayudado eficazmente con su aprobacion, y por la fuerza que le habia prestado contra interesadas resistencias. Como no siempre apoyaba sus ideas en materia de economía pública, aunque aprobaba todas las pertenecientes á la contabilidad de la hacienda, habia lanzado un dia en el Consejo de Estado algunos acerados dardos contra los innovadores. Mr. Mollien creyó que aquellas espresiones iban dirigidas contra él, y se quejó de ellas en una respetuosa y sentida carta. Napoleon se apresuró á contestarle en términos llenos de nobleza y de cordialidad, y á manifestarle su gran aprecio y su pesar por haber sido mal comprendido. Despues le envió una de las grandes condecoraciones que distribuia á sus servidores, y una suma considerable para que comprase una buena finca, en la cual pasa aquel ministro en el dia, los últimos años de su vida tan útil á su patria y tan justamente respetable.

Solo faltaba ya una institucion para que la administracion francesa no dejase nada que desear. Se habian reunido en la contabilidad central, como en un foco de donde parten los rayos luminosos para esparcir por todas partes la claridad, los medios de comprobacion matemática. Pero esta contabilidad no tenia mas que una autoridad puramente administrativa: sus decisiones con respecto á los empleados en la recaudacion, eran insuficientes, en ciertos casos, para compelerlos ó eximirlos de su responsabilidad, y para el pais no tenian otro valor moral, que el de un testimonio dado por los administradores del Tesoro, acerca de sí mismos y de sus subalternos. Faltaba crear una jurisdiccion mas elevada, es decir, una magistratura que examinase escrupulosamente todas las cuentas, que descargase de una manera firme y legal á los empleados en la recaudacion y á sus bienes hipotecados en favor del Estado, de la responsabilidad que pudiera corresponderles, y que despues de un exámen minucioso, hecho fuera de las oficinas de hacienda, afirmase la exactitud de las cuentas presentadas, y diese á sus determinaciones la forma y la solemnidad de un fallo dictado por el tribunal supremo: era preciso, en fin, crear un tribunal de Cuentas, Napoleon habia pensado en ello con frecuencia, y á su regreso de Tilsit, llevó á cabo aquella gran medida.

Habian existido antiguamente en Francia, con el título de cámaras de cuentas, tribunales de contabilidad que ejercian sobre los empleados responsables una vigilancia activa, que reemplaza, hasta cierto punto, la que una tesorería mal organizada no podia ejercer entonces, que tenian sobre ellos jurisdiccion criminal para perseguir los delitos de concusion, pero que estaban tambien espuestos á que los despojase de ella un gobierno arbitrario, como lo habian sido ya mas de una vez cuando se trataba de empleados ricos, altamente protegidos porque habian sido altamente corruptores. Este era un modelo que necesitaba mejorarse, y adaptarse á las instituciones, á las costumbres, y á la re-

gularidad de los nuevos tiempos Desde la abolicion en 1789 de las cámaras de cuentas, envueltas con los parlamentos en la comun ruina, no habia existido mas que una comision de contabilidad independiente en verdad del Tesoro, pero privada de carácter, poco numerosa, y que habia dejado atrasar un número inmenso de cuentas. Napoleon, guiado de su gusto á la unidad, y conformándose con el caracter de la nueva administracion francesa, centralizada en todas sus partes, no quiso mas que un solo tribunal de cuentas, que fuese igual en rango al Consejo de Estado y al tribunal de Casacion; y que ocupase el primer lugar despues de aquellos dos grandes cuerpos. Debia juzgar directa é individualmente todos los años, á los recaudadores generales y pagadores, es decir, á los agentes del ingreso y del gasto. No se le atribuyó jurisdiccion criminal sobre ellos porque hubiera sido sacar de su órbita las jurisdicciones, pero se le dió la facultad de poderlos declarar solventes con el Estado, y dejar libres sus bienes, es decir, de decidir las cuestiones de hipoteca. Por último, se le encargó llevase unos cuadernos de observaciones sobre el exacto cumplimiento de las leyes de hacienda, cuyos cuadernos debia remitir cada año al gefe del Estado, por conducto del architesorero del Imperio. En el Consejo de Estado se discutió vivamente á presencia de Napoleon, si el nuevo tribunal de Cuentas juzgaria ó no á los que espedian las órdenes, es decir, si se limitaria á hacer constar, que los agentes de ingresos, habian percibido fondos legalmente votados, y habian dado buena cuenta de ellos, que los agentes de gastos habian pagado los legítimamente autorizados, ó bien si llegaria hasta decir, que los que habian dado las órdenes, es decir, los ministros, habian administrado bien ó mal, como por egemplo, si habian comprado bien ó mal los cereales destinados á la manutencion del ejército, los caballos para la remonta de la caballería, y en una palabra, si habian sido o no distribuidores inteligentes, económicos y hábiles. Llevar las cosas hasta semejante punto era dar á magistrados que debian ser inamovibles para ser independientes, el medio, y con él la tentacion de entorpecer la marcha del gobierno, permitiéndoles pasar desde el juicio de las cuentas, al de los agentes supremos del poder. El gobierno en este caso abdicaría su autoridad en favor de una jurisdiccion inamovible, que no tendria correctivo alguno en sus estravíos. Resolviose, pues, que el nuevo tribunal de cuentas no juzgaria mas que á los empleados responsables, y nunca á los que daban las órdenes; y para mayor seguridad, se estableció, que de sus decisiones podria interponerse apelacion para ante el Consejo de Estado, jurisdiccion soberana, imparcial é imbuida del espíritu del gobierno, que siendo ademas amovible, se la podia contener si se estralimitaba.

Faltaba arreglar la organizacion del nuevo tribunal, y se trató de que el número de sus miembros guardase proporcion con lo elevado de sus funciones. Para que el exámen á que tenia que dedicarse fuese real y verdadero, y no se convirtiese en una aprobacion y ratificacion del trabajo ejecutado en las oficinas de rentas, se instituyó con el nombre de consejeros refrendarios, una primera clase de magistrados sin voto deliberati-

vo, tan numeroso como lo exigiese la multiplicidad de las cuentas, y encargados de comprobar cada una de aquellas, teniendo á la vista los documentos de cargo. Debian someter su trabajo á la alta magistratura de los ministros del tribunal, que eran los únicos que tenian voto deliberativo, y estaban divididos en tres salas, de siete individuos cada una, seis consejeros y un vice-presidente. Se estableció que segun la gravedad de las cuestiones, las tres salas se reuniesen en una bajo la presidencia de un primer presidente, que con un fiscal, debia encontrarse al frente del tribunal y darle la direccion y el impulso. Este cuerpo respetable, que despues ha prestado tan importantes servicios al Estado, debia ocupar el primer lugar despues del tribunal de Casacion, y recibir el mismo sueldo. Desde su principio se le señaló una tarea difícil, que solo él podia desempeñar, la de examinar las contabilidades atrasadas, cuya fecha remontaba á la creacion de los asignados, y su número ascendia por lo menos al de 2,300, operacion que jamás pudo concluir la comision de contabilidad. Aquel exámen era muy delicado, porque habia que hacer una distincion entre los empleados responsables de buena fé, que habian sufrido las variaciones continuas del papel moneda, y los fraudulentos que se habian aprovechado de ellas. Era no solo difícil, sino urgente, urgentísimo para el Estado, que tenia que reclamar sumas considerables, y para las familias de los empleados que habian muerto ó sido destituidos, y las cuales deseaban se les alzase la hipoteca á que se hallaban afectos sus bienes. El nuevo tribunal recibió la facultad de adoptar la resolucion que creyese mas

conveniente en su ilustracion y prudente arbitrio, con respecto á las contabilidades atrasadas, mas en cuanto á las cuentas nuevas, debia atenerse á la rigurosa aplicacion de las leyes. Hizo uso de aquella concesion con tanta justicia, como manifestó despues en la aplicacion pura y simple de las leyes de hacienda, cuya custodia le estaba confiada, como al tribunal de Casacion la de las leyes civiles y criminales.

Esta institucion que debia producir resultados tan útiles y duraderos para toda la administracion, tenia ademas la ventaja secundaria de proporcionar empleos honoríficos y lucrativos á los individuos mas distinguidos del Tribunado, que Napoleon queria colocar de una manera conveniente, porque en sus concepciones todo estaba estrechamente enlazado. Compuso, pues, el nuevo tribunal de Cuentas con los miembros de la comision de contabilidad que acaba de ser suprimida, y con los del Tribunado que tambien lo habia sido. Los señores Jard-Panvilliers, Delpierre, y Briere de Surgy, los dos primeros miembros del Tribunado, y el tercero de la comision de contabilidad, fueron nombrados vice-presidentes del nuevo tribunal, y Mr. Garnier, individuo de la comision de contabilidad, fué nombrado fiscal. Quedaba que proveer el importante cargo de primer presidente, y era la mejor ocasion para reparar el rigor con que habia sido tratado un hombre respetable. Este era Mr. de Marbois, destituido en 1806 de las funciones de ministro del Tesoro, por falta de sagacidad y de firmeza en sus relaciones con la junta de comerciantes. Napoleon habia hecho mal en esperar de él aquellas cualidades, y mucho mas en castigarle

porque no las tenia. Reparó, pues, aquel daño colocándole en su verdadero puesto, el de primer presidente del tribunal de Cuentas, porque Mr. de Marbois era mas á propósito para ser el primer magistrado de la hacienda, que su administrador hábil y activo.

A los cuidados de la contabilidad del imperio, Napoleon añadió tambien los no menos activos que desplegó en favor de los grandes trabajos de utilidad general. Ocupándose en este asunto tuvo varias conferencias con Mr. Cretet, ministro del Interior, con los señores Regnault y Montalivet, miembros del Consejo de Estado y con los ministros de Hacienda y del Tesoro público, adoptó muchas medidas que tenian por objeto, ó dar mayor impulso á las obras ya comenzadas ó mandar que se emprendiesen otras nuevas. El restablecimiento de la paz, la disminucion que se suponia próxima de los gastos públicos, la facilidad de sacar del Tesoro del ejército los fondos necesarios para nivelar los ingresos con los gastos, ó para contraer empréstitos á un interés moderado sin recurrir al crédito, permitian á Napoleon seguir las inspiraciones de su genio creador. Trece mil cuatrocientas leguas de carreteras, que formaban la vasta red, por decirlo así, de las comunicaciones del imperio, habian sido reparadas ó conservadas á espensas del Tesoro público, y acababan de construirse dos caminos monumentales, los del Simplon y el Monte Cenis, Napoleon hizo que se votasen fondos para emprender el de Mont-Genevre: abrió los créditos necesarios para triplicar los talleres y operarios en el camino real de Lyon al pie del Monte Cenis, para duplicar los del camino de

Savona á Alejandría, destinado á volver á enlazar la Liguria con el Piamonte, y para triplicar los de la carretera de Maguncia á París, que era uno de los que conceptuaba de mayor importancia. Decretó ademas que se abriese otro nuevo camino, no menos útil á sus ojos, el de París á Wesel. De los puentes que se habian mandado construir anteriormente, cuatro estaban ya concluidos, y diez se estaban construyendo, especialmente los de Roanne y Tours, sobre el Loira; de Estrasburgo, sobre el Rhin, y de Aviñon, sobre el Ródano. Mandó que se hiciese el de Sevres, en el Sena; en el mismo rio la conclusion del de Saint-Cloud, que era en parte de madera; el de la Scrvia, entre Tortona y Alejandría, y por último, el de la Gironda, delante de Burdeos, que ha llegado á ser uno de los primeros monumentos de la Europa.

Los canales, único medio conocido entonces de proporcionar á los trasportes por tierra, la facilidad y el bajo precio de los trasportes por mar, no habian cesado ni un momento de llamar la atencion de Napoleon. Diez de ellos, muy hermosos, destinados á unir todas las partes del imperio entre sí, el Escalda con el Mosa, el Mosa con el Rhin (1), el Rhin con el Saona y el Ródano (2), el Escalda con el Somma, el Somma con el Oise y el Sena (3), el Sena con el Saona y el Ródano (4), el Sena con el Loira, el Loira con el Cher, el mar al Norte de

(1) Canal del Norte.
(2) Canal Napoleon, despues canal del Ródano al Rhin.
(3) Canal de San Quintin.
(4) Canal de Borgoña.

la Bretaña con el mar del Mediodía, unos naturales, y como habian sido proyectados por los antiguos, aun en los siglos XVII y XVIII, los otros enteramente ideados por Napoleon, todos continuados ó comenzados por él, se hallaban en plena ejecucion. El canal llamado del *Norte*, que debia poner en comunicacion el Escalda y el Mosa, este último rio y el Rhin, y pasar por los Paises Bajos de la Holanda, concebido por Napoleon, y posible solo para él, por causa de la reunion á la Francia, de los paises que tenia que atravesar, estaba ya definitivamente resuelto y trazado. Los trabajos recientemente adjudicados comenzaban ya á ejecutarse. La apertura de San Quintin, principal dificultad del canal que debia reunir el Escalda al Somma, y el Somma al Sena, estaba concluida y prometia facilitar pronto la navegacion desde Paris á Amberes. El canal del Ourcq cuyas cuatro quintas partes estaban ya terminadas, iba á llevar á Paris las aguas del Marne. Hasta tanto las aguas del Beuvronne, podian llegar hasta la cuenca de la Villette, y Napoleon queria introducirlas en seguida en los cuarteles de San Dionisio y de San Martin. El canal de Borgoña, creacion del siglo XVIII, yacia largo tiempo abandonado: Napoleon habia hecho continuar la parte desde Dijon á San Juan de Losne. De las veinte y dos esclusas de que se componia aquel trozo, once ejecutadas en su reinado acababan de concluirse. La navegacion iba, pues, á ser posible desde Dijon al Saona: desde el Yonne á Tonnerre era necesario diez y ocho esclusas y se trabajaba en ellas. Pero el punto importante de la obra consistia en atravesar las cumbres que separan el alveo del Sena del de el Saona, y

todos los medios propuestos hasta entonces parecian insuficientes. Napoleon mandó que volviese á estudiarse y reconocerse el terreno, y que se comenzasen lo mas pronto posible los trabajos en aquella gran linea de navegacion. Despues de examinar detenidamente las dificultades que presentaba el canal del Ródano al Rhin, que tenia mucho empeño en ejecutar, y al cual habia permitido se diese su nombre, le señaló nuevos fondos: el de Beaucaire estaba concluido. Hizo examinar la situacion del de el Mediodia, gloria eterna de Riquet, y se proponia continuarle hasta Burdeos. Mandó que se volviese á emprender el del Berry, porque se inclinaba á prolongar la navegacion del Cher, desde Montluzon hasta el Loira. Dispuso que se hicieran nuevos trabajos en el de la Rochela, indispensable para aquel gran establecimiento marítimo, y en los de Ille-et-Rance, del Blavet, y de Nantes á Brest, destinado á atravesar en todas direcciones la península de Bretaña, y á facilitar el abastecimiento de los grandes puertos militares.

A la navegacion artificial de los canales, pensaba con razon que debia añadirse la navegacion natural de los rios, y que para ello era necesario mejorar su curso, y al efecto, mandó que se reconociesen diez y ocho rios, en que ya se habian hecho algunos trabajos. Siempre consecuente en sus planes de los canales y rios, pasó á los puertos y destinó nuevos fondos para el de Savona, en donde concluia el camino de Alejandria. En Amberes se estaban ejecutando obras prodigiosas, y espaciosas darsenas, abiertas como por encanto, contenian ya navíos de tres puentes, construidos en los astilleros de aquella ciudad, los cuales se diri-

gian por el Escalda á Flesinga. En tratos con la Holanda para que le cediese la ciudad de Flesinga, dispuso Napoleon que se emprendiesen allí los trabajos necesarios para hacer mas fáciles la entrada, la salida y el fondeadero, y poner las escuadras á cubierto del enemigo. En Dunkerque y Calais distribuyó tambien fondos para alargar los muelles. En Cherburgo, el gran muelle destinado á formar un puerto, sobresalia ya del agua, y se colocó en él una batería denominada de Napoleon. Emplearonse nuevos fondos en la continuacion de aquella soberbia empresa, obra de Luis XVI, aun cuando recordaba una de las glorias de la antigua monarquía. Por último, Napoleon sometió á un nuevo examen todo el sistema de las plazas fuertes del imperio. Quiso destinar á este objeto una suma que no bajaba de 12.000.000 anuales, y la distribuyó entre ellas en razon de su importancia, que apreció y clasificó del modo siguiente: Alejandria, Maguncia, Wesel, Estrasburgo, Kehl, etc.

Pero jamas se ocupaba en obras de consideracion, sin pensar en la capital, en Paris, su residencia, el centro de su gobierno, la ciudad de su predileccion, y que reasumia en sí misma la grandeza y el predominio moral de la Francia sobre todas las naciones. Se habia propuesto no concluir su reinado sin cubrir esta capital de monumentos artísticos y de utilidad pública, y sin hacerla tan salubre como magnífica. Gracias á él, treinta fuentes que solo corrian durante algunas horas, arrojaban ya agua de noche y de dia. Lo adelantado del canal del Ourcq aumentaba aquella abundancia, y hacia que corriese el agua sin interrupcion en las demas fuentes antiguas ó nuevas. En aquel momento millares de obreros erigian los dos arcos de triunfo del Carrousel y de la Estrella, la columna de la plaza Vendome, la fachada del Cuerpo legislativo, el templo de la Magdalena, llamado entonces templo de la Gloria, y el Panteon. El puente de Austerlitz á la entrada del Sena, en Paris, estaba ya acabado: el de Jena, situado sobre el Sena y á su salida, se estaba construyendo, y la capital del imperio iba á quedar de este modo encerrada entre dos recuerdos inmortales. Napoleon encargó al Banco, que edificase un palacio para aquel gran establecimiento; habia acordado tambien la construccion del palacio de la Bolsa nueva, y se estaba buscando el sitio mas á propósito. La gran calle Imperial, cuya formacion se habia acordado en 1806, debia comenzarse muy pronto. Estas obras eran suficientes para monumentos artísticos; faltaba, pues, ocuparse en los de utilidad pública. Napoleon, en uno de sus consejos, decidió que se hiciesen galerías cubiertas en los principales mercados, para que los compradores y vendedores pudieran estar en ellas al abrigo de la intemperie: que en lugar de los cuarenta mataderos á donde se conducian los ganados destinados para el consumo de Paris, y que eran tan insalubres como peligrosos, se construyesen cuatro grandes edificios, en las cuatro estremidades principales de la poblacion: que se reedificase la cúpula de la alhondiga, y por último, que se hiciesen espaciosos almacenes, capaces de contener algunos millones de fanegas de grano, al lado del arsenal, cerca del amarradero del canal de San Martin, en el punto mismo á donde iban á parar las vias navegables. Habia tenido un cuidado asiduo y empleado sumas considerables en el abas-

tecimiento de París; pero creia que no era suficiente comprar granos por valor de 20.000,000 de francos, como habia hecho en otra época, que era preciso ademas tener un sitio en que depositarlos, y á este pensamiento, se deben los graneros de abundancia que existen en el dia junto á la plaza de la Bastilla.

Por razon de estas obras esparcidas desde el centro á la circunferencia del imperio, el presupuesto del ministerio de lo Interior, subió instantáneamente desde 30.000,000 hasta 56. El fondo de reserva colocado en el presupuesto como recurso, y algunas sumas complementarias, que se sabia muy bien de donde habian de tomarse, debian ser suficientes para aquellos gastos escedentes, decretados, no con miras interesadas de utilidad local, sino con las generales del bien público, y que no pasaban jamás de una prudente medida, á pesar de la vehemente pasion creadora del gefe del Estado. Sin embargo, Napoleon deseaba aliviar al Tesoro, ó mas bien proporcionarle los medios de proveer sin cesar á nuevas empresas, é imaginó para llegar á este resultado diversas combinaciones. Desde luego, la abolicion de los 10 céntimos de guerra recientemente decretada, le pareció una ocasion de que debia aprovecharse. Bastaba retener en algunos departamentos una pequeña parte de aquel impuesto, 3 ó 4 céntimos, por egemplo, para crear recursos considerables. Napoleon pensó, que ciertos trabajos, como el canal de Borgoña, el del Berry, y el camino de Burdeos á Lyon, aunque tenian un alto carácter de utilidad general, presentaban al mismo tiempo otro mas evidente de utilidad particular y local; que los departamentos harian con

gusto sacrificios para su pronta terminacion, y que con su cooperacion, y con mayor justicia distributiva, se encontrarian mas considerables medios de ejecucion. Esta esperanza no era quimérica, porque muchos departamentos se los habian ya impuesto para contribuir á aquellos gigantesco trabajos de utilidad general y particular. Pero aquellos donativos tenian el inconveniente de ser accidentales, de estar sujetos á las vicisitudes de las deliberaciones de los consejos generales, y sobre semejante base no podian fundarse empresas duraderas. Asi, pues, resolvió Napoleon presentar una ley en que se fijase equitativamente la participacion de los departamentos en ciertos trabajos, y los céntimos que se juzgase oportuno imponer por un número determinado de años. Treinta y dos departamentos se encontraron en aquel caso. La mayor duracion de los céntimos era de veinte y un años, la menor de tres, y la media de doce; el máximum de los céntimos impuestos 6, y término medio 2 ½. Asi los departamentos de la Costa de Oro y del Yonne y el partido de Bar, debian concurrir al canal de Borgoña; los del Allier y del Cher, al canal del Berry; los del Ródano, Loira, Puy de Dome, la Correze, la Dordoña y la Gironda á la carretera de Burdeos á Lyon. Seria demasiado prolijo citar todos los demas, y por lo mismo nos abstenemos de hacerlo. Por lo general, se fijó en proporcion igual la cuota con que debia contribuir el Estado y el departamento. Esta imposicion no era en su esencia, mas que un descargo de la contribucion territorial, y el manantial de ventajas inmensas para las localidades sobre que gravitaba. Asegurado ya un subsidio anual por ley que imponia los cénti-

mos, era posible contraer empréstitos, puesto que habia medios para satisfacer los intereses. Dirigiéronse comunicaciones al prefecto ordinario, y al Tesoro del ejército, que segun las intenciones de Napoleon, debia procurarse rentas sólidas, empleando bien sus capitales. Aquel Tesoro prestó inmediatamente al prefecto del Sena 8.000,000 para los trabajos de Paris. Muchos departamentos y ciudades recurrieron tambien á aquella benéfica dispensacion de las riquezas adquiridas por la victoria. Entresacando siempre de cada idea cuanto de útil comprendia, Napoleon imaginó el llevar mas lejos todavía el uso de aquella especie de recursos. Tres canales entre los que acabamos de enumerar, los del Escalda al Rhin, del Rhin al Ródano, y del Ródano al Sena, le parecian mas dignos de fijar su atencion, y de llegar á ser el objeto de toda su actividad. Al lado de estos tres canales y casi en sus inmediaciones, se encontraban otros tres, concluidos ó próximos á estarlo, y que podian pronto dar productos: eran los canales de San Quintin, de Orleans y del Mediodía. Napoleon resolvió terminarlos inmediatamente, venderlos en seguida á capitalistas bajo la forma de acciones que debian producir el 6 ó 7 por 100, y proporcionarse comprador para las que el público no tomase. Este comprador, como se concibe muy bien, era siempre el Tesoro del ejército.—Esas sumas, dijo al ministro de lo Interior, las invertireis en activar las obras de los tres canales cuya terminacion es tan importante para la prosperidad del imperio, y concluidos que sean los venderé á un comprador que tambien los tomará, y trasladando asi de una á otra obra un capital de 3 ó 400.000,000,

aumentado con las prestaciones anuales del Estado y de los departamentos, variaremos en pocos años el aspecto del territorio.»

Su proyecto era despues de poner en movimiento todas aquellas empresas, hacer que se votasen en una corta legislatura, ademas de los presupuestos, las medidas legislativas de que tenia necesidad para la ejecucion de sus planes, y dedicar antes del invierno algunos dias á la Italia, á donde queria hacer estensivos los beneficios de su genio creador. Proponíase resolver á su regreso las cuestiones que habian quedado sin solucion, para que á la primavera pudieran dar principio los trabajos en todo el imperio. Mandó, pues, al ministro de lo Interior, que sometiese todas aquellas ideas á un exámen profundo, para realizarlas lo mas pronto posible. «Si no nos apresuramos, le decia, moriremos sin haber visto espedita la navegacion en estos tres canales. Sobrevendrán guerras, llegarán hombres ineptos, y estos canales quedarán sin concluir. Todo es posible en Francia en estos momentos en que hay mas necesidad de buscar colocacion al dinero, que del dinero mismo... Tengo destinados fondos para recompensar á los generales y oficiales del grande ejército, y aunque puedo darles estos fondos en acciones sobre los canales, ó en rentas del Estado, ó en dinero..... Me veria obligado á darles dinero, si no se estableciese pronto alguna cosa como esta. He hecho consistir la gloria de mi reinado en cambiar la faz del territorio de mi imperio. La ejecucion de estas grandes obras públicas, es tan necesaria para el interés de mis pueblos como para mi propia satisfaccion.»

Napoleon se esmeraba ademas en la estincion de la mendicidad y para desterrarla, queria establecer casas departamentales, en que se diese á los pobres trabajo y pan, y en las cuales se los encerrase á la fuerza cuando se los encontrase pidiendo limosna por las calles y plazas. Exigia que en un breve término se abriesen casas de aquella especie en todos los departamentos. «Doy, decia en la misma carta al ministro de lo Interior, grande importancia, á la destruccion de la mendicidad, y creo que envuelve una grande idea de gloria. No faltan fondos; pero me parece que todo marcha con lentitud, y entretanto trascurren los años.... y no debemos abandonar este mundo sin dejar en él huellas que recomienden nuestra memoria á la posteridad. Voy á ausentarme por un mes: haced de modo que á mi regreso esteis preparado sobre todas estas cuestiones: tenedlas examinadas minuciosamente, para que yo pueda, por medio de un decreto general, dar el último golpe á la mendicidad. Es preciso que para antes del 15 de diciembre hayais tomado de las cuartas partes de reserva, y de los fondos de los comunes, los recursos necesarios, para el sostenimiento de sesenta ó cien casas para la estirpacion de la mendicidad, que tengais designados los puntos en donde se han de establecer, y meditado su reglamento general. No me pidais entonces tres ó cuatro meses para obtener datos. Teneis oidores jóvenes, prefectos entendidos, y buenos ingenieros de puentes y calzadas: ponedlos todos en accion, y no os durmais en el trabajo ordinario de las oficinas... Las noches de invierno son largas, llenad vuestras carteras, á fin de que podamos, en las veladas de estos tres meses, discutir los medios de llegar á estos grandes resultados.»

En medio del estremado ardor que le impelia á acelerar y aun precipitar la realizacion del bien, se ocupó igualmente del Banco de Francia, al cual queria hacer uno de los principales instrumentos de la prosperidad pública. En 1806 habia exigido que aquel establecimiento variase su constitucion, y tomase la forma monárquica, en vez de la forma republicana que antes tenia, cuyo resultado se lograba, dándole un gobernador, y tres regentes nombrados por el ministro de Hacienda. Habia querido ademas que el capital del Banco fuese proporcionado al papel que le destinaba, y que en lugar de cuarenta y cinco mil acciones emitiese noventa mil, lo que debia hacer subir su capital desde 45 á 90 000,000. Estas acciones no se habian aun emitido, porque el Banco temia no poder emplear los fondos que producirian, sobre todo desde que Napoleon habia juzgado mas espedito el que el servicio del Tesoro se desempeñase por el mismo, y habia destinado á este objeto una suma de 84.000,000, de que se habia ya invertido mas de la mitad. El resultado de esta escelente medida era, sin embargo, el dejar sin colocacion capitales habituados á emplearse en las *obligaciones y bonos á la vista*. Napoleon estaba satisfecho de causar de este modo embarazos á ciertos capitalistas, porque era, decia, ponerlos en la necesidad de buscar en el comercio, en la industria, y en las grandes obras públicas, imposiciones que no les ofrecian ya los valores del Tesoro. El Banco, que ordinariamente se dedicaba tambien al descuento de aquellos valores, y que ya no podia pro-

curárselos, titubeaba en emitir sus cuarenta y cinco mil acciones nuevas. Napoleon le obligó á emitirlas; prometiendo suministrarle bien pronto, y á todos los demas capitalistas, el empleo de su dinero con la multiplicacion de toda especie de empresas. Con su lenguaje figurado, decia al Banco de Francia: «Con la inclinacion que existe en nuestro pais á centralizarlo todo en Paris y hasta los pagos como el mismo gobierno, el Banco debe llegar á ser en él el mayor de los agentes comerciales; debe ser verdaderamente digno de su nombre de Banco de Francia, y ser para París, lo que el Tamesis que lleva todo á Londres es para Lóndres.» Exigió, pues, la emision de las cuarenta y cinco mil nuevas acciones, que se emplearon con ventaja, porque emitidas á 1,200 francos (1,000 francos representaban el capital de la accion, y 200 antiguos beneficios acumulados), se negociaban á 1,400 francos. Los tres efectos públicos eran en aquel tiempo la renta del 5 por 100, las acciones del Banco, y los pagarés ó libranzas sobre bienes nacionales, inventados para liquidar los atrasos. El 5 por 100 en la época de que se trata, (agosto de 1807) se vendia á 93 francos; las acciones del Banco á 1,425, y los pagarés á 92. El precio de estos últimos habia llegado á ser casi invariable.

Napoleon pidió al Banco que redujese el interés al 4 por 100, cuya medida acogió aquel establecimiento favorablemente, y se apresuró á adoptar. Mandó que el interés de las fianzas se redujera, en unas de 6 á 5, y en otras de 5 á 4. En fin, llevó su impaciencia por hacer bien, hasta querer fijar á 3 y 3 y ½ el interés que la caja de servicio abonaba á los capitales. No teniendo necesidad

de dinero, é ingresando con abundancia en aquella caja, sostenia que no debian guardarse mas fondos que los que podian sostenerse con aquel premio, devolviendo los restantes al comercio, y forzando asi la baja del interés por todos los medios de que podia disponer el gobierno. Pero Mr. Mollien le detuvo, probandole que semejante resultado era prematuro, porque aun no se habia acabado de entregar el dinero prometido á la caja, y se necesitaban todavía los recursos que la alimentaban ordinariamente. El éxito de aquella medida hubiera sido infalible al año siguiente, si nuevas empresas en lo esterior, no hubieran venido á separar los capitales y los soldados de Francia, de su mejor, mas útil y mas seguro empleo.

El aspecto si no desolador, por lo menos triste, que habia tomado la guerra durante el invierno de 1807, unido á los rigores de la estacion, y á la ausencia de la córte imperial, habia suspendido por algunos momentos la actividad de los negocios, particularmente en París. Pero el restablecimiento de la paz continental, y la esperanza de la paz marítima, habian dado mucho vigor á los ánimos: la industria tomaba un rápido impulso, y las casas de comercio emprendian especulaciones que abrazaban toda la estension del continente. Aunque los géneros de la Gran Bretaña atravesaban todavía el litoral europeo por puntos desconocidos á Napoleon, hallaban, sin embargo, suma dificultad para penetrar en lo interior, y mucho mayor para la circulacion. Los hilos y telas de algodon, que merced á las leyes prohibitivas que regian entonces en Francia, se habian fabricado con ventaja, en gran cantidad y con alguna perfeccion, reem-

plazaban á los productos ingleses de la misma especie, pasaban el Rhin con los ejércitos, y se esparcian por Italia, España y Alemania. Las sederías, sin rival en todos tiempos, llenaban los mercados de la Europa, lo cual producia en Lyon una satisfaccion general. Los paños, que tenian la ventaja de la primera materia, desde que faltaban á los ingleses las lanas españolas, y abundaban en Francia, escluian á los paños británicos de todos los mercados de Europa, porque los aventajaban, no solo en la calidad, sino en la belleza. No eran solo las manufacturas francesas las que ganaban con la esclusion de las inglesas. La Sajonia, la mas industriosa de las provincias alemanas, enviaba ya carbon por el Elba á Hamburgo, paños fabricados con sus hermosas lanas, á mercados en donde jamás habian penetrado, y los metales del Erzgebirge, á donde quiera que faltaban los de América. El hierro de Francia y Alemania, se aprovechaba tambien de la esclusion del de los ingleses y suecos; y las obras en este género, se perfeccionaban visiblemente.

Napoleon se esforzaba en favorecer, por medio de la influencia de la moda, ligera y fantástica, que divide con la conciencia el privilegio de sustraerse al poder, pero que sin embargo obedece con gusto á la gloria, el uso de los géneros fabricados con materias de orígen continental. Queria, por egemplo, que se prefiriesen las telas de cañamo y de lino á las de algodon. Deseaba que se prefiriese la seda al paño, lo cual era volver al lujo del antiguo régimen, y al tiempo en que los hombres, en vez de vestirse modestamente de paño negro, usaban telas tan ricas como las que las señoras suelen emplear en sus trages. Y no se crea que por mero capricho procuraba despertar aquella pasion al lujo, á la nobleza, á los títulos y á las dotaciones. En esto, como en todo, movianle razones sérias que le guiaban siempre, aun en las cosas mas futiles en la apariencia.

Escepto las industrias marítimas, cuya inaccion procuraba indemnizar con inmensas obras navales, las demas encontraban una causa eficaz de desarrollo en aquella situacion estraordinaria que Napoleon habia proporcionado á la Francia. Pero, cosa singular, la mayor fuerza mecanica, la del vapor, que por su facultad espansiva, anima hoy toda la industria humana, que hace mover tantas máquinas y navegar á los buques, que es, con la paz, causa principal del bienestar de las clases ínfimas, y del lujo de las altas; la fuerza del vapor, que era la única que se escapaba de las miradas de Napoleon, se desarrollaba á su lado, y sin él. Aquellas máquinas, llamadas entonces máquinas de fuego, por su fenómeno mas visible, toscamente construidas y que consumian una cantidad escesiva de combustible, no se empleaban mas que en las minas de carbon de piedra, por el ínfimo precio de este en aquella especie de establecimientos. La sociedad de fomento de la industria propuso un premio para recompensar á los que las hiciesen mas sencillas y económicas. Fulton, desatendido por Napoleon en 1803, porque para pasar el mar necesitaba medios ya reconocidos y no de ensayo, fué á dos mil leguas de las costas francesas, á hacer la prueba de un barco movido por lo que entonces se llamaba la máquina de fuego. Hizo la travesia desde Nueva

York á Albany, y de este punto á Nueva York, en cuatro dias, y apenas llamó la atencion del mundo, cuyo aspecto debia cambiar treinta años despues. No es la vez primera que una grande invencion debida á genios secundarios pero especiales, ha pasado al lado de talentos superiores sin merecerles una mirada. La pólvora, que destruyendo en la guerra el imperio de la fuerza física, contribuyó tan poderosamente á producir una revolucion en las costumbres europeas, no solo fué odiosa al heróico Bayardo, sino que inspiró el mayor desprecio á Maquiavelo, aquel juez tan profundo de las cosas humanas, aquel autor, tan admirado por Napoleon, del tratado de la guerra, y la consideró como una invencion efímera y de ninguna consecuencia.

Persuadido de que una buena legislacion, capitales y conductos para dar salida á los géneros, son los mayores bienes que pueden proporcionarse al comercio, Napoleon mandó al archicanciller Cambaceres que hiciese preparar un código de comercio. Efectivamente, acababa de redactarse: el fondo se habia tomado de las naciones marítimas mas célebres, y la forma sencilla y analítica del espíritu frances, que mas que nunca brillaba bajo este aspecto en la redaccion de las leyes, porque concebidas bajo un plan uniforme y vasto, y escrupulosamente redactadas en el Consejo de Estado, jamás eran retocadas por el Cuerpo legislativo, que las aprobaba ó desechaba sin enmiendas. Este código preparado ya para el regreso de Napoleon debia presentarse con las demas medidas de que acabamos de hablar al Cuerpo legislativo, en la corta legislatura que estaba próxima.

Ya era por fin tiempo de que Napoleon concediese á sus gloriosos soldados las recompensas que los prometiera y que tan bien habian merecido durante las dos últimas campañas. Pero en la forma misma de aquellas recompensas, fué donde hizo resplandecer mas su genio organizador y poderoso. Se hubiera en efecto guardado muy bien de arrojarles los despojos de los vencidos para que los devorasen en una orgía. Queria con lo que les diese, fundar grandes familias, que rodeasen el trono, que ayudasen á defenderle y contribuyesen al brillo de la sociedad francesa, sin perjudicar á la libertad, y sin que violasen de modo alguno los principios de igualdad, proclamados por la revolucion francesa. La esperiencia ha demostrado que la aristocracia no perjudica á la libertad de un pais, porque la aristocracia inglesa ha contribuido tanto como las demas clases de la nacion á la libertad de la Gran Bretaña. La razon dicta ademas que la aristocracia puede ser compatible con el principio de la igualdad, con dos condiciones: primera, que los individuos que la componen no gocen derechos particulares, y estén sujetos á la ley comun; y segunda, que las distinciones puramente honoríficas concedidas á una clase, sean accesibles á todos los ciudadanos de un mismo estado, que se hagan acreedores á ellas por sus servicios ó sus talentos. Esto era lo que habia de razonable en las miras de la revolucion francesa, y esto creia tambien Napoleon conservar invariablemente. Sin embargo, á juicio nuestro, en las sociedades modernas, en que la envidia se ha sublevado contra las instituciones aristocráticas, lo mejor que puede hacer un gobierno sensato, es dejar obrar las

leyes de la naturaleza humana, sin mezclarse en ellas de manera alguna. Ellas conducen al hombre libre hácia Dios, y despues del Ser Supremo, hácia otro culto, el de los antepasados. El gran guerrero, el magistrado íntegro, y el sábio ilustre, legarán de todos modos á sus descendientes una consideracion que los distinguirá de la multitud, y que cuando tengan mérito, les ahorrará la dificultad mas grave que encuentra aquel en este mundo, la de atraerse la primer mirada del público. Las leyes no necesitan intervenir para que así suceda; porque no son las leyes escritas, sino la naturaleza la que ha producido la aristocracia de todos los paises, y sobre todo, la de las repúblicas. La naturaleza habia ya creado la aristocracia de Venecia, mucho antes que esta pensase en atribuirse por medio de las leyes derechos particulares. Es una cosa en que no hay que mezclarse aun cuando se dese. El tiempo forma por todas partes aristocracias; no resta, pues, mas que evitar la ridiculez de hacerlas por sí mismo, y tener cuidado de impedir que se arroguen privilegios esclusivos.

Si ha existido no obstante en el mundo un soberano, que pudiera librarse del ridículo ó de la odiosidad que escita algunas veces el establecimiento de instituciones aristocráticas, lo ha sido ciertamente el que se atrevia y podia restablecer la monarquía al dia siguiente de la república, y la diferencia de rangos, (no la de derechos) al dia inmediato al de una brutal igualdad; que en su vasta imaginacion concebia una sociedad grande como su genio y su alma, y que para crear familias poderosas, tenia nombres inmortales y teso-

ros: que podia llamarlas Rívoli, Castiglione, Montebello, Elchingen, Awerstaedt, y darlas hasta un millon de renta anual. Era, pues, escusable porque no queria violar los verdaderos principios de la revolucion francesa, y creia por el contrario robustecerlos de una manera brillante, haciendo á imitacion de su propia fortuna un duque, ó un príncipe, de un campesino ó un artesano. Otra consideracion habia ademas para desarmar la razon mas severa, y era la de proporcionarse medios inocentes é inofensivos para escitar y recompensar los servicios eminentes (1).

Napoleon aprovechó la gloria de Tilsit, y el prestigio que le rodeaba en aquellos momentos, para llevar á cabo el proyecto que hacia tiempo meditaba de establecer una nobleza. Ya cuando en 1806, dió coronas á sus hermanos y hermanas, á su hijo adoptivo, y principados á muchos de sus servidores, el de Ponte-Corvo al mariscal Bernadotte, el de Benevento á Mr. de Talleyrand, y el de Neufchatel al mayor general Berthier, habia anunciado que un estatuto posterior arreglaria las sucesiones de las familias en cuyo favor se creasen principados, ducados, y otras distinciones hereditarias. En su consecuencia, estableció por un senado-consulto, que los títulos que habia conferido, y las rentas que los acompañaban, serian transmisibles hereditariamente, por línea recta, de varon á varon; sistema de sucesion contrario al admitido

(1) Estas líneas fueron escritas en 1846, en tiempo de la monarquía. Las escribí porque las he creido verdaderas en todas las épocas, y no las altero aunque los tiempos hayan variado.

en el código civil. Estableció ademas, que los dignatarios del imperio, en todos los grados, podrian trasmitir á sus hijos primogénitos, un título que seria el de duque, conde ó baron, segun la dignidad del padre, con condicion de que habian de probar cierta renta, de la que por lo menos la tercera parte debia quedar afecta al título conferido á la descendencia. Estos mismos personages tenian tambien el derecho de constituir para sus hijos segundos, títulos inferiores á los que se hubieron concedido á los primogénitos, y siempre con la condicion de reservar una parte de sus bienes para aquel título hereditario. Tal fué el orígen de los mayorazgos. Los grandes dignatarios como el gran elector, el condestable, el archicanciller y el architesorero, tenian el tratamiento de *alteza*, y sus hijos primogénitos debian llevar el título de *duques* si su padre habia fundado en su favor un mayorazgo de 200,000 libras de renta. Los ministros, los senadores, los consejeros de estado, los presidentes del Cuerpo legislativo, y los arzobispos, quedaron autorizados para titularse *condes*, y para trasmitir aquel título á sus hijos ó sobrinos, con la condicion de establecer un mayorazgo de 30,000 libras de renta. Por último, los presidentes vitalicios de los colegio electorales, los primeros presidentes, los fiscales, los obispos y los mares de las treinta y siete ciudades del imperio, podian llevar el título de *barones* y trasmitirle á sus hijos primogénitos, con la obligacion de un mayorazgo de 15,000 libras de renta. Los individuos de la Legion de Honor, pudieron llamarse *caballeros*, y trasmitir aquel título mediante un mayorazgo de 3,000 libras de renta. Otro estatuto

debia determinar las condiciones á que quedaba sujeta aquella parte de bienes de las familias, que de este modo eran colocadas bajo un régimen escepcional.

El Senado fué el encargado de imprimir un carácter legal á esta nueva creacion imperial, por medio de un senado-consulto, que establecia de un modo bien terminante, que aquellos títulos no conferian ningun derecho particular, ninguna escepcion de la ley comun, ni exencion alguna de las cargas ó deberes impuestos á los demas ciudadanos. No habia de escepcional mas que el régimen de las sustituciones impuesto á las familias ennoblecidas, las cuales adquirian su nueva grandeza sacrificando la igualdad de las particiones de sus bienes.

Acordadas estas disposiciones, Napoleon distribuyó entre sus compañeros de armas, una parte de los tesoros que habia acumulado. Antes de espedir el decreto en que se concediesen á Lannes, Massena, Davout, Berthier, Ney y algunos otros, títulos que se proponia tomar de los grandes acontecimientos de su reinado, quiso asegurar inmediatamente su opulencia. Les dió tierras situadas en Polonia, en Alemania y en Italia, con facultad de enagenarlas para emplear su valor en Francia, y ademas sumas de dinero contante para que pudiesen comprar palacios y amueblarlos. Esto no era mas que el primer don, porque aquellas dotaciones se duplicaron y triplicaron luego, y aun se cuadruplicaron para algunos. El mariscal Lannes recibió 328,000 francos de renta, y 1.000,000 en dinero; el mariscal Davout, 410,000 francos de renta, y 300,000 en dinero; el maris-

cal Massena, 183,000 francos de renta, y 200,000 en dinero (mas tarde fué uno de los mejor dotados); el mayor general Berthier, 405,000 francos de renta, y 500,000 en dinero; el mariscal Ney, 229,000 francos de renta, y 300,000 en dinero; el mariscal Mortier, 198,000 francos de renta, y 200,000 en dinero; el mariscal Augereau, 172,000 francos de renta, y 200,000 en dinero; el mariscal Soult, 305,000 francos de renta, y 300,000 en dinero; y el mariscal Bernadotte, 291,000 francos de renta, y 200,000 en dinero. Los generales Sebastiani, Victor, Rapp, Junot, Bertrand, Lemarrois, Caulaincourt, Savary, Mouton, Moncey, Friand, Saint-Hilaire, Oudinot, Lauriston, Gudin, Marchand, Marmont, Dupont, Legrand, Suchet, Lariboissiere, Loison, Reille, Nansouty, Songis, Chasseloup, y otros, recibieron 150,000 francos de renta los unos, 100, 80 y 50,000 los otros, y casi todos 100,000 francos en dinero. Los empleados civiles tuvieron tambien su parte en aquellas liberalidades. El archicanciller Cambaceres y el architesorero Lebrun, obtuvieron cada uno 200,000 francos de renta. Mres. Mollien, Fouché, Decrés, Gaudin, y Darú obtuvieron cada uno 40 ó 50,000. Todos, tanto civiles como militares, no estaban dotados aun mas que provisionalmente con aquellos magníficos dones, y lo estaban en Polonia, Westfalia y Hanover, lo cual debia hacer que se interesasen en conservar la grandeza del imperio. Napoleon se habia reservado en Polonia 20.000,000 en posesiones, en Hanover 30, y en Westfalia un capital representado por 5 á 6.000,000 de renta, sin contar 30.000,000 de capital y 1,250,000 francos de renta en Italia, que

se habia reservado ya el año de 1805. Tenia, pues, con que enriquecer á los valientes que le servian, y con que realizar las hermosas palabras que dirigió á algunos de ellos: «No robeis; yo os daré mas que cuanto podriais tomar; y lo que yo os diere, reunido por mi previsiou, no costará nada ni á vuestro' honor ni á los pueblos que hemos vencido.» Y tenia razon; porque las fincas que distribuia eran de los dominios imperiales en Italia, de los reales ó grandes ducados en Prusia, en Hanover y en Westfalia. Pero aquellas posesiones adquiridas por la victoria podian perderse por la derrota, y felizmente para ellos, los que dotaba tan magníficamente, debian recibir en su mayor parte en Francia, en rentas ó sobre canales, otras dotaciones menos espuestas á contingencias que las tierras situadas en el estrangero.

Los generales franceses no fueron los únicos que participaron de aquella prodigalidad, porque los generales polacos Zayonscheck y Dombrowski, antiguos servidores de la Francia, recibieron cada uno 1.000,000.

Despues de los generales, los oficiales y los soldados, recibieron tambien muestras inequívocas de su liberalidad, pues Napoleon hizo que se pagase á todos, ademas del sueldo atrasado, gratificaciones considerables para proporcionarles desde luego placeres que tenian muy bien merecidos. Distribuyéronse 18.000,000,6 para los oficiales, y 12 para los soldados: los heridos tenian una parte triple. Los que habian sido demasiado felices para asistir á las cuatro grandes batallas de la última guerra, Austerlitz, Jena, Eylau y Friedland, obtuvieron doble que los restantes. A estas

gratificaciones del momento se añadieron dotaciones permanentes de 500 francos para los soldados que habian sufrido la amputacion, y de 1,000, 2,000, 4,000, 5,000 y 10,000 en favor de los militares que mas se habian distinguido, desde la clase de sargento hasta la de coronel. Para los oficiales y generales no fué mas que una primera remuneracion, á que siguieron posteriormente otras mas considerables, é independiente de las asignaciones de la Legion de Honor y de las pensiones de retiro legalmente debidas al fin de la carrera militar.

El vencedor anhelaba que todo el mundo participase de su prosperidad y de su gloria. En cuanto á él, sencillo, económico, magnífico únicamente para los demas, reprimia con mano fuerte toda malversacion de los caudales públicos, era inflexible para todo gasto que no le parecia indispensable para su palacio ó el Estado, y solo era pródigo en miras elevadas y en lo que podria formar la grandeza del imperio ó la suya. Los detractores de su gloria y de la de la Francia, han pretendido que despojando á los vencidos, y saciando la codicia de los soldados, habia tomado de los unos los medios de escitar el valor de los otros. Quédense en buen hora semejantes calumnias para los estrangeros ó para los partidos asociados á sus mezquinas pasiones. No se cogian, no, aquellos tesoros no pertenecian á los pueblos, sino á los emperadores, reyes, príncipes y conventos, conjurados contra la Francia desde 1792. Los pueblos vencidos fueron tratados con cuanta consideracion permitia la guerra, con mucha mas que lo habian sido en ningun tiempo y en ningun pais, y mucho mejor que despues lo fué la misma Francia. Con respecto á aquellos soldados heróicos, cuyo valor se dice que Napoleon escitaba con dinero, no sospechaban que al correr á Austerlitz, Jena, Eylau y Friedland, seguiria sus huellas la fortuna, como no sospecharon que habia de seguirlas en Marengo, en Rivoli, y mas antiguamente en Valmy ó en Jemmapes. Despues de haber volado á la defensa de su pais en 1792, se lanzaban entonces á la gloria, impulsados por la pasion de las grandes acciones que la revolucion francesa habia hecho nacer en ellos, y que Napoleon habia exaltado hasta el mas alto grado. Si despues de desafiar el frio, el hambre y la muerte, encontraban su bien estar, era una sorpresa de la fortuna que disfrutaban como un soldado goza de un puñado de oro encontrado en el campo de batalla; y se hallaban prontos á abandonar aquellas satisfacciones para esponer de nuevo aquella vida, que no miraban como suya, y de que se apresuraban á hacer uso, como de un préstamo que les concedia Napoleon hasta tanto que les exigiese su sacrificio.

Napoleon adoptó otras medidas tan sábias como humanitarias. Segun su costumbre en cada intérvalo de paz, mandó consecutivamente muchas revistas del ejército para hacer salir de las filas á los soldados fatigados ó mutilados, que no servian mas que para estimular á los jóvenes con sus relaciones militares. Hacia que se les arreglase su pension y que se ocupase su lugar por conscriptos, repitiendo sin cesar que el tesoro del ejército era bastante rico para pagar servicios antiguos, pero que el presupuesto del Estado no lo era bas-

tante para pagar soldados que ya no podian prestar un servicio activo. Pensando en los méritos civiles t nto como en los militares, exigió y obtuvo una modificacion en la ley de las pensiones civiles, ley que desde 1789 habia variado tanto bajo la influencia del capricho popular, como variaban las recompensas antes de aquella época, bajo la influencia del capricho real. En tiempo de la Asamblea constituyente se adoptó como límite mas elevado de toda pension civil, la suma de 10,000 francos; en tiempo de la Convencion 3,000, y en el de el Consulado 6,000. Napoleon quiso que se fijase en 20,000, reservándose acercarse á aquel término, pero sin llegar hasta él mas que en favor de servicios brillantes y estraordinarios. La muerte de Mr. Portalis, que dejó una viuda sin recursos, le inspiró aquel pensamiento poco peligroso para las rentas de un Estado, y útil para el desarrollo de los talentos. Concedió una pension de 6,000 francos y una suma de 24,000 á la señorita Dillon, hermana del primer oficial muerto en los desórdenes populares. Cuando murió en la Martinica madama de La Pagerie, madre de la emperatriz, hizo dar libertad á los negros y negras que la habian servido, dotó á una jóven que la habia cuidado, y en una palabra, difundió la dicha entre todos los que habian estado á su lado.

La iglesia, como todos los servidores del Estado, tuvo parte en la munificencia del conquistador. A propuesta del príncipe Cambaceres que habia despachado interinamente el ministerio de Cultos, durante el intérvalo trascurrido entre la muerte de Mr. Portalis, y el nombramiento de Mr. Bigot de Preameneu, estableció que el número de las ayudas de parroquia se aumentase desde 24 al de 30,000 para hacer estensivo el beneficio del culto á todos los comunes del imperio. Observando ademas, que era menor el número de personas que se dedicaban á la carrera del sacerdocio, que en otro tiempo, concedió 2,400 becas para los pequeños seminarios. Deseaba hacer conocer a la iglesia que si tenia con su gefe algunas diferencias de naturaleza puramente temporal, con respecto á lo espiritual estaba siempre dispuesto á servirla y protegerla. En aquel momento, cumpliendo con la ley de 1806 que le autorizaba para crear una universidad, se ocupaba de la fundacion de aquel gran establecimiento; pero aquel pensamiento no estaba todavia maduro, ni en él, ni en los que le rodeaban, contentándose por entonces con aumentar el número de becas en los liceos.

En tanto que con tan decidido interés miraba por los demas, se prestó á una medida que parecia no tener por objeto mas que su gloria personal. Consintió despues de un deseo manifestado por la sincera adhesion de unos y la adulacion de otros, en variar el título del código civil, y llamarle Código Napoleon. Si alguna vez se ha merecido un título, lo era este seguramente, porque aquel código era la obra de Napoleon, como las victorias de Austerlitz y Jena. En Austerlitz y en Jena habia tenido soldados que le prestaron sus brazos, como en la redaccion del código habia tenido jurisconsultos que le prestaron su ciencia; pero á la fuerza de su voluntad, y á la seguridad de su juicio se debia la conclusion de aquella grande obra. Y si Justiniano, que segun una espresion del preámbulo, *combatia por medio de sus generales y*

pensaba por medio de sus ministros, habia podido dar su nombre al código de las leyes romanas, Napoleon con mucha mas razon podia dar el suyo al código de las leyes francesas. Ademas, el nombre de un grande hombre protege las buenas leyes, como las buenas leyes protegen la memoria de un grande hombre. Nada, pues, mas justo que esta medida, y fué imaginada, propuesta y acogida por todo el que tomaba parte en el gobierno, casi sin dejar á Napoleon el trabajo de desearla y de pedirla. Este escribió á sus hermanos y á los príncipes sujetos á su influencia, invitándolos á introducir en sus estados aquel código de la justicia y de la igualdad civil: ya habia mandado su observancia en toda la Italia, y previno á su hermano Luis que le adoptase en Holanda, y á su hermano Gerónimo en Westfalia. Invitó al rey de Sajonia, gran duque de Varsovia, á que le introdujese en la Polonia restaurada. Estudiábanlo ya en Alemania, y á pesar de la repugnancia con que aquella nacion debia mirar todo lo que procedia de Francia, atraia todas las simpatías la equidad de un código, que á su exactitud, su claridad y su consecuencia, tenia la ventaja de restablecer la justicia en la familia, y hacer cesar la tiranía feudal: los habitantes de Hamburgo le habian reclamado, y acababa de ponerse en práctica en Dantzig. Se anunciaba que lo mismo sucederia en Brema y en las ciudades anseáticas. El príncipe primado en su principado de Francfort y el rey de Baviera en su monarquía engrandecida, le habian mandado estudiar, para introducirle en los ánimos antes de introducirlo en la práctica: el gran duque de Baden acababa de admitirle para su ducado. De este modo la Francia

indemnizaba á la humanidad de la sangre derramada durante la guerra, y compensaba en algo el mal hecho á la generacion presente, asegurando un bien inmenso á las futuras generaciones.

Aunque la Providencia dispensase todos los géneros de gloria á una nacion, tendria esta un vivo pesar, y no podria concebirla si se la negaba la gloria de las ciencias, de las letras y de las artes; y si los romanos no hubiesen tenido mas que el mérito de vencer al mundo, de civilizarle despues de sometido, de darle leyes inmortales, que adaptadas á nuestras costumbres, viven todavía en nuestros códigos, sino hubiesen tenido mas que este mérito eminente, si no hubieran contado en el número de sus grandes hombres á Horacio, Virgilio, Ciceron y Tácito, no habiendo hecho nada por encantar á la humanidad, despues de hacerlo todo para dominarla, dejarian á los griegos el honor de formar sus delicias, y ocuparian en la historia del entendimiento humano, un lugar muy inferior al de aquel pequeño pueblo. Pero el genio del gobierno y de la guerra no ha existido jamás sin el genio de las letras, de las artes y de las ciencias, porque es imposible obrar sin pensar, y pensar sin hablar, escribir y pintar.

La Francia, que tanta sangre generosa ha vertido en todos los campos de batalla de la Europa, la Francia ha tenido tambien esta doble gloria; y mientras conseguia las victorias de las Dunas y de Rocroy, creaba el *Cid y Atalía*: tenia á Condé, y á Bossuet para celebrar á este. Napoleon movido por su inmenso deseo de ser grande; pero de serlo con la Francia y por la Francia, hubiera querido tambien reunir bajo su cetro todas las coronas, las

de la inteligencia y las de la fuerza, y no renunciaba á producir literatos, sábios y pintores, como producia héroes. La voluntad lo puede todo entre los hombres, escepto el variar los tiempos, y los tiempos pueden mas sobre el genio de las naciones que toda la voluntad de los gobiernos Carlomagno, á pesar de haber sido tan grande y de su pasion por los mas nobles estudios, no consiguió fecundizar un siglo bárbaro; Luis XIV que apreciaba mucho el genio, unas veces sin comprenderle, y otras maltratandole, no tuvo mas que dejarle obrar para presenciar en derredor suyo, el espectáculo mas hermoso que ha ofrecido jamás el humano entendimiento, porque jamás produjo obras tan grandes y tan perfectas. Aunque Napoleon hubiera tenido el tiempo que le faltó por su culpa, no hubiera devuelto á la nacion francesa la juventud y el vigor de espíritu que produjo el *Cid y Atalía*, y ciertamente le hubiera rehusado la libertad que crea los Cicerones y Salustios cuando ella existe, y los Tácitos cuando ya ha dejado de existir.

La Francia, de 1789 á 1814, eminente en las ciencias, y que creia serlo en las artes del dibujo, no se lisongeaba de serlo tambien en las letras. En las ciencias, tres sábios ilustres por sus vastos y nobles trabajos aseguraban á su época una gloria duradera. Mr. Lagrange, llevando mas allá de sus antiguos límites la ciencia algebráica, daba nuevo poder al cálculo abstracto. Mr. de Laplace, aplicando aquella potencia al universo, ejecutaba la única cosa que quedaba por hacer despues de Galileo, Descartes, Kepler, Copérnico y Newton, el calcular con una exactitud todavía desconocida los movimientos de los cuerpos celestes, y presentar el sistema del mundo en su sublime conjunto. En fin, Mr. Cuvier, dedicándose á observar con calma y asiduidad los restos de que nuestro planeta se halla cubierto, estudiando y comparando entre sí los cadáveres de los animales y las plantas ocultas debajo de la tierra, descubria la sucesion de los tiempos en la de los seres, y creando la ingeniosa ciencia de la *anatomía comparada*, hacia positiva la hermosa historia de la tierra que Buffon habia conjeturado por un esfuerzo de su genio, pero que habia dejado problemática, porque en la época en que vivia se carecia de hechos suficientemente observados.

En las artes del dibujo se habia efectuado una reaccion apreciable por su intencion, contra el gusto del siglo XVIII. Durante este siglo afeminado y filosófico, Boucher, el pintor predilecto de la Regencia, habia representado en sus cuadros licenciosas cortesanas, notables, no por su belleza, sino por cierta gracia lasciva. Greuze, con inspiraciones mas honestas, le habia opuesto vírgenes encantadoras, pintadas con delicadeza y suavidad. Pero el arte rebajado por Boucher no habia sido elevado por Greuze á la dignidad de estilo que Poussin, á falta de genio, habia sabido conservarle. A una nacion no la es permitido mas que una sola vez el ofrecer á la admiracion del mundo el talento de Miguel Angel y de Rafael; pero todas, cuando practican las artes, deben aspirar por lo menos á la correccion y nobleza del dibujo, y pueden llegar á conseguirlo por medio de severos estudios. Esto fue lo que ejecutó el célebre pintor David. Disgustado del carácter del arte en el tiempo de su juventud, corrió á Roma, en donde le causó tan

fuerte impresion la belleza tierna y sublime de los maestros italianos, que exaltándose poco á poco su pasion por lo bello, se remontó desde los italianos del siglo XV á los antiguos, y en vez de las cortesanas de Boucher ó de las púdicas vírgenes de Greuze, pintó en sus cuadros estátuas antiguas, elegantes, pero duras, privadas de vida y aun de colorido, y al adquirir mejor estilo y correccion en el dibujo, habia perdido la facilidad y el brillo del pincel, que todavía distinguian á Boucher y Greuze. Era una escuela de imitacion grave, noble y sin genio. Sin embargo, un pintor, Mr. Gros, se substraia á la imitacion de los bajos relieves antiguos, pintando batallas. Dibujaba mal, componia medianamente, pero escitado por el espectáculo de la época, y arrastrado por una especie de fogosidad natural, representaba en el lienzo imágenes que vivirán probablemente por cierta fuerza de ejecucion y brillo de colorido. El estilo es el que asegura la duracion de las obras del genio, y la ejecucion la de las obras del arte, porque no es el único, sino el mas elevado, el mas constante de los signos de la inspiracion. Otro pintor, Mr. Prudhon, imitando á Corregio por su gusto y gracia naturales, daba á sus obras alguna apariencia de originalidad en un tiempo en que si no se pintaban Brutos y Leonidas, era preciso pintar granaderos de la guardia imperial. Pero ni Mr. Gros, ni Mr. Prudhon, á quienes la edad siguiente ha hecho mas justicia, inspiraban tanto interés como los señores David, Girodet y Gerard. La Francia los miraba como los rivales de los maestros de Italia. Singular y honrosa ilusion de una nacion que entusiasmada por todos los géneros de gloria,

aspiraba á poseerlos todos, y aplaudia hasta la medianía con la esperanza de ver salir de ella el genio...

En las letras, la Francia distaba mucho mas de la verdadera superioridad: pero juez escelente y recto en esta materia no se equivocaba. Una especie de inercia poco comun se habia apoderado entonces del ingenio nacional. En el siglo XVII se habia visto á la Francia adornada con todo el brillo de la juventud y de la gloria, sobresalir hasta el mas alto punto en la representacion trágica de las pasiones del hombre, y en la representacion cómica de sus estravagancias, é ilustrar el púlpito con una elocuencia grave, fuerte y sublime, desconocida en el mundo, que no la habia escuchado y que no oirá jamás. En el siglo XVIII, mudando repentinamente de gusto, de espíritu y de creencia, se la vió abandonar el arte por la polémica, atacar el altar, el trono, todas las instituciones sociales, y producir una literatura nueva, vehemente y llena de acrimonia, inmortal tambien; pero menos bella que la literatura que se ocupa en la pintura del corazon humano. Viósela de este modo variar hasta lo infinito las producciones del talento, y no agotarse nunca, como la fuente en que los antiguos suponian que residia el genio, y que derramaba de continuo por el mundo sus abundantes aguas. Mas de repente, despues de una revolucion inmensa, la mas humanitaria por su objeto, la mas terrible por los medios, la mas vasta por sus consecuencias, el ingenio francés, que la habia deseado, llamado y producido, se encontraba sorprendido, turbado, asustado de su propia obra, y, por decirlo asi, es-

tenuado. La literatura francesa, despues de la revolucion de 1789, á pesar de la influencia de Napoleon, permanecia nula y sin inspiraciones. La tragedia, bien decaida ya, aun cuando Voltaire pintaba en su *Zaira* los combates de la religion y del amor, se arrastraba pidiendo unas veces á la Grecia y otras á la Inglaterra, ya á Sofocles, ya Shakspeare, inspiraciones que vale mas esperar de la naturaleza, y que no se hallan cuando se buscan, porque el genio verdaderamente inspirado no tiene necesidad de escitacion estraña: su propia plenitud le basta. Mr. Chenier imitaba con estilo noble y puro la tragedia griega: Mr. Ducis, con lenguage incorrecto y tierno, la tragedia inglesa. La comedia, cuyo continuador mas afamado en Francia lo era entonces Mr. Picard, pintaba sin profundidad, pero con alguna gracia y ligereza, los caractéres indecisos; porque los grandes habian sido trazados para siempre por Moliere, y por uno ó dos de sus discípulos. El púlpito habia perdido su autoridad, y la tribuna enmudecido. No habia mas elocuencia que la de Mr. Regnault, que esponia con estilo brillante y fácil los sucesos menos importantes de aquel tiempo, y la de Mr. Fontanes, que espresaba algunas veces, á la cabeza de los cuerpos del Estado, en estilo correcto, elegante y noble, grande por la magnitud de los acontecimientos, mas que por la grandeza del escritor, la admiracion de la Francia por los prodigios del reinado imperial. Por último, la historia carecia de libertad y de esperiencia, y no habia contraido aun ese gusto de indagacion que despues la ha distinguido.

La literatura francesa no recobraba una originalidad verdadera y una elocuencia patética, sino cuando Mr. de Chateaubriand, celebrando los antiguos tiempos, se dirigia, como ya hemos dicho, á esa verdadera melancolía del corazon humano que echa siempre de menos lo pasado, sea lo que fuere, y aun lo menos digno de ser sentido, únicamente porque ya no existe. Sin embargo, el siglo tenia un escritor inmortal como César: era este el mismo soberano; gran escritor, porque tenia un talento asombroso, orador inspirado en sus proclamas, cantor de sus propias empresas en sus boletines, demostrador enérgico en muchas de sus notas, en una multitud de artículos insertos en el *Monitor*, y de cartas dirigidas á sus agentes, que sin duda aparecerán algun dia y sorprenderán al mundo como le han sorprendido sus acciones. Con hermoso colorido cuando pintaba, claro, exacto, vehemente, imperioso cuando demostraba, era siempre sencillo como convenia al importante y sério papel que la Providencia le habia confiado, pero á veces algo declamador, por un resto de costumbre peculiar á todos los hijos de la revolucion francesa. ¡Destino singular de aquel hombre prodigioso, que al mismo tiempo que era el mejor escritor de su siglo, era tambien el capitan mas inteligente y aguerrido, el mejor legislador y el mas hábil administrador!.... La nacion, que en un dia de fatiga le habia confiado el cuidado de querer, ordenar y pensar por todos, le habia, en algun modo, concedido con el mismo privilegio el don de hablar y de escribir mejor que todos.

En aquella época, en aquella inquieta agitacion de una literatura caduca que buscaba inspiraciones por todas partes, se notaba ya una doble

tendencia literaria. Unos querian remontarse al siglo XVII y á la antigüedad, como al origen de toda belleza, y otros querian que la Inglaterra y la Alemania les descubriesen el secreto de emociones mas fuertes; ¡tristes esfuerzos del espíritu de imitacion que varía de objeto sin llegar á la originalidad que le ha sido rehusada! Napoleon, por su gusto natural hácia lo bello en toda su pureza, y por instinto de nacionalidad, rechazaba todas aquellas nuevas tentativas: hacia elogios de Racine, Bossuet, Moliere y los antiguos, y se dedicaba á hacer florecer en la universidad los estudios clásicos. En fin, procurando obrar fuertemente sobre el espíritu público, imaginó un medio para producir buenos escritores, que en su concepto era el mejor y mas eficaz, y consistia en darlos honor y reputacion, con justicia, autoridad y liberalidad. En un pais libre, millares de críticos, ilustrados ó ignorantes, justos ó apasionados, honrados ó pervertidos, discuten acerca de las obras del ingenio, y despues de un vano ruido, son reemplazados por el tiempo, que dicta su fallo con seguridad y dulzura, ó no haciendo mencion de ciertas obras, ó hablando de algunas otras. Pero Napoleon, al conceder la libre discusion sobre las letras, no estaba resuelto á consentirla demasiado amplia; y en cuanto al tiempo, era demasiado impaciente para aguardar sus decisiones. Ideó, pues, pedir á cada clase del instituto informes minuciosos sobre la marcha de las letras, de las ciencias y de las artes desde 1789, señalando sus tendencias buenas ó malas, las obras de mérito y las medianas, distribuyendo con rigurosa imparcialidad la alabanza y la censura. Los informes debian consultarse por

cada una de las clases para que tuviesen la autoridad de una sentencia, presentarse por uno de los hombres eminentes de la época, y leerse á presencia del emperador en el Consejo de Estado, para que de este modo desde lo alto del trono pudiera juzgar y dar estímulo á las obras del talento francés.

En su consecuencia, Mr. Chenier se presentó á leer, delante de Napoleon, y en una sesion del Consejo de Estado, un informe sencillo á la par que elevado, sobre la marcha de las letras desde 1789. Napoleon, despues de la lectura respondió á Mr. Chenier con estas hermosas palabras.

«Señores diputados de la segunda clase del Instituto.

«Si la lengua francesa ha llegado á ser una lengua universal, se lo debemos á los hombres de talento que han tomado y toman asiento entre vosotros.

«Aprecio mucho los buenos resultados de vuestros trabajos: tienden á ilustrar á mis pueblos, y son necesarios para la gloria de mi corona.

«He oido con satisfacion el relato que me habeis hecho. Podeis contar con mi proteccion.»

Cuando los gobiernos quieren mezclarse en las obras del talento humano, deben hacerlo con miras elevadas. Napoleon, á este modo de distribuir la gloria por una decision de la autoridad pública, agregaba una munificencia de que ya hemos citado varios egemplos, y el mas fecundo de todos los estímulos, la aprobacion y las alabanzas del ingenio. En otras sesiones oyó á Mr. Cuvier un informe sobre los progresos de las ciencias, á Mr. Dacier otro sobre las indagaciones históricas,

y sucesivamente á los representantes de todas las clases, sobre los objetos que les concernian. Deseoso de dar á las artes del dibujo una muestra no menos palpable de atencion; fué él mismo con la emperatriz y una parte de su córte, á casa del pintor David, para ver el cuadro de la Coronacion, y despues de haberle examinado, le dirigió las espresiones mas lisongeras.

Tales eran las ocupaciones de Napoleon desde su regreso de Tilsit, y tal el espectaculo que ofrecia la Francia en su reinado, ya por efecto de las circunstancias, ya por la influencia personal que ejercia sobre ella. La mayor parte de las medidas que acababa de adoptar, exigian necesariamente el concurso del Cuerpo legislativo. Hacia mas de un año que no le habia reunido, y estaba impaciente por convocarle, tanto para presentarle las leyes de hacienda, el Código de comercio y las leyes relativas á las obras públicas, cuanto para hacer ante los cuerpos del Estado una manifestacion europea. Habia resuelto abrir la legislatura el dia 16 de agosto, dia siguiente al en que se celebraba la fiesta de San Napoleon. El 15 fué para París y toda la Francia una verdadera festividad, porque todavia duraba el júbilo que habia producido la paz, pues firmada en Tilsit, el 8 de julio, y conocida en París el 15, solo hacia un mes que se disfrutaba de ella. Al regocijo de la paz continental se reunia la esperanza de la paz marítima. La presencia de Napoleon en París habia ya ejercido su influencia ordinaria: comunicábase á todas partes nuevo movimiento, y abundaba el dinero. Los que acababa de enriquecer el emperador, edificaban casas magníficas, y las adornaban y amueblaban

suntuosamente. Sus esposas derramaban el oro á manos llenas en las tiendas de lujo. Se anunciaba una larga permanencia en Fontainebleau, á donde seria convidada toda la alta sociedad de París, y en que se darian fiestas de que habia privado el invierno. Por último, la gloria nacional que hacia latir vivamente todos los corazones, contribuia tambien al público regocijo. La noche del 15 de agosto, fué tan brillante, como el mas claro y hermoso dia. Toda la poblacion acudió por la tarde al frente del palacio, llena de entusiasmo, pidiendo ver al glorioso soberano, que tantos bienes reales ó aparentes habia derramado sobre la Francia, y que sobre todo la habia hecho tan grande. En honor de la naturaleza humana, es preciso reconocer que lo que mas la atrae es la gloria. Napoleon no hubiera sido emperador y rey, si no se hubiese visto en su persona el hombre mas grande de los tiempos modernos. Se presentó varias veces, dando la mano á la emperatriz, y aunque apenas se le distinguia en medio del brillante acompañamiento que le rodeaba, se le saludaba y aplaudia como si se le viera claramente. Quiso ser testigo desde mas cerca del entusiasmo popular, y salió disfrazado con su fiel Duroc para pasear por el jardin de las Tullerías. A favor de la noche y de su disfraz, pudo sin ser conocido gozar de los sentimientos que inspiraba, y en todos los grupos oyó pronunciar su nombre con reconocimiento y amor. Detúvose en el jardin para escuchar á un niño que gritaba con la mayor vehemencia: *¡viva el Emperador!* Le tomó en sus brazos, y le preguntó por qué gritaba de aquel modo, á lo cual contestó, que porque su padre y su madre le enseñaban á amar

y bendecir al emperador. Eran aquellos unos bretones, que obligados á abandonar su pais por los horrores de la guerra civil, habian encontrado en Paris el reposo y su bienestar con un modesto empleo. Napoleon conversó algunos instantes con ellos, y hasta el dia siguiente, no supieron, por una muestra de favor, ante qué poderoso testigo habian dado espansion á sus sentimientos.

Al siguiente dia 16, Napoleon se trasladó al Cuerpo legislativo, rodeado de sus mariscales, y seguido de un inmenso pueblo, y encontró al Consejo de Estado y al Tribunado reunidos con los individuos del Cuerpo legislativo. Mr. de Talleyrand como vice-gran elector que era, presentó á jurar á los individuos del Cuerpo legislativo, recientemente elegidos; despues el emperador con voz clara y penetrante, pronunció el discurso siguiente:

«Señores diputados de los departamentos al Cuerpo legislativo. Señores tribunos é individuos de mi Consejo de Estado.

«Desde vuestra última legislatura, nuevas guerras, nuevos triunfos, y nuevos tratados de paz han cambiado la faz de la Europa política.

«Si la casa de Brandeburgo, que fué la primera que se conjuró contra nuestra independencia, reina todavía, se lo debe á la sincera amistad que me ha inspirado el poderoso emperador del Norte.

«Un príncipe francés reinará en el Elba, y sabrá conciliar los intereses de sus nuevos súbditos, con sus primeros y mas sagrados deberes.

«La casa de Sajonia ha recobrado la independencia que perdió hace cincuenta años.

«Los pueblos del ducado de Varsovia, y los habitantes de la ciudad de Dantzing, han recobrado su patria y sus derechos.

«Todas las naciones se felicitan unánimemente al ver destruida para siempre la maléfica influencia que la Inglaterra ejercia sobre el continente.

«La Francia se halla unida á los pueblos de la Alemania por las leyes de la Confederacion del Rhin; y á los de España, Holanda, Suiza é Italia, por las leyes de nuestro sistema federativo. Nuestras nuevas relaciones con la Rusia están cimentadas en la estimacion recíproca de ambas poderosas naciones.

«En todo cuanto he hecho, mi único objeto ha sido la felicidad de mis pueblos, mas querida y grata á mis ojos que mi propia gloria.

«Deseo la paz marítima: ningun resentimiento influirá jamás en mis determinaciones. No puedo abrigarle contra una nacion, juguete y víctima de los partidos que la desgarran, y tan engañada acerca de la situacion de sus negocios, como sobre la de sus vecinos.

«Pero sea cual fuere el desenlace que los decretos de la Providencia hayan señalado á la guerra marítima, mis pueblos me verán siempre el mismo, y yo encontraré siempre á mis pueblos dignos de mí.

«Franceses, vuestra conducta en estos últimos tiempos en que vuestro emperador se hallaba á la distancia de mas de quinientas leguas, ha aumentado mi aprecio y la opinion que habia concebido de vuestro carácter. Me he envanecido de ser el primero entre vosotros. Si, durante estos diez meses de ausencia y de peligros, he estado siempre presente en vuestro pensamiento, y las muestras

de amor que me habeis dado, han escitado constantemente mis mas vivas emociones. Todos mis desvelos, y aun todo lo que podia tener relacion con la conservacion de mi persona, se dirigian únicamente al interés que teniais en ella, y á lo importante que podian ser para vuestros futuros destinos. Sois un pueblo generoso y grande.

«He meditado diferentes disposiciones para simplificar y perfeccionar nuestras instituciones.

«La nacion ha esperimentado los mejores resultados con el establecimiento de la Legion de Honor. He creado diferentes títulos imperiales, para dar mayor esplendor á mis principales súbditos, para honrar servicios brillantes con recompensas proporcionadas á ellos, y para impedir la reaparicion de todo título feudal, incompatible con nuestras constituciones.

«Las cuentas de mis ministros de Hacienda y del Tesoro público os darán á conocer el estado próspero de nuestras rentas. Mis pueblos obtendrán una rebaja considerable en la contribucion de la propiedad territorial.

«Mi ministro de lo Interior os presentará los trabajos que se han comenzado ó concluido; pero lo que queda por hacer es todavía mucho mas importante, porque quiero que en toda la estension de mi imperio, aun en la mas pequeña aldea, se aumente el bienestar de los ciudadanos y el valor de las tierras, por efecto del sistema general de mejoras que he concebido.

«Señores diputados de los departamentos al Cuerpo legislativo, para llegar á este gran resultado me es necesaria vuestra eficaz cooperacion, y

tengo el derecho de contar con ella constantemente.»

Este discurso fué escuchado con una viva emocion, y aplaudido con delirio. Napoleon volvió á las Tullerías con el mismo acompañamiento, y saludado por las mismas aclamaciones de la multitud.

Al otro dia y en los siguientes, se presentaron las diferentes leyes que fijaban el presupuesto de 1807 en 720.000,000 de ingresos y gastos: que pedian para 1808 simples créditos provisionales conforme al uso de aquel tiempo; que para el mismo año de 1808 restituian al pais 20.000,000 de la contribucion territorial (1); que arreglaban la concurrencia de los departamentos á las grandes obras de utilidad general, establecian un Tribunal de Cuentas, y debian en fin, componer el Código de Comercio. Al Senado estaban reservadas las medidas concernientes á la institucion de los nuevos títulos, el arreglo de la magistratura, y la reunion del Tribunado al Cuerpo legislativo. A la presentacion de todas aquellas leyes siguió una esposicion del ministro de lo Interior acerca de la situacion del imperio. Cuando aquel ministro en un cuadro, cuyo fondo y forma casi habia trazado Napoleon, concluyó de pintar el estado floreciente de la Francia, los progresos de su industria y comercio, el impulso dado á todas las obras, la construccion simultánea de canales, caminos, puentes, y monu-

(1) He dicho en otra parte 15.000,000; eran sin embargo 20; pero los nuevos céntimos impuestos por la concurrencia de les departamentos á los obras públicas, los reducian á 15.

mentos públicos en toda la superficie del territorio, la regularidad, el órden y la abundancia que reinaban en la hacienda, los esfuerzos desplegados para difundir la instruccion, para hacer estensivo á todos los comunes el beneficio del culto, en fin, tantas creaciones útiles, cuyo curso no habia podido interrumpir una guerra gigantesca, antes bien habia proporcionado los medios, merced á los tributos satisfechos por los reyes vencidos, Mr. de Fontanes, presidente del Cuerpo legislativo, contestó con el discurso siguiente, que habia podido escribir de antemano porque los sentimientos, que en él se hallaban espresados, eran los de todas las almas.

«Señor ministro de lo Interior, señores consejeros de Estado.

«El cuadro que habeis presentado á nuestra vista, nos ofrece la imágen de uno de esos reyes pacíficos ocupados únicamente en la administracion interior en el centro de sus Estados; y sin embargo, todos esos trabajos útiles, todos esos proyectos sábios que deben perfeccionarlos, fueron concebidos y decretados en medio del estruendo de las armas, en los últimos confines de la Prusia conquistada, y sobre las fronteras de la Rusia amenazada. Si á quinientas leguas de la capital, un héroe preparó tantos beneficios entre los afanes y fatigas de la guerra, ¿cuánto los aumentará al encontrarse otra vez el medio de nosotros?... La felicidad pública le ocupará enteramente y su gloria será mas interesante.

«Estamos muy lejos de rehusar al heroismo los homenages que obtuvo en todos los tiempos. La filosofía ultrajó mas de una vez el entusiasmo militar; venguémosle aqui nosotros.

«La guerra, esa enfermedad antigua y desgraciadamente necesaria, que ha trabajado todas las sociedades; ese azote, cuyos efectos es tan fácil deplorar como difícil de estirpar su causa, la guerra misma no deja de reportar utilidad á las naciones. Da nueva energía á las viejas sociedades, reconcilia y aproxima entre sí á grandes pueblos, por largo tiempo enemigos, que aprenden á estimarse sobre el campo de batalla; remueve y fecundiza los ánimos con espectáculos estraordinarios, y sobre todo instruye al siglo y al porvenir, cuando produce uno de esos genios estraordinarios creados para cambiar el aspecto de las cosas.

«Mas para que la guerra tenga semejantes ventajas no debe prolongarse mucho, ó se siguen en otro caso males irreparables. Los campos y los talleres quedan desiertos, las escuelas en que se forman el talento y las costumbres son abandonadas, la barbárie lo invade todo poco á poco, y las generaciones segadas en flor, ven desaparecer con ellas las esperanzas del género humano.

«El Cuerpo legislativo y el pueblo francés bendicen al gran príncipe que ha concluido la guerra, antes de que nos haya hecho esperimentar tan desastrosas influencias, y que por el contrario nos facilita tantos medios de fuerza, de riqueza y de poblacion. La guerra, que todo lo agota, ha renovado nuestra hacienda y nuestros ejércitos. Los pueblos vencidos nos dan subsidios, y la Francia encuentra soldados dignos de ella en las naciones aliadas.

«Nuestros ojos han visto las cosas mas grandes

y estraordinarias. Algunos años han sido suficientes para variar completamente la faz del mundo. Un hombre ha recorrido la Europa quitando y dando diademas. Altera, acorta ó estiende á su arbitrio las fronteras de los imperios: todo cede á su ascendiente. Pues bien, este hombre cubierto de tan inmensa gloria, nos promete mas todavía: pacífico y desarmado, probará que esa fuerza invencible que en su rápido curso derriba los tronos y los imperios, es muy inferior á esa sabiduría verdaderamente real que los conserva por la paz, los enriquece por medio de la agricultura y de la industria, los adorna con las obras maestras de las artes, y los afirma eternamente sobre la doble base de la moral y de las leyes.»

El Cuerpo legislativo dió principio inmediatamente á sus tareas, que prosiguieron con la calma y actividad naturales en unas discusiones de pura fórmula; porque el exámen detenido de las leyes propuestas habia tenido efecto en otra parte, es decir, en las conferencias entre el Tribunado y el Consejo de Estado. Durante esta corta legislatura que le detenia en Paris, y difería su partida á Fontainebleau, Napoleon celebró el matrimonio de su hermano Gerónimo con la princesa Catalina de Wurtemberg. Esta jóven princesa, dotada de las mas nobles cualidades, hermosa é imponente, altiva como su padre, pero tierna y dedicada enteramente al cumplimiento de sus deberes, y destinada á ser un dia modelo de las esposas en la adversidad, llegó al palacio de Raincy, cerca de Paris, el 20 de agosto, algo turbada con la situacion que la esperaba en una córte, cuyo brillo y poder nadie negaba en Europa, pero que se la pintaba como la mansion de la fuerza brutal, y en la que no debia acompañarla ninguno de los servidores que la habian rodeado desde su infancia. Napoleon la recibió el 21 en la primera grada de la escalera de las Tullerías: iba á inclinarse delante de él, pero la recibió en sus brazos, y la presentó en seguida á la emperatriz, á toda la córte y á los diputados del nuevo reino de Westfalia, reunidos en Paris para asistir á aquel enlace. Al dia siguiente, los jóvenes esposos quedaron civilmente unidos por el archicanciller Cambaceres, y al otro recibieron la bendicion nupcial del arzobispo, que siempre adicto al emperador por inclinacion y reconocimiento, habia acudido á consagrar por sí mismo la nueva dinastía alemana, fundada al Norte de la confederacion, de que era canciller y presidente.

Las fiestas celebradas con motivo de este matrimonio, duraron muchos dias, en cuyo tiempo Napoleon preparó la marcha de los nuevos esposos á la Westfalia. Su reino, compuesto principalmente de los estados del gran duque de Hesse, destronado por sus perfidias, debia tener por capital á Cassel. Comprendia ademas del Hesse Electoral, la Westfalia y las provincias segregadas de la Prusia á la izquierda del Elba. Magdeburgo era su principal fortaleza. Tenia ademas la esperanza de enriquecerse con una parte del Hanover. El título de reino de Westfalia, correspondia á su situacion geográfica, á su estension y á su papel en la Confederacion del Rhin. Tenia tambien una especie de grandeza, y no recordaba, como hubiera sucedido con el reino de Hesse, el despojo de una gran familia alemana. Napoleon encargó á tres

consejeros de Estado, los señores Simeon, Beugnot y Jollivet que fuesen, con el título de regencia provisional, á dar principio á la organizacion administrativa de aquel reino, de modo que cuando llegase el príncipe Gerónimo encontrase ya establecido una especie de gobierno, y despues de su llegada, sábios consejeros capaces de guiar su inesperiencia. Napoleon le hizo marchar en seguida con las instrucciones que se verán á continuacion.

«Hermano mio: pienso que debeis trasladaros á Stuttgard, como habeis sido invitado por el rey de Wurtemberg. Desde allí os dirigireis á Cassel con toda la pompa de que las esperanzas de vuestros vasallos quieran rodearos. Convocareis á los diputados de las ciudades, los ministros de todas las religiones, y los diputados de los Estados que existen en la actualidad, haciendo de modo que haya nobles y plebeyos por partes iguales; delante de esta asamblea, recibireis la constitucion y prestareis juramento de guardarla, é inmediatamente despues recibireis el de aquellos diputados de vuestros pueblos. Los tres miembros de la regencia quedan encargados de haceros la entrega del pais. Formarán un consejo privado que permanecerá á vuestro lado mientras le necesiteis. No nombreis al principio mas que la mitad de vuestros consejeros de Estado; este número será suficiente para comenzar los trabajos, procurad que los nobles no compongan la mayoría, pero hacedlo de modo que nadie se aperciba de vuestra habitual vigilancia en mantener en esta mayoría al estado llano en todos los empleos. Esceptúo algunos destinos de la córte, que por consecuencia de los mismos principios,

requieren grandes nombres. Pero si es posible, conviene que en vuestros ministerios, en vuestros consejos, en vuestros tribunales superiores, y en vuestras administraciones, la mayor parte de las personas que empleeis, no sean nobles. Esta conducta penetrará en el corazon de la Germania y tal vez afligirá á la otra clase, pero no os dé cuidado: basta con evitar la afectacion en este modo de obrar. Procurad no entrar jamás en discusiones ni manifestar que dais tanta importancia á la elevacion del estado llano, aparentando que lo haceis solamente por profesar el principio de que debe escogerse el talento en donde quiera que se encuentre. Ya os dejo trazadas las reglas generales de vuestra conducta. He dado órden al mayor general para que os entregue el mando de las tropas francesas que se hallan en vuestro reino. Acordaos de que sois francés, protegedlas, y velad porque no sufran daño alguno. Poco á poco, y á medida que ya no os sean necesarios, ireis despidiendo á los gobernadores y comandantes de armas. Mi opinion es, que no os apresureis, y que escucheis con prudencia y circunspeccion las quejas de las ciudades que no piensan mas que en deshacerse de los embarazos que ocasiona la guerra. Tened en cuenta que el ejército ha permanecido seis meses en Baviera, y que este buen pueblo ha soportado esta pesada carga con paciencia. Antes del mes de enero debeis haber dividido vuestro reino en departamentos, establecido en ellos prefectos, y principiado vuestra administracion. Lo que me importa sobre todo, es que no dilateis un solo momento el establecimiento del Código Napoleon. La constitucion le fija irrevoca-

blemente en primero de enero. Si retardáseis ponerle en vigor, llegaria á hacerse una cuestion de derecho público, y os veriais embarazado con mil incidentes y reclamaciones. No dejarán de oponeros objeciones, pero manifestad una voluntad firme. Los individuos de la regencia que no opinan por lo que se ha hecho en Francia durante la revolucion, os harán representaciones; respondedles que eso no les incumbe. Pero ayudaos con sus luces y su esperiencia, de ellas podreis sacar gran partido. Escribidme con mucha frecuencia... Adjunta encontrareis la constitucion de vuestro reino. Esta constitucion comprende las condiciones con que yo renuncio á todos mis derechos de conquista y á mis derechos adquiridos sobre vuestro pais: debeis observarla fielmente. Me importa mucho la felicidad de vuestros pueblos, no solo por la influencia que puede tener sobre vuestra gloria y la mia, sino tambien bajo el punto de vista del sistema general de la Europa. No escucheis á los que os digan que vuestros pueblos acostumbrados á la servidumbre, recibirán con ingratitud vuestros beneficios. Hay mas ilustracion en Westfalia de lo que os pudieran persuadir, y vuestro trono no estará verdaderamente cimentado sino en la confianza y el amor del pueblo. Lo que desean con impaciencia las poblaciones de Alemania, es que los individuos que no son nobles y tienen talento adquieran igual derecho á vuestra consideracion y á los empleos, y que desaparezcan enteramente la servidumbre y las barreras interpuestas entre el soberano y la última clase. Los beneficios del Código Napoleon, la publicidad de los procedimientos, y el establecimiento del jurado, serán los caractéres distintivos de vuestra monarquía; y si he de deciros con toda franqueza mi dictamen, cuento mas con sus efectos para la estension y firmeza de esa monarquia, que con el resultado de las mayores victorias. Es preciso que vuestros súbditos gocen de una libertad, una igualdad y un bienestar desconocidos á los demas pueblos de la Germania, y que este gobierno liberal produzca de una manera ó de otra, las reformas mas saludables para el sistema de la confederacion y el poder de vuestra monarquía. Este modo de gobernar, será una barrera mas poderosa para separaros de la Prusia, que el Elba, las plazas fuertes, y la proteccion de la Francia. ¿Qué pueblo querrá volver al arbitrario gobierno prusiano, cuando haya gustado las benéficas ventajas de una administracion sábia y liberal?... Los pueblos de Alemania, los de Francia, España ó Italia, desean la igualdad y tienen ideas liberales. Hace algunos años que dirijo los negocios de Europa, y me he convencido de que los murmullos de los privilegiados, eran contrarios á la opinion general. Sed rey constitucional. Aun cuando para ello no fuesen suficientes la razon y las luces de vuestro siglo, en vuestra posicion os lo aconsejaria una buena política.»

La legislatura del Cuerpo legislativo no podia ser muy larga aun cuando tenia que convertir en leyes muchos proyectos; porque como ya hemos dicho, las conferencias prévias hacian la discusion pública casi inútil, y de puro aparato. Bastaron para ella la segunda mitad del mes de agosto y la primera del de setiembre. Concluidos los trabajos de esta legislatura, se presentó á las dos

asambleas, el senado-consulto que suprimia el Tribunado y transferia sus atribuciones y personal al Cuerpo legislativo. Iba acompañado de un discurso en que se prodigaban grandes alabanzas á los trabajos y servicios del cuerpo suprimido. Su presidente contestó pronunciando otro discurso en que dió gracias al soberano por reconocer los méritos de los miembros del Tribunado y haberles abierto una nueva carrera. Despues de estas vanas formalidades se cerró la legislatura, y se imprimió un carácter legal á las últimas disposiciones del gobierno imperial.

El 22 de setiembre marchó, por fin, la córte á Fontainebleau, en donde debia pasar el otoño en medio de espléndidos festines, y rodeada de magnífico fausto; porque Napoleon queria reproducir allí la imagen completa de las costumbres de la antigua córte. Habian sido invitados á acudir á ella muchos príncipes estrangeros, como el arzobispo que habia ido á París para el matrimonio del rey y de la reina de Westfalia; el archiduque Fernando, antiguo soberano de Toscana y de Salzburgo, entonces duque de Wurtzburgo, que fué con la esperanza de restablecer la buena armonía entre Francia y Austria; el príncipe Guillermo, hermano del rey de Prusia, enviado á París para obtener la rebaja de las cargas impuestas á su país; y en fin, multitud de grandes personages franceses y estrangeros. Cazábase por el dia, y se corria á los ciervos del bosque. Napoleon habia señalado un trage de caza para los caballeros y señoras, que no se desdeñaba de usar él mismo, disculpando á sus propios ojos aquellas puerilidades, con la opinion de que la etiqueta contribuye al respeto

en las córtes, especialmente en las nuevas. Por la noche, los primeros actores de París representaban á presencia suya las mejores obras de Corneille, Racine y Moliere; porque no dispensaba este honor mas que á las grandes producciones, títulos inmortales de la nacion: y para completar aquella resurreccion de las antiguas costumbres, concedió á algunas señoras de la córte, afamadas por su hermosura, miradas que afligieron á la emperatriz Josefina, y que hicieron que se hablase de él con menos seriedad que la que ordinariamente se observaba cuando se trataba de su persona.

Mientras que Napoleon, mezclando con los negocios algunas distracciones, esperaba en Fontainebleau el resultado de las negociaciones entabladas por la Rusia con la Inglaterra, las estipulaciones de Tilsit ocupaban á todos los gabinetes, y producian en el mundo sus naturales consecuencias. El Portugal, obligado á pronunciarse, pedia á la córte de Lóndres el permiso de prestarse á la voluntad de Napoleon de una manera que causase los menores perjuicios posibles al comercio británico, y evitase, tanto á los ingleses como á los portugueses, la presencia de un ejército francés en Lisboa. La córte de España, desasosegada hasta el mas alto punto por las consecuencias que podia tener su pérfida conducta del año último, y alarmada con los pensamientos que las distracciones y su inmenso poderío producirian quizá en Napoleon, le envió ademas de su embajador ordinario el señor Mazarredo, otro estraordinario, el duque de Frias. Estos dos señores, y el enviado secreto, Izquierdo, no pudieron penetrar el temible misterio de su porvenir. El Austria sentia amargamente

no haber obrado en el intérvalo de las dos batallas de Eylau y de Friedland; y profundamente inquieta, por las señales de inteligencia que comenzaban á vislumbrarse entre los dos emperadores de Francia y Rusia, reflexionaba que su alianza, tan natural cuando Francia luchaba con Inglaterra por mar y con la Alemania por tierra, y tan temible en todo tiempo para Europa, estaba tal vez en aquel momento completamente concluida, y que las provincias del Danubio, que á la sazon se hallaban ocupadas por los rusos, serian, segun todas las probabilidades, el premio de la nueva union. Si era asi, las desgracias que habia esperimentado en este siglo iban á llegar á su colmo; porque despojada en quince años de los Paises Bajos de la Italia, del Tirol, de la Suabia, y arrinconada detrás del Inn y de los Alpes Estirios y Julianos, no la faltaba ya mas que sufrir la mayor y última de las calamidades, la de ver á la Rusia establecida en la parte baja del Danubio, cortarla por el mar Negro, y envolverla por el Oriente, mientras que la Francia lo hacia por el Occidente. Asi es que en todas las córtes en que los representantes de Austria se encontraban con los de Francia, en España, en Italia y en Alemania, se los veia agitados, suspicaces y escudriñadores, procurar por todos los medios posibles sorprender el secreto de Tilsit, en unas partes á precio de oro, en otras en un momento de abandono, y preguntarlo en todas con la mayor indiscrecion. Y mientras en todas partes se esforzaban por penetrar los proyectos de la nueva alianza, sin poder conseguirlo, los daban por enteramente descubiertos en Constantinopla; decian á los turcos que la Francia los habia abandonado, vendido y entregado á la Rusia; que debian volver sus armas contra los franceses, continuar las hostilidades con los rusos, y reconciliarse con los ingleses, que no estarian solos para auxiliarlos.

Oprimida la Prusia con el peso de su desgracia, cuidándose poco de las condiciones secretas estipuladas en Tilsit, y mucho menos de lo que llegaria á ser en el Oriente el equilibrio de la Europa, destruido ya para ella en el Occidente, no pensaba mas que en obtener la evacuacion de su territorio, y la reduccion de las contribuciones de guerra que la habian sido impuestas; porque en la postracion en que se encontraba, cada suma quedaba á la Francia era un recurso menos para reconstituir su ejército y reparar algun dia sus reveses.

Muy distinto era el espectáculo que presentaba Rusia, pues se veia á su soberano, que habia buscado en la alianza francesa perspectivas de grandeza propias á indemnizarle de sus últimas pérdidas, hacer contínuos esfuerzos para que adoptasen sus miras la corte, la aristocracia y el pueblo. Mas como en Tilsit se encontró casi solo, espuesto á las seducciones de Napoleon, no podia conseguir que los demas pasasen, con tanta presteza como él, de los furores de la guerra á las dulzuras de una nueva alianza. Esforzábase, pues, entonces en persuadir á todo el mundo, que con la reconciliacion de la Francia habian terminado las cosas del mejor modo posible: que sus últimos ministros, indisponiéndole con aquella potencia, le habian hecho seguir una senda funesta, de que habia podido salir con tan a ventura como habilidad: que no habia cometido mas error que el de

haber confiado en el valor del ejército prusiano y en la lealtad de la Inglaterra, pero que estaba bien desengañado de aquella ilusion; que solo existian en Europa dos ejércitos dignos de mencion, el ruso y el francés: que era inútil hacer que se batiesen por servir la causa de una potencia pérfida y egoista como la Gran Bretaña, y que valia mucho mas unirlos con un objeto comun de paz y de grandeza: de paz, si el gabinete de Lóndres desistia por fin de sus pretensiones marítimas; de grandeza, si obligaba todavía á la Europa á continuar por el camino de los tormentos y de los sacrificios: que en este caso era necesario que cada uno pensase en sí mismo, en sus propios intereses, y que ya era tiempo de que la Rusia mirase por los suyos. Al llegar Alejandro á este punto de sus esplicaciones, no atreviéndose á descorrer el velo de todas las esperanzas que Napoleon le habia permitido concebir, ni menos á confesar la existencia del tratado reservado que se habia prometido tener en el mayor secreto, tomaba una actitud misteriosa, pero satisfecha; dejaba traslucir lo que no osaba decir, aunque lo deseaba con ahinco, y hablando, por egemplo de la Turquía, declaraba con demasiada franqueza que se iba á celebrar un armisticio con ella, pero que no evacuaria las provincias del Danubio; que las tropas permanecerian en ellas largo tiempo, y que no opondrian dificultades en París á tan prolongada ocupacion.

Esta especie de revelaciones, mas que para inclinar los ánimos á las ideas del emperador Alejandro, sirvió para escitar una indiscreta curiosidad. Ayudábale eficazmente Romanzow, que lo sabia todo, que habia servido á Catalina, y participaba de su ambicion oriental. El ministro repetia como el soberano que era necesario tener paciencia, aguardar el desenlace de los sucesos, y que no tardaria mucho en darse la esplicacion mas cumplida y satisfactoria del cambio de política efectuado en Tilsit.

Pero el emperador no siempre era escuchado y obedecido. El público, estraño á los secretos de la diplomacia imperial, y desanimado con las últimas derrotas, se mostraba triste y predispuesto contra los franceses. Los grandes, particularmente, recordando la movilidad de la política rusa en tiempo de Pablo, sospechaban que continuaria en el reinado de su hijo Alejandro, y temian que la intimidad con la Francia produjese bien pronto la guerra con la Inglaterra, lo cual los alarmaba mucho por sus rentas, siempre amenazadas cuando el comercio británico no compraba sus productos. Asi fué, que cuando el general Savary llegó á San Petersburgo poco despues de haberse firmado la paz, encontró la acogida mas fria, escepto del emperador Alejandro y dos ó tres familias que componian la sociedad íntima de aquel príncipe. La catastrofe de Vincennes, que recordaba el general Savary, no era seguramente muy á proposito para atraerle simpatías que la política alejaba; pero la verdadera causa de la indiferencia general consistia en la memoria de hostilidades recientes, de grandes derrotas, sin ningun acontecimiento que pudiera consolar el amor propio nacional. El emperador, perfectamente instruido de aquella situacion, procuraba hacer al general Savary soportable y aun agradable su mansion en San Petersburgo, le colmaba de atenciones, le admitia casi diariamente á

su lado, le convidaba con frecuencia á su mesa, y temeroso de lo que pudiera comunicar á Napoleon, le exhortaba á tener paciencia, diciéndole que todo cambiaria cuando se borrasen las últimas impresiones, y la Francia hubiese hecho algo para satisfacer la justa ambicion de la Rusia. No sabia hasta qué punto podia hallarse el general Savary iniciado en el secreto de Tilsit y se afanaba en adivinarlo, para tener el placer, si el general conocia aquel secreto, de conversar con él acerca de sus mas gratas preocupaciones. El enviado francés no se hallaba instruido mas que en parte, y aun tenia órden de aparentar que lo estaba mucho menos, porque Napoleon no queria que el jóven emperador, conversando siempre sobre los objetos que le habian ocupado en Tilsit, concluyese por confirmarse en sus propios deseos, y por tomar simples eventualidades, por realidades próximas. El general Savary respondia, pues, con estremada reserva á las insinuaciones del emperador, y con viva gratitud á sus amables atenciones: mostrábase contento, poco turbado por la desagradable acogida de la sociedad rusa, y lleno de confianza en el pronto cambio de aquella disposicion de los ánimos. Tenia por otra parte, para defenderse, bastante talento, mucho aplomo, y la inmensidad de la gloria nacional, que permitia á los franceses marchar por todas partes con la cabeza erguida.

El egemplo del emperador Alejandro, y su voluntad terminantemente manifestada, habian franqueado al general Savary la entrada en algunos de los mas importantes salones de San Petersburgo; pero la mayor parte de las grandes familias continuaban escluyéndole de ellos; porque Alejandro,

dueño del poder, no lo era, sin embargo, de la alta sociedad, colocada bajo otra influencia que la suya. Como aquel príncipe debia á una gran catástrofe la posesion anticipada del cetro de los czares, procuraba indemnizar á su madre que habia descendido antes de tiempo á la condicion de viuda, dejándola toda la esterioridad del poder supremo. Aquella princesa, virtuosa, pero altanera, se consolaba de haber perdido con Pablo la mitad del imperio, por todo el fausto de la representacion imperial de que su hijo queria que estuviese rodeada. En cuanto á él, no tenia córte. No amaba á su esposa la emperatriz, beldad fria y grave, y en cuanto comia se apresuraba á salir de su palacio, para dedicarse á los negocios con los hombres de estado confidentes suyos, ó entregarse á los placeres con una señora rusa de quien estaba enamorado. La córte se reunia en la habitacion de su madre. Allí se dejaban ver los cortesanos que apetecian vivir en la sociedad del soberano, que tenian favores que obtener, ó dar gracias por los ya recibidos. Todos iban á solicitar ó á manifestar su gratitud á la emperatriz madre, como si fuese la única autora de los actos del poder imperial. El mismo Alejandro se presentaba allí con la asiduidad de un hijo respetuoso y sumiso, que aun no hubiese heredado el cetro paterno. La emperatriz madre queria tiernamente á su hijo, no hablaba ni consentia nada que pudiese contrariarle; pero se dejaba llevar de sus propios sentimientos, manifestando con respecto á los franceses una repugnancia muy visible. Recibió, pues, al general Savary con la mas fria urbanidad. Este no se alteró, pero hizo entender con suma destreza al hijo, que no se le escapaba nin-

guna de aquellas circunstancias. Alejandro, en un momento de impaciencia, no pudo contenerse ya, y temiendo que por aquel afectado respeto hácia su madre, un estrangero, un ayudante de campo de Napoleon, pudiese no reconocerle por el verdadero señor del imperio, tomó la mano del general, y le dijo: Aqui no hay mas soberano que yo; respeto á mi madre, pero todo el mundo me obedecerá: estad seguro de ello: en otro caso recordaré á quien lo necesite, la naturaleza y la estension de mi autoridad.—El general Savary, satisfecho de haber arrancado al emperador semejante confianza, picando su orgullo imperial, se contuvo seguro ya de sus buenas disposiciones y de su celo en mantener la nueva alianza. La córte de la emperatriz madre se mostró bien pronto, no ya mas política, porque siempre lo habia estado, sino mas afectuosa.—Esperemos, decia continuamente el emperador Alejandro al general Savary, lo que hará la Inglaterra. Sepamos qué partido es el que toma, entonces yo romperé, y cuando me pronuncie nadie resistirá.

Aguardábase efectivamente con impaciencia el giro que tomaria la política de la Inglaterra. El tratado de Tilsit ya se habia publicado: conocíase muy bien que no se decia en él todo, y que la nueva intimidad con la Francia suponia otras estipulaciones secretas. Mas en fin, segun las disposiciones patentes de aquel tratado, y sin profundizar mas, se sabia que la Rusia serviria de mediadora á la Francia en la cuestion de la Inglaterra, y la Francia á la Rusia con respecto á la Puerta. Se aguardaba, pues, el resultado de esta doble mediacion.

Fiel á sus empeños, el emperador Alejandro, en

cuanto llegó a San Petersburgo, dirigió una carta al gabinete británico, en la cual le manifestaba su vehemente deseo de la paz general, y le ofrecia su mediacion para reconciliar á la Francia con la Inglaterra. Esta nota fué recibida por el embajador británico en San Petersburgo, y por el ministro de Negocios estrangeros en Lóndres, con una frialdad que no dejaba muchas esperanzas de avenencia. Efectivamente, los nuevos ministros ingleses, medianos discípulos de Mr. Pitt, no se inclinaban de modo alguno a la paz. Su origen, sus relaciones de partido, y su elevacion al ministerio, es lo que únicamente puede esplicar la política que adoptaron en aquella circunstancia decisiva.

Nuestros lectores recordarán sin duda, que cuando Mr. Pitt fué llamado en 1806 á aconsejar á Jorge III, despues de haber sostenido en union de Mr. Fox una lucha muy viva contra el ministerio Addington, habia tenido la debilidad ó la infidelidad de aceptar el ministerio, sin contar con Mr. Fox y sus mas antiguos amigos, como los señores Grenville y Windham. Habia vuelto á dirigir los negocios con hombres nuevos, los señores Canning y Castlereagh, de poca importancia política entonces. Esta conducta para con sus amigos antiguos ó modernos, le habia hecho perder mucho partido en el parlamento, y hecho poco brillante su segundo ministerio; la batalla de Austerlitz le dió un golpe mortal. Apenas dejó de existir Mr. Pitt, sus débiles colegas Canning y Castlereagh, se creyeron incapaces de hacer frente á hombres como Grenville y Windham, antiguos colegas de Pitt, y á Mr. Fox, su ilustre y constante rival. Retiraronse á su presencia apresuradamente, y Grenville y

Windham entraron en el ministerio con Fox. El sábio Mr. Addington, con el nombre de lord Sydmouth, y el célebre Mr. Grey con el de lord Howick, formaban parte de aquel gabinete, que era una doble transacion entre las personas y las opiniones. Tambien quedó agregado á él Mr. de Sheridan, como tesorero de la marina. La reaparicion de Mr. Fox en el poder, tan corta como la de Pitt, y terminada tambien por su muerte, no duró el tiempo necesario, como ya hemos dicho, para producir el restablecimiento de la paz. Despues de las infructuosas negociaciones de lord Yarmouth y lord Lauderdale en Paris, Napoleon habia invadido la Prusia y la Polonia. El ministerio que se llamaba Fox-Grenville, se habia mantenido despues de la muerte de Mr. Fox, merced á los hombres poderosos de que todavia se componia, y al sistema de transacion que constantemente seguia. En lo interior se guardaban consideraciones con los católicos, y en lo esterior se sostenia la guerra, pero con una especie de prudencia, dando subsidios á las potencias continentales, y no esponiendo las tropas inglesas, sino en las espediciones de palpables ventajas para la Gran Bretaña. Los antiguos colegas de Mr. Pitt, amalgamados con los antiguos amigos de Mr. Fox, afectaban no hacer á la Francia una guerra de principios, sino de interés. Desatendian lo que podia recordar la cruzada contra la revolucion francesa, y se ocupaban esclusivamente en estender por todos los mares las conquistas de la Inglaterra. Apremiados por la Prusia y la Rusia para que enviasen tropas al continente, bien á Stralsund ó á Dantzig, para llamar la atencion por la espalda de Napoleon, lo habian dilatado siempre bajo el pretesto de que la Irlanda necesitaba tropas para custodiarla, y de que la escuadrilla de Bolonia continuaba armada, y durante aquel tiempo habian emprendido espediciones lejanas con la única mira de su interés. Asi es, que habian tomado á los holandeses el cabo de Buena Esperanza: desde aquel punto se habian dirigido á las orillas del Rio de la Plata, é intentado un golpe de mano contra Montevideo y Buenos Aires. La inercia del gobierno español, y la cobardía de sus comandantes, permitieron á los ingleses penetrar en Buenos-Aires, y apoderarse de aquella metrópoli del la América del Sud. Pero un francés, Mr. de Liniers, que desde la guerra de América habia pasado al servicio de España, logró rehacer las tropas y las poblaciones españolas, y arrojó á los ingleses de Buenos-Aires, despues de imponerles una capitulacion poco honrosa para su gloria. Tambien en Montevideo, despues de entrar en él, se vieron los ingleses obligados á alejarse de la ciudad. y ocupaban algunas islas en la embocadura de la Plata. El Mediterráneo habia igualmente llegado á ser el teatro de sus ambiciosas espediciones. Habian, como ya recordará el lector, forzado el paso de los Dardanelos, sin resultado para ellos, y hecho un desembarco en Egipto, que despues de un revés al frente de Roseta y Alejandría, solo sirvió para su precipitada retirada. En todas estas empresas, los ingleses habian ganado el Cabo, la isla de Curazao, y la animadversion de sus aliados que se creian abandonados.

Tal era la situacion del ministerio Grenville, cuando en marzo de 1807 se presentó inopinadamente una cuestion, que puso los principios mo-

derados de aquel ministerio en oposicion con los principios religiosos del anciano Jorge III. Ya una vez aquel devoto príncipe habia llevado su animosidad contra los católicos de Irlanda, hasta el estremo de separarse de Mr. Pitt antes que conceder algo para la emancipacion. La misma causa debia separarle de los colegas y sucesores de aquel ministro. Los irlandeses servian bien en el ejército inglés, y en el momento en que la lucha con la Francia tomaba nuevo caracter de encarnizamiento, era político recompensar á aquellos valientes militares, permitiéndoles ascender á los mismos grados que los oficiales ingleses, uniendo ó reconciliando de este modo á los católicos con la corona de Inglaterra por un acto de justicia. El ministerio habia proyectado una ley en este sentido, y merced á su oscuridad, calculada por parte de los ministros que la habian redactado, Jorge III, que la comprendió mal, consintió en que se presentase; pero apenas lo fué, los enemigos del gabinete, que no eran otros que los personages secundarios de que Mr. Pitt se habia rodeado en su último ministerio, despertaron por medio de secretas intrigas los escrúpulos del monarca, é hicieron llegar á sus oidos esplicaciones que daban á la ley una gravedad que no habia conocido en un principio. Jorge III quiso entonces que se retirase: lord Grenville y lord Howick (Mr. Grey) tuvieron que resignarse, aunque con mucho disgusto, á dar aquel paso humillante, y declararon al rey, que las concesiones que se rehusaban entonces á los irlandeses, seria preciso otorgárselas un poco mas tarde; á lo cual Jorge III contestó exigiendo que no se le propusiese semejante medida

en adelante. Al escuchar aquella soberana exigencia, Grenville, Grey y sus colegas, hicieron dimision, y se retiraron en marzo de 1807. Volvió entonces á ocupar el ministerio el débil personal que habia rodeado á Mr. Pitt, bajo la presidencia del anciano duque de Portland, antiguo wigh, que ya no tenia ninguna significacion política por su avanzada edad, y que solo habia sido llamado para conservar en el nuevo gabinete alguna apariencia de la política de transacion. Los señores Canning, Castlereagh y Perceval, miembros principales de aquel ministerio, eran calificados, y con razon, de aduladores del monarca, y se aprovechaban de las debilidades de éste para sobreponerse á los hombres de mas capacidad y consideracion de la Inglaterra. Discusiones violentas en las dos cámaras los constituyeron casi en minoría; y se atrevieron á amenazar y disolver el parlamento, escudados con el apoyo de Jorge III. Las elecciones se verificaron en junio de 1807, al grito de *abajo los papistas*, grito que siempre encuentra mucho eco en Inglaterra. Auxiliados por el fanatismo popular, que llegaba hasta creer que el papa habia desembarcado en Irlanda ministros sin consideracion, defensores de una causa detestable, habian obtenido una gran mayoría. Tales eran los hombres que gobernaban en aquel momento á la Inglaterra.

Estos advenedizos, á quienes la fortuna destinaba mas tarde el honor que no habian merecido, de recoger el fruto de los esfuerzos de Mr. Pitt, querian naturalmente distinguirse de sus predecesores, y como estos habian procurado templar la política de Mr. Pitt, ellos por el contrario, debian exagerarla. Así es, que contrajeron desde luego

el compromiso que se les habia censurado ágriamente, de no proponer nada al rey en favor de los católicos; y en cuanto á la política esterior, afectaban gran celo por los aliados de la Inglaterra, indignamente abandonados, decian, por Grenville, Windham y Grey.

Se habian apresurado á prometer espediciones al continente, y aunque por haber entrado en el ministerio en marzo, pudieron en abril, mayo y junio, llevar útiles refuerzos á las potencias beligerantes, puesto que Dantzig no se rindió hasta el 26 de mayo, nada habian hecho, bien por incapacidad, bien porque se encontrasen preocupados con los asuntos interiores, preocupacion que debia ser grande, porque tenian entonces que disolver el parlamento y convocarle de nuevo. Sea como quiera, despues de reunir una escuadra considerable en las Dunas, y de acumular en aquel punto muchas tropas, prontas para embarcarse, su cooperacion á la guerra continental se habia reducido á enviar una division inglesa á Stralsund. La noticia de la batalla de Friedland y de la paz de Tilsit los habia consternado en estremo por el pais, y sobre todo, por si mismos, porque despues de haber criticado con demasiado calor la inaccion de sus predecesores, estaban espuestos á oir una censura mas justa de su apatia, durante los tres meses decisivos de abril, mayo y junio de 1807. Era, pues, preciso acometer á todo trance alguna empresa que hiciese gran sensacion en la opinion pública, que hiciese desaparecer la nota de inaccion, que útil ó perjudicial, humana ó barbara, fuera bastante especiosa y estrepitosa, para ocupar los ánimos descontentos y alarmados.

En semejante situacion, resolvieron una empresa que durante largo tiempo ha resonado en el mundo como un atentado contra la humanidad; empresa no solo odiosa, sino mal calculada bajo el punto de vista del interés británico, y que no era otra que la famosa espedicion contra la Dinamarca, ideada para violentarla, y para obligarla á pronunciarse en favor de la Inglaterra. Tristes imitadores de Mr. Pitt, los ministros ingleses querian renovar contra Copenhague el ruidoso golpe, por cuyo medio habia disuelto la Inglaterra en 1801 la coalicion de los neutrales. Pero cuando el ministerio Addington, inspirado entonces por Mr. Pitt, habia hostilizado á Copenhague en 1801, era para romper una coalicion de que la Dinamarca formaba parte públicamente: era un acto de guerra opuesto á otro acto de guerra; era una operacion temeraria, pero hábil en su temeridad, cruel en sus medios, pero necesaria. En 1807, por el contrario, no habia ni pretesto, ni justicia, ni habilidad en atacar á Dinamarca. Este estado escrupulosamente neutral, habia tenido sumo cuidado en conservar esta posicion de neutralidad, y por una malhada la costumbre de tomar mas precauciones contra la Francia que contra la Inglaterra, habia colocado su ejército a lo largo del Holstein, esponiéndose, como ya se habia visto en Lubeck, á una colision con las tropas francesas, mas bien que á dejar pisar la línea de sus fronteras. Su diplomacia habia obrado como su ejército, y manifestado siempre, respecto de la Francia, una susceptibilidad recelosa. En aquel mismo momento, no acababa, como supusieron falsamente los ministros ingleses, de tratar con la Rusia y la Fran-

cia, y de estipular su adhesion á la nueva coalicion continental. Lejos de eso, hacia nuevas protestas de que deseaba conservar su neutralidad, aunque Napoleon la hizo la declaracion comedidamente, pero con energía, que en cuanto la Inglaterra se esplicase con respecto á la mediacion rusa, seria preciso que tomase un partido, y se decidiese en pró ó en contra de los opresores de los mares. Si los ministros ingleses hubieran obrado hábilmente en aquellas circunstancias, hubieran dejado á Napoleon el odioso papel de obligar á la Dinamarca á pronunciarse, y enviado una escuadra al Cattegat; despues, cuando se acercasen los franceses, hubieran socorrido á Copenhague, y llegado á ser por este medio los dueños legítimos de la marina dinamarquesa, de los dos Belts y del Sund. En una época en que la Europa, cansada ya de sufrir por las disensiones de la Francia y de la Inglaterra, estaba dispuesta á juzgar con severidad al adversario que agravase mas los males de la guerra, esta conducta amistosa con la Dinamarca, era la única que debia seguirse, pues de lo contrario se daba á Napoleon la Dinamarca, se le ahorraba el embarazo de ejercer por sí mismo una opresion tiránica, y el robo de algunos cascos de buques sin un marinero, no era para los ingleses mas que un acto infructuoso de saqueo, acto tanto mas impolítico y odioso, cuanto que no podia consumarse sino por un medio abominable, el de bombardear una poblacion de mugeres, niños y ancianos.

Supongamos que ministros ilustrados, colocados en una posicion sencilla, hubiesen dirigido entonces la política de la Inglaterra, la eleccion no hubiera sido dudosa, y ciertamente habria prevalecido la conducta de ayudar á la Dinamarca en su resistencia contra Napoleon. Pero Canning, Castlereagh y Perceval, eran con mas ó menos talento oratario, políticos muy medianos, y ministros mas ocupados en su interés que en el del pais. Creyeron que les era necesaria una repeticion del estrepitoso golpe de 1801, y se mostraron en esto tristemente imitadores de la política de Mr. Pitt, y quien dice imitador dice corruptor, porque todo imitador corrompe lo que imita exagerandolo.

Apenas se divulgó la noticia de la paz de Tilsit, cuando el gabinete inglés, alegando falazmente el conocimiento adquirido, por comunicaciones secretas, de una estipulacion, que, segun decia, tendia a someter la Dinamarca á la coalicion continental, resolvió enviar una poderosa espedicion á Copenhague, para apoderarse de la escuadra dinamarquesa bajo el pretesto, de que quitar á Napoleon los recursos marítimos de la Dinamarca, no era por parte de la Inglaterra mas que un acto de legítima defensa. Tomada esta resolucion, el gabinete inglés comunicó inmediatamente las órdenes necesarias. Ya la escuadra y las tropas se hallaban prontas en las Dunas, y no quedaba mas que hacerse á la vela. Desde el revés esperimentado al frente de Constantinopla, habia acordado el almirantazgo, que toda espedicion marítima debia emprenderse con tropas de desembarco. Con arreglo á esta opinion, se habian reunido veinte mil hombres en las Dunas, los que unidos á las tropas inglesas enviadas á Stralsund, iban á formar al pie de las murallas de Copenhague un ejército de veinte y siete ó veinte y ocho mil hombres. Los procedimientos debian ser dignos del ob-

jeto. Aprovechándose de que la Dinamarca tenia todas sus tropas, no en las islas de Seeland y de Fionia, sino en la frontera del Holstein, se queria introducir una division naval en los dos Belts, interceptar aquellos pasos, é impedir de este modo que el ejército dinamarqués acudiese al socorro de Copenhague; desembarcar despues veinte mil hombres en las inmediaciones de aquella ciudad, acacia, hacerla la intimacion, y si se negaba á rendirse, bombardearla hasta destruirla. Este plan de ataque, fundado en la falta de preparativos por la parte del mar, y en la reunion de todas las tropas dinamarquesas por el lado de tierra, era la demostracion mas completa de la buena fé de la Dinamarca, y de la indigna mala fé del gabinete británico. Sir Home Popham, muy comprometido en el mal exito de la tentativa contra Buenos-Aires, é impaciente por rehabilitarse, habia contribuido mucho á la concepcion de aquel plan, y tambien á su ejecucion.

En estas circunstancias fué cuando llegaron á Lóndres la oferta de la mediacion rusa, y la proposicion de tratar de una avenencia con la Francia. El gabinete británico se hallaba demasiado empeñado en un sistema de hostilidades encarnizadas, y en estremo alhagado con la esperanza de una espedicion brillante, para que pudiese prestar oidos á ninguna proposicion pacífica. Resolvió, pues, dar una contestacion evasiva é hipócritamente calculada, que sin hacer imposible toda avenencia ulterior, le dejase por el momento en libertad de continuar la comenzada empresa. En su consecuencia, dirigió á la Rusia una nota, en la que parodiando el antiguo lenguage de Mr. Pitt,

decia como él, que estaba pronto á admitir la paz, pero que la Francia no obraba de buena fé, y que no queriendo despues de tantas negociaciones infructuosas caer en nuevo lazo, deseaba saber bajo qué bases tenia la mision de tratar la Rusia mediadora. Esta era una respuesta dilatoria, pero á la que los actos posteriores iban á dar una interpretacion cruelmente negativa.

El almirante Gambier, comandante de la escuadra inglesa, y el teniente general Cathcart, que mandaba las tropas de desembarco, se hicieron á la vela en varias divisiones hácia los últimos dias del mes de julio. La espedicion que habia zarpado de los diferentes puertos de la Mancha, se componia de veinte y cinco navíos de linea, cuarenta fragatas y trescientos setenta y siete buques de trasporte. Llevaba á bordo cerca de veinte mil hombres, y debia encontrar siete ú ocho mil que volvian de Stralsund. La escuadra de guerra precedia á la de trasporte, para rodear la isla de Seeland, é impedir que las tropas dinamarquesas se dirigiesen á Copenhague. La escuadra estaba á 1.° de agosto en el Cattegat, y el dia 3 á la entrada del Sund. Antes de penetrar en él el almirante Gambier, destacó á las órdenes del comodoro Keats, una division de fragatas y bergatines, con algunos buques de setenta y cuatro que calasen poca agua, para invadir los dos Belts, y establecer en ellos un crucero que no permitiese el paso de un solo hombre desde la tierra firme á la isla de Fionia, y desde esta á la de Seeland. Tomada esta precaucion, la escuadra atravesó el Sund sin resistencia, porque la Dinamarca lo ignoraba, y la Suecia todo lo sabia, Ancló en la rada de Elsenecur,

cerca de la fortaleza de Kronenburgo: permaneció silenciosa, y despachó un agente inglés con una intimacion para el príncipe real de Dinamarca, entonces regente del reino. El agente elegido no podia ser mas digno de esta mision, pues lo fué Mr. Jackson, que habia sido en otro tiempo encargado de negocios en Francia antes de la llegada de lord Whitworth á París; pero que no habian podido dejarle allí á causa de la ojeriza que manifestaba en todas ocasiones. No encontró al príncipe real en Copenhague, y fué á buscarle á Kiel, en el Holstein, en cuyo punto residia en aquel momento la familia real. Introducido á presencia del regente, alegó que existian unas estipulaciones secretas, en virtud de las cuales, la Dinamarca debia, de grado ó por fuerza, formar parte de una coalicion continental contra la Inglaterra: espuso como razon para obrar, la necesidad en que se encontraba el gabinete británico de tomar precauciones para que las fuerzas navales de Dinamarca y el paso del Sund, no cayesen en poder de los franceses, y en consecuencia pidió á nombre de su gobierno, que se entregase al ejército inglés la fortaleza de Kronenburgo que domina el Sund, el puerto de Copenhague, y en fin, la escuadra, prometiendo conservarlo todo en depósito, por cuenta de Dinamarca, á la que se devolveria todo, despues de pasado el peligro. Mr. Jackson aseguró que Dinamarca no perderia nada, que las tropas británicas se conducirian en ella como auxiliares y amigos, y que pagarian todo cuanto consumiesen.—¿Y con qué, contestó el príncipe indignado, pagariais nuestro honor perdido, si accediésemos á tan infame proposicion?... El príncipe continuó, y como

opusiese á aquella pérfida agresion la conducta leal de Dinamarca, que no habia tomado ninguna precaucion contra los ingleses, que las habia adoptado todas contra los franceses, de lo cual se abusaba, para sorprenderla, Mr. Jackson respondió á tan justa indignacion con una insolente familiaridad, diciendo que la guerra era la guerra, que era preciso resignarse á sus necesidades, y que el mas débil cediese al mas fuerte. El príncipe despidió al agente inglés con palabras muy duras, y le declaró que iba á trasladarse á Copenhague, para cumplir allí con sus deberes de príncipe y de ciudadano dinamarqués. Lo verificó en efecto, anunció por medio de una proclama los peligros que corria el pais, dirigió un llamamiento patriótico á la poblacion, y prescribió todas las medidas que el tiempo y el cerco inopinado de Seeland permitian tomar, cerco que se habia estrechado ya tanto, que el mismo príncipe solo pudo con mucha dificultad atravesar los dos Belts. Desgraciadamente, los medios de defensa estaban muy lejos de corresponder á las necesidades de Copenhague, porque apenas habia cinco mil hombres, de los cuales, tres mil eran tropas de línea, y dos mil de milicia bastante bien organizada. Se les agregó una guardia cívica de tres ó cuatro mil vecinos y estudiantes. Como en 1801, se colocaron fuera de los canalizos cuantos buques viejos habia, para cubrir la ciudad por la parte del mar con baterías flotantes, y en el interior de las darsenas, se resguardó como mejor se pudo la escuadra, objeto de la predileccion y orgullo de los dinamarqueses, y en fin, por el lado de tierra se construyeron precipitadamente obras de fortificacion porque se sabia que los ingleses llevaban un

ejército de desembarco, y por todas partes se colocaron en batería piezas de grueso calibre, de que los arsenales dinamarqueses estaban abundantemente provistos. Pero si semejantes medios bastaban para impedir un asalto, no eran suficientes contra el peligro de un bombardeo. Para contener al enemigo á una distancia que hiciese imposible aquel terrible medio de ataque, hubiera sido necesario, ú obras esteriores, que la Dinamarca, contando con la posicion insular de su capital, no habia pensado jamás en construir, ó un ejército de línea, que su lealtad la habia inducido á situar en su frontera de tierra. Como quiera que sea, el príncipe, despues de tomar las disposiciones que exigia lo apremiante de las circunstancias, confió el mando de la capital al valiente general Peymann, con órden de defenderse hasta el último estremo. Como existia en la misma estension de la isla de Seeland, y por consiguiente dentro de los Belts, una poblacion bastante numerosa que podia suministrar algunos miles de hombres para la milicia, mandó al general Castenskiod que reuniese con toda premura aquella milicia, y la introdujese si era posible en Copenhague antes de que fuese sitiada. El salio de la plaza, y corrió al Holstein, para reunir el ejército diseminado por la frontera, y volar al socorro de la capital si se podian atravesar los Belts.

Habiéndose incorporado durante este tiempo á la escuadra el enviado inglés, mandó á la legacion inglesa que saliese de Copenhague, y dió al almirante Gambier y al general Cathcart, la señal de la espantosa ejecucion preparada contra una ciudad, cuyo único crímen consistia en la posesion de una

escuadra que los ministros ingleses necesitaban conquistar, para mejorar su situacion en el parlamento. Las conferencias con el gobierno danés, la necesidad de aguardar la llegada de la escuadra de trasporte, que habia salido mucho despues que la de guerra, y la espectativa de un viento favorable, retardaron hasta el 15 de agosto las operaciones del almirante Gambier. El 16 tomó tierra en el punto de la costa llamado Webeck, á algunas leguas al Norte de Copenhague, y desembarcó unos veinte mil hombres, la mayor parte alemanes al servicio de la Inglaterra. La division de las tropas de Stralsund, debia desembarcar al Mediodia hácia Kioge. Tranquilizados al ver en los Belts los buques ligeros de la division del comodoro Keats, dieron principio con toda tranquilidad á su criminal empresa. Sabian muy bien los ingleses que aun con treinta mil hombres no lograrian tomar por asalto una plaza que contaba con ocho ó nueve mil defensores, de los que cinco mil eran de tropas disciplinadas, y con una poblacion de marinos intrépidos. Pero confiaban en los medios de destruccion de que podian disponer, merced á la inmensa cantidad de artillería gruesa que llevaban sus navíos. Para asegurar mas el resultado, los acompañaba el coronel Congreve, que por primera vez debia hacer el ensayo de sus formidables cohetes. De consiguiente, su operacion no consistió en trabajos regulares de sitio, sino en el establecimiento sólido y bien protegido de algunas baterías incendiarias. Al derredor de Copenhague, se estendia una especie de lago de forma prolongada que abrazaba casi todo el recinto por la parte de tierra. Tomaron posicion detrás de aquel lago y se atrinche-

raron allí. Puestos así á cubierto por el lado de la plaza, de las salidas de los sitiados, procuraron ponerse tambien por el lado de la campiña, formando una segunda línea de contravalacion, para mantener en respeto, bien fuese á las milicias del Seeland reunidas á las órdenes del general Castenskiod, ó bien á las mismas tropas regulares, si acaso algunas lograban volver á pasar los Belts. Despues de haberse establecido sólidamente comenzaron á construir sus baterías incendiarias, absteniéndose de hacer uso de ellas hasta que estuviesen completamente armadas, y en estado de romper un fuego destructor. Mientras se ocupaban en aquellos trabajos, su escuadra se habia aproximado por la parte del mar, y se habian trabado muchas y reñidas escaramuzas en ambos elementos, entre los sitiados y sitiadores. Una escuadrilla dinamarquesa, armada á la ligera, disputaba con ventaja á la escuadrilla inglesa, los estrechos canalizos por donde era fácil aproximarse á Copenhague, mientras que las tropas de línea que guarnecian la ciudad, hacian frecuentes salidas contra las tropas del general Cathcart. Como desgraciadamente no podian escoger mas que dos puntos de ataque, en las dos estremidades del lago que los separaba del enemigo, los dinamarqueses cuando intentaban salidas, encontraban reunidas en su totalidad las fuerzas inglesas en aquellos dos puntos, y no eran bastantes en número para forzar las líneas de los sitiadores. Siempre se veian obligados á retroceder despues de causar algunas bajas al enemigo, y de sufrir una pérdida mayor por lo desventajoso de su posicion.

Los ingleses esperaban, para concluir su ataque, la llegada de la segunda division que estaba al frente de Stralsund. Escitados por ellos los suecos, habian vuelto á emprender las hostilidades, y el mariscal Brune acababa de emprender el sitio de aquella plaza con treinta y ocho mil hombres, y todo el material de sitio que la toma de Dantzig y la conclusion de las hostilidades contra Colberg, Mariemburgo y Graudenz, dejaba disponible al ejército francés. Al mariscal Brune acompañaba el general de ingenieros Chasseloup, que tanto habia contribuido á la toma de Dantzig. Aquel hábil oficial que poseia entonces todos los medios, cuya reunion solo habia sido sucesiva al frente de la plaza de Dantzig, se propuso hacer del sitio de Stralsund un modelo de exactitud, vigor y prontitud. Preparó tres ataques, pero con la resolucion de no hacer sério mas que uno de ellos, el que dirigido hácia la puerta de Knieper podia producir la destruccion de la escuadra sueca. Abierta la trinchera en todos los puntos simultáneamente, á pesar de los fuegos de la plaza, estableció y armó sus baterías en muy pocos dias, y comenzó un ataque tan terrible, que el general enemigo, aunque tenia quince mil suecos y siete ú ocho mil ingleses, ya dentro de la plaza, ya en la isla de Rugen, se vió obligado á enviar un parlamentario, y entregar á Stralsund el 21 de agosto.

Durante este sitio, ejecutado por los franceses con un valor y habilidad dignos de admiracion, el general Cathcart habia atraido á su lado la division de las tropas inglesas encargada de auxiliar á los suecos. Acababa de hacerla desembarcar en Kioge, y, desde aquel momento, encerró de tal ma-

nera á la ciudad de Copenhague en una doble línea de contravalacion, que se encontraba en disposicion de destruir á aquella ciudad infortunada sin tener que temer los efectos de su desesperacion. Nada mas legítimo que un sitio; pero nada tampoco mas bárbaro que un bombardeo cuando una de esas necesidades imperiosas de la guerra que todo lo justifican, no le hace escusable. ¿Y qué necesidad podrán alegar los ingleses para justificar la atroz ejecucion preparada contra la capital de Dinamarca, como no sea la de apoderarse de una escuadra y de un arsenal que se reputaba muy rico?....

Sin embargo, el 1.° de setiembre, el general Cathcart, colocadas ya en batería sesenta y ocho bocas de fuego, de las cuales cuarenta y ocho eran morteros y obuses, dirigió la intimacion á Copenhague, con un lenguage cuya fingida humanidad no podia engañar á nadie. Pedia que se le entregase el puerto, el arsenal y la escuadra, amenazando, si se le rehusaba su demanda, con incendiar la ciudad, y acompañaban á su intimacion vivas instancias para que se le dispensase de emplear medios que repugnaban seguir, decia, á su corazon. El general Peymann contestó negativamente, y el 2 de setiembre por la tarde, un espantoso fuego de obus, de bombas y de cohetes á la congreve, estalló sobre la desgraciada capital de Dinamarca. Los bárbaros autores de aquel atentado no tenian ni aun la escusa de su propio peligro, porque estaban cubiertos de modo que no podian perder ni un solo hombre. Despues de continuar aquella crueldad durante toda la noche del 2 de setiembre y parte del dia 3, el general inglés mandó suspender el fuego para ver si se rendia la plaza. El incendio habia prendido en diferentes barrios; habian perecido centenares de infelices: muchos grandes edificios estaban ardiendo: la poblacion útil empleada en apagar con el agua del Báltico las casas incendiadas, estaba estenuada de cansancio. El general Peymann, desgarrado el corazon con aquel espectáculo, guardaba un sombrío silencio, esperando para rendirse que la humanidad hiciese callar al honor. Insensibles á tantos males, los ingleses volvieron á repetir sus disparos en la tarde del 3, sostuvieron el fuego toda la noche, el dia siguiente, escepto una corta interrupcion, y persistieron en aquella barbarie hasta la mañana del 5. No era posible dejar espuesta por mas tiempo á semejantes desastres á una poblacion de cien mil almas. Cerca de dos mil individuos entre hombres, mugeres, niños y ancianos habian sucumbido. La mitad de la ciudad era presa de las llamas, las mejores y mas hermosas iglesias estaban reducidas á un monton de ruinas, y el fuego se habia comunicado al arsenal. El general Peymann herido, y no pudiendo resistir ya las horribles escenas que tenia á su vista, cedió, en fin, á las amenazas de una destruccion total que renovaba el general inglés, y entregó la ciudad de Copenhague á sus bárbaros conquistadores. La capitulacion se firmó el 7: en ella se concedia á los ingleses la fortaleza de Kronemburgo, la ciudad de Copenhague y el arsenal, con facultad de ocuparlos durante seis semanas, tiempo que se habia juzgado necesario para equipar y llevar á Inglaterra la escuadra dinamarquesa, que se entregaba al almirante Gambier con condicion de restituirla cuando se restableciese la paz.

Firmada la capitulacion, los ingleses entraron en Copenhague y su marineros se precipitaron en el arsenal; desde su entrada en Tolon no se habia visto un espectáculo semejante al que ofrecieron entonces. A presencia de una poblacion desesperada, que miraba destruidas sus casas, que contaba en su seno millares de víctimas muertas ó moribundas, que ademas de sus desgracias privadas sentia vivamente las calamidades públicas, porque la pérdida de la marina dinamarquesa parecia á cada uno la ruina de su propia existencia, á presencia de aquella poblacion desolada los marineros ingleses, que en gran número habian bajado á tierra, se avalanzaron al arsenal con una brutalidad inaudita. La costumbre de conceder á los marinos una gran parte del valor de las presas, al paso que aumentaba el ódio de los ingleses contra todas las marinas europeas, estimulaba la codicia personal; así fué, que oficiales y marineros desplegaron un ardor y una actividad estraordinaria en poner en estado de navegar cuantos buques contenia Copenhague. Contábanse diez y seis navíos de línea, una veintena de bergantines y de fragatas capaces de servir, con los aparejos que se custodiaban en almacenes muy bien acondicionados. En algunos dias, estos cuarenta y tantos buques se hallaban ya corrientes, tripulados y en disposicion de emprender la marcha. El celo destructor de los marinos ingleses no se limitó á aquellas depredaciones. Habia dos navíos en construccion y los destruyeron: cuanta madera y municiones navales habia en el arsenal, fueron trasladadas á bordo de la escuadra inglesa ó dinamarquesa. Tomaron hasta las herramientas de los

obreros, é inutilizaron lo que no pudieron llevarse. La mitad de las tripulaciones inglesas pasó á bordo de los buques daneses para la maniobra, y toda la espedicion salió de los canales, habiendo tenido antes muy buen cuidado de reembarcar con toda precipitacion el ejército de tierra, que no se creia ya seguro en una ciudad que habia ensangrentado, y á la que aceleradamente se aproximaban los franceses para vengar aquel atentado. Al pasar por delante de Webeck, Kronemburgo, y los demas puntos de la costa, aquel inmenso armamento naval recogió las tropas inglesas, y despues hizo vela hácia Inglaterra.

Imposible seria describir la sensacion que produjo en Europa el acto inaudito que acababa de ejecutar, no la nacion inglesa que le vituperó severamente, sino el ministerio Canning y Castlereagh. La indignacion fué tan general entre los amigos de la Francia, poco numerosos entonces, como entre sus mas decididos enemigos. No habia nacion mas estimada que la dinamarquesa. Sábia, modesta, laboriosa, aplicada á su comercio, sin tratar de perjudicar al de los demas, afanosa en conservar escrupulosamente su neutralidad en medio de una guerra encarnizada, y aunque inofensiva, dispuesta como en 1801, á sacrificarse heróicamente por el principio de aquella neutralidad que formaba toda su política, era, como los suizos y los holandeses, una de esas naciones que suplen la debilidad numérica con la fuerza moral, y saben conquistarse el respeto universal. La sorpresa de que acababa de ser víctima hácia brillar mucho mas su buena fé, pues sucumbia por no haber tomado ninguna precaucion contra la In-

glaterra, y por haber adoptado demasiadas contra la Francia. No hubo sobre este asunto mas que una opinion y un grito unánime en toda la Europa. Decíase antes que nadie podia reposar tranquilamente al lado del temible conquistador nacido de la revolucion francesa; pero entonces se aseguraba que la Inglaterra era tan tiránica en el mar como Napoleon en tierra, tan pérfida como violento aquel, y que entre los dos no habia ni paz ni seguridad para ninguna nacion. Este era el lenguage de los enemigos de la Francia, y sobre todo de las córtes de Berlin y de Viena. Pero los partidarios de Napoleon y los hombres imparciales, reconocian que éste tenia mucha razon en querer que todas las naciones se reuniesen contra un despotismo marítimo intolerable, despotismo que una vez establecido seria invencible, no admitiria mas pabellon que el de Inglaterra, no consentiria mas tráfico que el de los productos de esta nacion, y concluiria por fijar á su antojo el precio de las mercaderías exóticas ó manufacturadas. Era, pues, necesario ponerse de acuerdo para hacer frente á la Inglaterra, arrancarla el cetro de los mares, y obligarla á devolver al mundo la tranquilidad de que por causa suya carecia hacia ya quince años.

Es cierto que Napoleon, escepto la paz, nada deseaba tanto como un acontecimiento semejante. Ya no tenia que violentar á la Dinamarca, que por el contrario, iba á echarse en sus brazos, ayudarle á cerrar el Sund, y lo que valia mucho mas que algunos cascos de buques, á suministrarle escelentes marineros, aptos para tripular las numerosas naves que la Francia tenia en sus astilleros. Podia dirigir los ejércitos rusos sobre la Suecia, y los españoles sobre Portugal: podia exigir en Viena la esclusion de los ingleses de las costas del Adriático, y por último, podia pedirlo todo en San Petersburgo, porque Alejandro, despues de lo que acababa de pasar en Copenhague, no debia encontrar ya en la opinion de los rusos, resistencia á su política. Si Napoleon en aquellos momentos se aprovechaba de la falta de la Inglaterra, sin cometer otra igual, se hallaba en una posicion única; llegaba á ser moralmente tan fuerte por los agravios de su enemigo, como lo era materialmente por sus propios ejércitos. En efecto, el inconveniente de su sistema, de vencer el mar por la tierra, se habia salvado, porque la violencia hecha á las potencias continentales para obligarlas á concurrir á sus designios, se hallaba ya esplicada y justificada. Si cerraba las puertas de las ciudades anseáticas, de Holanda, Francia, Portugal, España é Italia, si condenaba á los pueblos á pasarse sin azúcar y sin café, á sustituir á aquellos productos de los Trópicos, imitaciones europeas, costosas y muy imperfectas: si violentaba todos los gustos, despues de violentar todos los intereses, tenia en el crímen de Copenhague la mas completa escusa. Pero era necesario dejar que la Inglaterra cometiese graves faltas, sin seguir de modo alguno su egemplo, lo cual era muy difícil, porque en una lucha encarnizada las faltas se encadenan unas con otras, y es muy raro que los agravios de uno, no sean prontamente contrabalanceados ó escedidos por los del otro.

Napoleon, conoció perfectamente la ventaja que le daba la conducta de la Inglaterra, y si perdió una esperanza de avenencia, esperanza que no

era grande á sus ojos, vió prepararse de repente un concurso de medios, un conjunto de esfuerzos que le prometian una paz, cuyas condiciones compensarian la tardanza. Asi es, que no dejó de desencadenar á los periódicos de Francia, y á los de que disponia fuera de ella, contra el acto abominable que acababa de indignar á la Europa. Sus ejércitos, sus escuadras, todo en fin, se preparó desde Fontainebleau, y en medio de sus placeres, para una lucha mas vasta y terrible que la que atemorizaba al mundo despues de tantos años.

Napoleon no tenia por otra parte que hacer ningun esfuerzo para dar á la opinion de Europa el impulso que le convenia. Aun en la misma Inglaterra, el atentado cometido contra la ciudad de Copenhague, habia sido juzgado con la mas estremada severidad. En aquel pais grande y moralizado, á pesar de un ministerio indigno, á pesar de un parlamento degradado, á pesar de la pasion del pueblo por los triunfos de la marina nacional, no faltaron hombres honrados, imparciales é ilustrados, que marcaron con un sello de ignominia la frente de los que se habian atrevido á ejecutar un acto tan horrible como incalificable, contra una potencia inofensiva y desarmada. Los señores Grenville, Windham, Addington, Grey, Sheridan y otros muchos, se pronunciaron con vehemencia contra aquella empresa odiosa, que no era, en su concepto, mas que la parodia inicua y funesta de la de 1801; porque la Dinamarca en 1801, formaba parte de una coalicion hostil á la Inglaterra, y una batalla naval, medio que se empleó para reducirla, era el mas legítimo. En 1807 por el contrario, esta misma Dinamarca se encontraba en

paz, enteramente ocupaba en defender su neutralidad contra la Francia, desarmada con respecto á la Inglaterra, y el medio de reducirla era un atroz bombardeo contra una poblacion inocente. El resultado era, que en vez de disolver una coalicion de neutrales, se unia estrechamente la Dinamarca á la Francia, se ahorraba á ésta la odiosidad de una violencia general en el continente, se tomaba aquella responsabilidad sobre si, y se cerraba á la Inglaterra el Sund; porque los dinamarqueses iban á cerrarlo, y los suecos se verian obligados á hacer lo mismo. Por último, para compensar tan deplorables consecuencias no se podia alegar mas que el saqueo de un arsenal, y el robo de una escuadra muy vieja, de la que tan solo cuatro navios merecian los gastos de reparos. Tales fueron los ataques dirigidos contra Mr. Canning con una vehemencia bien merecida, á los cuales contestó mintiendo de un modo tan impudente, que no era el mas á proposito para honrar su memoria, restablecida luego por su conducta posterior. No dió mas respuesta, sino que habia logrado saber el secreto de las negociaciones de Tilsit, y que aquel secreto justificaba la espedicion de Copenhague. A lo que se replicaba con razon que se diera á conocer, no el autor de la revelacion, que el gabinete británico aparentando generosidad se negaba á descubrir, sino la sustancia de lo que habia revelado. Sobre este punto, el gabinete no daba mas que contestaciones vagas y confusas, porque no podia dar otras; pues si bien era cierto que en Tilsit (lo que el gabinete británico no sabia sino de una manera muy vaga), la Rusia y la Francia habian prometido unir sus esfuerzos para obligar

al continente á coaligarse contra la Inglaterra, solo era despues de ofrecerla la paz con condiciones moderadas, y sin que tuviese la menor noticia el gabinete de Copenhague, que no era cómplice en aquel proyecto. Habia, pues, en la conducta observada con la Dinamarca, iniquidad respecto á la moral é ineptitud con respecto á la política; porque el verdadero medio de que aquella potencia se mantuviese neutral, de disponer de su escuadra, de sus marineros y del Sund, era auxiliarla, dejando á Napoleon el cuidado de violentarla.

Sin embargo, á pesar de la reprobacion de los ingleses honrados, un parlamento sumiso á las preocupaciones anticatólicas de la corona y á la exagerada política de Mr. Pitt, aprobó la espedicion contra Copenhague, y por consiguiente la conducta de los ministros, aunque no pudo ocultar el embarazo que esperimentaba. Adoptó en efecto la forma de un aplazamiento, diciendo que se juzgaria mas tarde aquel acto, cuando el ministerio pudiese decir lo que se veia obligado á callar en aquel momento. Pero se desechó para siempre toda idea de paz: el gabinete británico que no desconocia la desfavorable impresion que produjeran en Europa sus últimas violencias, se ocupó en restablecer su crédito en las dos córtes principales del continente, Viena y San Petersburgo. Envió á Viena á lord Pembroke, y á San Petersburgo al general Wilson, para hacer algunas de esas proposiciones que se prefiere comunicar de viva voz, mas bien que por escrito. Hé aqui cuales eran.

A la aparente satisfaccion que el emperador Alejandro manifestaba haber tenido en una guerra señalada por reveses, y á las palabras que habia proferido, que daban á entender que se verian grandes resultados de su alianza con la Francia, se unia su persistencia en ocupar la Moldavia y la Valaquia. Era, pues, evidente para los hombres dotados de alguna sagacidad, que la Francia para atraer á la Rusia á sus miras, la habia prometido grandes ventajas en Oriente, y que singularmente habia lisonjeado su ambicion por aquel medio. El gabinete británico se decidió, pues, sin titubear á hacer los sacrificios que exigiesen las circunstancias, y aunque afectaba defender la integridad del imperio otomano, pensó que valdria mas dar por sí mismo la Moldavia y la Valaquia á la Rusia, que dejar que se las diera Napoleon. En su consecuencia, Mr. Wilson, militar y diplomático, personage atrevido y de talento, poco importante entonces para que se temiese desmentirle en caso de necesidad, fué encargado de marchar á San Petersburgo, y dirigir al emperador Alejandro las palabras mas lisonjeras. No llevaba poderes ostensibles, pero Mr. Canning en una conversacion que tuvo con Mr. de Alopeus, ministro de Rusia, le declaró que podia darse crédito á lo que dijese Mr. Wilson. Lord Pembroke, enviado estraordinariamente á Austria, á pesar de hallarse alli Mr. Adair, recibió el encargo de hacer ver á la córte de Viena la necesidad de vivir en buena armonía con la Rusia, y de resignarse á todos los sacrificios que aquella política pudiese acarrear. No se trataba efectivamente de nada menos que de disponer al Austria á que presenciase con sangre fria el que la Rusia se hiciese propietaria de la Moldavia y de la Valaquia.

Lord Gower, embajador en Rusia, y Mr. Wilson, enviado para ayudarle, se esforzaron en persuadir al gabinete ruso, que no debia parecerle mal lo que se habia hecho en Copenhague, porque únicamente se habia tratado de quitar al enemigo comun de la Europa los medios de hacer daño; que mas bien debia regocijarse que irritarse por ello: que se contaba con la Rusia para atraer á la Dinamarca á la exacta apreciacion de los últimos acontecimientos, y que en cuanto á su escuadra, se la devolveria mas tarde si queria adherirse á la buena causa: que por lo demas, sin tratar de constituirse juez de la nueva política adoptada por la Rusia, estaban persuadidos de que volveria bien pronto á la antigua, como la única que era buena, que no se procuraria ponerla de nuevo en pugna con la Francia, en unos momentos en que tanta necesidad tenia de reposo para rehacerse; que verian con placer el engrandecimiento de su territorio y de su poder, porque no habia mas que una especie de engrandecimiento que debia evitarse á toda costa, y era el de la Francia; pero que si la Rusia deseaba la Moldavia y la Valaquia, se consentiria que las adquiriese, siempre que no fuera á consecuencia de una particion de las provincias turcas con el emperador Napoleon.

Las palabras que envolvian mas compromiso, y que solo se queria aventurar con facultad de poderlas retirar en caso de necesidad, fueron dirigidas por Mr. Wilson á Mr. de Romanzoff, que á los pocos instantes se las refirió al general Savary. Las demas las profirió lord Gower con una arrogancia que no era la mas á propósito para destruir

lo que tenian de estraño. Aquel modo tan estudiado de esplicar la espedicion de Copenhague, y aquella comision que se daba á la Rusia para que justificase á la Inglaterra con la Dinamarca, eran con respecto al gabinete ruso, una familiaridad de las mas ofensivas. El emperador de Rusia se resintió vivamente, y mandó que se recibieran con la mayor altivez las proposiciones de la Inglaterra. A la que esta nacion hizo para justificar en Copenhague la ocupacion de la escuadra dinamarquesa hizo que se contestase pidiendo esplicaciones formales sobre el mismo asunto, y exigió de lord Gower que manifestase inmediatamente y de una manera categórica, las instrucciones que hubiese recibido acerca de la propuesta de mediacion que el gabinete ruso habia dirigido al británico. Lord Gower, conocido despues tan ventajosamente con el nombre de lord Granville, pareció salir en aquella ocasion de su indolencia habitual, insistió imperiosamente en que se le hiciese conocer el secreto de las negociaciones de Tilsit, y declaró que mientras no se dijese lo que se habia hecho en aquella célebre entrevista, la Inglaterra se creia dispensada de dar ninguna esplicacion acerca de lo que habia hecho en Copenhague. Con respecto á la mediacion rusa, lord Gower, estrechado á que dijese definitivamente si consentia ó no en aceptarla, contestó altaneramente que nó.

Tal fué el desenlace de las esplicaciones con lord Gower; en cuanto á las proposiciones que estaba encargado de hacer Mr. Wilson, fueron escuchadas sin gran interés por Mr. de Romanzoff como palabras de poca importancia, y despidió á Mr. Wilson aparentando no comprender lo que es-

le queria decir: sin embargo, le habia entendido muy bien, como vamos á ver.

Mr. de Romanzoff, antiguo ministro de Catalina, conservaba un reflejo de la gloria de aquella princesa, habia heredado su grande ambicion, era gran personage, bajo todos conceptos, y en aquellas circunstancias el confidente íntimo de Alejandro y de todas sus ilusiones. Ministro de Comercio iba á ser nombrado de Negocios estrangeros, y Alejandro, que buscaba un embajador que pudiese convenir en Paris, no le habia querido enviar allí, aunque no le faltaba ninguna cualidad para desempeñar aquel elevado empleo, únicamente por conservarle cerca de su persona. El jóven soberano y su anciano ministro deseaban con ardor las provincias del Danubio. La Finlandia, adquisicion mas inmediatamente apetecible, porque era lo necesario, cuando las provincias del Danubio no eran mas que lo supérfluo, no les llamaba tanto la atencion. La Moldavia y la Valaquia estaban en el camino de Constantinopla, y esto era lo que los seducia. Asi es, que las hubieran aceptado sin reparar mucho en la mano que se las ofreciera, é impacientes en sus deseos, solo atendian á que el donador fuese capaz de dárselas pronta y sólidamente. Napoleon merecia sobre este particular, toda su preferencia. Efectivamente, ¿de quién en aquella época podia recibirse alguna cosa considerable, como no fuese de Napoleon? Tomar territorio en cualquier parte del continente europeo sin su consentimiento, era la guerra con él, y esta no habia sido hasta entonces ventajosa á nadie. Aun suponiendo que pudiese formarse de nuevo una coalicion general, era una perspectiva poco

alhagüeña la de batallas como las de Austerlitz, Jena y Friedland, y en el estado en que se encontraba el ejército francés, todo encuentro con él, debia tener las mismas consecuencias. Por otra parte, si la Inglaterra, valiéndose de atractivos, habia manifestado favorable disposicion con respecto á las provincias del Danubio, ¿podria esperarse otro tanto del Austria? ¿No existia en San Petersburgo su embajador Mr. de Merfeld, que preguntaba todos los dias á todo el mundo y en alta voz el secreto de las negociaciones de Tilsit, y que decia que si la Moldavia y la Valaquia eran el premio de la nueva alianza, era preciso prepararse á destruir hasta el último austriaco antes de obtener el consentimiento de la córte de Viena?.. No era, pues, de esperar que se formase semejante coalicion para asegurar aquel don á la Rusia. Aquella donacion no podia hacerla, á pesar del Austria, mas que el hombre que la habia siempre vencido desde quince años á aquella parte, es decir Napoleon: y puestos de acuerdo el emperador de Rusia y el de Francia, nadie se atreveria en Europa á oponerse á lo que hubiesen ambos decidido.

Era, pues, necesario persistir en lo que se habia emprendido en Tilsit, y obtener de Napoleon, sabiendo complacerle, la realizacion de las esperanzas á que con tanto gusto se habia prestado en las orillas del Niemen. El precio que impondria á lo que se esperaba de él era muy fácil de conocer. Si continuaba la guerra, intentaria nuevas empresas en Italia, Portugal, y aun quizá en España. En ella habia Borbones, que debian formar con su dinastía un contraste chocante é insoportable par

él. Nada habia dicho en cuanto á esto en Tilsit ni en ninguna otra parte: sin embargo, si continuaba aplazada la paz, era fácil preveer que no quedaría ociosa su actividad, y que proseguiría en el Occidente su obra de renovacion, que consistia en destronar á los reyes que componian las alianzas ó el parentesco de la antigua casa de Borbon. Pero la Rusia no estaba de modo alguno interesada en impedir aquel género de empresas. La importaba muy poco que reinase en Nápoles, Florencia, Milan ó Madrid un Borbon ó un Bonaparte. Las ideas introducidas por las nuevas dinastías que creaba Napoleon, no amenazaban todavía la autoridad de los czares. En cuanto á la influencia de la Francia, la Rusia no tenia que sentir su engrandecimiento, si aquella influencia se empleaba en facilitar la marcha de los ejércitos moscovitas hácia Constantinopla. El emperador Alejandro no debia, pues, inquietarse por lo que Napoleon tratase de emprender en el Mediodía y el Occidente de la Europa; antes bien, prestándose á ello, tenia fundadas razones para esperar que Napoleon, le dejase emprender en Oriente cuanto quisiese.

Napoleon podia condescender mas ó menos en los deseos de Alejandro, permitir que avanzase hasta el Danubio, hasta el pie de los Balkanes, y aun hasta el mismo Bósforo; pero lo que menos podia conceder era la Valaquia y la Moldavia. Todo lo que Napoleon habia dicho sobre este asunto, ó por lo menos todo lo que Alejandro creia haber entendido, parecia no ofrecer duda alguna. Alejandro, pensando noche y dia en lo acordado en Tilsit, y Mr. de Romanzoff en lo que aquel le habia referido, se habian habituado á considerar á

la Moldavia y la Valaquia, como el menor de los dones que podian esperar. A fuerza de contar con esta donacion, habian llegado á contraer una especie de saciedad anticipada, y comenzaban ya á concebir nuevos deseos. Desgraciadamente no se habian limitado á este goce secreto é íntimo de sus futuras conquistas, quisieron hacer partícipes de él á muchos confidentes, á unos para difundir su satisfaccion interior, y á otros para justificarse de tan brusca transicion de la política rusa. De este modo habian generalizado en derredor suyo la conviccion de que la Moldavia y la Valaquia eran el premio seguro de la nueva alianza, y tenian para desearlo, ademas de la pasion de poseerlas, la necesidad de no pasar por engañados.

Los últimos acontecimientos, acabaron de confirmar á Alejandro y á Mr. de Romanzoff, en la política adoptada en Tilsit. Puesto que la mediacion no concluia la guerra, era preciso sacar de la guerra, todo lo que Napoleon habia prometido hacerla producir; para ligarle mas, no restaba sino prestarse á lo que desease. Iba á pedir evidentemente que se espulsara á las legaciones inglesa y sueca, y que se marchase sobre la Finlandia para obligar á la Suecia á cerrar el Sund. Era necesario complacerle en todos estos puntos para que consintiese en dejar á las tropas rusas en Moldavia y Valaquia. Cosa singular, marchar á Finlandia hubiera debido ser para la Rusia su mas ferviente voto, porque era el primero de sus intereses (1). No

(1) Los historiadores hacen con demasiada frecuencia pensar y hablar á los personages históricos, sin poseer ningun medio de conocer ni sus pensamientos ni sus discursos.

obstante, la imaginacion del jóven emperador y de su anciano ministro, se habia dirigido de tal modo por los caminos del Oriente, que marchar sobre la Finlandia, era para ellos un verdadero sacrificio, que hacian únicamente para obtener que se los tolerase en Bucharest y Yassy.

El emperador Alejandro tenia entonces un ministro de Negocios estrangeros bastante insignificante, sin pasiones y sin ideas, confidente desagradable para hablar de cosas que escuchaba con la mayor frialdad: este personage era Mr. de Budberg. Alejandro le despidió y realizó su proyecto de confiar

Yo no me permito referir aquí los pensamientos mas secretos y las conversaciones mas íntimas del emperador Alejandro, sino porque para hacerlo, puedo apoyarme en documentos de una autenticidad irrefragable. He dicho en una nota del tomo VII, libro XXVII, que existia en el Louvre, una série de conversaciones de los generales Savary y Caulaincourt con el emperador Alejandro y Mr. de Romanzoff, conversaciones de todos los dias, de una familiaridad y de una intimidad tales, que no me atreveria á reproducirlas íntegras, porque Alejandro referia hasta sus placeres á los dos enviados franceses: que estas conversaciones, escritas en el mismo instante en que acababan de verificarse, referidas con una fidelidad minuciosa, por preguntas y respuestas, pintaban con una verdad asombrosa, lo que pasaba dia por dia, en el ánimo del emperador y de su ministro. En las instancias y en la mal disimulada agitacion de uno y otro, es imposible dejar de distinguir con toda claridad lo que pensaban. Otros documentos auténticos y secretos, como por egemplo, la correspondencia personal de Napoleon y Alejandro, completan este conjunto de pruebas, y me permiten esponer como ciertos los pormenores que refiero en esta parte de mi relacion.

la cartera de Negocios estrangeros al mismo Mr. de Romanzoff. Quedaba en el ministerio uno de los miembros de la sociedad secreta, que durante largo tiempo habia gobernado el imperio, el príncipe de Kotschoubey: era el menos jóven y el mas reservado de todos ellos. Pero testigo de lo pasado, era un molesto juez de lo presente: por otra parte los señores Czartoryski, y de Nowosiltzoff, con quienes vivia, no disimulaban su desaprobacion á la nueva marcha de las cosas. No podia conservarse tan incómodo crítico, y era ademas necesario hacerle una demostracion de desagrado: se le quitó, pues, el ministerio de lo Interior. Mr. de Labanoff, uno de los personages que habian figurado en Tilsit, fué llamado al ministerio de la Guerra, y el almirante Tchitchakoff ocupó el de Marina. Mr. de Nowosiltzoff, recibió la invitacion de viajar. El príncipe de Czartoryski, amigo demasiado particular del soberano, para que la amistad no hiciese olvidar con respecto á él la política, vió redoblarse el afectado silencio que el emperador guardaba con él, relativamente á los asuntos del imperio. En fin, para la embajada de París, se eligió el personage que parecia mas á propósito para desempeñarla con buen éxito. Alejandro hubiera querido enviar, como ya hemos dicho, á Mr. de Romanzoff; pero apreciaba mas tenerle á su lado. Habia, como gran mariscal del palacio, un señor ruso que era muy adicto; llamábase Tolstoy, y era hermano del general del mismo apellido, militar distinguido por su talento y servicios. Alejandro pensó que este último, por fidelidad á su amo, no procuraria hacerse desagradable en Francia, como Markoff se habia empeñado en serlo

que por ambicion le agradaria mucho unir su nombre á una política de engrandecimiento, y que por su estado se hallaria contento al lado de una córte militar, la satisfaria á su vez, y la seguiria á todas partes en sus rápidos movimientos. Antes de nombrarle definitivamente, se reservó el sondear á Napoleon, y someterle aquella eleccion.

El general Savary no habia cesado de ser en San Petersburgo objeto de las atenciones de Alejandro, y de la fria delicadeza de la alta sociedad rusa. Aunque no sabia en un principio todo lo que se habia dicho en Tilsit, ni hubiese tenido conocimiento de ello sino por una comunicacion posterior de Napoleon, que quiso informarle para prevenir las faltas que por ignorancia pudiera cometer, habia adivinado prontamente el secreto, y que la Rusia haria cuanto se quisiese mediante la cesion de una ó dos provincias, no al Norte, sino al Oriente. Sin empeñar á Napoleon mas de lo que convenia, y sin salirse de su papel, habia procurado hacerse bien quisto en San Petersburgo, y lo habia conseguido lisonjeando con prudencia las pasiones del soberano. Así es que apenas fueron conocidos los acontecimientos de Copenhague, y las vivas esplicaciones habidas con lord Gower, cuando Alejandro y Mr. de Romanzoff llamaron al general Savary, y con el lenguage que á cada uno de ellos convenia, le participaron las resoluciones del gabinete ruso.—Ya sabeis por nuestras largas conferencias, le dijo Alejandro, que nuestros esfuerzos por la paz, vienen á parar en la guerra. No me sorprende; pero lo confieso, no esperaba la espedicion de Copenhague, ni la arrogancia del gabinete británico. Mi partido está tomado, y estoy pronto á cumplir mis compromisos. En mi entrevista con el emperador Napoleon, calculamos que si debia continuar la guerra, tendria que pronunciarme en diciembre; desearia que no fuese antes, para no sostener la lucha con los ingleses hasta despues de cerrado el Báltico; pero importa poco: me pronunciaré desde luego. Decid á vuestro amo, que si lo desea voy á enviar su pasaporte á lord Gower. Cronstadt está armado, y si los ingleses quieren ensayarse en él, verán que pelear con los rusos, no es lo mismo que habérselas con turcos ó con españoles. Sin embargo, no decidiré nada sin aguardar un correo de Paris, porque no debemos aventurarnos á contrariar los cálculos de Napoleon. Por otra parte, antes de romper, quisiera que mis escuadras hubiesen vuelto á entrar en los puertos rusos. Sea como quiera, estoy enteramente dispuesto á seguir la conducta que mas convenga á vuestro amo. Si lo cree oportuno, que me envie una nota ya redactada, y se la haré entregar á lord Gower al mismo tiempo que su pasaporte. En cuanto á la Suecia, no me encuentro en disposicion, y necesito tiempo para reorganizar mis regimientos muy mal tratados en la última guerra y muy distantes de la Finlandia, puesto que es necesario hacerlos marchar desde el Sud al Norte del imperio. Ademas, en este teatro no es suficiente mi ejército: en los bajíos de los golfos del Norte se usan mucho escuadrillas de remos. Los suecos tienen una muy numerosa: la mia no está aun tripulada, y no quiero esponerme á sufrir un revés por parte de un estado tan pequeño. Decid, pues, á vuestro amo, que en cuanto tenga preparados mis medios, sujetaré á la Suecia; que tengo que esperar hasta diciembre ó

enero; pero que con respecto á los ingleses, estoy pronto á pronunciarme inmediatamente. Soy tambien de opinion que no debemos limitarnos á esto, y que debemos exigir la adhesion del Austria á la coalicion continental de grado ó por fuerza. En cuanto á esto, tambien estoy dispuesto á recibir, para enviarla á Viena, una nota redactada en Paris, porque no hay alianzas á medias, y es preciso obrar en todo de comun acuerdo. Deseo que mi intimidad con Napoleon sea completa, y con este objeto he elegido al conde de Tolstoy. No poseo con abundancia como vuestro amo, hombres eminentes de todas clases. Markoff tenia talento, y sin embargo, todo lo ha embrollado. He dado la preferencia á Tolstoy á todos los demas, porque pertenece á una familia que me es muy adicta, porque es militar, y podrá montar á caballo y seguir al emperador á la caza, á la guerra, ó á donde fuese necesario. Si no conviene, que se me advierta y enviaré á otro; tan grande es mi deseo de evitar toda indisposicion. No se tratará en verdad de obligarnos á batirnos tan pronto; pero dirán á Napoleon que soy débil, variable, que me hallo rodeado por sus enemigos, y que no debe contar mucho conmigo. A mí se me dirá que Napoleon es insaciable, que lo quiere todo para sí, y nada para los otros; que es tan astuto como violento; que me promete mucho, y que no me concederá nada; que me contempla ahora, pero que en cuanto haya sacado de mí lo que desea, me tratará como á los demas; y que separado de mis aliados, á quienes habré dejado destruir, tendré que resignarme á sufrir la misma suerte. No lo creo: he visto á Napoleon, y me lisonjeo de haberle inspirado una parte de los sentimientos que á mí mismo me ha inspirado, y estoy seguro de que es sincero. Mas cuando media alguna distancia, y no es posible verse, suele nacer la desconfianza. Que me escriba á la primera duda, á la primera impresion desagradable, ó que me diga por medio de vos ó del hombre de su confianza que haya elegido, lo que le parezca mas conveniente, y todo se arreglará. Por lo que á mí hace, le prometo entera franqueza, y espero otro tanto por su parte. ¡Si pudiese verle como en Tilsit, todos los dias; y á todas horas!... qué conversacion!... qué talento!... qué genio!.. cuánto ganaria en vivir á su lado!... Qué cosas me ha enseñado en pocos dias... Pero estamos tan lejos!.. Sin embargo, espero visitarle pronto. En la primavera iré á Paris, y podré admirarle en su Consejo de Estado, en medio de sus tropas, y en fin, en donde quiera que se manifieste tan grande. Pero desde ahora hasta entonces, es preciso que nos entendamos por una persona intermedia, y que hagamos la confianza lo mas completa que nos sea posible. Por mi parte hago cuanto puedo, pero no tengo aquí el ascendiente que Napoleon ejerce en Paris. Vos lo estais viendo; este pais ha quedado muy sorprendido con la mudanza un poco rápida que se ha efectuado. Teme los daños que la Inglaterra puede causar á su comercio: es, pues, necesario satisfacer estos intereses y aplacar esos sentimientos. Enviadnos aquí comerciantes franceses, comprad nuestros pertrechos navales y los productos de nuestro suelo y de nuestra industria, y en cambio tomaremos vuestros productos parisienses: el restablecimiento del comercio hará cesar las inquietudes que las

clases elevadas han concebido por sus rentas. Ayudadme sobre todo á conquistaros el aprecio de la nacion entera, haciendo alguna cosa por la justa ambicion de la Rusia. Esos turcos miserables que en el dia degüellan á vuestros partidarios, que hacen caer al suelo la cabeza del que reputan amigo de la Francia, (lo cual sucedia entonces en Constantinopla, merced á las sugestiones del Austria y de la Inglaterra), esos miserables turcos valen bien poco para mí, y me parece que puestos conmigo en una balanza, los encontrareis de liviano peso. Vuestro amo os habrá sin duda hablado de lo que pasó en Tilsit ..—El emperador se mostró al llegar aquí curioso é inquieto. Ardia en deseos de esplicarse con el general Savary, sobre el asunto que mas le interesaba, y al mismo tiempo temia cometer una indiscrecion franqueándose con una persona, que quizás no conoceria el secreto de las cosas. Sin embargo, tenia un nuevo motivo para ser esplícito con el representante de Napoleon. Acababa de firmarse un armisticio entre los turcos y los rusos, por consecuencia de la mediacion francesa, en el cual se estipulaba la restitucion de los buques que el almirante Siniavin habia apresado á los turcos, la prohibicion de toda hostilidad hasta la primavera, y por último, la evacuacion de las orillas del Danubio. En el fondo, solo esta última condicion era sensible para el emperador Alejandro, pero no queria convenir en ella, y se quejaba de un modo general del armisticio que imputaba á la intervencion poco amistosa del ministro de Francia.—No pensaba, dijo al general Savary, en las provincias del Danubio: vuestro emperador fué quien al recibir la noticia de la caida de Selim, esclamó en Tilsit: ¡*No puede hacerse nada con esos bárbaros!... la Providencia me dispensa de tener consideraciones con ellos; arreglémonos á espensas suyas*!... He entrado en este camino, prosiguió el emperador Alejandro, y conmigo, Mr. de Romanzoff: la nacion nos ha seguido en él, y este no es demasiado ventajoso para hacerla favorable á la Francia. La Finlandia, á donde me instais que marche cuanto antes, es un desierto cuya posesion no halaga á nadie; hay ademas que quitársela á un antiguo aliado, á un pariente, por una especie de defeccion que hiere la delicadeza nacional, y que suministra pretestos á los enemigos de la alianza. Debemos, pues, buscar en otra parte razones especiosas de nuestra precipitada mudanza. Decidle todo esto al emperador; persuadidle que anhelo mucho menos el poseer una provincia mas, que el hacer sólida y agradable para mi nacion, una alianza de que espero tan grandes cosas... ¡Ah! repitió, si pudiese ir ahora mismo á Paris, todo se arreglaria en una conferencia de algunos momentos; pero no me es fácil efectuarlo hasta el mes de marzo.—Al proferir estas últimas palabras, el emperador Alejandro preguntaba al general Savary con la mas viva curiosidad, si no habia recibido nada de Napoleon, y si no sabia sus proyectos y sus resoluciones con respecto al Oriente y al Occidente.

El general Savary tuvo gran destreza y cuidado en no desanimar al emperador Alejandro; le dijo con razon que no podia saber todavía los grandes pensamientos del emperador Napoleon, con motivo de la continuacion de la guerra, pero que seguramente haria cuanto pudiese por contentar á

su poderoso aliado. Mr. de Romanzoff fué todavía mas esplícito que su soberano: refirió al general Savary las proposiciones del general Wilson, el efecto que habian producido en el emperador Alejandro, la buena voluntad de aquel príncipe para aprovechar aquella ocasion de probar su fidelidad á la Francia, no queriendo recibir mas que de su mano lo que podria recibir de la de Inglaterra. Le manifestó con mas viveza que nunca la resolucion de declararse contra la Inglaterra y la Suecia, y aun contra la misma Austria, si fuese necesario, para atraer á esta última potencia á la política de Tilsit. Así se calificaba en el lenguage de entonces (porque se crea uno para cada circunstancia), el sistema de tolerancia que recíprocamente se habian prometido unos á otros, en las empresas que cada uno acometiese por su parte. Pero Mr. de Romanzoff añadia, que era preciso que la Rusia obtuviese un equivalente de todo lo que estaba dispuesta á permitir, aunque no fuese mas que para hacer la nueva alianza popular y durable. Como acababa de recibir en aquel momento pliegos de Constantinopla, en que se anunciaban nuevos desórdenes, Mr. de Romanzoff dijo sonriéndose al general Savary, que veia se iba aproximando la hora de la conclusion del imperio otomano, y que sin que el emperador Alejandro se mezclase en nada, el emperador Napoleon se veria bien pronto obligado á anunciar en el *Monitor* la apertura de la sucesion de los sultanes, *para que se presentasen á reclamarla sus herederos naturales*.

Mientras que se prodigaba todo al general Savary, instancias, caricias, confianzas y aun regalos, el emperador Alejandro mandó se comunicase

órden á su ejército para no evacuar las provincias del Danubio, bajo pretesto de que no podia ratificarse el armisticio tal como estaba. El y su ministro repitieron que era necesario no se les molestase con respecto al asunto de los turcos; no exigir que los rusos se humillasen á presencia de unos bárbaros; ocuparse lo mas pronto posible de un arreglo territorial en Oriente; enviarse mútuamente embajadores de confianza, y sobre todo dirigir á San Petersburgo compradores franceses, que reemplazasen á los ingleses. Alejandro pidió con particularidad dos cosas: primera, la autorizacion para educar en Francia á los jóvenes que debian servir en la marina rusa, los cuales recibian antes su instruccion en Inglaterra, y contraian muy mal espíritu; y segunda, la facultad de comprar en las fábricas francesas, fusiles para los soldados rusos que los tenian de muy mala calidad, añadiendo, que pues los dos ejércitos estaban destinados á servir la misma causa, podian cambiar sus armas. Acompañó aquellas palabras con un magnífico regalo de pieles para Napoleon, diciendo, que queria ser su *comerciante de pieles*, y repitió que aguardaba á Tolstoy para hacerle partir en cuanto se le aceptase definitivamente en París.

Al saber aquellos pormenores fielmente referidos por el general Savary, Napoleon se encontró satisfecho y embarazado, porque conoció que podia disponer á su gusto del emperador Alejandro y de su ministro principal; pero habia reflexionado con calma despues de la entrevista de Tilsit, y comenzaba á pensar que era cosa muy grave el dejar dar un nuevo paso hacia Constantinopla al gigantesco imperio de Pedro el Grande, impe-

rio cuyo engrandecimiento de un siglo á aquella parte habia sido tan rápido que podia causar espanto al mundo. El general Sebastiani, le escribia desde Constantinopla, que los rusos eran allí muy aborrecidos; que si los turcos tuvieran la menor esperanza de encontrar apoyo en la Francia, se echarian por sí mismos en sus brazos, y que en vez de tener que combatirlos para obligarlos á ser súbditos de la Rusia, bastaria tal vez un ligero auxilio para ayudarlos á ser vasallos de la Francia: que todas las partes del imperio propias para convertirse en francesas, se entregarian espontáneamente: que en este caso con quien deberia procurarse entenderse, era con el Austria y no con la Rusia; que la avenencia con el Austria seria mas fácil y ventajosa, ya se quisiese dividir, ya conservar íntegro el imperio otomano; porque si se partia, se contentaría con menos, satisfecha con que la Rusia no tuviese nada en las orillas del Danubio, y si se decidia conservarle, se juzgaría muy feliz con semejante resolucion, y se obtendria su concurso con muy corto sacrificio. Estas ideas diversas, que tenian su lado especioso, se habian sucedido y alternativamente combatido en el ánimo de Napoleon, cuya actividad no descansaba jamás, y no queria que se le estrechase demasiado para tomar un partido sobre tan interesante asunto. En un sistema de moderada ambicion, negarse á satisfacer la de la Rusia, hubiera sido muy prudente. Pero con el que ya habia emprendido, y con el que todavía iba á emprenderse, era aumentar la temeridad de la política francesa, empeñarse en nuevos acontecimientos, sin grangearse completamente la adhesion de la Rusia por medio de un sacrificio en Oriente.

Napoleon imaginó satisfacer la ambicion moscovita, no hácia el Oriente, á donde se hallaba muy inclinada, sino hacia el Norte, á que lo estaba poco, y entregarla la Finlandia bajo pretesto de impelerla sobre la Suecia. Es mucho, decia, una conquista como la de la Finlandia, y el emperador Alejandro debe encontrar en ella la primera satisfaccion para la opinion rusa, que le dará tiempo para esperar otras. La Finlandia era mucho efectivamente, si se consideraban los verdaderos intereses de la Europa; porque si la Rusia, tomando la Moldavia y la Valaquia, hacia un progreso alarmante para Europa por la parte de los Dardanelos, no lo era menos el que hacia por la del Sund apropiándose la Finlandia. Desgraciadamente mientras obtenia de este modo una estension perjudicial á la independencia futura de la Europa, recibia un regalo casi sin ningun valor á sus ojos. Napoleon daba mucho en realidad y poco en la apariencia; y esto era lo contrario de lo que se necesitaba hacer, para comprar al mejor precio posible, la nueva alianza que iba á ser el fundamento de sus empresas ulteriores. Se lisonjeaba, pues, de contentar á la Rusia con la Finlandia; y en cuanto á las provincias del Danubio, resolvió aplazar toda decision, sin destruir no obstante las esperanzas que tenia necesidad de alimentar.

Tambien él habia tenido que trabajar mucho para encontrar un embajador que pudiera convenir en San Petersburgo, y concluyó por elegir á Mr. de Caulaincourt, caballerizo mayor, militar, y hombre recto, sensato, digno, é injustamente comprometido en el negocio del duque de Enghien

(lo que casi miraba Napoleon como una conveniencia para la embajada de Rusia); pero muy á proposito para imponer al jóven emperador, seguirle por todas partes, y disimular por su misma rectitud, lo que pudiera haber de artificioso en una mision, cuyo objeto era no cumplir todo lo que se hacia esperar. Napoleon instruyó á Mr. de Caulaincourt, de lo que habia pasado en Tilsit; le confesó que esforzándose en contentar al emperador Alejandro, no queria sin embargo, hacerle concesiones demasiado peligrosas para la Europa, y le recomendó que no descuidase nada para conservar una alianza sobre la que debia apoyarse en adelante toda su política. Le agregó algunos de los jóvenes mas distinguidos de su córte, y le señaló la suma de 800,000 francos anuales, para que pudiese representar dignamente al grande imperio.

Al mismo tiempo escribió al emperador Alejandro, dándole gracias por sus regalos, y ofreciéndole otros en compensacion (eran porcelanas de Sevres de la mayor belleza); para pedirle encarecidamente le ayudase á restablecer la paz, obligando á la Inglaterra á aceptarla; suplicándole que despidiese inmediatamente á los embajadores de Inglaterra y de Suecia; previniéndole que un ejército francés iba a ocupar la Dinamarca, en virtud de un tratado de alianza concluido con la córte de Copenhague, é instándole para que hiciese marchar un ejército ruso á Suecia, para cerrar el Sund por todos lados; para manifestarle de nuevo su espresa adhesion para la conquista de Finlandia; para anunciarle los pasos que estaba dando con el Austria á fin de que se decidiese á adoptar la política de Tilsit, y participarle tambien

la entrada de numerosos ejércitos en la península española, con objeto de cerrársela definitivamente á los ingleses: y por último, para decirle que era estraño á la redaccion del armisticio con la Puerta, que le desaprobaba (lo cual envolvia la aprobacion tácita de la ocupacion indefinida de las provincias del Danubio), y que en cuanto á la conservacion ó particion del imperio otomano, era una cuestion tan grave y tan interesante para el presente y para el porvenir, que necesitaba pensar en ella con toda madurez; que no podia tratarla por escrito, y que se proponia profundizarla con Mr. de Tolstoy: que la reservaba para este embajador, y que con objeto de aguardarle habia retardado su partida á Italia, á donde le urgia mucho trasladarse. Unámonos, decia Napoleon á Alejandro, y *llevaremos á cabo las cosas mas grandes de los tiempos modernos*. Napoleon participó ademas al emperador y á Mr. de Romanzoff, que el ministro Decrés iba á comprar por valor de 20.000,000 de pertrechos navales en los puertos de la Rusia, que la marina francesa recibiria todos los jóvenes que se la enviasen para instruirse, y por último, que cincuenta mil fusiles del mejor modelo, se hallaban á disposicion del gobierno imperial, que podia recogerlos en el punto que tuviese por conveniente designar.

Mientras tan afectuosamente escribia Napoleon al emperador Alejandro, recomendó á Mr. de Caulaincourt, que no hablase demasiado de una próxima entrevista; porque en una nueva conferencia imperial, seria preciso llegar á una conclusion con respecto á la Turquía, lo que temia mucho. Sin embargo, la Finlandia concedida inmediatamente,

las provincias del Danubio en perspectiva, el silencio sobre su prolongada ocupacion, y en fin, muchos testimonios de intimidad, le parecian á Napoleon, y en efecto eran medios suficientes para vivir en buena armonía durante un tiempo mas ó menos dilatado.

Desgraciadamente, Napoleon no se habia limitado á ver en el atentado de la Inglaterra contra la Dinamarca, una ocasion de volver á atraer la opinion de la Europa, habia descubierto, por el contrario, un pretesto para nuevas empresas, y queria aprovecharse de la prolongacion de la guerra, para concluir todos los arreglos que meditaba. Pensó que para llegar mejor á su objeto, convenia conciliarse á la córte de Austria, y hacer que cesase en ella el mal estar estremado, producido ademas de los disgustos de aquella córte, por los últimos acontecimientos de la guerra. Sentia aquella potencia haberse armado sin que aprovechara la ocasion de obrar que se la presentó despues de la batalla de Eylau y antes de la de Friedland; haber hecho gastos inútiles, y manifestado disposiciones que no podian engañar á Napoleon. Estaba inquieta por lo que exigiria de ella para castigarla, y mas inquieta aun, por lo que podia haber prometido á la Rusia en las orillas del Danubio: la consolaba ademas muy poco el lenguage de la Inglaterra, que la repetia sin cesar, que era preciso por una parte prepararse á la guerra, y por otra atraerse á la Rusia, concediéndola todo lo que Napoleon estaba pronto á concederla; es decir, que despues de quince años de horribles desgracias tenia que imponerse otra nueva y mayor que todas las demas, la de ver á los rusos en la parte baja del Danubio.

Napoleon, que sin mucho trabajo descubria la triste situacion del Austria, deseaba terminarla, para verse mas libre y desembarazado en sus acciones. Habia recibido en Fontainebleau con la mayor cortesanía al duque de Wurtzburgo, hermano del emperador Francisco, trasladado, como ya hemos dicho varias veces, de uno en otro principado; y que deseaba reconciliar al Austria con la Francia para no tener que sufrir ya con sus disensiones. Napoleon se esplicó larga y francamente con aquel príncipe, tranquilizándole acerca de sus intenciones con respecto á la córte de Viena, á la que decia que no queria quitar nada, antes por el contrario, estaba pronto á devolver la plaza de Braunau, que habia permanecido en poder de los franceses, desde la infidelidad cometida tocante á las bocas del Cattaro. Napoleon declaró que habiéndosele restituido estas, se conceptuaba sin derecho, y no tenia interes para conservar á Braunau, plaza importante que dominaba el curso del Inn: que con respecto á la Istria, no exigia mas que la conservacion del camino militar concedido anteriormente para el paso de las tropas francesas que se dirigian á Dalmacia: que cuando mas, si se consentia en ello en Viena, propondria una rectificacion de fronteras entre el reino de Italia y el imperio de Austria, rectificacion que se reduciria á permutar los pequeños territorios italianos situados en la orilla izquierda del Izonzo, por los pequeños territorios austriacos de la margen derecha, de modo que se tomase por límite aquel rio; que hecho esto, no reclamaria nada mas, y que estaba dispuesto á observar la letra de los tratados. Con respecto á la política general, Napoleon añadió que

se unia á la Rusia, para pedir al Austria que le ayudase á restablecer la paz, cerrando las costas del Adriático al comercio inglés: que el atroz acontecimiento de Copenhague constituia un deber para todas las potencias; que si el Austria tomaba este partido, tendria el honor del restablecimiento de la paz, porque la Inglaterra no se sostendria contra la unanimidad bien pronunciada del continente: que si se convenia en todo esto, la córte de Viena, renunciaria sin duda á sus armamentos dispendiosos, inútiles, y que mantenian la agitacion de los ánimos: que Napoleon por su parte, se apresuraria á retirar sus ejércitos, y los trasladaria á las costas de la baja Italia. En cuanto á la Turquía, habló muy vagamente, y no se manifestó dispuesto á adoptar ninguna resolucion próxima. Dejó ademas entender que no debia hacerse nada en Oriente sin acuerdo del Austria, es decir, sin tener en consideracion su parte en el caso de que el imperio otomano concluyese de existir.

Estas esplicaciones dadas de buena fé, fueron recibidas con el mas vivo gozo por el duque de Wurtzburgo, que las trasmitió á Viena, en donde produjeron el mayor contento. Por muy grande que fuese el pesar de no haber aprovechado el momento en que Napoleon marchaba á las orillas del Niemen, para colocarse entre él y el Rhin, lo mejor que podia suceder, una vez perdida ya la ocasion, era el que se la permitiese disfrutar tranquilidad, y no tuviese sobre sí un enemigo semejante, cuando se encontraba sola y sin mas aliado que la Inglaterra, aliado poco consecuente, que despues de haber impulsado á la guerra á las potencias continentales y dejádolas batir, se retiraba

impasiblemente á su isla, quejándose de la mala calidad de las tropas auxiliares. La fausta nueva de que podia recobrarse á Braunau sin perder nada en Istria, y de que por entonces no se trataria de los negocios de Oriente, hubiera producido en el gabinete austriaco una verdadera alegria, si en el estado de las cosas, hubiese sido susceptible de ella. Asi es que se mostró inclinado á hacer todo cuanto quisiese Napoleon, con respecto al Izonzo, y á las medidas con la Inglaterra, cuya conducta en Copenhague habia sido tan odiosa, que aun en la misma Viena se la condenaba altamente. En consecuencia, se remitieron á Mr. de Metternich, embajador de Austria en Paris, para que firmase un convenio que abrazase todos los objetos de una avenencia tan apetecible, que parecia muy fácil despues de las esplicaciones que habian mediado en Fontainebleau.

Se convino en que se devolveria al Austria la plaza de Braunau, que se tomaria al Izonzo por frontera de las posesiones austriacas é italianas, y que quedaria abierto en la Istria un camino militar para las tropas francesas que fuesen á Dalmacia. El convenio que contenia estas estipulaciones se firmó en Fontainebleau el 10 de octubre: á las condiciones escritas acompañaron promesas formales con respecto á la Inglaterra. El Austria no podia proceder con aquella antigua aliada de un modo demasiado precipitado y enérgico: no podia declararla la guerra; pero prometió llegar al resultado que se deseaba, dándole formas que no alterasen en nada la firmeza de sus resoluciones. Efectivamente, encargó á Mr. de Stahremberg, su embajador en Lóndres, que se quejase del acto come-

tido en Copenhague, como de un atentado que debian sentir vivamente todos los estados neutrales: que exigiese una respuesta á las ofertas de mediacion que la habian hecho el Austria en abril y la córte de Rusia en julio; y que manifestase, que si la Inglaterra no contestaba en un breve plazo á las proposiciones de paz tantas veces reiteradas, escepto á las condiciones que debian fijarse con anuencia de las potencias mediadoras, se veria precisado á suspender sus relaciones, y retirarse. A estas comunicaciones oficiales iba unida la declaracion secreta, de que el Austria, completamente aislada en el continente, no podia hacer frente á la Francia y la Rusia reunidas: que se veia obligada á ceder: que por otra parte, la Francia la proponia en aquel momento condiciones tolerables: que decididamente, ni podia, ni queria pensar ya en la guerra, y que la Inglaterra debia pensar tambien en la paz, porque de otro modo, obligaria á sus mejores amigos á separarse de ella. Es cierto que si el gabinete hablaba asi, los partidarios de la guerra procuraban hacer creer, que no era mas que una resolucion pasagera para obtener la entrega de Braunau, resolucion que cambiaria en cuanto se redujese á la Rusia á otra política. A pesar de estas aserciones del partido de la guerra en Viena, el gabinete austriaco no deseaba en realidad mas que ver atendidas en Lóndres sus pacíficas representaciones, y habia tomado el partido de interrumpir sus relaciones diplomáticas con la Inglaterra, en caso de que esta continuase cerrando sus oidos á todo acomodamiento.

En cuanto á sus armamentos, el Austria dió seguridades mucho menos sinceras. Afirmó que

deshacia sus cuadros licenciando á los que los habian compuesto, que momentáneamente vendia sus almacenes, y en una palabra, que se reducia al pie de paz mas estricto. En realidad solo licenciaba á los soldados próximos á cumplir, para reemplazarlos con reclutas jóvenes, cuya educacion militar era esmerada y se hallaba á cargo del archiduque Cárlos, ocupado constantemente en perfeccionar la organizacion del ejército austriaco. De hecho no vendia de los almacenes mas que las materias poco á propósito para conservarse, y llenaba sus arsenales de armas y de municiones de todas clases. En resúmen, el Austria adhiriéndose temporalmente á las miras de Napoleon para ahorrarse la guerra, queria no obstante hallarse preparada para vengar sus reveses, si nuevas circunstancias la obligaban á tomar las armas. Por entonces solo deseaba la paz general.

Napoleon, cuyo plan era reducir las hostilidades á todos los puntos del litoral del continente, y para ello pacificar el interior, habia declarado á la Prusia que emprenderia con gusto el movimiento de evacuacion, suspendido por la tardanza en el pago de las contribuciones, pero que era necesario que discurriese el medio de satisfacerlas cuanto antes. La Prusia propuso que enviaria al príncipe Guillermo, y Napoleon manifestó que seria muy bien recibido. Aquella desgraciada potencia estaba tan abatida, que no solo habia declarado su adhesion al sistema continental, sino que se hallaba dispuesta á concluir con la Francia un tratado formal de alianza ofensiva y defensiva. La Dinamarca habia firmado otro tratado de la misma especie, y estipulado la ocupacion de las islas de Fionia y

Seeland por tropas francesas para cerrar el Sund, pasarlo sobre el hielo, é invadir la Suecia en el momento que comenzasen las operaciones de los rusos contra la Finlandia.

Obligado Napoleon por los acontecimientos á continuar la guerra con la Inglaterra, y armado con todos los recursos del continente, pensó en emplearlos con la energía y habilidad de que era capaz. Aun antes de conocer el resultado de la espedicion de Copenhague, y en cuanto supo que aquella espedicion se dirigia al Baltico, habia hecho marchar al almirante Decrés á Boloña para inspeccionar la escuadrilla, y ver si podria recibir á bordo el ejército que pensaba sacar de Alemania en cuanto la Prusia pagase sus contribuciones. La salida de la espedicion inglesa para el Sund, era la mejor ocasion para sorprender á la Inglaterra medio desarmada. Mr. Decrés, que se trasladó á toda prisa á Boloña, Wimereux, Ambleteuse, Calais, Dunkerque y Amberes, encontró desgraciadamente la escuadrilla en un estado poco á propósito para encargarse de un ejército numeroso.

El puerto circular abierto en Boloña, estaba cubierto con dos pies de arena; los de Wimereux y Ambleteuse, con tres; y bastaban muy pocos años para hacer que desaparociesen completamente aquellas creaciones del genio de Napoleon, y de la constancia de sus soldados. La mayor parte de los buques, construidos precipitadamente y con madera verde, exigian grandes reparos. No se conservaban en estado de hacerse á la mar mas de trescientos de ellos, entre los mil doscientos ó mil trescientos que antes habia, y estos trescientos estaban continuamente ocupados en maniobrar ó en

formar como en 1804, la linea desde el fuerte de l'Heurt al de la Creche. En cuanto á los 900 buques de trasporte comprados donde y como los encontraban, casi todos estaban fuera de servicio, por haber permanecido cuatro años en fondeadero. Los marinos, organizados en su mayor parte en batallones, habian perdido algunas de sus cualidades como hombres de mar, pero como soldados de tierra, eran la mejor tropa que podia haber en el mundo. El general Gouvion Saint-Cyr, que mandaba el campo de Boloña, decia que no habia nada mejor en el ejército francés, inclusa la guardia imperial. Trasladados otra vez á bordo, volverian á ser bien pronto marinos, y podian tripular doce navíos de línea. En cuanto á la escuadrilla holandesa, de la que una parte habia vuelto á su pais y la otra habia quedado en Boloña, habia padecido menos en su material, por estar mejor construida; pero estaba disgustada con su ociosidad, y las tripulaciones ansiaban que se emplease mejor su actividad y su valor.

'No era, pues, posible que la escuadrilla se hiciese inmediatamente á la vela para tripularla con ciento cincuenta mil hombres, como en 1804. Pero con 5 ó 6.000,000 de gastos, dos meses de tiempo, destrozando la quinta parte de los buques y reparando los demas, podrian embarcarse en las dos escuadrillas francesa y holandesa, cerca de noventa mil hombres, y de tres á cuatro mil caballos. Terminada aquella inspeccion, y de regreso ya en Paris Mr. Decrés, Napoleon opinó como su ministro, que no debia retenerse por mas tiempo á los marinos de la Holanda para un servicio tan eventual como el de aquella escuadrilla que estaba

siempre para darse á la vela y nunca lo verificaba: que era muy difícil que partiese á la vez tan gran número de buques de aquellos puertecillos, que bien pronto no podrian tampoco contenerlos; que valia mas dividir aquella espedicion, enviar á su pais los marineros holandeses con una parte de su material, conservar los mejores buques de guerra, destruir los otros, recorrer los que se conservasen, y habilitarlos para el embarque de sesenta mil hombres: colocar en seguida los marineros holandeses que habian sido enviados á su patria á bordo de la escuadra del Texel, los marinos franceses que no cabian en la escuadrilla, á bordo de la escuadra de Flesinga, y proporcionarse de este modo, ademas de la escuadrilla apta para desembarcar de un solo golpe sesenta mil hombres en las costas de Inglaterra las escuadras del Texel y de Flesinga, en disposicion de trasportar treinta mil de las bocas del Mosa, á las del Támesis, sin contar las espediciones que podrian partir de Brest y de los demas puntos del continente. Aceptada esta opinion, se espidieron las órdenes oportunas, y la escuadrilla de Boloña, ya mas manejable, combinada con las que al mismo tiempo se organizaban en el Texel, en Flesinga, en Brest, Lorient, Rochefort, Cádiz, Tolon, Génova y Tarento, ocupó un lugar en el vasto sistema concebido por Napoleon, sistema de campos colocados cerca de las grandes escuadras, que amenazasen sin cesar á la Gran Bretaña con una formidable espedicion contra su suelo ó sus colonias.

Napoleon dió ademas órdenes para la espedicion de Sicilia, y para el completo abastecimiento de las islas Jónicas, que llamaban en aquel momento toda su atencion, por el lenguage que usaban los agentes ingleses en Viena y en San Petersburgo. Podia en efecto inferirse de este lenguage, que se harian todos los esfuerzos imaginables para arrebatar aquellas islas á los franceses. Napoleon previno á su hermano José con unas espresiones tan vivas, que rayaban ya en pasion, que recobrase á Scylla y Reggio que habian quedado en poder de los ingleses desde la espedicion de Santa Eufemia: que reuniese una parte de los régimientos que componian el ejército de Napoleon en derredor de Baias y de Reggio, para tenerlos á punto de embarcarse. Ordenó al príncipe Eugenio que sacase sus tropas de la alta Italia, y las llevase á la Italia media, para reemplazar á las que se empleasen en espediciones marítimas. Mandó ademas tanto al rey José como al príncipe Eugenio, que multiplicasen las remesas de víveres, municiones y reclutas, á Corfú, Cefalonia y Zante. En fin, renovó mas espresamente que nunca á las dos divisiones de Rochefort y de Cádiz, la órden de que saliesen de aquellos puertos y se dirigieran á Tolon. Al efecto despachó á este punto al almirante Ganteaume, para que mandase la escuadra destinada á dominar el Mediterráneo, á terminar la conquista del reino de Nápoles con la toma de la Sicilia, y á consolidar la dominacion francesa en las islas Jónicas, por el trasporte de inmensos recursos á aquellas islas. Entre tanto, recomendó á los ingenieros de marina, que activasen las construcciones emprendidas en todo el litoral europeo.

Mientras de este modo se ocupaba de las posiciones marítimas situadas en Italia, Napoleon apresuró los preparativos para la espedicion de

Portugal. Los tres campos de Saint-Ló, Pontivy, y Napoleon, reunidos á las órdenes del general Junot, en Bayona, presentaban un efectivo nominal de veinte y seis mil hombres, y otro real de veinte y tres mil, de los cuales dos mil eran de caballería, con treinta y seis bocas de fuego. Ademas estaba en marcha para reunirse á ellos, un refuerzo de tres á cuatro mil hombres. El 12 de octubre, á los dos dias de haber firmado el convenio con el Austria, Napoleon mandó al general Junot que atravesase la frontera de España, contentándose con enviar á la córte de Madrid, un simple aviso del paso de las tropas francesas. Señaló su itinerario por Burgos, Valladolid, Salamanca, Ciudad-Rodrigo, Alcántara, y la orilla derecha del Tajo hasta Lisboa, y encargó que la marcha se hiciese con la mayor rapidez posible. La España habia prometido unir sus fuerzas á las de la Francia, para concurrir á la espedicion, y participar naturalmente de la distribucion del botin. Napoleon no solo habia aceptado, sino exigido que se enviase un cuerpo de tropas españolas, reservándose fijar el precio cuando se hubiese ya logrado conquistar el Portugal. Pero no confiando mucho en la España, ni en las tropas que podia enviar, preparó otro ejército para el caso posible en que el Portugal opusiese alguna resistencia, y para el mucho mas probable de que la Inglaterra reuniese en el Tajo las fuerzas que acababan de llegar de la espedicion de Copenhague. Desde su regreso á París Napoleon habia dispuesto que las cinco legiones de reserva, de que ya hemos hablado varias veces, y que estaban destinadas á reemplazar los campos encargados de la defensa

de las costas, fuesen completamente organizadas, instruidas y armadas. Habia prevenido á los cinco senadores que las mandaban, que lo tuviesen todo dispuesto para hacer marchar dos ó tres batallones de los seis de que se componian. Sabedor de que aquellos batallones estaban prontos, ordenó que se reuniesen en Bayona, y que formasen tres divisiones á las órdenes de los generales Barbou, Vedel y Malher: que se completasen con dos batallones de la guardia de Paris, que el regreso de aquella guardia aguerrida en Polonia dejaba disponibles, con cuatro batallones suizos, acantonados en Rennes, Boloña y Marsella, y en fin, con el tercer batallon del 5.° ligero, de guarnicion en Cherburgo, y el primero del 47 de línea, de guarnicion en Grenoble, componiéndose la fuerza total de veinte ó veinte y dos batallones, que iban á partir de los puntos en que se encontraban las legiones, es decir, de Rennes, Versalles, Lila, Metz y Grenoble, y debian hallarse en Bayona á fines de noviembre. Formaban un cuerpo de veinte y tres á veinte y cuatro mil hombres, con cuarenta bocas de fuego, y algunos centenares de caballos, á las órdenes de uno de los generales de division mas distinguidos de aquel tiempo, el general Dupont, que tanta gloria habia adquirido en Albeck, Diernstein, Hall y Friedland, y destinado por Napoleon á ser bien pronto mariscal. Era, pues, un segundo ejército suficiente para sostener al de Junot cualquiera que fuese la importancia que podian adquirir los acontecimientos de Portugal. Tomó el nombre de segundo cuerpo de observacion de la Gironda, porque el ejército de Junot habia recibido ya el de primer cuerpo. A uno y otro, no

les faltaba mas que caballería. Napoleon les preparó una numerosa y escelente, en Compiegne, Chartres, Orleans y Tours. Durante la campaña de Polonia habia puesto tanto cuidado y esmero en conservar los depósitos de caballería como los de infantería. Los habia continuamente provisto de hombres y caballos, y podia sacar de ellos para enviarlos al Mediodía los refuerzos que la paz de Tilsit le dispensaba de enviar al Norte. Mandó, pues, reunir en Compiegne una brigada de mil húsares, en Chartres otra de mil doscientos cazadores, en Orleans una de mil quinientos dragones, y la cuarta, de mil cuatrocientos coraceros, en Tours, que componian un total de cinco mil caballos, sacados de los depósitos, y demasiado numerosos para los montuosos paises en que debian operar los dos ejércitos de la Gironda. Aquellas no eran mas que meras precauciones, porque era muy dudoso que se necesitasen tantas fuerzas en Portugal; pero Napoleon tenia gran deseo de atraer á los ingleses hácia aquella parte, y aunque los soldados que enviaba allí eran jóvenes, le parecian suficientes para oponerlos á las tropas británicas, y mas que suficientes para batir á los ejércitos meridionales, de que no hacia entonces ningun caso.

Todo estaba, pues, preparado para apoderarse de Portugal, aun sin contar con el auxilio prometido por los españoles. La respuesta que dió la corte de Lisboa fué como Napoleon habia previsto, y cual le convenia despues del acontecimiento de Copenhague, para obrar sin ninguna especie de consideracion. El príncipe regente de Portugal, que como es bien sabido, era yerno de los reyes de España, tanto por tradicion hereditaria como por

debilidad personal, habia llegado á ser el súbdito mas afectuoso de la Inglaterra. Sus ministros disentian de su opinion, es cierto, y algunos de ellos creian que la dependencia de la Inglaterra no era el régimen mas apetecible para Portugal, ni el medio mas seguro de vender sus vinos y proporcionarse cereales; pero los demas pensaban que vivir con la Inglaterra y por ella, era una cosa muy buena en todo tiempo, y mucho mejor desde que la Francia habia entrado en el sendero de las revoluciones, y que uniéndose con esta, corria riesgo de variar, no solo de régimen industrial sino social. El príncipe regente advertido de la absoluta voluntad de Napoleon, por el señor de Lima, su embajador en París, y por Mr. de Rayneval encargado de negocios de Francia en Lisboa, habia concertado con el gabinete británico la conducta que debia observar, con el doble objeto de evitar la presencia de un ejército francés, y que los ingleses sufrieran el menor daño posible. Habíase entendido al efecto con Mr. Canning por medio de lord Strangfort, y tomado el partido de conceder á la Francia la esclusion aparente del pabellon británico, y si era preciso, una declaracion simulada de guerra contra la Inglaterra; pero negándose al mismo tiempo á adoptar ninguna medida contra las propiedades y personas de los comerciantes de aquella nacion, porque Lisboa y Oporto habian llegado á ser verdaderas factorías inglesas, en donde capitales, comerciantes, buques, todo en fin, era inglés Conceder el arresto de las personas y la confiscacion de las propiedades, como exigia Napoleon, hubiera sido arruinar aquellos establecimientos. Convenidos ya en la res-

puesta, se esperaba que si la Francia se contentaba con ella, el comercio de Portugal, tan ventajoso á la actividad británica, y tan cómodo para la pereza portuguesa, se veria libre y desembarazado con solo una pequeña y momentánea incomodidad, y que la marina real inglesa quedaria en libertad de ir directamente desde Portsmouth á Gibraltar, sin tocar en Lisboa. Ademas, en caso de necesidad, no dejaria de hacer escala en los puntos menos frecuentados de las costas de Portugal, protestando el mal tiempo, de lo que la córte de Lisboa se escusaria alegando las leyes de la humanidad. Si la Francia no aceptaba semejantes condiciones, el gobierno portugués, antes que romper con la Inglaterra estaba resuelto al último estremo, no á una lucha con las tropas francesas (porque era incapáz de tan noble desesperacion) sino á huir con la córte al otro lado de los mares.

La raza de Braganza, envejecida como su vecina la de los Borbones de España, sumida como ella en la ignorancia, la molicie y la pusilanimidad, habia tomado aversion al siglo en que se efectuaban tan espantosas revoluciones, y hasta al suelo de la Europa que era teatro de ellas. En su ignominiosa misantropía, llegaba aun á querer retirarse a la América del Sud, cuyo territorio dividia con la España. Los aduladores que fomentaban aquellas vulgares inclinaciones, la alababan sin cesar la riqueza de sus posesiones de ultramar, como se pondera á un rico que se trata de arruinar su patrimonio cuyo valor no conoce. Decianle que la corta estension de terreno pedregoso y arenisco de Portugal, no merecia la pena de ser disputado á los opresores de Europa, cuando al otro lado del

Atlántico tenia un imperio magnífico, casi tan grande como esa triste Europa que se disputaban un millon de soldados codiciosos: imperio sembrado de oro, plata, diamantes, en donde encontraria el reposo, sin tener que temer ni un solo enemigo. Huir de Portugal, abandonar sus estériles costas á los ingleses y franceses, que las regarian con su sangre cuanto quisiesen, y dejar al pueblo portugués, antiguo compañero de armas de los Braganzas, el cuidado de defender su independencia si aun la apreciaba en algo, tales eran los vergonzosos proyectos, que de vez en cuando calmaban el terror del regente de Portugal y su familia. Sin embargo, la debilidad de aquel príncipe se hallaba combatida por otra, es decir, por lo costoso que le era tomar un gran partido, separarse de los lugares en que habia pasado una ociosa y regalada vida, armar una escuadra, trasladarse á ella con sus criados, sus cortesanos y riquezas, y marchar por fin atravesando los mares á arrostrar una novedad por huir de otra. La córte portuguesa titubeaba entre estas dos debilidades; pero se hallaba pronta á embarcarse si herian su oido los pasos de un ejército francés. Se contestó, pues, oficialmente á Mr. de Rayneval, que se romperia con la Gran Bretaña, aunque el Portugal podria dificilmente pasarse sin ella, que se llegaria hasta declararla la guerra, pero que repugnaba a la honradez del príncipe regente el hacer prender á los comerciantes ingleses y secuestrar sus propiedades.

Napoleon era demasiado perspicaz para quedar satisfecho con semejantes subterfugios. Veia claramente que la respuesta habia sido concertada en

Lóndres (1), que la esclusion de los ingleses solo seria ilusoria, y que no conseguiria su objeto principal. Sabia ademas que la familia de Braganza tenia el proyecto de retirarse al Brasil, y no le desagradaba, porque desgraciadamente, despues del desastre de Copenhague, sus ideas habian tomado otro giro. Queria, al ocupar el Portugal, no concluir de cerrar las orillas del continente, sino apropiarse aquel reino para disponer de él á su antojo. En vez de aprovecharse de la ventaja moral que le daba sobre la Inglaterra, la vergonzosa violencia que esta habia cometido contra la Dinamarca, se habia decidido á no guardar consideraciones con los amigos de la política inglesa, y á destruirlos á todos en provecho de la familia Bonaparte, diciéndose á sí mismo, que al fin de la guerra no seria ni mas ni menos; que la supresion de un estado mas en Europa, no produciria dificultades para la paz; que lo hecho se quedaria hecho; que segun costumbre, se adoptaria el *status præsens*, como base de las negociaciones, y que si se cambiase la faz de la Península, se verian obligados á admitirla tal como la encontrasen, y á comprenderla en su nuevo estado en el

(1) Esta no es una asercion inventada para justificar la conducta de Napoleon con respecto á Portugal, sino una verdad auténtica, probada oficialmente. En efecto, algun tiempo despues, cuando la córte de Lisboa, refugiada en el Brasil, no tenia que temer ya á los ejércitos franceses, Mr. Canning confesó en la tribuna del parlamento, que todas las respuestas de Portugal á Napoleon habian sido concertadas con el ministerio británico. Documentos publicados despues suministraron esta prueba con mas minuciosidad y evidencia.

tratado general. En su consecuencia resolvió apropiarse el Portugal entendiéndose con la España, y aun servirse de él para revolucionar á esta; porque esta le disgustaba, le embarazaba y le irritaba en su actual estado tanto como las córtes de Nápoles y Lisboa, cuyos monarcas habia ya lanzado ó iba á lanzar de sus tronos vacilantes. Tal fué el principio de sus mayores faltas y de las desgracias mas considerables de su reinado. El corazon de todo buen francés se oprimirá sin duda al llegar á esta siniestra narracion, porque no es solamente el orígen de las desgracias de uno de los hombres mas estraordinarios y seductores de la humanidad, sino el de las de la infortunada patria, arrastrada con su héroe en su espantosa caida.

Napoleon mandó á Mr. de Rayneval que saliese de Lisboa, y entregó su pasaporte al señor de Lima; recomendó al general Junot que acelerase la marcha de sus tropas, y que no escuchase ninguna proposicion, bajo pretesto de que no debia mezclarse en negociaciones, y que su única mision era cerrar las puertas de Lisboa á los ingleses. La intencion de Napoleon, al hacer marchar rápidamente sus huestes sobre Lisboa, era apoderarse de la escuadra portuguesa, y confiscar todas las propiedades inglesas en Lisboa y en Oporto. Si la córte de Lisboa emprendia la fuga, procuraria quitarla cuanto material naval y valores comerciales pudiese. Mas si por el contrario, se quedaba, sometiéndose á sus exigencias, la captura de la escuadra portuguesa, y el botin que se hiciese á los ingleses le indemnizarian de no poder destruir la casa de Braganza, porque no era posible tratar con rigor á una córte sumisa y desarmada.

Pero restaba disponer del Portugal en el caso de que la familia de Braganza marchase á América. Apoderarse de él para la Francia, no era admisible, aun para un conquistador que habia ya establecido departamentos franceses en las margenes del Pó, y que debia constituirlos bien pronto en las orillas del Tiber y del Elba: mas razonable parecia dársele á uno de los príncipes de la familia Bonaparte, que todavía esperaba una corona: mas esto seria ya adoptar para la Península un arreglo de carácter definitivo y Napoleon queria dejarla en una especie de duda que no estorbase ninguna combinacion ulterior. Hacia algun tiempo que comenzaba á dominar en su ánimo un pensamiento fatal. Habiendo ya espulsado de su trono á los Borbones de Nápoles, creia que llegaría un dia en que tendria que obrar del mismo modo con los de España, que no eran bastante emprendedores para acometerle abiertamente, como habian hecho los de Nápoles, pero que en el fondo le eran tan hostiles como ellos: que habian tratado de hacerle traicion la víspera de la batalla de Jena: que no dejarian escapar la primera ocasion favorable; que concluirian quizá por encontrar alguna mortal para él, y que cuando no lo hiciesen con intencion, lo harian de hecho, dejando perecer en sus manos el poder español, tan necesario á la Francia como á la misma España, y tan completamente anonadado en 1807 como si no hubiese existido jamas. Cuando Napoleon pensaba en el peligro de dejar Borbones á sus espaldas, peligro poco alarmante para él mismo, pero que lo era mucho para sus sucesores que no tendrian su genio, y que encontrarian tal vez en los descendientes de Cárlos IV cualidades de que carecerian ellos mismos; cuando pensaba en las bajezas, indignidades y perfidias de la córte de Madrid, no del desgraciado Cárlos IV, sino de su criminal esposa é innoble favorito; cuando pensaba en el estado de esta potencia tan grande todavía en el reinado de Cárlos III, que tenia entonces una hacienda y una marina imponente, que no tenia ya ni un escudo ni una escuadra, y que dejaba inertes recursos que en otras manos hubieran servido ya, reunidos con los de Francia, para reducir á la Inglaterra, se llenaba de indignacion por lo presente y de temor por el porvenir; decia entre sí, que era preciso concluir de una vez, y aprovecharse de la sumision del continente á sus miras, de la adhesion de la Rusia á su política, de la prolongacion inevitable de la guerra á que la Inglaterra condenaba á la Europa, y de la odiosidad que acababa de atraerse con su conducta en Dinamarca, para renovar la faz del Occidente; para sustituir donde quiera la familia de los Bonaparte á la de los Borbones; para regenerar una nacion noble y generosa adormecida en la ociosidad y la ignorancia; para devolverla su poderío, y proporcionar á la Francia una aliada fiel y útil, en vez de otra infiel inútil y de que nada podia esperarse. Napoleon se decia en fin, que la grandeza del resultado le absolveria de la violencia ó de la astucia que le fuese necesario emplear para derribar una córte siempre pronta á rebelarse, cuando en sus incesantes correrías se alejaba del Occidente, y pronta á prosternarse cuando volvia á él: por último alegaba cien razones reales para destruirla, pero ninguna ostensible.

Estos pensamientos hubieran sido justos, verdaderos y aun realizables, si no hubiera emprendido en el Norte mas obras que las que podian llevarse á cabo en muchos reinados, y si no se hubiese encargado de constituir la Italia, la Alemania y la Polonia. De todas aquellas empresas, no la mas fácil, pero la mas urgente, la mas útil despues de la constitucion de la Italia, hubiera sido la regeneracion de España. De los cuatrocientos mil soldados viejos empleados desde el Rhin al Vístula, cien mil hubieran sido suficientes y no podian haberse empleado mejor. Pero añadir á tantas empresas en el Norte otra nueva en el Mediodía, é intentarla con tropas recien organizadas, era muy grave y aventurado. Napoleon no lo creia asi. No habia dificultad que no hubiese vencido desde el Rhin al Niemen, desde el Océano al Adriático, desde los Alpes Julianos al estrecho de Messina, y desde éste á las orillas del Jordan. Despreciaba profundamente á las tropas meridionales, sus oficiales y gefes no hacian tampoco mucho caso de las inglesas, y no conceptuaba mas dificil someter á la España que á la Calabria. Era en verdad mucho mas vasta, pero esto solo siguificaba, que si para la Calabria habian sido suficientes treinta mil hombres, bastarian en España ochenta ó cien mil, particularmente cuando se ofreciese á la intrépida nacion española, en lugar de la ignominiosa disolucion en que se hallaba sumergida, una regeneracion que ansiaba ya hacia mucho tiempo. No era, pues, la dificultad material la que hacia vacilar á Napoleon, sino la moral, la imposibilidad de encontrar un pretesto plausible para tratar á Cárlos IV y su esposa, como habia tratado

á Carolina de Nápoles y su marido. Una dinastía que á su regreso de Tilsit le enviaba tres embajadores para felicitarle y rendirle homenage; que aunque le era infiel cuando podia serlo secretamente, le daba sus ejércitos y sus escuadras en cuanto las pedia; semejante dinastía no ofrecia para destronarla, ningun motivo que el sentimiento público de la Europa pudiera aceptar como especioso. Por muy poderoso y glorioso que fuese Napoleon; aun cuando á las victorias de Montenotte, Castiglione y Rivoli, hubiese añadido las de las Pirámides, Marengo, Ulm, Austerlitz, Jena y Friedland; aunque en el concordato y el código civil hubiese establecido cien medidas de humanidad y de civilizacion, no era posible, sin indignar al mundo, que se presentase un dia diciendo:—Cárlos IV es un príncipe imbécil, engañado por su muger, y dominado por un favorito que envilece y arruina la España: y yo, Napoleon, en virtud de mi genio y de mi mision providencial le destrono para regenerar la España.—Semejante modo de proceder no le permite nunca la humanidad á ningun hombre sea el que fuere. Suele perdonarle alguna vez despues de puesto en práctica, despues de su buen éxito, y entonces adora la mano de Dios, si su resultado es el bien de las naciones. Pero hasta tanto, considera semejantes empresas como un atentado contra la santa independencia de los estados.

Napoleon no podia, pues, destronar á Cárlos IV por su imbecilidad, por su debilidad, por el adulterio de su esposa y por el abatimiento de la España. Le hubiera sido preciso una queja, que le diese el derecho de entrar en casa de su vecino, y

de variar la dinastía reinante. Le hubiera sido necesario una traicion como la de la reina de Nápoles, cuando despues de haber firmado un tratado de neutralidad, acometió al ejército francés por la espalda, ó una matanza como la de Verona, cuando la república de Venecia degolló á los heridos y enfermos del ejército francés, cuando éste marchaba sobre Viena. Pero Napoleon no podia alegar mas que una proclama equívoca, publicada la víspera de la batalla de Jena, llamando á las armas al pueblo español, proclama que aparentó mirar como insignificante, que estaba acompañada, es cierto, de comunicaciones secretas con la Inglaterra, demostradas despues, fuertemente sospechadas entonces, pero negadas por la córte de España; y semejantes quejas no bastaban para justificar las palabras proferidas ya contra los Borbones de Nápoles; *los Borbones de España han cesado de reinar*.

Napoleon sin embargo, esperaba de las discordias intestinas que turbaban el Escorial, un pretesto para intervenir, para entrar como libertador, como pacificador, ó tal vez como vecino ofendido. Empero si tenia un pensamiento general y sistemático en cuanto al objeto que se proponia conseguir, no se habia fijado aun ni en el dia, ni en la manera de obrar. Hasta se hubiera conformado con una simple alianza de familia entre las dos córtes, que hubiese prometido una completa regeneracion de la España; y una alianza sincera y provechosa entre ambas naciones. Asi es, que no queria, con respecto á Portugal, ningun partido definitivo que le ligase con la córte de Madrid. Hubiera podido, por egemplo, y habria sido el partido mas seguro, dar el Portugal á la España, recibiendo en compensacion las islas Baleares, las Filipinas ó cualquier otra posesion remota. De este modo hubiera llenado de gozo á la nacion española, satisfaciendo la mas antigua y la mas constante de sus ambiciones: hubiera encantado á la misma córte, cubriendo sus torpezas con un velo glorioso, y habria por último hecho amable la alianza de la Francia, que hasta alli habia sido mirada por los españoles como muy onerosa. Mas obrar de este modo hubiera sido recompensar la pusilanimidad, la traicion y la incapacidad, como la fidelidad mas útil y esperimentada; y esto no podia exigirse de un aliado tan descontento como Napoleon tenia motivos para estarlo. Quedaba otro partido que tomar, que era el de apropiarse en cambio de Portugal, algunas provincias españolas limítrofres á la frontera francesa, y proporcionarse un punto de apoyo al otro lado de los Pirineos como lo tenia ya detrás de los Alpes, con la posesion del Piamonte: política detestable, buena cuando mas para el Austria, que siempre ha ambicionado poseer las vertientes de los Alpes, y cuyo terreno compuesto de conquistas mal enlazadas entre sí, no está delineado por la naturaleza de modo que pueda inspirarla gusto á las fronteras bien trazadas. Apoderarse de las Provincias Vascongadas, y de las situadas á orillas del Ebro, como Aragon y Cataluña, hubiera sido una grave falta geográfica, un medio seguro de herir á todos los españoles en la parte mas sensible, y una manera muy ineficaz de colocar á su gobierno bajo la dependencia de Napoleon, pues por su sumision y por su incapacidad de defenderse lo estaba aquel gobierno; y

no hubiera llegado á ser tan hábil, activo y adicto como podia desear por la cesion del Aragon ó de Cataluña á la Francia. Le haria mas despreciable, pero de ningun modo mas fuerte, mas intrépido y mas aplicado.

Esta manera de disponer de la España, era la peor y mas peligrosa de todas. Napoleon no se inclinaba á ella. Sin embargo, la habia examinado como todas las demas, y lo que prueba que habia pensado en ello, es que en aquella misma época, pidió á la legacion francesa en Madrid, una estadística de las Provincias Vascongadas y de las que baña el Ebro. Encontrábase entonces á su lado un consejero peligroso, no porque careciese de buen sentido, sino porque no era muy amante de lo verdadero: era este Mr. de Talleyrand, que habiendo adivinado las secretas preocupaciones de Napoleon, ejercia sobre él la mas funesta de las seducciones, la de hablarle constantemente del objeto de sus pensamientos. No hay para el poder adulador mas peligroso que el cortesano que habiendo caido en desgracia quiere recobrar el perdido favor. El ministro Fouché á quien se privó en 1802 de la cartera de la Policía, por no aprobar la escelente institucion del Consulado vitalicio, se esforzó en recuperarla, secundando con mil intrigas el funesto establecimiento del Imperio. Mr. de Talleyrand, desempeñaba en aquellos momentos un papel exactamente igual. Habia disgustado sensiblemente á Napoleon, dejando el ministerio de Negocios estrangeros por la posicion de gran dignatario, y procuraba complacerle de nuevo, aconsejándole como le agradaba que lo hicieran. Mr. de Talleyrand era uno de los que habian

seguido á la córte en su viage á Fontainebleau: desde el acontecimiento de Copenhague, veia comenzar de nuevo la antigua série de guerras; la Francia lanzando á la Rusia al Norte y al Oriente, para poder arrojarse ella misma sobre el Mediodía y el Occidente: que la cuestion de Portugal iba haciéndose cada vez mas apremiante, y si no tenia bastante talento para juzgar sobre los arreglos que mas convenian en Europa, conocia muy bien las pasiones humanas, para descubrir que Napoleon tenia sobre la Península pensamientos todavía vagos, pero que absorvian enteramente su atencion. Hecho ya aquel descubrimiento, procuró hacer recaer la conversacion sobre el asunto, y vió con satisfaccion que la frialdad que le manifestaba Napoleon iba rápidamente desapareciendo, que la conversacion era mas animada, y que si no se restablecia la confianza, le faltaba muy poco. Se habia aprovechado de aquella circunstancia, y no habia cesado de añadir al repugnante cuadro de la córte de España, coloridos de que no necesitaba para ofender la vista de Napoleon. Con respecto á Portugal, opinaba que bajar hasta el Ebro y establecerse en él, en compensacion de la cesion que se hiciese á la España en las orillas del Tajo, era una posicion de espectativa muy útil, y por consiguiente ventajosa. Napoleon no adoptaba aquel proyecto y preferia otro; mas no por eso habia dejado de llegar á ser Mr. de Talleyrand su mas íntimo confidente, despues de haber sido recibido dos meses con la mayor frialdad. Veíase contínuamente á Napoleon, en cuanto volvia de la caza, ó se separaba de las señoras, hablar con Mr. de Talleyrand largamente y con mucho calor,

y á veces con una sombría procupacion, de un asunto evidentemente grave, que se ignoraba, y no podia esplicarse, porque el imperio se encontraba próspero, pacífico y poderoso desde el tratado de Tilsit. Paseandose Napoleon por las dilatadas galerías de Fontainebleau, unas veces con lentitud y otras con una ligereza proporcionada á la vivacidad de sus pensamientos, ponia en tortura á su enfermo cortesano, que no podia seguirle sino mortificando su cuerpo, como sacrificaba su alma para lisongear los funestos y deplorables arrebatos del genio. Un solo hombre, privado por la vez primera de la confianza de que habia gozado, el archicanciller Cambaceres, penetraba el asunto de aquellas conversaciones, y desgraciadamente ni se atrevia á interrumpirlas, ni á oponer su asiduidad á la de Mr. de Talleyrand; porque con el tiempo Napoleon se habia hecho mas imperioso para con él, menos amigable, y no era ya accesible á los consejos de su tímida sabiduría. Algunas palabras que se le habian escapado, habian sido suficientes para descubrir la oposicion de aquel previsor hombre de estado á toda nueva empresa, y particularmente á mezclarse en los enmarañados negocios de la Península, en que gobiernos corrompidos dirigian á pueblos poco ilustrados, y en donde se tropezaria con dificultades diez veces mayores que las que José encontraba en la Calabria. Napoleon habia conocido perfectamente la opinion del príncipe Cambaceres, y temiendo la desaprobacion de un hombre sábio, cuando no temia al mundo, le manifestaba la misma amistad, pero no igual confianza (1).

(1) Refiero aqui la asercion del mismo príncipe Cambaceres, confirmada por el dicho de testigos oculares, unos antiguos ministros de Napoleon, otros individuos de su córte, y por numerosas correspondencias.

Acababa de aparecer en Fontainebleau otro personage oscuro, rara vez admitido al honor de figurar en presencia de Napoleon, pero tan hábil y astuto como el mejor agente secreto: era el señor Izquierdo, persona en quien tenia toda su confianza el príncipe de la Paz, y que como ya hemos dicho, habia sido enviado en París, para tratar sériamente los negocios que los señores Mascrano y Frias solo tratarian en la forma. Estaba no tan solo encargado de los intereses de España, sino de los del príncipe de la Paz, á quien era muy adicto, porque le habia apreciado y distinguido hasta el punto de encargarle las misiones mas importantes. Desempeñaba como mejor podia los negocios de su pais, y los de don Manuel Godoy, por que aunque partidario de este último, era buen español. Dotado de una rara sagacidad, habia presentido que se acercaba el momento crítico para España; porque por una parte, Napoleon, cada dia estaba mas descontento con una aliada incapaz y pérfida, y por otra porque habiendo tocado sucesivamente todas las cuestiones europeas, tenia naturalmente que llegar á la de la Península, y á los negocios del Mediodía por la conclusion, á lo menos aparente, de los del Norte Asi es, que este agente sutil é insinuante, hacia cuantos esfuerzos le eran posibles para estar bien informado de lo que pasaba en el consejo del emperador. Habia logrado su objeto por medio de Mr. Duroc, aposentador mayor de palacio, que estaba casado con una

española hija del señor Hervas, encargado en otro tiempo de los asuntos rentísticos de la córte de Madrid, y que despues fué marqués de Almenara y embajador en Constantinopla. El señor Izquierdo habia cultivado aquella preciosa relacion, y procuraba, contemporizando con la rectitud y discrecion de Mr. Duroc, descubrir los designios de Napoleon, ó hacer que llegasen á sus oidos palabras provechosas. Con motivo de los asuntos de Portugal no habia dejado de presentarse con mas frecuencia en Fontainebleau, para procurar el resultado mas ventajoso á la España y á su protector.

Aunque la córte de Madrid sentia avivarse sus deseos con la idea de una operacion sobre Portugal, no podia sin embargo ver sin pesar á la casa de Braganza arrojada al Brasil, porque tenia tambien graves temores por sus colonias de América, desde que los Estados Unidos habian sacudido el yugo de la Inglaterra. El establecimiento de un estado europeo é independiente en el Brasil, la hacia temer una nueva conmocion que llegaria hasta Méjico, el Perú y las provincias de la Plata, y las impulsaria á constituirse tambien en estados libres, y en aquellos momentos en que su prevision superaba á su codicia, hubiera preferido que los Braganzas permaneciesen en Lisboa á las eventualidades de adquirir el Portugal por medio de su partida. Sin embargo, no era probable que los Braganzas, á quienes ya salvara en 1802 la España á costa de su isla de la Trinidad, pudiesen libertarse otra vez en 1807. Era, pues, preciso resignarse á que fuesen de grado ó por fuerza relegados al Brasil. En esta situacion la córte de Madrid, lo mejor que podia hacer era adquirir el Portugal. Pero conocia bien que no merecia de Napoleon tan rica recompensa: no dudaba que eran necesarios sacrificios para comprarle, y aun tal vez, consentir en que fuese dividido: en este caso, el señor Izquierdo tenia una mision secundaria, la de obtener una de las provincias portuguesas para su protector el príncipe de la Paz. Viendo éste, que de dia en dia se iba formando contra él una tempestad terrible, tanto en la córte como en la nacion, queria si era precipitado desde la cúspide de la grandeza, no quedar reducido á la nada, sino tener un principado independiente y sólidamente garantido. La reina deseaba tambien ardientemente aquel refugio para su favorito. El buen Cárlos IV creia que le era debido al hombre, que con sus grandes servicios, decia, le ayudaba ya hacia veinte años á llevar el peso de la corona. En consecuencia, el señor Izquierdo habia recibido de sus soberanos, y del mismo príncipe de la Paz, espreso encargo de procurar aquel resultado en el caso de que Portugal no fuese íntegramente cedido á la España. Habia que satisfacer ademas otra ambicion si se partia el Portugal, y era la de la reina de Etruria, muy querida hija de los reyes de España, viuda del príncipe de Parma, madre de un rey de cinco años, y regenta del reino de Etruria, establecido hacia algunos años por el primer cónsul. Se sospechaba con razon que Napoleon no dejaria á la España, como al Austria, ninguna posesion en Italia, y por esta razon se pedia para la reina de Etruria una parte de Portugal. Dividido entonces este reino en dos principados vasallos de la corona de España, hubiera llegado á ser en realidad una

provincia española. Ademas, la córte de Madrid, en medio de su desidia y abatimiento, alimentaba un deseo ambicioso, el de adquirir un título que cubriese sus miserias presentes, y que Cárlos IV se llamase *rey de España y emperador de las Américas*. De este modo, todos quedaban satisfechos: el favorito tendria un principado en que abrigar sus torpezas: la reina, la satisfaccion de haber procurado por el bien estar de su favorito y de su hija predilecta, y el monarca un título que lisonjease su vanidad.

Tales eran las ideas que el señor Izquierdo tenia encargo de proponer en Fontainebleau. De todos los proyectos posibles, el último era el que menos se apartaba de las miras de Napoleon. No queria como ya hemos dicho, ningun arreglo que llegase á ser definitivo. No pensaba dar el Portugal pura y simplemente á la córte de Madrid, don que no habia merecido, y que la hubiera realzado á los ojos de los españoles. Habia renunciado á la idea, preconizada por Mr. de Talleyrand, de establecerse al otro lado de los Pirineos, por la adquisicion de las provincias del Ebro. Debia preferir, salvas algunas modificaciones, el proyecto de segregacion propuesto por el señor Izquierdo, que era el único que por el momento ofrecia las ventajas á que aspiraba. Napoleon habia resuelto no dejar en Italia príncipes estrangeros, y despues de haber espulsado á los austriacos, tenia que alejar tambien á los españoles, no por lo peligrosos, sino por incómodos. Se habia, pues, adivinado muy bien su verdadero pensamiento, suponiendo que procuraria recobrar la Etruria, por medio de un cambio con una parte de Portugal. Aunque despreciaba altamente al favorito que envilecia y perdia á la España, le convenia tenerle propicio algun tiempo todavía, para que estuviese á su disposicion en las diferentes eventualidades que preveia, ó que queria producir. Pero creia que era demasiado dar á la reina de Etruria la mitad de Portugal en precio de la Toscana, y la otra mitad al favorito, en premio de su adhesion. En consecuencia, cuidandose muy poco de persuadir á gentes á quienes no tenia mas que significar su voluntad, dicto á Mr. de Champagny el 23 de octubre por la mañana una nota, que contenia sus resoluciones definitivas (1). Concedia á la reina de Etruria y para su hijo, un estado de ochocientas mil almas de poblacion, situado á orillas del Duero, cuya capital seria Oporto, y que debia denominarse *reino de la Lusitania Septentrional*. En el otro estremo, y en la parte meridional de Portugal, concedia al príncipe de la Paz un estado de cuatrocientas mil almas de poblacion, compuesto de los Algarves y el Alentejo, con el título de *principado de los Algarves*. Estos dos pequeños estados reunidos, representaban la poblacion de la Toscana, calculada entonces en un millon doscientas mil almas. Napoleon no estaba bastante contento de la España, para darla mas de lo que la quitaba. Se reservó el centro de Portugal, es decir, Lisboa, el Tajo, y el alto Duero, con los nombres de *Estremadura portuguesa*, *Beyra* y *Tras-os-montes*, y una poblacion de dos millones de habitantes. Este arreglo, ente-

(1) Estas noticias están tomadas de la misma nota ó instrucciones enviadas de Madrid al señor Izquierdo, conservadas una y otras en el Louvre, entre los papeles de Napoleon.

ramente provisional, le convenia maravillosamente, porque dejaba las cosas en suspenso, y ofrecia ó el medio de recobrar mas tarde las colonias españolas, devolviendo las dos terceras partes de Portugal á la casa de Braganza, ó el de hacer con la casa de España la division de territorio que quisiese, si se decidia á dejarla reinar uniéndosela por los lazos de un matrimonio. En todo caso, habia convenido en que los nuevos principados portugueses, se constituirian en soberanías vasallas de la corona de España, y que el pobre rey Cárlos IV se titularia, segun su deseo, *rey de las Españas, y emperador de las Américas*, y que como Napoleon, llevaria el doble dictado de *Magestad Imperial y Real*.

Ademas de estas condiciones, exigia que la España uniese á las tropas francesas una division de diez mil hombres para invadir la provincia de Oporto; una de diez á once mil para auxiliar el movimiento de los franceses sobre Lisboa, y otra de seis mil para ocupar los Algarves. Que el general Junot, mandaria las tropas francesas y aliadas, á menos que el príncipe de la Paz ó el rey Cárlos IV no estuviesen en el ejército, lo que habian prometido no hacer, porque Napoleon jamás hubiera consentido en confiar á semejantes generales la suerte de sus soldados. Disponiendo de este modo de Portugal, recobraba inmediatamente la Etruria, lo cual le urgia para sus arreglos de Italia, arrojaba un grosero cebo á la ambicion del príncipe de la Paz, aplazaba toda resolucion con respecto á la Península, y no decidia irrevocablemente la cuestion del establecimiento de los Braganzas en América.

El tratado que contenia esta division provisional del Portugal, fué redactado con arreglo á la nota que Napoleon habia dictado á Mr. de Champagny, y firmado por el señor Izquierdo en representacion de la España, y por Duroc en la de la Francia. Fué firmado en Fontainebleau el 27 de octubre, y adquirió con el título de *Tratado de Fontainebleau*, una triste celebridad, porque fué el primer acto de la invasion de la Península.

Inmediatamente se espidió órden al general Junot, cuyas tropas que habian entrado el 17 en España, se hallaban ya reunidas en Salamanca, para que se dirigiese al Tajo por Alcántara, y siguiese por la orilla derecha de aquel rio, mientras que por la izquierda lo efectuaria el general Solano, marqués del Socorro, con diez mil españoles. Se le recomendó espresamente que enviase á París todos los emisarios portugueses que se le presentasen, diciéndoles que no tenia facultades para tratar, que sus instrucciones eran marchar sobre Lisboa, como amigo si no se le hostilizaba, y como conquistador si se le oponia alguna resistencia.

Mr. de Talleyrand, por haber prestado oidos á los proyectos de Napoleon sobre la España, obtuvo lo que deseaba, es decir, una especie de supremacía en el departamento de Negocios estrangeros. Napoleon, irritado en un principio al verle abandonar la cartera, por la dignidad puramente honorífica de vice gran elector, le habia dado á entender que ya no tendria ninguna participacion en la diplomacia del imperio. Pero vencido por la destreza de Mr. de Talleyrand, decretó que el vice gran elector reemplazaria en sus funciones, no solo al mismo gran elector, ausente porque reina-

ba en Nápoles, sino al archicanciller de Estado, ausente porque ocupaba el trono de Milan. Ya recordarán nuestros lectores que el archicanciller de Estado tenia la atribucion especial de la presentacion de embajadores, la custodia de los tratados, y en una palabra, la parte honorífica de la diplomacia imperial. Reuniendo de este modo Mr. de Talleyrand, al papel de aparato que le atribuia el decreto, el mas sério que ya desempeñaba, de la confianza del emperador, se encontraba á un mismo tiempo dignatario y ministro, que era lo que ambicionaba, y que Napoleon habia declarado que no queria que sucediese. El archicanciller Cambaceres hizo la observacion á Napoleon, que se quedó un poco embarazado, y prometió que no firmaria el decreto. Pero el archicanciller Cambaceres marchaba entonces á Montpellier, su ciudad natal, que hacia mucho tiempo no habia visitado; y apenas hubo partido, cuando el decreto tan apetecido por Mr. de Talleyrand, fué firmado y publicado como uno de los actos oficiales (1). Así en aquel instante decisivo y funesto, se alejaba la prudencia y permanecia la complacencia, complacencia

(1) Lo que parecerá singular, y es muy digno de notarse, es que el archicanciller Cambaceres en sus preciosas memorias manuscritas, refiere que Napoleon se adhirió á su consejo, y que Mr. de Talleyrand no obtuvo lo que deseaba. Esto es un error de aquel grave personage, porque la correspondencia de Napoleon, y el *Monitor* (número 311, del 7 de noviembre de 1807) prueban que se firmó el decreto. Pero Napoleon, para evitar sin duda el compromiso de entrar en esplicaciones, no habló ya mas probablemente de ello al archicanciller, que pudo creer que no existia tal decreto.

mucho mas peligrosa en Mr. de Talleyrand que en ningun otro, porque en él tomaba todas las formas del buen sentido.

Napoleon tenia proyectado partir para Italia en cuanto recibiese á Mr. de Tolstoy, porque desde 1805 no habia visto aquel pais de su predilección. Queria llevarle el beneficio de su presencia vivificadora, abrazar á su hijo adoptivo Eugenio de Beauharnais, á su hermano mayor José, y conversar con el mismo Luciano, á quien esperaba volver á hacer entrar en el seno de la familia imperial, y aun colocar en un trono. Pero de repente, en el momento de emprender la marcha, noticias que acababan de llegar de Madrid, le detuvieron y le obligaron á suspenderla (1). Aquellas noticias, que hacia algun tiempo comenzaban á tomar un carácter grave, eran de la naturaleza mas estraña, y que menos podia esperarse. Anunciaban que el dia 27 de octubre, el mismo en que se firmaba en Francia el tratado de Fontainebleau, el príncipe de Asturias habia sido preso en el Escorial, y puesto arrestado en su misma habitacion: que se habian ocupado sus papeles, y encontrado en ellos pruebas de una conspiracion contra el trono, y por último, que se le iba á formar causa criminal. Una carta fechada el dia 29, y firmada por Cárlos IV, participaba á Napoleon, que su hijo primogénito, seducido por malvados, habia formado el doble proyecto de atentar contra la vida de su madre, y la corona de su padre. El desventurado monarca añadia, que semejante atentado debia

(1) La correspondencia de Napoleon prueba este hecho de la manera mas auténtica.

ser castigado, que se trabajaba en descubrir los instigadores, pero que el príncipe, autor ó cómplice de tan abominables proyectos, no debia reinar, y que uno de sus hermanos, mas digno del rango supremo, le reemplazaria en su paternal corazon y en el trono.

Perseguir criminalmente al heredero de la corona, y variar el órden de sucesion al trono, eran resoluciones de inmensa gravedad, que debian causar gran sensacion á Napoleon, muy ocupado ya de los asuntos de España, que no le permitian alejarse. La escitacion que se hacia á su amistad, y casi á sus consejos, anunciándole aquella desgracia de familia, terrible si era verdadera, y deshonrosa si no era mas que la calumnia de una madre desnaturalizada, acogida por un padre imbécil, le obligaba á enterarse exactamente de los hechos, y casi á intervenir para dominar sus consecuencias. Ademas, en la misma época, llegaron cartas del príncipe de Asturias, que imploraba la proteccion de Napoleon contra implacables enemigos, y solicitaba no tan solo ser su protegido, sino su pariente, su hijo adoptivo, obteniendo la mano de una princesa francesa (1). Asi es que los desgra-

(1) La carta bien conocida en que Fernando pedia á Napoleon su proteccion y la mano de una princesa de su familia, es del 11 de octubre. Mas por razones que en otra parte espondremos, no fué remitida por Mr. de Beauharnais hasta el dia 20, en el que, ó en el 21, salió de Madrid, y no pudo llegar hasta el 28 á Paris y el 29 á Fontainebleau, porque los correos empleaban entonces siete ú ocho dias desde Madrid á Paris. (1)

(1) La carta que cita Mr. Thiers estaba concebida en los siguientes términos.

ciados Borbones, tanto el padre como el hijo, llamaban por si mismos, y casi obligaban á mezclarse en sus negocios al temible conquistador, tan disgustado ya de su incapacidad, y demasiado dis-

«Señor: el temor de incomodar á V. M. I. en medio de sus hazañas y grandes negocios que lo ocupan sin cesar, me ha privado hasta ahora de satisfacer directamente mis deseos eficaces de manifestar, á lo menos por escrito, los sentimientos de respeto, estimacion y afecto que tengo al héroe mayor que cuantos le han precedido, enviado por la Providencia para salvar la Europa del trastorno total que la amenazaba, para consolidar los tronos vacilantes y para dar á las naciones la paz y la felicidad.

«Las virtudes de V. M. I., su moderacion, su bondad aun con sus mas injustos é implacables enemigos, todo, en fin, me hacia esperar que la espresion de estos sentimientos seria recibida como efusion de un corazon lleno de admiracion y de la amistad mas sincera.

«El estado en que me hallo de mucho tiempo á esta parte, incapaz de ocultarse á la grande penetracion de V. M. I., ha sido hasta hoy segundo obstáculo que ha contenido mi pluma preparada siempre á manifestar mis deseos. Pero lleno de esperanzas de hallar en la magnanimidad de V. M. I. la proteccion mas poderosa, me determino, no solamente á testificar los sentimientos de mi corazon para con su augusta persona, sino á depositar los secretos mas íntimos en el pecho de V. M. I. como en el de un tierno padre.

«Yo soy bien infeliz de hallarme precisado por circunstancias particulares á ocultar, como si fuera crimen, una accion tan justa y tan loable; pero tales suelen ser las consecuencias funestas de un esceso de bondad, aun en los mejores reyes.

«Lleno de respeto y de amor filial para con mi padre (cuyo corazon es el mas recto y generoso), no me atreveria á decir, sino á V. M. I. aquello que V. M. I. conoce mejor que yo; esto es, que estas mismas cualida-

puesto á arrojarlos de un trono en que no solamente eran inútiles, sino peligrosos á la causa comun de la Francia y de la España.

Para esplicar estas estrañas circunstancias, es

des suelen con frecuencia servir de instrumento á las personas astutas y malignas para confundir la verdad á los ojos del soberano, por mas propia que sea esta virtud de carácteres semejantes al de mi respetable padre.

«Si los hombres que le rodean aqui le dejasen conocer á fondo el carácter de V. M. I., como yo lo conozco, ¿con qué ansias procuraria mi padre estrechar los nudos que deben unir nuestras dos naciones? Y ¿habrá medio mas proporcionado, que rogar á V. M. I. el honor de que me concediera por esposa una princesa de su augusta familia? Este es el deseo unánime de todos los vasallos de mi padre, y no dudo que tambien el suyo mismo (á pesar de los esfuerzos de un corto número de malévolos), asi que sepa las intenciones de V. M. I. Esto es cuanto mi corazon apetece; pero no sucediendo asi á los egoistas pérfidos que rodean á mi padre, y que pueden sorprenderle por un momento, estoy lleno de temores en este punto.

«Solo el respeto de V. M. I. pudiera desconcertar sus planes abriendo los ojos á mis buenos y amados padres, y haciéndolos felices al mismo tiempo que á la nacion española y á mi mismo. El mundo entero admirará cada dia mas la bondad de V. M. I. quien tendrá en mi persona el hijo mas reconocido y afecto.

«Imploro, pues, con la mayor confianza la proteccion paternal de V. M. I. á fin de que no solamente se digne concederme el honor de darme por esposa una princesa de su familia, sino allanar todas las dificultades y disipar todos los obstáculos que pudieran oponerse en este único objeto de mis deseos.

«Este esfuerzo de bondad de parte de V. M. I. es tanto mas necesario para mi, cuanto yo no puedo hacer

necesario retroceder un poco y dar á conocer lo que pasaba en la córte de España de un año á aquella parte. En el tomo IV hemos hecho ya la pintura de aquella córte degenerada y dominada por un insolente favorito, que habia llegado á usurpar en algun modo la autoridad real, merced á la pasion que veinte años antes habia inspirado á una reina sin pudor. Si existia en Europa un lugar adecuado para presentar en toda su deformidad el espectáculo de la corrupcion de las córtes, era seguramente la España. Situada detrás de los Pirineos entre tres mares, casi sin comunicacion con la Europa, al abrigo de sus ejércitos y sus ideas, en medio de una opulencia hereditaria, que tenia su orígen en los tesoros del Nuevo Mundo, y que fomentaba la pereza del pueblo y de sus príncipes; bajo un clima ardiente que escita los sentidos mas bien que la imaginacion, podia en

ninguno de mi parte, mediante á que se interpretaria á insulto á la autoridad paternal, estando como estoy reducido á solo el arbitrio de resistir (y lo haré con invencible constancia), mi casamiento con otra persona, sea la que fuese, sin el consentimiento y aprobacion positiva de V. M. I., de quien yo espero únicamente la eleccion de esposa para mi.

«Esta es la felicidad que confio conseguir de V. M. I., rogando á Dios que guarde su preciosa vida muchos años. Escrito y firmado de mi propia mano, y sellado con mi sello en el Escorial á 11 de octubre de 1807.=De V. M. I. y R. su mas afecto servidor y hermano= Fernando.

(Traduccion hecha por Llorente en sus memorias, y sacada del original inserto en el Monitor de 5 de febrero de 1810).

(Nota del traductor.)

efecto adormecerse, enervarse y degenerar una córte antigua entre un clero intolerante para la heregía, pero despreocupado en cuanto al vicio, y una nacion habituada á mirar la dignidad real con tanto respeto como á la misma divinidad. A fines del último siglo, un príncipe ilustrado y laborioso, y un ministro digno de él, Cárlos III y Florida-Blanca, habian tratado de contener la decadencia general, pero no habian conseguido mas que suspender por un momento el triste curso de las cosas. En el reinado siguiente, la España descendió al último grado de abatimiento, aun cuando las buenas cualidades de la nacion solo se encontraban entorpecidas. El rey Cárlos IV, recto siempre y bien intencionado, pero incapaz de otro trabajo que el de la caza, miraba como un beneficio del cielo, que cualquiera le aliviase del peso de los negocios; su esposa, siempre distraida en galantes aventuras como una princesa romana del Bajo Imperio, seguia siempre sometida al antiguo guardia de Corps que habia llegado á ser príncipe de la Paz: éste, vano, ligero, perezoso, ignorante y pusilánime, solo carecia de un vicio, la crueldad, y dominaba á su amo, tomándose el pequeño trabajo de concebir por él las suaves y caprichosas resoluciones que bastaban para la marcha de un gobierno envilecido: el rey, la reina y el príncipe de la Paz, habian conducido á la España á un estado muy difícil de describir. No habia ya ni hacienda, ni marina, ni ejército, ni política, ni autoridad sobre unas colonias prontas á rebelarse, ni respeto á una nacion indignada, ni relaciones con la Europa que despreciaba á una córte pérfida y sin voluntad: tampoco podia contar con el apoyo

de la Francia, porque Napoleon, en su desprecio hácia ella habia llegado á creer que todo le era permitido con una potencia que se hallaba en semejante grado de abyeccion: tal era la España en octubre de 1807.

El primer interes de la monarquía española, desde que encerrada entre los Pirineos y los mares que la circuyen, no tenia ya que inquietarse ni por los Paises Bajos ni por la Italia, debia ser la marina, que comprendia entonces la administracion de sus colonias y la de sus arsenales. Las colonias no tenian soldados, ni fusiles para armar á los colonos en defecto de aquellos. Sus capitanes generales eran en su mayor parte oficiales tan tímidos é incapaces, que el gobernador de las provincias de la Plata habia entregado la ciudad de Buenos Aires á los ingleses sin combatirlos, y fué necesario que un francés, Mr. de Liniers, á la cabeza de quinientos hombres, emprendiese por sí mismo el arrojar á los invasores, lo que hizo con el éxito mas completo. Los españoles indignados, depusieron al capitan general, y querian nombrar en su lugar á Mr. de Liniers, que no aceptó mas que el título provisional de comandante militar. En vano quedaba exhausta de sus ricos metales la cadena de las Cordilleras; el oro y la plata arrancados de sus entrañas, yacian acumulados en los sótanos de las capitanías generales, porque no habia un buque español que fuese por ellos. El gobernador de las Filipinas, por egemplo, que carecia de municiones, de víveres y de dinero para comprarlos, se habia visto obligado á dirigirse al intrépido capitan Bourayne, que mandaba la fragata francesa la *Cañonera*, cuyos brillantes combates hemos

referido anteriormente, para que le proporcionase pesos duros. El capitan Bourayne le llevó 12.000,000, despues de haber hecho dos veces la travesía desde las Filipinas á Méjico, y atravesado otras dos la mitad del globo. Para tener en Madrid un poco de aquel precioso numerario americano, era necesario que el gobierno español vendiese considerables sumas á los Estados-Unidos, á la Holanda, y aun algunas veces á la Inglaterra, que necesitándole indispensablemente para ella misma, consentia en encargarse de su trasporte á Europa, y en dar la mitad del valor al enemigo, para poder obtener la otra mitad.

En cuanto á la marina, he aqui su estado. Compuesta de setenta y seis navíos y cincuenta y una fragatas, en tiempo de Cárlos III, solo constaba en el reinado de Cárlos IV, de treinta y tres navíos y veinte fragatas. De los treinta y tres navíos habia que deshacer ocho inmediatamente, porque no valian lo que tenia que gastarse en su reparacion. Quedaban veinte y cinco; cinco de tres puentes, muy hermosos y bien construidos; once de setenta y cuatro cañones, medianos y malos, y nueve de sesenta y cuatro y cincuenta y cuatro, la mayor parte viejos y muy pequeños con respecto á las nuevas dimensiones adoptadas en la construccion naval. Las veinte fragatas se dividian en diez armadas ó propias para serlo, y diez malas ó que necesitaban reparos. En todo este material naval solo habia seis navíos prontos para hacerse á la vela, apenas tenian víveres para tres meses, sus tripulaciones estaban incompletas, y su carena en muy mal estado. Estos seis navíos eran los de Cartagena, armados y tripulados tres años hacia, pero

que jamás habian levado el áncora mas que para salir á la embocadura del puerto y volver á entrar en él inmediatamente. Ni en Cádiz ni en el Ferrol se encontraba un buque capaz de hacerse á la mar. En Cadiz habia, es cierto, seis navíos armados, pero sin víveres ni tripulaciones. No faltaban marineros, pero como no habia con que pagarlos, se los dejaba sin ocupacion en los puertos. El corto número de los que estaban en el servicio, en lugar de hallarse á bordo de la escuadra, se los destinaba á las lanchas cañoneras para proteger el cabotage entre Algeciras y Cádiz. Asi es que toda la marina española, en estado de actividad, se reducia á seis navíos armados y tripulados en Cartagena (estos sin una sola fragata), y á otros seis armados en Cádiz, pero sin tripular. De las veinte fragatas solo habia cuatro armadas, y seis en estado de serlo. El porvenir era tan triste como el presente, porque en toda España no habia mas que dos navíos en construccion, y colocados en astillero tanto tiempo hacia, que se creia no verlos jamás concluidos.

En Cartagena, el Ferrol y Cádiz faltaba madera, hierro, cobre y cáñamo. Estos magníficos arsenales construidos en muchos reinados, y dignos de la grandeza española por su estension, y por lo bien acondicionados para todas las necesidades de una poderosa marina, se iban desmoronando. Los puertos se cegaban: la soberbia dársena de Cartagena se iba llenando de arena é inmundicias. Los numerosos canales que ponen al puerto de Cádiz en comunicacion con las ricas y fértiles llanuras de la Andalucía, estaban obstruidos por el cieno y los fragmentos de buques. En aquellos ca-

nales se habian sumergido un navío, el *San Gabriel*, dos fragatas, una corbeta, tres gabarras, dos trasportes, y otras varias embarcaciones. Uno de los almacenes del arsenal de Cádiz, destruido por las llamas hacia ya nueve años, no se habia reedificado. Los estanques destinados á dejar los buques en seco se perdian por las infiltraciones. De los dos de Cartagena, construidos hacia cincuenta años, y en que no se habia hecho ningun reparo, para conservar uno en seco, fué necesario quemar la madera de muchos buques para el servicio de la máquina de desecacion. Y con todo, el *San Pedro de Alcántara* que se reparaba allí, estuvo muy espuesto á sumergirse. Las cordelerías de Cádiz y Cartagena eran las mejores de Europa, pero ni aun se destinaban algunos quintales de cáñamo para ocuparlas. Sin embargo, Sevilla, Granada y Valencia pedian con instancias que se las comprase sus cáñamos que no tenian despacho. Las hayas y encinas de Castilla la Vieja, Vizcaya y Asturias destinadas al Ferrol; las encinas de la Serranía de Ronda destinadas á Cádiz, y los hermosos pinos de Andalucía, Murcia y Cataluña, destinados á Cartagena y Cádiz, estaban pudriéndose derribados en el suelo por falta de trasportes para conducirlos á los astilleros en que debian emplearse. No solo faltaban las materias porque no se compraban, sino porque no se vendian. Bajo el pretesto de desembarazarse de objetos de desecho, la administracion del puerto de Cartagena, para proporcionarse dinero y pagar algunos sueldos, habia vendido los materiales mas preciosos, especialmente de la clase de metales. La administracion de aquel puerto encargada de abastecer á

la escuadra, no encontraba víveres, porque debia 13.000,000 de reales á los proveedores. Los obreros desertaban, no por traicion, sino por necesidad: de cinco mil obreros apenas quedaban setecientos en Cartagena. Unos habian muerto en la epidemia que desoló las costas de España algunos años antes, y otros habian huido á Gibraltar, é iban á comer el pan de la Inglaterra sirviéndola. El número de los de Cádiz se habia disminuido considerablemente por las mismas causas. En 1807 se les adeudaban nueve pagas, y se veian reducidos á mendigar. Los marineros se habian diseminado tambien por el interior ó por el estrangero, y á algunos se les debian veinte meses de sueldo. Los pocos recursos de que se podia disponer, se invertian en pagar un numeroso estado mayor que no guardaba proporcion con las fuerzas de la marina. Contábase en él un gran almirante, dos almirantes, veinte y nueve vice-almirantes, sesenta y tres oficiales cuya graduacion correspondia á la de contra-almirante, ochenta capitanes de navío, ciento treinta y cuatro capitanes de fragata, y ademas doce intendentes, seis tesoreros, once comisarios ordenadores, y setenta y cuatro comisarios de marina. Todo esto para una potencia marítima, reducida á treinta y tres navíos y veinte fragatas de los que solo tenia armados y equipados seis navíos y cuatro fragatas!..... Hé aquí á lo que habia llegado la marina de una de las naciones del globo mas naturalmente destinadas al mar, de una nacion casi tan insular como la Inglaterra, con mucho mejores puertos que los suyos, como el Ferrol, Cádiz y Cartagena: con maderas que los ingleses no tienen, como las en-

cinas de Castilla la Vieja, de Leon, de Vizcaya, de Asturias y de Ronda: los pinos de Andalucía, Murcia, Valencia y Cataluña: con materias de todas clases, como el hierro de los Pirineos, los cobres de Méjico y del Perú, y los cáñamos de Valencia, Granada y Sevilla; y en fin, con obreros hábiles y numerosos, marineros intrépidos, y oficiales capaces de morir heróicamente como Gravina. Todos estos hechos que acabamos de referir apenas eran conocidos de la córte de Madrid (1). Cuando se preguntaba á la administra-

(1) El gobierno español no sabia efectivamente nada, ó casi nada de los pormenores que referimos acerca del estado de la marina, y de los que espondremos acerca del ejército y de la hacienda. Napoleon conocia la mayor parte de ellos, por medio de sus agentes, que eran muchos y estaban estimulados por su incesante curiosidad. Pero sus relaciones no eran la única fuente de sus informes. Cuando algunos meses despues entró en España, fueron completamente conocidos los hechos relativos á la marina, merced á una inspeccion que se mandó hacer en los puertos, y á un precioso trabajo del señor Muñoz, el ingeniero mas hábil de la marina española. Tambien se encargaron iguales trabajos, sobre el ejército, al señor O-Farril, y sobre la hacienda, al señor de Azanza. Este trabajo, ejecutado antes de la insurreccion general de la España, tuvo por elementos; en cuanto al ejército, las revistas generales de inspeccion, y en cuanto á la hacienda, los papeles de la caja de Consolidacion. Todo se remitió con los documentos comprobantes á Napoleon, que durante muchos meses gobernó la España desde su palacio de Bayona. Allí se aclaró todo y se supo con exactitud lo que yase sospechaba, el estado deplorable de la administracion española. De la interesante y voluminosa coleccion de estos papeles, reunidos en el Louvre con los de Napoleon, están tomados los datos auténticos que presento sobre los negocios administrativos de España. He confrontado con cuidadoso esmero todos aquellos estados y no me queda la mas leve duda en cuanto á su exactitud. Como los señores Muñoz, O-Farril y Azanza no escribian ni para el público ni para una asamblea, como no sostenian polémica alguna con nadie, y solo daban á conocer pura y simplemente los recursos de que se podia disponer, se veian obligados á decir la verdad, que ningun interés tenian en ocultar, y la apoyaban en documentos irrefragables, como las inspecciones de la víspera, los registros y los estados de caja. Sus noticias concordaron con muy poca diferencia con las que ya habian dado los agentes de Napoleon. El estudio de todos estos documentos me ha permitido trazar un cuadro completo del estado de la monarquía española que no podria formarse hoy en la Península; porque los documentos fueron llevados á Francia en los primeros momentos de la invasion, y allí permanecen desde entonces. Este cuadro me ha parecido útil y aun necesario para la inteligencia de los sucesos, y por eso me he tomado el trabajo de componerle, y la libertad de ofrecerle á mis lectores.

cion española cuantos navíos habia armados y equipados, no podia decirlo. Si se la preguntaba en que época se hallaria tal division en disposicion de levar el áncora, se encontraba mas embarazada para contestar. Todo lo que el gobierno sabia era que la marina se encontraba desatendida: esto lo sabia muy bien, y aun lo queria. ¡La marina le parecia de un interés secundario, para una nacion que tenia que defender las Floridas, Méjico, el Perú, Colombia, la Plata y las Filipinas!... La empresa de luchar con la Inglaterra le parecia una quimera; una quimera cuando la Francia y la España coaligadas tenian puertos como Copenhague, el Texel, Amberes, Flesinga,

Cherburgo, Brest, Rochefort, el Ferrol, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Tolon, Génova, Tarento, Venecia, y podian sacar de ellos ciento veinte navíos de línea!... El gobierno, es decir, el príncipe de la Paz, cometió la indignidad de hacer recaer la burla sobre la marina española, por manera que en vez de lágrimas solo tenia bufonadas por el desgraciado acontecimiento de Trafalgar. Y esto era porque en el fondo aborrecia á la Francia, aliada importuna que le reprendia sin cesar su criminal inercia y porque preferia á la Inglaterra que le prometia, si hacia traicion á la causa de las naciones marítimas, el reposo que tanto convenia á su pusilanimidad. Asi es, que mientras afectaba el mayor desprecio hácia la marina, medio para luchar con la Inglaterra, manifestaba sumo aprecio al ejército de tierra, medio de resistir á los consejos de la Francia. El príncipe de la Paz, hablaba con mucho gusto de sus granaderos, de sus dragones y de sus húsares. Vamos á ver sin embargo lo quo era aquel ejército objeto de su predileccion.

El ejército español se componia de cerca de cincuenta y ocho mil hombres de infantería y artillería, de quince á diez y seis mil de caballería, de seis mil de guardia real, once mil suizos, dos mil irlandeses, y en fin, de veinte y ocho mil soldados de milicias provinciales, que componian un total de unos ciento veinte mil hombres, y podian suministrar cuando mas de cincuenta á sesenta mil combatientes. La infantería era débil, mezquina y reclutada en parte de la escoria de la poblacion. La caballería, formada de individuos mejor escogidos, no estaba montada por completo, porque la hermosa raza de los caballos españoles tan fogosos y dóciles, iba decayendo de dia en dia. La guardia española y walona era la única tropa verdaderamente imponente. Las milicias, que no estaban instruidas, ni podian sacarse de su provincia, casi no podian emplearse en ningun servicio. Los auxiliares suizos, eran como en todas partes, una tropa de profesion, fiel y sólida. Asi es que despues de quitar los catorce mil hombres que se habian enviado al Norte de la Alemania, no quedaban mas que quince ó diez y seis mil que dirigir á Portugal, de los veinte y seis mil prometidos por el tratado de Fontainebleau. Los presidios de Africa, especialmente Ceuta, terrible plaza fronteriza de Gibraltar, cuya toma por los ingleses ó los moros, hubiera hecho imposible el paso desde el Mediterráneo al Océano, ni tenian guarniciones ni víveres. En Ceuta, en lugar de seis mil hombres prescriptos por reglamento y costumbre, no habia mas que tres mil. En el famoso campo de San Roque, al frente de Gibraltar, se encontraban cuando mas, ocho ó nueve mil hombres. El resto del ejército, estaba diseminado por las provincias, empleado en la persecucion de malhechores, puesto que no habia en España gendarmería. Hubiera, pues, sido imposible la reunion de cualquier ejército, porque los catorce mil hombres enviados á Alemania, y los diez y seis mil que habian marchado á Portugal, absorvian casi enteramente la parte disponible de las tropas regulares. Ademas, todo aquel personal de guerra, mal alimentado y vestido, rara vez pagado, sin emulacion, espíritu militar ni instruccion, era un cuerpo sin alma. En él, como en la marina, el es-

tado mayor devoraba casi todos los recursos. Se componia de un generalísimo, cinco capitanes generales, ochenta y siete tenientes generales, ciento veinte y siete mariscales de campo, doscientos cincuenta y dos brigadieres, y un considerable número de coroneles, porque los habia efectivos, provisionales, y otros cuyo título era honorífico. Esto era lo que quedaba de aquellos terribles tercios que en los siglos XV y XVI hicieron temblar á la Europa entera, á pesar de la predileccion del príncipe de la Paz.

En cuanto á la hacienda, que con las fuerzas de mar y tierra forman el complemento del poder de un estado, correspondia á la situacion de aquellas, y servia para esplicarla. Se debia á la Holanda, al Banco, al público, y de empréstitos á vencimientos fijos y anuales 114.000,000; de atrasos de sueldos 111.000,000, y en vales reales (papel moneda, que perdia un 50 por 100) 1.033.000.000, lo que presentaba una deuda exigible de 1.258.000,000, de los que una parte estaba próxima á vencer, y la restante en un plazo muy corto. Los ingresos y gastos se componian del modo siguiente: 126.000,000 de ingresos, y 159 de gastos; por consiguiente, habia un déficit anual de 33.000,000, es decir, de la quinta parte de las obligaciones. Las contribuciones estaban mal calculadas. Las aduanas, los tabacos, la sal y los arbitrios municipales, soportaban las principales cargas. Las propiedades rústicas, merced á sus poseedores, que en su mayor parte eran nobles ó sacerdotes, no pagaban mas que el diezmo en beneficio del clero. Con semejante sistema no se hubieran podido obtener mas que 100.000,000 de producto, si la América no hubiera suministrado otros 25 ó 26.000,000. La España contribuia con sumas mucho mas considerables, pero quedaban, en gran parte, en manos de los recaudadores de las rentas públicas. La industria, destruida hacia mucho tiempo, no producia ya hermosas sederías ni paños, á pesar de las moreras de la Andalucía, y de los magníficos rebaños de la raza española. Algunas fábricas de telas de algodon en Cataluña, eran mas bien un pretesto para el contrabando, que una verdadera industria, porque entonces como ahora, servian para atribuir falsamente un orígen español á los tegidos ingleses. El comercio estaba arruinado, porque se hallaba reducido á algunos cambios clandestinos de pesos duros, cuya esportacion estaba prohibida, por mercaderías inglesas, cuya introduccion lo estaba igualmente, y á la importacion permitida de ciertos artículos franceses de lujo. El abastecimiento de las colonias y de la marina, que era el único que hacia mucho tiempo mantenia un resto de actividad en los puertos de España, habia quedado con la guerra reducido á la nulidad. El contrabando inglés en la América del Sur, que se habia hecho mas fácil desde la conquista de la Trinidad, era suficiente para allí. La agricultura, atrasada en sus procedimientos, difícilmente modificable por los nuevos métodos, á causa del calor del clima, y la falta de agua, y asolada ademas por la *Mesta*, es decir, por la emigracion anual de siete ú ocho millones de carneros, desde el Norte al Mediodía de la Península, se encontraba ya hacia algunos siglos en una situacion estacionaria. Asi es, que el pueblo se hallaba empobrecido, la clase media arruinada, la nobleza llena de deudas,

y el clero mismo, aunque ricamente dotado, y tan numeroso por sí solo como el ejército y la marina, sufria tambien con la venta de la sétima parte de bienes, solicitada y obtenida de la córte de Roma, por causa de las miserias públicas. Pero bajo este mal estar general, existia una nacion fuerte, orgullosa, tan altiva con el recuerdo de su pasada grandeza, como si todavía subsistiese; que habia perdido la costumbre de combatir, pero que era capaz de los mas heróicos sacrificios; ignorante, fanática, que aborrecia á las demas naciones; que sin embargo, sabia que al otro lado de los Pirineos se habian hecho útiles reformas, y llevado á cabo grandes cosas; que deseaba y temia á un mismo tiempo las luces del estrangero; en una palabra, llena de contradicciones, caprichos nobles, y atractivas cualidades, y que en aquel momento se hallaba irritada hasta el mas alto punto, de su ociosidad secular, afligida con sus humillaciones, é indignada con los espectáculos que presenciaba.

A la faz de esta nacion tan próxima á perder la paciencia, proseguia sus torpes acciones el inepto favorito, dominador de la pereza del soberano, y de la debilidad de la reina. Mientras que se carecia de numerario en un pais que poseia á Méjico y el Perú, y se le suplia con un papel moneda desacreditado, don Manuel Godoy, por un vago presentimiento, acumulaba en su palacio sumas de oro y plata, que la libre disposicion de todos los recursos del tesoro le permitia reunir, y que la voz pública exageraba demasiado, porque se hablaba de muchos centenares de millones. Por manera, que al verse miserable el pueblo, creia que toda

su riqueza se habia trasladado á la casa de Godoy. Al escándalo público de sus relaciones adúlteras con la reina, se unian otros muchos. Despues de haberse casado con doña María Luisa de Borbon, infanta de España, sobrina de Cárlos III, prima hermana de Carlos IV, y hermana del cardenal de Borbon, á quien habia elegido para acercarse al trono, y que despreciaba, disgustado de sus modestas virtudes, vivia públicamente casado segun unos, amancebado segun otros con una señorita llamada doña Josefa Tudor, de la cual tenia muchos hijos. Habia querido dar á esta especie de enlace como una consagracion, haciendo nombrar á la señorita Tudor condesa de Castillo-Fiel, y añadiendo á este título la grandeza de España para su hijo primogénito. La colmaba de riquezas y la rodeaba de cierto poderío; á su casa era necesario ir á verle cuando se deseaba hablarle con libertad; á su casa iban á adquirir noticias los agentes de la diplomacia europea; con sus conversaciones llenaban sus despachos los embajadores; y al mismo tiempo que procuraba desahogarse á su lado de los cuidados, pesares y ansiedades, de que no le eximia su ciega ligereza, encontraba en la juventud y hermosura de una hermana de la Tudor nuevos placeres, que colmaban los escándalos de su vida. ¡Y toda España conocia estos vergonzosos desórdenes!... ¡la misma reina los sabia y los toleraba!... Solo el monarca los ignoraba, y daba gracias al cielo por haber encontrado un hombre que trabajaba y gobernaba por él.

La desgraciada nacion española, no pudiendo conceder su cariño á un favorito insolente y despreciable, á una reina frágil, y á un monarca de-

masiado crédulo, se habia cifrado todo entero en el heredero de la corona, el príncipe de Asturias, despues Fernando VII, que no era mas digno que sus padres del amor de un gran pueblo. Este príncipe, de edad entonces de veinte y tres años, era viudo de una princesa de Nápoles, que segun decian, habia muerto envenenada por la reina y Godoy, que la odiaban; lo cual era falso, pero que admitia como verdadero toda España. Rechazado por su madre, que en su tristeza habitual creia encontrar una censura, y por el príncipe de la Paz, que le parecia descubrir en él un émulo poderoso de su autoridad, oprimido por ambos, se vió obligado á buscar un refugio en derredor suyo, le encontró en su jóven esposa, y la amaba vivamente. Como las dos casas de Nápoles y España se aborrecian mortalmente, y la jóven princesa llegó al Escorial imbuida de los sentimientos de su familia, no contribuyó á reconciliar á Fernando con sus padres, antes por el contrario, fomentó su aversion hacia ellos. Así es, que acogiendo Fernando todos los rumores que escitaban su ódio, creia haber sido privado por un crímen de la muger que amaba, y se le imputaba á su madre y al favorito que la dominaba. Es bien fácil de comprender con cuanta fuerza fermentarian las pasiones en aquellas almas vulgares, ardientes y ociosas. El príncipe era reservado, algo astuto y obstinado; pero á los ojos de una nacion apasionada que tenia necesidad de amar á uno de sus señores, y que esperaba que lo futuro valiese mas que lo presente, su reserva pasaba por modestia, su tristeza por el pesar de un hijo virtuoso, su terquedad por firmeza, y por la resistencia que habia opuesto á algunos actos del príncipe de la Paz, se le atribuian las mas nobles y fuertes virtudes.

En el curso de 1807, se difundió repentinamente la noticia de que la salud del rey declinaba visiblemente, y se acercaba su fin. Las apariencias eran efectivamente alarmantes. Aquel monarca honrado y poco suspicaz, ignoraba todas las bajezas que deshonraban su reinado. Dotado, sin embargo, de cierto buen juicio, veia muy bien que habia desgracias en derredor suyo: por mucho que se hiciese para engañarle, la pérdida de la Trinidad, el desastre de Trafalgar, y el papel moneda que se habia sustituido á la plata, no podian tomar las apariencias de la prosperidad y de la grandeza. Acusaba á las circunstancias, y estaba convencido de que sin el príncipe de la Paz, todo hubiera sucedido peor. Mas en el fondo estaba pensativo y enfermo, y se creyó cercana su muerte. La nacion, sin quererle mal, vió en su fallecimiento el término de sus humillaciones, el príncipe de Asturias el fin de su esclavitud, y la reina y Godoy el de su poder. Para estos últimos, era algo mas que el término de un poder usurpado; era una catástrofe; porque suponian que el príncipe de Asturias trataria de vengarse, y median aquella venganza por sus propios sentimientos. Por este motivo habia mostrado tanto empeño el príncipe de la Paz en llegar á ser soberano de los Algarves.

La reina y el favorito idearon sucesivamente diferentes medios para precaverse contra los peligros que preveian. Pensaron primero en apoderarse del príncipe de Asturias, y hacerle contraer un matrimonio que le colocase bajo su influencia.

Para llevar á cabo este pensamiento, pusieron sus ojos en doña María Teresa de Borbon, hermana de doña María Luisa, princesa de la Paz. Creyeron que enlazándose con aquella infanta, Fernando, que llegaria á ser cuñado de Godoy, se reconciliaria con él, ó por lo menos se reprimiria: pero opuso á aquel proyecto una resistencia invencible y aun insultante.—¡Yo, dijo, llegar á ser cuñado de Manuel Godoy!... jamás: eso seria un oprobio.—Esta negativa espresada con tan enérgico lenguage, aumentó la ansiedad de la reina y del favorito. Ya no pensaron mas que en prevenirse contra las consecuencias de la muerte del monarca, que se suponia entonces mucho mas próxima de lo que debia ser. El príncipe de la Paz era generalísimo de los ejércitos españoles: resolvió, y la reina convino con mucho gusto en ello, el apropiarse nuevos poderes para reunir poco á poco en sus manos todas las prerogativas régias, y escluir á Fernando del trono, cuando se creyese ya bastante fuerte. Queria hacer que se le declarase inhábil para reinar, trasladar la corona á una cabeza mas jóven, crear de este modo la necesidad de una regencia, y atribuírsela á sí mismo, lo cual aseguraria la continuacion del poder que ejercia de muchos años á aquella parte. Acordado ya este plan, se comenzó por completar la autoridad nominal del príncipe, porque su autoridad afectiva hacia mucho tiempo que habia llegado hasta donde era posible. Se persuadió al rey, que gracias á Manuel Godoy, el ejército se encontraba en un estado floreciente, pero que no sucedia lo mismo con la marina: que esta necesitaba recibir la influencia del genio que sostenia la monarquía española; que colocarla bajo la dependencia directa del príncipe de la Paz, seria hacer positiva su organizacion, y proporcionar una viva satisfaccion al poderoso emperador de los franceses, el cual se quejaba sin cesar de la decadencia de la marina española. Cárlos IV aceptó aquella proposicion con la alegría con que siempre se despojaba de su autoridad en favor de Godoy, y éste, por un real decreto, fué agraciado con el título de *Gran almirante*, que habian llevado el ilustre vencedor de Lepanto, don Juan de Austria, y mas modernamente el infante don Felipe, hermano de Cárlos III. A este título, que conferia á don Manuel Godoy el mando de todas las fuerzas de mar, ademas del de las de tierra, que ya tenia, se añadió el de *Alteza Serenísima*. Se formó para auxiliarle, un consejo de almirantazgo compuesto de hechuras suyas, y á pesar de la miseria pública, se decidió que se edificase para él, en el mejor sitio de Madrid, un palacio que se denominaria del Almirantazgo. Así por único beneficio, la marina vió crear nuevas cargas, propias únicamente para agravar su apurada situacion.

No era bastante reunir en las manos del príncipe de la Paz, el mando de todas las fuerzas de la monarquía, y quiso hacérsele gobernador de palacio, y en cierto modo de la persona del rey. Se le insinuó á éste, que su desnaturalizado hijo, separado de sus padres por las funestas influencias de la casa de Nápoles, y rodeado de vasallos pérfidos, se hacia cada vez mas temible: que el espíritu de desórden peculiar del siglo, favoreceria tal vez sus malos proyectos, y que era preciso que Manuel (así le llamaba Cárlos IV) tendiese su poderosa mano sobre la mansion real, para preservarla de

todo peligro: en su consecuencia el príncipe fué nombrado tambien coronel general de la casa militar del rey, desde cuyo momento mandaba en el mismo palacio, y era el gefe de las tropas que componian la guardia real. Apenas hubo recibido aquel nuevo título que completaba su omnímodo poder, se apresuró á introducir reformas en los diversos cuerpos de la guardia. Ademas de los dos regimientos de infantería, uno de guardias españolas y otro de walonas, las cuales presentaban un efectivo de seis mil hombres, existia un regimiento de caballería, denominado de carabineros reales, y otro de preferencia, que era el de guardias de Corps, distribuido en cuatro compañías, *española, flamenca, italiana, y americana*, que recordaban con su título todos los antiguos dominios españoles. Este cuerpo, el mas distinguido é ilustre de todos, merced á la buena eleccion de los individuos de que se componia, era buen juez de lo que pasaba en la córte, y no inspiraba al príncipe de la Paz la mayor confianza. Imaginó, pues, disolverle, bajo pretesto de hacer cesar denominaciones que no correspondian ya á la realidad de las cosas, y de formar dos compañías, con los títulos de *primera y segunda*. Se aprovechó de esta ocasion para deshacerse de los sugetos de quienes desconfiaba, y particularmente de muchos emigrados franceses que habian buscado un asilo al lado de los Borbones de España, y que adictos de todo corazon al buen Cárlos IV, eran no obstante, por su educacion esmerada, mas capaces que los otros de formar un juicio exacto de la indigna administracion que deshonraba la monarquía. De este modo alejaba de sí á unos hombres honrados, á quienes temia, y daba rienda suelta á su ódio contra la Francia, que cada dia era mas profundo.

Godoy no se limitó á esta medida. Creó á su hermano grande de España, y le nombró coronel del regimiento de guardias españolas: por último, escogió para su custodia una escolta de carabineros reales. Tomadas estas precauciones, procuró sondear á los miembros del Consejo de Castilla, de que creia poder disponer, para prepararlos á una alteracion en el órden de sucesion al trono. Los consejos de Castilla y de Indias, eran dos cuerpos que moderaban la autoridad absoluta de los monarcas de España, como los parlamentos la de los reyes de Francia. Sin embargo, habia alguna diferencia en sus atribuciones, porque ademas de la jurisdiccion que en última instancia ejercian sobre todos los tribunales del reino, tenian atribuciones administrativas, el Consejo de Castilla, en los negocios interiores del Estado, y el de Indias en los de las posesiones de ultramar. Los reyes de España, desde muchos siglos habian dispensado su confianza á estos dos consejos, y tanto por esto, como por la necesidad que toda dignidad real tiene de rodearse de cierto asentimiento público, no se resolvia ningun asunto importante de la monarquía, sin oir antes su dictámen. El príncipe de la Paz, que ya habia introducido en ellos buen número de sus amigos, queria como era natural, asegurarse su apoyo para sus criminales proyectos. Mas aun cuando estuviesen muy sumisos, se mostraban poco dispuestos á prestarse á un cambio en el órden de sucesion del trono. Sin embargo, se continuaba trabajando secretamente en aquel sentido, y al mismo tiempo, se ponian en juego los mismos manejos

con los gefes de los regimientos. El lenguage que se usaba con unos y otros, se reducia á decir que el príncipe de Asturias, era incapaz y malvado, y que á la muerte del rey, la monarquía no podia caer sin gran peligro en unas manos tan perjudiciales como inhábiles.

El príncipe de la Paz, estendia sus intrigas mucho mas allá de la córte de España. Aunque detestaba á la Francia por los frecuentes y severos consejos que de aquel pais recibia, sabia muy bien, que toda la fuerza residia en ella, y que los proyectos en que cifraba su salvacion, serian quiméricos sino merecian la aprobacion y el apoyo de Napoleon. Procuraba, pues, conseguirlo por medio de mil bajezas, sobre todo, despues de la famosa proclama cuyo recuerdo turbaba su sosiego. Habiendo sabido que Napoleon, que gustaba de montar caballos españoles, acababa de perder en la guerra uno de los que el rey le habia regalado, le ofreció cuatro, escogidos entre los mas hermosos de todo el reino. Formándose una idea falsa de la córte imperial, que conceptuaba semejante á la de Madrid, habia creido que las influencias secundarias merecian conquistarse, y que siendo Murat el primer general del ejército, y gozando de mucho ascendiente sobre Napoleon, era preciso adquirir su amistad. Por esta razon, entabló con él una correspondencia secreta (1), apoyada con regalos, especialmente de magníficos caballos. El imprudente Murat, que creia útil formarse relaciones en todas partes en donde podian vacar coronas, se habia apresurado á conciliarse en la Península un ami-

(1) Existen en el Louvre trozos de esta correspondencia, que Napoleon pudo proporcionarse, bien porque se la comunicase el mismo Murat, ó por su activa vigilancia; estos fragmentos dan una singular idea de la bajeza del príncipe de la Paz. Citaremos, para dar á conocer mejor á este personage, su carácter y sus miras, la siguiente carta, reproducida con todos los defectos de lenguage que contiene, pues de este modo podrá juzgarse mejor del género de educacion que en aquella época recibian los personages que componian la córte de España.

A su alteza imperial y real el gran duque de Berg.

«La carta de V. A. I. fechada el 7 de diciembre en Venecia, es para mi la prueba mas relevante del carácter eminente que constituye el corazon de un gran príncipe como V. A. I. Jamás he dudado de las virtudes que caracterizan á V. A., y jamás ha concebido mi alma la baja idea de la desconfianza. Si, príncipe, he jurado á V. A. fidelidad para corresponder á la amistad con que me honra, y mi agradecimiento durará tanto como mi existencia.

Tenia el mayor pesar en guardar con V. A. I. un secreto á que me he visto forzado por la palabra de mi soberano, firmada en un tratado con S. M. I. y R. Mi reconocimiento á V. A. I. me lo hubiera hecho descubrir, si el emperador no lo hubiese exigido. Pero puesto que debo creer que V. A. I. está informado de él al presente, no puedo revelarle mas que mis sentimientos. Ahora es cuando principio á gozar de la tranquilidad que me presenta un tratado, que me pone bajo la proteccion del emperador. Nada me haria falta en vida de mi rey, pues que S. M. me honra con su singular aprecio: pero si desgraciadamente llegase á fallecer, entonces mis enemigos procurarian despreciar mis servicios, y destruir mi reputacion. No tengo en el mundo otro amigo que V. A. I., y aunque estoy persuadido de que su poder me hubiera sacado de la afliccion, consideraba no obstante que sus es-

go tan poderoso como el príncipe de la Paz. La corona de Portugal, que parecia debia quedar vacante muy pronto, no era estraña á aquel cálculo.

Los manejos del príncipe de la Paz para variar

fuerzos no habrian sido bastante poderosos para evitar el primer golpe de la infamia. Vea, pues V. A. I. si lo que se ha convenido en el tratado, debe ser para mi de un precio inestimable! Por eso me atrevo á tomarme la libertad de espresar á S. M. I. y R. mi reconocimiento en la carta adjunta. Me hubiera apresurado á cumplir antes con este respetable deber, si la espresion del mismo tratado no se opusiera á ello.

«Aguardo con la mayor impaciencia las esplicaciones que V. A. I. tenga á bien darme á su llegada á Paris, y pues que S. M. I. y R. ha manifestado, que veria con placer que el rey mi señor agraciase con el Toison de oro al mariscal Duroc, tengo el honor de acompañarlo á esta carta, y al mismo tiempo V. A. I. encontrará otro adjunto, para que el emperador se sirva darle al rey de Westfalia, en demostracion de la alianza que existe de hecho entre S. M. C. y todos los soberanos de la casa de S. M. I. y R.

«El proceso contra los criminales seductores del príncipe de Asturias, se sigue instruyendo con arreglo á lo que disponen nuestras leyes, porque el rey no ha querido hacer uso de su soberana autoridad, por la cual podia haberles impuesto la pena por si mismo, y ha dejado su conocimiento á los jueces con libertad de elevar su sentencia á la aprobacion de S. M. Todos han incurrido en la pérdida de sus dignidades, y los dos mas culpados, en la pena capital: pero la reina ha inclinado la voluntad del rey á la clemencia, y el último suplicio será conmutado en prision perpétua: los demas serán deportados fuera del reino. Se ha tenido cuidado de no hacer mencion de ninguno de los súbditos de S. M. I. y R. en consideracion á lo que ha tenido á bien indicar.

«Me es muy sensible no poder escribir á V. A. I. en

el órden de sucesion á la corona, aunque muy secretos, no dejaron de traslucirse en Madrid, y unidos á una acumulacion de títulos sin egemplo, habian difundido la alarma en los ánimos. El príncipe de Asturias exasperado, habia confiado francamente su situacion á algunos amigos con quienes creia poder contar. Los principales eran su antiguo ayo el duque de San Cárlos, su mayordomo mayor de la Casa Real, personage muy honrado, sin otro mérito que el de cortesano: el duque del Infantado, grande de España, militar que no egercia su profesion, ambicioso, con poco talento, de rectas intenciones y generalmente respetado; en fin, un eclesiástico que habia enseñado al príncipe lo poco que éste sabia, el canónigo Escoiquiz, desterrado entonces en Toledo, en donde era individuo del cabildo arzobispal. Este era un sacerdote muy despejado, bastante instruido en las letras, pero muy poco en la política: amaba tiernamente á su discípulo, y era correspondido de él con igual afecto: contristado por la situacion á que le veia reducido, resolvió sacarle de ella á todo trance, y aunque bien intencionado, no era insensible á la perspectiva que se le presentaba de ser algun dia

su lengua, pero no quiero privarme de la satisfaccion de dirigirle mi carta original con esta traduccion literal. No es posible transcribir el lenguage del corazon, pero en el mio se encuentran grabadas la admiracion y gratitud, con que tendrá siempre por V. A. I. la mas alta consideracion.

Su invariable servidor.

Manuel.

En San Lorenzo á 26 de diciembre de 1807.

el amigo y director de conciencia del rey de España. En la sociedad de aquellos personages y de algunas señoras que compusieron la servidumbre de la difunta princesa de Asturias, desahogaba Fernando los amargos sentimientos de su alma.

Como el canónigo Escoiquiz se hallaba ausente, llamáronle secretamente á Madrid, porque á los ojos de Fernando y de su pequeña córte, pasaba por el mas capaz de dar un buen consejo. Como era mas literato que los demas, y entendia á Virgilio y Ciceron, y conocia los autores franceses, grado de ciencia poco comun en la córte de España, se creia que en aquel laberinto de intrigas, dirigiria mejor al oprimido príncipe. Llegó el canónigo de Toledo, y se convino en que no quedaba al príncipe mas recurso para libertarse del grave peligro que le amenazaba, que arrojarse á los pies de Napoleon, implorar su proteccion, y para conseguirlo de una manera completa, pedirle por esposa á una princesa de la familia Bonaparte. El canónigo Escoiquiz veia en aquel enlace dos ventajas: la primera proporcionarse un protector muy poderoso: y la segunda llegar al objeto que Napoleon debia sin duda haberse propuesto, el de unir la España á su dinastía, por medio de vínculos estrechos y sólidos. Este consejo fué escuchado, aunque no agradaba mucho á Fernando. El jóven príncipe, en efecto, alimentaba en su corazon la peor de las pasiones españolas, un ódio implacable á las naciones estrangeras, especialmente á la revolucion francesa y su ilustre gefe. Estas pasiones que eran naturales en él, habian sido fomentadas por su esposa la princesa de Nápoles. Sin embargo, lleno de confianza en las luces del

canónigo Escoiquiz, adoptó su consejo y resolvió conformarse á él. El canónigo habia viajado, visitado la Francia, y tenia con respecto á ella y á Napoleon los sentimientos de un español ilustrado. Dirigia, pues, en cuanto le era posible, las miradas de Fernando hácia la Francia y Napoleon.

Empero si el príncipe de la Paz tenia medios de establecer toda especie de relaciones con la córte francesa, el de Asturias, por el contrario, desterrado casi siempre en el Escorial, y continuamente vigilado, no tenia ninguno para hacer que llegasen á Napoleon sus pensamientos y sus deseos. Para conseguirlo, él y los suyos se dirigieron al embajador francés Mr. de Beauharnais.

Este, hermano del primer marido de la emperatriz Josefina, reemplazó en Madrid en 1806, al general Beurnonville. Aunque de mediano talento y demasiado torpe para el cargo que desempeñaba, y mucho menos para el género de representacion que impone esta clase de destinos, no carecia sin embargo, de buen sentido y de rectitud. A todo esto agregaba una gravedad bastante ridícula, escitada por el sentimiento de su situacion, pues que, como acabamos de decir, tenia el honor de ser cuñado de su soberana.

Su gravedad, honradez y poca destreza, no se avenian muy bien con la bellaqueria y ligereza del favorito, y le estimaba en tan poco, como el otro le apreciaba á él. Las noticias que comunicaba á Napoleon eran en un todo conformes á lo que sentia; por lo que se le tenia en Madrid por enemigo personal del gran almirante. Estas circunstancias eran en estremo favorables para los confidentes de Fernando. El canónigo Escoiquiz se encargó de

entrar en relaciones con Mr. de Beauharnais, é hizo que le presentasen en su casa bajo el pretesto de ofrecerle un poema que habia compuesto sobre la conquista de Méjico. Poco á poco fueron haciéndose mas íntimas las conversaciones del canónigo, hasta que se franqueó enteramente con el embajador de Francia, y le manifestó la situacion del príncipe, sus peligros, sus deseos y su anhelo por obtener una esposa de mano de Napoleon, pues de ningun modo queria la que le destinaba Godoy (1).

(1) El señor conde de Toreno, y algunos historiadores tanto franceses como españoles, han supuesto que Mr. de Beauharnais, habia recibido de París, ó se habia apropiado la mision de entrar en relaciones con el príncipe de Asturias, ya para inspirarle la idea de casarse con una princesa francesa, ya para introducir la division en la familia real de España, y preparar de este modo las disensiones de que se aprovechó despues. Es un error completo, cuya prueba se halla en la correspondencia oficial y secreta de Mr. de Beauharnais. Refiere éste, en aquella doble correspondencia, que los agentes del príncipe de Asturias acudieron á él, y de su narracion perfectamente sincera, porque era incapaz de mentir, resulta evidentemente que el que tomó la iniciativa en aquellas relaciones fué el príncipe de Asturias y no la legacion francesa. Vamos á citar dos documentos que ponen en claro este punto. El primero es un despacho de Mr. de Champagny, en que contestando aquel ministro á una carta de Mr. de Beauharnais llena de reticencias, le previene con lenguage bastante severo, que se esprese con mas claridad. Este primer despacho demuestra positivamente que no fué Napoleon el que concibió la idea de mezclarse en los asuntos domésticos de la familia real de España, sino que por el contrario se le invitó á ello. El segundo es la misma carta de Fernando

Mr. de Beauharnais era demasiado novel en la profesion que ejercia, para no asustarse de una posicion tan delicada, porque se trataba de aceptar relaciones clandestinas con el heredero de la

á Mr. de Beauharnais, en la cual se encuentra la demanda de matrimonio dirigida á Napoleon: aunque se publicó esta, jamás se ha conocido la carta que la contenia. La lectura de este segundo documento, probará que ni Mr. de Beauharnais ni su gobierno, fueron los que dieron principio á las relaciones con el príncipe de Asturias. Por el lenguage de esta carta se conoce fácilmente que el príncipe buscaba á aquellos á quienes la dirige, y que estos no le buscaban á él.

He aquí el despacho de Mr. de Champagny á monsieur Beauharnais.

«París 9 de setiembre de 1807.

«Señor embajador: he recibido vuestra carta confidencial y me apresuro á contestar á ella, sin admitir persona intermedia entre vos y yo. Todos los medios que juzgueis convenientes para darme á conocer á los hombres con quienes estais en el caso de tratar, ó el estado de los negocios cuya direccion os está confiada, me parecerán buenos, siempre que me den mas luces y de una manera mas segura. Nada teneis que temer con respecto al uso que yo haga de vuestras cartas, cuando se comuniquen á la mesa del negociado no habrá ya peligro: aquella merece toda confianza, y hace muchos años que es la única depositaria de los intereses del gobierno y de sus mas importantes secretos. Ademas, uno de los primeros deberes de todo ministro en una córte estrangera, es poner en conocimiento de su gobierno sin reserva y sin restriccion alguna, todo cuanto vea, cuanto oiga, y cuanto sepa. Colocado para ver y oir, provisto de todos los medios para estar enterado de cuanto ocurre, las noticias que llegue á adquirir no le pertenecen, son propiedad del

corona. Temia ser juguete de intrigantes y verse comprometido con la córte de España. Al principio no dió crédito al canónigo Escoiquiz, y escuchó sus proposiciones con una frialdad capaz de des-

que le ha enviado. Vos conoceis ese deber mejor que nadie, y sin duda para cumplirle en toda su estension, desais multiplicar los medios de comunicacion conmigo: estoy muy distante de oponerme á ello.

«Vuestra carta confidencial contiene cosas muy importantes, y por lo mismo es sensible que no las hayais presentado clara y circunstanciadamente, y sobre todo: *que no hayais manifestado como han llegado hasta vuestra persona. Esta ha sido la reflexion que me ha hecho el emperador cuando ha tenido el honor de conferenciar con él. ¿Cuáles han sido las relaciones de que hablais con el jóven príncipe?* ¿Cuáles son las razones positivas que teneis para juzgarle de cierto modo? *Solicita de rodillas, decis, la proteccion del emperador, ¿cómo lo sabeis? ¿Os lo ha dicho él mismo? ¿Os lo ha dicho otro por mandato suyo?* Tales son las preguntas que os hace el emperador, y él es quien dice, que un ministro no debe tener secretos para su gobierno.

Champagny.»

He aqui la carta del príncipe Fernando á Mr. de Beaubarnais:

«Permitidme, señor embajador, que os manifieste mi reconocimiento por las pruebas de estimacion y afecto que me habeis dado *en la correspondencia secreta é indirecta que hemos tenido hasta ahora por medio de la persona que sabeis, y que merece toda mi confianza. Debo en fin á vuestras bondades, lo que jamás olvidaré, la dicha de poder espresar directamente y sin riesgo, al grande emperador vuestro amo, los sentimientos tan largo tiempo retenidos en mi corazon. Aprovecho, pues, este feliz momento para dirigir por vuestra mano á*

alentar á hombres menos decididos á hacerse comprender. El canónigo ideó un medio singular para que le diesen crédito, y fué el de establecer un lenguage de signos entre el príncipe y Mr. de

S. M. I. y R. la carta adjunta, y temeroso de importunarle con una estension desusada, no esplico mas que á medias la estimacion y el respeto que me inspira su persona: os suplico, señor embajador, que suplais este defecto en las que tendreis el honor de escribirle.

«Me hareis tambien el favor de añadir á S. M. I. y R. que le ruego se sirva dispensarme las faltas de estilo y otras que encontrará en mi referida carta, tanto por mi cualidad de estrangero, como en consideracion á la zozobra y dificultad con que me he visto obligado á escribirla, *estando, como sabeis, rodeado hasta en mi misma habitacion, de espias que me observan, aprovechando para ello los cortos instantes que puedo ocultarme á sus malignas miradas. Como me lisongeo de obtener en este asunto la proteccion de S. M. I. y R. y por consecuencia serán necesarias comunicaciones mas frecuentes, he encargado á la susodicha persona, que ha tenido esta comision hasta ahora, el que adopte con vos las medidas conducentes al mejor éxito: y como hasta la presente no ha tenido mas garantía para dicha comision, que los signos convenidos, hallándome completamente persuadido de su lealtad, discrecion y prudencia, le confiero por esta carta mis plenos y absolutos poderes para tratar de este negocio* hasta su conclusion, y ratifico todo lo que en este punto diga ó haga en mi nombre, como si yo mismo lo hubiese dicho ó hecho; lo cual tendreis la bondad de hacer que llegue á conocimiento de S. M. I. con la espresion mas sincera de mi agradecimiento.

«Tendreis tambien la bondad de decirle, que, si por ventura S. M. I. *juzga en cualquier tiempo, util que yo envie á su córte con el secreto conveniente alguna per-*

Beauharnais, cuando éste fuese al Escorial á presentar sus respetos á la córte. Estos signos convenidos de antemano, no debian dejar duda alguna sobre la mision secreta que Escoiquiz aseguraba haber recibido de Fernando. Efectivamente, Mr. de Beauharnais, en su primera visita en el Escorial, observó al príncipe con atencion, vió los signos convenidos, fué ademas objeto de los mayores obsequios, y no pudo ya conservar ninguna incertidumbre acerca de la mision del canónigo Escoiquiz. Aun cuando estaba seguro sobre este particular difirió todavía escucharle hasta que estuviese autorizado competentemente por su córte. Dirigió entonces á París una comunicacion misteriosa, en que decia, que un hijo inocente, cruelmente tratado por su padre y por su madre, invocaba el apoyo de Napoleon, y pedia ser su afectuoso y reconocido protegido. Impaciente Napoleon con tan ridículo misterio, mandó decir á Mr. de Beauharnais, fuera mas inteligible y mas esplícito. Este obedeció refiriendo todo cuanto habia pasado: hizo la narracion circunstanciada en una correspondencia secreta que revelaba tanto su torpeza, como su sinceridad, y cuyo documento no debia ser ni fué depositado en el archivo de negocios estrangeros. Se le contestó, que era necesario escucharlo todo, no prometer mas que un benévolo interés en los infortunios del príncipe, y en cuanto á la demanda de matrimonio, declarar que la proposicion era demasiado vaga para tomarse en consideracion, y poder dar el consentimiento ó la negativa.

sona de mi confianza, para que pueda dar acerca de mi situacion noticias mas estensas que las que pueden comunicarse por escrito, ó para cualquiera otro objeto que su sabiduria juzgue necesario, S. M. I. no tiene mas que mandarlo para ser obedecido en el momento, como lo será en todo lo que dependa de mi.

«Os renuevo, señor, las seguridades de mi estimacion y de mi gratitud; os ruego conserveis esta carta como un testimonio eterno de mis sentimientos, y pido á Dios os conserve en su santa guarda.

«Escrito y firmado de mi propia mano, y sellado con mi sello. Escorial, 11 de octubre de 1807.»

Fernando.

Comenzadas estas relaciones en julio de 1807, continuaron en agosto y setiembre con el mismo temor de comprometerse por parte de Mr. de Beauharnais, é igual deseo de ser atendido por la de Fernando. Este príncipe se decidió por fin, á remitir, por medio del canónigo Escoiquiz dos cartas, una para el embajador y otra para el mismo Napoleon, en las que deplorando sus desgracias y los riesgos de que se veia amenazado, pedia formalmente la proteccion de la Francia y la mano de una princesa de la familia Bonaparte. Estas dos cartas fechadas en 11 de octubre, no fueron remitidas á Francia hasta el dia 20 por el cuidado que Mr. de Beauharnais puso en procurarse un conductor seguro, y no llegaron hasta el 27 ó 28 en el mismo instante en que acababan de recibirse en París otras noticias no menos importantes de que enteraremos pronto á nuestros lectores.

Al mismo tiempo que Fernando se dirigia á Napoleon, no sabiendo si la proteccion francesa seria bastante pronta y bastante declarada para salvarle, trató de tomar sus precauciones en Madrid. De acuerdo con sus amigos, concibió la idea

de dar algunos pasos para que su padre se dignase escucharle, para abrirle los ojos, denunciarle los crímenes del príncipe de la Paz, la complicidad de la reina, y ya que no sus ilícitas relaciones con el favorito, á lo menos su abyecta sumision á la voluntad de aquel dominador de la casa real; y por último, para suplicarle que pusiera término á los escándalos, á las desgracias que desolaban la España, y á los peligros que amenazaban á su infortunado hijo. Fernando debia remitir al rey una carta que contuviese aquellas revelaciones, suplicándole que se la devolviera despues de haberse enterado de ella, porque una indiscrecion podia poner su vida en peligro. La minuta de esta carta fué escrita por mano del mismo canonigo Escoiquiz. Ademas de este paso, los autores del plan habian imaginado, para el caso en que el rey muriese repentinamente, dar al duque del Infantado poderes firmados de antemano por Fernando, en los cuales se le conferia la capitanía general de Castilla la Nueva, para hallarse en disposicion, si fuese preciso, de resistir con la fuerza de las armas las tentativas del príncipe de la Paz. Tales eran los medios preparados por aquel conciliábulo, para precaverse de un proyecto de usurpacion, verdadero ó supuesto; medios que seguramente no revelaban un profundo talento, ni mucha audacia de carácter. Pero durante aquellos manejos del príncipe y sus amigos, no se habian descuidado tampoco los espías que los rodeaban, y habian observado mas movimiento que el acostumbrado. Habian visto escribir á Fernando con mas frecuencia de la que ordinariamente solia hacerlo, y le habian oido en su exasperacion contra su madre y

el favorito, verter espresiones muy duras. La entrada de las tropas francesas en España, objeto de infinidad de conjeturas, habia dado tambien lugar á discursos muy imprudentes por parte del príncipe y de sus parciales. Estos, que miraban ya como cierta la proteccion de la Francia, y que se vanagloriaban de ella, aunque durante largo tiempo imputaron á Godoy como un crímen el procurársela y pagarla con una ciega sumision, se complacian en insinuar, y aun algunas veces en decir en voz alta, que no en vano pasaban el Pirineo los ejércitos franceses, y que el despreciable gobierno que oprimia á la España no tardaria mucho en convencerse de ello; lo cual era desgraciadamente mas cierto de lo que pensaban y hubieran deseado.

Una de las personas encargadas de observar á Fernando, (se cree que una dama de la servidumbre de palacio), bien porque hubiese obtenido la confianza de los secretos del príncipe, ó porque dirigiese una indiscreta mirada á sus papeles, se lo reveló todo á la reina, que al saber aquellos pormenores sufrió un violento acceso de cólera. El príncipe de la Paz, no se encontraba en aquel momento en el Escorial, porque tenia la costumbre de pasar una semana en aquel real sitio, y otra en Madrid: ademas estaba enfermo. Se le envió á llamar secretamente, y salió de su palacio por una puerta escusada, porque en aquella circunstancia queria se ignorase su presencia en el Escorial, y disipar la idea de que pudiese ser el instigador de las escenas que se preparaban. La reina mucho mas irritada que él, trató de persuadir al rey, que se tramaba una vasta conspiracion contra su trono y

su vida: sostuvo que era necesario obrar sin demora, no temer un rompimiento que ya se habia hecho necesario, invadir de improviso la habitacion del príncipe, y apoderarse de sus papeles antes de que tuviera tiempo de destruirlos. El débil Cárlos IV, incapaz de conocer á donde se le conducia con semejante paso, consintió en lo que se le pedia, y en la misma tarde del 27 de octubre, dia en que se firmó el tratado de Fontainebleau, permitió que se violase la morada de su hijo, y que se ocupasen sus papeles. El jóven príncipe, que aunque era algun tanto disimulado, no tenia gran talento ni valor, quedó consternado, y lo entregó todo. Los papeles de que acabamos de hacer mencion, mezclados con otros mas insignificantes, fueron puestos en manos de la reina que quiso examinarlos por sí misma. Los arrebatos de aquella princesa fueron escesivos al leer el escrito en que se denunciaban todas las infamias del favorito, y en que por lo menos se veian tambien indicadas sus fragilidades. Por muy débil que fuese, y aun cuando estuviese muy obcecado el infeliz monarca, este documento no hubiera sido bastante para persuadirle que su hijo habia meditado un crímen, y tal vez, abriendo sus ojos, llegaria á producir el efecto que Fernando y el canónigo Escoiquiz se habian propuesto. Pero desgraciadamente habia otros papeles, como una cifra destinada á una correspondencia misteriosa, y ademas la órden en que se nombraba al duque del Infantado capitan general de Castilla la Nueva, en la cual habia quedado en blanco la fecha para ponerla en el momento de la muerte del rey. Estos dos últimos documentos parecieron suficientes á la reina,

para deducir de ellos todas las suposiciones imaginables para engañar al desgraciado Cárlos IV, y para engañarse á sí misma. No conteniéndose ya al leer aquellos papeles, dijo, y quizá creyó, que en ellos se encontraban las pruebas de una conspiracion para destronar á su esposo y á ella, y aun para atentar contra su vida; porque ¿qué objeto tenia aquella cifra como no fuese la correspondencia con los conspiradores? ¿para qué hacia Fernando, que todavía no era rey, aquel nombramiento de comandante militar, sino para consumar una criminal usurpacion?... Presentada esta demostracion al pobre Cárlos IV con muchos arrebatos y gritos, se llenó de turbacion. Derramó lágrimas de dolor por un hijo á quien todavía amaba, y que sentia encontrar tan culpable; despues dió gracias al cielo que salvaba de tan gran peligro su vida, su trono, su esposa y su amigo Manuel. La reina, á quien la exaltacion natural á su sexo, inducia á tomar en todo esto una iniciativa muy cómoda para el favorito, declaró que era necesario una represion pronta, enérgica, que satisfaciese á la magestad del trono ultrajado, y preservase al Estado de la repeticion de semejantes conjuraciones. Resolvióse, pues, que se prendiese en el instante mismo al príncipe y sus cómplices, que se llamase en seguida á los ministros y principales personages del Estado, que se les manifestase el descubrimiento que acababa de hacerse, y la real resolucion de formar causa criminal á los culpables. Esta disposicion era abominable é insensata, porque despues de semejante escándalo, no podia menos de perseguirse al príncipe á todo trance, convencerle del crímen, aunque fuese inocente,

privarle de sus derechos á la corona, y dar de este modo al trono suspendido al borde de un abismo, un sacudimiento que podia precipitarle en él, y que le precipitó en efecto. Pero perseguir al príncipe, hacerle condenar por jueces enemigos suyos, y privarle del cetro, era lo que queria justamente aquella reina enfurecida, aunque tuviese que arrostrar los mayores riesgos.

Cumplióse cuanto deseaba: Godoy se volvió á Madrid para hacer creer que no habia salido de él, y que era estraño á las trágicas escenas del Escorial. El rey se dirigió á la habitacion de Fernando, le mandó entregar su espada, y le dejó arrestado. En seguida se despacharon correos en todas direcciones, para la captura de los supuestos cómplices en la conspiracion. Fueron convocados los ministros y los miembros de los Consejos, y con la consternacion pintada en sus semblantes oyeron la comunicacion de cuanto se habia decidido: guardaron todos el mas profundo silencio, no por celo, sino por abatimiento.

Despues de tan escandaloso acto, ya no era posible ocultar á la nacion los tristes acontecimientos de que acababa de ser teatro el Escorial. En los paises esclavizados, en que se halla prohibida la publicidad, las noticias importantes circulan con tanta rapidez y tan completamente como en los estados libres. Vuelan de boca en boca, propagadas por una curiosidad ardiente, y exageradas por la credulidad que no se desengaña. Todo Madrid sabia ya las escenas del Escorial, y las demas ciudades y pueblos de España iban á saberlas bien pronto. Sin embargo, publicar oficialmente el supuesto descubrimiento de la conspiracion, era

denunciar la persona del príncipe á la nacion, y hacer irreparables las desgracias del trono. Pero la reina y el favorito no querian otra cosa. En su consecuencia, exigieron un acto de publicidad, que solo se acostumbraba en los grandes acontecimientos, como el nacimiento ó la muerte de un rey, una declaracion de guerra, un tratado de paz, una gran victoria ó una gran derrota, y se comunicó á todas las autoridades del reino, el real decreto siguiente.

«Dios, que vela sobre las criaturas, no permite la ejecucion de los hechos atroces cuando las víctimas son inocentes. Asi me ha librado su omnipotencia de las mas inauditas catástrofes. Mi pueblo, mis vasallos, todos conocen muy bien mi cristiandad y mis costumbres arregladas; todos me aman y de todos recibo pruebas de veneracion, cual exije el respeto de un padre amante de sus hijos. Vivia yo persuadido de esta verdad, cuando una mano desconocida me enseña y descubre el mas enorme y el mas inaudito plan que se trazaba en mi mismo palacio contra mi persona. La vida mia que tantas veces ha estado en riesgo, era ya una carga para mi sucesor que preocupado, obcecado y enagenado de todos los principios de cristiandad que le enseñó mi paternal cuidado y amor, habia admitido un plan para destronarme. Entonces yo quise indagar por mí la verdad del hecho, y sorprendiéndole en su mismo cuarto hallé en su poder la cifra de inteligencia é instrucciones que recibia de los malvados. Convoqué al exámen á mi gobernador interino del Consejo, para que asociado con otros ministros practicasen las diligencias de indagacion. Todo se hizo, y de ellas resul-

tan varios reos cuya prision he decretado, asi como el arresto de mi hijo en su habitacion. Esta pena quedaba á las muchas que me afligen; pero asi como es la mas dolorosa, es tambien la mas importante de purgar, é interin mando publicar el resultado, no quiero dejar de manifestar á mis vasallos mi disgusto, que será menor con las muestras de su lealtad. Tendréislo entendido para que se circule en la forma conveniente.

«En San Lorenzo á 30 de octubre de 1807.—*Al gobernador interino del Consejo.*»

En aquella córte en que nada se hacia sin contar con París, en que el hijo oprimido, el padre involuntariamente opresor, y el favorito perseguidor de ambos, buscaban en Napoleon un apoyo para su desgracia, su ineptitud ó sus crímenes, no era posible entregarse á semejantes estravagancias, sin dar noticia de ellas. Por consiguiente la víspera del acto oficial que acabamos de referir, se dictó al desgraciado Cárlos IV una carta para Napoleon llena de un dolor ridículo, y sin dignidad alguna, en que decia que su hijo le habia hecho traicion y amenazado su persona y su poder, y en que anunciaba nada menos que su voluntad de variar el órden de sucesion al trono (1).

(1) He aquí el testo de esta carta:

Carta del rey Cárlos IV al emperador Napoleon.

«Señor mi hermano: en los momentos en que solo me ocupaba en los medios de cooperar á la destruccion de nuestro enemigo comun, cuando creia que todas las maquinaciones de la anteriormente reina de Nápoles habian sido sepultadas con su hija, veo con un terror que me hace estremecer, que el espíritu de intriga ha penetrado hasta en el seno de mi mismo palacio. ¡Ay! mi corazon se despedaza al referir tan espantoso atentado... Mi hijo primogénito, el heredero presuntivo de mi trono, habia formado el horrible proyecto de destronarme; se habia arrojado hasta el esceso de atentar contra la vida de su madre. Un atentado tan horroroso debe ser castigado con todo el rigor de las leyes. La que le llamaba á la sucesion debe ser revocada: uno de sus hermanos será mas digno de reemplazarle en mi corazon y en el trono. En este momento me ocupo en descubrir sus cómplices para profundizar este plan de la mas negra maldad, y no quiero perder un solo instante en instruir de ello á V. M. I. y R. suplicándole me ayude con sus luces y consejos.

«Quedo rogando á Dios, mi buen hermano, que tenga á V. M. I. y R. en su santa y digna guarda.

Cárlos.

En San Lorenzo á 29 de octubre de 1807.»

Napoleon no habia recibido, como ya hemos visto, la carta del 11 de octubre en que Fernando le pedia su proteccion y una esposa, y que no llegó á sus manos hasta el 28 del mismo mes. En los dias 5, 6 y 7 de noviembre, recibia sucesivamente las de su embajador y de Cárlos IV que le participaban la sensible ocurrencia del Escorial. Veíase, pues, obligado en cierto modo á mezclarse en los asuntos de España, aun cuando no hubiese querido, y ciertamente mucho mas pronto de lo que esperaba y deseaba. Como ya hemos dicho, hacia algun tiempo que estaba persuadido de que era arriesgado dejar á los Borbones en un trono tan elevado y tan próximo, y de que ademas tenia que renunciar á todo servicio útil por parte de la Es-

paña, mientras que estuviese en manos de una raza degenerada. No sabia de qué pretesto valerse para herir á unos esclavos que se prosternaban á sus plantas, que le aborrecian, querian hacerle traicion, que lo habian intentado algunas veces, y que apenas comenzadas sus perfidias las habian negado humildemente. Tampoco desconocia el peligro, si destronaba á la dinastía española, de chocar con una nacion ardiente é indomable, que deseaba mudanzas, aunque incapaz de hacerlas por sí misma, mas pronta sin embargo á rebelarse contra la mañó estrangera que intentase efectuarlas por ella. Aplazaba, pues, este negocio, y no se apresuraba ni se habia fijado todavía en el partido que debia adoptar, como lo prueba el tratado de Fontainebleau, que no contenia mas que aplazamientos. Pero un hijo que se dirigia á él para pedirle una esposa y su proteccion, un padre que le denunciaba á su hijo como criminal, le ofrecian, por decirlo asi, una ocasion forzosa de mezclarse inmediatamente en los asuntos de España: y lleno todavía de dudas, de ansiedad, deseando y temiendo lo que iba á emprender, y como guiado por un irresistible y fatal impulso, dió órdenes precipitadas, señales de una voluntad fuertemente escitada.

Hasta entonces los movimientos que habia prescripto á sus tropas no tenian por objeto mas que el Portugal (1); pero desde aquel momento, los

(1) La reiterada lectura de su correspondencia mas secreta me ha probado que hasta los acontecimientos del Escorial, solo pensaba en Portugal, y que desde aquellos sucesos ya no pensó mas que en España. Las fechas de sus órdenes, comparadas con las de las noticias de Madrid, no pueden dejar ninguna duda sobre su correlacion, y prueban que las unas fueron consecuencia cierta de las otras.

preparativos recibieron una estension y actividad que no podian dejar ninguna duda en cuanto á su objeto. Habia compuesto el ejército del general Junot destinado á invadir el Portugal, con los tres campos de Saint Lo, Pontivy y Napoleon; el ejército de reserva del general Dupont (conocido con el nombre de segundo cuerpo de la Gironda) con los primeros, segundos y terceros batallones de las cinco legiones de reserva y algunos batallones suizos. Estos dos ejércitos, de los que uno habia entrado ya en España, y el otro se hallaba en camino para Bayona, presentaban un efectivo de cerca de 50,000 hombres. Estas fuerzas no eran suficientes si estallaban en la Peninsula graves acontecimientos, porque solo el segundo ejército era el que podia emplearse en España. Napoleon acelero su marcha hácia Bayona, mandó el general Dupont que fuese inmediatamente a ponerse á su cabeza, y resolvió componer otro tercero, que tomase su título de la necesidad especiosa de vigilar las costas del Océano, privadas de las tropas destinadas á su custodia. Denominó á este ejército *cuerpo de observacion de las costas del Océano*, le dió por gefe al mariscal Moncey, que habia hecho la guerra en España, y dispuso que constase de unos 34,000 hombres. Para formarle sacó de los depósitos regimientos del grande ejército acantonados á orillas del Rhin, desde Basilea á Wesel. Aquellos depositos que habian recibido muchas conscripcio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes y que no tenian ya que enviar refuerzos al grande ejército, abundaban en soldados jóvenes, cuya instruccion estaba ya comenzada, y en concepto de algunos casi concluida. Para un cuerpo de observacion, fuese en Francia ó en España, Napoleon creia muy suficientes aquellos jóvenes soldados. Mandó, pues, sacar de los cuarenta y ocho depósitos establecidos á orillas del Rhin otros tantos batallones provisionales, compuestos de cuatro compañías de 150 hombres cada una. De que resultaban 600 plazas por batallon y componia un total de 28,000 hombres de infantería. Ordenó que cuatro batallones formasen un regimiento, dos regimientos una brigada, y dos brigadas una division, y que todo el cuerpo se distribuyese en tres divisiones á las órdenes de los generales Musnier, Gobert y Morlot. Los puntos en donde iban á organizarse eran Metz, Sedan y Nancy. La organizacion de estas tropas, debia ser la de los cuerpos provisionales, dependiendo siempre cada batallon del regimiento de que era segregado. Napoleon mandó ademas que á cada division se uniese una batería de artillería de á pie, y que se formasen en Besanzon y La Fere otras tres baterías de artillería de á caballo, lo cual debia hacer subir á 36 las bocas de fuego. El general Mouton recibió órden de trasladarse á Metz, Nancy y Sedan para velar sobre la ejecucion de aquellas medidas. Las cuatro brigadas de caballería, tambien de forma provisional, reunidas en Compiegne, Chartres, Orleans y Tours, fueron distribuidas entre los dos cuerpos de los generales Moncey y Dupont. Los coraceros y cazadores fueron agregados al del último general, y los dragones y húsares al del mariscal Moncey. Como el ejército del general Junot bastaba para la ocupacion de Portugal, quedaba disponible para los acontecimientos de España el cuerpo del general Dupont titulado *segundo de la Gironda*, y el del mariscal Moncey, denominado *cuerpo de observacion de las costas del Océano* que componian juntos unos 60,000 hombres. En fin, siendo cada dia mas graves las noticias de Madrid, Napoleon dispuso, como ya lo habia hecho antes, que se apostasen carruages desde Metz, Nancy y Sedan á Burdeos para trasladar las tropas con mas celeridad. Para animarlas á soportar la fatiga y ocultar su objeto, previno se dijese á los soldados que iban á socorrer á sus hermanos de Portugal, amenazados por el desembarco de un ejército inglés.

Napoleon hizo que coincidiese con la aproximacion de sus conscriptos á España, un movimiento retrógrado de sus veteranos hacia el Rhin: todos los paises del otro lado del Vistula fueron evacuados. El mariscal Davout, que con los polacos, sajones, su tercer cuerpo y una parte de los dragones habia quedado en Polonia, al otro lado del Vistula, y formaba la primera comandancia, se replegó entre el Vistula y el Oder, ocupando á Thorn, Varsovia y Posen, y su caballería las orillas del mismo Oder. De este modo, la Polonia, muy recomendada á Napoleon por el rey de Sajonia, consiguió un notable alivio. El mariscal Soult que formaba la segunda comandancia, recibió órden de evacuar la antigua Prusia y de retirarse hácia la Pomerania prusiana y sueca, continuando su caballería en la isla de Nogat. En la derecha del Vistula no quedaron mas que los granaderos

de Oudinot que ocupaban á Dantzig. El primer cuerpo que habia pasado á las órdenes del mariscal Victor, permaneció en Berlin, y su caballería de línea á retaguardia en las orillas del Elba. El mariscal Mortier con los cuerpos quinto y sesto y dos divisiones de dragones siguió en la alta y baja Silesia. El príncipe de Ponte-Corvo, que era el único que mandaba las fuerzas de las orillas del Báltico, desde la toma de Stralsund y la disolucion del cuerpo del mariscal Brune, debió ocupar á Lubeck con la division Dupas, á Luneburgo con la division Boudet, á Hamburgo con los españoles y á Brema con los holandeses. La caballería que restaba sin haber sido agregada á estas diversas comandancias, pasó á Hanover, y los soldados de Baviera, Wurtemberg, Baden, Hesse, é Italia obtuvieron autorizacion para volver á sus respectivos paises. La artillería de sitio, las provisiones de vestuario, calzado y armas, comprados á precio de oro en Polonia y Alemania, fueron enviados á Magdeburgo. La guardia imperial, en número de doce mil hombres aceleró su marcha hácia Paris.

Al prescribir Napoleon estos movimientos habia tenido el doble objeto de descargar al Norte de la Europa y llevar á Francia algunos regimientos antiguos. Ademas de la guardia que esperaba de un momento á otro, debian ir llegando sucesivamente diez regimientos de infantería, cierta porcion de artillería y muchos cuadros de dragones. En todo esto se condujo con su acostumbrada destreza, para que de aquel cambio resultase, en vez de una dislocacion, la mejor organizacion de sus cuerpos de ejército.

El cuerpo de Lannes, compuesto de los granaderos de Oudinot, habia quedado al principio en Dantzig: pero eran demasiado numerosos para aquella poblacion, como defensa y como carga. Napoleon acordó la disolucion de la division Verdier compuesta de cuatro hermosos regimientos de infantería. Dos de ellos, el 2.° y 12 de ligeros que formaban parte de la guarnicion de París, fueron llamados á aquella capital Los otros dos, el 72 y 3.° de línea pasaron á la division Saint-Hilaire, en reemplazo de tres regimientos el 43, 55 y 14 de línea que se habian sacado de ella porque tenian su depósito en el campo de Boloña y Sedan. Aquella division quedaba reducida á cinco regimientos, número de que Napoleon no queria pasar. De la division Morand, que constaba de seis regimientos, se sacó el del número 51. La de Dupas, que con los sajones y polacos componian en Friedland el cuerpo de Mortier, no presentaba mas que una agregacion accidental, y era gravosa á la ciudad de Lubeck. Napoleon la tomó el 4.° ligero que formaba parte de la guarnicion de París y el 15 de línea, que pertenecia á Brest. Por último, el 44 de línea que habia quedado de guarnicion en Dantzig para descansar y reponerse del desastre de Eylau, y que ya no era necesario en aquella ciudad, fué llamado á Francia. El 17.° de línea que habia quedado disponible por la evacuacion de Braunau, lo fué igualmente. La artillería de la disuelta division Verdier se unió á los cuerpos que regresaban á su pais. El arma de dragones era en el Norte mas numerosa de lo necesario. Los soldados de los terceros escuadrones de los regimientos 1.°, 3.°, 5.°, 9.°, 10, 15 y 4.° ingresaron

en los dos primeros escuadrones, y recibieron órden de volver á Francia.

Asi es, que sin desorganizar sus cuerpos, reduciéndolos á proporciones mas uniformes, y rompiendo únicamente las agregaciones eventuales, Napoleon supo encontrar el medio de disponer de diez buenos regimientos de infantería, casi todos pertenecientes á París ó á los campos de sus inmediaciones; lo cual era una ventaja mas, porque aquellos regimientos que habian suministrado muchas plazas á los cuerpos de Portugal y la Gironda, se encontraban de este modo mas próximos á sus destacamentos. Este profundo arte de disponer de las tropas, es quizá la parte mas elevada de la ciencia de la guerra, y es necesario á todo gobierno, aun en tiempo de paz, para la buena administracion. El grande ejército del Norte constaba aun de cerca de trescientos mil franceses, sin contar los polacos y sajones que habian quedado en Polonia y los soldados procedentes de Baviera, Wurtemberg, Baden, Hesse é Italia, que aun cuando se volvian á sus paises respectivos no estaban licenciados y podian volver á la primera órden. Napoleon tenia entonces, añadiendo al grande ejército los de la alta Italia, de la Dalmacia, de Nápoles, de las islas Jónicas, de Portugal, España y el interior, ochocientos mil hombres de tropas francesas, y ciento cincuenta mil, por lo menos, de tropas aliadas (1), poder colosal y aterrador, sobre todo, si se reflexiona que la mayor parte se componia de soldados esperimentados, que los mismos conscriptos estaban encerrados en antiguos cuadros, que todos tenian escelentes oficiales, los mas hábiles que ha producido jamás la guerra, y que estos, en fin, marchaban á las órdenes del mas grande de los capitanes.

(1) Creemos conveniente citar una carta curiosa de Napoleon á José, en que le espone, haciéndole una gran confianza, la inmensa estension de sus fuerzas; carta en que á la par del orgullo que sentia al verlas tan considerables, se descubre el embarazo de tenerlas que pagar.

Despues de aproximar al Rhin sus antiguas tropas, y de enviar los soldados jóvenes á los Pirineos, Napoleon lleno de curiosidad, aguardó con impaciencia noticias de Madrid, que creia debian

Carta del emperador al rey de Nápoles.

Fontainebleau, 21 de octubre, de 1807.

«La gran necesidad que tengo de establecer el buen órden en mi estado militar para no introducir el desarreglo en todos mis negocios, exige que establezca bajo un pie definitivo mi ejército de Nápoles, y que sepa que están cubiertas sus atenciones.

«Podeis juzgar del cuidado que debo tener en los pormenores, cuando sepais que tengo en pie mas de 800,000 hombres. Tengo un ejército á orillas del Passarge, cerca del Niemen, otro en Varsovia, otro en Silesia, otro en Hamburgo, otro en Berlin, otro en Boloña, otro que va marchando á Portugal, otro que se está reuniendo en Bayona, otro en Italia, otro en Dalmacia, que refuerzo en este momento con 6,000 hombres, y otro en Nápoles: ademas, tengo guarniciones en todas mis costas. Podeis, pues, juzgar, cuando todo esto va á refluir en mis estados, cuan necesario me será calcular severamente mis gastos, no pudiendo contar ya con ningun subsidio estrangero. Debeis tener para las revistas un inspector bastante hábil para que os forme un estado de lo que debe costaros un regimiento, segun nuestros decretos.»

sucederse unas á otras despues de un acontecimiento tan ruidoso como el arresto del heredero presuntivo de la corona. Como no habia tomado ninguna resolucion, esperaba aprovechar el acontecimiento que mas favorable se presentase á sus deseos, y no fiándose de modo alguno en la habilidad de Mr. de Beauharnais, aunque estaba bien penetrado de su rectitud, no le dio mas instrucciones que las de que lo observase todo, y lo participase á Paris con la posible celeridad.

Las grandes revoluciones se desarrollan por medio de sacudimientos sucesivos, y con intérvalos mucho mas largos de lo que desearia la impaciencia humana. Esto fué lo que ocurrió entonces en España: los acontecimientos no se precipitaron tanto como se creyó en un principio.

El príncipe de Asturias, comprometido en una trama poco criminal seguramente, cuyo objeto no era otro que el de desengañar á un padre de cuya credulidad se abusaba, y evitar un acto de usurpacion, el príncipe de Asturias, comprometido en aquella trama sin prudencia, sin discrecion y sin valor, debia mostrar bien pronto que merecia la esclavitud á que queria sustraerse. Encerrado solo en su habitacion, atemorizado cuando pensaba en la suerte que el fundador del Escorial Felipe II. habia hecho sufrir al infante don Cárlos, lleno de ideas exageradas sobre la crueldad del favorito, bastante candido para creer que este y su madre habian envenenado á su primera esposa, se imaginó que ya estaba perdido, y quiso salvar su vida por el mas vil de todos los medios, la delacion de sus supuestos cómplices. Este hijo, que como se ve, no valia mas que aquellos contra cuya opresion luchaba, formó el proyecto de arrojarse á los pies de su madre y confesarselo todo; confesion que no debia satisfacerla si no decia mas que la verdad, pero que llegaria á ser una traicion infame, si por complacerla cargaba a sus cómplices con supuestos crímenes. Despues de la comunicacion al Consejo que ya hemos referido, el rey fué á buscar en la caza su ordinaria distraccion de los cuidados del trono, que no podia soportar por mucho tiempo. La reina se encontraba sola en el Escorial y siempre encolerizada. Don Manuel Godoy, que habia quedado enfermo en Madrid, continuaba fingiéndose mas agravado de lo que en realidad estaba. Fernando suplicó á su madre que fuese á verle á su estancia para oir su confesion, y recibir la espresion de su arrepentimiento y la seguridad de su sumision. Esta princesa que tenia mas talento que su hijo, y que no queria la reconciliacion, consecuencia probable de la entrevista pedida por el príncipe, le envió al señor Caballero, ministro de Gracia y Justicia, personage muy entendido que sabia desempeñar perfectamente todos los papeles, y que siempre preferia el que le aproximaba mas al partido victorioso. Fernando se humilló profundamente ante aquel ministro de su padre, declaró todo lo que habia pasado, reduciendo no obstante su narracion á la verdad, que no le era muy perjudicial: sostuvo que no habia querido mas que prevenirse contra un ataque á sus derechos, y añadio lo que todavia se ignoraba, que habia escrito á Napoleon pidiéndole la mano de una princesa de Francia. Lo mas grave de aquella espontanea confesion, fué el que designó á los duques de San Cárlos y del Infantado, y sobre todo al canónigo Escoiquiz,

como instigadores que le habian estraviado. Su declaracion dió por resultado mandar prender en el acto con una brutalidad inaudita en el Escorial, á los personages que acababa de denunciar. Los presos contestaron con una dignidad y firmeza que los honraba en gran manera, á todas las preguntas que se les hicieron, y redujeron la acusacion á sus verdaderos términos, declarando, que únicamente habian procurado desengañar á Cárlos IV, alucinado por un favorito indigno, sacar al príncipe de Asturias de una opresion intolerable, y prevenir en caso de que muriese el rey, un acto de usurpacion previsto y temido por toda España. La firmeza de aquellos hombres honrados, culpables sin duda de haberse prestado á dar pasos imprudentes, pero que tenian en su favor lo estraordinario de la situacion, su firmeza, decimos, deshonraba á la infame córte que queria sacrificarlos á su venganza, y al príncipe pusilánime que pagaba su adhesion con un cobarde abandono.

Sin embargo, el efecto que este atrevido é inepto procedimiento causó en toda la Península, fué inmenso. No se oia mas que un solo grito de furor y de indignacion contra el príncipe de la Paz y contra la reina, que trataba, se decia, de sacrificar á un hijo virtuoso, única esperanza de la nacion. No se sabian á fondo las cosas, pero no se creia fuese cierta la absurda imputacion dirigida contra el príncipe de Asturias de haber querido destronar á su padre, y el buen juicio del pueblo, solo veia en los actos por que se le acriminaba un esfuerzo para desengañar á Cárlos IV, y algunas precauciones para impedir que el favorito usurpase la suprema autoridad. Poco á poco llegó á saberse la gestion de Fernando con Napoleon, y á la cólera que debió esperimentar la córte, se atribuia el escandaloso proceso del Escorial. Conformándose al punto la opinion pública con lo que habia hecho el heredero adorado de la corona, lo aprobó en todas sus partes. Era una buena inspiracion, se decia, el haberse dirigido al grande hombre que habia restablecido en Francia el órden y la religion, y que podria, si qusiese, regenerar la España sin hacerla sufrir una revolucion; se miraba como un escelente pensamiento el de procurar unir las dos casas por los vínculos de la sangre, porque esta union era la única que podria hacer que cesase la desconfianza que todavia separaba á los Borbones de los Bonaparte. Se aprobó, pues, á Fernando el haber tenido confianza en Napoleon, é inmediatamente con el ardor de una nacion apasionada, la poblacion de España no formó mas que un voto, no lanzó mas que un grito, el de que las columnas de tropas francesas, que se dirigian á Portugal, entrasen por algunos instantes en Madrid, para librar á un padre engañado y á un hijo perseguido del mónstruo que oprimia á ambos. Este sentimiento fué general y unánime en todas las clases de la nacion: ¡contraste singular con los sentimientos que en esta misma España, debian estallar bien pronto contra la Francia y contra su gefe!...

Despues de haber despreciado á la nacion, hasta el punto de permitirse á su misma vista todo género de escándalos, el favorito comenzó á temblar, al escuchar el grito de reprobacion que por todas partes se levantaba contra él. Salió de su lecho, en donde aparentaba hallarse postrado por una grave indisposicion, é imaginó presentarse en el Escorial

como pacificador y reconciliador. Las desencadenadas pasiones de la reina eran mas difíciles de contener que las suyas, y le costó algun trabajo hacerla entender que era preciso detenerse en el camino que se habia emprendido, si no se queria provocar una sedicion popular. Acababa de anunciársele que ya estaba firmado el tratado de Fontainebleau, y aunque aquel tratado no debia publicarse todavía, Godoy esperimentaba el mas vivo gozo por haber obtenido la cualidad de príncipe soberano, garantizada por la Francia. Veia pues una razon para tranquilizarse, para evitar toda crisis violenta, y en una palabra, para valerse de medios mas dulces que le condujesen al logro de su objeto. Deshonrar al príncipe de Asturias, le parecia mas seguro que imponerle una condena, que sublevaria toda la España, y despues de la cual aquel príncipe llegaria á ser el ídolo de la nacion (1). Ya se habia dado el primer paso en esta

(1) El señor conde de Toreno asegura, y otros escritores han repetido, que el motivo que hizo se suspendiesen los procedimientos criminales que se seguian contra el príncipe de Asturias, no fué otro, que la intimacion dirigida por Napoleon al príncipe de la Paz, para que no se comprometiese en lo mas mínimo, ni á los agentes franceses, ni á su gobierno. Esta es una asercion gratuita desmentida por los hechos y las fechas. Era bien fácil continuar las actuaciones sin que figurase en ellas el embajador francés, pues las comunicaciones con él eran el menor de los cargos, y los demas documentos, como el escrito en que se revelaba á Cárlos IV la conducta del favorito, la cifra, y el nombramiento eventual del duque del Infantado, constituian los supuestos delitos del príncipe y de sus cómplices. Lo que lo prueba mejor aun, es que los procedimientos continuaron contra los cómplices del príncipe, y los cargos fueron siempre los mismos, por lo que la dificultad, si hubiese existido, siempre sería la misma con el príncipe y sin él. Esta suposicion la contradicen tambien las fechas completamente. La solicitud de perdon, y la real acta que le concedia son del 5 de noviembre. Ahora bien, en aquella época apenas se sabia en Paris el arresto del príncipe, porque la ocupacion de sus papeles fué el 27 de octubre, su arresto el 28, y estos hechos no se divulgaron en Madrid hasta el dia 29, y por consiguiente ninguna noticia exacta pudo comunicarse de Madrid antes de este dia. Todos los correos empleaban entonces siete ú ocho dias, en atravesar aquella distancia; así es, que la noticia no pudo llegar á Paris antes del 5 de noviembre. Aun cuando el conductor de ella hubiese salido el 27, no habria llegado hasta el 3, y seguramente no hubiera habido tiempo para ordenar en Paris el 3, un acto que se consumaba en Madrid el 5, y que habia sido acordado el 3 ó el 4. Por consiguiente, las fechas bastan para desmentir semejante suposicion. El príncipe de la Paz no se decidió á desempeñar el papel de conciliador, sino porque la empresa de hacer condenar al heredero presuntivo para privarle de sus derechos al trono, era superior á su audacia y á la paciencia de la nacion española.

carrera por la diligencia del príncipe en ofrecer revelaciones que no se le pedian, y denunciar cómplices en quienes no se pensaba. En su consecuencia, don Manuel Godoy, pudo reducir á la reina, aunque con mucha dificultad á que concediese el perdon, que el príncipe solicitaría con humildad, confesándose culpable. Trasladóse, pues, á la habitacion de Fernando, convertida en prision, y fué recibido en ella, no con el desprecio que debiera haber sufrido de un príncipe dotado de alguna dignidad, sino con la satisfaccion que espe-

rimenta un acusado que cree salvarse. Godoy hizo á Fernando, ó recibió de él, la proposicion de escribir á su padre y á su madre cartas en que solicitaría el perdon mas humillante, hecho lo cual todo quedaria olvidado. Aquellas dos cartas estaban concebidas en los términos siguientes:

5 de noviembre de 1807.

Señor:

«Papá mio: he delinquido, he faltado á V. M. como rey, y como padre; pero me arrepiento, y ofrezco á V. M. la obediencia mas humilde. Nada debia hacer sin noticia de V. M.; pero fui sorprendido. He delatado á los culpables, y pido á V. M. me perdone por haberle mentido la otra noche, permitiendo besar sus reales pies á su reconocido hijo=Fernando.=San Lorenzo 5 de noviembre, de 1807.»

Señora:

«Mamá mia: estoy muy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes, y asi, con la mayor humildad le pido á V. M. se digne interceder con papá para que permita ir á besar sus reales pies á su reconocido hijo=Fernando.=San Lorenzo 5 de noviembre de 1807.»

Despues de firmadas estas cartas, Cárlos IV espidió un nuevo decreto (1), en que decia se habia

(1) El real decreto que cita Mr. Thiers estaba concebido en estos términos.

«La voz de la naturaleza desarma el brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la piedad no puede negarse á ello un padre amoroso. Mi hijo ha declarado ya los autores del plan horrible que le habian hecho concebir unos malvados: todo lo ha manifestado en forma de derecho, y todo consta con la escrupulosidad que exije la ley en tales pruebas: su arrepentimiento y asombro le han dictado las representaciones que me ha dirigido y siguen:

(Aquí incluia el decreto las dos cartas preinsertas.)

«En vista de ellas y á ruego de la reina mi amada esposa, perdono á mi hijo, y le volveré á mi gracia, cuando con su conducta me dé pruebas de una verdadera reforma en su frágil manejo; y mando que los mismos jueces que han entendido en la causa desde su principio, la sigan, permitiéndoles asociados si los necesitaren, y que concluida me consulten la sentencia ajustada á la ley, segun fuesen la gravedad de delitos y calidad de personas en quienes recaigan; teniendo por principio para la formacion de cargos las respuestas dadas por el príncipe á las demandas que se le han hecho; pues todas están rubricadas y firmadas de mi puño, asi como los papeles aprehendidos en sus mesas, escritos por su mano; y esta providencia se comunique á mis consejos y tribunales, circulándola á mis pueblos, para que reconozcan en ella mi piedad y justicia, y alivien la afliccion y cuidado en que les puso mi primer decreto; pues en él verán el riesgo de su soberano y padre, que como á hijos los ama, y asi me corresponden. Tendréislo entendido para su cumplimiento.=San Lorenzo, 5 de noviembre de 1807.

(Nota del traductor).

dignado conceder su perdon al príncipe acusado, y mandaba se continuasen los procedimientos contra sus cómplices, prohibiendo la circulacion de la primera real órden en que habia sido denunciado á la nacion española. Mas ya no era tiempo de re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mediar tan grande escándalo Las deplorables escenas del Escorial, eran inseparables unas de otras, y ninguna podia permanecer oculta. Las primeras deshonraban al rey, á la reina y al favorito: la última, al príncipe de Asturias.

Sin embargo, el efecto que produjeron en la opinion pública, no fué el que naturalmente debia esperarse. Aunque todos los actores de aquellas escenas mereciesen poco mas ó menos la misma reprobacion, el padre por su debilidad, la reina y el favorito por sus criminales pasiones, y el príncipe por haber abandonado cobardemente á sus amigos, el pueblo español, que solo veia los agravios de la reina y el favorito, calificó la conducta del príncipe como una consecuencia de la opresion en que gemia: no descubrió en sus declaraciones, mas que una confesion supuesta ó arrancada á la fuerza, continuó amándole con idolatría, le atribuyó todas las virtudes imaginables, y deseaba que Napoleon estendiese su poderoso brazo hácia la España. Napoleon llegó á ser entonces el dios tutelar que se invocaba en todas partes. Quizá aquel ha sido el único momento en que el pueblo español, ha admirado con entusiasmo á un héroe que no era su compatriota, y acudido á una influencia estrangera.

Así como se participó al emperador la acusacion del príncipe de Asturias, se le dió conocimiento de su perdon. Ambas cosas le sorprendieron sobre manera, pero vió claramente, que aquel drama, que hubiera sido sangriento en otro siglo, y que solo era repugnante en el nuestro, iba á quedar amortiguado, para volver á tomar su curso ulteriormente, y no llegar á su conclusion hasta mas tarde. Aunque el paso que habia dado para con él, el príncipe de Asturias, le habia predispuesto en su favor, no sabia si debia fiarse en semejante carácter, y si en su debilidad y sus pasiones habia razones para ver en él un aliado impotente ó un enemigo pérfido. Darle una princesa de la casa Bonaparte, solucion, en la apariencia, la mas fácil, no era un partido muy seguro. Por otra parte, la historia presentaba egemplos poco alhagüeños con respecto á las princesas encargadas de estrechar las relaciones entre España y Francia por medio de matrimonios. Dejar todavía que reinasen Cárlos IV, el príncipe de la Paz y la reina, no era tampoco una solucion que prometia larga duracion, tanto por la quebrantada salud del monarca, como por la indignacion nacional pronta á estallar. Variar la dinastía, parecia, pues, el partido mas sencillo. Pero quedaba siempre en este caso el peligro de herir la susceptibilidad y el decoro de una gran nacion, y sobre todo, la de la Europa, porque faltaba todo pretesto para destronar á unos príncipes, que divididos entre sí, solo se hallaban unidos para dirigirse á Napoleon como amigo y señor. Perseverando en sus dudas, como la España en su agitacion, resolvió aprovecharse de aquellos momentos de espera, para dedicar algunos dias á la Italia, y poner en órden muchos y graves negocios que reclamaban su presencia. Debia ademas, avistarse en Italia con su hermano Luciano, reconciliarse con él, y recibir de su mano una hija, que podria ser la princesa destinada á la España, si se decidia definitivamente por el proyecto menos violento de unir á las dos casas por medio de un enlace. Tomada esta resolucion, dió

contra-órden á sus ejércitos, no para que detuviesen su marcha hácia España, sino para que no la acelerasen tanto. Dispuso que las tropas del cuerpo de las costas del Océano que debian trasladarse en posta á Burdeos, lo ejecutasen á pie y sin ninguna precipitacion. Previno al general Dupont, que lo tuviese todo dispuesto, para que el segundo cuerpo de la Gironda, pudiese entrar á fines de noviembre en España, y le mandó llegar hasta Valladolid, sin avanzar mas hácia Portugal. Hizo salir de París, á su gentil hombre de cámara, Mr. de Tournou, cuyo recto juicio apreciaba, con órden de que se trasladase á España, observase lo que pasaba en ella, examinase bien si el príncipe de Asturias tenia muchos partidarios, si la antigua córte conservaba algunos todavía, y por último, le confirió la mision de llevar la contestacion á las diversas comunicaciones de Cárlos IV. En aquella respuesta llena de decoro y generosidad, Napoleon aconsejaba al monarca la calma, la indulgencia con su hijo, negaba haber recibido ninguna peticion de parte suya, y no procuraba esparcir nuevas semillas de discordia, aunque tenia mas interés en conmover que en pacificar la España.

Hecho esto, Napoleon, que sabia muy bien no tardaria mucho en tener que fijar toda su atencion hácia aquella parte, dejó á Fontainebleau el 16 de noviembre, acompañado de Murat, de los ministros de Marina y de lo Interior, de los señores Sgauzin y de Proni, de los directores de muchos ramos importantes del servicio, y se dirigió á Milan para abrazar á su querido hijo, el príncipe Eugenio de Beauharnais. Al tiempo de partir, dió las órdenes convenientes, para que la guardia imperial que

iba á llegar á París, fuese recibida triunfalmente.

Deseaba no hallarse presente á aquella solemnidad, y aun si fuese posible, que nadie pensase en él. Queria que se festejase al ejército, solo al ejército, obsequiando á la guardia, que era la flor de él. Asi es, que al escribir al ministro de lo Interior prescribiéndole los pormenores de la ceremonia, le decia: *En los emblemas é inscripciones de que se haga uso esta vez, debe tratarse de mi guardia, y no de mí, y hacerse ver que en la guardia se honra á todo el grande ejército.*

En efecto, el 25 de noviembre, el prefecto del Sena, y los maires de París, fueron á la barrera de la Villette, seguidos de un inmenso gentío, para recibir á los héroes de Austerlitz, Jena y Friedland: á su cabeza se encontraba el mariscal Bessieres. En aquel sitio se habia levantado un arco de triunfo. Los abanderados salieron de las filas, inclinaron sus banderas, sobre las cuales los magistrados colocaron coronas de oro, con esta inscripcion: *La ciudad de París, al grande ejército.* Despues la guardia, que constaba de doce mil soldados veteranos, tostados del sol, mutilados, y algunos con la barba ya encanecida, desfiló por medio de la multitud entusiasmada, que aplaudia su triunfo. La ciudad de París, que en aquella solemnidad fraternal y nacional representaba á la Francia, como la guardia representaba á todo el ejército, obsequió á aquellos doce mil soldados con una abundante comida, servida en los campos Elíseos. El cielo no favoreció el fin de aquel dia, entristecido con frecuencia por la lluvia, para que sin duda pareciese que aquel ejército que en las grandezas y faltas de la Francia no habia tenido mas

parte que su heroismo, no debia ser nunca feliz. De los 1.000.000,000 decretados por la Convencion no restaba mas que una fiesta prometida en 1806 á todo el ejército de Austerlitz; y de aquella fiesta no quedaba mas que una demostracion á la guardia, contrariada por el cielo, y privada de la presencia de Napoleon. Pero la gloria del ejército francés podia pasar sin aquellas frívolas pompas. La historia dirá, que todo el mundo en Francia desde 1789 á 1815 mezcló las faltas con los servicios, todo el mundo escepto el ejército, porque mientras se degollaban en 1793 víctimas inocentes, defendia el territorio: mientras Napoleon violaba las reglas de la prudencia en 1807 y 1808, se limitaba á combatir, y siempre bajo todos los gobiernos, no sabia mas que sacrificarse y morir por la existencia y la grandeza de la Francia.

LIBRO VEINTE Y NUEVE.

Aranjuez.

Espedicion de Portugal.—Composicion del ejército destinado á esta espedicion.—Primera entrada de los franceses en España.—Marcha desde Ciudad-Rodrigo á Alcántara.—Padecimientos indecibles.—Instado el general Junot para que acelerase su movimiento sobre Lisboa, sigue la derecha del Tajo por detrás de las montañas de Beira.—Llegada del ejército francés á Abrantes en el estado mas lastimoso.—El general Junot se decide á marchar sobre Lisboa con las compañías de preferencia.—Al saber la aproximacion de los franceses, el príncipe regente de Portugal toma el partido de huir al Brasil.—Embarque precipitado de la córte y de las principales familias portuguesas.—Ocupacion de Lisboa por el general Junot.—Siguen los acontecimientos del Escorial.—Situacion de la córte de España desde el arresto del príncipe de Asturias, y el humillante perdon que le fué concedido.—Continuacion de las actuaciones contra sus cómplices.—Comienzan á apoderarse de la córte la desconfianza y el temor.—La reina y el príncipe de la Paz, piensan en huir á América, á imitacion de la casa de Braganza.—Oposicion de Carlos IV á aquel proyecto.—Antes de acudir á aquel recurso estremo, se procura conciliarse á Napoleon, y se renueva, en nombre del rey, la peticion que ya habia hecho Fernando de una princesa francesa.—A esta peticion acompañan vivas instancias para la publicacion del tratado de Fontainebleau.—Napoleon no pudo recibir estas proposiciones hasta su llegada á Italia.—Arribo del emperador á Milan.—Por todas partes por donde pasa manda obras de utilidad pública.—Viage á Venecia.—Reunion de príncipes y soberanos en aquella ciudad.—Proyectos de Napoleon para devolver á Venecia su antigua prosperidad comercial.—Correria á Udino, Palma-No-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parte que su heroismo, no debia ser nunca feliz. De los 1.000.000,000 decretados por la Convencion no restaba mas que una fiesta prometida en 1806 á todo el ejército de Austerlitz; y de aquella fiesta no quedaba mas que una demostracion á la guardia, contrariada por el cielo, y privada de la presencia de Napoleon. Pero la gloria del ejército francés podia pasar sin aquellas frívolas pompas. La historia dirá, que todo el mundo en Francia desde 1789 á 1815 mezcló las faltas con los servicios, todo el mundo escepto el ejército, porque mientras se degollaban en 1793 víctimas inocentes, defendia el territorio: mientras Napoleon violaba las reglas de la prudencia en 1807 y 1808, se limitaba á combatir, y siempre bajo todos los gobiernos, no sabia mas que sacrificarse y morir por la existencia y la grandeza de la Francia.

LIBRO VEINTE Y NUEVE.

Aranjuez.

Espedicion de Portugal.—Composicion del ejército destinado á esta espedicion.—Primera entrada de los franceses en España.—Marcha desde Ciudad-Rodrigo á Alcántara.—Padecimientos indecibles.—Instado el general Junot para que acelerase su movimiento sobre Lisboa, sigue la derecha del Tajo por detrás de las montañas de Beira.—Llegada del ejército francés á Abrantes en el estado mas lastimoso.—El general Junot se decide á marchar sobre Lisboa con las compañías de preferencia.—Al saber la aproximacion de los franceses, el príncipe regente de Portugal toma el partido de huir al Brasil.—Embarque precipitado de la córte y de las principales familias portuguesas.—Ocupacion de Lisboa por el general Junot.—Siguen los acontecimientos del Escorial.—Situacion de la córte de España desde el arresto del príncipe de Asturias, y el humillante perdon que le fué concedido.—Continuacion de las actuaciones contra sus cómplices.—Comienzan á apoderarse de la córte la desconfianza y el temor.—La reina y el príncipe de la Paz, piensan en huir á América, á imitacion de la casa de Braganza.—Oposicion de Carlos IV á aquel proyecto.—Antes de acudir á aquel recurso estremo, se procura conciliarse á Napoleon, y se renueva, en nombre del rey, la peticion que ya habia hecho Fernando de una princesa francesa.—A esta peticion acompañan vivas instancias para la publicacion del tratado de Fontainebleau.—Napoleon no pudo recibir estas proposiciones hasta su llegada á Italia.—Arribo del emperador á Milan.—Por todas partes por donde pasa manda obras de utilidad pública.—Viage á Venecia.—Reunion de príncipes y soberanos en aquella ciudad.—Proyectos de Napoleon para devolver á Venecia su antigua prosperidad comercial.—Correria á Udino, Palma-No-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

va, y Osopo.—Regreso á Milan por Legnago y Mántua.—Entrevista en Mántua con Luciano Bonaparte.—Permanencia en Milan.—Nuevas órdenes militares con respecto á España, y aplazamiento de la contestacion que debia darse á Carlos IV.—Asuntos políticos del reino de Italia.—Adopcion de Eugenio Beauharnais, y trasmision de la corona de Italia asegurada á su descendencia.—Decretos de Milan en oposicion á las nuevas disposiciones marítimas adoptadas por la Inglaterra.—Partida de Napoleon para Turin.—Se mandan hacer algunos trabajos para enlazar á Génova con el Piamonte, y á este con la Francia.—Regreso á París en 1.° de enero de 1808.—Napoleon no puede ya diferir por mas tiempo su respuesta á Carlos IV, y adoptar una resolucion definitiva con respecto á España. Se le presentan tres partidos: un matrimonio, una desmembracion de territorio, y un cambio de dinastía.—Irresistible inclinacion de Napoleon hácia este último partido.—Aunque se habia fijado en el objeto, no lo estaba aun en cuanto á los medios; entre tanto aumentó el número de tropas en la Península, y contesta de una manera evasiva á Carlos IV.—Se lleva á efecto la conscripcion de 1809.—Fuerzas colosales de la Francia en aquella época.—Sistema de organizacion militar que sugirió á Napoleon la dislocacion de sus regimientos, que tenian batallones en Alemania, Italia y España.—Napoleon quiere terminar aquella vez todos los negocios del Mediodía de la Europa.—Sus disensiones con el papa toman un carácter de mayor gravedad.—El general Miollis recibe la órden de ocupar los Estados romanos.—El movimiento de las tropas inglesas hácia la Península, desguarnece la Sicilia, y suministra la ocasion largo tiempo esperada, de una espedicion contra aquella isla.—Reunion de escuadras francesas en el Mediterráneo.—Tentativa para conducir diez y seis mil hombres á Sicilia, y para abastecer abundantemente á Corfú.—Continuacion de los sucesos de España.—Conclusion del proceso del Escorial.—Al recibir Carlos IV las evasivas respuestas de Napoleon, le dirige otra carta llena de tristeza y de turbacion, y le pide esplicaciones sobre la acumulacion de tropas francesas en los Pirineos.—Abrumado de preguntas, Napoleon reconoce la necesidad de concluirlas.—Adopta por fin sus medios de ejecucion, y se propone, asustando á la córte de España, obligarla á huir como la casa de Braganza.—Esta grave empresa le hace mas necesaria que nunca la alianza rusa.—Actitud de Mr. de Tolstay en París.—Sus relaciones poco satisfactorias á la córte de Rusia.—Esplicaciones de Alejandro con Mr. de Caulaincourt.—Advertido por éste del peligro que amenaza á la alianza, Napoleon escribe á Alejandro, y consiente en que se discuta la particion del imperio de Oriente.—Alegría de Alejandro y de Mr. de Romanzoff.—Diversos planes de division.—Primer pensamiento de una entrevista en Erfurt.—Invasion de la Finlandia.—Satisfaccion en San Petersburgo.—Asegurado ya Napoleon de la alianza rusa, toma sus disposiciones para acelerar el desenlace de los asuntos de España en todo el mes de marzo.—Desde el 20 al 25 de febrero

se espiden diferentes órdenes con objeto de intimidar á la córte de Madrid y disponerla á la fuga.—Eleccion de Murat para mandar el ejército francés.—Ignorancia en que le deja Napoleon con respecto á sus proyectos políticos.—Instruccion sobre la marcha de las tropas.—Orden de sorprender á San Sebastian, Pamplona y Barcelona.—Como el plan adoptado ponia en peligro las colonias españolas, Napoleon procura evitarlo con una órden estraordinaria comunicada al almirante Rosily.—Entrada de Murat en España.—Su recibimiento en las provincias Vascongadas y Castilla.—Carácter de estas provincias.—Entrada en Vitoria y Burgos.—Estado de las tropas francesas.—Su juventud, su desnudez, sus enfermedades.—Embarazos de Murat por la ignorancia en que se encontraba tocanto al objeto político de Napoleon.—Sorpresa de Barcelona, Pamplona y San Sebastian.—Malísimo efecto producido por la toma de aquellas plazas.—Alarmas que produjeron en Madrid las últimas noticias que se recibieron de París.—Proyecto definitivo de retirarse á América.—Oposicion del ministro Caballero á este plan.—A pesar de ella se aprueba el proyecto de marcha.—Se divulga la noticia de los preparativos de viage.—Estraordinaria emocion en los habitantes de Madrid y Aranjuez.—El príncipe de Asturias, y su tio don Antonio resisten la idea de alejarse.—Se fija la salida de la córte para el 15 ó 16 de marzo.—La poblacion de Aranjuez y de las inmediaciones, atraida por la curiosidad y la cólera, se agrupa en derredor del palacio y se hace imponente por su actitud amenazadora.—La córte se ve obligada el 16 á publicar una proclama desmintiendo los rumores de viage.—Mas no por eso suspende sus preparativos.—Revolucion de Aranjuez en la noche del 17 al 18 de marzo.—El pueblo invade el palacio del príncipe de la Paz, le destruye completamente, y busca al príncipe para degollarle.—El rey se vé obligado á despojar á don Manuel Godoy de todas sus dignidades.—Continúa el pueblo buscando al príncipe.—Despues de estar escondido treinta y seis horas entre unas esteras, es descubierto al salir de su escondite.—Algunos guardias de corps, logran libertarlo del furor del pueblo, y le conducen á su cuartel lleno de heridas.—El príncipe de Asturias logra que el pueblo se retire, ofreciendo que el príncipe de la Paz seria juzgado.—El rey y la reina atemorizados con tres dias de sublevacion y creyendo salvar su vida y la del favorito, firman su abdicacion el dia 19 de marzo.—Carácter de la revolucion de Aranjuez.

En tanto que Napoleon, decidido en cuanto al objeto que se proponia en España, pero incierto en cuanto á los medios, se dirigia á Italia, lleno por lo demas de confianza en la inmensidad de su

poder, los ejércitos franceses avanzaban hácia la Península, é iban á sufrir la primera prueba de las que en ella les aguardaban.

El ejército que primero estaba destinado á efectuar la entrada, era el del general Junot. Su mision, como ya se ha visto, consistia en apoderarse del Portugal. Se componia de cerca de veinte y seis mil hombres, veinte y tres mil armados, y tres ó cuatro mil hombres de refuerzo sacados de los depósitos. Estaba distribuido en tres divisiones á las órdenes de los generales Laborde, Loison y Travot. Tenia por gefe de estado mayor al general Thiebault, y por general en gefe al intrépido Junot, ayudante de campo de Napoleon, muy adicto suyo, embajador de Portugal en algun tiempo, oficial inteligente, animoso hasta la temeridad, y que no tenia mas defecto que un escesivo ardor de carácter, que debia venir á parar en una enfermedad mental. El ejército se componia de jóvenes de la conscripcion de 1807, sacados en 1806, pero encerrados en antiguos cuadros, y suficientemente instruidos. Eran muy capaces de sostener bien el fuego, pero desgraciadamente estaban poco habituados á las fatigas, que iban á ser su principal prueba. Napoleon que queria se ocupase prontamente á Lisboa, para sorprender no á la familia real, de que se cuidaba muy poco, sino la escuadra portuguesa y las inmensas riquezas pertenecientes á los comerciantes ingleses, habia dado órden al general Junot para que acelerase la marcha, sin economizar á sus soldados fatigas ni privaciones para llegar á tiempo. Junot, en su ardimiento, no era hombre capaz de corregir con un prudente discernimiento, lo que aquella órden pudiera tener de arriesgado en los paises que iba á atravesar.

El 17 de octubre entró el ejército en España dividido en muchas columnas para facilitar las subsistencias, y se dirigió á Valladolid por Tolosa, Vitoria y Burgos. A pesar de las promesas del príncipe de la Paz, no habia preparado en el tránsito casi nada, y por la noche habia que reunir apresuradamente algunos víveres para alimentar las tropas estenuadas con las fatigas del dia. Los alojamientos eran malísimos, y las camas tan pésimas, que los soldados preferian pasar la noche en el campo ó en las calles, mas bien que aceptar los miserables albergues que les ofrecian. La poblacion los recibia con la curiosidad natural á un pueblo vivo, amigo de espectáculos que su inerte gobierno no le proporcionaba ya hacia un siglo. Las clases elevadas recibian bien á las tropas, pero el pueblo bajo manifestaba mas á las claras su ódio á los estrangeros. En el camino de Salamanca se dieron algunas puñaladas á los soldados rezagados, aunque se conducian en todas partes con la mayor moderacion. Al llegar el ejército á Salamanca habia sufrido ya mucho con las fatigas, y habia tenido que dejar atras cierto número de hombres. El general Junot, que tenia un gefe de estado mayor muy previsor, estableció en Valladolid, Salamanca y Ciudad-Rodrigo, depósitos que se componian de un comandante de plaza, de muchos empleados en la administracion, y de un destacamento, para recoger en ellos á los cansados ó enfermos, y dirigirlos despues al ejército en grupos bastante numerosos para defenderse. Habiendo recibido el ejército que estaba en Salamanca la

órden de marchar inmediatamente (1), lo verificó el 12 de noviembre, formado en tres divisiones. Para ir desde Ciudad-Rodrigo á Alcántara, tenia que atravesar la cadena de montañas que separa el valle del Duero del de el Tajo, y que es una prolongacion de la de Guadarrama.

Desde Salamanca á Alcántara era necesario andar cincuenta leguas por un pais montuoso, lleno de malezas, pobre y únicamente habitado por pastores que acostumbraban á apacentar sus ganados en aquellos escabrosos sitios dos veces al año; en otoño cuando se trasladaban desde Castilla la Vieja á Estremadura, y en la primavera cuando volvian desde esta última provincia á aquella. Aunque las autoridades españolas habian prometido preparar víveres, se encontraron muy pocos en San Muñoz, pueblo situado á igual distancia entre Salamanca y Ciudad-Rodrigo. Las tropas anduvieron diez y nueve leguas en dos dias, sin comer mas que un poco de carne de cabra, que se proporcionaron tomándola de los rebaños que encontraban al paso. En Ciudad-Rodrigo, poblacion bastante considerable, y plaza fuerte de gran importancia, se encontraba un gobernador poco adicto á los franceses, que para escusarse alegó la ignorancia en

(1) La órden de Napoleon no podia ser mas ejecutiva, pues prevenia á Junot que no difiriese la continuacion de su empresa bajo pretesto alguno, ni aun por falta de mantenimientos, *pudiendo* 20,000 *hombres*, segun decia, *vivir por todas partes, aun en el desierto.*

(*Nota del traductor*, sacada de la Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España, por el conde de Toreno).

que se le habia tenido hasta entonces del paso del ejército, y que no se tomó el trabajo de suplir á los preparativos que se habian dejado de hacer. Sin embargo, se reunieron víveres suficientes para dar media racion á los soldados; se organizó un nuevo depósito para los rezagados, cuyo número se aumentaba por momentos, y se tomó el camino de las montañas, para dirigirse desde la cuenca del Duero á la del Tajo. El tiempo se puso de repente muy crudo, como acontece con frecuencia en las regiones meridionales, en que la naturaleza estremada como los habitantes, pasa con estraordinaria violencia desde la mas suave temperatura á la mas rigurosa. La lluvia y la nieve se sucedian sin interrupcion. Los senderos que seguian las diferentes columnas estaban intransitables, y desaparecian bajo los pies de hombres y caballos. Engañadas por guias ignorantes, que muchas veces se equivocaban, algunas columnas se estraviaron, y llegaron muy cerca de las crestas de la cadena, á la aldea de Peña Parda, estenuadas de hambre y de cansancio, dejando en el camino una parte de su gente. Era necesario para poder comer alguna cosa, ir á dormir á Moraleja, en el declive de las montañas. Sobrevino una tempestad horrorosa: en un momento se desbordaron todos los torrentes, y en medio del mugido de los vientos y del estruendo de las aguas, los inespertos soldados franceses, que no habian comido ya hacia algunos dias, ni esperaban mejores alojamientos en los siguientes, cayeron en uno de esos abatimientos súbitos que se apoderan de las almas juveniles, poco habituadas á los contratiempos de la vida militar. Cerró la noche, y como los tambores aflojados con la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lluvia no podian servir absolutamente para ningun toque, se introdujo en la marcha la mayor confusion. Los soldados que no distinguian ya los objetos, ni aun se percibian unos á otros, comenzaron á llamarse á voces é hicieron resonar las montañas con sus alaridos. Los oficiales ya no eran reconocidos ni escuchados: la indisciplina se unió á la desesperacion, y la escena habia llegado á ser horrorosa. Sin embargo, la primera columna pudo llegar á Moraleja á las once de la noche, y habiendo encontrado ya allí un destacamento, dió noticia del estado en que habia dejado el resto del ejército. Entonces se mandó salir á los soldados menos cansados, para socorrer á sus compañeros: se encendieron fogatas, se colocó un farol en el campanario, y se tocaron las campanas para atraer á los estraviados. Para colmo de desgracia, no se habian hecho en Moraleja mas preparativos que en las demas partes, y faltaban completamente los víveres. Los soldados, no respetando ya nada en el delirio del hambre, se entregaron al saqueo, y asolaron aquel desgraciado pueblo, que fué de este modo víctima de la inexactitud del gobierno español en el cumplimiento de sus promesas. En el momento de la llegada no habia mas que una cuarta parte del ejército: durante la noche y poco á poco, fueron llegando á Moraleja todos los que no habian sucumbido de cansancio ó se habian ahogado ó sido asesinados por los pastores estremeños. Algunas cabras sirvieron todavía no para satisfacer el hambre de los soldados, sino para impedir que muriesen de inanicion. Era imposible detenerse en aquel punto, y al dia siguiente se emprendió la marcha hácia Alcántara, en donde

por fin, se vieron las orillas del Tajo y la frontera de Portugal.

El general en gefe Junot, se habia adelantado á su ejército para suplir con sus cuidados la incuria del gobierno español. La ciudad ofrecia algunos mas recursos que las montañas de Estremadura. Sin embargo, no eran muy considerables y los habian absorvido en gran parte las tropas españolas del general Carafa, que con una division de nueve á diez mil hombres debia apoyar el movimiento de las tropas francesas, y bajar por la izquierda del Tajo, mientras el general Junot lo efectuaba por la orilla derecha. Se reunieron algunos bueyes y carneros y se distribuyeron entre los regimientos: se proporcionó media racion de pan por plaza, y se concedió un descanso al ejército para que se le incorporasen los que pudiesen hacerlo, y para restituirle sus estenuadas fuerzas. Habia dejado atras ó perdido en los montes y torrentes una quinta parte de su efectivo, es decir, de cuatro á cinco mil hombres. La mitad de la caballería estaba desmontada, porque muchos caballos habian muerto de hambre, ó no habian podido seguir la marcha por encontrarse desherrados. La artillería hubo que conducirla con bueyes, pero faltando tambien este recurso, apenas pudieron entrar en Alcántara seis cañones. En cuanto á las municiones fué preciso abandonarlas en el camino con el resto del material.

El desgraciado general Junot se hallaba en una posicion en estremo embarazosa. Por una parte le estimulaban las órdenes de Napoleon, y la certidumbre de que si no llegaba pronto á Lisboa se encontraria ó con que la escuadra portuguesa ha-

bia partido con las riquezas del pais, ó con una resistencia organizada que no le seria fácil vencer; por otra, veia enfrente de sí las vertientes de las montañas de Beyra, inclinadas hácia el Tajo, compuestas de una multitud de picos escarpados, separados unos de otros por espantosos barrancos, y en algun modo tajados, como lo indica el nombre de *Talladas*, enteramente despobladas, privadas de todo recurso, y que habian llegado á hacerse peligrosas por las abundantes lluvias del otoño. Agregábase á todo esto que los soldados habian salido de Francia á la ligera, y en su mayor parte se encontraban descalzos, sin cartuchos, é incapaces de seguir una larga marcha, ó de vencer una resistencia séria, lo cual no era imposible, porque los portugueses tenian aun veinte y cinco mil hombres de tropas bastante buenas, y muy inclinadas á defenderse, puesto que la perspectiva de pertenecer á la España, no los disponia á recibir favorablemente á los invasores de su territorio. Tampoco se podia contar mucho con el apoyo de los españoles, porque en lugar de los veinte batallones que habian ofrecido, solo presentaron ocho, y estos animados de tan malos sentimientos para con los franceses, que habia sido necesario enviarlos á sus cantones.

En la alternativa de dejar que se consumasen en Lisboa acontecimientos deplorables, ó arrostrar nuevas fatigas con tropas estenuadas por medio de un pais peor que el que se acababa de atravesar, el general Junot no titubeó y prefirió el partido de la obediencia al de la prudencia. Tomó, pues, la resolucion de continuar su precipitada marcha, siguiendo por los peñascos de Beyra que

forman la orilla del Tajo desde Alcántara á Abrantes. Reunió algunos zapatos y bueyes, se aprovechó de un depósito de pólvora que existia en aquel punto, y con los papeles del archivo de los caballeros de Alcántara, hizo cartuchos. Despues dividió su ejército en dos trozos, compuesto el uno de la infantería de las dos primeras divisiones, y el otro de la infantería de la tercera division, de la caballería, artillería, y rezagados. Mandó avanzar al primero, y al segundo que se quedase en Alcántara, y se le incorporase en cuanto se rehiciese un poco y se proveyese de medios de trasporte. No llevó consigo mas que algunos cañones de montaña que por su calibre eran de mas fácil conduccion.

Resolvió romper la marcha desde Alcántara el 20 de noviembre, y pasar la frontera de Portugal por la derecha del Tajo, mientras el general don Juan Carafa la atravesaba por la izquierda. Sin duda hubiera sido mucho mejor pasar el Tajo, internarse mas en Estremadura, dirigirse á Badajoz, y tomar el camino real que desde esta ciudad conduce á Elvas, que es el que ordinariamente siguen los españoles, por medio del Alentejo, provincia de terreno igual, y de fácil travesía. Mas para ello era necesario bajar por la Península hasta Badajoz, y dar en seguida un largo rodeo á la derecha para llegar á Lisboa. Napoleon, que mandaba desde París, por solo la inspeccion del mapa, y que preferia el camino mas corto para ir á Lisboa, habia mandado que se siguiese la derecha del Tajo, desde Alcántara á Abrantes, y que los españoles siguiesen la izquierda. De este modo se aseguraba ademas de la celeridad, la ventaja de no tener que

pasar luego el Tajo por cerca de Lisboa. Sin embargo, si Napoleon hubiese podido saber que en Portugal caeria la lluvia á torrentes, y que por la negligencia de los aliados, el ejército llegaria á Alcántara estenuado de hambre y de fatiga, hubiera querido mejor perder algunos dias, que proseguir una marcha que iba á asemejarse bien pronto á una derrota. Pero aqui comenzaban á revelarse los inconvenientes de una política estremada, que queriendo obrar sobre todas partes, simultáneamente sobre el Vístula y sobre el Tajo, en Dantzig y en Lisboa, se veia obligada á mandar desde muy lejos, y á servirse de soldados débiles ó de generales poco esperimentados, cuando los soldados robustos y los generales hábiles se hallaban empleados en otra parte. Hay lugartenientes que pecan por molicie, y otros por esceso de celo. Estos son los mas raros, y por lo comun los mas útiles, aunque con frecuencia peligrosos, y el bravo Junot era del número de estos últimos. No titubeó, pues, en partir de Alcantara el 20 de noviembre, despidiendo, como ya hemos dicho una parte de las tropas españolas, que parecian poco seguras, y confiando á las demas el encargo de seguir por la orilla izquierda del Tajo, en tanto que él lo hacia por la derecha. De un ejército que en Bayona presentaba una fuerza de veinte y tres mil hombres á veinte y seis mil, apenas tenia ya mas que quince mil, no porque todos los demas se hubiesen muerto ó estraviado, sino porque no podian continuar tan precipitada marcha. Avanzó todo lo largo del Tajo por senderos abiertos en las laderas de las montañas, reducido incesantemente á subir y bajar, elevándose unas veces hasta la cresta de

los desgajados peñascos de Beyra, y penetrando otras en las profundas quebradas que los separan, dejando á la derecha las cimas de los montes y el rio á su izquierda. Dirigió sus dos divisiones de infantería á Castello Branco por dos caminos diferentes. La primera tomó el de Idanha-Nova, y la segunda el de Rosmaniñal. A una y otra acompañaban algunas tropas ligeras españolas. El tiempo era cada vez mas cruel, caia la lluvia de continuo, y el camino estaba casi intransitable. La primera division que mandaba el general Laborde, tenia que atravesar un torrente desbordado, mas ancho y profundo que los demas: aquel intrépido general se metió en el agua hasta el pecho, y permaneció en ella hasta que pasaron todos sus soldados. No se distribuia mas alimento que carne de cabra, bellotas y una onza de pan por plaza. Al dia siguiente las dos divisiones se reunieron en Castello Branco en un estado difícil de describir. La que llegó primero, que tuvo menos dificultades que vencer, salió á vivaquear fuera, para dejar á la que la seguia, que estaba mucho mas fatigada, la ventaja de poderse alojar en la poblacion. En cada horno se puso una guardia para impedir que fuesen asaltados. Merced á esta precaucion pudieron darse dos onzas de pan á cada soldado: faltaba carne, pero en cambio habia arroz, legumbres y vino. Todos los soldados estaban pálidos, desfigurados y casi todos descalzos. Detenerse hubiera sido esponerse á morir de hambre, sin contar con el inconveniente de perder un tiempo precioso. Se volvió, pues, á emprender la marcha con la esperanza de llegar á Abrantes, ciudad rica y populosa, situada fuera de la region de las montañas, y en

un pais y abierto y fértil. Se formaron dos columnas, la una, compuesta de la primera division, se dirigió por Sobreira-Formosa, y la otra, que constaba de la segunda division, por Perdigao. La primera tenia que recorrer catorce leguas, y atravesar cuatro ó cinco torrentes que la lluvia habia engrosado de tal modo que no podian pasarse sin peligro. Los soldados formaban cadena con sus fusiles para defenderse del ímpetu violento de las aguas: algunos que estaban mas débiles fueron arrastrados por la corriente. Los oficiales llenos de valor y de humanidad, queriendo dar á los mas fuertes egemplo para que socorriesen á los debiles, tomaban en sus brazos á los soldados que no podian pasar, y de este modo los ayudaban a atravesar los torrentes. En el camino solo se encontró la aldea de Sarcedas, y los soldados, que se morian de hambre, la saquearon, á pesar de los esfuerzos que el general en gefe hizo para impedirlo. Hasta las once de la noche no llegaron las tropas á Sobreira-Formosa en un verdadero estado de desesperacion. Durante la primera hora no pudo reunirse mas que la sesta parte de la fuerza. Se encontraron alli castañas y algun ganado, y pudo satisfacerse por el pronto la necesidad mas urgente. La segunda division tuvo que sufrir hasta Perdigao crueles penalidades.

El resto del camino hasta Abrantes no era tan malo en cuanto á la aspereza del terreno, pero lo era tanto ó mas por su esterilidad. En fin, despues de privaciones y fatigas inauditas, el 24 llegó el ejército á Abrantes en número de cuatro ó cinco mil hombres pálidos, estropeados, los pies ensangrentados, con los uniformes desgarrados y los fusiles inútiles, porque habian servido de bastones á los soldados para ayudarse á pasar los torrentes ó trepar por las montañas. Llegar en semejante estado á una ciudad muy populosa, hubiera sido hacerla caer en la tentacion de cerrar sus puertas á tales acometedores, y defenderse contra ellos sin hacer mas que dejarlos morir de hambre. Mas felizmente, las inmortales victorias conseguidas en todas partes del mundo por los aguerridos soldados de la Francia, protegian á las tropas bisoñas en donde quiera que se encontrasen. El renombre del ejército francés era tan grande, que al aproximarse á las poblaciones no habia mas que una opinion, la de satisfacerle suministrándole lo mas pronto posible todo cuanto necesitaba. Si habia tiempo para conocerle, cesaba el ódio que se le tenia, y todos le ofrecian de buen grado lo que el primer dia le habian dado cediendo solo al terror.

El general en gefe habia precedido a su ejército á Ab antes, para preparar de antemano los socorros que reclamaba su lamentable estado, y los habitantes se prestaron á todo cuanto quiso. Se reunió ganado, pan en abundancia, y por primera vez despues de su salida de Salamanca, es decir, despues de doce dias, recibieron los soldados racion completa. Ademas se les proporcionó vinos escelentes, calzado, vestuario y medios de trasporte. Hasta se pudo enviar carruages para recoger á los aspeados y enfermos. El tiempo no estaba todavía sereno y seco; pero el pais era hermoso, muy igual, cálido, estaba cubierto de naranjos, que exhalaban los dulces perfumes del Mediodía, y presentaba el espectáculo del bienestar y de la riqueza. El efecto que semejante cambio produjo

en aquellos jóvenes soldados, accesibles á todas las sensaciones, fué muy rapido, y en dos dias pasaron de la mas sombría desesperacion á una especie de alegria y confianza. Muchos de ellos habian quedado en las montañas de Beyra sin poder seguir, pero iban llegando poco á poco en partidas sueltas, á recibir á su vez la alhagüeña impresion de una hermosa region abundante en todo género de recursos.

Junot mandó componer las armas, y reuniendo las compañías de preferencia, formó una columna de cuatro mil hombres en estado de continuar la marcha á Lisboa. Habiendo prevenido por su celeridad una resistencia, que en las montañas de Beyra pudiera haber sido invencible, habia recibido el primer premio de sus esfuerzos; pero hubiera querido llegar á Lisboa de modo que se apoderase en su marcha de todo lo que iba á escaparsele de aquella capital, lo cual era casi imposible conseguir.

En aquellos momentos reinaba en Lisboa una confusion increible. El príncipe regente, que gobernaba en nombre de su madre, atacada de demencia, fluctuaba entre mil resoluciones contrarias. De acuerdo con el gabinete de Lóndres, habia procurado hacer que Napoleon aceptase un término medio, que consistia en cerrar sus puertos á los ingleses sin confiscar sus propiedades. Como Napoleon lo habia rehusado, el príncipe regente habia vuelto á su terrible ansiedad. Divididos sus ministros acerca de la conducta que deberia seguirse, opinaban unos que convenia vivir como hasta entonces, es decir, continuar unidos á la Inglaterra, y con el auxilio de esta, resistir á los

franceses: los otros aconsejaban que era necesario abandonar la política antigua, adoptar las miras de la Francia, espulsar á los ingleses, y evitar de este modo una invasion estrangera: y por último, algunos proponian un tercer partido, de que ya hemos hablado, el de huir al Brasil, dejando la desgraciada patria de los Braganzas entregada á merced de los ingleses y franceses, que iban á disputarse sus despojos. En medio de tan penosa incertidumbre, el príncipe regente en cuanto tuvo noticia de que el ejército francés se dirigia á Valladolid, accedió á todas las exigencias de Napoleon, declaró la guerra á la Gran Bretaña, y decretó el secuestro de todas sus propiedades, dando no obstante á los comerciantes ingleses tiempo para llevarse ó vender lo mas precioso que poseian Finalmente, para detener la marcha del ejército francés envió al encuentro del general Junot, mensageros, que desgraciadamente le buscaban por unos caminos en que no se hallaba. Lord Strangford, embajador de Inglaterra, tomo su pasaporte y se retiró á bordo de la escuadra inglesa, que inmediatamente comenzó el bloqueo del Tajo.

La imprevista aparicion del ejército francés en el camino de Alcántara á Abrantes, sin que ninguno de los emisarios enviados pudiese detener su marcha, produjo indecible terror en el ánimo del regente, terror de que participaban su familia y todos sus consejeros. Entonces prevaleció la idea de emprender la fuga. Noticioso lord Strangford de cuanto pasaba, se apresuró á volver á Lisboa, con comunicaciones de Lóndres, en que con referencia á otras de París, se anunciaba la resolucion

que habia adoptado Napoleon de destronar á la casa de Braganza (1).

Su presencia, y aquellas noticias decidieron definitivamente la partida de la familia real para el Brasil. En la suposicion de que tal vez seria preciso cerrar el Tajo á los ingleses, se habia armado, bien ó mal, lo que restaba de la escuadra portuguesa, es decir, un navío de ochenta cañones, siete de setenta y cuatro, tres fragatas y tres bricks. La noticia de la entrada de Junot en Abrantes, desde cuyo punto solo faltaban tres dias de marcha para llegar á Lisboa, se recibió en aquella capital

(1) Muchos historiadores, tanto portugueses como españoles y franceses, han pretendido que lord Strangford decidió al príncipe regente á abandonar el Portugal, presentando el *Monitor* del 11 de noviembre, que habia llegado á sus manos por la via de Lóndres, y que contenia un decreto imperial semejante al que declaraba que habia caducado la casa de Nápoles, y en que se decia que la *casa de Braganza habia cesado de reinar*. Esta asercion, si no es enteramente inexacta, es por lo menos errónea. Ni el Monitor del 11 de noviembre, ni los de los dias anteriores ni posteriores, contienen decreto alguno en que se diga que la *casa de Braganza habia cesado de reinar*. Aquella fórmula empleada en 1806 contra la casa de Nápoles, despues de una traicion imperdonable, no podia repetirse contra familias reinantes, que no habian dado á Napoleon ningun pretesto para tratarlas de aquel modo. Las minutas archivadas en la secretaria de Estado no contienen tampoco el decreto en que se habla de la casa de Braganza; pero el Monitor del 13 de noviembre contiene con el encabezamiento de Paris y fecha del 12, un artículo sobre las diversas espediciones de los ingleses contra Copenhague, Alejandria, Constantinopla, y Buenos-Aires. En este artículo, redactado evidentemente por Napoleon, y cuya tendencia era la de manifestar las consecuencias á que se esponian todos los gobiernos que se adherian á la política inglesa, se lee el siguiente párrafo.

«Despues de estas cuatro espediciones que demuestran tan bien la decadencia moral y militar de la Inglaterra, hablaré mas de la situacion en que en el dia dejan á Portugal. El príncipe regente pierde su trono, y lo pierde supeditado por las intrigas de los ingleses: lo pierde por no haber querido secuestrar las mercaderías inglesas que se encontraban en Lisboa: ¿qué hace, pues, la Inglaterra, esa poderosa aliada? mirar con indiferencia lo que pasa en Portugal. ¿Qué hará cuando este pais sea ocupado?... ¿Irá á apoderarse del Brasil? ..No: si los ingleses hiciesen esta tentativa, los católicos los arrojarian de allí. La caida de la casa de Braganza será una nueva prueba de que es inevitable la pérdida del que se adhiera á los ingleses.»

Esto es, sin duda, lo que se ha tomado por el decreto que declaraba que la casa de Braganza habia cesado de reinar: este fué el *Monitor*, que publicado el 13 en Paris y recibido el 15 ó el 16 en Lóndres, pudo el almirantazgo hacer que llegase á la escuadra inglesa el 23 ó 24, y haber sido comunicado al príncipe regente de Portugal.

el 27 de noviembre, é inmediatamente se trasladó á bordo la familia real y una parte de la aristocracia, con cuantos efectos preciosos pudo llevarse. El tiempo estaba horroroso, la lluvia era muy fuerte y violenta, y sin embargo, los príncipes, las princesas, la reina madre, casi todas las personas que componian la córte, muchas familias opulentas, hombres, mugeres, niños, criados, en número de ocho mil individuos, se embarcaron confusamente en la escuadra, y en una veintena de barcos dedi-

cados al comercio del Brasil. Los muebles de los palacios reales de Lisboa y de las casas mas ricas, los fondos de las cajas públicas, el dinero que el regente habia procurado acumular algun tiempo hacia, y el que las familias fugitivas habian podido proporcionarse, todo yacia en el muelle del Tajo, medio enterrado en el lodo, á vista de un pueblo consternado, alternativamente enternecido con este doloroso espectáculo, ó irritado con aquella cobarde fuga, que le dejaba sin gobierno y sin medios de defensa. La precipitacion era tan grande que en algunos de aquellos buques que se cargaban de riquezas, se habia olvidado hacer provision de los víveres mas indispensables. El dia 27 todo quedó embarcado, y treinta y seis buques de guerra y mercantes, colocados en derredor del navío almirante en medio del Tajo, que por Lisboa es tan ancho como un brazo de mar, aguardaban un viento favorable, en tanto que una poblacion de trescientas mil almas les miraba tristemente, dominada por el dolor, la cólera, la curiosidad ó el terror. La escuadra inglesa cruzaba en la embocadura del Tajo para recibir á los que emigraban y protegerlos con su artillería en caso de necesidad.

Pasó así todo el dia 27 porque los vientos no permitian la salida del Tajo: la ansiedad era terrible en la escuadra portuguesa, pues si llegaba á tiempo una division francesa y se apoderaba de la torre de Belen, quedaba cerrado el Tajo.

Durante este tiempo, el general Junot, que llevaba á marchas forzadas á sus infelices soldados, llegaba sin aliento á los muros de Lisboa. Los dias 26 y 27 habia estado detenido á orillas del Cécere, cuyas aguas subieron de doce á quince pies en algunas horas, y que desemboca en el Tajo cerca de Punheta. Le pasó con algunos miles de hombres en barcas que le proporcionaron marineros bien pagados, en medio de los mayores riesgos, porque aquellos barquichuelos arrastrados por la corriente, iban á parar con gran violencia al Tajo, y en seguida tenian que volver á subir contra corriente para llegar al punto del desembarco. El 28 Junot marchó sobre Santaren, por medio de terrenos que á larga distancia habia inundado el Tajo por ambas orillas, y en que los soldados tenian á veces que andar una legua con el agua á la rodilla. El 29 llegó á Sacaven, y allí ya adquirió noticias de Lisboa. Supo que la familia real se habia embarcado con toda la córte, y que se llevaba la marina portuguesa cargada de riquezas. No debia esperar el llegar á tiempo; pero era preciso evitar una sublevacion, que hubiera sido imposible reprimir con algunos miles de hombres estenuados y sin un solo cañon. El general Junot tomó su partido resueltamente, y salió de Sacaven el dia 30 por la mañana con una columna de solo mil quinientos granaderos, y algunos ginetes portugueses que encontró en el camino y obligó á que le siguiesen. Entró en Lisboa á las ocho de la mañana (1) y fué recibido por una comision del gobierno á que el príncipe regente habia dejado confiado el reino, y por Mr. de Novion, emigrado francés, encargado de la policía,

(1) La entrada de Junot coincidió con un ligero terremoto, circunstancia que aprovechó aquel para escribir al ministro Clarke, dando cuenta de su espedicion: «Los dioses se declaran en nuestro favor: lo vaticina el terremoto, que atestiguando su omnipotencia no nos ha cau-

que desempeñaba aquel destino con tanta inteligencia como energía. El general Junot encontró la capital tranquila, desolada con la presencia del estrangero; pero sumisa y tan indignada con la fuga de la córte que aborrecia menos á los que iban á apoderarse de su trono. La escuadra portuguesa, despues de estar esperando todo el dia 27 y parte del 28 atravesó en fin, por la tarde la barra del Tajo, merced á la mudanza de viento, y fué despedida con las salvas de la escuadra inglesa que saludaba á la familia real fugitiva. El almirante Sidney Smith destacó una fuerte division para que la acompañase á América, en donde iba á comenzar por el Brasil la emancipacion de todas las colonias portuguesas y españolas: porque estaba reservado á la revolucion francesa cambiar la faz del Nuevo Mundo como lo habia hecho en el antiguo, y aquellos tronos de la Peninsula que precipitaba en el Océano, debian, al caer en él, producir un reflujo que se haria sentir hasta en la otra orilla del Atlántico.

Asi, pues, el general Junot habia visto escapársele una parte de los resultados que con tanto ahinco anhelaba; pero algunos cascos de buques, tan deteriorados, que los fugitivos que se habian embarcado en ellos, temian no llegar al Brasil, algunas alhajas y monedas, y en fin, una familia cu-

sado daño alguno.» El conde de Toreno dice muy oportunamente á este propósito: «Con mas razon hubiera podido contemplar aquel fenómeno graduándole de présago anuncio de los males que amenazaban á los autores de la agresion injusta de un estado independiente.»

(*Nota del traductor*).

ya captura le hubiera producido graves obstáculos, no valian la ventaja de hacerse dueño sin disparar un tiro, de las posiciones mas importantes del litoral europeo, y de haber evitado una resistencia, que no se hubiera podido vencer aunque fuese poco enérgica. El general Junot y su ejército, habian, pues, recibido el premio de su constancia. Pero era indispensable establecerse en Lisboa, rehacer el ejército, dejarle descansar, proveerle de lo necesario, y restituirle el imponente aspecto que habia perdido durante aquella marcha memorable.

Al anochecer del dia 30, Junot vió llegar una parte de la primera division. Se apoderó de los fuertes y de las posiciones dominantes de Lisboa, que está situada sobre algunas colinas, á orillas de las estendidas aguas del Tajo. La comision de gobierno, y sobre todo el comandante de la legion de policía, el señor de Novion, le ayudaron á mantener el órden, en lo cual obraron como buenos ciudadanos, porque la alteracion del órden no hubiera producido mas que una efusion inútil de sangre, y tal vez el saqueo de Lisboa. Junot repartió las tropas de la manera mas conveniente á la seguridad de las mismas, enmedio de una poblacion enemiga que contaba trescientas mil almas. Despues de haber colocado los primeros destacamentos que llegaron, se ocupó en reorganizar los otros. Muchos soldados murieron de fatiga ó ahogados, y otros habian sido asesinados. Sin embargo, aunque muy sensibles, aquellas pérdidas no eran tan grandes que pudiesen inspirar temores, atendido el corto número de hombres que se encontraba en las filas el dia de la entrada en Lisboa. Las revistas pasadas mas tarde, comprobaron que los muer-

tos ó estraviados, no escedian de mil setecientos. Quedaban, pues, cerca de veinte y uno ó veinte y dos mil soldados, ya acostumbrados á los trabajos y privaciones en aquella campaña, y seguidos de otros tres ó cuatro mil, que conducidos por un camino espedito y bien provisto de etapas, debian llegar sanos y salvos á donde sus compañeros les habian precedido con tantas penalidades y fatigas. La mayor parte de los soldados que se habian quedado atrás se reunieron en pelotones: marchaban con mas lentitud que las cabezas de columna, pero se defendian de los habitantes del pais, y vivian como mejor podian de lo que encontraban en los montes Los rebaños de cabras ó carneros que encontraban al paso, hacian el gasto de su subsistencia. Cuando llegaban á Abrantes, se embarcaban en unas lanchas que por el Tajo los conducian á Lisboa. La artillería, que era la mas retrasada, fué tambien cargada en barcos y conducida por este facil medio de trasporte al punto comun de reunion: la caballería llegó sin caballos; pero Portugal iba á suministrar al ejército lo que le hacia falta. Habia en Lisboa un magnifico arsenal, que servia para los ejércitos de mar y tierra, con tres mil trabajadores muy hábiles, que solo deseaban continuar ganando su sustento, aunque fuesen empleados por los franceses. Junot los destinó á componeró rehacer todo el material del ejército, y en construir cureñas para la numerosa artillería que existia en Lisboa, y que era preciso colocar en batería contra los ingleses. Cerca de la capital se hallaba el ejército portugués, que contaba veinte y cinco mil hombres, el cual aguardaba á que se decidiese sobre su suerte. Los soldados

portugueses preferian por lo general, vivir en sus pueblos á estar incorporados a sus banderas, Junot los dió licencias, de modo que no quedaron mas que seis mil hombres en los cuadros. Tomó todos los caballos de la caballería, y remontó con ellos la francesa. Otro tanto hizo con la artillería, y en algunos dias, su ejército rehecho, armado, con vestuario nuevo y repuesto de sus fatigas, presentaba el mas hermoso aspecto. Para atender á estos gastos, no habia fondos algunos en las cajas; pero mientras se hacia efectivo el pago de los impuestos, el comercio, tranquilizado por el lenguage y los actos del general Junot, le hizo un anticipo de 5.000,000 para atender á sus mas urgentes necesidades, y de este modo pudo satisfacerse cuanto consumia el ejército. El general en gefe destinó la primera division á Lisboa, la mitad de la segunda tambien á la capital: la otra mitad enfrente de Abrantes, y la tercera desde Peniche á Coimbra, al otro lado de las montañas á cuyo pie se halla situada Lisboa. Envió la caballería á las órdenes del general Kellermann á las llanuras del Alentejo, para hacer que por todas partes se reconociese la autoridad francesa; y colocó en Setubal á los españoles del general Carafa que le habian acompañado. Estableció un camino bien custodiado y provisto para la conduccion de raciones y demas artículos necesarios, por Leiria, Coimbra, Almeida, Salamanca y Bayona. En aquellos primeros instantes todo parecia tranquilo: no se presentaba mas dificultad que la de abastecer abundantemente, á pesar de los esfuerzos de los ingleses, una capital de trescientas mil almas, habituada á recibir por mar el trigo y los ganados de la costa

de Africa. El general Junot trató con muchos comerciantes, y despachó comisiones por todas partes para que se llevasen víveres del interior. En todas estas operaciones, fué hábilmente ayudado por su gefe de estado mayor Thiebault, y por Mr. Hermann, enviado por Napoleon para administrar las rentas portuguesas. Este último era de reconocida probidad, y estaba muy enterado de las costumbres del pais, porque habia desempeñado largo tiempo funciones diplomáticas en Lisboa y Madrid. Merced á los afanes combinados de estos diversos agentes, nada faltó, por lo menos en los primeros momentos, y aun se comenzó á armar otra vez los restos de la escuadra portuguesa. Al mismo tiempo, el general español Taranco, ocupaba con siete ú ocho mil hombres la provincia de Oporto, y el general Solano con tres ó cuatro mil, la de los Algarves.

Mientras el ejército francés penetraba en Portugal, Napoleon, que tenia preparados otros dos á la entrada de la Península, mandó al general Dupont, á cuyas órdenes se hallaba el segundo cuerpo de la Gironda, que dirigiese una de sus divisiones á Vitoria, bajo pretesto de auxiliar al general Junot contra los ingleses. Un poco antes de marchar esta division, habian tomado ya el camino de Salamanca tres ó cuatro mil hombres destinados á reforzar las tres divisiones del ejército de Portugal. Se iba, pues, contrayendo la costumbre de mirar la frontera española como una demarcacion ya abolida, y á la misma España como un camino abierto, por el que transitaban las tropas francesas sin dar el menor aviso al soberano del territorio. En efecto, la primera division del general Dupont

se hallaba ya en Vitoria, antes de que Mr de Beauharnais se lo participase al gabinete de Madrid. El príncipe de la Paz fué el primero que habló de ello al embajador con visible ansiedad. Con este motivo se escusó de la falta de preparativos en el camino que seguia el general Junot, de lo que se habia quejado, y atribuyó aquel descuido al estado de alarma y ansiedad que habia producido el proceso del Escorial.

Desde la formacion de aquel proceso, y á pesar del perdon concedido al príncipe de Asturias, la agitacion habia ido aumentándose en España, tanto en la córte como en el pais. El príncipe de Asturias, á quien hubieran debido deshonrar su abyecta sumision, y su traicion para con sus amigos, era, por el contrario, adorado de una nacion, que no encontrando otro príncipe á quien amar en la familia real, se complacia en escusárselo todo, é imputaba á sus enemigos, á sus amenazas y á su tiranía cuanto observaba de equivoco en su conducta. La peticion de una princesa francesa, dirigida por Fernando á Napoleon, peticion que llegó á ser generalmente conocida, hizo que tanto la nacion como el príncipe, volviesen sus ojos hácia el elevado protector que en aquellos momentos arreglaba los destinos del mundo. Las tropas francesas que ya habian entrado en territorio español, y las que se acumulaban entre Burdeos y Bayona, escedian en mucho á la fuerza que se necesitaba para la ocupacion de Portugal, y acreditaban la opinion, de que aquel poderoso protector pensaba en mezclarse en los negocios de España: toda la nacion se complacia en creer que seria en el sentido de sus deseos, es decir, para derribar al favorito, encerrar

á la reina en un convento, á Cárlos IV en una casa de campo donde pudiera cazar, y dar la corona á Fernando VII, uniéndole antes á una princesa francesa. La actitud de Mr. de Beauharnais contribuia en gran manera á alimentar aquellas ilusiones. Aquel embajador que tenia grande aversion al favorito, habia llegado á tomarse interés por el príncipe de Asturias, con motivo de las relaciones secretas que mantenia con él, y lisonjeándose de que se casaria bien pronto con una princesa francesa, que era parienta suya (la señorita de Tascher), abundaba en los mismos sentimientos que los españoles, y estos en la creencia de que el representante de la Francia, tenia órden de conducirse como manifestaba, estaban entusiasmados con Napoleon y los franceses hasta el punto de que, á pesar de la desconfianza natural al pueblo, las tropas francesas eran para él un motivo de esperanza.

En vano algunos mas perspicaces decian que para derribar á un favorito aborrecido por la nacion española no eran necesarios tantos soldados, y que para reducirle á la nada bastaria con un signo de cabeza que hiciese el omnipotente emperador de los franceses: que las tropas que se acumulaban eran quizá los instrumentos preparados de antemano para una resolucion mas grave que tendiese a escluir á los Borbones de todos los tronos de Europa: en vano hacian estas observaciones algunos hombres previsores: no se propagaban por que eran contrarias á la pasion de que se hallaban poseidos todos los ánimos.

El miedo, inspirando mejor á la reina y al favorito, les abria los ojos sobre su propio peligro,

y ambos conocian, y la reina mucho mas vivamente que su amante, que no debian inspirar mas que desprecio al grande hombre que dominaba la Europa. Conocian que su incapacidad era inferio hasta el mas alto punto á sus grandes designios, y el velo con que encubria sus intenciones aumentaba á sus presentimientos el terror que nace de la oscuridad. Aunque Napoleon habia firmado el tratado de Fontainebleau, y reconocido en él á don Manuel Godoy como príncipe soberano de los Algarves, ni uno ni otro estaban mas que medianamente tranquilos. Desde luego Junot acababa de apoderarse completamente de la administracion de Portugal, sin esceptuar las provincias ocupadas por las tropas españolas, y ademas Napoleon se obstinaba en no publicar aquel tratado. ¿A qué conducia, pues, aquel secreto, cuando el Portugal se encontraba á discrecion de las tropas aliadas, cuando la casa de Braganza se habia fugado, y dejado en cierto modo vacante el trono? A estas alarmantes reflexiones se unian las cartas del agente Izquierdo que no podia disimular á su patrono los temores que comenzaba á concebir. Estos no se fundaban, es cierto, en ningun hecho exacto y determinado, porque Napoleon no habia dicho á nadie lo que pensaba con respecto á España, ni habia tampoco podido decirlo porque todavía dudaba lo que haria; mas aquella fatal propension á reemplazar en todas partes á la familia de los Borbones con la suya, propension que dominaba su alma hasta el punto de desatender los consejos de la prudencia, hizo sospechar su pensamiento á los hombres dotados de un talento despejado, y Napoleon, sin haber hablado, era adivi

nado por un gran número de observadores. El mismo silencio que guardaba, al mismo tiempo que hacia públicamente tan grandes preparativos, habia chocado al agente Izquierdo, hombre hábil para descubrir lo que se queria ocultar, y no cesaba de escribir al príncipe de la Paz, que aun cuando Napoleon habia partido para Italia, y aunque entre sus ministros y los que le rodeaban no circulaba ningun rumor sospechoso, habia sin embargo, en todo lo que veia, un misterio que le llenaba de inquietud.

Asi es, que la reina y el príncipe de la Paz se encontraban estraordinariamente agitados. La reina, indispuesta con frecuencia, procuraba ocultar su turbacion con una calma afectada, y su edad con los mas ricos adornos; pero sin embargo, á pesar suyo se descubrian en ella algunos impulsos de cólera. Eran muy repetidos sus arrebatos, y en aquellos accesos pedia el sacrificio de todos los que miraba como enemigos, manifestaba con una especie de furor su deseo de que se decapitase al canónigo Escoiquiz y al duque del Infantado, y se incomodaba altamente con el obsequioso ministro de Gracia y Justicia, Caballero, que temblando, se limitaba á oponer á sus deseos las dificultades que nacian de las antiguas leyes del reino no violadas nunca é inviolables. En su exasperacion llegó hasta el estremo de declarar traidor á aquel ministro y vendido á Fernando. Este, por su parte, descontento de él, le llamaba ejecutor civil de los caprichos de su madre, y se propuso vengarse mas adelante de un modo ruidoso. El príncipe de la Paz creia que convenia á sus intereses calmar á la reina, la colmaba de atenciones, y de una indiferencia insultante pasó á la conducta mas delicada. Aunque por la noche iba á casa de las señoritas Tudó á descansar de las fatigas de la intriga y del temor, prodigaba por la mañana á aquella reina encolerizada los cuidados de un cortesano fiel: entonces se vió á aquellos dos amantes, que por sus reiteradas infidelidades debian estar sumamente disgustados uno de otro, estrechar mas una intimidad que presentaba todos los caractéres del amor, impulsados por su terror y por su ódio comun. La reina manifestaba en público al príncipe de la Paz, mucho mayor afecto, y se complacia en arrostrar con sus demostraciones la aversion de sus enemigos. La córte estaba desierta: la mayor parte de los que la componian la habian abandonado. Cuando la familia real se presentaba fuera de los jardines del Escorial, el pueblo permanecia silencioso, ó solo victoreaba al príncipe de Asturias, á quien seguia por todas partes, hasta tal punto, que la reina mandó publicar un bando prohibiendo toda especie de aclamaciones, llevando ademas su estravagancia hasta el estremo de mandar se cantase un *Te Deum*, para dar gracias al Todopoderoso por la milagrosa proteccion que habia concedido al rey, desconcertando las intrigas del príncipe de Asturias. Al convite que se hizo á la grandeza, no acudieron mas que cuatro individuos, dos de ellos estrangeros, y todos abochornados de semejante bajeza. Al salir de la iglesia, la reina manifestó á don Manuel Godoy una ternura y familiaridad que indignó á los concurrentes: y el desgraciado Cárlos IV que nada observaba, pero que conocia confusamente el peligro de su situacion, aumentó involuntariamente el escándalo, apoyándose en el brazo del favorito,

como en un brazo poderoso del que esperaba su salvacion. Deplorable espectáculo, ignominioso no solo para el trono, sino para la misma humanidad, cuya degradacion puesta en evidencia en tan elevado sitio, era mas escandalosa.

Como ya hemos dicho, el príncipe de la Paz iba todas las tardes á casa de las señoritas Tudó á esplayar los dolores de su alma, que aunque demasiado ligera, sufria mucho. A aquella casa acudian los curiosos á averiguar noticias, y en ella se habia manifestado grande alegría por el tratado de Fontainebleau, alegría acibarada muy pronto por la órden que se recibio de París de conservar secreto aquel tratado, por la continua entrada de tropas francesas, y por las cartas del agente Izquierdo. Como el público se complacia en recoger con avidez todo lo que era desfavorable al príncipe de la Paz, sus amigos procuraban oponer al torrente de las malas nuevas otro enteramente contrario, citando con exageracion todas las señales de favor obtenidas de la córte de las Tullerías. Asi que, á pesar de la órden de conservar secreto el tratado de Fontainebleau, se habian referido todas sus particularidades en casa de las señoritas Tudó con la mayor minuciosidad, diciéndose que se habia dado el Norte de Portugal á la reina de Etruria, el Mediodía al príncipe de la Paz, nombrado príncipe soberano de los Algarves, y que el centro quedaba reservado para disponer de él mas tarde. De este modo se motivaba la presencia de los ejércitos franceses; y en cuanto á su número, muy superior á lo que exigia una simple ocupacion del Portugal, se esplicaba por medio de los grandes proyectos que se suponia abrigaba Napoleon contra Gibraltar. Para prevenir el malísimo efecto que debia producir la entrada de otros cuerpos que se esperaba de un momento á otro, se decia que el ejército francés se compondria por lo menos de ochenta mil hombres, que le mandaria el príncipe de la Paz en persona, y que por consiguiente no habia de que alarmarse. En cuanto al proceso contra los cómplices del príncipe de Asturias, que tenia irritados los ánimos, y que se decia que Napoleon no dejaria concluir, los amigos del príncipe de la Paz contestaban que la córte tenia noticias de París, que Napoleon habia declarado que el asunto del Escorial era un negocio estraño á la Francia, y que aprobaba el castigo de unos intrigantes que habian querido conmover el trono.

Ni el príncipe de la Paz, ni las señoras de tan diferente rango que se interesaban en su suerte, creian mucho aquellas noticias. El temor las atormentaba y las inspiraba precauciones como las que se toman en Oriente contra la fortuna ó la tiranía. Asi es que en casa del príncipe de la Paz se acumulaba el oro y la pedrería. Se deshacian magníficos aderezos para sacar los diamantes, que se llevaban á su casa con sumas considerables en metálico. Todas las noches salian de ella mulos cargados con aquellas riquezas, unos con direccion á Cádiz y otros al Ferrol. El pueblo, segun su costumbre, exageraba aquellos hechos y los aumentaba desmesuradamente. Hablaba de quinientos millones en especies, que se habian acumulado en casa del príncipe de la Paz, y que despues habian salido en varios convoyes para un destino desconocido. Como estas fabulosas relaciones coin-

cidian con la fuga de la casa de Braganza, habian hecho que por todas partes cundiese la suposicion de que el príncipe de la Paz queria llevarse la familia real á Méjico, para prolongar mas allá de los mares, un poder que espiraba en Europa. Propagada con increible rapidez aquella suposicion llenó de indignacion á todos los españoles. La idea de ver á la familia real de España huir cobardemente como la familia real portuguesa, de conducir preso á un príncipe adorado, y de dejar á Napoleon un trono vacante, los irritaba, y aquel temor aumentaba, si era posible, el furor del pueblo contra el favorito. Todas las semanas se esparcia como un siniestro rumor la noticia de que se habian empaquetado las riquezas de la corona para ser trasladadas secretamente á Cádiz, y que el príncipe de la Paz iba á acompañar á la familia real hasta Sevilla: aquel rumor exaltaba los ánimos, desataba las lenguas, se desvanecia por algunos momentos cuando los hechos no venian á confirmarlo, y volvia á renacer como los sordos bramidos que preceden á la tempestad.

Aunque por lo general los rumores que circulan entre un pueblo agitado son falsos, estos no carecian de fundamento. Mucho antes de la fuga de la casa de Braganza, habia sido comunicado aquel proyecto á la córte de Madrid, sometido á su juicio, y discutido con ella hasta el punto de haber hablado sobre el asunto con el embajador de Francia. Aleccionado con aquel egemplo el príncipe de la Paz, cuando desesperaba de su situacion, creia descubrir en América un asilo, en donde encontraria reposo, seguridad y la continuacion de su poder. Se lo hizo presente á la reina á quien semejante proyecto convenia mucho, y para inclinar el ánimo del rey comenzó á intimidarle con las intenciones de Napoleon. Despues de decirle sobre el particular mucho mas de lo que él sabia, pero menos de lo que en realidad habia, se estendió en proponer un plan de fuga á América, como el partido mas seguro y aun el mas provechoso para España. Resistir á los ejércitos de Napoleon, segun el dictámen del príncipe de la Paz, era imposible. Se podia pelear, pero se concluiria por sucumbir á presencia del que la Europa entera habia intentado combatir, y en esta lucha no solo se perderia la España, sino el magnífico imperio de las Indias, cien veces mejor que el territorio europeo de la casa de Borbon. Las provincias de ultramar ya muy removidas con la revolucion de las colonias inglesas, que no anhelaban mas que declararse independientes, muy trabajadas en este sentido por los agentes británicos, se aprovecharian de la guerra que absorveria las fuerzas de la metrópoli, para sacudir su yugo, y de este modo, ademas de la España, le serian arrebatados Méjico, el Perú, Colombia, la Plata y las Filipinas. Por el contrario, refugiándose en las colonias, se las contendria con la presencia de la familia real reinante, que se conceptuarian felices de poseer para formar un imperio independiente; y si Napoleon, cada vez mas odioso á la Europa á medida que se iba haciendo mas poderoso, concluia por sucumbir, se podria regresar al antiguo continente, con mas seguridad acerca de la fidelidad de las provincias de América, con quienes se estrecharian las relaciones, y entre tanto, por medio de un sencillo viage se escaparia del trastorno

general de todos los estados. Mas si el tirano del Antiguo Mundo debia morir en el trono usurpado y dejar consolidada su dinastía, en el Nuevo Mundo se encontraria un imperio rejuvenecido, que tenia con qué hacer olvidar lo que se hubiese perdido en Europa.

Estas ideas, quizás las únicas fuertes y sensatas que habia concebido en su vida el favorito, porque si se renunciaba á disputar la España con heróica resistencia, lo mejor que podia hacerse era conservar á la nacion las dos Indias, y á la familia reinante un trono aunque se encontrase muy distante, estas ideas eran á propósito para trastornar á Cárlos IV. Defenderse por medio de las armas, no entraba de modo alguno en su cálculo: marchar desde el Escorial á Cadiz, embarcarse, atravesar los mares y privarse para siempre de las cacerías del Pardo, le asustaba casi tanto como una batalla. Queria rechazar lejos de sí aquellas siniestras previsiones, y arrojarse, decia, en los brazos de su *magnánimo amigo Napoleon*. En honor de este bueno y desgraciado príncipe, es necesario confesar que conocia cuanto habia de grande en Napoleon, que admiraba sus hazañas, y que si hubiese sido capaz de algunos esfuerzos, los hubiera hecho para ayudarle á batir á la Inglaterra, por el interés de los dos paises, que comprendia muy bien cuando le ocurria pensar en ello. Asi es, que contestaba á los que le hablaban de retirarse á larga distancia, que era necesario procurar adivinar las intenciones de Napoleon, y conformarse con ellas, porque en el fondo no podian ser malas: que el príncipe de Asturias no habia tenido tan mala inspiracion al pedir por esposa

á una princesa de la familia Bonaparte: que este era un medio de estrechar la alianza de ambos paises, y hacer que cesase el ódio de las dos razas; y que no era posible que Napoleon quisiese destronar á Fernando cuando le hubiese dado una de sus hijas adoptivas: y por último, que era un héroe demasiado grande y magnanimo para que faltase á su palabra. Era tal vez, la primera de su vida, en que el desventurado monarca, cuyo talento se despertaba con el aguijon de las circunstancias, concebia una idea por sí mismo, y perseveraba en ella. Ya habia pensado en el matrimonio del príncipe heredero de la corona con una sobrina de Napoleon, y no tenia que violentarse mucho para adoptar semejante proyecto. Queria, pues, que la peticion hecha por Fernando de una manera tan irregular, se renovase en la forma conveniente, en nombre de la corona de España, con toda solemnidad, y con los poderes necesarios para tratar. Si Napoleon aceptaba se unia á la casa de Borbon, si no, se podria juzgar de la rectitud de sus intenciones, y entonces habria tiempo para pensar en retirarse.

Nada podia haber mas desagradable para la reina y el favorito que la idea de tal matrimonio, porque Fernando, casado con una princesa francesa, protegido por Napoleon, y protector á su vez de la casa de España, hubiera llegado á ser muy poderoso. La caida del favorito y la destruccion de la influencia de la reina, serian una consecuencia necesaria de aquel enlace. Empero no renovar á nombre de la corona la proposicion de Fernando, era declarar que se desaprobaba, no solo en la forma sino en el fondo: era hacer ver á Na-

poleon que no se queria su alianza; era privarse de un medio seguro de sondear sus intenciones, y sobre todo, privarse de argumentos indispensables para hacer que Cárlos IV aprobase el proyecto de huir á América. Estas razones fueron las que redujeron á la reina y al favorito á la idea de pedir á una princesa francesa, es decir, de renovar en nombre de la corona la proposicion clandestina de Fernando. Esta fué quizá la única vez que se hizo preciso consultar una resolucion con Cárlos IV, la única vez, seguramente durante todo su reinado, en que su voluntad llegó á ser tambien la del gobierno.

En su consecuencia, Cárlos IV escribió á Napoleon una carta de las mas afectuosas, suplicándole que uniese al heredero de la corona con una de las princesas de la familia Bonaparte. No fué esta la única pretension. En otra carta adjunta á la primera, se reclamó de Napoleon la ejecucion inmediata del tratado de Fontainebleau, su publicacion, y que se pusiese á los interesados en la particion, en posesion del territorio que á cada uno se le habia señalado. Esta reclamacion inspirada por el príncipe de la Paz, era en la que tenia mas decidido empeño, porque estaba impaciente por verse proclamado príncipe soberano: entraba ademas en los intereses bien entendidos de la casa de España, pues por aquel tratado Cárlos IV habia recibido de Napoleon la garantía de sus estados, y el título de rey de las Españas y emperador de las Américas. La publicacion del tratado de Fontainebleau hubiera sido en aquellos momentos un preservativo eficaz contra los proyectos verdaderos ó supuestos de invasion.

Mientras se esperaba esta publicacion, no se habia tenido reparo, como ya hemos dicho, en cometer toda especie de indiscreciones, y divulgar todo el tratado completo. Deciase públicamente en las calles de Madrid, exagerando las aserciones de la casa de las Tudo, que el príncipe de la Paz iba á ser declarado rey de Portugal, Cárlos IV emperador de las Indias, y que el favor de Napoleon con respecto á don Manuel de Godoy iba á manifestarse de una manera solemne. En los cortos instantes en que el pueblo daba crédito á aquellos rumores, abria algo los ojos: se decia que sin duda alguna, Napoleon se preparaba á destronar los últimos Borbones como habia hecho con los demas, que estaba de acuerdo con Godoy para que se los entregase, y que le daba el Portugal, para que á su vez le diera la España. De este modo se calumniaba á aquel personage tan difícil de calumniar; porque si bien era cierto que el favorito habia subyugado, envilecido y perdido á sus soberanos, no lo era que les hubiese hecho traicion en favor de Napoleon. Felizmente aquellos rumores no disminuian mucho la popularidad del emperador en España, porque no se les daba gran crédito y eran de corta duracion. Mr. de Beauharnais, á quien su córte dejaba en la mayor ignorancia, afirmaba que ningun conocimiento tenia de aquel tratado, y lo hacia con tan buena fé que nadie dudaba de sus palabras. Se tomaban, pues, las aserciones de los amigos del favorito como una de sus jactancias acostumbradas, y principiaba ya á creerse lo que agradaba generalmente, es decir, que Fernando iba á ser esposo de una hija adoptiva de Napoleon, despues rey, y que de este mo-

do desaparecería la odiosa faccion que oprimia y deshonraba á la familia real. Y, cosa singular, en esta triste y sombría historia de la caida de los Borbones de España, mientras que el príncipe de la Paz pedia á París autorizacion para publicar el tratado de Fontainebleau, Mr. de Beauharnais la solicitaba para desmentirle.

Las cartas de Cárlos IV y los pliegos de Mr. de Beauharnais, tenian que atravesar una larga distancia para llegar á manos de Napoleon que se encontraba entonces en Italia, y viajaba de ciudad en ciudad con su celeridad acostumbrada. En el estado en que se hallaban las comunicaciones en aquella época, se necesitaban cuando menos siete dias para ir desde Madrid á París, y cinco desde esta última capital a Milan; y si Napoleon se encontraba por casualidad en alguna de sus escursiones, bien fuese á Venecia ó á Palma-Nova, recibia los despachos de España á los catorce ó quince dias. Para las contestaciones era necesario emplear otro tanto tiempo, y estas dilaciones convenian mucho á Napoleon, que hubiera querido detener el curso del tiempo, porque le era muy costoso el tomar resolucion alguna con respecto á España; pues vacilaba entre el deseo de destronar en todas partes á los Borbones, y la necesidad repugnante para él, de tener que valerse de medios violentos y odiosos si habia de conseguir su objeto.

Napoleon salió de París el 16 de noviembre, y el 21 llegó á Milan, despues de visitar muchos puntos importantes: hasta sorprendió á su hijo Eugenio de Beauharnais que no tuvo tiempo para salir á recibirle. El mismo dia de su llegada, se

presentó por la mañana en la catedral de Milan para oir un *Te Deum*, por la tarde fué al palacio de Monza á visitar á la virejna su hija, y por la noche asistió al teatro de la Scala para dejarse ver de los italianos: en los intérvalos conversó con los empleados en los ramos mas importantes, y pasó los dias 23, 24 y 25 en despachar gran número de negocios y en espedir varias órdenes. Al atravesar el nuevo camino del Monte Cenis, que era obra suya, le llamó fuertemente la atencion la falta de auxilios á que se encontraban espuestos los viageros, por no existir poblacion alguna en aquellas alturas cubiertas de nieve: ordenó, pues, la creacion de un comun ó concejo dividido en tres aldeas situadas una al pie de la subida, otra en la cima, y la tercera en lo último de la bajada. La aldea situada en la cima debia ser la cabeza del concejo. Mandó, ademas, que se construyese una iglesia, una casa de ayuntamiento, un hospital y un cuartel. Concedió exencion de impuestos á los que fuesen á establecerse en el nuevo comun, y comenzó la poblacion nombrando cierto número de peones camineros, encargados de la conservacion del camino, y de acudir á prestar auxilio á donde fuese necesario. Despues de decretar el presupuesto del reino de Italia, ocuparse con seriedad del ejército, y de convocar los tres colegios de los Possidenti, de los Dotti y de los Commercianti para el dia en que regresase á Milan, es decir, para el 10 de diciembre, marchó á Venecia, siguiendo el camino de Brescia, Verona y Padua, y en todo el tránsito fué saludado con las aclamaciones de un pueblo entusiasta. Siempre ocupado provechosamente, aun en medio de los festejos, rectificó al pasar la

delineacion de las fortificaciones de Pescara, reservándose acordar á su vuelta las de Mántua. Durante el viage, se le reunió una parte de su familia, el rey y la reina de Baviera, con cuya hija se habia casado Eugenio: su hermana Elisa, princesa de Luca y luego gobernadora de Toscana, y por último, su hermano José, que no habia visto desde que le habia nombrado rey de Napoles, á quien amaba tiernamente, á pesar de sus continuas reprensiones por su modo de gobernar demasiado suave. En Fusino, puertecito de las lagunas, en donde se embarcó para trasladarse á Venecia, las autoridades y los habitantes le aguardadan en góndolas magnificamente empavesadas para conducirle al recinto de la antigua reina de los mares. El pueblo veneciano, que se consolaba de no formar ya una república independiente por la satisfaccion de haber escapado de leyes tiránicas, por la esperanza de pertenecer bien pronto á un vasto reino que comprenderia toda la Italia; y en fin, por la promesa de grandes obras destinadas á hacer navegables sus aguas, habia despleglado para recibir á Napoleon todo el lujo que ostentaba antiguamente cuando su dux se desposaba con el mar. Innumerables góndolas que brillaban con mil colores, y hacian resonar el aire con los melodiosos sonidos de los instrumentos, escoltaban las lanchas que conducian con el dueño del mundo, al virey y á la vireina de Italia, al rey y á la reina de Baviera, la princesa de Luca, el rey de Nápoles, el gran duque de Berg, el principe de Neufchatel, y la mayor parte de los generales del antiguo ejército de Italia. Despues de destinar á los recibimientos el tiempo necesario, Napoleon

empleó los dias siguientes en recorrer los establecimientos públicos, los astilleros, el arsenal y los canales, acompañado constantemente de los señores Decrés, Proni y Sganzin. Terminado aquel prolijo exámen, espidió un decreto en doce títulos, que abrazaba todas las necesidades de Venecia regenerada. En virtud de aquel decreto restableció muchas percepciones abolidas desde la caida de la república, pero justificadas por una larga esperiencia, poco onerosas en sí mismas, é indispensables para atender á los gastos de una existencia enteramente artificial, porque Venecia, como la Holanda, es mas bien obra del arte que de la naturaleza. Asegurados los medios, pensó en su inversion. Organizó primero una administracion para la conservacion de los canales, y escavacion de las lagunas: decretó luego la formacion de un gran canal para conducir los buques desde el arsenal al canalizo de Malamocco, de una dársena para navíos de setenta y cuatro, y varias obras hidráulicas, tanto en las márgenes del Brenta, que conduce las aguas á las lagunas, como en las diversas bocas por las que desaguan en el Adriático. Estableció, ademas, un puerto franco en que el comercio podia introducir sus mercaderías antes de pagar los derechos de aduana. Adoptó medidas de salubridad pública, y entre ellas la de que no se diese sepultura á los cadáveres en las iglesias, sino en una isleta destinada á aquel uso: se ocupó en los recreos del pueblo, reparando y haciendo iluminar la plaza de San Marcos, objeto eterno del orgullo y de los recuerdos de los venecianos, y finalmente, aseguró la existencia de los marineros por medio de la reorganizacion de todos los

:

antiguos establecimientos de beneficiencia. Despues de esparcir por todas partes sus beneficios, y de recibir en cambio mil aclamaciones, Napoleon partió para visitar el Frioul, y para ver las fortificaciones de Palma-Nova y Osoppo, que dirigia desde lejos, y que con Mántua y Alejandría miraba como prendas de la posesion de Italia. Osoppo y Palma-Nova á orillas del Izonzo, Pescara y Mantua en las del Mincio, y Alejandría en las márgenes del Tanaro, eran á sus ojos los escalones de una resistencia casi invencible contra los alemanes, si los italianos se defendian con alguna energía. Se dirigió por Porto-Legnago á Mántua, en donde debia ver á su hermano Luciano para intentar una reconciliacion de que tenia el mas vivo deseo, pero á que no queria acceder sino con ciertas condiciones. Mr. de Meneval fué por la noche á buscar á Luciano á su posada, y le condujo al palacio que ocupaba Napoleon. Luciano en vez de arrojarse á los brazos de su hermano, se acercó á él con una altivez hasta cierto punto disculpable, pues era el único que no tenia ningun poder; pero llevada mas allá de lo que quizás exigia una dignidad bien entendida. La entrevista fué, pues, penosa y borrascosa, pero no sin resultado útil. Napoleon contaba todavía en el número de las combinaciones posibles en España, la union de una princesa francesa con Fernando. Efectivamente, en aquel momento acababa de recibir la carta del rey Carlos IV que renovaba la peticion de un matrimonio; y aunque se inclinaba á una resolucion mas radical, no escluia, sin embargo, de sus proyectos aquella especie de término medio. Queria, pues, que Luciano le diese una hija de su primer

matrimonio, para educarla al lado de la emperatriz madre, imbuirla en sus miras, y enviarla en seguida á España á regenerar la raza de los Borbones. Si no se decidia á confiarla aquel papel, no faltaban otros tronos mas ó menos elevados, á que podia hacerla subir por medio de una alianza. En cuanto al mismo Luciano, estaba dispuesto á conferirle la calidad de príncipe francés, y aun á hacerle rey de Portugal, lo cual le colocaría cerca de su hija, con condicion de anular su segundo matrimonio, indemnizando á la esposa repudiada con un título y una cuantiosa dotacion. Estas medidas eran posibles, pero fueron exigidas con autoridad, desechadas con indignacion, y ambos hermanos se retiraron conmovidos é irritados, pero sin llegar no obstante á un rompimiento decisivo, pues que una parte de lo que deseaba Napoleon, que era que Luciano Bonaparte le enviase su hija á París, se realizó algunos dias despues. Napoleon volvió á marchar al dia siguiente para Milan adonde estaba de vuelta el 15 de diciembre.

Allí le esperaban ya pliegos de España y de todas partes del imperio, y habia muchas resoluciones que tomar. Las cartas de sus agentes relativas á la Peninsula, y las de Carlos IV, pidiendo la mano de una princesa francesa, y la publicacion del tratado de Fontainebleau le habian sido entregadas en el camino. En la situacion en que se encontraba su ánimo, le era imposible resolver tan graves cuestiones. No queria comprometerse sobre ningun punto, porque no se habia fijado aun definitivamente en ninguno, aunque como ya hemos dicho, se inclinaba á la resolucion de destro-

nar á los Borbones. En su consecuencia, hizo que Mr. de Champagny escribiese á Madrid que habia recibido las cartas del rey Carlos IV, que apreciaba su importancia en todo su valor, pero que los asuntos de Italia, en donde no podia permanecer mas que algunos dias, absorvian toda su atencion; que no podia ocuparse en los de España con el detenimiento de que eran dignos, y que en cuanto regresase á París contestaria á las cartas del rey. Insistió de nuevo en que el tratado de Fontainebleau estuviese todavia secreto por algun tiempo; y en cuanto á Mr. de Beauharnais, no haciendo el menor caso de sus advertencias y opiniones, le dirigió respuestas insignificantes, pero formales sobre un punto, á saber, la prohibicion de manifestar ninguna preferencia por los partidos que dividian la córte de España, y de dejar entrever á qué lado se inclinaba el gabinete francés.

Sin embargo, no era cierto que por hallarse ocupado en los negocios de Italia, Napoleon no pensaba en los de España. Por el contrario, habia dado nuevas órdenes militares que tendian á aumentar poco á poco sus fuerzas tanto aquende como allende los Pirineos, de modo que cualquiera que fuese el partido que adoptase, no tuviera mas que espresar su voluntad, cuando llegase el caso de hallarse ya decidido. Cuanto sabia acerca del estado de España le persuadia que estaba próximo el momento de una gran crisis; porque no parecia ya posible hacer que reinase el favorito, inspirar paciencia á Fernando, ni contener la indignacion de la nacion española. Queria, pues, estar prevenido para aprovecharse de una ocasion, y para ello tener en la Península fuerzas considerables,

sin disminuir el grande ejército ni el de Italia, que le servian para mantener á la Europa en su alianza ó en la sumision. Ademas del ejército del general Junot, necesario en Portugal, habia preparado, como ya hemos visto, otros dos cuerpos, el del general Dupont y el del mariscal Moncey, y aun no los conceptuaba suficientes. Creia que dirigiéndose aquellos dos cuerpos al camino de Burgos y Valladolid, bajo el pretesto de Portugal, podian variando de direccion hácia la izquierda, marchar sobre Madrid, y mantener en respeto á la capital y las dos Castillas. Pero Navarra, Aragon y Cataluña, provincias tan importantes por sí mismas como por su espíritu, su posicion, y las plazas que contenian, le parecia que debian ser ocupadas, si no por fuerzas que se trasladasen á ellas inmediatamente, al menos por otras que se encontrasen prontas para entrar. Mandó, pues, preparar dos divisiones, una que colocada cerca de San Juan de Pie de Puerto, pudiese con cualquier pretesto caer sobre Pamplona, y la otra, que reunida en Perpiñan, podria entrar igualmente en Barcelona, y apoderarse de aquella ciudad y de los fuertes que la dominan. Dueño de Pamplona y de los fuertes de Barcelona, Napoleon tenia dos bases sólidas para los ejércitos que hubiesen de avanzar hácia Madrid. No obstante, aunque le parecia inminente la crisis del Escorial, no queria precipitarla ni tomar demasiado ostensiblemente el papel de invasor, dirigiendo tropas por otra parte que por el camino de Burgos, Valladolid y Salamanca, que era el de Portugal. La reunion probable de tropas inglesas en las costas de la Península, no podia dejar de suministrarle mas tarde motivos especiosos

para introducir nuevas fuerzas en lo interior de España. Hasta tanto, le era suficiente tenerlas reunidas en la frontera. El ejército del general Junot, compuesto de los antiguos campos de la Bretaña, habia dejado algunos batallones de depósito de que se podia formar una division de tres á cuatro mil hombres, bastante para ocupar á Pamplona y contener á Navarra. Estos batallones en número de cinco, pertenecian á los regimientos 15, 47, 70 y 86 de línea: un batallon suizo acantonado en las inmediaciones, ofrecia el medio de hacerlos subir á seis. Napoleon mandó que se reuniesen inmediatamente en San Juan de Pie de Puerto á las órdenes del general Monton, y que se les agregase una compañía de artillería de á pie. En cuanto á la division de Perpiñan, buscó sus elementos en la misma Italia. Habia allí regimientos lombardos y napolitanos, buenos para emplearlos en el clima de España, pero que necesitaban aprender la guerra en la escuela de los franceses. La vuelta de las tropas auxiliares á sus paises, permitia disponer desde luego de una parte de los regimientos italianos situados mas cerca de Francia. Napoleon mandó que cuatro batallones italianos, tres que residian en Turin, y el otro en Génova, se dirigiesen á Aviñon. Un hermoso regimiento napolitano, que su hermano José le habia enviado ya para que le instruyese, se encontraba cerca de Grenoble; tambien recibió órden de marchar á Aviñon. Cuatro escuadrones lombardos y napolitanos, que componian de seiscientos á setecientos caballos, fueron dirigidos al mismo punto, como tambien muchas compañías de artillería. El regimiento francés que salia de la plaza de Braunau, restituida á los aus-

trjacos, atravesaba los Alpes para volver á Italia. Se trazó su itinerario de modo que fuese al Mediodía de la Francia. En fin, los cinco regimientos de cazadores y los cuatro de coraceros, trasiadados el invierno último desde Italia á Polonia, tenian sus depósitos en el Piamonte, depósitos bien provistos de hombres y caballos, como todos los del ejército. Napoleon sacó de ellos dos escelentes brigadas de caballería, que á las órdenes del general Bessieres, formaron una division de mil doscientos caballos. Agregando á estas tropas algunos batallones franceses ó suizos que residian en Provenza, era fácil reunir en Perpiñan un cuerpo de diez á doce mil hombres con destino á Cataluña.

Tomadas estas disposiciones con respecto á las tropas que todavía no debian pasar los Pirineos, Napoleon previno un nuevo movimiento á las que ya los habian atravesado. Mandó al general Dupont, que habia avanzado una de sus divisiones hasta Vitoria, que pusiese en movimiento las otras dos, de modo que tuviese reunidas las tres entre Burgos y Valladolid, en los primeros dias de enero; aparentando dirigirse sobre Salamanca y Ciudad-Rodrigo, es decir, sobre Lisboa, pero con la precaucion de observar el puente del Duero en el camino de Madrid, á fin de estar pronto á apoderarse de él en el momento que fuese necesario. Al mariscal Moncey le previno que ocupase con el cuerpo de las costas del Océano las posiciones que habia dejado el general Dupont, y que una de sus divisiones marchase hácia Vitoria. Estos movimientos no podian aumentar sensiblemente los recelos de la córte de España, puesto que se efectuaban en el camino de Lisboa. Para hacerlos todavía

mas naturales, Napoleon dispuso que Mr. de Beauharnais dirigiese al ministerio español los avisos mas alarmantes acerca de una aglomeracion de tropas inglesas en Gibraltar, aglomeracion real y efectiva, y que de ningun modo se suponia; porque se acababa de saber que el gobierno británico hacia evacuar la Sicilia casi enteramente, y se disponia á enviar á Portugal las tropas que habian formado la espedicion de Copenhague. Instó vivamente al gabinete español para que proveyese á la custodia de Ceuta, Cádiz, Campo de San Roque, é islas Baleares, dándole al mismo tiempo útiles consejos. De este modo dió cierto carácter de verosimilitud á los pretestos alegados para la introduccion de nuevas tropas francesas en España.

Napoleon se apresuró á despachar los negocios de Italia para volver á París, desde donde podria velar mas cerca sobre el objeto de sus constantes desvelos. Sin embargo, habia una cuestion que hubiera resuelto mejor en París que en Milan, porque allí habria estado rodeado de mas luces, y sobre la que no queria diferir la decision ni un solo dia. Esta cuestion era relativa á las últimas disposiciones del Consejo, dictadas el 11 de noviembre por el gobierno británico acerca de la navegacion de los neutrales. Por aquellos decretos la Inglaterra acababa de empeñarse mucho mas en el sistema de la violencia, y Napoleon, como se comprende muy bien, no pensaba quedarse atrás. A un golpe muy rudo, deseaba corresponder inmediatamente con otro que lo fuese mas; y bien conocidos son ya los pasos dados en esta vía funesta. A la pretension de secuestrar la propiedad enemiga, aun bajo el pabellon neutral, y de aplicar el derecho de bloqueo á una dilatada estension de costas, que materialmente era imposible bloquear, Napoleon contestó con la prohibicion del comercio inglés en todas las costas del imperio y de los paises sometidos á su influencia: despues aumentándose su irritacion en proporcion de las violencias del almirantazgo, declaró por los famosos decretos de Berlin á las islas británicas en estado de bloqueo; prohibió el comercio de géneros ingleses en todos los puntos donde él dominaba, mandó su confiscacion en todas partes, y anunció que todo buque que tocase en uno de los tres reinos ó en cualquiera de las colonias inglesas, seria repelido de los puertos pertenecientes á la Francia, ó de los que de ella dependian. Varios decretos reglamentarios impusieron á los buques que cargaban géneros coloniales, la obligacion de proveerse de certificados espedidos por los agentes franceses; las mercaderías que careciesen de aquel requisito, quedaban sujetas á secuestro. La alianza concluida con la Rusia y la Dinamarca, la prometida adhesion del Austria, y la obediencia de los dos gobiernos de la Península, iban á hacer estensivas aquellas terribles medidas á todo el continente.

La Inglaterra comprendió por fin, que el sistema prohibitivo, llevado hasta el estremo, le era mucho mas perjudicial que á la Francia, porque tenia mas necesidad de vender que el continente de comprar: que los géneros coloniales, que monopolizaban casi enteramente, porque su marina detenia bajo diferentes pretestos hasta á los buques de los Estados Unidos, quedarian sin salida y acumulados en sus almacenes: que sus productos manufacturados correrian la misma suerte: que su-

friria mucho, tanto con respecto á la importacion como á la esportacion, porque no podrian adquirir ciertas primeras materias que la eran indispensables, como las lanas de España y los pertrechos navales del Norte: que en semejante estado, padeceria mucho menos el comercio de Francia, porque proveeria al continente de las telas que ya no podrian suministrar las fábricas inglesas: que en cuanto á los géneros coloniales, tampoco careceria de ellos, porque recibiria cierta cantidad suficiente para sus necesidades por medio del corso ó de los buques que pudieran burlar la vigilancia de los cruceros: y que sobre todo, la carestia del azúcar y del café no produciria jamás á la Francia inconvenientes tan graves, como los que causaria á la Inglaterra la supresion de todos los cambios. El gabinete británico abandonó, pues, su sistema de esclusion, é imaginó facilitar el comercio general, pero obligandole á pasar por la Gran Bretaña y constituyéndole ademas en tributario suyo. En su consecuencia, decidió por tres decretos del Consejo de fecha de 11 de noviembre de 1807 que todo buque de una nacion que no tuviese declarada guerra á la Gran Bretaña, fuese mas ó menos dependiente de la Francia, podria entrar libremente en los puertos del Reino Unido ó de sus colonias, y dirigirse despues donde quisiese, siempre que hubiese tocado en Inglaterra para llevar á ella ó recibir mercaderia, y pagado derechos de aduana equivalentes á un 25 por 100. Mas por el contrario, todo buque que no tocase en los puertos de la Gran Bretaña, y entre sus papeles se encontrasen certificados espedidos por los agentes franceses debia ser secuestrado y declarado buena presa. De este

modo, los buques mercantes, cualquiera que fuese su procedencia, se veian obligados ó á detenerse en Inglaterra para pagar alli derechos, ó proveerse de géneros ingleses. Todo el comercio debia, pues, pasar por los puertos británicos, y todas las mercancías pagar en ellos derechos. Merced á semejantes medidas, los ingleses tenian un medio seguro para enviar al continente los géneros coloniales, que no llevaban en sí mismos, como por egemplo las telas de algodon, la prueba de su orígen. Llamaban, en efecto, al Támesis á los buques neutrales, los cargaban de azúcar y café, los escoltaban hasta dar vista á las costas, para ahorrarles la visita, y de aquel modo los introducian en los puertos franceses ó en los de Holanda, provistos de documentos falsos, que los hacian pasar por neutrales que venian directamente de América.

Al recibir Napoleon en Milan, donde á la sazon se hallaba, los decretos del 11 de noviembre, escribió á París pidiendo al ministro de Hacienda y al director de aduanas un informe sobre aquellos; mas no pudiendo resignarse á aguardar la respuesta, espidió en 11 de diciembre un decreto, conocido con el título de decreto de Milan, mucho mas rigoroso que los anteriores. En el de Berlin se habia limitado á escluir de los puertos del imperio á todo buque que hubiese tocado en Inglaterra; esta vez fué mas lejos y declaró de buena presa á todo buque que aportase á Inglaterra ó sus colonias, y sesometiese á pagar alli algun derecho. Por medio de reglamentos estableció severas penas contra los capitanes y marineros que diesen declaraciones falsas. En tanto que Napoleon espedia aquel decreto, los señores Gaudin, Cretet, Defer-

mon y Collin de Sussy, contestando á sus preguntas, le proponian una medida que tendia al mismo objeto, pero que era mucho mas rigorosa: consistia aquella en prohibir toda relacion comercial con el imperio francés, á las naciones que no hubiesen suspendido su comercio con la Gran Bretaña. El decreto de Milan bastaba para cerrar mas estrechamente que nunca las comunicaciones que la Inglaterra habia querido abrir en provecho suyo, pero aquella ventaja se compraba á muy subido precio, pues era necesario redoblar la violencia, lo cual debia fatigar bien pronto á la Francia y sus aliados, tanto como á la misma Inglaterra.

Escepto esta pequeña distraccion, Napoleon dedicó todo el tiempo de que podia disponer, á la administracion del reino de Italia. Conforme á la convocatoria que habian recibido, los tres colegios de los Possidenti, de los Commercianti, y de los Dotti, se reunieron en Milan á fines de diciembre para oir la comunicacion de muchas actas esenciales. Por la primera, Napoleon adoptaba oficialmente por hijo suyo al príncipe Eugenio de Beauharnais. Por la segunda fijaba las consecuencias de aquella adopcion, asegurando al príncipe Eugenio la sucesion de la corona de Italia, limitando á solo ella su derecho de heredar, lo cual escluia la posibilidad de heredar algun dia la de Francia. Despues de haber establecido á sus hermanos y hermanas, era natural que Napoleon tratase de mirar por los hijos de la emperatriz Josefina, que le inspiraban el mas tierno afecto, sobre todo Eugenio de Beauharnais que le servia en Italia con modestia, sabiduría y adhesion, y era muy estimado de los italianos que nunca habian

disfrutado de un gobierno mas dulce é ilustrado, y que hacia dos años descansaban de los horrores de la guerra.

Como la corona de Italia quedaba por entonces unida á la de Francia, y Eugenio de Beauharnais no era todavía mas que el heredero presuntivo con la cualidad de virey, Napoleon quiso que se le llamase príncipe de Venecia, título que en adelante debian llevar los herederos presuntivos del reino de Italia. Creó el título de princesa de Bolonia para la hija de Eugenio, que acababa de dar á luz su esposa la princesa augusta de Baviera. Por último, deseando dar al duque de Melzi, antiguo vicepresidente de la república italiana, una nueva muestra de aprecio, le nombró duque de Lodi, título tomado de uno de los mas brillantes hechos de armas de nuestras primeras campañas. En seguida se ocupó en modificar varios puntos de la Constitucion del reino, código fundamental que era poco importante por sí mismo, porque la voluntad de Napoleon era la que todo lo arreglaba en Italia: lo cual no era ciertamente sensible por el pronto, porque esceptuando las exigencias á que daba lugar la guerra general, aquella voluntad no aspiraba á otra cosa que á hacer bien. El colegio de los Possidenti, que era el mas rico de los tres, votó la construccion, á sus espensas, de un monumento que perpetuase la memoria de los beneficios de que Napoleon habia colmado á la Italia.

Concluidas aquellas operaciones, el emperador marchó al Piamonte, visitó la gran plaza de Alejandría, cumplimentó al general Chasseloup, encargado de las obras de aquella plaza, y despues se trasladó á Turin, en donde concedió nue-

vas ventajas á aquellas provincias que habian llegado á ser francesas. Para unir la Liguria al Piamonte, decretó la construccion de un canal, que desembocando en el mar junto á Savona, y atravesando el Apenino por su parte mas baja, para llegar á el Bormida en Carcara, debia reunir al Pó con el Mediterráneo. Mandó que se perfeccionase la navegacion desde Alejandria al Pó, de modo que los barcos pudiesen pasar por aquellas aguas en todo tiempo. Hizo que en algunos puntos se rectificase la carretera de Alejandría á Savona, y dispuso que se la pusiera en comunicacion con el camino de Turin por medio de un ramal desde Carcara á Ceva. Decidió que se abriese el camino real del monte Genevre, por Brianzon, Fenestrelle y Pignerol, el que unido al monte Cenis debia completar las comunicaciones de la Francia con el Piamonte por los Alpes Cocianos Decretó tambien la construccion de varios puentes: uno de piedra sobre el Pó, en Turin; otro de piedra en el Doira, uno de madera sobre el Sesia, en Vercelli; uno de madera sobre el Bormida, entre Alejandría y Tortona; y por último otros tres tambien de madera, aunque de menos importancia, sobre tres torrentes que corren entre Turin y Vercelli. Al mismo tiempo tuvo buen cuidado de asegurar los fondos necesarios para atender á los gastos de aquellas obras, porque no era de los que mandan emprender trabajos sin inquietarse por las cargas que de ellos pueden resultar. Un resto que debian los compradores de bienes nacionales, el producto de las fincas hipotecadas, y una parte de los rendimientos del monopolio de la sal debian cubrir aquellos útiles gastos.

Napoleon dejó á Turin acompañado de las aclamaciones de los pueblos reconocidos, y llegó á París el 1.º de enero de 1808, bien adelantado ya el dia, pero bastante á tiempo para recibir los homenages de la córte, de las autoridades públicas y de los parisienses. Su regreso á la capital del imperio iba á ser la señal de las mas graves determinaciones de su reinado. Era en efecto preciso tomar un partido con respecto á España, porque no se podia dilatar por mas tiempo el contestar á Cárlos IV. Era necesario tomarlo tambien con la córte de Roma, con la que cada vez se iban haciendo mas difíciles las relaciones. Napoleon iba, pues, á chocar con los dos restos mas viejos y temibles del antiguo régimen, los Borbones de España y el pontificado.

Dominado sin cesar desde la pacificacion del continente, por la sistemática idea de colocar en todos los tronos á los Bonapartes en lugar de los Borbones, impulsado hácia aquel objeto por un sentimiento de familia, y por su génio reformador, á que repugnaba dejar cerca de sí dinastías degeneradas, inútiles ó perjudiciales á la causa comun, Napoleon, como se ha visto, se hallaba agitado de los mas diversos pensamientos con respecto á España Tres partidos se presentaban á su imaginacion: primero, conciliarse el afecto del pueblo español, enlazando una princesa francesa con el príncipe de Asturias, y derrocar al favorito, sin exigir de los españoles nada que pudiese herir su orgullo ni su ambicion; segundo: conceder todo lo que acabamos de decir, matrimonio, caida del favorito, pero haciéndolo pagar con sacrificios de territorio, que hubieran asegurado á la Francia las orillas del Ebro, las costas de Cataluña, y el goce

comun de las colonias españolas: tercero; y por último, recurrir á medios estremos, es decir, destronar á los Borbones, imponer á los españoles una dinastía nueva, no pidiéndoles ningun sacrificio de territorio, ninguna ventaja comercial, y contentándose por único resultado con haber enlazado estrechamente los destinos de España á los de Francia.

De estos tres partidos ninguno era bueno, (diremos muy luego por que); pero estaban muy distantes de ser igualmente malos.

Conceder á Fernando una princesa francesa, añadiendo á este favor el de derribar á Godoy, sin hacer pagar esta doble satisfaccion con ningun género de sacrificio, hubiera sido trasportar de júbilo á la nacion española, adquirir por algun tiempo su adhesion absoluta, y asegurarse su enérgico apoyo contra todo ministro que no marchase francamente en sentido de la política francesa. Pero el agradecimiento de los pueblos es tan poco duradero como el de los individuos: el ódio de los españoles se hubiera reanimado en cuanto se borrase la idea de los beneficios de Napoleon, y Fernando que tenia todos los defectos del carácter español, sin sus buenas cualidades, hubiera llegado á ser muy en breve tan enemigo de la Francia como don Manuel Godoy. Su poca capacidad y su pereza, le habrian hecho los consejos de Napoleon tan incómodos como en aquel momento lo eran para el favorito. Despues de algunos dias de vivo agradecimiento, las cosas hubieran tomado su antiguo curso: ignorancia, ódio á las mejoras, envidia de la superioridad estrangera, habrian sido, como en lo pasado, los caractéres del gobierno español bajo el nuevo reinado. Es cierto que se hubiera colocado cerca del trono una princesa francesa para repetir los buenos consejos que se daban desde Paris, pero deberia hallarse dotada de una superioridad bien estraordinaria para resistir á tendencias tan contrarias, y aun aquella superioridad la hubiera hecho tal vez odiosa. Lo pasado no podia ofrecer ninguna seguridad á una princesa francesa, que se presentase en España con nobles y atractivas cualidades. Ademas, no se forman á voluntad princesas enriquecidas con todos los dones de la naturaleza, y las de que Napoleon podia servirse entonces, no anunciaban las brillantes facultades que la situacion haria tan necesarias á su papel, como peligrosas para ellas mismas.

El segundo proyecto, que consistia en exigir por precio del matrimonio, de la caida del favorito y de la cesion de Portugal, sacrificios considerables, como la cesion de las provincias del Ebro, y el que se abriesen á los franceses las colonias españolas, no era mas que el primer proyecto mucho mas gravoso. Las provincias del Ebro, ofrecian una ventaja mas aparente que real, porque por razon de su proximidad, eran las que menos querian á los franceses. Aun con el trascurso del tiempo no hubieran contraido aficion alguna á la Francia, asi como los milaneses no han amado jamás al Austria. Los Pirineos les hubieran recordado continuamente que no eran francesas sino españolas, y lejos de contribuir con un soldado ó con un peso duro, hubieran costado muchos hombres y dinero para custodiarlas. La dominacion que pudieran haber asegurado á la Francia sobre la España, era completamente ilusoria, por lo menos bajo el

reinado de Napoleon. Salir de Pamplona ó de Zaragoza, en vez de efectuarlo desde Bayona, para marchar á Madrid, no constituia una diferencia bastante grande para que pudiera creerse que la España pasaba de esta manera del estado de independencia al de sumision: por el contrario, se hubiera exasperado á los españoles con aquella desmembracion de territorio; se habria emponzoñado de tal modo su alegría de ver unido á Fernando con una princesa francesa, y caido al favorito, que se hubiera hecho nacer la ingratitud desde el primer dia. Lisboa perderia á sus ojos su atractivo, si hubiera sido necesario pagarla con Zaragoza ó Barcelona. En cuanto á que se franqueasen las colonias españolas á los franceses, era una ventaja demasiado importante para ser deseada, pero muy fácil de obtener sin escitar resentimiento alguno, si fuese el único precio exigido por el Portugal, el matrimonio y la caida del favorito. Este segundo proyecto, no tenia, pues, ni aun el mérito de adherir la España á la Francia ni un solo dia, y la esponia, por algunas cesiones territoriales imposibles de conservar, al ódio eterno de los españoles.

El tercer proyecto, á que Napoleon parecia hallarse inclinado de una manera irresistible, consistia en destronar á los Borbones, reunir definitivamente la Francia y la España por el establecimiento de una misma dinastía, en regenerarla para hacerla util, bien á sí misma, bien á la causa comun, en no quitarla nada, antes por el contrario darla el Portugal, derribar al favorito é introducir reformas interiores: en una palabra, en renovar la máxima política de Luis XIV, de que no hay nada

demasiado grande para un hombré que ha pasado ya los límites conocidos de la grandeza. Esta política, aunque no tenia nada demasiado grande para Napoleon, era, preciso es reconocerlo, la política natural de la Francia. Reunir bajo un mismo espíritu, y un mismo interés, todo el Occidente, es decir, la Francia y las dos peninsulas italiana y española; oponer su poder continental á la coalicion de las córtes del Norte, y su poder marítimo, á las pretensiones de la Inglaterra, era seguramente la verdadera, la legítima ambicion que hubiera debido desearse en Napoleon, y la que hubieran justificado las reglas de la sana política, aunque no hubiese tenido buen resultado. Pero el castigo del pródigo que ha hecho gastos insensatos, es el de no poder subvenir á los mas necesarios. Napoleon, por haber acometido en el Norte una empresa inmensa, exorbitante, fuera de los verdaderos intereses de la Francia, como el constituir una Alemania francesa con gran disgusto de los pueblos alemanes, y emprender la restauracion de la Polonia á pesar de la oposicion del Austria y de la Prusia, iba á carecer de las fuerzas que exigieran los mas profundos pensamientos políticos. En efecto, en aquel mismo momento, se veia obligado á conservar trescientos mil hombres entre el Oder y el Vístula, para asegurarse la sumision de la Alemania y la alianza de la Rusia, y ciento veinte mil en Italia, para quitar al Austria la idea de volver á pasar los Alpes. Si ademas le eran necesarios ciento ó doscientos mil hombres para contener á la España, para arrojar de ella á los ingleses, que iban á encontrar una estancia cómoda y segura, pues para llegar allí no tenian mas que atra-

vesar el golfo de Gascuña; si tenia que emplear estos diversos ejércitos en Alemania, Italia y España, necesitaba una masa de ochocientos á novecientos mil hombres, y de ella debia resultar un aumento de cuidados, esfuerzos y mando, á que por último no bastarian ni la Francia, ni su mismo génio.

Lo que estaba sucediendo entonces era una prueba inequívoca de esta verdad, pues que para proporcionarse tropas sin disminuir el grande ejército y sin desguarnecer la Alemania y la Italia, Napoleon se veia reducido á ingeniarse de mil modos, y hasta entonces no habia logrado encontrar mas que conscriptos mandados por oficiales sacados de los depósitos, ó retirados. Este era ya un fuerte indicio de la situacion que Napoleon se habia creado multiplicando desmesuradamente sus empresas. Otra circunstancia debia agravar mas aquella insuficiencia de recursos. La sumision de la córte de España, aunque mezclada de muchas traiciones secretas, y aunque habia quedado reducida á la nulidad, por la incapacidad de la administracion española, tenia todas las apariencias de la mas completa adhesion. Napoleon no podia, pues, alegar ninguna queja especiosa contra la córte del Escorial, y el acto dictatorial de destronar á Cárlos IV, por razones muy políticas, es cierto, pero contrarias á la equidad, difíciles de hacer comprender al pueblo, y que ademas necesitaban el resultado definitivo para ser admitidas, podia producir el alzamiento de una nacion altiva y animada de un ódio ardiente contra el estrangero. Se esponia, pues, á irritar su sentimiento moral, y para contenerla eran necesarios mas recursos de

los que entonces podia disponer Napoleon. No se necesitaban en semejante caso jóvenes conscriptos, valientes sin duda alguna, pero de presencia poco imponente; era preciso valerse de soldados viejos, capaces de inspirar terror por su número y su aspecto, y que apoderándose de improviso y simultáneamente por varios puntos de la Península amedrentada, impidiesen estallar la indignacion pública, contuviesen al populacho, semi salvage de España (1), y diesen, en fin, á la clase media, que deseaba un nuevo órden de cosas, y se inclinaba á esperarle de la Francia, el tiempo de confirmarse

(1) Siguiendo el egemplo que nos dá Mr. Thiers, podríamos devolver con creer los dictados injuriosos que prodiga á los españoles, sin tomarnos mas trabajo que el de confrontar la historia de España con la francesa, donde por cierto no escasean los hechos inauditos de atrocidad y de barbarie. Si alguna vez hubiésemos dudado de la exactitud con que el célebre autor del *Libro de los oradores* califica á Mr. Thiers de viagero rápido de ideas, *que despues de dado la vuelta al mundo ha aprendido poco*, habria cesado esta duda al repasar las páginas de este tomo. A no haber sido testigos de la asombrosa celeridad con que en 1846 atravesó Mr. Thiers nuestra Península, adonde vino con el esclusivo objeto de recorrer los lugares que habian sido teatro de los grandes hechos de armas en la guerra de la independencia, y con el de beber en la misma fuente las noticias que necesitaba para la continuacion de su historia del *Consulado y del Imperio*, nos habria parecido increible que un escritor tan concienzudo como él, hubiese incurrido en los errores geográficos en que incurre con respecto á España, como mas adelante verán nuestros lectores, y hubiese hablado con la ligereza con que lo hace del carácter y costumbres de los españoles.

en sus opiniones y de difundirlas en derredor suyo. Con todas estas condiciones el acto estraordinario á que se veia obligado Napoleon, tenia probabilidades de buen éxito, y prevenido de este modo el primer movimiento revolucionario, la nacion española hubiera ido reconociendo poco á poco los beneficios que la Francia trataba de dispensarla. Pero intentado con menos fuerzas este proyecto, podia ser el principio de una série de desastres.

Habia tambien otra condicion necesaria para el buen resultado de aquella empresa, y era la de conservar en toda su intimidad la nueva alianza que Napoleon acababa de concluir en Tilsit; porque si se veia precisado á volver á comenzar la campaña de Austerlitz ó la de Friedland, mientras se hallaba ocupado en los asuntos de España, ademas de la dificultad de vencer en aquellas dos estremidades del mundo europeo, se imponia una doble tarea, y era hacer la segunda mucho mas difícil, porque los españoles debian reanimarse estraordinariamente con cualquiera guerra que se suscitase en el Norte. Era, pues, indispensable, por costosa que fuese la condescendencia que se manifestase con la ambicion de Alejandro, tomar un partido y evitar el inconveniente de la dispersion de las fuerzas francesas, comprando á cualquier precio el concurso del gran imperio del Norte; en una palabra, pagar con la Moldavia y la Valaquia la posibilidad de destronar impunemente á los Borbones de España.

En fin, aun cuando se hubiesen reunido todas estas condiciones, quedaba un peligro grave, gravísimo para la España y para la Francia, la pérdida posible y aun probable de las ricas colonias

españolas. Aquellas colonias se hallaban ya efectivamente minadas por el espíritu revolucionario. El egemplo de los Estados Unidos habia desarrollado fuertemente en ellas su inclinacion á la independencia, y la vergonzosa incuria de la metrópoli, que las dejaba sin defensa, las predisponia cada vez mas á sacudir su yugo. Era, pues, de temer que una dinastía nueva é impuesta á la nacion, les diese el pretesto que buscaban para insurreccionarse, y que la proteccion inglesa les facilitase los medios. En este caso, bien sencillo de prever, la España, hasta que se procurase nuevos manantiales de prosperidad, iba á quedar arruinada, y la Francia no habria hecho mas que enriquecer al comercio inglés con todas las ventajas que debia proporcionarle la esplotacion de las vastas colonias españolas.

Tales eran los tres planes entre que tenia que escoger Napoleon: todos presentaban sus inconvenientes, porque el primero, que hubiera colmado todos los votos de los españoles, desembarazándoles del favorito, asegurándoles la proteccion del emperador por medio de un matrimonio francés, y dándoles á Lisboa sin compensacion territorial, tal vez no habria sido mas que un engaño. El segundo, que tendria que pagarse con un cruel sacrificio de territorio los hubiera sublevado. Por último, el tercero que resolvia la cuestion de una manera decisiva, que unia definitivamente á la Francia y la España, que regeneraba á esta sin exigirla mas sacrificio que el de una dinastía envilecida, podia tambien causar turbulencias en la nacion, y en tal conflicto era necesario disponer de fuerzas que Napoleon no tenia preparadas, y

ofrecia al mismo tiempo el inconveniente de poner en sumo riesgo á las colonias españolas.

Considerado todo detenidamente, lo mejor que podia haber hecho Napoleon, era adoptar el primer plan, es decir, librar á la España del favorito, concederla una princesa francesa, y cederla el Portugal sin exigirla en cambio las provincias del Ebro, lo cual hubiera llevado hasta el delirio la alegría de la nacion, y pedir cuando mas que se franqueasen las colonias, ó tal vez la cesion de las islas Baleares ó de las Filipinas, de que no sacaba ningun partido: ventajas importantes las únicas apetecibles que hubiera concedido sin disgusto y sin que se alterasen en manera alguna sus sentimientos hácia la Francia. El reconocimiento podia haber durado poco, pero se habria conservado lo bastante para llegar á la conclusion de la guerra marítima, y obtener durante el último período de ella, la cooperacion sincera de los españoles contra los ingleses, para adquirir á sus propios ojos el derecho de exigirla, y si no se obtenia, el de castigar á los ingratos.

Pero este plan, el único prudente, porque era tambien el único que no añadia nuevas empresas á las que sobrecargaban ya el imperio, no era aprobado por Napoleon, cuyos secretos deseos contrariaba, ni por Mr. de Talleyrand que no tenia valor para apoyarle, aunque principiaba ya á asustarse de las consecuencias que podria tener la política que anteriormente habia fomentado. Para recobrar el favor imperial, se le vió adoptar con complacencia todas las ideas de Napoleon, hacerse el confidente de sus secretos, y su sufrido interlocutor; mas entonces, como la prudencia

contrabalanceaba en él al deseo de agradar, titubeaba, y buscaba en el segundo proyecto un término medio que conciliase los deberes del cortesano y del hombre de estado. Aparentaba creer que no debia empeñarse demasiado en los asuntos de la Península; que era preciso sacar de la España lo que se pudiese; dejarla luego entregada á sí misma, sin pretender el honor de regenerarla; darla una princesa francesa, puesto que la queria desembarazarla del favorito, pues que no deseaba nada mas; y por último, abandonarla la parte que habia quedado reservada del Portugal, muy distante de Francia para poder conservarla y hacérsela pagar con el Aragon, Cataluña, las Baleares, la apertura de las colonias españolas, y despues de indemnizarse de lo que se hubiere dado, dejarla que hiciese lo que gustase, observándolo todo desde las murallas de Barcelona, Zaragoza y Pamplona (1). De este modo procuraba Mr. de Talleyrand separar á Napoleon de la senda fatal en que le habia lanzado. Pero éste, que juzgaba con madurez aquel plan porque no le gustaba, veia en él tanto peligro como adoptando el último; porque quitar á los españoles Barcelona, Pamplona y

(1) Esto esplica, por que Mr. de Talleyrand, despues de lisonjear mas que nadie la inclinacion de Napoleon á mezclarse en los asuntos de España, sostuvo luego que no habia aprobado lo que se hizo en aquella época. El fué el único que indujo á Napoleon á cambiar el estado de las cosas en España, lo cual hacia casi inevitable el destronamiento de los Borbones: este hecho se halla justificado con documentos auténticos, aunque es verdad, que los despachos en que Mr. de Talleyrand da cuenta de sus negociaciones con el señor Izquierdo, prueban que

Zaragoza, era tan difícil á sus ojos, como quitarles su dinastía envilecida. Volvia, pues, siempre é irresistiblemente á la idea de espulsar á los Borbones del último trono que los quedaba en Europa, y estaba persuadido de que era preciso aprovechar el momento en que lo podia todo en el continente, en que la Inglaterra acababa de autorizarlo todo con su conducta en Copenhague, y en que se encontraba jóven, victorioso, obedecido y favorecido por la fortuna, para completar su sistema dando un gran golpe á la dinastía española; despues de lo cual descansarian él, el ejército, la Francia y el Occidente, radiantes de gloria, satisfechos del órden que hubiese establecido, y de las sábias reformas introducidas. Calculaba ademas, que en todo evento la dificultad no debia superar en mucho á la que habia tenido que vencer en Nápoles; y que aun suponiendo á los españoles tan intrépidos como los bandidos de la Calabria, bastaria triplicar ó cuadruplicar la estension de aquel pais, y en lugar de veinte y cinco mil franceses, figurarse que serian necesarios cien mil, para formarse una idea de los obstáculos que tendria

preferia el matrimonio de Fernando y la adquisicion de las provincias del Ebro, al partido mas decisivo de derrocar á los Borbones. Apoyándose en este equívoco, Mr. de Talleyrand decia que no habia aprobado la empresa contra la Península, y sin embargo, no por eso dejaba de animar á ella á Napoleon, cuando los hombres mas dignos de confianza, como el archicanciller Cambaceres, hubieran querido disuadirle; y no era por cierto el mejor medio de descargar su responsabilidad preferir, despues de haberle impelido á aquella empresa, la peor de las tres soluciones posibles.

que vencer: que sus jóvenes soldados, que en todas partes habian dado pruebas de que valian tanto como las mejores tropas europeas, lograrian ciertamente vencer á unos españoles degenerados, y que destinando á los depósitos otra conscripcion mas, tendria con exceso los cien mil hombres necesarios para esta nueva empresa: que el grande ejército permaneceria intacto entre el Oder y el Vistula para contener á la Europa: que abandonando la Finlandia á la Rusia, y prometiéndola la Moldavia y la Valaquia, le asegurarian la cooperacion del emperador Alejandro para llevar á cabo sus designios: y finalmente, que lo que queria hacer en España no era mas que sacar la última consecuencia de sus victorias, el establecimiento definitivo de su familia, y el complemento de su destino.

Sin embargo, á su regreso de Italia en enero de 1808, y aun despues del proceso del Escorial, Napoleon no habia tomado irrevocablemente su partido, y repetidas veces le dominaba la idea de un matrimonio que reuniese las dos casas, cuando un incidente de familia opuso á esta combinacion una especie de imposibilidad material. Como acabamos de decir, Napoleon habia llamado á París á la hija del primer matrimonio de Luciano, que fué enviada para no hacerla víctima de las disensiones de sus parientes; mas educada por desgracia en el destierro, oyendo con frecuencia amargas quejas contra el poderío de su familia, que se distribuia los tronos de Europa, sin acordarse de aquel hermano ausente y despreciado, aquella jóven no llevaba á París los sentimientos que en ella se apetecian. Colocada al lado de la emperatriz madre,

que la prodigaba toda especie de cuidados, encontraba no obstante, en su abuela, cierta severidad, y en sus tias una indiferencia que no debian hacerla muy gratas unas personas á quienes se la habia enseñado á temer mas bien que á amar. Así es, que en su correspondencia con sus parientes de Italia, se desahogaba del profundo pesar que esperimentaba su alma. Napoleon, que en la suposicion de que tal vez la enviaria á España á dividir su trono con el príncipe de Asturias, queria saber si tenia las disposiciones que convenian á su política, la hacia observar con cuidado, y habia mandado que se abriesen sus cartas en el correo. Apenas habia llegado á Paris, cuando se la interceptaron cartas en que se espresaba muy desfavorablemente contra su abuela, sus tias, su tio Napoleon, y todos los individuos de la familia imperial. Cuando se entregaron aquellas cartas al emperador, se sonrió malignamente y convocó inmediatamente en las Tullerías á su madre, hermanos y hermanas, é hizo que en asamblea de familia se leyesen las cartas. Se divirtió mucho con la cólera que su lectura escitó en los testigos de aquella escena, bastante mal tratados en dicha correspondencia, pasando despues de una jovialidad irónica, á la mas fria severidad, exigió que su jóven sobrina volviese al lado de su padre en el término de veinte y cuatro horas, y en efecto, al dia siguiente marchaba ya por el camino de Italia. No quedaba, pues, ninguna princesa de la casa Bonaparte que poder dar á la España, porque la señorita de Tascher, recientemente admitida en la familia imperial, no pertenecia á ella (1). Napoleon acababa

(1) La señora duquesa de Abrantes en sus Memorias, que revelan mucho talento, pero que sin duda estaba mal informada, ha dicho que la hija del príncipe Luciano no fué á Paris, y que la negativa de éste fué origen de grandes acontecimientos, porque obligado Napoleon á renunciar desde entonces á unirse á los Borbones de España, pensó en destronarlos. Esta asercion no es exacta. La hija de Luciano fué á Paris, y no permaneció allí por el incidente que acabo de referir, cuyos pormenores he sabido por un individuo de la familia imperial, testigo presencial de la escena de que he hecho mencion, y por un personage individuo de las asambleas legislativas, nombrado para acompañar á Italia á la princesa, (mision que se negó á aceptar).

de adoptar á aquella jóven, sobrina de la emperatriz Josefina, y de enviarla á Alemania, para casarse allí con el príncipe heredero de la casa de Aremberg. En caso de mezclar su sangre con la de los Borbones, queria que fuese la suya y no la de su esposa, aunque la tuviese gran afecto.

Aun sin este incidente, Napoleon hubiera concluido probablemente por preferir el partido mas decisivo, es decir, el destronamiento de los Borbones: de todos modos, ya no tenia la eleccion. La única solucion que le restaba, era derribarlos para sustituirlos con un individuo de su familia; pero lo que mas le embarazaba, era buscar un pretesto para destronarlos, sin ofender profundamente la opinion pública de España, de Francia y de Europa. No pudiendo encontrarlo en la abyecta sumision del gobierno español á su voluntad, lo esperaba de los acontecimientos. Las divisiones de la córte, el escandaloso furor de la reina y del favorito, el ódio que profesaban al heredero de la corona, y el que ellos le inspiraban, la impaciencia

de la nacion pronta á estallar, todas estas pasiones, que se aumentaban de hora en hora, podian producir una esplosion repentina, y dar márgen al deseado pretesto. Era, ademas, bien fácil conocer, que la sucesiva introduccion de las tropas francesas en España, contribuia mucho á aumentar la exaltacion de los ánimos; por las esperanzas que inspiraban á algunos, los temores que infundian á otros y la espectativa en que se encontraban todos, lo cual tal vez provocaria un desenlace. De este conjunto de causas podia tambien originarse un resultado que hubiera convenido mucho á Napoleon: la fuga de la familia real de España, imitando á la de Portugal, y marchando, como ella, á buscar un asilo en América. Semejante fuga hubiera dejado á Napoleon la mas completa libertad de accion, entregándole un trono vacante, que tal vez la nacion española en su indignacion contra los fugitivos, se apresuraria á ofrecerle por sí misma. Esta nueva emigracion de una dinastía europea á América, llegó á ser desde aquel instante la solucion en que se fijó, como la menos odiosa y repugnante para el público civilizado. El modo mas seguro de conseguir aquel resultado, era aumentar el número de las tropas francesas en España, envolviendo sus intenciones en el mas profundo y misterioso velo. No se descuidó en hacerlo asi. Obligado á contestar á las dos cartas de Cárlos IV, que le pedia la mano de una princesa francesa para Fernando, y la publicacion del tratado de Fontainebleau, respondió á la primera, que su casa tenia á mucho honor el deseo manifestado por la familia real de España, pero que sin embargo, antes de esplicarse, necesitaba saber, si el

príncipe de Asturias, perseguido recientemente como reo de estado, habia vuelto á recobrar la gracia de sus augustos padres, porque nadie quiere, decia; *emparentar con un hijo deshonrado*. A la segunda contestó, que los asuntos de Portugal no se hallaban todavía bastante adelantados para dividir la administracion, y particularmente el mando militar, á presencia de los ingleses próximos á desembarcar: que no convenia agitar el espíritu de los pueblos con la revelacion prematura de la suerte que les aguardaba; y por todas estas razones debia suspenderse todavía algun tiempo la publicacion del tratado de Fontainebleau. Mr. de Vandeul, agregado á la legacion francesa, fué el encargado de entregar aquellas dos cartas tan ambiguas, sin añadir ninguna esplicacion que pudiese disminuir su oscuridad. A aquella misteriosa conducta, añadió Napoleon otro aumento de fuerzas en la Península.

Ya hemos visto con cuanto esmero se dedicaba á organizar los cuerpos destinados á España, sin debilitar los ejércitos de Alemania é Italia. En efecto, habia compuesto el ejército de Portugal con los campos de las costas de la Bretaña y de Normandía; el ejército del general Dupont, llamado *cuerpo de la Gironda*, con los tres primeros batallones de las cinco legiones de reserva, y ademas algunos batallones suizos ó parisienses: el ejército del mariscal Moncey, llamado *cuerpo de observacion de las costas del Océano*, con doce regimientos provisionales sacados de los depósitos del grande ejército: la division de los Pirineos Occidentales destinada á Pamplona, con algunos batallones que habian quedado en los antiguos campos

de Bretaña y Normandía; y por último, la division de los Pirineos Orientales, con los regimientos italianos ó napolitanos que no habian servido en Alemania, y que dejaba disponibles el regreso del ejército de Italia. Mandó reforzar estas dos últimas divisiones, y que se crease ademas una reserva general para todos aquellos cuerpos.

Aumentó la division de los Pirineos Occidentales, agregándola los cuartos batallones de las cinco legiones de reserva, cuya organizacion se concluia en aquel momento. Componíase dicha fuerza de tres mil hombres, que unidos á los tres ó cuatro mil que por San Juan de Pie de Puerto se dirigian á Pamplona, debian formar una division de seis ó siete mil, suficiente para ocupar aquella plaza y vigilar el Aragon. Se puso á las órdenes del general Merle, y el de igual clase Mouton, que habia sido en un principio nombrado su comandante, recibió el encargo de ir á inspeccionar los demas cuerpos de ejército. Napoleon reforzó la division de los Pirineos Orientales, compuesta de italianos, agregándola batallones provisionales, sacados de los depósitos franceses colocados entre Alejandría y Turin, que abundaban en conscriptos ya instruidos. Esta nueva division francesa debia constar de cinco mil hombres, y unida á la division italiana de seis ó siete mil, que mandaba el general Lechi formar á las órdenes del general Duhesme un cuerpo muy suficiente para Cataluña.

En cuanto á la reserva general, Napoleon organizó en Orleans la infantería y en Poitiers la caballería. Para ello recurrió al mismo método que habia empleado cuando compuso el cuerpo del mariscal Moncey, y reunió en Orleans nuevos batallones provisionales sacados de los depósitos que todavía no habian suministrado destacamentos para España. El general Verdier debia mandar estos seis nuevos regimientos provisionales de infantería, señalados con los números desde el 13 al 18. Napoleon reunió en Poitiers cuatro nuevos regimientos provisionales de caballería, sacados igualmente de los depósitos, y que presentaban tres mil ginetes de todas armas, coraceros, dragones, húsares y cazadores, á las órdenes de un general de caballería de estraordinario mérito, el general Lasalle. Restituyó al campo de Boloña, á la guarnicion de París, y á los campos de Bretaña, los diez antiguos regimientos que habia sacado del grande ejército, lo cual le proporcionaba en caso de necesidad nuevos recursos de escelente calidad. En fin, dirigió secretamente á Burdeos algunos destacamentos de la guardia imperial de infantería, caballería, y artillería, bien convencido de que no tardaria en tener que presentarse en España para acelerar el desenlace que deseaba. Calculando en veinte y cinco mil hombres el cuerpo del general Dupont, en treinta y dos mil el del mariscal Moncey, en seis ó siete mil la division de los Pirineos Occidentales, en once ó doce mil el cuerpo de los Pirineos Orientales, en diez mil las dos reservas de Orleans y de Poitiers, y en dos ó tres mil las tropas de la guardia, resultaba un total de mas de ochenta mil hombres destinados á España, sin contar el ejército de Portugal, el cual hacia subir á mas de cien mil el número de soldados que debian operar en la Península. Pero eran tan jóvenes, y estaban tan poco acostumbrados á las fatigas, que naturalmente debian esperimentarse considerables bajas.

Ademas la cuarta parte de este ejército iba todavía marchando en enero de 1808. Napoleon que deseaba un pronto desenlace, mandó á sus tropas un movimiento decidido sobre Madrid. La carretera que conduce á esta capital se divide en dos en las inmediaciones de Búrgos. Uno de los ramales pasa atravesando el reino de Leon por Valladolid y Segovia, atraviesa el puerto de Guadarrama por cerca de San Ildefonso y llega hasta Madrid dejando á un lado el Escorial. El otro atraviesa Castilla la Vieja, por Aranda, pasa el Guadarrama por Somosierra, y llega hasta Madrid pasando antes por Buitrago y Chamartin (1). Como los dos cuerpos de Dupont y Moncey se hallaban el primero en Valladolid (camino de Salamanca), y el segundo entre Vitoria

(1) Sensible es que un escritor tan concienzudo como Mr. Thiers no haya tenido á la vista, al escribir su historia, el mapa de España, medio sencillísimo de haber evitado los muchos errores geográficos que en tan pocas líneas comete, hablando precisamente de un camino por donde hizo su viage á Madrid. Vamos á rectificarlos, no para nuestros compatriotas, que no lo han menester, sino en obsequio del historiador, que teniendo presente esta nota, si tanta honra merece, podrá evitar tamaños defectos en su segunda edicion. El camino que parte de Burgos á Valladolid, y de esta ciudad á Madrid, no toca en Segovia, ni mucho menos en el reino de Leon. Viniendo de Valladolid se atraviesa el puerto de Guadarrama, pero el camino no pasa por el Real sitio de San Ildefonso, que queda á media legua á la derecha. El otro camino que pasa por Aranda y Buitrago atraviesa el puerto de Somosierra, pero no el de Guadarrama. El pueblo de Chamartin queda á la izquierda, algo distante de la carretera.

(*Nota del traductor*).

y Burgos, antes de dividirse la carretera, no habian dado todavía un paso que pudiese revelar la intencion de marchar sobre la capital. Napoleon mandó al general Dupont que dirigiese una de sus divisiones á Segovia, y al mariscal Moncey, que hiciese ocupar á Aranda por otra de las suyas, bajo pretesto de que era necesario estenderse para que no faltasen la subsistencias. Desde entonces quedó ya descubierta la intencion de marchar sobre Madrid, pero lo que probaba hasta la evidencia que Lisboa no era el verdadero objeto de todos aquellos movimientos, era la entrada de las tropas francesas en Cataluña y Navarra. Para dar una esplicacion que no pudiese creerse mas que á medias, Napoleon, al comunicar al general Duhesme la órden de penetrar en Cataluña, y al general Merle la de entrar en Navarra, hizo que Mr. de Beauharnais anunciase á la córte de España, la intencion de un doble movimiento de tropas hácia Cádiz, uno atravesando Cataluña, y el otro Estremadura y Andalucía. La escuadra francesa surta en Cádiz, podia ser el motivo de aquella espedicion. Por lo demas, aunque no se creyese el objeto que se alegaba, bien fuese por la córte ó por el pais, lo único que podria resultar seria el que se aumentase la alarma y el temor, cosa que no sentia mucho Napoleon, pues que deseaba la fuga de la familia real, si no en aquel mismo momento, á la mayor brevedad posible.

El emperador juzgaba demasiado ventajoso el tener sus depósitos siempre llenos por medio de conscriptos llamados con anticipacion, é instruidos doce ó quince meses antes de ser empleados, para que dejase de perseverar en el sistema de conscrip-

cion adelantada, especialmente en los momentos en que trataba de formar en el litoral europeo numerosos campos situados al lado de sus escuadras. En consecuencia, despues de haber pedido en la primavera de 1807 la conscripcion de 1808, quiso en el invierno de este último año exigir la de 1809. Esta peticion le proporcionaba tambien la ocasion de dirigir una comunicacion al Senado, y de una esplicacion especiosa, acerca de la inmensa reunion de tropas que se efectuaba al pie de los Pirineos. El Senado se reunió el 21 de enero para oir la lectura de un informe sobre las negociaciones con Portugal, y sobre la resolucion adoptada y ejecutada ya, de invadir el patrimonio de la casa de Braganza. De esto se tomaba pretesto para desenvolver el sistema de ocupacion de todas las costas del continente, á fin de contestar al bloqueo marítimo con el bloqueo continental. La conscripcion de 1808, decia Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely, autor del informe presentado al Senado, habia sido la señal y el medio de la paz continental firmada en Tilsit: la conscripcion de 1809, seria la señal de la paz marítima. Desgraciadamente nadie sabia ni podia decir el sitio en que esta última debia firmarse. Tambien renovó la promesa de no emplear mas que en los depósitos á los jóvenes conscriptos llamados con un año de anticipacion, para atenuar el efecto moral de aquellos repetidos llamamientos. En otra relacion se anunciaba, que por consecuencia de tratados anteriores, quedaban incorporados al imperio Kehl, Cassel, Wesell y Flesinga; Kehl y Cassel como dependencias indispensables de las plazas de Estrasburgo y Maguncia; Wesel como punto de gran importancia

en la parte inferior del curso del Rhin; y en fin, Flesinga, como el puerto de un establecimiento marítimo, cuyo astillero era Amberes. Esta última comunicacion conducia á una profesion de fé imperial sobre el desinterés de la Francia, que habiendo tenido en sus manos el Austria, la Alemania, la Prusia y la Polonia, no se habia apropiado nada y se contentaba con adquisiciones tan insignificantes como Kehl, Cassel, Wesel y Flesinga. Napoleon manifestó deseos de que se mirase el nuevo reino de Westfalia no como un aumento de territorio, pues que se habia dado á un príncipe independiente, sino como una simple estension del sistema federativo del imperio francés.

Buenos ó malos, estos argumentos, cuyas ideas pertenecian á Napoleon, y el estilo á Mr. Regnaud, presentados con lenguage brillante y grandioso, fueron, segun costumbre, recibidos con una respetuosa inclinacion de cabeza por parte de los senadores, y en seguida se votó la conscripcion de 1809.

Este nuevo contingente de ochenta mil hombres, debia hacer subir á muy cerca de novecientos mil la masa de las tropas francesas esparcidas por las orillas del Vistula, del Oder y del Báltico; por los Alpes, el Pó, el Adige, el Izonzo, las costas de la Iliria y de las Calabrias, y las márgenes del Ebro y del Tajo. Agregándola por lo menos cien mil aliados, formaba un total de mas de un millon de hombres, de los que las tres cuartas partes eran soldados viejos, tan buenos como los de César, y guiados por un hombre que con respecto al talento militar, era superior al capitan romano. ¿Qué habia, pues, imposible con estas fuerzas colosales,

las mayores de que ha dispuesto ningun mortal, si la prudencia política contenia el delirio de la victoria?.. Cuando Napoleon hacia su enumeracion, sentia una satisfaccion peligrosa; solo se encontraba embarazado para pagarlas, pero contaba con la continuacion de la guerra para hacerlas vivir á costa del estrangero, ó con reducir el efectivo sin disminuir los cuadros si se lo permitia hacer la paz. En este prodigioso poderío militar se apoyaba para intentarlo y quererlo todo, considerándose á semejante altura dispensado de las reglas de la moral ordinaria, pudiendo dar ó quitar los tronos como la Providencia, siempre justificado por la grandiosidad de sus miras y de sus resultados.

A esta época se remonta el orígen de una idea que preocupó despues constantemente á Napoleon, en materia de organizacion militar, que absolutamente no era buena en sí misma, pero que únicamente á él pudiera producir ventajas: consistia aquella en convertir los regimientos franceses en legiones, á semejanza con muy corta diferencia de las legiones romanas. El batallon compuesto de setecientos á ochocientos soldados, tiene por medida la potencia física del hombre que no puede mandar directamente un número mayor: el regimiento compuesto de tres ó cuatro batallones, y que tiene por medida la solicitud del coronel, que no puede cuidar paternalmente mayor número de individuos, ha sido en los tiempos modernos la base de la organizacion militar. Con algunos regimientos se ha formado la brigada, con varias brigadas la division, y con muchas divisiones el ejército. Generalmente se ha dejado en la frontera un batallon llamado de depósito, en que se ha tenido

costumbre de reunir los soldados débiles, convalecientes, ó que todavía no se hallan en buen estado de instruccion, con los oficiales menos capaces de un servicio activo, para que sirva de lugar de descanso y de instruccion, y puedan surtir de reemplazos á los batallones de guerra. Manejando con arte profundo aquella organizacion, supo Napoleon crear aquellos ejércitos, que partiendo del Rhin, y algunas veces del Adige y del Vulturno, iban á combatir y vencer en las orillas del Vístula ó del Niemen. El constante cuidado y esmero de aquellos depósitos contribuyeron quizá tanto para sus triunfos como su génio para los combates. Mas su arte iba á complicarse, y su solicitud á estenderse á medida de que aquellos depósitos, colocados en las orillas del Pó ó del Rhin, y que habian enviado ya destacamentos á los ejércitos de Prusia y de Polonia, debian enviar todavía otros á los de España, Portugal é Iliria. Vigilar ciento diez y seis regimientos franceses de infantería, y ochenta de caballería, de los que se habia sacado un número considerable de cuerpos provisionales, y ademas la guardia imperial, los suizos, los polacos, los italianos, los irlandeses, y los auxiliares alemanes y españoles, seguir con la vista al regimiento y sus destacamentos á todos los paises, dirigir su formacion, instruccion y colocacion, de modo, que se diese á cada uno el empleo mas conveniente, y prevenir ó evitar la desorganizacion que pudiera originarse de la dislocacion de las partes, porque un regimiento cuyo depósito se hallaba á orillas del Rhin, tenia algunas veces batallones en Polonia, en Alemania, en España y en Portugal, todo esto exigia una atencion constante y difícil, capaz

de postrar al génio mas infatigable. Napoleon imaginó, pues, crear sesenta legiones en vez de ciento veinte regimientos, compuesta cada una de ocho batallones de guerra, mandados por un mariscal de campo, algunos coroneles y tenientes coroneles, que podian suministrar batallones de guerra á Italia, Polonia y España, y que tendrian un solo depósito, del que dependerian todos los destacamentos que se sacasen de él. Esto era desnaturalizar el regimiento, base mucho mas justa, como ya hemos dicho, pues que tiene por medida la fuerza física del gefe de batallon y la fuerza moral del coronel, y sustituirle una nueva composicion enteramente arbitraria, por la comodidad de una posicion única, única como la fortuna y el genio de Napoleon: porque escepto él, ¿quién podia tener jamás disponibles batallones de un mismo regimiento para enviarlos á Polonia, Italia y España?... Esta idea estaba tan arraigada en su mente, que no cesó despues de pensar en ella durante su reinado, y hasta en el destierro. Sin embargo, por las objeciones de los señores Lacuée y Clarke, adoptó un proyecto medio que sin desnaturalizar el regimiento, aumentaba su composicion, disminuyendo el numero total de los cuerpos. Decidió por un decreto, que no firmó definitivamente hasta el 18 de febrero, que todos los regimientos de infantería se compondrian de cinco batallones, cuatro de guerra y uno de depósito, y cada batallon de seis compañías, una de granaderos, otra de cazadores, y cuatro de fusileros. Al batallon de depósito solo se le señalaron cuatro compañías, porque las de preferencia solo deberian formarse en tiempo de guerra. Con arreglo á

aquel decreto, cada compañía debia constar de ciento cuarenta hombres, y el regimiento completo de tres mil novecientas setenta plazas, entre ellas ciento ocho oficiales y tres mil ochocientos sesenta y dos sargentos, cabos y soldados. El coronel y cuatro gefes de batallon mandaban los de guerra, y el mayor quedaba en el depósito. En este arreglo, que escedia ya las proporciones naturales, y que era producido por la situacion de Napoleon y de la Francia, un regimiento que tuviese su depósito á orillas del Rhin, por egemplo, podia tener dos batallones de guerra en el grande ejército, uno en las costas de Normandía, y otro en España. Un regimiento que tuviese su depósito en el Piamonte, podia tener dos de sus batallones de guerra en Dalmacia, uno en Lombardía y otro en Cataluña. De este modo cada cuerpo tomaba simultáneamente parte en todos los géneros de guerra, y cuando cesaban las hostilidades en el Norte, se procuraba dejar que descansasen los que habian hecho la guerra en Polonia, y dirigir hacia España los que no se habian hallado en las últimas campañas, ó los que tenian fuerzas y deseos de hacer muchas consecutivas. Pero esta composicion de los regimientos, que tal vez ofrecia ventajas para Napoleon y para el imperio, en el estado á que uno y otro habian llegado, es una prueba singular de la influencia que una política estrema egercia ya sobre la organizacion militar. Mientras que la estension de sus empresas iba á debilitar los ejércitos de Napoleon diseminándolos, iba á debilitar tambien á los mismos regimientos, aumentándolos desmedidamente y disminuyendo la energía del espíritu de familia entre compañeros de armas

muy separados unos de otros. Un cuerpo militar es un todo que tiene sus proporciones naturales, su arquitectura, si nos es lícito espresarnos así, que es muy fácil desnaturalizar si se la quiere dar mucha estension.

Por lo demas, muchas disposiciones de aquel decreto, revelaban los nobles y esforzados sentimientos del grande hombre que le habia concebido. El águila del regimiento, objeto del respeto, del amor y de la adhesion de los soldados, porque es su honor, debia estar en donde se encontrase el mayor número de batallones, y confiarse á un porta-águila, que tendria el grado, el rango y la paga de teniente, y que deberia llevar por lo menos diez años de servicio, ó haberse encontrado en las batallas de Ulm, de Austerlitz, Jena y Friedland. Como ayudantes, y con el título de segundo y tercero porta-águila, debia tener con la graduacion de sargentos y paga de sargento mayor, dos soldados veteranos, que hubiesen asistido á las grandes batallas, y que no podian ascender por no saber leer ni escribir. Este era un medio muy decoroso de emplear y recompensar á unos valientes, cuya inteligencia no igualaba á su intrepidez. Todo, pues, recibia en el estado la influencia del génio de Napoleon, y el sello de su grande alma.

Exaltado por el sentimiento de su poder, persuadido de que podia hacer cuanto mejor le pareciese desde que la Inglaterra se lo permitia todo á sí misma, considerando como terminada la guerra continental, y la prolongacion de la marítima como una demora útil para llevar á cabo sus planes, Napoleon estaba resuelto á destruir todos los obstáculos que se opusiesen á su voluntad. Al mismo

tiempo que daba las órdenes que acabamos de referir, para hacer que la península española entrase en el sistema del imperio, espedia otras casi enteramente idénticas y con igual objeto con respecto á la península italiana, para concluir por una parte con la soberanía del papa, que le incomodaba en el centro de Italia, y por otra con la de los Borbones de Nápoles que le insultaban desde la isla de Sicilia.

Ya hemos visto que la negativa de devolver las Legaciones á la Santa Sede despues de la consagracion y de la conquista del reino de Nápoles, que acababa de hacer de los estados romanos un simple enclavado del imperio francés, habian descontentado sucesivamente á Pio VII y convertido su ordinaria dulzura en una irritacion continua, y algunas veces violenta, contra Napoleon, á quien sin embargo amaba. La pérdida de los principados de Benevento y Ponte-Corvo, que se habian dado á Mr. de Talleyrand y al mariscal Bernadotte, la ocupacion de Ancona, y el continuo paso de tropas francesas, habian aumentado en sumo grado el disgusto y la exasperacion del Santo Padre. Así es que no queria acceder á ninguna de las peticiones de la Francia, y las desechaba todas, unas con motivos especiosos, y otras con razones que no lo eran, y que no se tomaba el trabajo de desfigurar. Rehusó primero anular el primer matrimonio del príncipe Gerónimo, contraido sin ninguna formalidad, y solo consintió en cerrar los ojos sobre aquel asunto, despues que la autoridad eclesiástica francesa decretó la anulacion. Se negó á reconocer á José como rey de Nápoles; recibió en Roma á los cardenales napolitanos pertinaces, y

dió asilo en los arrabales de aquella capital á los que asesinaban á los franceses. Conservó á su lado al cónsul del destronado rey de Nápoles, alegando que retirado aquel monarca á Sicilia, era por lo menos rey de aquella isla, y que por consiguiente podia tener su representante en Roma. No consintió en escluir á los ingleses del territorio de los estados romanos, diciendo que era soberano independiente, y que por lo tanto podia estar en paz ó en guerra con quien quisiese, y que por su cualidad de gefe de la cristiandad, no debia hallarse en guerra con ninguna de las potencias cristianas, aunque no fuesen católicas. Difería la institucion canónica de los obispos, y exigia que los obispos italianos se presentasen en Roma. Negaba que el concordato francés fuese estensivo á las provincias italianas que habian llegado á ser francesas, como la Liguria y el Piamonte, y que el concordato italiano lo fuese tampoco á las provincias venecianas últimamente agregadas al reino de Italia. En fin, no se prestaba á ninguno de los arreglos propuestos para la nueva iglesia alemana, y sobre cualquier asunto oponia las dificultades naturales que provenian de él, ó creaba voluntariamente las que no existian. De este modo Napoleon recogia el premio de su negligencia en contentar á la córte de Roma, á la que hubiera podido mantener en las mejores disposiciones, mediante algunos pequeños sacrificios de territorio que le hubieran sido fáciles; porque sin tocar á los reinos de Lombardia y Nápoles tenia la Toscana, Plasencia y Parma para redondear el patrimonio de San Pedro. Es cierto que su imperiosa voluntad de someter la Italia entera á su régimen de guerra contra los ingleses, hubiera sido siempre una dificultad grave. Mas hubiera sido posible, teniendo al papa satisfecho, obtener su adhesion á todas las condiciones de guerra que quisiese imponer á la Italia, bajo la forma de un tratado de alianza ofensiva y defensiva.

Desentendiéndose de los motivos que le habian enagenado la voluntad del Santo Padre, Napoleon le decia:—Sois soberano de Roma, es cierto, pero dependeis del imperio francés; sois papa, yo soy emperador, como lo eran los emperadores germánicos, como lo era mas antiguamente Carlo Magno; y con respecto á vos soy Cárlo-Magno por mas de un título, por mi poder y por mis beneficios. Obedecereis, pues, las leyes del sistema federativo del imperio, y cerrareis vuestro territorio á mis enemigos.—La forma de esta pretension ofendió á Pio VII mucho mas todavía que su fondo. Sus ojos, ordinariamente tan apacibles, se inflamaron con el fuego de la cólera, y declaró al cardenal Fesch que no reconocia en la tierra soberano superior á él; que si se trataba de renovar la tiranía de los emperadores alemanes de la edad media, renovaria la resistencia de Gregorio VII, y que aun cuando se pretendia que las armas espirituales habian perdido su fuerza, haria ver que podian ser de buen temple, contra un soberano de reciente orígen, que habia consagrado con sus propias manos, y que á esta consagracion debia en gran parte su autoridad moral. Napoleon contestaba que temia muy poco las armas espirituales en el siglo XIX; que no daria ningun pretesto legítimo para que se empleasen, absteniéndose de tocar á las materias religiosas: que se limitaria á hacer reconocer su

autoridad al soberano temporal, que le dejaria en el Vaticano como obispo de Roma, gefe de los obispos de la cristiandad, y que nadie se interesaria ni en Francia ni en Europa por el príncipe temporal cuya soberanía espiritual no habia recibido ningun ataque.

El cardenal Fesch, cuyo carácter altanero y quisquilloso y mediano talento podian comprometer las negociaciones mas fáciles, fué reemplazado por Mr. Alquier, habituado sucesivamente en las córtes de Madrid y Nápoles á tratar con los antiguos monarcas, y guardarlos ciertas consideraciones: mas no por eso varió en nada la situacion, y las relaciones entre ambos gobiernos conservaron toda su acrimonia. La córte pontificia pensó, sin embargo, en enviar á París un cardenal para terminar por medio de una transacion las diferencias que existian entre Roma y el imperio, y eligió al efecto al cardenal Litta. Napoleon no quiso admitirle porque era uno de los cardenales animados del peor espíritu. Entonces se escogió al cardenal francés de Bayanne, miembro sábio é ilustrado del Sacro Colegio. Al mismo tiempo, el papa, para probar que el cardenal Consalvi no era autor de su resistencia, como suponia Napoleon, le relevó del cargo de secretario de Estado, y se le confió al cardenal Casoni, prelado anciano, sin fuerza y sin gran disposicion.—Así se verá, prorumpia con orgullo, que á pesar de su dulzura se manifestaba claramente cuando se le irritaba, se verá que conmigo, y solo conmigo hay que entenderse; que á mí es á quien debe oprimírseme, y hacer que me pisen los soldados franceses si se quiere violentar mi autoridad.

No guardando ya miramiento alguno Napoleon, como hemos dicho, hizo que el general Lemarois ocupase militarmente las provincias de Urbino, Ancona y Macerata que forman la costa del Adriático: temerosos entonces el papa y los cardenales de que aquellas provincias sufriesen igual suerte que las Legaciones, pensaron en una transacion, y se redactó un convenio cuyas condiciones eran las siguientes:

El papa, soberano independiente de sus estados, proclamado tal, y garantido por la Francia, contraeria, no obstante, alianza con ella, y siempre que estuviese en guerra, espulsaria á sus enemigos del territorio de los Estados romanos.

Las tropas francesas ocuparian á Ancona, Civita-Vecchia y Ostia, pero los gastos de su manutencion serian de cuenta del gobierno francés.

El papa se obligaria á hacer limpiar y poner en buen estado el puerto de Ancona, que se hallaba obstruido.

Reconoceria al rey José, despediria al cónsul del rey Fernando, á los asesinos de los franceses, á los cardenales napolitanos que se habian negado á prestar juramento, y renunciaria á su antiguo derecho de investidura sobre la corona de Nápoles.

Consentiria en hacer estensivo el concordato de Italia, á todas las provincias que componian el reino de Italia, y el de Francia á todas las provincias de Italia convertidas en provincias francesas.

Nombraria sin dilacion los obispos franceses é italianos, y no exigiria de estos últimos el viage á Roma.

Designaria plenipotenciarios encargados de concluir un concordato germánico.

Finalmente, para dar seguridades á Napoleon del buen espíritu del Sacro Colegio, y para que la influencia de la Francia guardase proporcion con la estension de su territorio, la tercera parte del número total de cardenales se compondria de franceses.

Mas cuando este arreglo estaba ya á punto de terminarse, el papa, dejándose llevar de sugestiones funestas, y sumamente picado por dos cláusulas, la que obligaba á la Santa Sede á cerrar su territorio á los enemigos de la Francia, y la que aumentaba el número de los cardenales franceses, cláusulas de las que la primera era inevitable en la situacion geográfica de los Estados romanos, y la segunda propia para pacificarlo todo en el porvenir, se negó decididamente á prestar su adhesion á él.

Entonces, sin oir ni una sola observacion, y sin querer escuchar la oferta de retractar la primer negativa, Napoleon mandó entregar sus pasaportes al cardenal de Bayanne, y espidió las órdenes necesarias para la invasion de los Estados romanos. En el fondo, allí como en España, estaba decidido á no llegar á una solucion definitiva, es decir, á dejar al papa en el Vaticano con una renta pingüe, y una autoridad puramente espiritual, y á privarle de la soberanía temporal de la Italia central. Mas esperando tener que habérselas con los españoles dentro de dos ó tres meses, es decir, hácia el tiempo de Pascua, no queria que las causas religiosas se uniesen con las políticas para conmover á un pueblo fanático. Formó, pues, el proyecto de ocupar por el momento á Roma y las provincias de la costa del Mediterráneo, como habia ya hecho ocupar las del Adriático. En su consecuencia, ordenó al general que mandaba en Toscana reuniese dos mil quinientos hombres en Perusa, al general Lemarois que dirigiese otros tantos á Foligno, y al general Miollis que se pusiese al frente de las dos brigadas, avanzase sobre Roma y recogiese al paso una columna de tres mil hombres, que José tenia órden de hacer salir de Terracina, é invadiese con aquellos ocho mil soldados la capital del orbe cristiano. El general Miollis debia entrar de grado ó por fuerza en el castillo de Santo Angelo, tomar el mando de las tropas pontificias, dejar al papa en el Vaticano con una guardia de honor, no mezclarse para nada en el gobierno, decir que iba ocupar á Roma por un tiempo mas ó menos limitado, por miras puramente militares, para alejar del Estado romano á los enemigos de la Francia. No debia apoderarse mas que de la policía, y servirse de ella para espulsar á los bandidos que tenian en Roma su guarida, para enviar á Nápoles á los cardenales napolitanos, y para sacar de las cajas públicas lo que necesitase para sus tropas.

El ilustre Miollis, antiguo soldado de la república, que reunia á un carácter inflexible el talento mas cultivado, la mas pura probidad, y una gran costumbre de tratar con los príncipes italianos, era mas á propósito que ningun otro para desempeñar aquella comision rigurosa, conservando los respetos debidos al gefe de la cristiandad. Napoleon le señaló un sueldo considerable con ór-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

den de tener siempre en Roma un brillante estado mayor, para que los romanos se habituasen á ver en el general francés alojado en el castillo de Santo Angelo al verdadero gefe del gobierno, mas bien que en el pontífice á quien se habia dejado en el Vaticano.

La invasion de Portugal habia atraido hácia Gibraltar las tropas que los ingleses tenian en Sicilia, y las que habian regresado batidas de Alejandría. Para conservar aquel resto de su corona á su infortunada víctima la reina Carolina, no contaban mas que con siete ú ocho mil hombres. Era, pues, llegado el caso de preparar una espedicion contra aquella isla, y aprovechar la circunstancia de la reunion de las escuadras francesas en el Mediterráneo para trasportar aquella espedicion. Napoleon mandó al almirante Rosily, comandante de la escuadra francesa de Cádiz, y al almirante Allemand, que mandaba la hermosa division de Rochefort, que levasen el áncora al primer viento favorable, y se reuniesen con la division de Tolon. Habia conseguido que se diese la misma órden á la division española de Cartagena, mandada por el almirante Valdés, órden ejecutada con bastante puntualidad desde que el gobierno español se mostraba tan sumiso, y esperaba reunir en Tolon mas de veinte buques á las órdenes del almirante Ganteaume, si la operacion se llevaba á cabo felizmente. Con que se reuniese una de aquellas escuadras, la de Rochefort, la mas probable por el punto de partida, y la mas deseada por la calidad de las tripulaciones y del comandante, tenia bastante para trasportar un ejército á Sicilia, y abastecer de víveres á Corfú, objeto secundario y no

el menos importante de la espedicion. Previno, pues, al almirante Ganteaume, que reuniese en Tolon y embarcase con la division que ya se hallaba en aquel puerto, considerables cantidades de provisiones de todas clases como trigo y galleta, y municiones de guerra, pólvora, proyectiles, cureñas y utensilios, y que dejase aquel cargamento en Corfú, cualquiera que fuese el resultado de la espedicion contra la Sicilia. Mandó tambien á José que reuniese en Baias ocho ó nueve mil hombres con su armamento completo, y en Escila, frente por frente del Faro, otros siete ú ocho mil, con muchas falúas y otras embarcaciones menores, propias para atravesar el pequeño brazo de mar que separa la Sicilia de la Calabria. Queria que estuviese todo prevenido, de manera que en cuanto el almirante Ganteaume, que debia salir de Tolon, llegase á Baias, pudiese embarcar los ocho ó nueve mil hombres concentrados en aquel punto, y trasportados en veinte y cuatro horas al Norte del Faro, acudirian los otros siete ú ocho mil reunidos en Escila, embarcados en los pequeños buques que se les hubiese proporcionado. Con estos quince ó diez y seis mil hombres se debia tomar el Faro, artillarle perfectamente, armar tambien el fuerte de Escila, y ocupados ya por los franceses estos dos puntos que cerraban el estrecho, no habria ni un soldado inglés que se atreviese á permanecer en Sicilia.

Mas para esta atrevida empresa era necesario que las reiteradas órdenes de Napoleon, relativas á los dos puntos que los ingleses poseian todavía en en la costa de Calabria, Escila y Reggio, hubieran tenido cumplida ejecucion. Napoleon se habia in-

comodado muchas veces con José, porque con un ejército de mas de cuarenta mil hombres sufria que los ingleses pisasen aun la tierra firme de Italia.—Es una ignominia, le escribia, que los ingleses puedan hacernos frente en tierra. No quiero que me escribais hasta que quede borrada esa mancha; y si no lo es muy luego, enviaré uno de mis generales para que os reemplace en el mando de mi ejército de Nápoles.—Sensible á estas reprensiones, José habia encargado al general Reynier que atacase los dos puntos fortificados de Escila y Reggio que tan vivamente ofuscaban los ojos de Napoleon. Se acercaba el momento de apoderarse de ellos, pero aun no estaban tomados. El emperador se puso colérico. Sin embargo, como su irritacion contra la molicie de su hermano, en nada variaba el estado de las cosas, se convino en modificar el proyecto de espedicion, porque no era posible apoderarse del estrecho cuando los franceses no poseian aun la costa de las Calabrias, que naturalmente debia pertenecerles. En su consecuencia, el almirante Ganteaume recibió órden de dirigirse primero á Corfú para dejar alli el gran cargamento de guerra que se hallaba en los buques de su escuadra; volver despues al estrecho, tocar en Reggio, que probablemente estaria ya ocupado en la época de su aparicion en aquellas aguas, tomar alli doce mil hombres y trasportarlos por lo interior del estrecho al Mediodía del Faro. La estacion era otra de las razones porque convenia al almirante Ganteaume el obrar asi: porque maniobrando por lo interior del estrecho, y al Mediodía del Faro, se ponia al abrigo de los furiosos vientos que en el invierno soplan del Noroeste, y

hacen muy peligroso el aproximarse á la costa Norte de Sicilia.

Acordadas estas disposiciones, el almirante Ganteaume se preparó para embarcarse en cuanto se presentase una de las divisiones navales que á cada momento se esperaban de Cartagena, Cádiz y Rochefort. Sin duda recordarán nuestros lectores, que por las oportunas observaciones del almirante Decrés, se decidió que las divisiones de Brest y de Lorient quedasen en el Océano, y las de Rochefort y Cádiz pasasen al Mediterráneo. El almirante Rosily tenia gran interés en salir de la bahía de Cádiz, en donde se hallaba detenido ya hacia mas de dos años; pero le era mas difícil que á ninguno el emprender su marcha á causa del estrecho de Gibraltar. En la inmensidad de los mares es bien fácil evitar un encuentro, pero en la reducida estension de un estrecho, y á tiro de cañon de un punto como Gibraltar, era casi imposible engañar al enemigo y librarse de caer en su poder. El mar entre la costa de España y la de Africa estaba cubierto de barcos que hacian la guardia por la escuadra inglesa que se mantenia á alguna distancia para dar al almirante Rosily la tentacion de salir. Pero en cuanto éste aparejaba se presentaban todas las fuerzas navales del enemigo. La division Rosily estaba perfectamente armada, merced á los recursos del puerto de Cádiz, abundantes para el gobierno francés que pagaba bien, y nulos para el gabinete español, que no pagaba. Ademas se componia de escelentes tripulaciones que habian navegado mucho y sostenido en Trafalgar la mayor batalla naval del siglo. El almirante Rosily, antiguo marino, y tan esperimentado como intrépido, no hubiera

tenido inconveniente en batirse con una division inglesa, aun cuando fuese superior en fuerzas á la suya; pero con seis navíos y dos ó tres fragatas, no podia hacer frente á doce ó quince navíos y una multitud de fragatas, sin esponerse á un desastre cierto. Asi es que aun cuando tenia la órden de salir desde el mes de setiembre de 1807, no habia logrado aun ver satisfechos sus deseos en febrero de 1808.

El contra-almirante Allemand, el mas intrépido marino que tenia entonces la Francia, especialmente como navegante, se encontraba tambien estrechamente bloqueado en Rochefort, y el revés sufrido por las fragatas del capitan Soleil, era buena prueba de ello. Pero fuera ya del puerto por medio de una atrevida salida, se abria á su vista el Océano, y con tripulaciones escelentes, buenos buques, y su osadía en la mar, tenia muchas probabilidades de escapar de los ingleses. Aparejó muchas veces y otras tantas vió acudir al enemigo en tan gran número que era imposible resistirle. Sin embargo un dia (17 de enero de 1808) favorecido por el mal tiempo, se hizo á la vela, salió sin ser visto, atravesó el golfo de Gascuña, dobló felizmente el cabo Ortegal, dió vuelta á toda la España, llegó al punto en donde se estrechan las costas de Europa y Africa, y con una noche oscura y un horroroso viento del Oeste se arrojó atrevidamente á aquel estrecho, tan bien custodiado, que el almirante Rosily no podia aparecer sin que se cubriese de velas inglesas. Siempre se ha dicho que la fortuna ayuda á los audaces: aquella vez por lo menos fué exacta la asercion vulgar, y en pocas horas el almirante Allemand

se encontró con toda su division en medio del Mediterráneo, habiendo pasado por delante de Gibraltar y Ceuta sin ser percibido. El 3 de febrero se hallaba á vista de Tolon, é hizo señal de partir al almirante Ganteaume, para ir juntos al sitio marcado por el emperador. Aquel bravo marino se hallaba enagenado de gozo por haber llevado á cabo con toda felicidad tan arriesgada travesía.

La division española de Cartagena, mucho menos observada que la del almirante Rosily, porque estaba á mas de cien leguas del estrecho, y porque no se hacia entonces á la marina española el honor de creerla emprendedora, tenia que vencer muy pocas dificultades para salir. Pudo, pues, levantar el áncora y hacer vela hácia Tolon conforme á las órdenes de Napoleon. La mandaba el almirante Valdés, y se componia de un hermoso navío de tres puentes, de otro de ochenta cañones, y de cuatro de setenta y cuatro. Despues de tres años de inmovilidad en el puerto, tenia sus carenas en mal estado; estaba medianamente tripulada, y con víveres para solo tres meses. Sea que se la diese la órden secreta de no desempeñar su comision ó por la estremada timidez de los marineros españoles, navegó al derredor de las Baleares, para buscar un asilo en ellas en caso de necesidad, y á la primera aparicion de una vela inglesa, se refugió en el puerto, avisando á su gobierno, que se apresuró á hacerlo saber al de París, que se encontraba bloqueada, y que no sabia cuando podria volver á hacerse á la mar. Traicion ó debilidad, el resultado era el mismo para los proyectos de Napoleon, y revelaba bien claramen-

te la sinceridad con que la España cumplía con sus deberes de aliada.

Por lo demas el almirante Ganteaume tenia órden de salir en cuanto se le reuniese cualquiera de las divisiones que debian aumentar su fuerza: incorporados ya con los cinco navíos de Tolon los otros cinco de Rochefort, nada teniaque temer en el Mediterráneo. Los navíos equipados en Tolon no valian ni con mucho tanto como los que habian llegado de Rochefort, y particularmente los del puerto de Génova, tripulados con jóvenes recogidos en el muelle de aquella gran ciudad, porque los verdaderos marinos genoveses habian huido á las montañas del Apenino. Sin embargo, como la marina de Tolon se hallaba animada de un espíritu escelente, que era tradicional en aquel puerto, y que el contra-almirante Cosmao se esforzaba en reanimar con su egemplo, la buena voluntad suplia á la inesperiencia y la division de Tolon podia conducirse con honor. El almirante Ganteaume tenia á sus órdenes dos tenientes de singular mérito, los contra-almirantes Allemand y Cosmao, dos navíos de tres puentes, uno de ochenta cañones, siete de setenta y cuatro, dos fragatas, dos corbetas, y dos urcas grandes, que componian diez y seis velas. Despues de repartir, sin apresurarse entre toda la escuadra el inmenso cargamento que debia dejar en Confú, levó el ancla el dia 10 de febrero, y se dirigió á las islas Jónicas, desde donde debia volver en seguida al estrecho de Sicilia para conducir un ejército francés de Reggio á Catana, cuando hubiese desempeñado la primera parte de su comision. Desde que se hizo á la vela hasta que se perdió de

vista, no se descubrió ningun buque enemigo. La composicion de la escuadra, y el estado de las fuerzas inglesas en el Mediterráneo, hacian presagiar un resultado feliz. En caso de separacion, se señaló como lugar de reunion, la punta de la Italia, frente á las costas del Epiro, sirviendo de asilo, si hubiese necesidad, el golfo de Tarento, las bocas del Cattaro, y el mismo Corfú, objeto preferente de la espedicion.

Mientras se comenzaba esta navegacion, que fué larga y duró dos meses, los acontecimientos de España seguian su triste curso. Las cartas de Napoleon en contestacion á la solicitud de matrimonio, y á la proposicion de que se publicase el tratado de Fontainebleau, escritas en 10 de enero y remitidas el 20, no llegaron hasta el 27 ó 28, ni fueron entregadas hasta el 1.° de febrero. Su contenido no podia tranquilizar de modo alguno á la córte de España. Para colmo de desgracias, se concluyó entonces el proceso del Escorial, de un modo ruidoso, y con gran confusion de los que le habian emprendido.

A pesar de los esfuerzos que se habian desplegado para que los amigos del príncipe de Asturias, fuesen declarados cómplices de un crímen que no existia, su inocencia, apoyada en la opinion pública, los salvó del furor de sus perseguidores. El marqués de Ayerbe, el conde de Orgaz, los duques de San Cárlos y del Infantado, y particularmente el último, se condujeron con la mayor dignidad. Pero el canónigo Escoiquiz manifestó una firmeza provocadora, escitado por el peligro, por la ambicion de sostener su papel, por el cariño hácia su real alumno, y por la indigna-

cion de un hombre honrado. Despreciando las imprudentes amenazas de Simon de Viegas director de aquel proceso, y uno de los agentes mas viles de la córte, Escoiquiz, sin negar los escritos en que se fundaba la acusacion, insistió en sostener y demostrar su inocencia, diciendo que efectivamente habia procurado en aquellos escritos rasgar el velo con que el favorito encubria sus crímenes y vergonzosas acciones que esto no era hacer traicion al rey, sino servirle, que la órden en blanco, firmada de antemano, en que se conferia un mando militar al duque del Infantado, era una precaucion legítima contra un proyecto de usurpacion conocido de todo el mundo que se comprometia á probar, si se le queria llevar á presencia de Godoy, y se le permitia llamar á testigos que estaban prontos á revelar terribles verdades. El valor de aquel pobre sacerdote, desarmado, y sin mas apoyo contra el poderío de la córte que la opinion, desconcertó á sus acusadores, é inspiró un interés general; porque aun cuando los procedimientos eran secretos, todos los dias se sabian algunos pormenores, y se trasmitian de boca en boca con una rapidez que solo puede esplicar la pasion mas viva, en un país que carecia de periódicos y hasta de caminos. Como los jueces principiaron á titubear se les agregaron varios magistrados que se suponian adictos, para hacer asi mas cierta la condenacion de los procesados. El fiscal don Simon de Viegas se conformó con la órden que habia recibido de pedir para los acusados la pena capital. La córte trataba por todos los medios posibles de influir en el ánimo de los jueces con quienes creia que podia contar, y les exigia que pronunciasen la sentencia

solicitada por el fiscal, no para hacerla ejecutar, sino para dar al rey una ocasion de ejercer su clemencia. No se proponia mas que un objeto, decia, el de hacer mas respetable la autoridad real, castigando con la pena de muerte hasta el pensamiento de atentar contra ella, y atraerla el amor de los pueblos por un grandioso acto de clemencia para con los condenados. Efectivamente, el proyecto de la córte era que no se ejecutase semejante fallo; pero nadie confiaba bastante en ella, para dejar á su disposicion la cabeza de los hombres mas condecorados de la grandeza española: por otra parte la opinion pública pronta á desencadenarse contra los jueces prevaricadores que atropellasen la inocencia, era mas imponente que la córte. don Eugenio Caballero, uno de los jueces, y pariente del ministro de Gracia y Justicia, fué atacado de una enfermedad mortal, y no quiso exhalar su último suspiro sin emitir su dictámen, digno de un gran magistrado. Suplicó á sus colegas que componian el tribunal estraordinario, que concurriesen á su casa á deliberar junto á su lecho mortuorio. Cuando estuvieron reunidos, don Eugenio sostuvo que era imposible juzgar á los cómplices de un delito verdadero ó falso sin el autor principal, es decir, sin el príncipe de Asturias, y que segun las leyes del reino, el príncipe no podia ser citado ni oido sino ante las córtes; que ademas el crímen era imaginario; que las pruebas presentadas eran nulas ó carecian de fuerza legal, porque eran copias, debiendo ser originales: que la persona desconocida que habia denunciado aquellos hechos, tenia que presentarse, segun disponia la ley, á deponer bajo la fe del

juramento; que en el estado que tenian los procedimientos, sin acusado principal, sin pruebas, sin testigos, con todo lo que ademas se sabia acerca del supuesto atentado que se imputaba á un príncipe objeto del amor de la nacion, y á grandes personages que merecian su respeto, los jueces íntegros debian declarar que no habia méritos para continuar las actuaciones, y suplicar á la corona que mandase sobreseer tan escandaloso proceso.

Apenas este animoso ciudadano de una monarquía en que á pesar de su absolutismo, habia leyes y magistrados imbuidos en su espíritu, hubo emitido su opinion, cuando sus colegas se adhirieron á ella con una especie de entusiasmo patriótico. Despues de aquel acuerdo, se abrazaron todos como hombres prontos á morir. En efecto, no se atribuian á Cárlos IV malas intenciones, mas á la córte se la creia capaz de todo contra los jueces que defraudaban sus esperanzas, y se exageraba su crueldad porque no se podia exajerar su bajeza.

Cuando se supo aquella decision, el público se llenó de regocijo, y la córte de abatimiento. Se persuadió al buen Cárlos IV, que era necesario que brillase su justicia á falta de la de los magistrados, y se le arrancó un real decreto, por el cual los duques de San Cárlos y del Infantado, el marqués de Ayerbe, y el conde de Orgaz, fueron desterrados á sesenta leguas de la córte, y privados de sus dignidades, grados y condecoraciones. El canónigo Escoiquiz, el mas aborrecido de todos, fué tratado con mayor severidad. Se le quitaron sus prebendas eclesiásticas, y se le condenó á reclusion perpetua en un monasterio. Se queria ademas,

que el cardenal de Borbon, arzobispo de Toledo, hermano de la princesa casada con don Manuel Godoy, hiciese que el cabildo de la iglesia primada, degradase al canónigo Escoiquiz individuo de él, pero el cardenal se negó á ello obstinadamente. Con este motivo se atrevió á revelar á Cárlos IV los escándalos de la monarquía, la triste suerte de la princesa su hermana, unida al favorito, que á sus muchos crímenes, reunia tambien el de bigamia. Llegó, segun se cree, hasta pedir que se le devolviese su hermana, y pudiese encerrarse en un cláustro, para llorar allí el enlace que formaba su deshonra y su desgracia. Por toda contestacion el cardenal recibió órden de retirarse á su diócesis.

Habiendo muerto el íntegro magistrado, don Eugenio Caballero, que tan noblemente habia cumplido con su deber, sus funerales fueron una especie de triunfo. Todas las congregaciones religiosas, se disputaron el honor de sepultarle gratuitamente, y todo cuanto encerraba Madrid de mas respetable, acompañó á su última morada al magistrado que tan dignamente habia terminado su carrera. En cuanto á los procesados todos se alegraban de ver sin peligro sus cabezas, especialmente despues de los exagerados temores que habia inspirado su causa. Las consecuencias del proceso no podian perjudicar á su reputacion, porque los rodeaba la estimacion universal, aun mucho mas de su verdadero mérito, y nadie se inquietaba por su destierro, porque todos consideraban que no seria muy largo. En efecto, todo el mundo aguardaba una catástrofe próxima, bien proviniese de la indignacion pública, exaltada hasta el mas alto grado, ó bien fuese obra de las tropas france-

sas que avanzaban silenciosamente hácia la capital, sin decir que iban á hacer en ella. Pero siempre se creia que harian lo que se deseaba, es decir, que arrojarian al favorito del trono, cuya mitad habia usurpado, y unirian al príncipe de Asturias con una princesa francesa, al estruendo de sus cañones.

Mientras que las simpatías de una nacion exaltada rodeaban á los que se pronunciaban contra la córte, esta se hallaba poseida de terror y desesperacion. Era costumbre inmemorial, que la familia real dejase en enero la fria y severa mansion del Escorial, para gozar del delicioso clima de Aranjuez, magnífico real sitio, regado por el Tajo, y donde la primavera, como acontece en las latitudes meridionales, se deja sentir en el mes de marzo, y aun algunas veces á fines de febrero. Como Madrid está situado en el camino de uno á otro sitio, era costumbre tambien, que la córte se detuviese en él algunos dias para recibir los homenages de la capital. No esperando recibir este año mas que señales de aversion, la córte pasó por las puertas de Madrid sin entrar en él, y fué á ocultar en Aranjuez su vergüenza, su pesar y su consternacion.

En efecto, no podia esperar apoyo de ninguna parte. El pueblo español manifestaba ya bien á las claras el ódio implacable que le inspiraba, y si hacia alguna escepcion en cuanto al rey, era para despreciarle en vez de aborrecerle. Con respecto al terrible emperador de los franceses, á quien la córte habia alternativamente adulado ó sido infiel, y cuyo favor creia haber reconquistado desde la batalla de Jena, con un año de humillaciones, se

cubria de repente con un velo impenetrable, y guardaba sobre sus proyectos un silencio temible. Los ejércitos franceses que en un principio se dirigian á Portugal, emprendian entonces el movimiento sobre Madrid, bajo pretesto de encaminarse á Cádiz y Gibraltar. Pero era un acontecimiento inaudito que se invadiese de este modo, y sin mas esplicaciones, el territorio de una gran potencia. La respuesta dada por Napoleon á la solicitud de matrimonio no podia tomarse como cosa seria: porque queria saber, decia, antes de dar á Fernando una princesa francesa, si el príncipe habia vuelto á la gracia de sus padres, y se lo preguntaba á Cárlos IV, que le habia participado formalmente el arresto del príncipe de Asturias, y el perdon que inmediatamente se le habia concedido. La negativa de publicar el tratado de Fontainebleau, que contenia la concesion de una soberanía para don Manuel Godoy, y la garantía solemne de los estados pertenecientes á la casa de España, solo podia interpretarse de un modo siniestro. Por todas estas razones reinaba la mayor tristeza en el palacio de Aranjuez, y en el Buen Retiro, donde habitaba la condesa de Castelfiel, favorita del favorito. En una y otra parte comenzaban á abrir los ojos, y á reconocer que á fuerza de bajezas se habia inspirado á Napoleon la audacia de derrocar á una dinastía que se habia degradado, y hecho despreciable á los españoles. Cada dia iba adquiriendo mayor consistencia en el ánimo de los que manejaban la córte, la idea de imitar á la casa de Braganza y huir á América, y daba motivo á frecuentes rumores y murmuraciones. La reina y don Manuel Godoy se habian fijado casi definitiva-

mente en esta resolucion, y hacian secretamente sus preparativos, porque las remesas de objetos preciosos á los puertos, eran cada vez mas numerosas. Mas primero era necesario decidir al rey, que temia tanto aquel largo viage como los horrores de una guerra; era preciso decidir tambien á los príncipes de la familia real, don Antonio, hermano de Cárlos IV, don Fernando, su hijo y heredero, y á los infantes mas jovenes: la menor indiscrecion, era suficiente para sublevar la nacion contra semejante proyecto. El príncipe de la Paz para dar cierto colorido de poca importancia á los preparativos que se estaban haciendo en el Ferrol y en Cádiz, hizo correr la voz de que en su calidad de gran almirante iba á inspeccionar los puertos, dando principio por los del Mediodía.

Pero antes de acudir á esta fuga, que aun para Godoy y la reina era un partido estremo, convenia ensayar todos los medios para arrancar á Napoleon el secreto de sus intenciones y doblegar si era posible su terrible voluntad. Todo debia en efecto, intentarse antes de decidirse á abandonar la España, y de obligar á ello á Cárlos IV. En su consecuencia, para contestar á la última respuesta de Napoleon, se hizo al monarca escribir una nueva carta con la fecha del 5 de febrero, ocho ó diez despues de concluido el proceso del Escorial, con objeto de obligarle á esplicarse, mover su corazon si era posible, y aun recordarle su honor, muy interesado en cumplir las palabras que habia dado. En aquella carta, Cárlos IV confesaba los temores que comenzaba á concebir por la aproximacion de las tropas francesas, manifestaba al emperador cuanto habia hecho por complacerle, todas las pruebas de adhesion que le tenia dadas, el sacrificio de sus escuadras, el haber enviado su ejército á un pais lejano, y en cambio de tan fiel alianza, le pedia le declarase franca y lealmente sus intenciones, pues no podia suponer fuesen otras que las que la España habia merecido. Al escribir de este modo, el infeliz rey no sabia que aquella fiel alianza habia estado mezclada con mil infidelidades secretas; que el sacrificio de sus escuadras solo sirvió para la destruccion de ambas marinas en Trafalgar, que la espedicion de Hamburgo no habia tenido mas resultado que el de una demostracion, y que la España habia sido una aliada inútil á sí misma y á los demas, y aun algunas veces motivo de inquietud para sus aliados. Ignorando todas estas cosas, dirigió aquellas preguntas á Napoleon con la mayor buena fé, dictándoselas los que sabian, pensaban, y querian por él. Este buen príncipe, no podia creer que al fin de sus dias, despues de haber procurado no hacer daño á nadie, se viese reducido á batirse ó á huir, pues se hallaba persuadido de que para reinar bien y seguramente, bastaba el no haber jamás querido causar perjuicio alguno: sobre lo cual podia estar tranquilo, pues nunca hizo mas que cazar y cuidar sus caballos y escopetas.

A esta carta dirigida á Napoleon, siguieron otras mas apremiantes para el señor Izquierdo. Se le encargaba en ellas que procurase á toda costa enterarse con exactitud de las intenciones del emperador, que si eran hostiles tratase de hacerlas cambiar á fuerza de sacrificios, y si esto no era posible, darlas á conocer al menos para poderlas combatir ó evitar sus consecuencias, y se

le facilitaban los recursos necesarios, si el oro era un medio de poder lograr lo que se deseaba.

Los pliegos de que hablamos, llegaron á París á mediados de febrero. Napoleon habia eludido la demanda de una princesa francesa para Fernando, aparentando ignorar si aquel príncipe habia obtenido el perdon de sus padres. No pudiendo ya alegar ninguna duda sobre este particular, é interrogado directamente acerca de sus intenciones, conoció que habia llegado el dia del desenlace, y que despues de haber resuelto destronar á los Borbones, era al fin preciso fijarse en los medios de conseguirlo sin herir demasiado la opinion pública de la España, de la Francia, y de la Europa. Este era el único punto sobre que verdaderamente habia titubeado: porque si en algun momento habia admitido como practicable el plan de reunir las dos dinastías por medio de un matrimonio, y como asunto que debia discutirse el plan de adjudicarse una buena parte del territorio español, en el fondo habia siempre preferido como mas seguro, decisivo, y aun honrado, el no quitar á la España mas que su dinastía y su barbárie, dejándola su territorio, sus colonias y su independencia. Pero el medio de hacer soportable este acto de conquistador, en un tiempo en que no solo se habia visto rodar la corona de los reyes, sino su cabeza, era muy difícil de encontrar. La fuga de la familia de Braganza le habia sugerido uno, en que por último se fijó como ya hemos visto, y era obligar tambien á la corte de España á embarcarse en Cádiz para el Nuevo Mundo. Entonces nada mas sencillo que presentarse á una nacion desamparada, anunciarla que en vez de una dinastía degenerada,

bastante cobarde para abandonar su trono y su pueblo, se la daria otra gloriosa, pacíficamente reformadora, que haria partícipe á la España de los beneficios de la revolucion francesa sin sus desgracias, y de la grandeza de la Francia sin las horribles guerras que habia tenido que sostener. Esta solucion era natural, menos vituperable que cualquiera otra, y á que daba lugar la cobardía de las familias degeneradas que reinaban en el Mediodía de la Europa. Iba siendo ademas de dia en dia muy probable, pues que á cada acceso de terror que esperimentaba la córte de España, circulaba en la capital la noticia de una retirada á América, noticia que revelaba las agitaciones interiores del palacio. Para que el terror llegase á su colmo bastaba hacer que las tropas francesas avanzasen definitivamente hacia Madrid, y continuar guardando sobre su destino un silencio amenazador. De consiguiente, Napoleon lo preparó todo para que la catástrofe se efectuase en marzo, por que si era necesario comenzar las operaciones en España, la primavera era la estacion mas favorable para introducir sus jóvenes soldados en una region tan árida y ardiente, que en lo físico puede decirse que comienza el Africa. Era á mediados de febrero, y el emperador tenia todavía un mes para hacer sus preparativos hasta mitad de marzo. Los comenzó, pues, inmediatamente despues de recibir la carta interrogatoria de Carlos IV, (fecha 5 de febrero) en que aquel desgraciado monarca le suplicaba que esplicase sus intenciones con respecto á España.

Pero antes de provocar en Madrid el desenlace que apetecia, le era preciso adoptar un partido so-

bre una cuestion no menos grave que la de España, la cuestion de Oriente; por que la una se encontraba en aquel momento enlazada con la otra. Efectivamente si algo podia aumentar la imprudencia de cargarse con nuevas empresas, cuando tantas y tan considerables tenia entre manos, era el empeñarse demasiado en los asuntos de la Península, dejando descontenta á la Rusia. Por muy habituada que estuviese la Europa á nuevos espectáculos, y aunque se hallase ya preparada para la próxima caida de los Borbones de España, habia todavía mucha distancia de la prevision á la realidad, y la destruccion de uno de los tronos mas antiguos del mundo, debia producir una sensacion profunda, y hacer que pasase de la frente de la Inglaterra á la de la Francia el sello de reprobacion que la impusiera el crímen de Copenhague. Aun cuando la Prusia se encontraba sometida y el Austria alternativamente irritada y temerosa, hubiera sido altamente temerario no asegurarse la adhesion de la Rusia, en vísperas de acometer el mayor acto de audacia. El mas grave inconveniente de la empresa de España, era el que inevitablemente habia de acarrear sacrificios en Oriente, y como se verá mas adelante, una de las faltas mas sensibles y trascendentales del emperador, fué el no haber sabido hacer francamente aquellos sacrificios en esta circunstancia. De otro modo se hubieran arreglado las cosas, si habiendo emprendido menos en el Norte, y satisfecho á la Prusia abandonándola la Alemania, no hubiese tenido que dejar en el Vistula trescientos mil soldados aguerridos, que componian la verdadera fuerza del ejército francés. Limitándose entonces á ocupar la

Italia y la España, teniendo concentrados sus ejércitos detrás del Rhin, y sin que hubiese que contener ni temer á nadie al otro lado de aquella frontera, no necesitaba comprar con grandes sacrificios la concurrencia de la Rusia. Y si hubiese querido aprovechar la ocasion para arrojarse sobre el Oriente, la misma Austria aunque inconsolable por la pérdida de la Italia, habria llegado á ser la aliada de la Francia para defender la parte baja del Danubio. Mas destruida la Prusia, creados en Alemania tronos efímeros, y sembrado desde el Rhin, al Vistula el odio y la ingratitud, necesitaba en el Norte un aliado, aunque tuviera que pagarle á muy subido precio.

El general Savary habia sido reemplazado en San Petersburgo por Mr. de Caulaincourt, y casi al mismo tiempo llegó á París el embajador de Rusia el señor de Tolstoy. Este, como ya hemos dicho, era militar, hermano del gran-mariscal de palacio, é imbuido en las opiniones de la aristocracia rusa con respecto á la Francia, pero como individuo de una familia que gozaba del favor imperial, apreciaba aquel en mucho mas que sus preocupaciones, y veia en la conquista de la Finlandia y de las provincias del Danubio, suficiente escusa para los que abandonaban la política inglesa por la francesa.—Mi hermano ha hecho un sacrificio, dijo el gran-mariscal Tolstoy á Mr. de Caulaincourt; ha aceptado la embajada de París; pero si no obtiene alguna cosa grande para la Rusia, es perdido, y lo somos todos con él (1).—Estas palabras prueban el espíritu de que iba animado á

(1) Estas palabras están sacadas testualmente de la

Francia el nuevo embajador. Alejandro le habia referido lo que pasó en Tilsit como se complacia en recordarlo y comprenderlo, y despues de esta comunicacion muy desfigurada de las palabras de Napoleon, el señor Tolstoy creia que todo estaba ya dicho, que el sacrificio del imperio de Oriente era cosa hecha, y que no iba á Paris mas que para firmar la particion de la Turquía y la adquisicion, sino de Constantinopla y los Dardanelos, por lo menos las llanuras del Danubio hasta los Balkanes. Ademas, en el camino se habia detenido en la córte de los desgraciados soberanos de Prusia, despojados de una parte de sus estados, y privados de casi todas sus rentas, por la prolongada ocupacion de las provincias que les quedaban. El señor de Tolstoy, pensando que si la conquista de las provincias de Oriente interesaba á la gloria de la Rusia, la evacuacion de las de la Prusia interesaba á su honor, llegó á Paris con la doble preocupacion de obtener una parte del imperio turco, y de hacer evacuar la Prusia. Añádase á todo esto que era quisquilloso, iracundo, suspicaz, y muy envanecido con la gloria de los ejércitos rusos.

Napoleon se habia propuesto recibirle bien, y hacerle agradable su residencia en Paris, para que con sus relatos contribuyese á mantener la alianza. Pero le encontró tan vivo y tan intratable sobre el doble asunto de la evacuacion de la Prusia y de la adquisicion de las provincias del Danubio, que se incomodó sobremanera. Era tan fuerte, y tenia tambien tan poca paciencia, que no podia su-

correspondencia secreta que repetidas veces hemos citado.

frir largo tiempo las instancias del embajador ruso. Napoleon, disimulando tan solo á medias el enojo de que se hallaba poseido, dijo á aquel, que si despues de haber evacuado toda la antigua Prusia y una parte de la Pomerania, continuaba ocupando el Brandeburgo y la Silesia, era por que no se habia querido pagar la contribucion de guerra; que no deseaba mas que retirar sus tropas en cuanto se le pagase: que si permanecia en Prusia mas tiempo del que se habia previsto, los rusos por su parte permanecian sin motivo plausible en las provincias del Danubio, y que la Moldavia y la Valaquia valian tanto como la Silesia. Sin decirlo precisamente, parecia á los ojos de un hombre preocupado, como lo estaba el señor de Tolstoy, que Napoleon hacia depender la evacuacion de la Silesia de la de la Moldavia y la Valaquia, y que la adquisicion de ellas por los rusos, estaba íntimamente enlazada con la de aquella por los franceses. La indignacion del señor de Tolstoy, tuvo que ceder á la altaneria de Napoleon, pero el ministro ruso concibió el mas vivo despecho, y como siempre se busca la sociedad que mas simpatiza con los sentimientos que cada uno esperimenta, frecuentó con preferencia las reuniones del corto número de nobles obcecados, que con sus conversaciones se vengaban de no ser admitidos en la córte imperial. Usaba un lenguage poco amistoso, faltó muy poco para que tuviese un desafio con el mariscal Ney, que era poco sufrido, por una disputa sobre el mérito de los ejércitos ruso y francés, y se condujo mas bien como el representante de una nacion enemiga que como el de una córte que queria ser, y que era en efecto, por lo menos en aquellos momen-

tos, una aliada íntima; Mr. de Talleyrand fué el encargado de contener, calmar y reprimir en caso de necesidad con su desdeñosa sangre fria, el carácter displicente de Tolstoy.

Mejor pasaban las cosas en San Petersburgo entre Mr. de Caulaincourt y el emperador Alejandro; pero éste no disimuló mas que su embajador el disgusto que esperimentaba. Caulaincourt era un hombre grave, que llevaba retratada en su semblante la rectitud de su alma, y que no tenia mas que una debilidad, que era la de no poder consolarse por el papel que habia desempeñado en el asunto del duque de Enghien, lo cual le hacia estremadamente sensible al aprecio que se le manifestaba, y suministró al emperador Alejandro un medio de dominarle. Caulaincourt encontró al emperador amable y espresivo como siempre, pero muy resentido por no ver realizadas inmediatamente las promesas que se le habian hecho. Napoleon habia dicho en Tilsit al emperador Alejandro, que si continuaba la guerra, y la Rusia tomaba parte en ella, podria encontrar hácia el Báltico un aumento de seguridad, y hácia el mar Negro un aumento de grandeza, y habia hablado eventualmente de la distribucion que deberia hacerse de las provincias del imperio turco, pero sin estipular no obstante, nada positivo. Mas si, por una parte, en la animacion de aquellas conferencias, habia tal vez dicho mas de lo que pensaba conceder, el emperador Alejandro habia oido mas de lo que se le habia indicado, y rodeado en San Petersburgo de una sociedad descontenta, habia tenido, para atraérsela, que hacer muchas revelaciones exageradas é indiscretas. Poco á poco fué difundiéndose en los salones de San Petersburgo la opinion de que la Rusia, aunque vencida en Friedland, habia recibido en Tilsit la donacion de la Finlandia, la Moldavia y la Valaquia. Los que manifestaban buenas disposiciones en favor del emperador Alejandro, ó que por lo menos no se habian propuesto vituperar la nueva marcha del gobierno, eran de dictámen de que aquellas concesiones escedian al precio de algunas campañas desgraciadas, y que si la Rusia era deudora de tan vastas conquistas á la amistad de la Francia, haria bien en cultivarla y conservarla. Por el contrario, los que abrigaban todavia en su pecho los resentimientos escitados por la última guerra, ó que se hallaban indignados de la inconstancia del emperador, como Czartoryski, Nowosiltzoff, Strogonoff y Kotschoubey, representantes de la política abandonada, decian que la conquista de la Finlandia, á que se impelia á la Rusia, no tenia valor alguno, que era un pais de lagos, despoblado y pantanoso; que ademas era una conquista inmoral, pues se quitaba parte de su territorio á un pariente y aliado como lo era el rey de Suecia; que seria la única que Napoleon dejaria hacer al emperador Alejandro; que jamás le entregaria la Moldavia y la Valaquia, como no tardarian en convencerse de ello, y que la alianza francesa era una defeccion, una inconsecuencia y un engaño.

Estas espresiones, que el emperador oia repetir á cada paso, le picaban vivamente, y viendo por las relaciones de Tolstoy que podrian realizarse algun dia, manifestó mucha incomodidad á monsieur de Caulaincourt. Le recibió con grandes miramientos, le dió muestras de estimacion de que veia que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquel embajador estaba codicioso, y pasando luego á tratar de lo que concernia á los intereses rusos, le espuso sus sentidas y amargas quejas. Jamás habia entendido, decia, que la suerte de la Silesia estuviese enlazada con la de la Moldavia y la Valaquia. Habia estipulado y obtenido de la amistad del emperador Napoleon la restitucion de una parte de los Estados prusianos, restitucion necesaria é indispensable para el honor de la Rusia. Se hubiera contentado con aquella restitucion, y retirádose al centro de su imperio, satisfecho de haber ahorrado á sus desgraciados aliados algunas de las consecuencias de la guerra, si el emperador Napoleon, deseoso de hacerle adoptar su sistema, no le hubiese hecho entrever engrandecimientos, bien al Norte, bien al Mediodia del imperio, y no hubiese sido el primero en hablarle de la Moldavia y de la Valaquia. Impulsado á seguir aquel camino, habia hecho cuanto Napoleon apetecia; habia declarado la guerra á la Inglaterra contra los intereses del comercio ruso; se habia decidido á emprenderla con la Suecia á pesar del parentesco; y cuando él y todo el mundo en el imperio, esperaba recibir el premio de tan sincera adhesion á una política estrangera, llegaba de repente de Paris la noticia de que era preciso renunciar á las esperanzas mas legítimas. El czar no podia volver en sí de su sorpresa, ni consolarse de su pesar. Querer enlazar la suerte de la Silesia á la de la Moldavia y la Valaquia, retener la una á los prusianos para dar las otras dos á los rusos, era constituirle por honor en el deber de renunciarlo todo. No podia pagar con los despojos de un amigo desgraciado al que se le acusaba de haber abandonado, demasiado las adquisiciones que se le permitian hacer en el Danubio.—*Esos desgraciados prusianos*, dijo Alejandro á Mr. de Caulaincourt, *no tienen que comer*. Libradme de sus importunidades, y nada perturbará ya mis relaciones con la Francia. Ademas, ¿qué haria Napoleon con la Silesia? ¿La guardaria para sí? Entonces llegaria á ser mi vecino, y los vecinos, segun él mismo me ha declarado, no son siempre buenos amigos. ¿De qué le serviria una provincia tan distante de su imperio? Que tome en derredor suyo, y cerca de él, cuanto quisiere, lo encuentro natural y bien entendido. Ha tomado la Etruria; se dice que va á tomar los Estados romanos, y medita yo no sé qué con respecto á España; sea en buen hora. Que haga en el Mediodia lo que le convenga, pero que nos deje hacer en el Norte lo que nos parezca mas útil, y que no se acerque tanto á nuestras fronteras. ¿Si no quiere la Silesia para sí, la podria dar á quien quisiese? Seguramente que no, y si la devuelve á los prusianos, que es la mas sencilla de las soluciones, no me debe rehusar lo que me ha prometido. De este modo, no solo defraudaria mis esperanzas, sino las de la nacion rusa, que calcularia que la Finlandia no vale lo que va á costarla la guerra con la Inglaterra y la Suecia, y diria que habia sido el juguete del grande hombre, con quien me he abocado en Tilsit; que no puede encontrársele sin riesgo, ni en el campo de batalla, ni en una negociacion; y que sin continuar una guerra impolítica y peligrosa, hubiera valido mas separarse en paz, pero con la indiferencia y frialdad que justifican las distancias.

Tal habia sido, y era diariamente el lenguage

que Alejandro usaba con Mr. de Caulaincourt. No añadia que si se le habian dejado esperar las provincias del Danubio, habia sido sin prometérselas, y que si la nacion rusa, engañada por narraciones de córte, habia hecho de una simple esperanza, un empeño formal, la culpa la tenia él por su indiscrecion y debilidad, pues que no habia sabido dominar á los que le rodeaban sino prometiendo lo que no podia cumplir. Alejandro no añadia esto, pero era evidente que sino se acudia en su auxilio, concediéndole lo que imprudentemente habia dejado esperar á la nacion, se le ofenderia cruelmente, y al ministro Romanzoff tambien, y que si el brusco cambio de política, efectuado en Tilsit, estaba aun demasiado reciente para arrojarse a emprender otro tan violento, no por eso seria menos profunda la herida, que estaria siempre abierta, y que bien pronto podrian seguirse nuevas guerras.

Mr. de Caulaincourt, aseguró con su imponente honradez la buena fé de Napoleon, afirmó que todo se aclararia, achacó á mala inteligencia, y á la suspicaz susceptibilidad de Tolstoy, las desagradables noticias que habian llegado de Paris, y de este modo logró restituir algun tanto la calma al agitado espíritu de Alejandro. Este concluyó por atribuir al mismo Tolstoy, á su poca destreza y malas disposiciones, el giro poco favorable que iban tomando las amistosas relaciones de ambos paises, y declaró á Mr. de Caulaincourt, que si Tolstoy se ocupaba, como en otro tiempo Markoff, en indisponer las dos córtes, haria un egemplar ruidoso con los que se dedicasen á contrariarle, en vez de servirle. El emperador Alejandro pareció

haber agradecido mucho los magníficos regalos de la porcelana de Sevres, enviada á San Petersburgo, la cesion de los cincuenta mil fusiles, y la admision de algunos jóvenes rusos en la marina francesa. Pero nada movia á aquel corazon poseido de una sola pasion, sino el objeto de ella misma. Las provincias del Danubio ó nada, he aqui lo que animaba su rostro, y regocijaba su alma llena de ambicion, y que anhelaba la nombradia.

Mr. de Caulaincourt, para saber si la nacion participaba de los sentimientos de su soberano, envió á Moscou á uno de los empleados de la embajada, para que se informase de lo que alli se decia. Aquel empleado se introdujo en los círculos de la antigua aristocracia rusa, en donde el lenguage era mas franco y verdadero que en San Petersburgo, y oyó repetir que el jóven czar habia pasado con demasiada precipitacion desde el ódio á la amistad, adoptando en Tilsit la política de la Francia; que habia comprometido con suma ligereza los intereses del comercio ruso, declarando la guerra á la Gran Bretaña, que la Finlandia era poca compensacion para tan grandes sacrificios; que para pagarlos convenientemente se necesitaba por lo menos la Moldavia y la Valaquia; pero que jamás se obtendrian de Napoleon aquellas hermosas provincias, y que su jóven emperador no sacaria sino una inconsecuencia y un disgusto mas.

Mr. de Caulaincourt se apresuró á trasmitir aquellas diversas noticias á Napoleon, y le manifestó, que sin duda alguna la córte de Rusia, aunque vivamente irritada, no haria la guerra, pero que no se podria ya contar con ella, sino se la

concedia lo que con razon ó infundadamente se habia lisonjeado de obtener.

El general Savary que habia regresado de San Petersburgo, corroboró las aserciones de Mr. de Caulaincourt, las apoyó con una multitud de pormenores que él mismo habia recogido, y confirmó á Napoleon en la idea de que de él dependia grangearse la adhesion sincera del emperador Alejandro, y encadenarle á sus proyectos, cualesquiera que fuesen, mediante una concesion en Oriente. Decidido desde mediados de febrero á concluir con los Borbones de España, Napoleon ya no titubeó, y tomó el partido de pagar con las orillas del Danubio la nueva potencia que se creia próximo á adquirir en las márgenes del Ebro y del Tajo.

Este era el mejor partido que podia adoptar; porque aun cuando fuese muy repugnante el conducir á los rusos como de la mano á Constantinopla, ó por lo menos acercarlos á aquel objeto de su constante ambicion, era no obstante necesario mostrarse consecuente, y sufrir la condicion de lo que iba á emprender. Era indispensable conceder una ó dos provincias en las orillas del Danubio, para adquirir el derecho de destronar en España una de las dinastías mas antiguas de la Europa, y renovar al otro lado de los Pirineos la política de Luis XIV. Si se hubiese limitado á dar á los rusos la Moldavia y la Valaquia sin la Bulgaria, es decir, conducirlos hasta las orillas del Danubio, teniendo cuidado de detenerlos en ellas, y si al mismo tiempo se hubiese dejado á los austriacos la Bosnia, la Servia, y la Bulgaria, para oponerlos á los rusos, situándolos en el camino de Constantinopla, el mal hubiera sido mucho menor. La Albania y la Morea podian ser para la Francia una buena compensacion, y no se habria comprado á tan subido precio la concesion que era necesario hacer para asegurar la alianza rusa. El lenguage cotidiano de el emperador Alejandro y de Romanzoff, no dejaba duda alguna de su conformidad con aquellas condiciones. No habia, pues, alternativa, era imprescindible el pagar la alianza rusa, puesto que se habia hecho una necesidad, pero no llevar mas adelante la desmembracion de la antigua Europa, y no contribuir mas al poderio del jóven coloso que habia salido de entre los hielos del Polo, y que de un siglo á aquella parte se iba engrandeciendo de una manera alarmante.

Sin embargo, Napoleon, bien por que quisiese ocupar la imaginacion de Alejandro, ó porque reducido á la triste necesidad de hacer un sacrificio procurase envolverle en una complicacion inmensa, ó finalmente porque pensase sacar de las circunstancias, ademas de la caida de la dinastía de los Borbones, la completa adquisicion de las costas del Mediterráneo, no creyó deber limitarse á la simple cesion de la Moldavia y la Valaquia que todo lo hubiera arreglado, y consintió en que se ventilase la inmensa cuestion de la completa particion del imperio otomano. Los turcos, escitados entonces en secreto por el Austria y públicamente por la Inglaterra, que les decian que la Francia iba á sacrificarlos á la ambicion rusa, se conducian del modo mas odioso con los franceses, derribaban la cabeza de sus partidarios, y no atrevién-se á hacer otro tanto con ellos se portaban como bárbaros furiosos sedientos de sangre y de rapiña. Exasperado Napoleon contra ellos, se decidió

por fin á escribir al emperador Alejandro una carta en que le anunciaba su intencion de ocuparse en la cuestion de Oriente, tratarla bajo todos sus aspectos, y resolverla definitivamente; le manifestaba tambien su deseo de admitir al Austria en la particion, y establecia como condicion esencial de ella, bien fuese parcial ó total, y mas ó menos ventajosa para unos ó para otros, una espedicion gigantesca á la India, atravesando el continente de Asia, ejecutada por un ejército francés, austriaco y ruso. Mr. de Caulaincourt, puso en manos del emperador Alejandro la carta de Napoleon. El czar estaba advertido ya por un pliego de Tolstoy, de la mudanza favorable que se habia efectuado en París, y recibió al embajador de Francia con las mayores muestras de alegría y satisfaccion, é inmediatamente y á su presencia se puso á leer la carta. Durante la lectura, era tan fuerte la emocion que esperimentaba que no podia contenerse, y á cada instante esclamaba:—¡Es un grande hombre..! ¡Es un grande hombre...! ¡Ya ha vuelto á las ideas de Tilsit!... Decidle, repetia con frecuencia á Mr. de Caulaincourt, que mi adhesion hácia él durará tanto como mi vida; que mi imperio y mis ejércitos todo se halla á su disposicion. Cuando yo le pido que conceda alguna cosa que satisfaga el orgullo de la nacion rusa, no me guia la ambicion, lo hago para darle esta nacion entera, tan decidida por sus grandes proyectos como lo estoy yo mismo. Vuestro amo, añadia, quiere interesar al Austria en la desmembracion del imperio turco, y tiene mucha razon. Es una idea feliz, y me asocio con gusto á ella. Quiere una espedicion á la India y tambien lo consiento; ya le

he dado á conocer las dificultades en nuestras largas conferencias de Tilsit. Está habituado á despreciar los obstáculos y no tenerlos en cuenta: sin embargo, el clima y las distancias los ofrecen en esta empresa tan grandes, que esceden á lo que puede imaginar. Pero que se tranquilice, que mis preparativos corresponderán á las dificultades. Ahora es preciso que nos pongamos de acuerdo sobre la distribucion de los territorios que vamos á arrancar á la barbárie turca. Tratad este asunto á fondo y detenidamente con Romanzoff. Sin embargo, no debo ocultaros, que todo esto no podrá resolverse útil y definitivamente sino en una entrevista de nosotros dos. Es preciso comenzar examinando el asunto bajo todas sus formas. Cuando nuestras ideas vayan adquiriendo alguna madurez, dejaré á San Petersburgo é iré á donde guste vuestro emperador. Bien desearía llegar hasta París, pero no me es posible: ademas necesitamos un punto de reunion para negocios, y no para esplendor y placer. Pudiéramos elegir á Weimar en donde estaríamos en el seno de mi misma familia. Con todo, aun allí nos importunarian muchos cuidados: en Erfurt estaríamos mas libres y aislados. Proponed este sitio á vuestro soberano, y en cuanto llegue su respuesta emprenderé mi marcha con toda celeridad.—Diciendo esto, y otras muchas cosas inútiles de referir, el emperador poseido de una alegría que no era dueño de contener, reconoció que Mr. de Caulaincourt tenia razon cuando algun tiempo antes procuraba asegurarle acerca de las intenciones de Napoleon, é imputaba á mala inteligencia aquel desacuerdo momentáneo. Repitió que Mr. de Tolstoy era la causa de semejan-

te ocurrencia, que aquel embajador era torpe, arrebatado, y aun tal vez poco afecto á la nueva política del gabinete ruso; que queria relevarle y enviar otro que fuese completamente del agrado de Napoleon, pero que no sabia en donde encontrarle; que por todas partes no veia mas que hombres obstinados, pero que sin embargo, los someteria aunque tuviese que desplegar la mayor severidad para hacerlos marchar por el gran sistema de Tilsit.

Mr. de Caulaincourt no encontró al anciano Romanzoff ni menos vivo, ni menos espresivo y contento que el emperador.—Ya hemos vuelto por fin á las grandes ideas de Tilsit, repitió á Mr. de Caulaincourt. Las comprendemos y las adoptamos; son dignas del grande hombre que honra á su siglo y á la humanidad.—Despues de increibles testimonios de satisfaccion y de adhesion á la Francia, Romanzoff manifestó, por fin, deseos de entrar en la difícil cuestion de la division. Entonces principiaron los embarazos, y aun preciso es decirlo, la confusion. Poner osadamente la mano sobre las vastas regiones que tanta importancia tienen en el equilibrio del mundo, y que no solo pertenecen á sus estúpidos poseedores, que las tienen sumidas en la barbárie y la esterilidad, sino mucho mas á la misma Europa tan poderosamente interesada en su independencia; poner la mano sobre aquellas regiones, y aun el pensarlo, embarazaba al ministro ruso, que las devoraba con el deseo, y al ministro francés que las entregaba por necesidad al monstruo de la ambicion moscovita. Aunque uno y otro se hallaban provistos de las correspondientes instrucciones, y sabian muy bien

lo que habian de pensar y decir sobre el asunto que los reunia, nadie queria, sin embargo, ser el primero en el uso de la palabra. El que tenia mas deseos debia romper el silencio, y lo hizo en efecto. En aquella conferencia y en otras muchas habló con entera libertad y con una audacia y ambicion inauditas.

Dos eran los planes que se presentaban: primero una division parcial, que dejaria á los turcos la parte de su territorio europeo que se estendia desde los Balkanes al Bósforo, y por consiguiente los dos estrechos, la ciudad de Constantinopla y todas sus provincias de Asia; y segundo una particion completa que no dejase á los turcos ningun territorio en Europa, y les quitase en Asia todas las provincias que baña el Mediterráneo.

El primer plan era en el que parecia se habian ocupado los dos emperadores en Tilsit, y presentaba pocas dificultades. La Francia debia recibir las provincias marítimas, la Albania que sigue á la Dalmacia, la Morea y Candía. La Rusia debia adquirir la Moldavia y la Valaquia que forman la orilla izquierda del Danubio, la Bulgaria que forma la derecha, y detenerse de este modo en los Balkanes. El Austria, para consolarse del establecimiento de los rusos en las bocas del Danubio, debia obtener en propiedad la Bosnia, y la Servia en heredamiento ó patrimonio, en cabeza de un archiduque. En este sistema los turcos conservaban la parte esencial de sus provincias de Europa, que la geografía y la naturaleza de las poblaciones les han asegurado hasta ahora, es decir, el Sud de los Balkanes, los dos estrechos, Constantinopla y todo el imperio de Asia. No se les quitaba mas

que las provincias que ya no podian gobernar, la Moldavia y la Valaquia, á las que habia sido necesario conceder una especie de independencia; la Servia que procuraba entonces sacudir el yugo por medio de las armas; el Epiro que pertenecia á Alí, bajá de Janina, mas bien que á la Puerta; y en, fin la Grecia, que ya se manifestaba dispuesta á despreciar el alfange de sus antiguos conquistadores y recobrar su libertad. La distribucion de estas provincias estaba en un todo arreglada á su posicion geográfica. Es verdad que la Francia ganaba un escelente territorio marítimo; mas sin embargo, ademas del inconveniente de aproximar ella misma los rusos á Constantinopla, habia otro no menos grave, que era el de dar á la Rusia y al Austria provincias que debia retener por su misma contiguidad, y tomar para sí otras que no podria dominar sino en la hipótesis de una grandeza imposible de sostener largo tiempo. Aunque hubiese guardado la parte mas esencial de aquella grandeza, el Rhin, los Alpes, y aun el lado opuesto de estos, es decir, el Piamonte, la Grecia estaba demasiado distante para que pudiéramos conservarla. Todo esto no era, pues, en realidad mas que una triste concesion por la parte del Oriente, para conseguir en el Occidente el triunfo de miras grandes sin duda, pero inoportunas, escesivas, y que debian añadir nuevas cargas á las que ya abrumaban al imperio.

El segundo plan era una especie de trastorno del mundo civilizado. El imperio turco debia desaparecer completamente de Europa ó de Asia. Con arreglo á él, los rusos pasarian los Balkanes y ocuparian su vertiente meridional, es decir la antigua Tracia hasta los estrechos; obtendrian á Constantinopla, objeto de sus mas ardientes deseos, y una parte de la costa del Asia, para asegurar en sus manos la posesion de aquellos estrechos. El Austria, tambien mejor dotada y empleada en separar á la Rusia de la Francia, obtenia ademas de la propiedad de la Bosnia y de la Servia, la misma Macedonia hasta el mar, escepto Salónica. La Francia, conservando lo que antiguamente la habia ya tocado, la Albania, la Tesalia hasta Salónica, la Morea y Candia, poseeria ademas todas las islas del Archipiélago, Chipre, la Siria y el Egipto. Arrojados los turcos á lo interior del Asia Menor, y á las orillas del Eufrates, quedarian en libertad de continuar allí el culto del Coran, que les hacia perder su imperio de Europa, y las tres cuartas partes del de Asia.

En esta quimérica distribucion del mundo, destinada quiza á ser algun dia una realidad, menos lo que entonces se reservaba á la Francia, habia un punto sobre que no era posible ponerse de acuerdo, y sobre el cual se disputaba con tanto acaloramiento como si aquellos proyectos fuesen á ejecutarse inmediatamente. Constantinopla era muy interesante para el orgullo y ambicion de los rusos, y las naciones son tan vehementes en sus pasiones las unas como las otras. Los rusos querian la ciudad de Constantinopla como símbolo del imperio de Oriente: querian ademas el Bósforo y los Dardanelos como llaves de los mares. Mr. de Caulaincourt, participaba de los sentimientos de Napoleon que se exasperaba y estremecia cuando se le pedia que cediese Constantinopla á los dominadores del Norte, se oponia á ello terminan-

temente, y proponia hacer de Constantinopla y de los dos estrechos, una especie de estado neutral, una ciudad anseática como Hamburgo ó Brema. Cuando el ministro ruso insistia en pedir á Constantinopla, Mr. Caulaincourt cedia, prévia la voluntad de su amo, pero exigia los Dardanelos para la Francia á título de camino para ir á Siria y Egipto, lo cual hubiera hecho recorrer á los batallones franceses el itinerario de los antiguos cruzados. Poseyendo los rusos á Santa Sofia, no querian abandonar á los franceses el estrecho de los Dardanelos, que les incomodaba mucho ver en poder de los turcos, aun cuando fuesen muy débiles. A semejante precio rehusaban hasta á Constantinopla y decian, y era verdad, que preferian la primera division parcial, que dejaba á los turcos el Sud de los Balkanes y Constantinopla. Satisfechos en este último caso de poseer las vastas llanuras del Danubio hasta los Balkanes, consentian en aplazar el resto de su conquista, y preferian ver las llaves del mar Negro en manos de los turcos que ponerlas en las de los franceses.

Complacianse en discutir sobre este grave asunto, no podian entenderse, y la interminable cuestion que se suscitaba, atrevida y loca anticipacion de los siglos, revelaba el verdadero interés de la Europa contra la Rusia, en el negocio de Constantinopla. El imperio francés, que en aquellos momentos habia llegado á ser tan grande como la misma Europa, tenia un interés, por decirlo asi, general, y no queria entregar el estrecho, desde donde los rusos amenazarán un dia la independencia del continente europeo. Era bastante entregarles la Finlaudia y facilitarles el medio de dar un

paso hacia el Sund, otro estrecho desde el que no se presentarán menos amenazadores en el porvenir. Efectivamente, cuando el coloso ruso ponga un pie en los Dardanelos y otro en el Sund, el antiguo mundo será esclavo, y la libertad huirá á América: estos tristes vaticinios que ahora son una quimera para los talentos limitados se realizarán cruelmente algun dia, porque la Europa dividida desgraciadamente como las ciudades de la Grecia á presencia de los reyes de Macedonia, sufrirá probablemente la misma suerte.

Despues de discutir largo tiempo, el ministro ruso y el embajador francés, no habian hecho mas que madurar sus ideas como ellos decian. Solo la entrevista de los dos soberanos podia poner término á tan gigantescas dicusiones. Se convino, pues, en que se remitiria á Napoleon una esposicion de ambos planes, suplicándole manifestase su opinion, y celebrase una conferencia con el emperador Alejandro para conciliar los intereses recíprocos y vencer todas las dificultades. Para esta entrevista debia elegirse un punto inmediato á Francia, como por egemplo Erfurt. Empero aun el escribir estas cosas, era muy costoso á los que se habian atrevido á decirlas. Mr. de Caulaincourt, advertido por su buen juicio de lo que tenian de quimérico y peligroso, prefirió el dejar á Romanzoff el cuidado de consignarlas por escrito. Este aceptó el encargo, y presentó una nota escrita toda de su mano, que Mr. de Caulaincourt debia dirigir inmediatamente á Napoleon. Sin embargo, si se atrevió á escribirla, no tuvo valor para firmarla. Se la entregó sin firmar, y para que recibiese plena autenticidad, el emperador Alejandro declaró

de viva voz á Mr. de Caulaincourt, que aprobaba aquella nota; y que aunque sin firma, debia recibirse como la espresion auténtica del gabinete ruso (1).

(1) Nos ha parecido que debiamos copiar este documento, como un monumento, quizá el mas curioso, de aquella época estraordinaria, el cual se encuentra en la actualidad en el archivo del Louvre. Hemos tenido á la vista el original que se remitió á Napoleon, firmado por Romanzoff, y podemos responder de su rigurosa exactitud. He aquí su contexto:

«Pues que S. M. el emperador de los franceses y rey de Italia, etc., cree que para conseguir la paz general y afirmar la tranquilidad de la Europa, es necesario debilitar el imperio otomano por la desmembracion de sus provincias, el emperador Alejandro, fiel á sus compromisos y á su amistad, está pronto á coadyuvar á ello.

«El primer pensamiento que debió concebir el emperador de todas las Rusias, que se complace en recordar la conferencia de Tilsit, fué el de que cuando se le hizo aquella propuesta, el emperador su aliado querria llevar inmediatamente á efecto lo que ambos habian convenido en el tratado de alianza con respecto á los turcos, que contenia ademas la proposicion de una espedicion á la India.

«En Tilsit se convino en que los otomanos debian ser arrojados al Asia, no conservando en Europa mas que á Constantinopla y la Romelia. En su consecuencia, el emperador de los franceses adquiriria la Albania, la Morea y la isla de Candia.

«Desde entonces quedaron adjudicadas la Valaquia y la Moldavia á la Rusia, dando por límite á este imperio el Danubio, lo cual comprende la Besarabia, que en efecto forma los confines de aquellas provincias hasta las orillas del mar, y que comunmente se considera como parte integrante de la Moldavia; si á esta parte se añade la

Sin embargo, no era suficiente discutir, eventualmente los proyectos de particion del imperio turco. Napoleon creia que era necesario algo mas positivo para satisfacer á los rusos, algo que im-

Bulgaria, el emperador se halla pronto á concurrir á la espedicion de la India, de que no se trató entonces, siempre que esta espedicion se efectue como acaba de trazarla el mismo emperador Napoleon, atravesando el Asia Menor.

«El emperador Alejandro aplaude la idea de hacer intervenir en la espedicion de la India un cuerpo de tropas austriacas, y pues que el emperador su aliado parece que desea sea poco numeroso, opina que se compensaria suficientemente su cooperacion, si se adjudicase al Austria la Croacia turca y la Bosnia, á menos que el emperador de los franceses no encuentre mas conveniente retener una parte de ellas. Ademas de esto, puede ofrecerse al Austria un interés menos directo, pero muy considerable, arreglando del modo siguiente la Servia, que es sin contradiccion una de las provincias mas hermosas del imperio otomano.

«Los servios son un pueblo belicoso, y esta cualidad, que infunde siempre aprecio, debe inspirar el deseo de fijar sus destinos de una manera estable.

«Los servios, animados del sentimiento de una justa venganza contra los turcos, han sacudido con intrepidez el yugo de sus opresores, y segun se dice, se hallan resueltos á no sufrirle ya jamás. Parece, pues, necesario para consolidar la paz, el pensar en hacerlos independientes de los turcos.

«La paz de Tilsit no decidió nada con respecto á ellos, pero su propio deseo espresado vivamente y mas de una vez, los ha inducido á suplicar al emperador Alejandro que los admita en el número de sus súbditos; semejante adhesion á su persona le hace desear el verlos felices y contentos, sin que trate de estender sobre ellos su do-

poniéndole un sacrificio menor, los moviese profundamente cuando de las palabras se pasase á los hechos, esto es, la conquista de la Finlandia. Habia prevenido á Mr. de Caulaincourt que instase

minacion: su magestad no busca adquisiciones que puedan comprometer la paz, y hace con gusto este sacrificio y cuantos fueren necesarios para que se consolide prontamente. Por consiguiente, propone que se erija la Servia en reino independiente, y que se dé esta corona á uno de los archiduques, que no sea gefe de ninguna rama soberana, y que se halle bastante distante de la sucesion del trono de Austria: en este caso se estipularia que jamás podria ser incorporado aquel reino á la masa de los estados de la casa austriaca.

«Como la desmembracion que se supone de las provincias turcas, en la forma referida, se halla basada en las promesas que se hicieron en Tilsit, parece que no debe ofrecer ninguna dificultad á las personas que los dos emperadores han encargado que discutan entre sí los medios con que pueden conseguirse los fines que se proponen sus magestades imperiales.

«El emperador de Rusia esta pronto á tomar parte en un tratado entre los tres emperadores, que fije las condiciones ya referidas; mas por otra parte, considerando que la carta que acaba de recibir del emperador de los franceses, parece que indica la resolucion de una desmembracion mucho mas vasta del imperio otomano que la proyectada entre ambos en Tilsit, este monarca, queriendo ir aun mas lejos en lo que puede convenir á las tres córtes imperiales, y sobre todo, para dar al emperador, su aliado, todas las pruebas de amistad y deferencia que de él dependen, ha anunciado que concurriria gustoso á ella, aun sin necesidad de debilitar mas al imperio otomano.

«Ha fijado como principio de su interés en esta particion en mayor escala, que la parte que se aumente á

vivamente para que se llevase á efecto la espedicion contra la Suecia, por la razon que acabamos de decir, y por que deseaba tambien comprometer irrevocablemente á la Rusia en su sistema. Una

su adquisicion sea moderada en estension, y que consiente en que la parte correspondiente á su aliado, sea proporcionalmente mucho mayor. Su magestad ha añadido á este principio de moderacion otro de sabiduria, que consiste en que por este nuevo plan de particion no se encuentre menos ventajosamente situada para sus relaciones comerciales y de límites.

«Partiendo de estos dos principios, el emperador Alejandro no solo veria sin disgusto, sino aun con placer, que el emperador Napoleon adquiera y reuna á sus estados, ademas de lo que queda mencionado, todas las islas del Archipiélago, Chipre, Rodas, y aun lo que reste de las escalas de Levante, la Siria y el Egipto.

«En el caso de una particion mas vasta, el emperador Alejandro modificaria su anterior opinion sobre la suerte de la Servia; preferiria, deseando dar una participacion honrosa y mas provechosa á la casa de Austria, que la Servia fuese incorporada á la masa de los estados austriacos, y que se les agregase la Macedonia, á escepcion de la parte que la Francia quisiese tomar para fortificar su frontera de Albania, de modo que la Francia pueda obtener á Salónica: la línea de la frontera austriaca podria tirarse desde Scopia á Orfano, y estenderia hasta el mar los dominios de la casa de Austria.

«La Croacia pudiera pertenecer á la Francia ó al Austria, á voluntad del emperador Napoleon.

«El emperador Alejandro no disimula á su aliado, que encontrando una particular satisfaccion en todo cuanto se dijo en Tilsit, coloca, siguiendo el consejo de su amigo el emperador, estas posesiones de la casa de Austria entre las suyas, para evitar el punto de contacto, siempre tan propio para resfriar la amistad.

vez empeñada la lucha con los suecos, no podia dejar de hacerse estensiva á los ingleses, y de llegar de una simple declaracion de guerra, á hostilidades reales y verdaderas. Pero, cosa singular, los

«La Rusia desearia que en esta nueva y vasta particion se añadiese á lo que se la hubiese ya adjudicado en el proyecto precedente, la posesion de la ciudad de Constantinopla con el radio de algunas leguas en Asia, y en Europa una parte de la Romelia, de modo, que la frontera de la Rusia, por el lado de las nuevas posesiones del Austria, partiese de la Bulgaria y siguiese la frontera de la Servia hasta un poco mas allá de Solismick, y de la cadena de montañas que se dirige desde Solismick hasta Trayanopol inclusive, y desde el rio Moriza hasta el mar.

«En la conferencia habida sobre este segundo plan de particion, no resultó conformidad de opiniones, porque una de las dos personas suponia, que si los rusos poseian á Constantinopla, la Francia debia poseer los Dardanelos, ó por lo menos apropiarse el de la parte de Asia, esta proposicion fué combatida, porque habia una gran desproporcion en las partes de esta nueva division, y porque la ocupacian del fuerte situado en la costa de Asia, destruia completamente el principio del emperador de Rusia de no quedar en peor situacion de la que en el dia se encuentra con respecto á sus relaciones geográficas y comerciales.

«El emperador Alejandro guiado por el sentimiento de estremada amistad que profesa al emperador Napoleon, ha declarado, para hacer desaparecer la dificultad:

1.° Que accederia á un camino militar para la Francia, que atravesando las nuevas posesiones del Austria y de la Rusia, le abriese un camino continental hácia las escalas y la Siria.

«2.° Que si el emperador Napoleon deseaba poseer á Esmirna ó cualquier otro punto en la costa de la Natolia, desde la parte de la costa que se halla al frente de Mitilene, hasta la que se halla situada al frente de Ro-

rusos emprendian con repugnancia la conquista de la Finlandia, la mas útil sin embargo de cuantas

das, y enviase tropas para su conquista, el emperador Alejandro está pronto á auxiliarle en esta empresa, uniendo al efecto un cuerpo de sus tropas á las francesas.

«3.° Que si habiendo pasado á la dominacion francesa Esmirna ó cualquier otro punto de la Natolia, era despues atacado por los turcos ó por los ingleses, S. M. el emperador de Rusia acudirá en auxilio de su aliado cuantas veces fuese necesario.

«4.° Su magestad cree, que el Austria podria bajo el mismo pie, auxiliar á la Francia en la toma de posesion de Salónica, y acudir al socorro de aquella escala cuantas veces fuese requerida.

«5.° El emperador de Rusia declara que no desea adquirir la orilla meridional del mar Negro situada en Asia, aun cuando en la discusion se habia manifestado que tal vez podria convenirle.

«6.° El emperador de Rusia declara, que sea cual fuere el éxito de sus tropas en la India, no trata de poseer nada en ella, y consiente con gusto en que la Francia haga todas las adquisiciones territoriales que juzgue convenientes, y que es dueña de ceder una parte de sus conquistas á sus aliados.

«Si ambos emperadores convienen entre sí en adoptar uno de los dos proyectos de particion, S. M. el emperador Alejandro tendrá un gran placer en acudir á la entrevista personal que le ha sido propuesta y que tal vez pudiera verificarse en Erfurt. Opina que seria muy conveniente fijar de antemano con exactitud las bases de las obligaciones y garantías que allí deben establecerse para que los dos aliados no tengan que añadir á la estremada satisfaccion de verse, mas que la de firmar sin dilacion el destino de aquella parte del globo, y compeler por este medio, como se proponen, á la Inglaterra á anhelar la paz, que en el dia desprecia con tan dañada intencion como jactancia.»

meditaban, y les parecia que era bastante la autorizacion, sin apresurarse á llevarla á efecto. Con gran sentimiento retiraban una parte de sus fuerzas, ya del Oriente, ya de las provincias de Polonia, muy agitadas en aquellos momentos. Sin embargo, escitados continuamente por Mr. de Caulaincourt, invadieron por último la Finlandia en todo el mes de febrero, en la época misma en que se discutia el plan de particion que hemos referido.

A pesar de todos sus esfuerzos el emperador Alejandro no habia podido reunir en la frontera de Finlandia mas que veinte y cinco mil hombres, cuyo mando confió al general Buphoewden, el mismo que habia revelado su impericia en Austerlitz, y que la reveló mucho mas en la guerra contra Suecia, dándole escelentes tropas y buenos oficiales, entre ellos al heróico é infatigable Bagration, que terminada apenas una guerra queria comenzar otra. Napoleon habia querido apresurar la campaña durante los hielos, á fin de que pudiesen las tropas atravesar sin trabajo las aguas que cubren la Finlandia, pais sembrado de lagos, de bosques y de rocas graníticas que han caido sobre aquella tierra como aerolitos. Un valiente oficial sueco, el general Klingsporr, defendia la comarca con quince mil hombres de tropas regulares, y cuatro ó cinco mil de milicias. Si el gobierno sueco hubiese hecho caso de los avisos que habia recibido, tomado precauciones, y dirigido todas sus fuerzas sobre aquel punto, en vez de amenazar á los daneses con tentativas ridículas, hubiera podido disputar con ventaja aquella preciosa provincia. Pero habia dejado en ella muy corto número de tropas, y poco preparadas para una resistencia tenaz.

Los rusos por su parte atacaron con un plan muy mal concebido, que daba á conocer la profunda incapacidad de su general en gefe. La Finlandia desde Viborg á Abo, y desde este último punto á Uleaborg, forma un triángulo, dos de cuyos lados están bañados por los golfos de Finlandia y de Bothnia, al paso que el tercero tiene por límite á la frontera rusa. Se hallaba, pues, indicado por el buen juicio, que debia operarse por la parte del triángulo que se estiende á lo largo de la frontera rusa, es decir, por el Savolax, porque era la línea mas corta y menos defendida. Los suecos ocupaban en efecto los dos lados que forman el litoral de los golfos de Finlandia y de Bothnia; se hallaban esparcidos por los puertos, poblados en general por suecos, antiguos colonos de la Finlandia. Si en vez de recorrer para disputárselos los dos lados marítimos del triángulo, los rusos hubiesen seguido con un cuerpo de quince mil hombres la parte que confina con su frontera desde Viborg á Uleaborg, enviando únicamente á lo largo del litoral una columna de diez mil hombres para ocuparlo á medida que lo fuesen evacuando los suecos, y para bloquear las plazas, hubieran llegado antes que los suecos á Uleaborg, y se hubieran apoderado, no solo de la Finlandia, sino del general Klingsporr con su pequeño ejército encargado de la defensa del pais. No hicieron nada de esto; avanzaron por el litoral en tres columnas mandadas por los generales Gortchakoff, Toutchkoff y Bagration rechazando por delante á los suecos, que en diversos combates parciales, se defendian con el mismo vigor que eran atacados. La columna de la izquierda, que llegó á Sveaborg mientras que las

otras dos marchaban sobre Tavastehus, emprendió el bloqueo de aquella gran fortaleza marítima, que consistia en muchas islas fortificadas, y defendia el antiguo almirante Cronstedt con siete mil hombres. Las columnas del centro y de la derecha, avanzaron desde Tavastehus hasta Abo, despues de recorrer la parte del triángulo finlandés que confina con el golfo de Finlandia. El general Bagration quedó en Abo, y el general Toutchkoff se dirigió en seguida á la orilla del golfo de Bothnia, subiendo en direccion del Norte hasta Uleaborg. Sobre la línea esencial, que era la de Viborg á Uleaborg, se dirigió una pequeña columna. Asi es que los rusos no hicieron mas que seguir al enemigo que emprendia su retirada, causarle algunos prisioneros, y preparar por sí mismos la concentracion de los suecos, que arrojándose en masa sobre la verdadera línea de operaciones desde Uleaborg, á Viborg, por el Savolax, hubieran podido hacerles espiar tan defectuoso plan de campaña. Hubo no obstante algunas acciones muy reñidas y brillantes, que probaban el valor de las tropas de ambas naciones, la esperiencia que habian adquirido los oficiales rusos en sus guerras con la Francia, y la ignorancia de su estado mayor en todo lo concerniente á la direccion general de las operaciones. En semejante teatro de la guerra, no hubieran ciertamente obrado asi los generales franceses formados en la escuela de Napoleon. Los rusos, que habian invadido, pero no conquistado el pais, emprendieron el sitio de las plazas del litoral, entre ellas la de Sveaborg, que los hielos debian facilitar en gran manera.

Poco mas de un mes fué necesario para este

paseo militar que no era mas que el principio de la guerra de Finlandia, mes que el gabinete ruso empleó en la discusion de la particion del Oriente. Al saber la invasion de sus estados, el rey de Suecia, para vengarse en la apariencia de la sorpresa que habia efectuado su cuñado, se permitió un acto que no se usaba ni aun en Turquía: hizo prender al embajador de Rusia, Alopeus, en vez de limitarse á despedirle, lo cual produjo la mayor indignacion en el cuerpo diplomático residente en Estocolmo. Alejandro contestó con la dignidad conveniente á tan estraña conducta; dejó partir con las mayores atenciones á Steding, embajador de Suecia en San Petersburgo, anciano respetado de todo el mundo; pero se vengó de otro modo y con gran habilidad. Aprovechó la ocasion, y declaró que la Finlandia quedaba incorporada al imperio ruso. Esta conquista fué el único resultado de los grandes proyectos de Tilsit, pero ella sola basta para justificar la política que seguia en aquel momento el emperador Alejandro, y es una prueba de que la Rusia no puede conquistarse sino con la complicidad de la Francia.

A pesar de la indiferencia que los rusos habian afectado por la conquista de la Finlandia, este mismo hecho, que parecia ya consumado, aunque todavía quedaba mucha sangre que verter, causó una viva impresion en los ánimos de los habitantes de San Petersburgo. Hízose la observacion, de que no habiéndose esperimentado mas que derrotas en el servicio de la Inglaterra, al cabo de muy pocos meses de amistad con la Francia, se habia adquirido una provincia importante, mal cultivada y poco poblada, es cierto, en lo que se asemejaba bas-

tante al resto del imperio, pero admirablemente situada como frontera de mar y tierra, y se comenzó á esperar que la política de la alianza francesa podria ser tan fecunda como algunos se lo habian prometido. El emperador y su ministro manifestaban el mas vivo gozo. Sus censores ordinarios Czartoryski y Nowolsiltzoff, se mostraban menos desdeñosos, y su crítica no era tan amarga. La alta sociedad de San Petersburgo daba á conocer su contento á Mr. de Caulaincourt, con nuevas atenciones, dirigidas no solo á su persona que gozaba de la estimacion pública, sino tambien á su gobierno, del que principiaba á estar satisfecha.

El emperador y Romanzoff que acababan de saber la invasion de la Etruria y de Portugal, los movimientos de tropas hácia Roma y Madrid, y que no podian dudar que tenian un objeto muy sério, solo hablaron de ello con singular ligereza, sin aparentar la menor sensacion, como gentes que entregaban al débil para que se les permitiese tambien oprimirlo. Sin embargo, aunque esperimentaban una verdadera satisfaccion, insistieron mucho con Mr. de Caulaincourt, para obtener pronta respuesta á las diversas proposiciones de particion, y á la indicacion de una próxima entrevista para ponerse definitivamente de acuerdo. La primavera se acercaba, pues estaba concluyendo febrero, y era preciso, decian, para abrir la navegacion algun suceso ruidoso que hiciese olvidar todas las desgracias de aquel año. La apertura de la navegacion en los mares septentrionales es una época de regocijo; porque vuelve á aparecer la luz, vuelve el calor, y el comercio difunde sus tesoros. Los artículos del Norte se cambian por

los productos de la civilizada Europa ó por dinero. Pero este año el pabellon inglés, instrumento ordinario de aquellos cambios, no iba á dejarse ver, ó si se presentaba, debia ondear en los mástiles de los buques de guerra. La marina inglesa en vez de llevar tesoros, no debia enseñar mas que las bocas de sus cañones. A este espectáculo tan triste era necesario oponer una gran alegría nacional, inspirada por intereses de otro género, los intereses de la ambicion rusa.

Mr. de Caulaincourt que comunicaba exactamente á su amo los pensamientos de aquella ambiciosa córte, se lo habia referido todo á Napoleon con su veracidad acostumbrada. Mas al esponerle los deseos de la Rusia, le aseguraba que se hallaba plenamente satisfecha, y que durante algun tiempo podria alimentarse todavía su esperanza.

Napoleon, advertido sucesivamente de aquella situacion á fines de febrero y principios de marzo, habia previsto muy bien que su carta produciria en San Petersburgo fuertes emociones, proyectos quiméricos, y esperanzas mas ó menos exageradas, pero se habia persuadido de que en la inmediata invasion de la Finlandia, y en la discusion franca de la particion del imperio turco, encontraria con que alimentar ó entretener algunos meses la imaginacion de la nacion rusa y de su soberano, y que durante aquel intérvalo podria dar curso á sus proyectos sobre el Occidente. No es cierto, como tal vez puede creerse al ver lo que acabamos de referir, que engañase enteramente á la Rusia, y que no quisiese á ningun precio hacerla concesion alguna en Oriente. Sabia que abandonando la Moldavia y la Valaquia, y aun solo la Moldavia, con-

tentaria al czar y satisfaria su deuda para con la ambicion rusa, aunque se permitiese en el Occidente saciar la ambicion francesa. Tenia, pues, en todo evento aquel recurso para realizar las esperanzas que habia hecho concebir al emperador Alejandro. Pero si iba mas lejos y no titubeaba en ocupar de este modo la viva imaginacion de su nuevo aliado, era porque su misma imaginacion penetraba en el porvenir mas profundamente que la de sus contemporáneos. Los turcos desde la caida de Selim, parecia que habian llegado el término de su existencia: Napoleon juzgaba que era necesario concluir aquella ruina siempre amenazadora, y que impelido por su lucha marítima con los ingleses, se hallaba en el caso de apoderarse de todas las costas del Mediterráneo, y aprovecharse de la adhesion momentánea que inspiraria á la Rusia, para dirigir un ejército á la India por medio del continente ya dividido del Asia. Aunque parezcan quiméricos estos proyectos á los ojos de una generacion como la nuestra, reducida á proporciones muy medianas, no deben juzgarse bajo el punto de vista de lo presente. Es menester pensar que el hombre que concebia estas ilusiones podia á su antojo hacer y deshacer reyes, y decidir con solo una palabra de las grande monarquías de la Europa: y aunque á nuestro parecer se engañase, no debemos suponer que medimos exactamente la estension de su error, midiéndole por nuestras ideas actuales; porque si juzgásemos asi, nuestra pequeñez se engañaria tanto como se habia engañado su grandeza. Habiendo llegado á la cúspide del poder humano, y entregado á una fermentacion continua de ideas, creia que todas aquellas cuestiones

debian examinarse, y aun cuando temia la solucion tanto como la deseaba su aliado, no le engañaba poniéndolas á discusion, porque en la inmensidad de sus miras se hallaba algunas veces enteramente dispuesto á resolverlas.

Sea como quiera, impelido á la Finlandia el emperador Alejandro, y dándole á discutir la particion del imperio turco, Napoleon creyó que podia ya disponer de algunos meses, y se decidió por fin á poner en ejecucion el plan en que se habia fijado con respecto á España.

Ya hemos visto cual era este plan. Consistia en aumentar progresivamente el terror de la córte de Madrid, hasta disponerla á huir como habia hecho la casa de Braganza. Para ello se valió de la mayor astucia, y desplegó en esta circunstancia los inmensos recursos de su genio, las tropas se hallaban prontas. El general Dupont con veinte y cinco mil hombres se hallaba en el camino de Valladolid, y la division de Segovia tomaba la direccion de Madrid. El mariscal Moncey con treinta mil, estaba entre Burgos y Aranda, camino recto de la Capital. El general Duhesme con siete ú ocho mil hombres, casi todos italianos, marchaba sobre Barcelona. Cinco mil franceses procedentes del Piamonte y de la Provenza, iban marchando para unírsele. Una division de tres mil hombres, se dirigia por San Juan de Pie de Puerto sobre Pamplona. Otra, compuesta de los cuartos batallones de las cinco legiones de reserva iba á reforzar la primera. En Orleans se organizaba una reserva de infantería y otra de caballería en Poitiers. Todas estas fuerzas componian cerca de ochenta mil hombres, jóvenes aun no fogueados, pero muy

bien mandados, y animados del espíritu militar que en aquella época era peculiar de los ejércitos de la Francia.

Era necesario dar un gefe á todas aquellas fuerzas. Napoleon escogió uno muy indiscreto para tan importante mision política, pero le colocó en una situacion en que le era imposible toda indiscrecion. Este gefe era Murat, siempre descontento de no ser mas que gran duque, impaciente por ser rey fuese donde fuese, pues se habia encontrado en las guerras de Italia, Austria, Prusia, Polonia, y contribuido á elevar tronos en Nápoles, Florencia, Milan, La Haya, Cassel y Varsovia, sin ganar ninguno para sí, inconsolable especialmente por no haber obtenido el de Polonia, y codicioso de cualquier guerra que le ofreciese eventualidades de reinar. La Península, en donde en aquel momento vacaba el trono de Portugal, y en que se bamboleaba el de España, era el país de sus dorados sueños, como en otro tiempo Méjico ó el Perú para los aventureros españoles. Aunque naturalmente bueno y generoso, era tan vehemente, el deseo que tenia Murat de reinar, que no hubiera repugnado ningun medio por deshonroso que fuese, si hubiera creido que con él apresuraba la caida del desgraciado Cárlos IV; si algo habia que temer, era su estremado celo. Mas ilustrado y con mas talento de lo que generalmente se ha creido, como nos probarán las circunstancias que van á seguir, era susceptible de una reserva y discrecion cuando podia convenir á su ambicion Como ya hemos visto, para estar preparado á cualquier suceso, habia entablado relaciones particulares con don Manuel Godoy, relaciones que ambos habian

buscado con afan, porque cada cual creia que el otro le ayudaria á conseguir el objeto de sus deseos, aunque en realidad no hacian mas que engañarse mútuamente, porque ni Godoy se hallaba en estado de dar un rey á los españoles, ni Murat de inspirar un pensamiento á Napoleon. Era, pues, convidar á Murat á una fiesta el enviarle á España. Pero Napoleon que queria asustar á la casa reinante, combinando el movimiento de numerosas tropas con un silencio absoluto acerca de sus intenciones, se valió de su cuñado con arreglo al plan que habia adoptado. Habiale tenido á su lado en Italia y en Paris, sin decir ni una sola palabra de sus proyectos sobre España, aun en los momentos en que mas pensaba en ella. El 20 de febrero le vió y conversó con él, y sin hacerle la mas leve indicacion relativa á la mision que le destinaba, encargó al ministro de la Guerra, que le hiciese partir aquella misma noche para Bayona á encargarse del mando de las tropas que iban entrando en España. Murat debia estar en aquella ciudad el 26 y recibir allí instrucciones. Estas eran las siguientes: tomar el mando general de los cuerpos de la Gironda y del Océano, de la division de los Pirineos Orientales, de la de los Pirineos Occidentales, y de todas las tropas que penetrasen en España; trasladarse en los primeros dias de marzo á Burgos, en donde se reunirian los destacamentos de la guardia imperial; situar su cuartel general en el centro del cuerpo del mariscal Moncey, es decir, en el mismo Burgos; avanzar hácia Madrid por Aranda y Somosierra; dirigir el del general Dupont por Segovia y el Escorial, y encontrarse ya el 15 de marzo en posesion de los pasos del

Guadarrama; reunir seiscientas mil raciones de galleta en Bayona, de modo que las tropas tuviesen víveres para quince dias en caso de una marcha forzada: esperar órdenes de París para todo movimiento ulterior; ocupar inmediatamente la ciudadela de Pamplona, los fuertes de Barcelona y la plaza de San Sebastian; manifestar á los comandantes españoles que la causa de aquella ocupacion, no era otra que la regla ordinaria en la guerra de asegurar la retirada cuando se avanza por un pais estraño, aun cuando sea amigo; mantener reunidas las tropas, como es costumbre cuando se halla próximo el enemigo; procurar que el sueldo estuviese siempre al corriente, para que hallándose con dinero los soldados, no cayesen en la tentacion de consumir cosa alguna sin pagarla, (y como tenia motivo de desconfiar de los italianos que entraban en Cataluña), que mandase fusilar al primer italiano que cometiese algun robo; no entrar en comunicaciones con la córte de España, ni aceptarlas sin recibir para ello órden formal; no contestar á ninguna carta del príncipe de la Paz; decir, si era interrogado de modo que no podia guardar silencio, que las tropas francesas entraban en España con un objeto que solo Napoleon conocia, y que seguramente seria ventajoso para los intereses de la España y de la Francia; pronunciar vagamente las palabras Cádiz y Gibraltar, sin alegar nada positivo; anunciar, particularmente á las Provincias Vascongadas, que cualesquiera que fuesen los acontecimientos, serian respetados sus privilegios: publicar, cuando llegase á Burgos, una órden del dia, recomendando á las tropas la mas rigorosa disciplina y las relaciones mas fraternales con el generoso pueblo español, amigo y aliado del pueblo francés: no mezclar jamás en todas sus protestas de amistad mas nombre que el del pueblo español, y no hablar nunca del rey Cárlos IV ni de su gobierno, bajo ninguna forma.

Tales fueron en resúmen las instrucciones dirigidas á Murat el 20 de febrero, confirmadas y esplanadas los dias siguientes en órdenes posteriores. El general Belliard fué colocado á su lado como gefe de estado mayor, y el general Grouchy como comandante de la caballería. Al general Lariboissiere se encargó la direccion de la artillería del ejército. Este debia dirigir á Bayona, de todos los depósitos de artillería situados en el Oeste y Mediodía, municiones considerables, y especialmente utensilios, y artificios capaces de hacer saltar las puertas de una plaza ó de un castillo. Los trasportes para España se hacian á lomo de mulos, y al efecto se espidió órden á Bayona para que inmediatamente se comprasen quinientos de los mejores y mas hermosos. El ministro de Hacienda Mr. de Mollien, recibió órden de tener dispuestos muchos millones en metálico, de los que debia dirigir dos en oro á Bayona, para atender á todos los gastos del ejército y pagarlos en dinero contante. Debia formar ademas una tarifa exacta del valor comparativo de las monedas francesas y españolas para publicarla en todas las ciudades y pueblos de la Península por donde pasase el ejército, para evitar colisiones entre los soldados y habitantes.

A estas instrucciones para las tropas que entraban en España, se añadieron otras para el ejército de Portugal. Napoleon no queria gravar á la España en una empresa que iba á costarla su dinastía;

pero no tenia el mismo escrúpulo con respecto á Portugal, que se conceptuaba autorizado para tratar como pais conquistado y aliado de la Inglaterra. Calculando la riqueza de aquel reino mas bien por la de sus colonias, que por la de la metrópoli, previno á Junot que impusiese una contribucion de 100,000,000. Le recomendó la mayor severidad con toda tentativa de insurreccion, recordándole como egemplo, que debia imitar el terrible modo con que habia reprimido al Cairo en Egipto, y á Pavía y Verona en Italia. Le mandó disolver el ejército portugués, y enviar á Francia los individuos que no pudiesen ser licenciados. Le encargó muy particularmente que vigilase á las divisiones españolas que habian concurrido á la invasion de Portugal, que las separase cuanto le fuese dable de las fronteras de España, que tuviese el grueso de sus fuerzas en Lisboa, y dos divisiones de cuatro á cinco mil hombres, una en Almeida para contener á las tropas españolas del general Taranco, que ocupaban á Oporto, y otra en Badajoz, para marchar en caso de necesidad sobre Andalucía: que conservase en el mayor secreto aquella órden, y si estallase alguna colision entre los españoles y franceses, divulgase entre los portugueses que no habia mas motivo, sino que los españoles habian pedido la posesion de Portugal, y se les habia negado.

En fin, Napoleon dió órdenes á la guardia, porque preveia que se veria obligado á trasladarse a España, ya para dirigir la guerra si llegaba á estallar, ya tambien para manejar la política, si conseguia poner término á los acontecimientos de España como á los de Portugal, con la fuga de la

familia real. Envió sucesivamente á Bayona los mamelucos, los polacos, los marinos de la guardia, muchos destacamentos de cazadores y granaderos á caballo, y un regimiento de fusileros, es decir, cerca de tres mil hombres. Confió el mando de estas fuerzas al intrépido Lepic, con órden de que se hallase los primeros dias de marzo en Burgos, con toda la infantería, y la caballería en el camino desde Bayona á aquella ciudad.

Estas disposiciones militares no eran suficientes para conseguir el objeto que se proponia Napoleon. Mientras que sus tropas debian avanzar misteriosamente hácia Madrid, sin proferir palabras de seguridad y confianza, sino en favor del pueblo español, pero ni una sola con respecto á la familia reinante, hizo obrar á su diplomacia en el mismo sentido. Mr. de Beauharnais pedia sin cesar á Paris instrucciones para en caso de una catástrofe que parecia inminente. Solicitaba sobre todo, dar alguna muestra de interés á Fernando, pues seguia convencido de que era necesario derribar al favorito en provecho del príncipe, y efectuar la fusion de las dos dinastías por medio de un matrimonio. Napoleon, que estaba entonces muy distante de pensar en semejante plan, y que se reia amenudo de la credulidad de Mr. de Beauharnais, de su poca destreza, de su avaricia, de la importancia que procuraba darse, y que le dejaba en donde estaba, porque le convenia un hombre de bien, sin talento para desempeñar el ridículo papel de un embajador á quien nada se participaba, le previno que guardase la mas estricta neutralidad entre los partidos que dividian la España, no manifestar interés por ninguno de ellos, y que

cuando se le hablase de las disposiciones del emperador de los franceses, contestase únicamente que estaba descontento, muy descontento, sin decir de que; que cuando se le hablase de la marcha de los ejércitos franceses, añadiese, que Gibraltar y Cádiz exigian probablemente una concentracion de tropas, porque los ingleses dirigian muchas fuerzas sobre aquel punto, pero que el gabinete español era tan indiscreto, que no podia confiarle el secreto de ninguna operacion militar.

Estas instrucciones bastaban para el papel que debia representar Mr. de Beauharnais. Pero Napoleon empleó un medio mas seguro para llenar de terror á la desgraciada córte de España. El señor Izquierdo procuraba introducirse en las Tullerías, y hacia grandes esfuerzos por descubrir algo con Mr. Duroc, con quien habia negociado el tratado de Fontainebleau, y con Mr. de Talleyrand, mediador principal de los asuntos de España. Viendo que le era imposible obtener la publicacion del tratado de Fontainebleau, llegó á persuadirse de que en París se queria otra cosa, que la particion del Portugal no habia sido mas que un arreglo provisional para obtener la cesion inmediata de la Toscana, y que sin duda se pensaba en derrocar la dinastía. Con su ordinaria perspicacia habia previsto, no los medios, pero sí el objeto que se habia propuesto Napoleon. Alhagando á Mr. de Talleyrand, habia tratado de descubrir, si ámplias concesiones de territorio ó de comercio acompañadas de un matrimonio, podrian aplacar la cólera verdadera ó fingida del conquistador. Mr. de Talleyrand que se inclinaba á un proyecto intermedio, habia escuchado al señor Izquierdo, y aun tal

vez propuesto que se aceptasen las ideas cuyo ensayo queria hacer el agente de don Manuel Godoy. Aquellas ideas correspondian exactamente con el segundo plan que ya hemos dado á conocer. Tratábase en efecto de casar á Fernando con una princesa francesa; de dar á la Francia las provincias del Ebro, en cambio de la parte de Portugal que habia quedado disponible; de abrir á los franceses las colonias españolas; de unir las dos coronas no solo por medio de un matrimonio, sino tambien por un tratado de alianza ofensiva y defensiva que les hiciese comunes la paz y la guerra, y de dar á Cárlos IV el título de emperador de las Américas. Tales eran las ideas del señor Izquierdo, tanto para sondear á la córte de las Tullerías, como para llegar á una conclusion. De repente, Napoleon mandó tratarle con la mayor dureza, despedirle como si estuviese ya cansado de sus tergiversaciones, y como sino quisiese tener ya nada de comun con una córte tan débil, tan incapaz y tan poco sincera; en una palabra, compelerle á partir para Madrid, para que difundiese el terror de que estaria poseido. Mr. Duroc recibió órden de escribir al señor Izquierdo que haria muy bien en regresar inmediatamente á Madrid (1), para disipar las densas nubes que se habian formado entre ambas córtes. No se decia qué nubes eran aquellas; pero el señor Izquierdo sabia á qué atenerse, y bastaba hacerle marchar para causar á la córte de España una agitacion que la obligaria á tomar una resolucion

(1) Esta carta se halla en el Louvre y tiene la fecha del 24 de febrero

definitiva. El señor Izquierdo salió de París en aquel mismo dia.

Al mismo tiempo era preciso contestar á la carta de 5 de febrero, en la que Cárlos IV pedia desconsolado á Napoleon que disipase sus recelos en cuanto á sus intenciones, y á la marcha de las tropas francesas que avanzaban en aquel momento hácia Madrid. En esta carta no hablaba ya Cárlos IV del matrimonio de su hijo con una sobrina de Napoleon, viendo que éste aparentaba no pensar en aquella proposicion. Como el que busca una contienda, Napoleon, en vez de procurar disipar con su respuesta la alarma de Cárlos IV se quejaba de que con respecto al matrimonio se guardaba un silencio de que él mismo habia dado egemplo. Esta respuesta, fechada el 25 de febrero, era tan seca como concisa. Recordaba en ella, que el 18 de noviembre el rey Cárlos le habia pedido una princesa francesa; que habia contestado el 10 de enero que prestaba su consentimiento condicional; que al volverle á escribir el rey Cárlos en 5 de febrero, ya no le hablaba de aquel matrimonio, y añadia que esta última reticencia le dejaba dudas de que era necesario salir, para arreglar asuntos de gran importancia.

Esta nueva carta, que no era en verdad muy propia para disipar los recelos del infortunado Cárlos IV, y que unida á las demas circunstancias del momento debia aumentar su temor, fué entregada por Mr. de Tournon su conductor, *chambelan* del emperador, que ya habia sido enviado á Madrid anteriormente con una mision semejante, y que reunia á su mucha adhesion gran talento y veracidad. Se le encargó que observase bien la

marcha y conducta de las tropas francesas, la disposicion del pueblo español hácia ellas; que observase tambien con cuidado lo que pasaba en el Escorial, y que regresase á Burgos el 15 de marzo para esperar la llegada de Napoleon. Este habia efectivamente calculado que las órdenes espedidas desde el 20 al 25 de febrero surtirian sus efectos en España á mediados de marzo, y que en aquella época tendria que marchar á Burgos, para sacar de los acontecimientos, siempre fecundos en casos imprevistos, el resultado que apetecia.

Podia, pues, creerse racionalmente que la córte de España, ya muy inclinada á seguir el egemplo de la casa de Braganza, en cuanto viese acercarse á Madrid al ejército francés, y que Mr. de Beauharnais nada decia porque nada sabia, asi como el señor Izquierdo decia mucho porque temia demasiado, no titubearia en huir hácia Cádiz. Si no obstante, á pesar de lo muy recomendado que estaba á las tropas francesas el guardar consideraciones con el pueblo español, sobrevenia una colision imprevista, le quedaba el partido de decir que le habian hecho traicion unos aliados en cuyo pais habia entrado amistosamente para una gran espedicion interesante á la alianza, y se vengaria deponiendo á los Borbones de España, como habia depuesto á los de Nápoles por una traicion verdadera ó supuesta. Napoleon, obrando asi como un conquistador que repara muy poco en los medios con tal que consiga su objeto, contaba con grandes resultados, como la regeneracion de la España, y el restablecimiento de las alianzas naturales de la Francia, para escusarse á los ojos de la posteridad de la tenebrosa maquinacion que se permitia con-

tra una córte amiga, y creia en fin, haber encontrado el verdadero medio de derribar á los Borbones, sin emplear las atroces violencias, que en siglos menos humanos que el nuestro, no han vacilado jamás en adoptar los conquistadores. Pensaba que dando un ligero sacudimiento al trono de España sin precipitar de él violentamente á Cárlos IV, se obligaria á este príncipe débil, á su esposa y al cobarde favorito á abandonarle para buscar otro en América. Pero este plan, concebido para no indignar demasiado á la Europa y á la Francia, daba lugar á una objecion que habia hecho fluctuar por mucho tiempo á Napoleon para adoptarle. Impulsando á huir al Nuevo Mundo á la casa reinante, como la de Portugal, se acarreaba inevitablemente á la España la pérdida de sus colonias, como habia sucedido con Portugal. Los Braganzas en el Brasil, y los Borbones en Méjico, el Perú y las orillas de la Plata, iban á fundar imperios enemigos de sus usurpadas metrópolis, y amigos de los ingleses, que por largo tiempo encontrarian en el abastecimiento de aquellas colonias una indemnizacion de la clausura del continente. Sin duda, penetrando en un porvenir lejano, podia descubrirse en aquellas colonias emancipadas nuevas naciones, que ofrecerian á sus antiguas metrópolis mas medios de cambio, y mas ocasiones de lucro, como sucedia ya con la Inglaterra y los Estados Unidos. Empero España y Portugal, no eran la industriosa Inglaterra, y los americanos del Sur no eran los americanos del Norte; y todo cuanto podia preveerse despues de trascurridos muchos años, era la pérdida de las colonias españolas y su esplotacion en beneficio del comercio británico.

Habia, pues, con la fuga de Cárlos IV á América, facilidad suma para usurpar el trono; pero tambien resultaban grandes y serios inconvenientes en cuanto á la suerte futura de las colonias españolas, lo cual debia ser muy doloroso á los españoles, siguiéndose ademas el descontento y la revolucion, con un perjuicio para el comercio francés, proporcionado al beneficio que iba á reportar el del enemigo.

Bien instruido Napoleon de todos aquellos complicados intereses, ideó una nueva combinacion mucho mas astuta que cuantas acabamos de referir, la cual tenia por objeto corregir el único inconveniente que habia en el plan que estaba resuelto á adoptar definitivamente. Hallándose en Cádiz una hermosa division francesa capaz de dominar el puerto y la rada, resolvió emplearla en detener á los Borbones cuando tratasen de embarcarse, y despues de haberlos arrojado por el miedo desde Aranjuez á Cádiz, detenerlos por fuerza en este mismo puerto, antes que escoltados por los ingleses tomasen el derrotero de Veracruz. En su consecuencia, con fecha de 21 de febrero dirigió al almirante Rosily una órden en cifra, en que le prevenia espresamente que tomase en la rada de Cádiz una posicion desde la que pudiera interceptar el paso de todo buque, y detener á la familia real fugitiva, si trataba de imitar, decia, la locura de la córte de Lisboa (1).

(1) Al fin de este volúmen se encontrará una nota en que espongo como he llegado á descubrir el secreto de todas las maquinaciones, que hasta ahora han estado completamente desconocidas.

Seguramente, si se juzgasen estos actos por las reglas de la moral ordinaria que hacen sagrada la propiedad de otro, habria que condenarlos para siempre, como los de un criminal que se apodera de lo que no le pertenece: y aun juzgándolos bajo diferentes principios, no puede menos de recaer sobre ellos el mas severo vituperio; pero los tronos no son lo mismo que la propiedad de un particular. La guerra ó la política los dan ó los quitan, y algunas veces con gran ventaja de las naciones de cuya suerte se dispone de este modo arbitrariamente. Al querer imitar á la Providencia, es preciso tener mucho cuidado en no salir mal de la empresa, en no hacerse odioso ó desgraciado queriendo ser grande, y sobre todo en alcanzar los resultados que deben servir de escusa. Por último, es necesario renunciar á todo acto que no pueda ejecutarse públicamente, y en que haya que recurrir á la supercheria y á la mentira. Napoleon meditaba sobre lo que iba á emprender, como acostumbra á hacerlo siempre un político ambicioso. Esa nacion española tan altiva y tan generosa, merece, decia para sí, una suerte mas noble que la de ser esclavizada por una córte incapaz y envilecida; merece ser regenerada; y regenerada, podria prestar grandes servicios á la Francia y á sí misma, ayudar á derrocar la tiranía marítima de Inglaterra, contribuir á la libertad del comercio de Europa, y ser por fin llamada á grandes y hermosos destinos. Privarse de todo esto por un monarca imbécil, por una reina impúdica y por un abyecto favorito, era mas de lo que podia esperarse de una voluntad impetuosa que se lanza á su objeto como el águila sobre su presa, en cuanto la divisa desde

la altura en que habita. El resultado debia probar á qué riesgos se espone el que quiere desempeñar uno de esos papeles tan superiores á la humanidad, cuando no respeta la vida y la propiedad de los hombres, bajo pretesto del fin que se propone.

Murat ejecutó sumisamente las órdenes de Napoleon, que le fueron comunicadas por el ministerio de la Guerra. Se encaminó inmediatamente á Bayona, á donde llegó el dia 26 como le prevenian sus instrucciones, siendo tan precipitada su marcha que ni llevó estado mayor, ni aun caballos para su servicio personal. No le seguian mas que los ayudantes de campo que debian acompañar á un oficial de su graduacion, mariscal, gran duque y príncipe imperial al mismo tiempo. Habíalos enviado en todas direcciones para conocer el sitio y colocacion de los cuerpos, ponerse en comunicacion con ellos y encargarse de la direccion de las cosas. El misterio que Napoleon habia observado en sus instrucciones ofendia grandemente la vanidad de Murat; pero descubria tan bien su objeto, y este le agradaba tanto, que nada exigió y se propuso ejecutar puntualmente la voluntad de su soberano.

En Bayona todo era confusion, porque no existia en aquel punto el inmenso tren militar que quince años de guerra habian permitido acumular en la frontera del Rhin ó de los Alpes, y habia sido preciso crearlo todo simultáneamente. Ademas, las tropas que iban llegando, compuestas de conscriptos y recientemente organizadas, carecian de lo necesario y de la esperiencia que suele suplir en semejantes casos. Se hacia galleta, se fa-

bricaban zapatos y prendas de vestuario, y se establecian medios de trasporte que faltaban enteramente, porque habia sido imposible proporcionarse los quinientos mulos que habia mandado comprar Napoleon, pues aquellos útiles animales solo se encontraban en el Poitu. Hasta el dinero habia quedado rezagado por falta de carruages. La artillería se iba reuniendo con lentitud, y el material retrasado del ejército de Junot, se cruzaba con el de los ejércitos de España, y aumentaba el embarazo. A pesar de la claridad, exactitud y vigor que Napoleon entonces, como en otras veces, empleaba en sus órdenes, su ejecucion se resentía de las distancias, de la precipitacion y de la inesperiencia de los administradores, porque los de mas disposicion se hallaban empleados en otras partes de Europa.

Murat, que tenia inteligencia, y á quien Napoleon con sus grandes lecciones y continuas advertencias habia formado para el mando, pasó muchos dias en Bayona para ponerlo todo en órden, informarse de lo que se habia hecho, y lo que aun faltaba, y dar conocimiento de ello al emperador á fin de que lo remediase: en seguida marchó á Vitoria. Atravesó la frontera el 10 de marzo, y el mismo dia entró en Tolosa. Si algun gefe convenia á los españoles, por su buena presencia, su aire marcial, y sus modales francos y meridionales, era ciertamente Murat: entre los príncipes franceses destinados á reinar, hubiera sido, á no dudarlo, el mejor que pudiera elegirse para el trono de España. Mas adelante veremos que se cometió una grave falta prefiriendo otro. Los pueblos de las Provincias Vascongadas le recibieron con grandes

demostraciones de alegría. Aquellos habitantes, los mas vivos, valientes y laboriosos de los que pueblan la Península, no tenian las mismas pasiones que el resto de los españoles, ni el mismo ódio á los estrangeros, ni las mismas preocupaciones nacionales. Situados entre las llanuras de la Gascuña y las de Castilla, en una region montuosa, con un idioma particular, y subsistiendo con el comercio ilícito que hacian con la Francia y la España, con grandes privilegios que les servian para continuar su tráfico, privilegios que debian á su posicion topográfica y á su valor, constituian una especie de pais neutral, una Suiza, por decirlo asi, colocada entre la Francia y España. No eran mas que medianamente adictos á la dominacion española, y no les hubiera disgustado pertenecer á un vasto imperio, que les permitiese estender á lo lejos su industriosa actividad. Recibieron á Murat con estrepitosas aclamaciones, y demostraron de mil maneras su deseo de pertenecer á la Francia. Las tropas francesas tuvieron escelente acogida: observaron la mas severa disciplina, pagaron cuanto tomaron, y consumieron los artículos del pais; fueron para él mas bien una ventaja que una carga.

No menos satisfactorio fué el recibimiento que tuvo Murat en Vitoria, capital de Alava, la tercera de las Provincias Vascongadas en que el espíritu español comienza ya á pronunciarse mas. Entró el 11 en el coche del obispo, que habia salido á esperarle con las autoridades. La poblacion acudia en masa á las puertas de las ciudades á saludar al general que habia llegado á ser príncipe, y que estaba llamado á ser rey. Los soldados franceses,

aunque mas numerosos en España de lo que exigia la guerra de Portugal, no habian dado todavía el menor motivo de queja. Si se suponia que venian con una intencion política, era únicamente contra la córte, tan aborrecida como despreciada. No habia, pues, razon alguna para resistir á la curiosidad que inspiraban ni á las esperanzas que hacian concebir. Las autoridades, que habian recibido de Madrid órden para preparar víveres, á fin de evitar el descontento, los habian reunido con bastante abundancia. Murat anunció que lo que consumiese el ejército lo pagaria la Francia; pero las autoridades contestaron con la arrogancia castellana, que se recibia á los franceses como aliados y amigos, y que la hospitalidad española no se pagaba.

Asi pues, en los primeros momentos no podian presentarse bajo mejor aspecto las cosas: las ilusiones eran recíprocas. Al ver que aquellos españoles recibian tan bien al ejército francés y su ilustre gefe, éste llegó á persuadirse que todo sería facil en España, que los franceses eran deseados, que se aceptaria con júbilo un rey de su nacion, mucho mas si este rey lo era él. Asombrado del ódio profundo y universal que inspiraba el favorito conoció que procurarse la amistad de don Manuel Godoy era un apoyo bien triste en España, y que para obtener el aprecio popular, era preciso, por el contrario, hacer creer que venia á derribarle.

Desde Vitoria, Murat marchó á Burgos, que debia ser la residencia de su cuartel general. Cuando se sale de Vitoria y se pasa el Ebro por Miranda, límite en donde se encontraba entonces la

aduana, y en que ha permanecido despues largo tiempo, desaparece el pais montuoso, variado y risueño y siempre fresco y se entra en la verdadera España. Pasado el Ebro, que por Miranda es poco caudaloso, se atraviesan los desfiladeros de Pancorbo, línea de rocas lisas y escarpadas que forman el último banco de los Pirineos, y desembocan en Castilla. Entonces comienzan llanuras inmensas, horizontes lejanos, y perspectivas tristes y severas. En la vasta meseta de las Castillas, el cielo es sereno y ardiente en estío, brumoso y glacial en invierno, y siempre crudo. Las poblaciones se hallan muy distantes unas de otras, el cultivo es uniforme, y no ofrece á la vista, escepto cuando las mieses crecen y maduran, mas que inmensos rastrojos, en que pastan los rebaños, dueños absolutos del terreno de España que atraviesan dos veces al año desde el Norte al Mediodía y al contrario, como aves viageras. A este nuevo aspecto de la naturaleza física, se une al entrar en las Castillas otro nuevo aspecto de la naturaleza moral. Los habitantes hermosos, especialmente en las aldeas; pero menos vivos que los montañeses vascos, altos, bien formados, graves, armados siempre de una escopeta ó de una navaja, prontos á emplearlas contra sus compatriotas, y con mas gusto contra los estrangeros, presentan con exageracion todos los rasgos malos y buenos del carácter español, siendo á la vez mas ignorantes, salvages, crueles y valientes que la clase media. Esta, semejante por su instruccion imperfecta á los turcos medio civilizados, ha perdido con su ferocidad parte de su energía. El pueblo en España, que con sus vicios y virtudes ha salvado la

independencia nacional, ofrece un rasgo particular que le distingue de los demas de Europa. Encuéntrase en él, mezclado á las pasiones mas fogosas, una especie de espíritu público, debido á su método de vida, á su aglomeracion en lugares grandes, en donde permanece todo el tiempo que no emplea en las labores de la agricultura y en la recoleccion, para no hacer despues nada. El aldeano francés, belga, inglés y lombardo, diseminado por los campos, ocupado en su constante y variado cultivo, no tiene deseo, ni por ociosidad ni por contacto, de mezclarse en otra cosa que en su trabajo; mas el español, por el contrario, acude á la plaza pública, y allí, embozado en su capa ó apoyado en su palo, y reunido con otros compañeros, habla con asombrosa curiosidad del rey, de la reina y de los negocios públicos; otras veces juega, baila, canta ó corre á los pueblos inmediatos á ver los combates de toros (1), placer sanguinario de que no sabe privarse ninguna clase de la nacion, y si pasa junto á él un forastero, ó no le mira ó lo hace con la mayor indiferencia. Los españoles se hallaban en aquella época mas dispuestos que nunca á ocuparse de las cosas públicas. Colocados en la estremidad del continente, ya hacia mas de un siglo que no se habian mezclado sériamente en los asuntos de Europa. Algunas batallas navales, algunas operaciones militares en Italia, y una guerra de muy corta duracion en los Pirineos en 1793, no habian podido calmar ni satisfacer sus ardientes pasiones. Presenciando los

(1) Corridas se llaman en España.
(*Nota del traductor*).

grandes acontecimientos del siglo con la impaciencia de un espectador que quisiera figurar en ellos, se hallaba preparado para tomar en todo una parte inmoderada.

Tal era el pais y el pueblo, por donde tenia que pasar el ejército francés en marzo de 1808, despues de atravesar el Ebro: Murat fué todavía bien recibido en Burgos, capital de Castilla la Vieja, es decir, con curiosidad y esperanza. Sin embargo, el pueblo que se ocupaba menos que la clase media del objeto que podrian tener los franceses, manifestaba mas disgusto al ver invadido su suelo por unos estrangeros, y esto, unido á la petulante vivacidad de los soldados franceses, que formaba un singular contraste con la gravedad orgullosa del pueblo bajo español, produjo algunas reyertas y navajadas, que fueron vengadas al momento á sablazos. En aquellas colisiones de ambos pueblos, habia una circunstancia poco favorable. Hubiera sido muy conveniente presentar á los altivos españoles, tan inclinados á despreciar á los demas, algunos soldados del grande ejército que los hubiesen impuesto por su severo continente, sus heridas, y sus canosos bigotes. Pero aquellas legiones, compuestas de conscriptos de 1807 y 1808, que aun no habian entrado en ninguna accion, con oficiales, como ya hemos dicho, sacados de los depósitos, ó de entre los retirados, (en cuyo caso se hallaban todos los de las cinco legiones de reserva), no tenian para hacerse respetar mas que la inmensa nombradía del ejército á que pertenecian. Como habian salido de los depósitos á la ligera, sin vestuario ni calzado, y aun sin armamento completo, no tenian la brillantez del equipo que pudiera com-

pensar la juventud de su semblante. Tenian, pues, el doble inconveniente de no ser bastante imponentes, y de presentar las apariencias de una miseria codiciosa, que va á devorar el pais que invade. Habia muchos enfermos, unos de sarna, pegada por los mendigos españoles, y otros por haber sufrido fatigas para que no estaban preparados. Una quinta parte del ejército se hallaba atacada de aquella horrible enfermedad. Para preservar de ella á las tropas de la guardia imperial, habia sido necesario hacerlas vivaquear á campo raso. Creyendo los españoles que aquellos soldados eran los que habian vencido la Europa, decian que no debia ser muy difícil conseguir victorias, pues que para ello habian sido suficientes semejantes tropas, no sabiendo todavía, como por desgracia suya y de la Francia supieron bien pronto, que aquellos jóvenes soldados eran capaces de vencerlos, y aun á otros mas fuertes que ellos, merced al escelente espíritu que los animaba, y á la pericia militar que era casi general en todos los gefes del ejército. Solo los coraceros, cuya alta talla é imponente armadura, disimulaban su juventud, y la guardia, tropa incomparable, eran los que inspiraban al populacho de las ciudades de España, el respeto que hubiera sido necesario inspirarle desde el primer dia. En aquel momento no se pensaba todavía en oponer resistencia: solo se aguardaban bienes de los franceses, y escepto algunas disputas accidentales entre los habitantes y nuestros conscriptos, embriagados ó estimulados con el vino de España (1), por la belleza de las mugeres, reinaba la

(1) Segun Mr. Thiers, el vino de Francia no emborracha. (*Nota del traductor*).

mayor cordialidad. Varios españoles de los mas despejados, decian con razon, que aquella estraña acumulacion de tropas, tenia por objeto otra cosa que el derribar al príncipe de la Paz, porque en el estado en que se encontraban los ánimos, una sola palabra de Napoleon hubiera sido suficiente para precipitarle del poder. Perogeneralmente ni se creia ni se esperaba mas que la caida del favorito; no se pensaba mas que en esto. Otro rumor, divulgado con destreza, el de una espedicion á Gibraltar, completaba la ilusion general.

Apenas hubo entrado Murat en España, recibió ya dos cartas de su amigo el príncipe de la Paz, una détrás de otra, felicitándole por su llegada, y haciéndole varias preguntas. El deseo de contestar á ellas, que en cualquiera otra circunstancia hubiera sido muy vivo en el impetuoso Murat, se mitigó fácilmente por el temor de estrechar los vínculos de su amistad con un personage tan impopular, y mucho mas todavía por el de desagradar á Napoleon. Las dos cartas quedaron, pues, sin respuesta. Pero las preguntas del príncipe de la Paz, no eran las únicas á que estaba espuesto Murat. Las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, que se apresuraron á visitarle y cumplimentarle, provocaban por mil medios indirectos su indiscrecion natural. Mas se contenia, en primer lugar, porque ignoraba los proyectos de Napoleon, y en segundo, porque el objeto general que vislumbraba era tan grave, que hubiera bastado menos talento del que tenia para guardar silencio. Sin embargo, era estremado su despecho al verse enmedio de aquel tumulto, sin mas instrucciones que las puramente militares. Asi es, que en cuanto llegó á

España, escribió á Napoleon, acerca de la situacion de las tropas, de su desnudez, sus enfermedades, la buena acogida de los españoles, la impopularidad del príncipe de la Paz, el entusiasmo público hácia su imperial persona, la facilidad con que podria hacerse en España lo que quisiese, y le esponia ademas la necesidad de fijarse en lo que debia hacerse, y el embarazo en que se hallaba por falta de instrucciones á vista de los sucesos que se preparaban.—Creia, señor, escribia á Napoleon, creia despues de tantos años de servicios y de adhesion, haber merecido vuestra confianza, y que revestido con el mando de vuestras tropas, debia saber en qué fines iban á emplearse. Os suplico, decia, que me deis instrucciones: sean cuales fueren, serán ejecutadas. Si quereis derribar á Godoy y hacer que reine Fernando, no hay nada mas fácil: bastará que pronuncieis una palabra. Si quereis cambiar la dinastía de los Borbones, y regenerar la España dándola uno de los príncipes de vuestra casa, es tambien muy fácil: vuestra voluntad se recibirá como la de la Providencia.—El valiente, pero débil observador Murat, no se atrevia á añadir otra asercion mucho mas verdadera que todas las demas, y era la de que él seria el que tendria mejor acogida de cuantos príncipes estrangeros pudieran substituir á la dinastía reinante.

Napoleon, cuya intencion era la de atemorizar á la córte con su silencio, é inspirar por el contrario confianza al pueblo con su conducta amistosa, para llegar á Madrid sin tropiezo alguno, y apoderarse pacíficamente de un trono vacante, esperimentó cierto movimiento de impaciencia al leer las cartas de Murat llenas de preguntas apremian-

tes.—Cuando yo os mando, le dijo, que obreis militarmente, que tengais vuestras divisiones reunidas y á punto de combatir, que abunden las provisiones para que no cometan ningun desórden, que eviteis toda colision, que no os mezcleis en las disensiones de la córte de España, y que me remitais las preguntas que os dirijan, ¿no son por ventura instrucciones?... Lo demas no os incumbe, y sino os digo nada, es porque no debeis saberlo.—

A esta reprension añadió las órdenes que exigian las circunstancias. Por medio de un decreto, mandó que inmediatamente se entregasen á los batallones destacados de sus regimientos, fondos cuya contabilidad quedaria á cargo de la administracion de los cuerpos: que se tomase de su guardia sargentos jóvenes, suficientemente instruidos, y que hubiesen hecho las campañas de 1806 y 1807 para ascenderlos á oficiales, destinándolos á los regimientos á que hiciesen falta: que sin demora alguna se sujetase á los sarnosos á un plan curativo: que se acampasen las tropas en cuanto pasase el frio, lo cual no podia tardar mucho tiempo en España: que la brigada compuesta de los cuartos batallones de las legiones de reserva, se pusiesen en marcha para unirse á la del general Darmagnac, encargada de ocupar á Pamplona; que se tomase la ciudadela de esta poblacion, que se armase y quedasen en ella un millar de hombres, y que toda la division de los Pirineos Orientales, se acantonase entre Vitoria y Burgos, para cubrir la retaguardia del ejército: que se reuniesen en el mismo punto todos los regimientos de marcha compuestos de los refuerzos destinados á los regimientos provisionales, y que se enviase ademas sin dilacion la

division Verdier, para formar de este modo á las órdenes del mariscal Bessieres, un cuerpo considerable, que con la guardia no debia bajar de doce á quince mil hombres, y que en caso de un rompimiento, cubriria la línea de retirada del ejército, contra las tropas españolas encargadas de ocupar el Norte de Portugal. Napoleon dispuso en seguida la marcha sobre Madrid. Previno á Murat que hiciese pasar el Guadarrama á los cuerpos del mariscal Moncey y del general Dupont del 19 al 20 de marzo, uno por el camino de Somosierra, y otro por el de Segovia, y que el 22 ó 23 estuviesen junto á las tapias de la capital; que pidiese permiso para descansar en ella, y continuar luego su marcha á Cádiz, y que si se le negaba, forzase las puertas de Madrid, haciendo antes todo lo posible para evitar un choque. A todas estas prevenciones iba siempre unida la recomendacion de guardar silencio sobre los negocios públicos, de proveer de todo á la tropa para que no la faltase nada, y aun de retardar el movimiento un dia ó dos, si los medios de subsistencia y trasporte no eran suficientes.

Murat tuvo, pues, que resignarse á no saber mas, y se aplicó á obedecer y ejecutar fielmente las órdenes del emperador, seguro de que á pesar de todo aquel misterio, no podia ocultarse ya lo que deseaba, es decir, la caida de los Borbones de España, y la vacante de uno de los mejores tronos del universo.

La ocupacion de las plazas mandada repetidas veces por el emperador, se llevó por fin á efecto. Los generales Duhesme y Darmagnac, uno en Barcelona y otro en Pamplona no ocupaban mas que el recinto de aquellas ciudades; pero no las

fortalezas que las dominan. Una órden secreta del gobierno de Madrid, prevenia á los generales españoles que recibiesen bien á los franceses, que les franqueasen las poblaciones; pero que les impidiesen en cuanto les fuese dable penetrar en las ciudadelas. El general Duhesme que llegó á Barcelona á la cabeza de unos siete mil hombres, en su mayor parte italianos, fué recibido por las autoridades con afectada política, con benevolencia y curiosidad por la clase media, y con desconfianza por el pueblo. Los italianos por su incontinencia se atrajeron mas de una puñalada. Lo crítico de las circunstancias hizo que se cerrasen las fábricas, y que quedasen sin trabajo un gran número de jornaleros prontos á entregarse á toda especie de desórdenes. El general Duhesme colocado en medio de una ciudad de ciento cincuenta mil almas, con solo siete mil hombres, aunque le seguian á corta distancia cinco mil franceses, se hallaba en una posicion muy difícil y arriesgada, particularmente no siendo dueño de la ciudadela ni del castillo de Monjuich que domina enteramente la ciudad. Asi es, que habia convenido con el general Lechi, que mandaba los italianos, en un plan para apoderarse de las fortalezas, cuando la reiterada órden de hacerse dueño de ellas, acabó de decidirle. Una mañana hizo tomar las armas á sus tropas, y dirigió una parte de ellas á la ciudadela y otra á Monjuich. En la puerta principal de la primera cubria la guardia alguna fuerza francesa y española, y se aprovechó de esta circunstancia para penetrar en lo interior. La mitad de la guarnicion, por la negligencia de los oficiales españoles se hallaba en la ciudad, por lo que los franco-

ses se vieron superiores en número en lo interior de la fortaleza y se apoderaron de ella sin dificultad alguna. En el castillo de Monjuich no sucedió lo mismo. El oficial que allí mandaba, brigadier Alvarez, que tan heróicamente defendió despues á Gerona, negó abiertamente la entrada. Aunque una parte de su fuerza se hallaba, como la de la ciudadela, diseminada por la poblacion, trató de defenderse. El general Duhesme que acudió allí con la mayor parte de sus tropas, declaró que iba á comenzar el ataque. Temiendo el conde de Ezpeleta, capitan general de Cataluña, un rompimiento que se le habia recomendado evitar, tomó el partido de ceder y de entregar aquel fuerte á los franceses, quienes se establecieron en él inmediatamente. Dueños de las dos fortalezas que dominan á Barcelona no tenian ya nada que temer. Pero habian entrado en ellas causando al pueblo catalan una sensacion dolorosa y muy desagradable en aquellas circunstancias.

En Pamplona, el general Darmagnac, hombre valiente, enérgico y leal, que hubiera preferido que se le mandase escalar ó asaltar una plaza á ocuparla por sorpresa, se valió de un medio muy ingenioso para penetrar en la ciudadela. Hallábase alojado en una casa poco distante de la puerta principal, é hizo que se escondiesen en ella cien granaderos bien armados. Sus tropas acostumbraban á ir todas las mañanas á tomar sus provisiones en la misma ciudadela. Envió cincuenta hombres escogidos que acudieron sin armas á la puerta, un poco antes de la distribucion, que fingiendo que esperaban llegase la hora, se aproximaron al cuerpo de guardia, se arrojaron sobre él,

le desarmaron, y dieron tiempo á que llegasen á la carrera los cien hombres que habia en casa del general, y concluyesen de apoderarse de aquel puesto. Al momento se presentaron las tropas francesas que estaban secretamente preparadas, y quedó ocupada la ciudadela, con gran disgusto del general Darmagnac que escribió al ministro de la Guerra, y le decia que *eran comisiones muy villanas*. En Pamplona y Barcelona fué general el disgusto.

Menos trabajo costó en San Sebastian, en donde mandaba un duque de Crillon (1) francés de origen. Murat le intimó que entregase la plaza, y se negó terminantemente. Le replicó Murat que tenia órden de ocuparla, no con miras hostiles, sino por una medida de precaucion militar para asegurar la retirada del ejército en caso necesario, y que si se le oponia resistencia, iba inmediatamente á romper el fuego. El duque de Crillon, que como los demas gobernadores de plazas tenia el encargo de evitar una colision, entregó la plaza de San Sebastian con condicion de que se la habian de restituir si el gobierno de Madrid no aprobaba su condescendencia. Murat accedió á esta pueril reserva, é hizo que ocupase á San Sebastian un batallon de tropas francesas.

Esta repentina ocupacion de las plazas, efectuada en los últimos dias de febrero y primeros de marzo, produjo en toda España la mas profunda impresion. Los hombres previsores que observaban que para apoderarse de Portugal que ya estaba conquistado, y para derribar á un favorito

(1) El brigadier Daiguillen. (*Nota del traductor*).

aborrecido de la nacion no eran necesarias tantas tropas principiaban á ver justificados sus temores y á atraer en su favor la opinion pública. En las provincias que habian presenciado aquellas sorpresas, acompañadas de mas ó menos violencias, faltó muy poco para llegar á las manos con las tropas, francesas La clase media menos hostil que el pueblo á los estrangeros, mas inclinada á reformas, y menos supeditada por el clero, esperaba la caida del favorito y la regeneracion de España, pero sus ilusiones se desvanecieron prontamente. El pueblo dió algunas señales de furor, pero la actitud y firmeza de las tropas le contuvo. Dos circunstancias contribuyeron á aumentar el desaliento de la clase media, y la cólera é indignacion del pueblo: la primera y la mas grave fué la contribucion de 100.000,000 impuesta á los portugueses, y la segunda, menos conocida del público, el matrimonio de la señorita de Tascher con el príncipe de Aremberg. Deciase por todas partes, que los franceses pagaban con ingratitud á los que les concedian hospitalidad, y se calculaba á cuanto ascenderia la contribucion de España, si se la imponia una proporcionada á la de Portugal. El matrimonio de la señorita Tascher, afectó mucho á la clase ilustrada, que fué la que le supo. Habia llegado á creerse en efecto, que la princesa destinada por Napoleon á enlazarse con Fernando, no era una hija de Luciano, persona desconocida en España, sino una sobrina de la emperatriz, recientemente adoptada, y parienta del embajador Beauharnais. El casamiento de aquella jóven con el príncipe de Aremberg, desesperó á todos los que contaban con su próxima union con el príncipe de

Asturias. El destronamiento de los Borbones, era ya la única intencion que podia atribuirse al emperador. La clase media y la nobleza tal vez se hubieran conformado con un cambio de dinastía que les hubiese asegurado la regeneracion de España, sin hacerles pasar por las crueles pruebas de la revolucion francesa; pero el clero, y particularmente los frailes, que veian en los franceses enemigos peligrosos para su existencia, rechazaban semejante idea con cólera, y no tenian que trabajar mucho para convencer á un pueblo fanático y deseoso de movimiento y de desórden. El clero que mantenia una correspondencia muy activa desde el uno al otro estremo de la Península con las diócesis y conventos, tenia un medio eficaz para comunicar por todas partes con increible rapidez las impresiones que tenia interés en difundir; sin embargo, estas primeras impresiones no fueron mas que una señal anticipada del ódio que iba á estallar contra los franceses; pero en aquel momento otro objeto preocupaba los ánimos de los españoles: la córte, en que una madre desnaturalizada, y un favorito execrado, dominaban á un rey débil, y tenian en la mas dura opresion al jóven y adorado príncipe, era lo que llamaba toda su atencion. Hacia Madrid y Aranjuez se volvian todas las miradas, y se llamaba á los franceses para que efectuasen la revolucion universal que se apetecia. Verdad es que algunos actos, inspiraban recelo acerca de sus intenciones; pero aquellos actos, esplicados unos como simples precauciones militares, y otros como medidas aplicables únicamente á Portugal, se borraron bien pronto de la memoria de una nacion ocupada esclusivamente

en un objeto, y se volvió á pensar en la córte, á desear su caida y pedirla á los franceses.

El momento de la catástrofe se aproximaba. Napoleon habia hecho salir de París al señor Izquierdo hácia el 25 de febrero, para introducir el terror en el ánimo de los soberanos de España, y á Mr. de Tournon para entregar una nueva carta alarmante, por lo mismo que nada decia; porque cuando se le pidió una princesa para Fernando, eludió el dar una contestacion, informándose de si aquel príncipe habia vuelto á recobrar el afecto de sus padres, y entonces que nada se le decia del matrimonio, queria que se le hablase de ello. Estas contradicciones, esplicadas siniestramente por las relaciones del señor Izquierdo; por la marcha de las tropas francesas, y por el silencio de Murat, debian producir en Madrid la crisis por tanto tiempo esperada.

El señor Izquierdo, que llegó á Madrid del 3 al 4 de marzo, fué presentado en Aranjuez á toda la familia real el dia 5. Sus relatos fueron de los mas alarmantes, y llenaron de consternacion, tanto á la familia real, como á la sociedad íntima del príncipe de la Paz, su madre, sus hermanas, y su confidenta, la señorita Tudó. El señor Izquierdo, despues de dar á conocer el estado de la negociacion entablada con Mr. de Talleyrand, con arreglo á la cual debian concederse á los franceses las provincias del Ebro, y franquearles las colonias españolas, declaró que por desconsoladora que pudiera parecer esta negociacion no era mas que una verdadera añagaza, y que Napoleon queria indudablemente otra cosa, es decir, el trono de España para uno de sus hermanos. Izquierdo consiguió

fácilmente convencer de esto á la córte de Aranjuez, consternada ya, y persuadirla que sino tomaba un partido decisivo, estaba perdida. La llegada de Mr. Tournon, y la carta de que era portador, no eran, en manera alguna, propias para disipar la alarma que habia difundido el señor Izquierdo. Cárlos IV, enfermo y molestado por los dolores reumáticos que sufria en un brazo, recibió á Mr. de Tournon con mucha política, pero á través de ella se descubria un pesar profundo: la reina y el favorito le recibieron con una sonrisa forzada que ocultaba muy mal su furioso rencor. Cárlos IV, penetrado de dolor, dijo que contestaria muy luego á su aliado el emperador Napoleon, y se apresuró á concluir aquella inútil y penosa entrevista. Desde aquel momento quedó decidido á emprender la fuga. Para Cárlos IV era un sacrificio cruel abandonar los tres ó cuatro palacios situados al rededor de Madrid, entre los que acostumbraba repartir su vida, pasando del uno al otro á cada cambio de estacion, como esos animales que mudan de clima en busca del calor, y una privacion amarga el renunciar á las cacerías del Pardo, en vez de aguardar á Napoleon, y someter á su supremo poderío, la suerte de la casa de España. El buen monarca era demasiado leal, y sus luces eran muy limitadas para suponer ni una de las combinaciones del emperador, y creia que esperándole y confiando en él, todo se arreglaria ventajosamente. Es cierto que esta sencilla resignacion de la debilidad, que por sí misma se entregaba en sus manos, hubiera embarazado estraordinariamente á Napoleon, y producido tal vez otros resultados; pero la reina y el príncipe de la Paz,

que sabian muy bien que no tenian que esperar gracia ni conmiseracion, y que cualquiera que fuese la intervencion de Napoleon se egerceria siempre en perjuicio suyo, no dejaron eleccion á Cárlos IV, y le impelieron á retirarse á Andalucía. Es probable que no le propusieran un viage mas dilatado, contando con los acontecimientos para emprender definitivamente la retirada á América. Era tan firme su resolucion sobre este particular, que el príncipe de la Paz, arrebatado y sin poder contener su destemplado y habitual lenguage, dijo que antes se llevaria por fuerza al rey, que consentir que esperase en Aranjuez la llegada de los franceses.

Sin embargo, para no privarse de todo recurso por parte de la Francia, el señor Izquierdo debia volver inmediatamente á París, emplear las súplicas con Napoleon, y el oro con sus agentes para conjurar la tempestad que amenazaba a la casa de España, y firmar cuantos tratados se exigieran, aunque fuesen los mas deshonrosos. Volvió, pues, á partir el 11 de marzo por la mañana con la mayor precipitacion, para llegar á París antes que se diese alguna órden fatal. Era tan grande su turbacion, que no pudo menos de chocar á cuantos le encontraron en el camino, que fueron muchísimos.

Adoptada ya la resolucion de retirarse á Andalucía, era necesario persuadir á un gran número de personas, tanto en Aranjuez como en Madrid. El príncipe de Asturias, que juzgaba las intenciones de Napoleon por las pruebas de interés que recibia de Mr. Beauharnais, veia en los franceses á sus libertadores, y no queria dejarse arrastrar

lejos de ellos, prisionero de la reina y del príncipe de la Paz. Lo decia en voz alta desde que principió á hablarse del viage á Andalucía. Habia atraido á su dictámen á su tio don Antonio, que participaba de su aversion hácia la reina y el favorito, y á todos los demas individuos de la familia real, escepto la reina de Etruria, que acababa de llegar de Toscana para tomar posesion del Norte de Portugal. Aquella princesa era muy querida de la reina, y por esta razon la aborrecia Fernando, pero no hacia caso de lo que pudiera pensar. Casi todos los que componian la familia real, se pronunciaron contra el proyecto de fuga, y querian se esperase á los franceses. La reina y el favorito, sin inquietarse por aquella resistencia, estaban resueltos á vencerla, y á conducir á Sevilla toda la familia real, de grado ó por fuerza. Pero habia que superar otra resistencia mas temible. El Consejo de Castilla, á que se habia consultado secretamente, habia rechazado la idea de una retirada vergonzosa, y contestado que no se debia haber admitido á los franceses en España, pero que despues de haberlos admitido con sobrada ligereza, era preciso, ó tomar la resolucion repentina de hacerles frente, sublevando contra ellos la nacion en masa, ó abrirles los brazos, recordándoles la lealtad de aliados, que habian sido recibidos en España como amigos y hermanos. Pero se presentó de repente una oposicion mas imprevista que las otras. El señor Caballero, ministro de Gracia y Justicia, se habia manifestado mucho mas adicto á los intereses del príncipe de la Paz, de lo que lo era en efecto. Llamado por sus funciones á figurar con frecuencia en el proceso del Escorial, ha-

bia atraido sobre sí toda la odiosidad, aunque no la merecia, porque delante del rey y de la reina habia sostenido que no existia ni en los documentos encontrados, ni en las noticias ó datos recogidos, ningun indicio suficiente para intentar un proceso criminal. Por este motivo incurrió en el desagrado de la reina, que le calificó de traidor vendido al príncipe de Asturias. Mas no obstante, el público le juzgaba mas culpable de lo que era realmente. No queria que se le hablase del viage á Andalucía, y decia que era abandonar cobardemente á la nacion, que no debia haberse permitido que los franceses se introdujeran en España, y que era necesario saber aguardarlos; que los que desconfiaban de ellos podrian retirarse, pero que probablemente Cárlos IV, cuya conducta habia sido siempre leal, no tendria que quejarse de haberlos esperado. El señor Ceballos, ministro de Estado, que mas tarde se presentó como antagonista del príncipe de la Paz, aunque estaba servilmente sometido á él, y cuyo patriotismo se reducia á un ódio estupido á los franceses, permaneció espectador impasible de aquel conflicto, y dejó que el señor Caballero resistiese solo el proyecto de huida. El príncipe de la Paz despreció su oposicion, y dió las órdenes convenientes para el próximo viage á Andalucía. Tratando de ocultar el verdadero objeto de aquella marcha, habló vagamente de hacer en persona la visita de los puertos, cuya inspeccion le pertenecia, especialmente desde que era gran almirante.

Los trasportes de dinero y efectos que ya se habian observado, los preparativos de la córte, y sobre todo los de la familia, disiparon bien pronto

hasta la mas leve duda. Difícilmente podrá formarse una idea de la indignacion de los españoles al saber que iban á ser abandonados por la casa de Borbon, como los portugueses lo habian sido por la de Braganza. Cuidándose bien poco de las ventajas que con el tiempo podria producir semejante resolucion para la conservacion de las colonias, decian que si los franceses tenian tan malas intenciones, habia habido mucha torpeza en no descubrirlas, ó una insigne mala fé en favorecerlas: que de todos modos era necesario resistir á todo trance: que teniendo los españoles á su cabeza al rey y los príncipes, debian cubrir la capital con sus cuerpos, y dejarse hacer pedazos antes que permitir la entrada en ella; pero que huir cobardemente era una indignidad y una traicion: que en aquella fuga habia algo mas que prudencia y precaucion por el interés de la familia real, y tal vez seria un cálculo para prolongar el usurpado poder del favorito, porque si se trataba de huir de los franceses era porque se sabia su enemistad con don Manuel Godoy, y sus buenas disposiciones en favor del príncipe de Asturias. Este último pensamiento llegó á generalizarse, devolvió su popularidad á los franceses, y se decia públicamente que en vez de huir de ellos ó de combatirlos, era necesario por el contrario salir á recibirlos, pues que el príncipe de la Paz tanto desconfiaba de sus intenciones. La exasperacion de todas las clases contra la córte llegaba á su colmo. La nobleza, el pueblo y el ejército usaban en Madrid un mismo lenguage, y este era tan franco, tan atrevido y tan inmoderado, como pudiera serlo en vísperas de grandes acontecimientos en los paises mas libres. En el

ejército sobre todo, el cuerpo de guardias de corps, malamente tratado por el príncipe de la Paz, que habia trastornado su organizacion, manifestaba la mas viva irritacion, y queria oponerse con la fuerza á la salida del monarca. Entre sus oficiales habia muchos enteramente adictos al príncipe de Asturias, con quien se suponia tenia frecuente comunicacion, y que recibian sus órdenes é inspiraciones.

Esta estrepitosa oposicion no habia hecho desistir de su proyecto á la reina ni al príncipe de la Paz, y únicamente servia para avivar mas sus deseos de sustraerse cuanto antes á tanto ódio y peligros, retirándose primero á Andalucía y despues á América si fuese necesario. El príncipe de la Paz, espidió en su consecuencia las órdenes oportunas. Mandó que se replegasen las tropas destinadas á ocupar el Portugal, porque en vísperas de perder la España debia pensarse en ella mas que en los Algarves ó la Lusitania Septentrional. El general Taranco debia salir de Oporto y volver á Galicia para dirigirse luego al reino de Leon. El general Carafa debia subir por la orilla del Tajo y avanzar hasta Talavera, y el general Solano, marqués del Socorro, regresar desde Elvas á Badajoz y dirigirse á Sevilla. Seguramente el príncipe de la Paz no pensaba en hostilizar á los franceses con aquellas fuerzas, que no constaban mas que de divisiones de 6 á 7,000 hombres cada una. Las destinaba mas bien á cubrir la retirada de la familia real, que á organizar una resistencia desesperada en el Mediodía de la Península. En el puerto de Cádiz se hallaban preparadas algunas fragatas (1).

(1) Las resoluciones del gobierno español de aquella época son muy poco conocidas porque ninguna persona bien informada ha escrito nada sobre este asunto. Sin embargo, interrogado mas tarde por Murat el marqués de Caballero, le entregó tres memorias sobre los acontecimientos que habian precedido á las jornadas de Aranjuez, las cuales son muy instructivas y cuyo manuscrito se halla en la secretaría de Estado. El señor Caballero al hablar de las conferencias que tuvo con el príncipe de la Paz sobre el proyecto de marcha, refiere cuanto pasó en aquella ocasion, y da pormenores muy curiosos. Asegura que oyó afirmar al príncipe de la Paz que habia hecho preparar en Cádiz cinco fragatas para trasladar á la familia real al otro lado de los mares.

Godoy, siguiendo su costumbre de pasar una semana al lado de SS. MM. y otra en Madrid, volvió el domingo 13 de marzo á Aranjuez. Esta poblacion se compone de un magnífico palacio real, situado á orillas del Tajo, decorado por el estilo italiano, con magníficos jardines que recuerdan algo el gusto árabe. Esta residencia está situada, viniendo de Madrid, á la derecha de un camino tan ancho como la venida de los Campos Elíseos. En frente del palacio hay una gran plaza de forma casi redonda. A la izquierda se encuentran muchas hermosas habitaciones que pertenecian á los ministros, á otros varios personages de la córte, y en una de las cuales residia el príncipe de la Paz. Otras muchas casas de las inmediaciones sirven de tiendas en donde se espenden artículos de comercio y comestibles, y en aquel punto es en el que se observa mas concurrencia y animacion.

En cuanto llegó el príncipe de la Paz dió las órdenes definitivas de marcha, que quedó señala-

da para el martes ó miércoles 15 ó 16 de marzo. El mayordomo mayor hizo preparar los coches de la real casa, y que se estableciesen tiros de mulas en el camino de Andalucía. En Madrid se dió órden á los guardias españolas y walonas, y á los de corps que no se hallaban de servicio, para que estuviesen prontos á marchar á Aranjuez.

Mas en fin, era preciso aun cuando no se hiciese aprecio alguno de la resistencia de ciertos ministros, anunciarles la resolucion definitiva de la córte, y mandarles que firmasen las diferentes órdenes. El príncipe de la Paz en cuanto llegó á Aranjuez, hizo que se presentasen algunos de ellos en la real cámara, y principalmente el marqués de Caballero que se hacia esperar. Godoy, que estaba impaciente é incomodado, le recibió bastante mal. Aquel ministro, tenaz en su propósito, se negó á autorizar con su consentimiento ó con su firma la acordada partida.—Os mando que firmeis, le dijo el príncipe en un arrebato de cólera.—No recibo órdenes sino del rey, contestó el señor Caballero. Semejante oposicion por parte de un hombre que no se distinguia por la audacia de su carácter, hubiera debido probar al favorito hasta qué punto habia decaido su autoridad. Llegaron los demas ministros y se promovió entre ellos un vivo altercado. El señor Caballero irritado, en sumo grado, echó en cara al señor de Ceballos su vergonzosa sumision al príncipe de la Paz, y solo fué apoyado por el ministro de Marina. La reunion se disolvió sin acordar nada, y al salir de palacio los consejeros de la corona conservaban en sus semblantes y lenguage la agitacion de que se hallaban poseidos, y profirieron palabras que descubrieron al público

lo que se trataba y el peligro de que se veia amenazado.

Por su parte, el príncipe de Asturias y su tio don Antonio, habian comunicado á sus adictos cuanto sobre el particular sabian, é implorado en algun modo su auxilio contra la violencia que se preparaba. Los gefes de guardias de corps con quienes el príncipe contaba, habian hablado á los individuos de su mando, que se encontraban dispuestos á quebrantar todas las reglas de la subordinacion á la primera indicacion que se les hiciese. La servidumbre, que por los mismos preparativos que habia hecho, sabia cuán próximo estaba el dia de la marcha, y que se separaba con pesar de la antigua mansion en que estaba habituada á vivir se lo habia prevenido á los habitantes de Aranjuez. Desconsolados estos con la idea de verse privados de la córte, estaban decididos á impedir su partida, y divulgando el proyecto de fuga por los pueblos inmediatos, atrajeron al sitio muchos labradores de la Mancha, muy disgustados tambien porque se les quitaba la córte y las ventajas que les proporcionaba. Era estraordinaria la afluencia de gente á Aranjuez, y principiaban ya á verse los rostros mas estraños y siniestros. El conde de Montijo, personage singular, perseguido por la córte, que al nacimiento y fortuna de un gran señor reunia el arte y el gusto de agitar las masas populares, se hallaba en medio de aquella muchedumbre pronto á hacer la señal de la insurreccion. Veíase, pues, á los vecinos de Aranjuez, los forasteros de la Mancha y los guardias de corps, reunidos todos por la ansiedad, el interés, y el espíritu de partido, rondar continuamente al rededor del palacio.

El lunes 14, dia siguiente al en que ocurrió el altercado entre el señor Caballero y el príncipe de la Paz, fué muy agitado. El martes 15 los últimos preparativos de la córte, las espresiones de los ministros disidentes, y ciertas palabras atribuidas al príncipe de Asturias, que segun se decia pedia auxilio contra los que querian llevarle á Andalucía, produjeron tal irritacion, que por momentos se aguardaba estallase una insurreccion popular. Ya tenia las apariencias de ella, ya se oian los gritos y no faltaba mas que los actos y la violencia.

Al dia siguiente, miércoles 16, viendo los autores del proyecto de viage que la marcha no podia emprenderse sino se restituia la calma por algunos instantes á aquella agitada poblacion, idearon publicar una proclama en la que Cárlos IV prometiese no salir de Aranjuez. Redactóse en efecto inmediatamente y se fijó en las esquinas de aquel real sitio, enviándola tambien con gran premura á Madrid. Decia en sustancia:—Mis amados vasallos, no os alarmeis ni por la llegada de las tropas de mi magnánimo aliado el emperador de los franceses, que solo han entrado en España para rechazar un desembarco de los ingleses en nuestras costas, ni por los supuestos proyectos de mi partida. No; no es cierto que yo quiera alejarme de mi amado pueblo. Deseo permanecer y vivir entre vosotros, contando con vuestra adhesion y fidelidad, si fuese necesario combatir á cualquier enemigo. Españoles, tranquilizáos: vuestro rey no os abandonará (1).

(1) He aqui las palabras testuales de esta proclama: «Amados vasallos mios: vuestra noble agitacion en estas circunstancias es un nuevo testimonio que me asegura de los sentimientos de vuestro corazon; y yo, que cual padre tierno os amo, me apresuro á consolaros en la actual angustia que os oprime. Respirad tranquilos: sabed que el ejército de mi caro aliado el emperador de los franceses atraviesa mi reino con ideas de paz y de amistad. Su objeto es trasladarse á los puntos que amenaza el riesgo de algun desembarco del enemigo, y que la reunion de los cuerpos de mi guardia ni tiene el objeto de defender mi persona, ni acompañarme en un viage que la malicia os ha hecho suponer como preciso. Rodeado de la acendrada lealtad de mis vasallos amados, de la cual tengo tan irrefragables pruebas, ¿qué puedo yo temer? Y cuando la necesidad urgente lo exigiese ¿podria dudar de las fuerzas que sus pechos generosos me ofrecerian? No: esta urgencia no la verán mis pueblos. Españoles: tranquilizad vuestro espíritu: conducios como hasta aquí con las tropas del aliado de vuestro rey, y vereis en breves dias restablecida la paz de vuestros corazones, y á mí gozando la que el cielo me dispensa en el seno de mi familia y vuestro amor. Dado en mi palacio real de Aranjuez á 16 de marzo de 1808.=Yo el rey.=A don Pedro Cevallos.» (*Nota del traductor*).

Esta proclama inspiró un poco de seguridad en los ánimos, y los calmó por el momento. La multitud corrió á palacio y pidió se presentasen SS. MM., que salieron al balcon; el pueblo comenzó entonces á gritar: ¡Viva el rey!... ¡Muera el príncipe de la Paz!... ¡Muera el favorito que deshonra y vende á su amo!... El dia concluyó asi con una especie de satisfaccion que desgraciadamente debia ser pasagera.

Al siguiente dia, 17 de marzo, á pesar de la real promesa, parecia que el viage no se habia sus-

pendido. Los carruages continuaban cargados en los patios de palacio, y los caballos prevenidos. Las tropas que formaban la guarnicion de Madrid, compuestas de los guardias españolas y walonas y de la compañía de guardias de corps que no estaba de servicio, se pusieron en marcha para Aranjuez. Una gran parte del pueblo de la capital y una multitud de curiosos las siguieron y atravesaron con ellas la distancia que hay desde uno á otro punto, que es de siete leguas. Por el camino el pueblo proferia en alta voz espresiones contra la reina y el favorito, y preguntaba á los oficiales y soldados si dejarian que les arrebatase sus soberanos un indigno usurpador que queria llevárselos para tiranizarlos con mas seguridad. Las tropas, asi acompañadas, llegaron al declinar el dia á Aranjuez y fueron alojadas, lo cual no era en verdad el mejor medio para mantener la subordinacion militar. Una circunstancia acabó de convencer á la multitud que las promesas régias no eran mas que un engaño: las señoritas Tudó acababan de llegar á Aranjuez, y segun se decia, aquella misma tarde saldrian para Andalucía. La concurrencia al derredor del palacio real y del de el príncipe de la Paz era mas numerosa que en los dias anteriores, porque á los azorados habitantes de Aranjuez, y á los manchegos se habian unido muchos soldados, que en cuanto dejaron las armas en sus alojamientos fueron á mezclarse con la multitud, y con los curiosos que en gran número habian salido de Madrid. Los guardias de corps, por lo menos los que no estaban de servicio, escitados visiblemente por los amigos del príncipe de Asturias, se habian dividido en grupos, y patrullaban voluntariamente

hácia las reales caballerizas, y el palacio del príncipe de la Paz.

Cerca de la media noche, un incidente singular acaecido junto á la habitacion de Godoy, fué la chispa que produjo la esplosion. Una señora que salia de aquel palacio que llevaba del brazo un oficial, ó iba escoltada por algunos húsares que habitualmente daban la guardia al príncipe, fué descubierta por un grupo de guardias de corps y de curiosos, que creyeron reconocer á la señorita Tudó y pensaron que iba á subir en un carruage. La rodearon, y tratando los húsares de abrirse paso, sonó un tiro que se ignora por quien fuese disparado. Al instante hubo un tumulto espantoso: los guardias de corps corrieron á su cuartel, ensillaron los caballos y se arrojaron sable en mano sobre cuantos húsares del príncipe encontraron. Los guardias españolas y walonas tomaron tambien las armas, mas bien para unirse á la multitud que para hacer respetar la autoridad real. No conteniéndose ya el pueblo, se reunió debajo de los balcones de palacio, pidió con gritos destemplados que se dejase ver el rey para manifestarle sus deseos, prorumpiendo con furor en las voces de ¡viva el rey!... ¡muera el príncipe de la Paz!.. Despues de asustarle, saludandole con semejantes aclamaciones, se trasladó al otro lado de Aranjuez en donde estaba situado el palacio del príncipe de la Paz, y le cercó por todas partes. Forzar las puertas para precipitarse dentro de él, pareció á aquel pueblo, que daba el primer paso en la senda de las revoluciones, un atentado superior á su audacia. Se detuvo un momento, titubeó, pero lleno de impaciencia devoraba con la vista su presa antes de

apoderarse de ella. De repente, un individuo, mensagero, segun se dijo, de palacio, se presentó á la puerta del príncipe y pidió se le abriese: se le negó y volvió á insistir. Los que custodiaban la casa, creyendo que se les atacaba trataron de defenderse. En medio de aquella agitacion sonó un tiro, y entonces cesó la indecision. La multitud furiosa se arroja sobre las puertas, las derriba, penetra en la suntuosa habitacion del favorito, la destroza, arroja por los balcones cuadros, colgaduras y muebles magníficos, destruye pero no saquea, mas furiosa que codiciosa, como acontece en los movimientos de toda multitud apasionada pero no envilecida. Corre de aposento en aposento buscando el objeto del ódio público, pero no encuentra mas que á la infortunada esposa del príncipe de la Paz. Hasta los mas insignificantes individuos del pueblo, sabian en España toda la vida de don Manuel Godoy. Sabia cuantas mugeres tenia y á las que amaba ó despreciaba: sabia las desgracias de aquella augusta princesa de Borbon, tristemente enlazada con un guardia, para dar á aquel soldado el régio lustre que le faltaba. La muchedumbre al verla se postró á sus pies, la condujo respetuosamente fuera de aquella casa invadida, la colocó en un coche, y la llevó en triunfo hasta el palacio del soberano, gritando: He aquí la inocente. Despues de dejarla en la mansion de los reyes, de donde nunca debió salir, la multitud, que creia no haber concluido aun en el palacio del príncipe de la Paz, volvió á él, le buscó por todos los rincones, y no encontrándole, se vengó en destruirlo todo horrorosamente. Pasó toda la noche en registros y destrozos, y cuando amaneció, sin que el favorito fuese descubierto, se creyó que habria encontrado en otra parte un asilo.

Fácilmente puede comprenderse cuán grande seria en aquellos momentos el temor de Cárlos IV y la desesperacion de la reina. El recuerdo de la revolucion francesa los habia siempre llenado de terror. Veian, por fin, en torno suyo aquella revolucion tan temida lanzando los mismos gritos, y cometiendo los mismos actos, aunque escitada por otros sentimientos. Estaban inconsolables, consternados, y resignados á todo lo que se quisiese exigir de ellos. La reina, generalmente poco querida, esperimentaba, sin embargo, un sentimiento verdadero, que sin hacerla interesante podia al menos escusar hasta cierto punto su vida anterior. En su terror, no pensaba en sí misma ni en su familia, sino en el que dominaba su alma, en el despreciable Godoy. Preguntaba á todo el mundo que habia sido de él, y enviaba por todas partes criados fieles para que la llevasen noticias ¿En dónde está Manuel?... gritaba, ¿en dónde está?... y no ocultaba las lágrimas que le arrancaban su dolor é inquietud. El mismo monarca, cuando se recobraba un poco de su sobresalto, preguntaba tambien que se habia hecho el pobre Manuel, que tan adicto, decia, le era. El príncipe de Asturias, viendo abatido á su enemigo, la corona de su padre próxima á ceñir sus sienes, é ignorando que bien pronto caeria á tierra para ser recogida con la punta de la espada, manifestaba una alegría poco generosa, que no se ocultaba á las miradas de su madre, y que le atraia por su parte las mas violentas reprensiones.

Habiéndose presentado los ministros y algunos

personages adictos, se aconsejó al rey que exhonerase de todos sus grados y empleos al príncipe de la Paz, como único medio de restablecer la calma y de salvar la vida del mismo príncipe. El rey, porque se hallaba dispuesto á todo, y la reina, porque deseaba mas salvar la vida que el poder de su amante, accedieron desde luego, y en la mañana del 18 de marzo apareció un decreto privando á don Manuel Godoy de sus cargos de gran almirante y de generalísimo, y autorizándole para que se retirase al punto que quisiese elegir (1).

Así concluyó aquel deplorable favorito, cuyo estraño destino era el ofrecer en nuestro tiempo el último vestigio de los vicios de las antiguas córtes, en contraposicion con las costumbres del siglo; porque hasta en las córtes absolutas se habia llegado á respetar la opinion pública: favorito fatal por otros títulos mas que el del escándalo; porque escepto la efusion de sangre, habia atraido sobre la infeliz España todos los males reunidos, la ignominia, la desorganizacion, la ruina, y en último término los motines. Al saber la degradacion de don Manuel Godoy, el pueblo que obstruia las calles de Aranjuez, y que ademas de los vecinos de aquel sitio, se componia de muchos forasteros que habian acudido de Madrid, Toledo y las llanuras

(1) El decreto de exhoneracion estaba redactado en estos términos: «Queriendo mandar por mi persona el ejército y la marina, he venido en exhonerar á don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, de sus empleos de generalísimo y almirante, concediéndole su retiro donde mas le acomode. Tendreislo entendido y lo comunicareis á quien corresponda. Aranjuez 18 de marzo de 1808.=A don Antonio Olaguer Feliu.» (*Nota del traductor*).

de la Mancha, se entregó á la mas frenética alegría, como si al dia siguiente debiese ser el pais mas feliz de la tierra. Por todas partes se oian canciones, se veian bailes y se disparaban tiros al aire; ilumináronse la mayor parte de las casas, abrazábanse unos á otros en las calles, se felicitaban mútuamente de aquella caida, que satisfacia un sentimiento mucho mas vivo que el del interés, el del ódio á una fortuna insolente que habia ofendido á toda España. La noticia llegó á Madrid en dos ó tres horas, y produjo un verdadero delirio.

En cuanto se supo aquel movimiento popular, el embajador de Francia que carecia de talento, pero no de valor, corrió al lado del rey para cubrirle con su cuerpo si corria algun peligro. Terminado todo con la caida del favorito, de quien habia llegado á ser enemigo á fuerza de interesarse por el príncipe de Asturias, se presentó casi triunfante á este último. Dijo á Cárlos IV, que las tropas francesas cuya llegada estaba próxima (pasaban en aquel momento el Guadarrama para bajar á Madrid) estarian á sus órdenes contra todos sus enemigos esteriores é interiores, y que al dar aquella seguridad, creia cumplir con las instrucciones de su augusto amo, que no consentiria que jamás se invocase en vano su amistad. Cárlos IV dió las gracias á Mr. de Beauharnais, y le contestó que en lo sucesivo se consideraria muy dichoso en tratar de los negocios con el embajador de Francia, sin persona intermedia. ¡Desgraciado rey!... ¡el destino no le reservaba tan pesada carga!...

El dia 18 trascurrió con la mayor calma. Sin embargo, la agitada multitud necesitaba nuevas

emociones: la era preciso algo mas que destruir un palacio. Hubiera deseado apoderarse de don Manuel Godoy para despedazar su cuerpo. Se le buscaba por todas partes, y la reina temblaba á cada momento que se la participase su descubrimiento y su muerte. Todos los ministros pasaron la noche en palacio al lado de los soberanos, cuyos párpados no pudo cerrar el sueño ni un instante.

El dia 19 por la mañana, la agitacion popular, que se habia calmado la primer vez con la proclama del 16, y la segunda con la deposicion del favorito decretada el 18, habia crecido como una ola que sube y baja alternativamente. Conociendo los oficiales de guardias que su autoridad seria desatendida por su tropa, declararon que no podrian hacer respetar la persona real si era atacada. El rey y la reina desconsolados, hicieron llamar á su hijo Fernando para que los protegiese con su popularidad: acababa de prometer sus buenos oficios, con la secreta alegría de un vencedor, y la facilidad de un conspirador seguro de los resortes que debe hacer jugar, cuando de repente un nuevo y violento rumor probó que habia sobrado fundamento para temer el dia que comenzaba.

El príncipe de la Paz, tan buscado, no habia sin embargo, dejado su morada. En cuanto fueron forzadas las puertas de su palacio, tomó un puñado de oro, un par de pistolas, y se metió en las bohardillas entre un rollo de estera. En aquella incómoda posicion permaneció todo el dia 18 hasta la mañana del 19, en que despues de treinta y seis horas de suplicio, y no pudiendo ya sufrir la sed, salió de su escondrijo y se encontró con un guardia walon que estaba de servicio. Ofreció oro á

aquel centinela, y no se atrevió á amenazarle con sus armas, pero no consiguió mas que ser denunciado y preso en el mismo instante. Felizmente para él, la mayor parte del pueblo no se encontraba entonces en las inmediaciones de su palacio. Algunos guardias de corps que llegaron bien oportunamente, le colocaron en medio de sus caballos y se dirigieron hácia su cuartel con cuanta celeridad les fué posible. Era preciso atravesar todo Aranjuez, y advertido el pueblo corrió al momento á su encuentro. El príncipe caminaba á pie entre dos guardias montados, apoyado en el arzon de sus sillas, y defendido por ellos de los ataques de la multitud. Otros guardias que iban delante y detrás hacian grandes esfuerzos para protegerle, pero no pudieron impedir que el pueblo enfurecido le diese grandes golpes, con palos, horquillas y cuantas armas pudo haber á las manos. Con los pies muy lastimados por las pisadas que le dieron los caballos, el muslo con una gran herida, y un ojo casi fuera de su órbita, llegó por fin al cuartel de los guardias, y todo ensangrentado, fué colocado sobre la paja de las cuadras. ¡Triste egemplo del favor de los reyes, cuando el furor popular se propone vengar en un dia veinte años de inmerecido poderío!... La historia no ofrecia hasta entonces espectáculo tan lamentable como el que en aquel momento presentaba el antiguo guardia de corps, que despues de haber, en cierto modo, ocupado el régio solio, volvia al cuartel para acostarse sobre la paja que le habia servido de cama en su juventud.

El rey y la reina al saber este nuevo tumulto, llamaron otra vez á Fernando, y le suplicaron que

olvidase sus injurias y corriese á salvar al desgraciado Godoy. Prometió hacerlo, y marchó en efecto al cuartel de guardias de corps, que amenazaba invadir un populacho desenfrenado, y pudo hacer que se retirase, prometiendo que el culpable seria juzgado por el Consejo de Castilla y que serian castigados todos sus crímenes. A la voz del heredero de la corona, la multitud se dispersó. Fernando fué á ver á Godoy, á quien encontró bañado en sangre, y dijo con fingida generosidad que le perdonaba todos los males que de él habia recibido. La vista de un aborrecido enemigo devolvió al príncipe de la Paz la presencia de ánimo que no habia tenido ni un solo instante desde el principio de la catástrofe.—¿Eres ya rey para perdonar? dijo á Fernando.—No, replicó el príncipe, no lo soy, pero lo seré en breve.

Volvió el príncipe á palacio para tranquilizar á sus augustos padres que habian quedado en un estado de turbacion difícil de describir, y dispuestos, para salvar sus personas y la de su querido Manuel, á hacer todos los sacrificios posibles, y aun el del mismo trono.—¿Qué se quiere de nosotros, esclamaban, para libertar de tan grave riesgo á nuestro desgraciado amigo?... ¿Su deposicion? Ya la hemos dictado. ¿Que sea juzgado? Vamos á mandarlo. ¿Se quiere acaso la corona? Tambien la depondremos.—Una especie de enagenacion mental se habia apoderado del rey y de la reina; no sabian lo que se decian, y se dirigian á todo el mundo pidiendo un apoyo ó un consejo. Para tranquilizarlos acerca de la vida del príncipe de la Paz, se imaginó el enviarle bien escoltado á Granada, sirviéndose para ello de los tiros que ya

habia preparados. Inmediatamente se presentó á la puerta del cuartel de guardias de corps, un coche con seis mulas, para meterle en él y hacerle salir de Aranjuez. Mas apenas se tuvo noticia de aquellos preparativos, cuando el pueblo adivinando su objeto se precipitó sobre el carruage, le hizo pedazos, y se manifestó decidido á impedir la marcha.

Este nuevo incidente acabó de trastornar la cabeza al desventurado Cárlos IV y su esposa. Uno y otro creyeron que la revolucion francesa volvia á comenzar en España: que no solo se atentaba contra el príncipe de la Paz, sino contra ellos mismos; y que deponer el cetro en manos de Fernando, seria tal vez un medio de conjurar aquella tempestad naciente, de salvar su vida, y la de su desgraciado amigo. Se lo dijeron á todos los que les rodeaban, á los señores Caballero y Cevallos, al duque de Castel-Franco, gefe de las tropas reunidas en aquel sitio, y á varias personas de la córte; y cuando hacian aquella proposicion, todos los que se hallaban presentes manifestaban con su triste silencio que la aprobaban como la solucion mas sencilla, segura, plausible y la mas capaz de terminar en su nacimiento una revolucion que comenzaba de un modo tan espantoso, como la que hizo rodar la cabeza de Luis XVI. Pasados algunos instantes en aquellas vagas conferencias, y en consultar á hombres atemorizados, Cárlos IV dijo que queria abdicar; su ambiciosa esposa le contestó que tenia razon, y sin que hubiese uno solo que contradijese aquella resolucion, los ministros se ofrecieron á redactar el acta de abdicacion.

Hízose asi en el momento, y se publicó inmediatamente en medio de una alegría sin egemplo. Cárlos IV declaraba en ella que fatigado de los graves cuidados del trono, y abrumado por el peso de los años y de las enfermedades, entregaba á su hijo Fernando, la corona que habia ceñido veinte años (1).

La noticia de la abdicacion produjo en Aranjuez una especie de embriaguez. El pueblo en masa acudió á saludar al nuevo rey, por tan largo tiempo objeto de sus deseos, y le colmó de mil bendiciones. La córte, anticipándose al pueblo, abandonó á los antiguos soberanos, como se abandonan los cadáveres. Quedaron solos, un poco tranquilos, pero completamente abatidos con su caida; todos corrieron al lado del nuevo monarca para manifestar á aquel nuevo amo, que él solo era el que habia ocupado los corazones ya hacia muchos años, aun cuando inclinasen la cabeza ante

(1) El acta de abdicacion se publicó en la Gaceta de Madrid del 23 de marzo de 1808 y estaba concebida en los términos siguientes: «Como los achaques de que adolezco no me permiten soportar por mas tiempo el grave peso del gobierno de mis reinos, y me sea preciso para reparar mi salud gozar en un clima mas templado de la tranquilidad de la vida privada, he determinado despues de la mas seria deliberacion, abdicar mi corona en mi heredero y mi muy caro hijo el príncipe de Asturias. Por tanto es mi real voluntad que sea reconocido y obedecido como rey y señor natural de todos mis reinos y dominios. Y para que este mi real decreto de libre y espontánea abdicacion, tenga su éxito y debido cumplimiento, lo comunicareis al Consejo y demas á quien corresponda.=Dado en Aranjuez á 19 de marzo de 1808.= Yo el rey.=A don Pedro Cevallos.» (*Nota del traductor*).

su madre y el favorito. Fernando, que la naturaleza habia formado para el disimulo, y á quien las desgracias de su juventud habian perfeccionado en tan odioso arte, aparentó hallarse contento de todo el mundo, y lo estaba bastante con su fortuna para que lo pareciese con los hombres. Conservó provisionalmente los ministros de su padre, por que no podia variarlos en aquellos momentos, y la primer órden que les dió, fué que se hiciese venir al sitio al duque del Infantado desterrado á sesenta leguas de Madrid, y á don Juan Escoiquiz encerrado en un convento. En seguida nombró al duque del Infantado, capitan de guardias y presidente del Consejo de Castilla. Así es, que apenas concluia un favor comenzaba otro; pero este debia durar muy pocos dias, porque se acercaba el temible Napoleon. Sus tropas bajaban entonces desde las alturas de Somosierra á Buitrago, y solo se hallaban á una jornada de Madrid, aunque un poco larga. Los ministros de Fernando le aconsejaron diese principio á su reinado, poniéndose de acuerdo con el emperador de los franceses. El duque del Parque fué á encontrar á Murat para tratar con aquel príncipe de la entrada de sus tropas en Madrid. Los duques de Medinaceli y Frias y el conde de Fernan-Nuñez, fueron enviados á Napoleon, á quien se suponia en camino de España, para jurarle amistad y renovarle la peticion de una princesa francesa. Hecho esto al concluir el primer dia, Fernando se durmió creyéndose ya rey. Debia serlo, pero despues de un largo cautiverio y de una espantosa guerra.

Así cayeron los últimos Borbones, para volver á aparecer al cabo de algunos años, bien ó mal,

triste ó gloriosamente: cayeron en Aranjuez, como en París y Nápoles, á impulsos de la revolucion francesa, que los llevaba por delante, semejante á las furias vengadoras que persiguen á los culpables. En París, aquella revolucion habia derribado la cabeza de un Borbon. En Nápoles habia arrojado otro al mar y le habia obligado á refugiarse en Sicilia. En Aranjuez obligaba al último á abdicar para salvar la vida de un innoble favorito, y se servia no de un pueblo amante de la libertad, sino de un pueblo idólatra de la monarquía; siendo de este modo tan varia en su manera de obrar, como lo eran los lugares en donde penetraba, pero siempre terrible y regeneradora, aunque felizmente menos cruel, porque ya destronaba y no mataba á los reyes.

LIBRO TREINTA.

Bayona.

Desórdenes en Madrid al saberse la noticia de los acontecimientos de Aranjuez.—Murat acelera su llegada.—Al aproximarse á Madrid recibe un mensage de la reina de Etruria.—La envia á Mr. de Monthyon.—Este encuentra á la familia real desconsolada y pesarosa de haber abdicado.—Cuando regresó Mr. de Monthyon, Murat sugiere á Cárlos IV la idea de protestar contra una abdicacion que no habia sido libre, y difiere el reconocer á Fernando VII.—Entrada de los franceses en Madrid el 23 de marzo.—Protesta secreta de Cárlos IV.—Fernando VII se apresura á entrar en Madrid para tomar posesion de la corona.—Disgusto de Murat al ver entrar á Fernando VII.—Mr. de Beauharnais aconseja á Fernando VII que vaya á avistarse con el emperador de los franceses.—Efecto de las noticias de España en las resoluciones de Napoleon.—Adopta un nuevo partido al saber la revolucion de Aranjuez.—Concibe en París el mismo plan que Murat en Madrid, el de no reconocer á Fernando VII, y hacer que Cárlos IV le ceda la corona.—Mision del general Savary en Madrid.—Regreso de Mr. de Tournon á París.—Duda momentánea que se suscita en el ánimo de Napoleon.—Despacho singular del dia 29, que contradice lo que habia pensado y resuelto.—Las noticias de Madrid llegadas el 30 confirman á Napoleon en sus primitivos proyectos.—Aprueba la conducta de Murat, y que envie á Bayona toda la familia de España.—Se pone en camino para Burdeos.—Con la aprobacion de Napoleon, Murat trabaja con el general Savary en la ejecucion del plan convenido.—Fernando VII, despues de reunir en Madrid á sus confidentes íntimos, el duque del Infantado y á don Juan Escoiquiz, delibera sobre la con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

triste ó gloriosamente: cayeron en Aranjuez, como en París y Nápoles, á impulsos de la revolucion francesa, que los llevaba por delante, semejante á las furias vengadoras que persiguen á los culpables. En París, aquella revolucion habia derribado la cabeza de un Borbon. En Nápoles habia arrojado otro al mar y le habia obligado á refugiarse en Sicilia. En Aranjuez obligaba al último á abdicar para salvar la vida de un innoble favorito, y se servia no de un pueblo amante de la libertad, sino de un pueblo idólatra de la monarquía; siendo de este modo tan varia en su manera de obrar, como lo eran los lugares en donde penetraba, pero siempre terrible y regeneradora, aunque felizmente menos cruel, porque ya destronaba y no mataba á los reyes.

LIBRO TREINTA.

Bayona.

Desórdenes en Madrid al saberse la noticia de los acontecimientos de Aranjuez.—Murat acelera su llegada.—Al aproximarse á Madrid recibe un mensage de la reina de Etruria.—La envia á Mr. de Monthyon.—Este encuentra á la familia real desconsolada y pesarosa de haber abdicado.—Cuando regresó Mr. de Monthyon, Murat sugiere á Cárlos IV la idea de protestar contra una abdicacion que no habia sido libre, y difiere el reconocer á Fernando VII.—Entrada de los franceses en Madrid el 23 de marzo.—Protesta secreta de Cárlos IV.—Fernando VII se apresura á entrar en Madrid para tomar posesion de la corona.—Disgusto de Murat al ver entrar á Fernando VII.—Mr. de Beauharnais aconseja á Fernando VII que vaya á avistarse con el emperador de los franceses.—Efecto de las noticias de España en las resoluciones de Napoleon.—Adopta un nuevo partido al saber la revolucion de Aranjuez.—Concibe en París el mismo plan que Murat en Madrid, el de no reconocer á Fernando VII, y hacer que Cárlos IV le ceda la corona.—Mision del general Savary en Madrid.—Regreso de Mr. de Tournon á París.—Duda momentánea que se suscita en el ánimo de Napoleon.—Despacho singular del dia 29, que contradice lo que habia pensado y resuelto.—Las noticias de Madrid llegadas el 30 confirman á Napoleon en sus primitivos proyectos.—Aprueba la conducta de Murat, y que envie á Bayona toda la familia de España.—Se pone en camino para Burdeos.—Con la aprobacion de Napoleon, Murat trabaja con el general Savary en la ejecucion del plan convenido.—Fernando VII, despues de reunir en Madrid á sus confidentes íntimos, el duque del Infantado y á don Juan Escoiquiz, delibera sobre la con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ducta que debería observarse con los franceses.—Motivos que le deciden á salir en busca de Napoleon.—Una entrevista con el general Savary acaba de decidirle.—Resuelve la marcha, y deja en Madrid, para que le represente, una regencia presidida por su tio don Antonio.—Sentimiento de los españoles al verle partir.—Los reyes padres al saber que va á presentarse á Napoleon, quieren tambien trasladarse allí para defender en persona su propia causa.—Júbilo y locas esperanzas de Murat al ver que los príncipes españoles se entregan por sí mismos.—Espíritu del pueblo español.—Su conducta con las tropas francesas.—Actitud de Murat en Madrid.—Viage de Fernando VII desde Madrid á Burgos y de Burgos á Vitoria.—Su permanencia en Vitoria.—Sus motivos para detenerse en aquella ciudad.—Savary se separa de él para ir á recibir nuevas instrucciones de Napoleon.—Napoleon se establece en Bayona.—Carta que escribe á Fernando VII y órdenes que dicta con respecto á él.—Fernando VII se resuelve por último á marchar á Bayona.—Su llegada á aquella ciudad.—Recibimiento que le hizo Napoleon.—Primera insinuacion acerca de lo que se quiere de él.—Napoleon le manifiesta sin rodeos su intencion de apoderarse de la corona de España, y le ofrece en compensacion la de Etruria.—Resistencia é ilusiones de Fernando VII.—Napoleon para terminarlo todo aguarda la llegada de Cárlos IV, á quien habia invitado para que fuese á Bayona.—Viage de los antiguos soberanos.—Libertad del príncipe de la Paz.—Reunion en Bayona de todos los príncipes de la casa de España.—Acogida que Napoleon dispensa á Cárlos IV.—Le trata como rey.—Fernando vuelve á la condicion de príncipe de Asturias.—Convenio de Napoleon con Cárlos IV para asegurar á este un magnífico retiro en Francia, mediante el abandono de la corona de España.—Resistencia de Fernando VII.—Napoleon se hallaba pronto á concluirlo todo por un acto de su inmenso poderío, cuando los acontecimientos de Madrid le suministran el apetecido desenlace.—Insurreccion de Madrid el dia dos de mayo.—Murat manda una represion enérgica.—Consecuencias en Bayona.—Emocion de Cárlos IV al saber la jornada del dos de mayo.—Escena violenta entre el padre, la madre y el hijo.—Terror y resignacion de Fernando VII.—Tratado para la cesion de la corona de España á Napoleon.—Partida de Cárlos IV para Compiegne y de Fernando VII para Valencey.—Napoleon destina para la corona de España á José, y para la de Nápoles á Murat.—Dolor y despecho de este último al saber la resolucion de Napoleon.—Mas no por eso deja de trabajar para obtener de las autoridades españolas la espresion de sus deseos en favor de José.—Declaracion equivoca de la junta y del Consejo de Castilla, manifestando su voto condicional en favor de José.—Descontento de Napoleon con Murat.—Mientras aguarda la contestacion de José para poder proclamar la nueva dinastía, Napoleon procura subsanar la violencia que acaba de cometer con la España por medio del

empleo maravilloso de sus recursos.—Auxilio de dinero á la España.—Distribucion del ejército de manera que pudiese defender las costas y evitar todo acto de resistencia.—Vastos proyectos marítimos.—Llegada de José á Bayona.—Es proclamado rey de España.—Junta convocada en Bayona.—Deliberacion de aquella junta.—Constitucion española.—Aceptacion de la Constitucion y reconocimiento de José por la junta.—Conclusion de los acontecimientos de Bayona y salida de José para Madrid y de Napoleon para Paris.

La caida del príncipe de la Paz, habia producido en el pueblo de Madrid la mayor alegría. La noticia de la abdicacion de Cárlos IV, y el advenimiento de Fernando VII la hizo llegar á su colmo. Para las turbas no hay alegría completa sin trastornos. Sabian aquellas que el príncipe de la Paz estaba preso en Aranjuez, y corrieron á precipitarse sobre su familia y los personages que gozaban de su confianza. Devastaron sus casas, y persiguieron á las personas, pero felizmente ninguna cayó en poder de la multitud, merced al valor de Mr. de Beauharnais. Este despues de la abdicacion de Cárlos IV regresó inmediatamente á Madrid, y tuvo tiempo para dar asilo á la familia de Godoy. La madre, el hermano y las hermanas de aquel, casadas con los principales señores del reino, habian pasado una noche terrible en sus mismos palacios. Mr. de Beauharnais les ofreció un asilo en la casa de la embajada, en donde debian ser protegidos por el terror de las armas francesas, porque Murat se encontraba en aquel momento á una jornada de la capital. El saqueo y el incendio duraron todo el dia 20 sin que lo impidiese la fuerza pública. Habia en Madrid dos regimientos suizos (los de Preux y de Reding) pero aquellos soldados estrangeros, en peor posicion que los demas en medio de las agitaciones populares, ni se atre-

vieron á presentarse ni hicieron nada para contener el desórden. Una especie de cansancio, la cooperacion de algunos vecinos que se armaron espontáneamente, y una proclama de Fernando que no queria inaugurar su reinado con odiosos escesos, pusieron fin á aquellas destructoras escenas. Todo Madrid se complacia de ver concluido un reinado aborrecido, y principiar otro ardientemente deseado. La satisfaccion era general en los ánimos, y no producia en ellos la mas leve inquietud la noticia de la aproximacion de las tropas francesas. Antes se esperaba que derribasen al favorito, pero entonces todos se lisongeaban con la idea de que iban á reconocer á Fernando VII. De todos modos, el pueblo envanecido con lo que acababa de hacer, y orgulloso por haber vencido por sí solo al temible favorito, tenia gran confianza y aparentaba no temer á nadie. En su natural alegría, no creia mas que lo que le lisonjeaba, y los franceses no eran á sus ojos mas que unos auxiliares que llegaban á solemnizar el reinado de Fernando VII. Con semejantes disposiciones, las tropas no podian menos de ser bien recibidas.

Habian ya pasado en su mayor parte el Guadarrama. Las dos primeras divisiones del cuerpo del mariscal Moncey estaban el 20 entre Cabanillas y Buitrago, y la tercera en Somosierra. La primera division del general Dupont se hallaba el mismo dia en Guadarrama pronta á bajar al Escorial; la segunda del mismo cuerpo en Segovia y la tercera en Valladolid. Murat podia, pues, llegar á Madrid en veinte y cuatro horas, con dos divisiones del mariscal Moncey, una del general Dupont, toda su caballería y la guardia, es decir, con

treinta mil hombres. En la capital no habia mas que dos regimientos de suizos, y el pueblo estaba desarmado, por consiguiente Murat no tenia que temer ninguna resistencia.

Los desórdenes de la capital le habian afligido profundamente, y sentia el que la Europa pudiese acusar á los franceses de haber promovido trastornos en España para apoderarse de ella mas fácilmente. No sabia tampoco si aquella solucion imprevista era la que Napoleon deseaba, y sobre todo si era la que mas convenia para que el trono quedase vacante. La humanidad, la obediencia y la ambicion producian en su alma un penoso conflicto. En este estado, escribió á Napoleon participándole lo que acababa de saber, y quejándose nuevamente de que no le hubiese confiado su secreto: al mismo tiempo le manifestaba el sentimiento que le causaban los sucesos de Madrid, y le anunciaba que iba á entrar inmediatamente en la capital para reprimir á toda costa los escesos de un populacho enfurecido. Hecho esto, puso en movimiento sus columnas, y marchó delante para colocar en San Agustin las tropas del mariscal Moncey, y en el Escorial las del general Dupont.

Al siguiente dia 21 se encontraba en el Molar, y allí recibió un correo disfrazado, que le llevaba una carta de la reina de Etruria. Esta princesa á quien habia conocido en Italia, y con la que tenia relaciones de amistad, escitaba la sensibilidad de su corazon, en nombre de una familia augusta y desgraciada. En ella le decia, que sus ancianos padres se veian amenazados de un grave peligro y que para preservarse de él recurrian á su generosa proteccion. Le suplicaba que fuese secreta-

mente á Aranjuez, para presenciar su deplorable situacion y convenir en los medios de sacarlos de ella.

Aquella jóven inconsolable poco versada en el conocimiento de los negocios, aunque dotada de mas talento que su difunto esposo, creia que un general en gefe que representaba á Napoleon, y que conducia un ejército á las puertas de una de las capitales de Europa, podria abandonar sin ser advertido su cuartel general por un dia ó dos, como quizá lo habia hecho en Florencia, cuando se hallaba en plena paz, y mas ocupado en sus placeres que en guerra y en negociaciones. Murat la contestó con mucha política que le eran en estremo sensibles las desgracias de su familia, pero que le era imposible abandonar su cuartel general, en donde le retenian deberes muy imperiosos, pero que la enviaba en su lugar á Mr de Monthyon, uno de sus oficiales, hombre seguro, y á quien podria decir todo lo que le confiaria á él mismo (1).

Mr. de Monthyon salió del Molar el 21, llegó á Aranjuez el 28, y encontró desconsolada á la familia de los antiguos soberanos. En un momento de terror, Cárlos IV y su esposa se habian decidi-

(1) No supongo ni invento nada. Escribo con arreglo á documentos originales depositados en el Louvre, de los cuales algunos se publicaron en el Monitor, aunque en corto número, y con notables alteraciones. La correspondencia de Murat con Napoleon, la mas importante é instructiva de las relativas á los asuntos de España, no se ha publicado nunca. En el Monitor se han insertado algunos fragmentos de la de Mr. de Monthyon, pero muy desfigurados. Lo que refiero está tomado de originales autógrafos y exactos.

do á desprenderse de la autoridad suprema. La reina, autora principal de las determinaciones de la córte, habia sido impulsada á hacer la abdicacion por el deseo de salvar la vida al príncipe de la Paz, y de sustraerse con su esposo á los peligros que habia exagerado su imaginacion. Mas pasado el primer momento, el silencio sucedió al tumulto popular, y nuevos peligros amenazaban al príncipe de la Paz, cuyo proceso habia decretado Fernando VII, por manera que sufria el doble pesar de verse abatida, y de no mirar en seguridad al objeto de sus criminales afecciones. Y como los movimientos de su alma se reproducian al instante en la de su débil esposo, le habia comunicado los mismos pesares. Para colmo de desgracia acababa de hacérseles saber en nombre de Fernando VII, que era necesario se trasladasen á Badajoz, en lo último de Estremadura, lejos de la proteccion de los franceses, para vivir en el aislamiento y tal vez en la miseria, mientras que un hijo aborrecido, reinaria, se vengaria, y probablemente sacrificaria á Godoy. Con semejante perspectiva, su situacion se hacia cada dia mas cruel. La jóven reina de Etruria, á quien aquel destierro desconsolaba en proporcion de su edad, añadia á los dolores de la real familia su propia desesperacion. Como tenia relaciones con Murat, y éste podia auxiliarles en su angustiosa posicion, recibió el encargo de implorar la proteccion del ejército francés.

Tal era el estado en que Mr. de Monthyon encontró á aquella desgraciada familia. El anciano rey, la reina, y la jóven reina de Etruria, le rodearon y le asaltaron con las mas vivas instancias y

súplicas. Le refirieron las angustias de los dos últimos dias, las violencias que habian sufrido, las que sin duda iban á padecer, la intimacion que se les habia hecho de marchar á Badajoz, y sobre todo los peligros que amenazaban á don Manuel Godoy. Hablóse de esto, mucho mas que de la familia real; se pidió para él la proteccion de la Francia, ofreciendo conformarse con la decision de Murat relativamente á todo lo ocurrido, hacerle árbitro del destino de España, y someterse á cuanto mandase.

Mr. de Monthyon volvió á partir al momento para reunirse con Murat que se habia aproximado á Madrid el dia 22, con el fin de efectuar su entrada el 23, dia casi indicado de antemano en las instrucciones de Napoleon. Le participó cuanto habia visto y oido en su conferencia con los antiguos soberanos, sus amargos pesares, y sus deseos de acudir á Napoleon para que decidiese sobre los últimos acontecimientos de España. Al escuchar Murat su narracion, pareció que le iluminaban repentinamente. No estaba en el secreto de la política de que era instrumento, pero habia supuesto ó pensado algunas veces que Napoleon queria asustar á Cárlos IV y obligarle á huir, para proporcionarse la corona de España como la de Portugal, por medio del abandono que de ella hiciesen sus poseedores. Este plan quedaba desconcertado por la revolucion de Aranjuez, y Murat creyó que era necesario obrar de modo que las mismas circunstancias produjesen otro enteramente nuevo. En consecuencia, concibió la idea de convertir en una protesta formal de la abdicacion del dia 19, el pesar que los soberanos manifestaban por aquel acto,

y despues de redactada, firmada, y entregada en sus manos, negarse á reconocer á Fernando VII; lo que podia hacerse naturalmente, porque no era probable que habiendo subido Fernando VII al trono de semejante modo, fuese reconocido sin solicitar antes la aprobacion de Napoleon. El resultado de esta combinacion iba á ser el dejar á la España sin soberano; porque el anciano monarca que habia cesado de hecho, no recobraria el trono protestando, y Fernando VII, merced á aquella protesta quedaria suspenso de su autoridad real. Entre un rey que ya no lo era ni podia serlo, y otro que todavía no lo era, ni lo seria jamás, si no se queria que lo fuese, la España iba á encontrarse sin mas señor que el general en gefe del ejército francés. De este modo la fortuna restituia el medio que habia arrebatado impidiendo la marcha de Cárlos IV.

El talento de Murat aguzado por la ambicion, acababa de penetrar todo cuanto el genio de Napoleon, con su profunda astucia, imaginó algunos dias despues al saber los últimos acontecimientos. Sin perder momento, y con la vivacidad de sus deseos, Murat dispuso que Mr. de Monthyon volviese á Aranjuez, encargándole se avistase con la familia real, y la propusiese, puesto que habia sido violentada, segun ella misma lo declaró anteriormente, que protestase contra la abdicacion del 19, y que si no se atrevia á dar aquel paso públicamente lo hiciese en secreto: que incluyese aquel documento en una carta para el emperador, que no debia tardar muchos dias en llegar á España, y que de este modo quedaria constituido árbitro de la odiosa usurpacion que el hijo habia

cometido contra su padre. Murat prometia inclinar el ánimo de Napoleon hácia la causa de los antiguos soberanos, y hasta tanto no solo protegerlos á ellos, sino al desgraciado Godoy que se hallaba en poder de Fernando VII.

Mr. de Monthyon marchó efectivamente á Aranjuez, y Murat se apresuró á escribir al emperador informándole de lo ocurrido, y participándole la combinacion que habia ideado. El 22 por la tarde llegó á Chamartin, situado en las alturas que dominan á Madrid, y se preparó para hacer su entrada en el dia siguiente. Acababa de recibir al duque del Parque, enviado por Fernando VII para cumplimentarle en su nombre, invitarle á entrar en la capital, y ofrecerle víveres, alojamiento para el ejército, y la seguridad de las amistosas intenciones de la nueva córte para con la Francia. Murat dispensó al duque del Parque una acogida lisongera en la que se traslucia un poco de la presuncion que le era propia, y al aceptar las seguridades que le ofrecia, le espresó con bastante claridad, que solo el emperador podia reconocer á Fernando VII, y legalizar en nombre del derecho de gentes la revolucion de Aranjuez. Que por lo que á él tocaba, hasta que se le comunicase la decision imperial, no le era dado considerar al nuevo gobierno mas que como de hecho, ni dar á Fernando VII mas título que el de príncipe de Asturias. Esta especie de relaciones fué aceptada, porque el lugar-teniente de Napoleon no admitia otras, y se dispuso todo para la entrada de los franceses en Madrid, la mañana del siguiente dia 23 de marzo de 1808.

Los que dirigian la nueva córte, aunque no

muy sábios, habian sin embargo conocido la necesidad de evitar un rompimiento con los franceses; porque el monarca que habia subido al trono por una revolucion palaciega, hubiera podido ser arrebatado por un regimiento de caballería. En su consecuencia habian recomendado á los habitantes de Madrid que recibiesen bien á las tropas francesas, y para asegurarse, hicieron fijar en las esquinas una proclama en que Fernando VII recordaba los sentimientos de benevolencia que debian animar á sus súbditos para con una nacion que era su antigua aliada. Los españoles que comprendian aquella política tan bien como su jóven rey, é impulsados ademas por la curiosidad, estaban dispuestos á salir á recibir á Murat y prodigarle aclamaciones.

El 23 por la mañana, Murat reunió en las alturas situadas detras de Madrid, que no son mas que las últimas vertientes del Guadarrama, una parte de su ejército, que en aquel momento consistia en las dos primeras divisiones del mariscal Moncey, en la caballería de todos los cuerpos, y en los destacamentos de la guardia imperial enviados desde Paris para escolta de Napoleon. Hizo su entrada á la mitad del dia, á la cabeza de un brillante estado mayor, y encantó á todos por su buena presencia, su aire de confianza, y su graciosa sonrisa. La guardia imperial chocó estraordinariamente á los españoles; y tambien llamaron mucho su atencion los coraceros por su gran talla, su armadura y su disciplina. Pero la infantería del mariscal Moncey, que su mayor parte se componia de jóvenes mal vestidos y rendidos de cansancio, inspiró mas compasion que temor, lo cual era muy poco ventajoso

en un pueblo, cuyos sentidos era necesario impresionar mas bien que su razon. Sin embargo, el conjunto de aquel aparato militar produjo cierto efecto en la imaginacion del público, que aplaudió mucho á los franceses.

Por un descuido involuntario, mas bien que por falta de miramiento, que no entraba en el cálculo de nadie, no se habia preparado alojamiento para el general en gefe del ejército francés. Murat fué á parar al palacio del Buen Retiro y ocupó la habitacion que tenian las señoras Tudó antes de su partida. Se resintió algun tanto de esta falta de atencion, pero inmediatamente se le ofreció la antigua habitacion del príncipe de la Paz, situada cerca del magnífico palacio real. Las autoridades civiles y militares, el clero y el cuerpo diplomático fueron á visitarle. Los recibió con gracia y con cierta altivez casi como soberano, aunque no tenia mas título que el de general en gefe del ejército francés.

Cuando entraba en Madrid, se le dió la noticia de que iba á llegar preso, cargado de cadenas y conducido por guardias de corps, el infeliz Godoy, cuyo proceso iba á comenzarse en seguida. Murat por generosidad, por cálculo y por atraerse la antigua córte, destinada á servir de instrumento para nuevas combinaciones, estaba resuelto á no tolerar ningun acto de crueldad con el abatido favorito. Temiendo que la presencia de aquel personage, objeto de odio para la multitud, produjese un tumulto popular, especialmente al tiempo de la entrada de las tropas, envió á uno de sus oficiales con órden de que se suspendiese la traslacion del preso y se detuviese en un pueblo inmediato á Madrid.

Esta órden encontró al príncipe de la Paz en la villa de Pinto, en donde se detuvo algunos dias Murat dirigió inmediatamente á Aranjuez un destacamento de caballería para proteger á los reyes padres, oponerse á que se los hiciese salir para Badajoz, y animarles á seguir sus consejos, restituyéndoles la seguridad. Al mismo tiempo anunció que ni él ni su soberano consentirian el escesivo rigor con que se queria tratar á don Manuel Godoy.

Mr. de Monthyon encontró á la familia de los antiguos soberanos mas desconsolada que en su primer viage, mas alarmada por la suerte del príncipe de la Paz, mas llagado su corazon por el abandono en que se la dejaba, mas irritada con el triunfo de Fernando VII, y por consiguiente mucho mas dispuesta á arrojarse en brazos de la Francia. La idea de una protesta adecuada para hacerla recobrar el poder ó vengarla, y conforme por otra parte con la verdad de los hechos, no podia dejar de ser acogida con la mayor alegría. Lo fué en efecto, y Cárlos IV se mostró dispuesto á firmarla al punto; pero la redaccion propuesta por Murat, no era la que convenia á los reyes, aunque fuesen dóciles y poco entendidos en materias de lenguage. Temian que si semejante paso llegaba á descubrirse, comprometiese su vida y la del favorito, y pidieron algunas horas para reflexionar acerca de la mejor forma, obligándose en cuanto á lo demas á conducirse como se los exigiese, y á fechar la protesta el dia en que apareciese mejor su espontaneidad en acogerse á la justicia de Napoleon. Mr. de Monthyon volvió á avistarse con Murat para reiterarle aquellas seguridades y la solicitud de la proteccion del ejército francés.

Seguro ya Murat de disponer de los reyes padres como le pareciese mas conveniente al mejor éxito de la combinacion de que era autor, resolvió obrar tambien con Fernando VII para obligarle á que no se ciñese todavia la corona, á que se abstuviese de egercer actos de soberanía, y sobre todo á diferir su entrada solemne en Madrid. Murat creia que cuanto menos fuese rey Fernando VII, no siéndolo ya Cárlos IV, mejor se compondrian las cosas en sentido de sus esperanzas. Deseaba ademas obtener de Fernando otra determinacion que le parecia urgente. El príncipe de la Paz, cuando se trató del viage de Andalucía, habia mandado á las tropas españolas que volviesen á pasar la frontera de Portugal, y que la division de Taranco se dirigiese á Castilla la Vieja, y la de Solano á Estremadura Esta, que ya habia llegado á las inmediaciones de Talavera, se aproximaba á Madrid, y podia dar márgen á complicaciones contrarias á las miras de Murat que comprendia muy bien que los negocios de España debian manejarse mas bien con destreza que por la fuerza. Mas para conseguir la órden de que retrocediesen las tropas, era necesario recurrir al mismo Fernando.

Murat le envió á Mr. de Beauharnais, de quien desconfiaba mucho, porque sabia que era adicto al nuevo monarca, y en quien suponia mas astucia que la que aquel honrado y poco hábil embajador era capaz de desplegar en una trama política. Le persuadió que debia marchar inmediatamente á Aranjuez, y valerse de su ascendiente con Fernando VII para arrancarle las resoluciones que reclamaban las circunstancias. Para decidir á Mr. de Beauharnais, Murat principió infundiéndole temor

por la mala interpretacion que habia dado á las intenciones de Napoleon, contribuyendo á impedir el viage de Andalucía (lo cual se le imputaba efectivamente con razon ó sin ella). Para intimidarle mas, Murat le afirmó lo que no sabia, que Napoleon hubiera deseado que se repitiese la escena de Lisboa: despues, como medio seguro de reparar su falta, le sugirió la idea de trasladarse sin dilacion á Aranjuez, para conseguir de Fernando VII que hiciese retroceder las tropas españolas, que no se pusiese en marcha para Madrid, y que suspendiese todo acto de autoridad real hasta saber la decision de Napoleon. Mr. de Beauharnais, cediendo á sus consejos, partió al momento para Aranjuez para hacer, sino todo, al menos parte de lo que deseaba Murat.

Cuando se presentó á Fernando le pidió desde luego con su acostumbrada obstinacion, que volviesen las tropas españolas á sus primeras posiciones. Fernando no tenia todavia á su lado á sus dos principales confidentes el canónigo Escoiquiz y el duque del Infantado, desterrados demasiado lejos de Madrid para que hubiesen tenido tiempo de volver. Habia conservado algunos ministros de su padre, especialmente á los señores Cevallos y Caballero, y despues de consultarlos, hizo que se espidiese al general Taranco y al marqués del Socorro, la órden de volver á entrar en Portugal, ó por lo menos de detenerse en la frontera de aquel reino para esperar allí nuevas instrucciones. Las tropas de Solano debieron regresar por Toledo y Talavera á Badajoz. Desempeñada esta primera parte de su comision, Mr. de Beauharnais, bien porque no hubiese comprendido la intencion de

Murat en cuanto á la segunda, ó porque aun comprendiéndola no quisiese conformarse con ella, se aplicó á persuadir á Fernando que era necesario grangearse la voluntad y el aprecio de Napoleon, y para ello correr en busca suya, echarse en sus brazos y pedirle su amistad, su proteccion y una esposa: que cuanto mas pronto diese semejante paso, mas en breve estaria seguro de reinar, y que lo mejor seria emprender al instante el viage desde el mismo Aranjuez; que no tendria que andar mucho, pues encontraria al emperador en el camino; y por último que no debia ir á Madrid sino de paso, y trasladarse lo mas pronto posible á Burgos ó Vitoria.

Mr. de Beauharnais daba semejante consejo de buena fé, y sin sospecharlo siquiera, contribuia por su parte, como Murat por la suya, á la intriga en que Fernando sucumbiria dentro de poco tiempo. El inesperto rey no rechazó aquel dictámen, pero aplazó su decision hasta la llegada de sus dos confidentes, sin cuya consulta no queria emprender nada grave. Adoptó únicamente del consejo de Mr. de Beauharnais, lo que entonces le convenia, que era el dejar á Aranjuez y marchar inmediatamente á Madrid, y fijó el siguiente dia 24 para su entrada solemne.

Mr. de Beauharnais en cuanto regresó á la capital refirió sencillamente á Murat todo lo que habia dicho y hecho. Este creyó ver en ello un calculo pérfido para que Fernando VII entrase inmediatamente en Madrid, y tomase cuanto antes posesion de la corona. Sin pérdida de tiempo le denunció al emperador como un cómplice secreto de Fernando VII, como un activo agente de la revolucion que habia derribado al anciano rey del trono, y como un embajador peligroso que favorecia al nuevo soberano, único á quien habia que temer. Sin embargo, aquellas inculpaciones dictadas por la suspicaz ambicion de Murat, eran injustas ó por lo menos exageradas. Mr. de Beauharnais se habia desde un principio inclinado sinceramente á Fernando VII, porque le parecia el personage de la córte digno de mas interés; tal vez su adhesion se habia avivado desde que se trató de casarle con una señorita Beauharnais; pero creia en conciencia que unirse á Fernando VII era para la Francia la mejor de las soluciones; y al impeler á aquel príncipe por el camino de Francia, queria llevarle, no á Madrid, sino á los pies de Napoleon para asegurar el resultado que juzgaba mejor. Por lo demas no era bastante activo ni hábil para tomar la mas leve parte en la última revolucion, en que solo habia figurado ofreciendo al anciano rey en el momento del peligro, el auxilio de su poca destreza y de su valor.

Los que dirigian los negocios del nuevo soberano lo habian dispuesto todo para la entrada de Fernando VII en la capital. Aunque ignoraban los designios de Napoleon, decian que siendo la soberanía de Fernando la mas reciente y vigorosa, debia ser tambien la menos agradable á los franceses si abrigaban alguna mala intencion con respecto á España. Asi es que conceptuaban muy urgente el entrar en Madrid, y recibir las aclamaciones del pueblo, que serian como una especie de consagracion nacional. Habiendo entrado Murat el 23 les parecia demasiada tardanza un solo dia. En su consecuencia, se anunció que la nueva córte se

trasladaria á Madrid el 24, sin mas aparato que algunos guardias y el entusiasmo popular.

Efectivamente, el dia indicado salió Fernando de Aranjuez muy temprano, bajó del carruage en la puerta de Atocha, montó allí á caballo, y rodeado de los oficiales de su córte, atravesó el hermoso paseo del Prado, y penetró por la ancha calle de Alcalá en lo interior de Madrid, por medio de una multitud inmensa, que despues de haber deseado durante largo tiempo concluyese el último reinado y comenzase el nuevo, veia por fin realizadas sus esperanzas, y procuraba en algun modo desentenderse á fuerza de gritos de los peligros que amenazaban á la España. Toda la poblacion enagenada de gozo discurria por las calles ó se hallaba en los balcones, desde los que las señoras arrojaban flores. Los hombres se precipitaban delante del nuevo rey, y tendian las capas para que su caballo pasase por encima de ellas. Otros blandiendo sus puñales (1) juraban morir por él, porque sus ardientes almas presagiaban aunque confusamente el peligro. Aquel príncipe rencoroso, tan poco digno de ser amado, se hallaba en aquel momento circundado de tanto amor como Tito obtuvo de los romanos y Enrique IV de los franceses. Formaba las delicias de la España, que no sospechaba el porvenir que la aguardaba.

Cuando Fernando VII llegó á palacio recibió á las autoridades públicas. El mismo dia el cuerpo diplomático le prestó homenage como rey legítimo, aunque no reconocido. Mr. de Beauharnais detenido por Murat, no se presentó: su ausencia alarmó mucho á la nueva córte, y embarazó á los mismos individuos del cuerpo diplomático, que habian cedido á sus propios sentimientos adhiriéndose con tanta ligereza á la soberanía de los Borbones. Los ministros de las córtes débiles y dependientes se escusaron. El de Rusia se escusó tambien, pero con menos humildad; alegó los usos diplomáticos que son invariables, y en virtud de los cuales se saluda á todo nuevo rey, sin prejuzgar la cuestion de su reconocimiento definitivo.

(1) Navajas querrá decir el señor de Thiers. (*Nota del traductor*).

Murat recibió con visible disgusto aquellas esplicaciones de una conducta que le habia desagradado, porque miraba ya á Fernando como un rival á la corona de España, y cuando se le propuso que fuese á visitarle, se negó abiertamente, declarando que para él Cárlos IV era siempre rey de España, y Fernando príncipe de Asturias hasta que Napoleon decidiese sobre aquel grave y triste conflicto. El 21 por la tarde como ya hemos dicho, escribió desde el Molar á Napoleon cuanto habia ocurrido, y le comunicó su plan, que consistia en hacer que Cárlos IV protestase, y en no reconocer á Fernando VII, para que la España se encontrase con un rey que ya no era, y otro que todavía no habia llegado á serlo. El 22 y el 23 ocupado en su marcha y entrada en Madrid no pudo escribir. El 24 lo hizo participando lo que habia pasado en aquellos dos dias, y siguiendo inspirado por los acontecimientos, añadió á su plan una nueva idea, la que Mr. de Beauharnais le habia inocentemente suministrado, y de que se iba á hacer un uso pérfido: aquella idea no era otra que la de enviar á Fernando al encuentro de Napoleon para que se apoderase de él é hiciese lo que quisiese. Entonces

ya no habria que entenderse mas que con Cárlos IV á quien seria fácil arrancar el cetro, porque era incapaz de sostenerle en sus débiles manos, y la misma España no se encontraba tampoco muy dispuesta á dejársele.

Mientras esto sucedia en España, Napoleon lo habia sabido todo á los seis ó siete dias, tiempo que se empleaba entonces en las comunicaciones desde Madrid á Paris. Del 23 al 27 supo la sublevacion de Aranjuez, la caida del favorito, y la abdicacion forzosa de Carlos IV. Esta solucion, la mas imprevista de todas, aunque no era la menos natural, le sorprendió pero sin desconcertarle. No habiéndose efectuado la apetecida marcha de la familia reinante, que hubiera dejado vacante el trono, el primer plan no era ya mas que una combinacion que habia abortado. Sin embargo, Napoleon vió en aquellos mismos acontecimientos un nuevo medio de conseguir su objeto, y este medio convenia exactamente con el que las circunstancias habian sugerido á Murat. Antes que llegasen á Paris las cartas en que éste proponia sus ideas, Napoleon imaginó el no reconocer á Fernando VII, cuya reciente soberania deseada por los españoles, seria difícil destruir, y considerar siempre como monarca á Cárlos IV, porque su régia autoridad caduca, gastada, y odiosa á sus súbditos seria facil derribar. Ademas, bajo la forma de una decision arbitral entre padre é hijo, se podia fallar en favor del padre, que indudablemente no tardaria mucho en ceder á Napoleon la corona de España, dirigido en su conducta por el príncipe de la Paz y la reina, quienes sobre todo tratarian de vengarse de Fernando. Por otra parte, si bajo pretesto de una

decision arbitral se conseguia inclinar á Fernando á que fuese á avistarse con Napoleon, era muy fácil apoderarse de su persona, y se allanaba mucho la dificultad, porque ya no quedarian mas que los ancianos reyes destronados, instrumentos cómodos en manos del que podria asegurarles el reposo que necesitaban sus cansados años, y la venganza que anhelaba su ulcerado corazon. Podia dejárseles por algun tiempo el cetro, y hacer que despues le cediesen en cambio de un retiro opulento y dulce, ó bien arrebatársele al momento, aprovechándose del terror que les inspiraba una revolucion naciente, y la aversion que les tenia un pueblo cansado ya de sus vicios.

Así empeñado ya en esta senda peligrosa de conquista de un trono estrangero, sin emplear la guerra, medio legítimo cuando no se ha provocado, Napoleon de astucia en astucia se hacia cada vez mas culpable. Unos lo han atribuido á lo que llaman su perfidia natural, y otros á las imprudencias de Murat que le habia comprometido á pesar suyo. La verdad es como la presentamos aquí. Uno y otro guiados por la ambicion, é impulsados por las circunstancias, concurrieron segun su respectiva posicion á aquella obra inícua. El proyecto de no reconocer al hijo y de servirse del padre irritado con su rebeldia, tuvo simultáneamente su orígen en Madrid y en Paris en la imaginacion de Murat y Napoleon, en vista de los acontecimientos. Y debia ser así, porque una vez colocados en semejante situacion, no era dable otro modo de obrar (1).

(1) Lo que afirmo aquí se halla probado por las cartas de Napoleon y de Murat, por su contenido y sus fechas.

Napoleon llamó inmediatamente al general Savary, empleado ya en las mas temibles comisiones, y que en aquel momento regresaba de San Petersburgo, en donde como ya hemos visto, habia dado pruebas de la mayor sutileza y aplomo. Napoleon le reveló todos sus pensamientos con respecto á España, sus deseos de regenerarla y unirla á la Francia variando su dinastía, los obstáculos que resultaban de aquella empresa, alternativamente contrariada ó auxiliada por los acontecimientos, el nuevo aspecto que presentaba desde la revolucion de Aranjuez, y en fin, la posibilidad de llevarla á cabo, sirviéndose de Carlos IV contra Fernando VII. El emperador manifestó al general Savary su intencion de no reconocer al hijo, de aparentar un religioso respeto á la autoridad del padre, de mantener aquella autoridad el tiempo necesario para apoderarse de la corona, haciendo que se la trasmitiesen mas pronto ó mas tarde segun las circunstancias, y de sacar á Fernando VII de Madrid, llevándole á Burgos ó á Bayona, para asegurar su persona, y obtener de él la cesion de sus derechos mediante una indemnizacion en Italia, como por egemplo la Etruria. Napoleon mandó al general Savary que se condujese con circunspeccion; que atrajese á Fernando á Bayona, con la esperanza de que se decidiese en su favor el litigio, pero que si se obstinaba publicase bruscamente la protesta de Carlos IV, declarase que solo él reinaba en España, y tratase á Fernando VII, como hijo y súbdito rebelde. Para ello debia preferir siempre los medios menos violentos (1). Napoleon dispuso que el general Savary

(1) Algunos han negado que el general Savary recibiese esta órden y que se la diese Napoleon. Se ha supuesto que la deplorable escena de Bayona, fué efecto de la casualidad ó de los acontecimientos; que la familia real de España, padre, madre, hijo, hermano y tios, fueron por una especie de impulso involuntario á arrojarse en brazos de Napoleon, quien viéndolos reunidos, no pudo resistir á la tentacion de apoderarse de sus personas. Yo no sé si Napoleon seria mas disculpable en esta hipótesis que en la otra. Sea como quiera, las pruebas existen y no dejan ninguna duda sobre este punto; y yo, que no quiero empañar en nada la gloria de Napoleon, diré aquí la verdad, como la dije en el negocio del duque de Enghien, por la sencilla y suprema ley de referir los hechos, cuando se escribe la historia, como han pasado. Anteriormente he dado á conocer los pensamientos de Napoleon sobre la invasion de España por el mismo órden que se fueron sucediendo; ahora refiero con exactitud segun documentos irrefragables, es decir, segun la correspondencia autógrafa que se conserva en el Louvre, la sucesion de sus ideas con respecto á la reunion de Bayona. Segun aquella

marchase al instante á Madrid, para descubrir por fin á Murat un secreto que se le ocultó con cuidado hasta entonces, y que habia muy bien previsto, pero que era necesario hacérsele conocer por un hombre seguro, que fuese capaz de dirigirle por el tortuoso sendero, en que el menor paso podia llegar á ser funesto. El general Savary partió al punto para ejecutar completamente y sin reserva la voluntad de Napoleon.

Sin embargo, en el ánimo de éste se efectuó uno de esos cambios repentinos, que asombran cuando no se conoce la naturaleza humana, y que suelen llamarse inconsecuencias, cuando se encuentran en un hombre de superioridad menos reconocida que la del personage cuya historia escribimos.

Aunque una especie de propension fatal le impulsaba á usurpar la corona de España, no se le ocultaba ninguno de los inconvenientes inherentes á tan deplorable empresa. Presentia muy bien la censura de la opinion pública, la indignacion de los españoles, su obstinada resistencia, y el ventajoso partido que de ella debia sacar la Inglaterra: conocia todos aquellos inconvenientes con asombrosa prevision, y sin embargo, obcecado, no sobre las dificultades, sino sobre su inmensa fuerza para vencerlas, impulsado por la pasion de fundar un nuevo órden en Europa, marchaba directamente á su objeto, aunque de vez en cuando le turbaba la aparicion súbita y pasagera de las mas siniestras imágenes. Un incidente mal comprendido hasta el dia, hizo nacer de repente uno de esos

correspondencia, no puedo haber duda en que el general Savary recibió la mision que le atribuyo. Efectivamente, en cuanto llegó, escribió al emperador. *He dado cuenta de vuestras intenciones al príncipe Murat.* El príncipe Murat respondió al emperador: *Conozco por fin vuestras intenciones, y ahora todo se hará conforme á vuestros deseos.* En seguida, Murat refiere dia por dia todas sus gestiones para conducir á Bayona al hijo, y luego al padre, los hermanos y demas príncipes, arreglándose siempre á las intenciones de Napoleon, trasmitidas por el general Savary y otros agentes enviados despues. Las cartas del emperador contienen ademas la aprobacion de todos aquellos actos, primero con palabras enigmáticas, y despues con otras tan claras y terminantes que manda al mariscal Bessieres que prenda á Fernando VII si se resistiese á ir á Bayona. Así es, que la resolucion de hacer marchar á los príncipes españoles á Bayona, no podria negarla Napoleon, como tampoco el general Savary la mision de conducirlos á aquella ciudad.

cambios accidentales, y le indujo por algunos momentos á dar órdenes contrarias á las que habia espedido anteriormente; órdenes que algunos historiadores mal informados han presentado como prueba de que Napoleon en el asunto de España, no habia querido lo que se hizo, y que habia sido precipitado y llevado mas lejos de lo que hubiera deseado, por la imprudente ambicion de Murat.

Entre los agentes de Napoleon que viajaban por España, se encontraba uno en quien con razon tenia completa confianza; Mr. de Tournon, su chambelan, de espíritu frio, poco inclinado á las ilusiones, y bastante adicto para decir la verdad. Era uno de aquellos hombres á quienes Napoleon enviaba con gusto á desempeñar una comision indiferente en la apariencia, como entregar una carta de felicitacion ó pésame, porque de paso observaba mucho y bien, y referia fielmente cuanto habia observado: Mr. de Tournon durante los últimos meses habia hecho algunos viages á España, para llevar á Cárlos IV cartas de Napoleon. Habia juzgado de la Península, y de lo que en ella iba á suceder, con una sagacidad que los acontecimientos justificaron demasiado bien. Así es, que conoció perfectamente que la antigua córte tocaba en el término de su dominacion; que se preparaba otra nueva córte adorada ya de los españoles; que era necesario atraerla por la necesidad que tendria de la proteccion francesa, guardarse muy bien de tomar la corona de España, por fuerza ó por astucia, porque se encontraria un pueblo fanático y una resistencia desesperada, y que las ventajas que podrian sacarse de semejante conquista, no compensarian los esfuerzos que habria que hacer para lle-

varla á cabo. Mr. de Tournon habia visto todo esto claramente, y en sus repetidos viages no habia tenido inconveniente en decirlo, tanto en presencia de Murat como de sus oficiales, amigos de empresas arriesgadas, que despreciaban profundamente al pueblo español, y que no creian pudiese resistirles, cuando los mejores soldados de la Europa les habian doblado la rodilla. Mr. de Tournon despues de ver durante su permanencia en Madrid, los preludios de la revolucion de Aranjuez y el entusiasmo del pueblo por el jóven rey, quedó convencido de que era una locura querer apoderarse de la España por medios directos ó indirectos, y que valia cien veces mas hacer de Fernando VII un aliado, que seria todavía mas sumiso que Carlos IV, porque ni el príncipe de la Paz ni la reina estarian á su lado para interponer en su sumision sus caprichos y sus rencores. Napoleon habia mandado á Mr. de Tournon que estuviese el 15 de marzo en Burgos, á donde él se proponia llegar en la misma época, y oir de boca de un hombre seguro, los pormenores de cuanto habia ocurrido. Mr. de Tournon atravesó, pues, para ir á Burgos, el cuartel general de Murat, no disimuló ni á él, ni á sus oficiales el temor que le inspiraba la empresa que se iba á acometer, se espuso á todas sus burlas (especialmente á las de Murat), y se trasladó á Burgos el 15, como se le tenia prevenido. Desde aquella ciudad escribió á Napoleon suplicándole humildemente, pero con la constancia de un hombre honrado, que no adoptase ningun partido definitivo hasta no haber visto la España con sus propios ojos, sobre todo, que no se decidiese por lo que le dijesen los militares, valientes,

pero atolondrados, que no soñaban mas que con batallas y coronas; que en España se sufririan crueles desengaños y tal vez espantosos reveses. Esperó en Burgos hasta el 24, y viendo que no llegaba Napoleon, partió para París en donde no pudo entrar hasta el 29, aun apresurando su marcha todo lo posible, por el mal estado de los caminos y de los tiros de las paradas de postas con el escesivo uso que de ellos se hacia.

Como Murat no escribió el 22 y 23 por hallarse ocupado en las disposiciones para su entrada en Madrid, Napoleon se encontró sin noticias el 28 y 29. Estaba muy desasosegado por no saber qué habia ocurrido en España, y en aquel estado de estremada inquietud, se inclinó por un instante á ver las cosas por el lado menos favorable. La imprevista llegada de un testigo ocular, prudente, bien informado, que contradecia con conviccion y desinterés las relaciones interesadas de los militares, la llegada de semejante testigo, produjo en Napoleon un repentino cambio de resolucion, desgraciadamente muy corto, porque apenas duró veinte y cuatro horas. El emperador participó de la ansiedad de Mr. Tournon al pensar que los franceses entraban en Madrid en los momentos críticos de una revolucion política; que con su petulancia natural se mezclarian en los partidos que dividian la Península, que provocarian una escision con los españoles, y le suscitarian dificultades inmensas, y quizá una guerra de esterminio con un pueblo feroz y entusiasta por su independencia. Inmediatamente escribió á Murat diciéndole, que Mr. de Tournon le llevaria nuevas órdenes; que marchaba con demasiada precipitacion, y se habia

dado mucha prisa á presentarse á la vista de Madrid (Murat sin embargo habia mas bien retrasado que anticipado la época designada por Napoleon para entrar en la capital): que no solo conducia demasiado pronto su cuerpo de ejército sobre Madrid, sino que tambien era anticipado el movimiento del general Dupont al otro lado del Guadarrama: que sabiendo el regreso de las tropas del general Taranco á Castilla la Vieja, no debia haber desguarnecido á Segovia y Valladolid; que era preciso tener gran cuidado en no mezclarse en los asuntos de los españoles, no tomar parte en sus disensiones, y evitar un rompimiento con ellos, porque semejante guerra seria funesta; que se equivocaria si creyese que no debia temerse á los españoles porque se encontraban desarmados; que ademas de su natural ferocidad tendrian *toda la energia de un pueblo nuevo, á quien las pasiones políticas no habian todavía gastado*; que aun cuando el ejército apenas se componia de cien mil hombres, y le era imposible resistir á las tropas francesas, se disolveria y marcharia á las provincias á *servir de núcleo para una insurreccion eterna*: que como los clérigos, frailes y nobles comprendian muy bien que el objeto de los franceses no podia ser otro que el de reformar el antiguo estado social de España, se valdrian de toda su influencia para escitar contra ellos á un pueblo fanático; que la Inglaterra no desperdiciaria aquella ocasion para suscitar nuevos embarazos y crear dificultades inmensas; que era preciso no apresurar nada, y guardar entre el padre y el hijo una estremada reserva; que en cuanto al padre era imposible hacerle reinar mas tiempo, porque el gobierno de la

reina y del favorito habia llegado á hacerse insoportable á los españoles: que con respecto al hijo, era en el fondo enemigo de la Francia, porque participaba hasta el mas alto punto de todas las preocupaciones españolas, y que la aversion que se le suponia á la política de su padre (política de concesiones para con la Francia), contribuia en gran parte á la popularidad de que gozaba; que la esperiencia habia probado cuan poco debia contarse con los matrimonios para variar la política de los príncipes; que Fernando no tardaria mucho en ser enemigo declarado de los franceses; que sin embargo, no debia romperse con él, porque aunque muy mediano, la opinion pública le *tendria por un héroe*: que entre la imposibilidad de dejar reinar al padre, y el peligro de confiar en el hijo, era indispensable no apresurarse á elegir, y sobre todo no dejar que se adivinase el partido que se iba á tomar, lo cual era bien fácil, porque el mismo (Napoleon), *todavía no lo sabia*; que debia hacerse esperar una decision arbitral, favorable y desinteresada, y en cuanto á una entrevista con Fernando VII, no insistir en ella sino en el caso de que la Francia no pudiese prescindir de reconocerle: que en una palabra, la prudencia aconsejaba no aventurar ni precipitar nada: que el príncipe Murat debia guardarse mucho de las sugestiones de su interés particular; que Napoleon pensaria en él, siempre que él no se cuidase de sí mismo, y que la corona de Portugal estaria siempre á su disposicion, para recompensar los servicios del mas fiel de sus lugar-tenientes, y del que á todos sus méritos reunia la ventaja de ser esposo de su hermana.

Tales eran los sábios consejos que Napoleon bajo la influencia y por la mediacion de Mr. de Tournon, iba á dirigir á su lugar-teniente, cuando despues de haber pasado dos dias sin noticias recibió cartas de Murat fechadas el 24, en que referia su entrada pacífica en Madrid, el escelente recibimiento que habia tenido, lo decididos que se encontraban los reyes padres á echarse en sus brazos, su presteza en protestar contra la abdicacion del dia 19, y por último la facilidad de dejar el trono vacante, negándose á reconocer á Fernando VII, y colocando de este modo á la España entre un rey que habia abdicado, y otro que no era reconocido. Napoleon, que volvia á encontrar en su mano todos los medios de que creia hallarse privado pocos momentos antes, adoptó de nuevo el plan que la revolucion de Aranjuez habia sugerido á Murat, y aun á él mismo, y confirmó las órdenes de que acababa de ser constituido depositario y ejecutor el general Savary, poco antes de la llegada de Mr. Tournon. En consecuencia, en nueva carta fecha del 30, Napoleon escribió á Murat, que aprobaba su conducta, que habia hecho muy bien en entrar en Madrid: pero que sin embargo era necesario evitar un rompimiento, impedir que se hiciese daño alguno al príncipe de la Paz, enviarle á Bayona si era posible, proteger á los soberanos, hacer que se trasladasen desde Aranjuez al Escorial, en donde estarian en medio del ejército francés, guardarse de reconocer á Fernando VII, y esperar por último la llegada de la córte de Francia á Bayona, á donde iba á dirigirse inmediatamente. Napoleon hizo partir sin tardanza á Mr. de Tournon sin entregarle la previsora carta cuyo analisis

acabamos de hacer (1), pero sin poderle ocultar la pasagera desaprobacion que habia merecido la conducta de Murat, ni los cuidados que le causaban alguna vez las consecuencias posibles del asunto de España. Le volvió á enviar sin la carta, con la mision de continuar observándolo todo y de preparar sus alojamientos en Madrid. Napoleon mismo salió el 2 de abril para Burdeos, en donde queria permanecer algunos dias para recibir nuevas cartas de Murat y dar á todos aquellos á quienes de grado ó por fuerza habia de conducirse á Bayona, el tiempo bastante para ser atraidos y rendidos. Dejó en París á Mr. de Talleyrand para ocupar y entretener allí á los representantes de la diplomacia europea que tuvieran necesidad de ser aquietados ó contenidos á cada correo que recibiesen de Madrid. Mr. de Tolstoy mas que ningun otro, reclamaba esta clase de cuidados. Napoleon llevó consigo al dócil y fiel Mr. de Champagny, del cual no tenia grande oposicion que temer, y aun se adelantó á su servidumbre; tanto anhelaba aproximarse al teatro de los acontecimientos. Esperando permanecer largo tiempo en la frontera de España y recibir allí muchos príncipes y princesas, mandó

(1) Esta carta se encuentra testualmente copiada y discutida, en cuanto á su autenticidad, en una nota especial que he creido deber colocar al final de este volúmen para no interrumpir mi relato. En esta nota he querido discutir los puntos principales del asunto de España y establecer los fundamentos sobre que descansan mis aseveraciones históricas. La carta de que se trata merece por su importancia una particular atencion, y creo haber llegado á probar y esplicar su existencia, que estaba en un principio yo mismo dispuesto á disputar.

á la emperatriz que viniera á reunirse con él pasados pocos dias. El 4 de abril llegó á Burdeos, muy impaciente por recibir noticias de Murat.

Pero los sucesos de Madrid, parados un momento porque Murat aguardaba órdenes de París, y porque Fernando VII esperaba tambien á sus dos confidentes principales, el canónigo Escoiquiz y el duque del Infantado, habian vuelto á tomar pronto su curso. Emprendiéndolo todo con su atrevimiento ordinario, Murat no dejaba sin embargo de tener algunas veces graves recelos sobre su conducta y de consultarse á sí mismo si habia comprendido bien ó mal las intenciones del emperador. Quedó, pues, admirado al recibir la carta del 30, y á pesar de la idea de que Mr. de Tournon habia divulgado el secreto en Madrid, perseveró con mas celo y mayor astucia en el plan tan poco digno de su lealtad, que habia concebido tan pronto como su señor. El general Savary acababa de llegar con órdenes secretas de Napoleon, perfectamente acordes con las de Murat, y no tenia ya éste que vacilar respecto á la marcha que debia seguir. No reconocer á Fernando VII, inducirle á trasladarse á donde se hallase el emperador; si se resistia servirse de la protesta de Carlos IV para declarar á este rey de España y á Fernando VII como un hijo rebelde y usurpador; arrancar al príncipe de la Paz de las manos de sus verdugos por humanidad y por cálculo, porque él debia llegar á ser en las circunstancias un útil instrumento, parecio á Murat el plan indicado por los acontecimientos y mandado por otra parte por Napoleon que estaba entonces en camino hácia Bayona. Murat y el general Savary se pusieron de acuerdo

para llevar á feliz término esta difícil trama. Tenian en su mano un cómodo auxiliar, que era Mr. de Beauharnais, tanto mas cómodo cuanto que en su ciega confianza estaba convencido de que nada mejor podia hacer Fernando VII que salir al encuentro á Napoleon para arrojarse en sus brazos ó á sus pies y obtener de él, el reconocimiento de su nuevo título, la confirmacion de lo ocurrido en Aranjuez y la mano de una princesa francesa. Mr. de Beauharnais aconsejaba esta conducta á Fernando, y éste que tenia grande impaciencia por recibir de Napoleon el permiso de reinar, pero que no se atrevia á tomar ningun partido en la ausencia de sus favoritos, prometia hacer todo lo que le indicaba el emperador de Francia en cuanto hubiera reunido en Madrid los hombres en quienes habia depositado su confianza. Habia ya separado de su ministerio á los que pasaban por mas adictos al príncipe de la Paz, ó que le inspiraban poca seguridad. Habia nombrado para el ministerio de la Guerra á don Gonzalo Ofarril, militar distinguido, encargado en otra ocasion de mandar las tropas españolas en Toscana; para el de Hacienda á un antiguo ministro muy respetado, don Miguel José de Azanza; para el de Justicia á don Sebastian Piñuela, empleado de la misma secretaría. Habia separado al señor de Caballero, único que habia hecho frente al príncipe de la Paz en los últimos dias, pero al cual se le atribuia en la continuacion del proceso del Escorial un papel poco favorable á los acusados, y habia conservado en el ministerio de Estado á don Pedro Cevallos, humilde servidor del príncipe de la Paz en toda ocasion, y especialmente en la gran cuestion del

viage de Andalucía, y que pasaba por el personage mas fiel á la nueva córte, y que tenia á los ojos de esta un precioso título, que era el de detestar á los franceses, á quienes por lo demas estaba pronto á servir si sus armas llegaban á triunfar.

En fin, habiendo llegado el duque del Infantado le nombró como hemos dicho, gobernador del Consejo de Castilla, y comandante de su guardia interior. Tuvo tambien la satisfaccion de volver á ver y de abrazar á su maestro, que habia sido indignamente complicado en el proceso del Escorial, pero al cual amaba por costumbre y descubria su corazon, lo que verificaba con muy corto número de personas. Quiso colmarle de dignidades y hacerle inquisidor general, cuyos honores rehusó el canónigo Escoiquiz con un desinterés fingido, imitando en esto al cardenal Fleuri, y no deseando aparentemente mas que continuar de maestro de su real discípulo, pero aspirando bajo este título á gobernar la España y las Indias. Aceptó solamente el título de consejero de estado y la cruz de Carlos III, como para conceder á su rey el placer de recibir de sus manos alguna cosa. Con estos diversos personages, con el duque del Infantado y el canónigo Escoiquiz, formó un consejo privado en donde se acordaban las decisiones mas importantes que debian resolver las grandes cuestiones de que dependian su suerte y la de la monarquía. Las cuestiones que Fernando habia de resolver quedaban reducidas á una sola: ¿saldria al encuentro de Napoleon para ganarse su voluntad, obtener el reconocimiento de su nuevo título y la mano de una princesa francesa; ó bien esperaria con arrogancia en Madrid, rodeado de la fidelidad y del entusiasmo de la nacion, lo que los franceses se atrevieran á intentar contra la dinastía? Pero antes de resolver esta grave cuestion se habian multiplicado las gestiones obsequiosas para con Napoleon. Despues de haber enviado á su presencia tres de los señores mas distinguidos de la córte, el conde de Fernan-Nuñez, duque de Medinaceli y duque de Frias, salió tambien el infante don Carlos con órden de ir hasta Burgos, Vitoria, Irun y aun hasta el mismo Bayona si era necesario llegar hasta allí para encontrarle. Dada esta primera muestra de aprecio á Napoleon faltaba saber que concesiones se harian para asegurarse su favor en el caso en que pretendiera constituirse árbitro entre el padre y el hijo. Empleáronse muchos dias en deliberar sobre tan difícil asunto.

Primero hubiera sido preciso saber lo que se proponia Napoleon con respecto á España, cuando habia reunido á los treinta mil hombres enviados á Lisboa, otro ejército que se calculaba por lo menos en ochenta mil, y cuya marcha por Bayona y Perpiñan, Castilla y Cataluña, indicaba otro objeto que Portugal. Los consejeros de Fernando, tanto los que acababa de introducir en el ministerio, como los que ya formaban parte de él en tiempo del príncipe de la Paz, ignoraban absolutamente el secreto de las relaciones diplomáticas con la Francia. El señor de Cevallos, ministro de Estado, no habia sido iniciado en ninguna de las negociaciones dirigidas en París por el señor Izquierdo. El príncipe de la Paz y la reina eran los únicos que las conocian, y el rey Carlos IV no sabia tampoco mas que lo que querian decirle. Por otra parte, aquellas negociaciones, como afirmaba con saga-

cidad el señor Izquierdo, no eran tal vez mas que una añagaza para ocultar con fingimiento las intenciones secretas de Napoleon.

Asi es, que los consejeros de Fernando antiguos y modernos, ignoraban lo que sabia el príncipe de la Paz, y éste mismo no sabia tampoco lo que el señor Izquierdo habia mas bien adivinado que conocido de una manera cierta. Mientras se deliberaba, llegó á Madrid un pliego del señor Izquierdo dirigido al príncipe de la Paz, y escrito en París el 24 de marzo antes que se supiese en aquella capital la revolucion de Aranjuez. En aquella comunicacion, el señor Izquierdo referia los pormenores de la negociacion ficticia que existia entre los gabinetes de París y Madrid. Segun aquella negociacion, parecia que Napoleon exigia un tratado de alianza perpétua entre ambos estados, que se abriesen las colonias españolas á los franceses, y en fin, para ahorrarse las dificultades del paso de tropas destinadas á la ocupacion y custodia de Portugal, el cambio de este reino por las provincias del Ebro, situadas al pie de los Pirineos, como Navarra, Aragon y Cataluña. Con estas condiciones, «escribia el señor Izquierdo,» el emperador Napoleon daria al rey de las Españas el título de emperador de las Américas, aceptaría á Fernando VII por heredero presuntivo de la corona, y le concederia la mano de una princesa francesa. Decia ademas, que habia combatido con todas sus fuerzas aquellas condiciones, especialmente la de la cesion de las provincias del Ebro, pero que no habia obtenido resultado alguno. No añadia, porque lo habia dicho ya de viva voz en su corta permanencia en Madrid, que Napoleon queria otra cosa, y aspiraba á apoderarse de la corona. El contenido de esta comunicacion era exacto, porque el señor Izquierdo habia hecho aquella proposicion al emperador, ofreciéndole si lo deseaba concluir con aquellas condiciones, un arreglo con la córte de España.

Los consejeros de Fernando, al recibir el pliego del señor Izquierdo, que no iba dirigido á ellos, se creyeron, en su ignorancia de los hombres y de las cosas, completamente iniciados en el secreto de la política de Napoleon. Suponian de buena fé, que entre los gobiernos de Francia y España, no se trataba de otra cosa que de las cuestiones de que hablaba la comunicacion del señor Izquierdo, y que Napoleon no pensaba de modo alguno apoderarse de la corona de España. He aqui como raciocinaban. Como verdaderos españoles, no podian admitir que el emperador se aventurase á arrostrar el poder de España hasta el punto de quererse apoderar de la corona. Tampoco admitian que tuviese semejante deseo. ¿Despues de las batallas de Austerlitz y de Jena, no habia dejado en su trono á los soberanos de Austria y de Prusia? Hasta entonces no habia destronado mas que á los Borbones de Nápoles, que se habian grangeado aquel tratamiento severo por una traicion imperdonable. Pero la córte de España no merecia semejante suerte, porque habia al contrario prodigado todos sus recursos en servicio de la Francia. No se trataba, pues, segun los consejeros de Fernando, sino de saber si se permutarian algunas provincias del Ebro por el Portugal, si se abririan las colonias españolas á los franceses, y si se consentiria en una alianza que

ya existia de hecho y de derecho, y que bien meditado, estaba en el interes de ambos paises. El único punto delicado era el sacrificio de las provincias del Ebro, sacrificio á que difícilmente se prestaria la nacion, y que podria perjudicar mucho á la popularidad del jóven monarca. Sin embargo, aun sobre este punto no era absoluto el lenguage del señor Izquierdo. Parecia que el gabinete francés solo deseaba las provincias del Ebro en cambio de un camino militar para Portugal. Mas si se consentia en sufrir la servidumbre de aquel camino, no habria necesidad de ceder las provincias pedidas, se saldria del apuro con el paso de las tropas francesas, incomodo, pero temporal; porque en cuanto Napoleon tuviese una nueva guerra en el Norte (lo cual no podia dejar de suceder), se veria obligado á evacuar el Portugal, y la España se veria de este modo libre de la presencia de sus tropas.

Así interpretaban el pliego del señor Izquierdo. Los consejeros de Fernando decian que lo peor que podia suceder en una negociacion directa con Napoleon, seria el tener que hacer algunos sacrificios con respecto á las colonias, la estipulacion de una alianza que no habia cesado de existir, y la concesion de un camino militar hácia Portugal, pero que en cambio se obtendria seguramente el reconocimiento del título del nuevo monarca. Esta última consideracion era la que ejercia mas influencia en el ánimo de aquellos ignorantes consejeros, y de su poco perspicaz señor, y la que hacia que se mirasen como secundarias todas las demas. Aun cuando no les ocurriese que se pudiera negar el reconocimiento de Fernando VII, ciertos síntomas los habian, sin embargo, causado alguna inquietud. Las consideraciones que Murat guardaba con los antiguos soberanos, la presteza con que procuró protegerles con un destacamento de caballería francesa, la declaracion de que no sufriria ningun acto de rigor contra el príncipe de la Paz, y algunas espresiones vertidas en Aranjuez, en donde la antigua córte se consolaba jactándose de la proteccion de su poderoso amigo Napoleon, todas aquellas señales hacian temer á Fernando y á su córte algun repentino trastorno político en favor de Cárlos IV, producido por la intervencion de la Francia. Aunque Mr. de Beauharnais les dejaba esperar, sin prometérsela, la benevolencia de Napoleon, ya hacia muchos dias que no obtenian de aquel embajador mas que palabras vagas, y el consejo reiterado de ir á echarse en brazos del emperador, para conciliarse su favor, que sin duda no estaba adquirido cuando era necesario irle á buscar tan lejos. Murat, que estaba en relaciones mas directas con Napoleon, calmaba todavía menos su ansiedad. Solo se mostraba inclinado á los antiguos soberanos, y no concedia al jóven rey mas título que el de príncipe de Asturias. Segun otras espresiones proferidas en Aranjuez, se temia que los reyes padres concibiesen la idea de ir á presentarse á Napoleon, para referirle á su manera la revolucion de Aranjuez, sorprenderle y obtener la reparacion de sus quejas. Se temia que de este modo volviese el poder á manos de Cárlos IV, y si no á las del príncipe de la Paz, por lo menos á las de la reina, que volveria á colocar á Fernando en la triste posicion de hijo oprimido, á encerrar al duque del Infantado y al canónigo Escoiquiz

en unos castillos, y se vengaría en unos y otros, de los dias de abatimiento que acababa de sufrir, y sobre todo, de la caida del favorito, de la que se mostraba inconsolable.

Esta razon, mas que ninguna otra, y mas que la ignorancia de los negocios ó de las sugestiones estrangeras, fué la que decidió á Fernando VII y á sus ineptos consejeros, á dirigirse todos reunidos á donde se encontraba Napoleon. El peligro de comprometer en una negociacion imprudente provincias, privilegios coloniales, ó algunos otros grandes intereses de la monarquía española, no se les pasaba siquiera por la imaginacion, porque les ocupaba esclusivamente el temor de que Cárlos IV fuese á defender su causa por sí mismo, y tal vez á ganarla. Hubieran preferido cien veces ver á Napoleon reinar en España, á que la reina volviese á apoderarse de la autoridad real; sentimiento de que participaban á su vez los reyes padres con respecto á Fernando, y que por desgracia de la Francia y de la España, hizo caer el cetro de Felipe V en manos de la familia Bonaparte.

En cuanto este temor se hubo apoderado del ánimo de la nueva córte, quedó decidida la cuestion del viage en busca de Napoleon, y las deliberaciones de que todavía podia ser objeto, no fueron mas que vacilaciones de espíritus débiles, que ni aun saben querer resueltamente lo que desean. Para disipar aquellas fluctuaciones, hicieron algunos esfuerzos el príncipe Murat y el general Savary. El primero se valia de Mr. de Beauharnais, para que reiterase diariamente á Fernando el consejo de emprender la marcha, repitiendo á aquel desgraciado embajador, que era el único medio de

reparar la falta que habia cometido al impedir el viage á Andalucía. Murat vió tambien al canónigo Escoiquiz: éste, creyéndose muy sagaz, y sobre todo, mucho mas de lo que podia serlo un militar que habia pasado toda su vida en los campos de batalla, llegó á lisonjearse de que podria penetrar fácilmente el secreto de la córte de Francia, abocándose algunos instantes con el que la representaba al frente del ejército francés. Murat se guardó muy bien de prometer anticipadamente el reconocimiento de Fernando VII, pero declaró varias veces, que las intenciones de Napoleon eran enteramente amistosas, que no queria mezclarse para nada en los asuntos interiores de España, y que si sus tropas se habian encontrado á las puertas de Madrid en el momento de estallar la última revolucion, habia sido puramente por casualidad; pero que pudiendo hacerle la Europa responsable de aquella revolucion, antes de reconocer al nuevo rey, se veria obligado á asegurarse de si todo lo que habia ocurrido en Aranjuez habia sido legítima y naturalmente: que nadie mejor que el mismo Fernando VII podria tranquilizarle sobre este particular, y que la presencia del príncipe, y las esplicaciones que saliesen de sus lábios, no podian menos de producir en el ánimo de Napoleon un efecto decisivo. Murat engañó de este modo al pobre canónigo que se habia propuesto engañarle, y que salió convencidísimo de que el viage produciria infaliblemente el reconocimiento del príncipe de Asturias como rey de España.

Ya se sabia la llegada del general Savary á Madrid, y aunque colocado en una posicion bastante inferior á la de Murat, se le suponia no obstante

mas iniciado en los verdaderos pensamientos de Napoleon, y por lo tanto se deseaba mucho una entrevista con él. Don Juan Escoiquiz y el duque del Infantado quisieron hablarle, y presentarle en seguida á Fernando VII. Despues de oir de su boca palabras mas esplícitas que las que habia proferido Murat, porque el general Savary no tenia que guardar tanta reserva, le presentaron al príncipe de Asturias. Este consultó al general acerca de la utilidad del viage que se le aconsejaba, y de las consecuencias de una entrevista con Napoleon. No se trataba todavía de ir á Bayona, sino únicamente á Burgos ó á Vitoria: porque se aseguraba que el emperador estaba á punto de llegar, y solo se procuraba cumplimentarle, anticiparse á los reyes padres, y ser los primeros en hablar y darle esplicaciones que le convencieran de la estraordinaria revolucion de Aranjuez. El general Savary, sin comprometer la palabra del emperador, cuyas intenciones, decia, ignoraba sobre unos acontecimientos que aun eran desconocidos cuando él salió de París, no tuvo mucho trabajo en engañar á unas gentes que tan dispuestas se encontraban á formarse ilusiones. Afectando que hablaba por su cuenta y bajo su única responsabilidad, afirmó no obstante, que en cuanto Napoleon viese al príncipe español, oyese de su boca la narracion de los últimos acontecimientos, y adquiriese la conviccion de que la Francia tendria en él un aliado fiel, le reconoceria como rey de España. Sucedió entonces lo que ocurre siempre en esta especie de conferencias: el general Savary creyó no haber prometido nada haciendo esperar mucho, y Fernando VII, se persuadió de que todo lo que se le dejaba esperar,

se le habia ofrecido. A penas el general se separó del príncipe, cuando se acordó definitivamente la resolucion, ya casi tomada, de salir en busca de Napoleon. Sin embargo, faltó muy poco para que un incidente comprometiese el resultado que Murat y Savary acababan de obtener.

El emperador habia mandado que se arrancase al príncipe de la Paz del furor de sus enemigos que anhelaban su muerte, por no dejar que se cometiese un crímen á la vista y en cierto modo bajo la responsabilidad del ejército francés, y tambien para tener á mano un instrumento con el cual esperaba manejar á su antojo á los antiguos soberanos. Por otra parte, la reina, auxiliada por la imbécil bondad de Carlos IV, pedia como una gracia que para ella era preferible al trono, y aun casi á su propia existencia, que se salvase al que llamaba siempre Manuel, su mejor y su único amigo, víctima, decia, de su grande afecto á los franceses. Así, salvar al favorito, no solo era un acto de humanidad, sino tambien el medio mas seguro de grangearse la gratitud de la antigua córte, y hacer de ella lo que se quisiese. Murat pidió, pues, con toda la arrogancia que da la fuerza que se le entregase el príncipe de la Paz, que detenido primero en la villa de Pinto, habia sido trasladado despues al castillo de Villaviciosa, donde podia estar mas seguro, bajo la vigilancia de una escolta de guardias de corps, mas decididos á degollarle que á entregarle. Despues de cargarle de cadenas se seguia su causa con grande encarnizamiento, inspirado simultáneamente por el ódio, por el deseo de deshonrar á la antigua córte, y de precaverse por la muerte de aquel antiguo favorito, de

un revés de fortuna. Fernando VII y sus consejeros se prestaban á todas aquellas iniquidades, tanto por su propio interés, como por dar gusto á la multitud á que deseaban complacer y lisongear.

Murat les declaró que sino se le entregaba al príncipe, daria órden á sus dragones para que acuchillasen á los guardias de corps que le custodiaban, y resolveria de este modo la cuestion á viva fuerza. En honor de este valiente militar, es preciso confesar, que en aquella ocasion, obraba por generosa indignacion tanto como por cálculo. Cuanto mas insistia, tanto mas los confidentes de Fernando, poco capaces de comprender tan noble sentimiento, vieron en aquella tenacidad un proyecto de servirse del príncipe de la Paz contra Fernando VII, y aun se asegura que pasó por algunos instantes por la imaginacion de varias personas exaltadas la idea de asesinarle, no se sabe precisamente quienes fuesen las que concibieron semejante atentado, pero sí que eran de las mas influyentes de la nueva córte.

El general Savary, mas avisado que Murat, creyó observar que el interés con que se reclamaba al príncipe de la Paz producia una desconfianza perjudicial al objeto principal, es decir, á la marcha de Fernando VII, y se propuso renunciar momentáneamente á la extradicion del príncipe, diciendo que aquel negocio se arreglaria ulteriormente como todos los demas, en la conferencia que iba á celebrarse entre el nuevo rey de España y el emperador de los franceses.

Hecha esta concesion, se acordó la salida de Fernando Pero antes quiso este príncipe pasar á Aranjuez á visitar á su padre, que desde el 19 de

marzo (era entonces el 7 ú 8 de abril) habia dejado en el mas completo abandono, sin haberse dignado verle ni una sola vez. Deseaba que le diese una carta para Napoleon, para atraerse en cierto modo la voluntad de su anciano padre por una prueba de benevolencia en favor suyo. Empero Cárlos IV recibió muy mal á su ingrato hijo. Mucho peor fué todavía la acogida que le dispensó la reina, y le fué negado todo documento en que pudiera fundar su buen comportamiento en los sucesos de Aranjuez.

Aunque semejante negativa le dejó algun tanto desconcertado, no suspendió sin embargo los preparativos para emprender su marcha el dia 10 de abril. Estableció una regencia compuesta de su tio el infante don Antonio, del ministro de la Guerra, Ofarril, del de Hacienda, señor Azanza, y del de Gracia y Justicia, don Sebastian Piñuela, con el encargo de que espidiese en su nombre las órdenes mas urgentes, que le diese cuenta de todos los negocios que no exigiesen una decision inmediata, y que obrase en todo de acuerdo con el Consejo de Castilla. Fernando se llevó consigo sus dos confidentes mas íntimos, el duque del Infantado y el canónigo Escoiquiz, al ministro de Estado, señor Cevallos, y á los señores Muzquiz y Labrador, escelentes y esperimentados agentes ó negociadores. Le acompañaban ademas el duque de San Cárlos y otros grandes señores que componian su nueva servidumbre. El señor de Cevallos era el encargado de sostener la correspondencia con la regencia de Madrid.

Sin embargo, esta resolucion disgustó en estremo al pueblo de Madrid; unos por orgullo pu-

ramente español, opinaban que era bastante, y aun quizá demasiado, haber enviado ya á Napoleon al infante don Cárlos, hermano del rey, y creian de buena fé que el soberano de la España degenerada valia por lo menos tanto como el emperador de los franceses, vencedor del continente y dominador de la Europa. Otros, y estos eran en mayor número, principiaban á descubrir el motivo de la venida de tantos franceses á la Península; interpretaban siniestramente la negativa ú oposicion al reconocimiento de Fernando VII, y miraban como un solemne engaño el ir á buscar á Napoleon, porque era entregarse en sus poderosas manos. Estaban muy distantes de creer que se llevase la necedad hasta el estremo de llegar á Bayona en territorio francés, pero juzgaban que cuanto mas se aproximase á los Pirineos, se colocaba al alcance de Napoleon y sus ejércitos. La noticia de este viage produjo en la capital una sensacion difícil de espresar, y hubiera estallado un tumulto, á no haber apaciguado los ánimos una proclama de Fernando VII, en que decia que Napoleon se dirigia á Madrid para anudar los lazos de una nueva alianza, para consolidar la felicidad de los españoles, y que no podia prescindirse de ir á esperar á un huésped tan ilustre, y tan grande como el vencedor de Austerlitz y de Friedland.

Aquella proclama evitó el tumulto, pero no disipó enteramente las sospechas que el buen criterio de la nacion la habia hecho concebir. Fernando partió el 10 de abril, rodeado de una multitud inmensa que le saludaba con interés y sentimiento, y con protestas de una adhesion sin límites. Sin embargo, en una parte del pueblo, se

distinguia fácilmente cierta especie de desdeñosa compasion por la necia credulidad del jóven monarca.

Temiendo que Fernando ó los que le acompañaban variasen de dictámen, se habia convenido con Murat en que el general Savary haria el viage con ellos, para conducirlos desde Burgos á Vitoria, y desde esta ciudad á Bayona, en donde era presumible se hubiese detenido el emperador. Se convino ademas, en que se aplazaria la demanda de libertar al príncipe de la Paz, hasta que Fernando VII hubiera atravesado la frontera, y que hasta entonces se desistiria de este paso y de cualquiera otro que pudiera infundir recelos.

Napoleon, habia comunicado ya á Murat, por conducto de los generales Savary y Reille enviados sucesivamente á Madrid, la resolucion de atraer á Fernando VII á Bayona, apoderarse allí de él, hacer que reinase todavía Cárlos IV algunos dias, y servirse despues de aquel desgraciado príncipe para hacer que le cediese la corona. Habia tambien prevenido á Murat, que si Fernando VII no se decidia á partir, publicase la protesta de Cárlos IV, declarase que solo él reinaba, y que Fernando VII no era mas que un hijo rebelde. Mas la facilidad de este último en salir á buscar á Napoleon le evitó el tener que recurrir á aquel violento medio, y volver á poner el cetro de las Españas en manos de Cárlos IV. Por muy débiles que fuesen aquellas manos, y por mas facil que pareciese arrancarlas el cetro que se las confiara por algunos momentos, Murat prefirió separarse de aquel tortuoso sendero que le alejaba del objeto á que propendian todas sus miras. Comprendió,

pues, que era preciso contentarse con hacer que partiese Fernando VII, sin devolver el cetro á Cárlos IV. Estando ya en poder de Napoleon Fernando, á quien los españoles amaban apasionadamente, no quedaba ya mas que Cárlos IV, al que generalmente no se queria á ningun precio, y aun podria suceder que éste quisiera tambien trasladarse á Bayona. Entonces todos los Borbones, jóvenes y viejos, populares é impopulares, quedarian á disposicion de Napoleon, y el trono de España quedaria realmente vacante.

Lo que Murat habia previsto sucedió en efecto. Apenas supieron los reyes padres la marcha de Fernando, trataron de emprender tambien el mismo viage. Desde el 17 de marzo no habia gozado su ánimo un momento de tranquilidad, y hasta la España llegó á serles odiosa; así es que hablaban continuamente de abandonarla é ir á habitar aunque fuese en una sencilla quinta de Francia, pais que su poderoso amigo Napoleon habia hecho tan sosegado, tan pacífico y tan seguro; pero cuando supieron que Fernando iba á avistarse con el emperador fué ya otra cosa. Aun cuando no tuviesen gran esperanza ni ambicion de volver á empuñar el cetro, se apoderó de ellos el mayor despecho á la idea de que Fernando podria ganar su causa en el ánimo del árbitro de su destino: que reconocido rey y consolidado por la Francia, llegaria á ser su señor, el del infortunado Godoy, y podria decidir de su suerte y de la de todos sus amigos. No pudiendo contenerse ya con aquella idea, concibieron un vehemente deseo de ir á defender personalmente su causa contra un hijo desnaturalizado, ante el poderoso soberano que se aproximaba á los

Pirineos. La reina de Etruria, que aborrecia á su hermano Fernando de quien era odiada, tenia tambien que defender los derechos de su jóven hijo que habia llegado á ser rey de la Lusitania Septentrional, y temiendo que aquellos derechos desapareciesen en medio del trastorno general de la Península, queria ir con sus padres á echarse en brazos de Napoleon para obtener justicia y proteccion. Contribuyó por su parte á avivar el deseo de sus ancianos padres, y precipitarlos por el camino de Bayona. Así es, que aquellos desgraciados Borbones se hallaban animados de una especie de emulaciones para entregarse por sí mismos al temible conquistador, que los atraia, como se dice que la serpiente atrae á los pajarillos dominados por una atraccion irresistible y misteriosa.

Inmediatamente participaron su deseo á Murat, que le escuchó con tan indecible alegría, que si no hubiese obedecido mas que á su primer impulso habria hecho que subiera al coche la antigua córte, para que inmediatamente partiese detras del jóven monarca, pero temia inspirar sérios recelos haciendo marchar simultáneamente á todos los individuos de la familia real, provocar en el ánimo de Fernando y sus consejeros reflexiones que tal vez les harian desistir de su viage, y sobre todo, tomar una resolucion de aquella naturaleza sin consentimiento del emperador. Se limitó, pues, á comunicarle sin demora noticia tan importante, no dudando de la contestacion, y complaciéndose en ver á todos los príncipes que tenian derecho á la corona de España, correr voluntariamente á precipitarse en la sima abierta en Bayona. Concibió esperanzas descabelladas, y se persuadió de

que todo seria posible en la Península mezclando con la fuerza un poco de destreza.

Durante aquel tiempo, Fernando VII y su córte se dirigian á Burgos con la lentitud habitual á los príncipes de España, á lo que contribuian en gran manera los respetuosos homenages de las poblaciones del tránsito. En todas partes se rompian los bustos y retratos de don Manuel Godoy, y se paseaban en triunfo los de Fernando VII, coronados de flores. Las ciudades por donde pasaba el príncipe, le perdonaban un viage que las proporcionaba la alegría de verle, pero temiendo por su futura suerte, juraban sacrificarse por él si fuese necesario. Manifestaban mas aquellas demostraciones cuando los franceses podian observarlas, como si quisieran advertirles su desconfianza, y los esfuerzos que se hallaban dispuestos á hacer.

Cuando Fernando VII y sus compañeros de viage llegaron á Burgos, esperimentaron tan gran sorpresa, que comenzaron á sentir el haber obrado con harta ligereza. El general Savary les habia dicho siempre, que se trataba únicamente de ir á esperar á Napoleon, á quien encontrarian en el camino de Castilla la Vieja, y aun tal vez en Burgos. El vehemente deseo de ser los primeros en verle, y de prevenirle contra los reyes padres, los habia ofuscado hasta tal punto, que no descubrieron el grosero lazo que se les tendia. Mas al aproximarse á los Pirineos, y al atravesar por medio de los ejércitos franceses, se apoderó de ellos una especie de terror, y casi estuvieron decididos á volverse, mucho mas cuanto nadie hablaba de Napoleon ni de su próxima llegada: (estaba entonces en Burdeos). El general Savary que no los abandonaba, acudió al momento, reanimó su vacilante confianza, y les aseguró que iban á encontrar ya á Napoleon, que cuanto mas camino anduviesen para llegar á su presencia, mas le dispondrian en favor suyo, y que de este modo saldrian de cuidado acerca de su suerte dos dias antes. El medio mas seguro para tranquilizar un corazon agitado, es prometerle aclarar cuanto antes las dudas que le sobresaltan. El príncipe decidió, pues, trasladarse á Vitoria, adonde llegó el 13 de abril por la tarde.

En Vitoria las fluctuaciones de Fernando se convirtieron en una resistencia absoluta, y se obstinó en no proseguir su viage. Supo que Napoleon, lejos de atravesar la frontera, se encontraba todavía en Burdeos, y la susceptibilidad española se sentia ofendida de dar tantos pasos en busca de un huésped que tan poco se apresuraba á presentarse. Ademas, al acercarse á la frontera de Francia comenzaba á descubrirse la verdad. En Madrid, en medio de partidos enemigos que procuraban avistarse cuanto antes con Napoleon, en el seno de un pueblo infatuado de sí mismo, que no imaginaba que una mano estrangera osase tocar á la corona de Cárlos V, habia podido creerse que Napoleon ponia en movimiento sus ejércitos únicamente por interés de la familia real de España. Pero en las inmediaciones de la Francia, en donde todo el mundo comprendia las intenciones de Napoleon, y donde las tropas francesas, acumuladas largo tiempo hacia, habian dicho indiscretamente lo que suponian del objeto de su mision, era mas difícil hacerse ilusiones En efecto, en Bayona y las cercanías, se decia públicamente que Napoleon

trataba de concluir su sistema político, y reemplazar en el trono de España á la casa de Borbon por la familia Bonaparte. Juzgábase muy natural esta conducta por parte de un conquistador fundador de dinastía, especialmente, si como era probable, la empresa tenia buen éxito, y si las colonias españolas no iban á aumentar en aquel trastorno el imperio británico al otro lado de los mares. Estos rumores se habian estendido de las provincias vascongadas francesas á las españolas, y produjeron tal sensacion en el ánimo de Fernando VII y del canónigo Escoiquiz, que inmediatamente se adoptó la resolucion de detenerse en Bayona. Para ello se alegó la razon de etiqueta, que no dejaba de tener alguna fuerza, porque ir á buscar á Napoleon aun mas allá de la frontera, no era en verdad muy decoroso. El general Savary, para conducir á los españoles hasta Vitoria, los habia engañado con la esperanza y casi con la certidumbre de encontrar á Napoleon de un momento á otro; pero la noticia de que todavia se hallaba en Burdeos, no le permitia valerse ya de semejante medio. Entonces dijo, que puesto que habian llegado hasta allí para ver á Napoleon, y solicitar que reconociese al nuevo monarca, era necesario dejar á un lado consideraciones de poco momento, y marchar directamente al objeto que se habian propuesto; que los que iban á buscar á Napoleon le necesitaban; que él podia pasarse muy bien sin ellos; que era preciso que atravesasen la distancia que les separaba, y que negocios muy graves, le habian impedido sin duda, el andar antes; y por último, que no debia enfadarse como unos niños por las consecuencias de un paso que se habia dado por motivos del mayor

interés. Despues, el general, con su vivacidad militar, que no siempre se hermanaba con la prudencia, viendo que no era escuchado, mudó de repente de tono, y de complaciente y reservado, se convirtió en arrogante y duro: montó á caballo y les dijo que harian lo que gustasen, pero que él se volvia á Bayona á reunirse con el emperador, y que probablemente tendrian que arrepentirse de haber variado de resolucion. Con esto logró asustarlos, pero no por eso trataron de volver á emprender la marcha.

El general Savary salió al momento para Bayona, á donde llegó el 14 de abril, pocas horas antes que el emperador, que no entró hasta la tarde del mismo dia. Este se habia detenido algunos dias en Burdeos para dar tiempo á que los príncipes españoles se acercasen á la frontera, y ahorrarse el salir á su encuentro, lo que no hubiera podido dejar de hacer hallándose en Bayona. En Burdeos habia empleado sus ratos de ócio, como acostumbraba en todas partes, es decir, en instruirse de las necesidades del pais, en informarse acerca del comercio de aquella gran ciudad, y de los medios de conservar las relaciones de la Francia con sus colonias. Habiendo reconocido por sus propios ojos cuanto sufria la ciudad de Burdeos con el estado de guerra, mandó que se la hiciese un préstamo de algunos millones por el tesoro estraordinario, y que se hiciese una considerable compra de vinos por cuenta de la lista civil. En cuanto llegó á Bayona el 14, supo con gran satisfaccion lo que habia ocurrido en Madrid favorable á sus designios, y adoptó las medidas convenientes para asegurar su ejecucion definitiva.

Despues de ponerse de acuerdo con el general Savary, le volvió á enviar á Vitoria como portador de una carta en respuesta á la que Fernando le habia ya dirigido, concebida en términos que pudiesen atraer á aquel príncipe á Bayona, sin contraer con él ningun compromiso formal. En aquella contestacion, (y aludiendo á los consejos de indulgencia que habia dado al rey Cárlos cuando el ruidoso proceso del Escorial), le decia Napoleon, que los papeles de Cárlos IV debian haberle convencido de su imperial aprecio, y que por consiguiente sus buenas disposiciones personales no podian ser dudosas; que al dirigir los ejércitos franceses á los puntos del litoral europeo mas á propósito para secundar sus miras contra la Inglaterra, se habia propuesto marchar á Madrid para decidir al paso á su augusto amigo Cárlos IV á adoptar algunas reformas indispensables, y particularmente la de que despidiese al príncipe de la Paz; que se lo habia aconsejado varias veces, y que si no habia insistido mas, era por consideracion á debilidades augustas, debilidades que era preciso perdonar, porque los reyes, como los demas hombres, no eran mas que *debilidad y error*, que en medio de aquellos proyectos le habian sorprendido los acontecimientos de Aranjuez; que no trataba de modo alguno de constituirse en juez, pero que habiéndolos presenciado, por decirlo así, sus ejércitos, no queria aparecer á los ojos de la Europa como el promovedor ó cómplice de una revolucion que habia derribado del trono á un aliado y un amigo: que no pretendia mezclarse en los negocios interiores de España, pero que si se le demostraba que la abdicacion de Cárlos IV habia sido

voluntaria, no tendria dificultad en reconocerla, y al príncipe de Asturias como legítimo soberano: que para ello seria conveniente una entrevista de algunas horas, y que por último, con la reserva que la Francia habia observado durante un mes, no se debia temer encontrar en el emperador de los franceses un juez desfavorablemente prevenido. Seguian despues algunos consejos, en lenguage muy elevado, acerca del proceso del príncipe de la Paz, sobre lo inconveniente que seria deshonrar no solo al príncipe, sino al rey y la reina, en iniciar en los negocios del Estado á una multitud envidiosa y de mala intencion, y en habituarla con este precedente funesto á poner su mano sobre los que la habian gobernado largo tiempo: por qué, añadia Napoleon, *los pueblos se vengan con gusto de los homenages que nos rinden*. Al concluir se manifestaba todavía dispuesto á la idea de un matrimonio, si las esplicaciones que se le diesen en Bayona eran de tal naturaleza que pudieran dejarle satisfecho.

Esta carta, miscelánea ingeniosa de indulgencia, de altanería y de razon, hubiera sido un hermoso trozo de elocuencia, á no llevar envuelta una perfidia. El general Savary debia entregarla en Vitoria, hacer las aclaraciones necesarias, y si el caso lo exigia, añadir algunas de las palabras capciosas de que era tan pródigo, y que proferidas por su boca podian decidir á Fernando VII sin obligar, no obstante á Napoleon. Empero era necesario preveer el caso en que Fernando VII y sus consejeros resistiesen á todas aquellas maquinaciones. Si llegaba este caso, Napoleon estaba dispuesto á no quedarse en medio del camino, y decidió que

se emplease la fuerza. Habia enviado á España, ademas de la division de observacion de los Pirineos Occidentales, la reserva de infantería provisional del general Verdier, la division provisional de caballería del general Lasalle, y nuevos destacamentos de la guardia imperial á caballo. Reunidas todas estas tropas á las órdenes del mariscal Bessieres, debian ocupar Castilla la Vieja, y asegurar la espalda del ejército. Inmediatamente mandó al mariscal Bessieres y á Murat que no titubeasen, y con un simple aviso del general Savary, se apoderasen del príncipe de Asturias; que publicasen la protesta de Carlos IV, y declarasen al mismo tiempo que solo él era el monarca legítimo, y que su hijo no tenia otro carácter que el de un usurpador que habia promovido la revolucion de Aranjuez para apoderarse del trono. Sin embargo, si Fernando VII consentia en pasar la frontera é ir á Bayona, Napoleon aprobaba el dictamen de Murat de no devolver á Carlos IV el cetro que le habian de quitar en breve, y encaminar simplemente hácia Bayona á los ancianos soberanos, puesto que ellos mismos habian manifestado que lo deseaban. Tambien les recomendó mucho que en cuanto Fernando VII pasase la frontera, hiciesen que les fuese entregado el príncipe de la Paz, de grado ó por fuerza, y le enviasen á Bayona. Estas fueron las disposiciones que debian concluir por la violencia, sino terminaba por la astucia, la tenebrosa trama urdida contra la corona de España. (1).

(1) Mi narracion se halla conforme con las minutas de las órdenes que existen en el Louvre.

Despues de comunicar estas órdenes, y de enviar al general Savary á Vitoria, Napoleon se propuso fijarse en Bayona de modo que su permanencia se dilatase algunos meses. Esperaba recibir allí, ademas de la emperatriz Josefina, gran número de príncipes y princesas, y con este motivo tenia que dejar disponibles las habitaciones que ocupaba en lo interior de la ciudad. En aquel país, uno de los mas atractivos de Europa, y en que Napoleon ha dejado desgraciadamente recuerdos menos gratos que en Egipto, Italia, Alemania y Polonia: en aquel país lleno de hermosos collados, regado por el Adour, coronado por los Pirineos, y cuyo horizonte termina en el mar, existia á una legua de Bayona un palacio de arquitectura regular, de origen incierto, construido, segun se cree, para una de aquellas princesas que la Francia y la España se daban antiguamente en matrimonio, colocado en medio de un delicioso jardin, en la situacion mas risueña del mundo, y con un sol tan brillante como el de Italia. Napoleon quiso poseerle inmediatamente: para satisfacer su deseo no se necesitaban por fortuna, ni las astucias ni violencias que en aquellos momentos costaba la corona de España. Se le vendieron con mucho gusto por cien mil francos, y se le adornó apresuradamente con los recursos que ofrecia el país, y el jardin se convirtió en un campo para las tropas de la guardia imperial. Napoleon se trasladó allí el dia 17 y dejó libres las habitaciones que ocupaba en Bayona, para que se alojase en ellas la familia real de España que esperaba ver allí reunida bien pronto.

El general Savary que marchó con toda diligencia á Vitoria, encontró á Fernando rodeado no

solo de los consejeros que lo habian seguido, sino de otros muchos personages de importancia que habian acudido á ofrecerle sus servicios y homenages. Entre estos últimos se hallaba uno de la mayor consideracion, el antiguo primer ministro Urquijo, que tan brutalmente cayó en desgracia en 1802, cuando prevaleció definitivamente la influencia del príncipe de la Paz, y que desde entonces vivia retirado en Vizcaya, su patria. Dotado el señor de Urquijo de un talento penetrante y de cierta firmeza de espíritu, aunque de carácter triste, habló á Fernando á presencia de sus consejeros, con el lenguage de un hombre de estado sábio y esperimentado. Le dijo que aquel viage era imprudente en estremo si llegaban á pasar la frontera; que tocante á las consideraciones y respetos se habia hecho cuanto podia desear el mas grande é ilustre de los soberanos, saliéndole á recibir hasta los límites del reino: que ir mas lejos era faltar á la dignidad de la corona española, y cometer un acto de la mas insigne necedad: que si hubieran leido atentamente la narracion del motin de Aranjuez, publicada en el periódico oficial del imperio (el *Monitor*), se habria traslucido en ella la intencion de desacreditar al nuevo rey, de disputarle su título é inspirar interés por el antiguo monarca, lo cual descubria que se habia adoptado el partido de rechazar al uno como usurpador, y al otro como incapaz de reinar: que si se hubiese observado bien la política de Napoleon con respecto á España de algun tiempo á aquella parte, se hubiera descubierto el proyecto de deshacerse de la casa de Borbon, y de hacer que la Península entrase en el sistema del imperio francés: que

la indiferencia que se habia afectado á la proclama del príncipe de la Paz, unida al esmero en diseminar las fuerzas españolas navales y terrestres haciendo que las unas se dirigiesen á los puertos de Francia y las otras al Norte, revelaba hasta la evidencia el proyecto de vengarse á la primera ocasion, y que la reunion de tantas tropas en el Mediodía, despues de concluidos los negocios del Norte, no podian ya dejar duda alguna sobre el particular.

Al oir aquellas reflexiones, los señores Muzquiz y Labrador, que habian aprendido en las córtes estrangeras á formar ideas exactas de la política general dieron muestras de aprobacion, pero se hizo muy poco caso de su parecer. Los consejeros que gozaban de mas crédito, eran el mediano y versátil Cevallos, que ocultaba su doblez con la violencia, que no perdonaba al señor Urquijo los disgustos que habia tenido con hombre tan eminente, porque habia sido el agente subalterno de su desgracia, y por consiguiente se hallaba poco dispuesto á adoptar sus ideas, y despues los dos confidentes íntimos del príncipe, el duque del Infantado y don Juan Escoiquiz, que soñaban siempre con un reinado venturoso bajo su benéfica influencia, y que rechazaban todo cuanto contrariaba aquel dorado sueño de su vanidad. Ni unos ni otros querian admitir que habian comenzado y llevado muy adelante la mas fatal de las imprudencias. Les costaba mucho creer que aquel paso fuese orígen de una larga série de infortunios, en vez de serlo de prosperidades. Asi es que calificaron las observaciones del señor Urquijo de siniestras profecías propias de un hom-

bre á quien las desgracias habian hecho de un carácter melancólico.—Qué, gritó el duque del Infantado con la mas estraña seguridad, ¿qué un héroe rodeado de tanta gloria se rebajaria hasta el punto de cometer la mas vil de las perfidias?—No conoceis á los héroes, respondió con amargura y desprecio el señor Urquijo: ¿no habeis leido á Plutarco?... pues leedle y vereis que los mas grandes de todos han cimentado su grandeza sobre montones de cadáveres. Especialmente los fundadores de dinastías, ¿no han construido casi siempre el edificio de su fortuna sobre la perfidia, la violencia y la usurpacion?... Nuestro Cárlos V ¿qué fué lo que hizo en Alemania, Italia y aun en España?.... y eso que no me remonto á los príncipes mas malos. La posteridad solo atiende á los resultados. Si los autores de tantos actos criminales han fundado grandes imperios, y hecho á los pueblos poderosos y felices, se cuida bien poco de los príncipes que fueron despojados, y de los ejércitos sacrificados.—Como el duque del Infantado y el canónigo Escoiquiz insistiesen en la reprobacion á que se espondria Napoleon si usurpaba la corona, en la sublevacion que produciria en España y en Europa, y en la larga y obstinada guerra que se atraeria, el señor Urquijo les contestó que la Europa no habia sabido hasta entonces mas que dejarse batir por los franceses: que las coaliciones mal dirigidas, trabajadas por divisiones intestinas, no tenian ninguna probabilidad de buen éxito; que solo una potencia, el Austria, se hallaba en disposicion de presentar una batalla, pero que aun con el apoyo de la Inglaterra, seria derrotada, y pagaria su resistencia con nuevas

pérdidas de territorio; que la España podria hacer muy bien la guerra de partidas, pero que en el fondo, su papel se limitaria a servir de campo de batalla á los ingleses y franceses que la talarian horriblemente, y que las colonias se aprovecharian de la ocasion para sacudir el yugo de la metrópoli; que si Napoleon sabia contenerse en sus miras de engrandecimiento, y dar buenas instituciones á los paises sometidos á su sistema, se estableceria él y su dinastía de un modo duradero; que unidos los pueblos de la Península á los de Francia por toda especie de intereses, cuando viesen que no se batian por la causa de la nacion sino por la de una familia, concluirian por adherirse á un gobierno civilizador; que las dinastías que habian regenerado la España siempre habian venido de fuera; que bastaba que Napoleon reuniese á su talento un poco de prudencia, para que los Borbones perdiesen definitivamente su causa; que en todo caso oprimiria á la España un diluvio de males, y sufriria indudablemente la pérdida de sus colonias; que era preciso no meterse en las redes de Napoleon y retroceder cuanto antes; que si no se podia hacerlo se debia distrazar al rey, y llevarle á Madrid ó á las provincias del Mediodía, y que allí colocado al frente de la nacion, tendria mas probabilidades de tratar con Napoleon con condiciones mucho mas aceptables.

Es muy raro que un hombre de estado penetre en el porvenir tan profundamente como lo hizo en aquella ocasion el señor Urquijo. No obtuvo, sin embargo, mas que la desdeñosa sonrisa de la ignorancia obcecada, y despechado marchó inmediatamente sin querer acompañar al rey que le

pedia continuase dándole consejos, aunque todos los rehusaba.—Si deseais, dijo, que vaya solo á Bayona á discutir, negociar y hacer frente al enemigo comun mientras os retirais á lo mas alejado de la Península, lo haré con mucho gusto; pero de otro modo, no quiero acompañandoos empañar mi reputacion, único bien que me ha quedado en mi infortunio, y en medio de las desgracias de nuestra patria comun.

Viéndose desatendido el señor Urquijo, se retiró al instante, y dejó entregados á sí mismos á los consejeros de Fernando, siempre obstinados, aunque un poco turbados con las siniestras previsiones de un hombre previsor y recto. Como el general Savary acudió con la carta de Napoleon en la mano, volvieron á recobrar la confianza en sus propias luces y en su suerte. Aquella carta, en cada una de cuyas líneas hubieran debido descubrir una intencion oculta y amenazadora, por que la estraña pretension de quererse constituir en juez de las desavenencias suscitadas entre el padre y el hijo, no podia revelar mas que la voluntad de condenar á uno de los dos, y evidentemente al que era mas capaz de reinar; aquella carta, lejos de abrirles los ojos, no hizo mas que ofuscarles mas. Nada les hizo tanta impresion como el pasage en que Napoleon decia que necesitaba le tranquilizasen acerca de los acontecimientos de Aranjuez, que esperaba quedar satisfecho en la entrevista con Fernando VII, y que despues no tendria ninguna dificultad en reconocerle por rey de España. Esta promesa vaga volvió á renovar todas sus ilusiones, pues vieron en ella la certidumbre de ser reconocidos al dia siguiente de llegar

á Bayona, y tuvieron la sencillez de preguntar al general Savary, si no debia interpretarse asi la carta de Napoleon: á lo que contestó que hacian muy bien en entenderla de aquella manera, porque no queria decir otra cosa. Asegurados de este modo, resolvieron salir el 19 por la mañana de Vitoria para pernoctar en Irun, haciendo que los precediese un enviado que anunciase su llegada á Bayona. Es preciso añadir, que las tropas del general Verdier, reunidas en Vitoria, y que los cercaban por todas partes, no los hubieran dejado la libertad de elegir, si hubiesen pensado obrar de otro modo. Pero ellos no lo percibieron porque estaban obcecados y no conocian el peligro.

Mas el pueblo de las provincias inmediatas que habia corrido en tropel á ver á Fernando VII, no opinaba como sus consejeros acerca de su situacion. El señor Urquijo habia repetido á todo el que llegaba, lo que habia dicho en la córte de Fernando. Sus palabras habian sido bien acogidas, y una multitud de vasallos fieles se reunió para impedir la salida de su jóven rey. El 19 por la mañana, dia señalado para emprender la marcha, y cuando los coches estaban ya esperando, estalló repentinamente un tumulto popular. Un gran número de paisanos armados, que ya hacia muchos dias dormian á la puerta ó en el zaguan del alojamiento del rey, manifestaron la intencion de oponerse al viage. Uno de ellos armado con una hoz, cortó los tirantes y guarniciones de los carruages, y desenganchó las mulas que volvieron á la caballeriza. Este incidente podia producir una colision con las tropas francesas encargadas de escoltar á Fernando; pero afortunadamente la infantería se

hallaba en sus cuarteles con las armas cargadas, y la artillería con mecha encendida. Unicamente la caballería de la guardia era la que estaba en la plaza en donde se hallaban los carruages, á cierta distancia de los grupos, sable en mano, y en una inmovilidad amenazadora. Los consejeros de Fernando que temian que un rompimiento pudiese perjudicar á su causa, enviaron al duque del Infantado para que hablase al pueblo. El duque, que gozaba de gran consideracion, penetró por medio de la multitud, consiguió calmarla, invocando el respeto debido á la voluntad real, y afirmó que si se hacia el viage á Bayona, era porque tenian la seguridad de regresar pasados pocos dias con el reconocimiento de Fernando, y la renovacion de la alianza francesa. El pueblo se apaciguó mas bien por respeto que por conviccion. Volvieron á engancharse las mulas sin obstáculo, y Fernando VII subió al coche saludando á la multitud que le devolvió el saludo con aclamaciones, entre las que se oyeron algunos gritos de cólera y de compasion. Los brillantes escuadrones de la guardia imperial, partieron al galope y rodearon los carruages, como para prestar homenage al que conducian prisionero. Asi emprendió su marcha aquel príncipe inepto, engañado por sus propios deseos mucho mas que por la habilidad de su adversario; engañado como si fuera el mas sencillo y el mas leal de los príncipes de su tiempo, cuando era uno de los mas disimulados y menos sinceros. El pueblo español le vió alejarse con dolor y con desprecio, diciendo que en lugar de su rey veria bien pronto al estrangero apoyado en ejércitos formidables.

Fernando VII durmio en Irun, con ánimo de

pasar la frontera francesa al dia siguiente. El 20 por la mañana atravesó efectivamente el Bidasoa, y quedó muy sorprendido al no encontrar para recibirle mas que los tres grandes de España, que regresaban de su mision cerca de Napoleon, y que despues de verle tenian los mas tristes presentimientos. Pero ya no era tiempo de retroceder; se habia pasado el puente del Bidasoa, y era preciso sumirse en el abismo que no se habia sabido divisar antes. Al aproximarse a Bayona, el príncipe encontró á los mariscales Duroc y Berthier enviados para cumplimentarle, pero que no le dieron mas título que el de príncipe de Asturias. Hasta entonces no habia nada alarmante, porque el tema de la política de Napoleon, era no reconocer lo que pasó en Aranjuez hasta que mediase una esplicacion. Podia, pues, esperarse todavía algunas horas sin gran zozobra.

Cuando llegó á Bayona Fernando encontró algunas tropas sobre las armas, y muy poca concurrencia, porque nadie sabia su llegada. Fué conducido á un edificio muy diferente de los magníficos palacios de España; pero el único de que se podia disponer en la ciudad. Apenas habia bajado del coche, cuando Napoleon, que habia acudido á caballo desde su quinta de Marac, le hizo la primera visita. El emperador de los franceses abrazó al príncipe español con las esterioridades de la mayor cordialidad, dandole siempre el título de príncipe de Asturias, lo cual no era mas que la continuacion de un tratamiento convenido, y se despidió pasados algunos minutos, bajo pretesto de dejarle descansar, sin decirle nada que pudiera dar lugar á ninguna especie de interpretacion. Una

hora despues se presentaron dos empleados de palacio á convidar al príncipe y su séquito á comer en el palacio de Marac. Fernando se trasladó á él, en efecto, al declinar el dia, seguido de su pequeña córte, y fué recibido de la misma manera, es decir, con una finura estudiada, pero con una estremada reserva en cuanto á la política. Despues de la comida, el emperador conversó de un modo general con Fernando y sus consejeros, y descubrió inmediatamente en la inmovilidad del rostro del jóven rey, y en el silencio que guardaba habitualmente, una mediania que no estaba exenta de bellaqueria; en los discursos del preceptor Escoiquiz, un talento cultivado, pero estraño á la política; y en fin, en la gravedad del duque del Infantado un hombre honrado, que se daba á respetar mas de lo que era preciso, porque una gran ambicion sin talento, era lo que formaba su mérito. Napoleon, despues de conocer con una sola mirada la clase de gente con quien tenia que habérselas, los despidió á todos bajo pretesto del cansancio del viage, pero retuvo al canónigo Escoiquiz manifestando el deseo, que era una órden, de conversar algun rato con él. Dejó al general Savary el cuidado de decir al príncipe de Asturias, lo que él mismo iba á hacer entender al preceptor, con quien preferia abocarse porque suponia en él mas talento.

Pesábale doblemente su secreto, porque hacia largo tiempo que le guardaba, y porque aquel secreto era una perfidia, género de maldad estraño á su corazon. Necesitaba franquearse con el menos ignorante de los consejeros de Fernando, de escusarse en cierto modo por la franqueza que emplearia al esponer sus designios, y por la confesion pura y sencilla de los motivos de alta política que le impulsaban á obrar asi. Principió adulando al canónigo, diciéndole que sabia era hombre de talento, y que con él podia hablar francamente. Despues, sin mas preámbulo, y como impaciente por desahogar su oprimido corazon, le declaró que habia hecho venir á los príncipes de España, padre é hijo, para quitarles la corona de sus abuelos: que hacia ya muchos años estaba viendo las traiciones de la córte de Madrid; que no habia manifestado nada; pero que desembarazado ya de los negocios del Norte, queria arreglar los del Mediodía; que necesitaba de la España para sus designios contra la Inglaterra, y que la España le necesitaba á él para recobrar su grandeza; que sin él yaceria eternamente en la postracion y el abatimiento bajo el gobierno de una dinastía incapaz y degenerada; que el anciano Cárlos IV era un rey imbécil, y que su hijo, aunque jóven, lo era poco menos, y no tan leal; y como prueba de ello podia citarse la revolucion de Aranjuez, cuyo secreto conocian en Paris, sin necesidad de ir á Madrid para averiguarlo: que con semejantes soberanos, la España no conseguiria jamás la regeneracion moral, administrativa y política que necesitaba para recobrar su rango entre las naciones; que él, por su parte, no encontraria nunca en los Borbones mas que perfidia y falsa amistad; que tenia demasiada esperiencia para creer en la eficacia de los matrimonios; que una princesa de un talento privilegiado, era un tesoro que no se hallaba siempre á su disposicion; que aun cuando tuviese alguna, no sabia si ejerceria influencia sobre aquel príncipe ta-

citurno y vulgar, cuyo talento, si acaso le tenia, consistia únicamente en el arte de disimular; que era conquistador, fundador de dinastías y se veia obligado á despreciar consideraciones secundarias, para llegar á su objeto colocado á una altura inmensa; que no era inclinado al mal y le repugnaba mucho hacerlo, pero que cuando pasaba su carro era preciso no ponerse bajo sus ruedas; por último, que su partido estaba ya tomado, que iba á quitar á Fernando VII la corona de España, pero que deseaba suavizar el golpe, ofreciéndole una indemnizacion; que se la tenia preparada y elegida como la mas conveniente á su reposo; que esta era la hermosa y pacífica Etruria, adonde iria á reinar al abrigo de las revoluciones europeas, y en donde seria mas dichoso que en el centro de su España, trabajada por el espíritu agitador de la época, y que solo un príncipe hábil, podia domar, constituir y hacer prosperar.

Al pronunciar tan atrevido discurso, Napoleon se habia manifestado alternativamente dulce, acariciador é imperioso, y habia llevado hasta el último término el cinismo de la ambicion. El pobre canónigo se hallaba confundido. El honor de verse lisonjeado, siendo un simple canónigo de Toledo, por el mas grande de los hombres, luchaba en su corazon con el pesar de oir semejantes declaraciones. Estaba anonadado, estupefacto, y sin embargo, no perdió su habilidad de disertar, de la cual hizo uso con Napoleon, que escuchándole quiso recompensar sus penas.

El desgraciado preceptor se esforzó en justificar á la casa de Borbon, con el gefe de la familia Bonaparte. Le recordó que en los momentos de los

mayores horrores de la revolucion francesa, la córte de España no declaró la guerra hasta despues de la muerte de Luis XVI; que habia aprovechado la primera ocasion de volver al sistema de paz, y del sistema de paz al de alianza entre los dos estados; que luego prodigó á la Francia sus escuadras, sus ejércitos y sus tesoros; que si no habia servido mejor, no era por falta de voluntad, sino por no saber; que no debia culparse mas que al príncipe de la Paz, pues solo era causa de todos los males de España, y de su impotencia como aliada; que este detestable favorito se encontraba ya alejado del trono para siempre, y que bajo el gobierno de un jóven príncipe adicto á Napoleon, por los lazos del reconocimiento y los del parentesco, y dirigido por sus consejos, la España no tardaria en regenerarse, volveria á recobrar el rango que debia conservar, y prestaria á la Francia todos los servicios que esta podia esperar de ella, sin costar ningun esfuerzo ni sacrificio; que en caso contrario, la España opondria una resistencia desesperada auxiliada por los ingleses, y tal vez por una parte de la Europa; y finalmente, que se perderian las colonias, lo cual seria un mal para la Francia y la España, y se imprimiria una mancha indeleble en la brillante gloria del reinado.—Mala política es la vuestra, señor canónigo; mala política, contestó Napoleon con sonrisa benévola, pero irónica. Vos mismo, con vuestro despejado talento, no dejariais de condenarme si desperdiciase la única ocasion que me ofrecen la sumision del continente, y la angustiosa situacion de la Inglaterra, para concluir la ejecucion de mi sistema. Vuestros Borbones solo me han servido á su pesar, y siempre han estado

dispuestos á hacerme traicion: por mas que digais, me conviene mucho un hermano mio. La regeneracion de España es imposible con príncipes de una antigua casa, que siempre será, aun contra su gusto, el apoyo de inveterados abusos. Mi partido está irrevocablemente tomado; es preciso llevar á cabo esta resolucion. La España no perderá ni una aldea; conservará todas sus posesiones: he tomado mis precauciones para conservarla todas sus colonias.

En cuanto á vuestro príncipe será indemnizado si se somete con resignacion á la fuerza de las cosas. A vos corresponde el valeros de vuestra influencia para disponerle á que acepte la indemnizacion que le tengo reservada. Sois bastante instruido para comprender que en esto no hago mas que seguir las leyes de la verdadera política, la cual tiene sus exigencias y rigores inevitables.

Al decir estas y otras cosas en un lenguage en que se descubria el pesar, mas bien que los remordimientos de semejante despojo, Napoleon se mostraba dulce, amistoso, y muchas veces se permitió los gestos mas familiares con el pobre preceptor, cuya elevada estatura formaba con la suya un singular contraste. Asustado de aquella inflexible resolucion el canónigo Escoiquiz, con las lágrimas en los ojos, se estendió en enumerar las virtudes de su jóven príncipe; procuró justificar á Fernando VII de la revolucion de Aranjuez, y trató de probar que Carlos IV habia abdicado voluntariamente, y que por consecuencia la autoridad de Fernando VII era legítima, á lo que Napoleon replicando con una sonrisa de incredulidad, le dijo que lo sabia todo, que la revolucion de Aranjue

no habia sido tan natural como queria persuadirle; que Fernando VII habia cedido á una impaciencia culpable, pero que no se habia atrevido á declarar abierta una sucesion que no debia recoger, y que por haber tratado de reinar demasiado pronto, no ocuparia el trono. Viendo el canónigo que no conseguia ablandar á Napoleon con la pintura de las virtudes de Fernando VII, intentó conmoverle hablándole de la situacion de sus desgraciados consejeros, y del papel que harian ante la España, la Europa y la posteridad, que quedarian sin honra por haber creido en la palabra de Napoleon que los habia llevado á Bayona, haciéndoles esperar que iba á reconocer al nuevo rey, y que se los acusaria de ineptitud ó de traicion, cuando no habian cometido mas yerro que fiarse en la palabra de un grande hombre.—Sois hombre de bien, repuso Napoleon, y vos particularmente un escelente preceptor, que defendeis á vuestro alumno con un celo saludable. Se dirá que habeis cedido á una fuerza superior: ni vos ni la España podriais resistirme. La política, la política, señor canónigo, debe dirigir todos los actos de un personage como yo. Volved al lado de vuestro príncipe y disponedle á ser rey de Etruria, si todavía quiere ser rey en alguna parte, porque podeis asegurarle que ya no lo será en España.

El desgraciado preceptor de Fernando VII, se retiró consternado, y encontró á su discípulo tan sorprendido y desconsolado como él, por la conversacion que acababa de tener con el general Savary. Este, sin cuidarse mucho de la forma, y sin valerse de ninguna de las aclaraciones que en boca de Napoleon eran en cierto modo unas escusas,

habia hecho entender á Fernando VII que era preciso renunciar á la corona de España, y aceptar la Etruria como indemnizacion del patrimonio de Cárlos V y de Felipe V. Grande fué la agitacion de aquella córte, que hasta entonces no habia visto claramente su suerte. Agrupáronse todos en derredor del príncipe, hubo sollozos, arrebatos, y predispuestos como lo estaban á no creer su desgracia, concluyeron por persuadirse que era una farsa de Napoleon, porque no les parecia posible que quisiera tocar á una persona tan sagrada como la de Fernando VII, á una cosa tan inviolable como la corona de España, y que sin duda habia proferido tan terrible amenaza para obtener alguna gran parte de territorio, ó la cesion de alguna colonia importante; en una palabra, que queria asustar y nada mas. Opinaron, pues, que para triunfar no habia mas que no ceder á aquella intimidacion: por consiguiente decidieron resistir y rechazar todas las proposiciones de Napoleon. El señor de Cevallos fué el encargado de tratar con Mr. de Champagny bajo la base de una negativa absoluta.

Al dia siguiente el señor Cevallos fué al palacio de Marac para tener una conferencia con Mr. de Champagny. Este hombre cuya bajeza corria parejas con su arrebato, habló á Mr. de Champagny con una violencia que no era valor, porque allí solo corrian peligro las coronas, y de modo alguno las personas. A este tiempo llegó Napoleon, y como oyera sus últimas palabras le dijo:—¿Qué hablais de fidelidad á los derechos de Fernando VII, vos que debiérais haber servido fielmente á su padre de quien erais ministro, que le abandonásteis por un hijo usurpador, y que en todo

esto no habeis desempeñado nunca mas que el papel de un traidor?—El señor de Cevallos, á quien podia haber dirigido con justicia aquellas palabras el que no tuviera que acusarse de nada, se retiró al lado de su nuevo soberano para referirle lo que habia pasado. Los que rodeaban á Fernando, juzgaron que semejante negociador no tenia ni bastante autoridad moral, ni suficiente destreza para defender los derechos de su soberano, y se encargó aquella comision al señor Labrador, que en diferentes embajadas habia aprendido á tratar los grandes intereses de la política con la reserva necesaria. La base de las negociaciones fué siempre la misma; el derecho inagenable é imprescriptible de Fernando VII á la corona de España, ó en defecto del suyo, el de Carlos IV, único rey legítimo si Fernando no lo era.

Napoleon estaba algun tanto incomodado con aquella resistencia, pero esperaba que cederia bien pronto ante la necesidad, y sobre todo ante Cárlos IV, que acudia tambien á hacer valer sus reclamaciones, mucho mas motivadas que las de Fernando VII; porque si era cierto que Murat le habia sugerido la idea de protestar contra su abdicacion, no lo era menos que aquella abdicacion habia sido el resultado de una coaccion moral ejercida sobre su carácter débil, y que tenia fundamento para reclamar la corona. Napoleon hubiera obrado con justicia, si quitando la corona á Fernando VII se la hubiese devuelto á Cárlos IV. Pero miraba la presencia de éste como indispensable para oponer al derecho del hijo el del padre, lo cual no creaba el derecho de Bonaparte, pero ponia á todos los derechos en tal estado de confu-

sion, que esperaba aprovecharse de él: así es que encargó vivamente á Murat que hiciese partir á los reyes padres, y que le enviase tambien al príncipe de la Paz, que continuaba preso en Villaviciosa. Al mismo tiempo le previno que emplease la fuerza, si era necesario, no para la salida de la antigua córte que pedia con instancias ponerse en camino, sino para la libertad del príncipe de la Paz, que los españoles no querian soltar á ningun precio. Le recomendó asimismo, para preparar los ánimos, que comunicase á la junta de gobierno y al Consejo de Castilla la protesta de Cárlos, que reducia á la nulidad la regia autoridad de Fernando VII, sin restablecer la de Cárlos IV, y daba márgen á una especie de interregno cómodo para llevar á efecto un proyecto de usurpacion. Procuró hacer comprender bien á Murat que no debia esperar mucho de la opinion produciendo un cambio que no era del gusto de los españoles, pero que era preciso contenerlos por el temor, ganarse en seguida la adhesion de los hombres sensatos, por la evidencia de los bienes de que seria orígen una dinastía francesa, por la certidumbre de que con semejante cambio la España no perderia ni una aldea, ni una colonia; ventaja que no resultaria de ningun otro arreglo, y suplir despues la falta de asentimiento desplegando una fuerza irresistible. Napoleon previno á Murat que estuviese con mucho cuidado y vigilancia, que fortificase dos ó tres puntos de Madrid, como el palacio real, el almirantazgo y el Buen Retiro, que no consintiese que durmiera en la poblacion ni un solo oficial; que estuviesen todos en los cuarteles con sus soldados, en una palabra, que se condujese como

en vísperas de una insurreccion que creia inevitable, porque los españoles probablemente querrian tantear á los franceses que en este caso era necesario recibirlos enérgicamente, de modo que se les quitase toda esperanza de resistencia, y no olvidar el método con que él hacia la guerra en las calles de Egipto, Italia y otras partes; que no se internase en la poblacion, sino que ocupase la cabeza de las principales calles con fuertes baterías, hiciese sentir en ella los estragos del cañon, y en donde quiera que la multitud se presentase á cara descubierta, hacer que la acuchillasen los coraceros. Así pasaba Napoleon de la astucia á la violencia, por la usurpacion de la corona española!....

Sobre un solo punto se habia anticipado Murat á las instrucciones del emperador, y era el relativo á la marcha de los antiguos soberanos, y á la escarcelacion del príncipe de la Paz. Habia dicho á Cárlos IV y á la reina, en respuesta á la manifestacion de sus deseos, que el emperador los veria con gusto á su lado: que por consiguiente no tenian mas que preparar su marcha, y que iba á exigir se le entregase el príncipe de la Paz, para dirigirle con ellos á Bayona, noticias que les llenaron de la única alegría que habian esperimentado desde las fatales jornadas de Aranjuez.

Sabedor de que Fernando VII habia por fin pasado la frontera, Murat ya no tenia consideraciones que guardar: por otra parte, los españoles irritados de semejante debilidad, y humillados de tener tales príncipes, parecieron por un momento dispuestos á desprenderse de una familia tan poco digna del aprecio de la nacion. Por algunos dias debia, pues, encontrarlos mas accesibles. Pero

cuando se les habló de entregar al príncipe de la Paz, hubo una especie de sublevacion. La multitud, ansiosa de venganza, veia que se la escapaba su víctima. Las clases elevadas, y entre ellas los que se habian comprometido en la revolucion de Aranjuez, temian que en medio de aquellos trastornos políticos, volviese á recobrar algun dia el poder el príncipe de la Paz, y los castigase por su conducta. Por estas diversas razones se rehusaba el ponerle en libertad. La junta de gobierno, compuesta de los ministros y del infante don Antonio, esperimentaba mas que nadie aquellos tristes sentimientos. Desde el principio habia opuesto á las instancias de Murat una tenaz resistencia, y alegado que careciendo de autoridad para decidir semejante cuestion, tenia que dar cuenta á Fernando VII. En efecto se habia dirigido á él pidiéndole sus órdenes. Fernando, muy embarazado para contestar á aquella consulta, habia declarado que aquella cuestion se trataria y resolveria en Bayona, con todas las demas de que iban á ocuparse los dos soberanos de España y Francia. Trasmitida inmediatamente á Murat la respuesta de Fernando, consideró como resuelta la cuestion en virtud de las órdenes de Napoleon, y exigió que se sacase de la prision al príncipe de la Paz para enviarle á Bayona. Anunció que don Manuel Godoy quedaria desterrado para siempre de España, y que solo se le enviaria á Francia para salvarle la vida, que era lo único que se le queria conservar. Dirigida esta comunicacion á la junta, Murat envió tropa de caballería á Villaviciosa con órden de apoderarse del preso por grado ó por fuerza. El encargado de su custodia, que lo era el marqués

de Castelar se negaba á entregarle, cuando la junta, para evitar una colision, mandó le pusiese en libertad.

El desgraciado dominador de la España, que poco tiempo hacia se hallaba rodeado de todas las superfluidades del lujo, que excedia al mismo soberano en suntuosidad, como le superaba en poder, llegó al campamento de Murat casi desnudo, con la barba larga, las heridas casi sin cerrar, y con las señales de los grillos que habia tenido puestos. En tan triste estado vió por primera vez al amigo que habia elegido en el seno de la córte imperial, con miras bien diferentes de las que entonces se realizaban. Murat, que era generoso por carácter, guardó toda especie de consideraciones con don Manuel Godoy, le proporcionó todo aquello de que carecia, y le hizo partir para Bayona, escoltado por uno de sus ayudantes de campo y algunos soldados de caballería. Ejecutada esta parte de las órdenes de Napoleon, se ocupó del viage de los antiguos soberanos, que en medio de su infortunio se hallaban poseidos de la mas viva alegría al saber que su amigo se habia salvado, y que iban á encontrarse bien pronto en presencia del poderoso emperador que podia vengarlos de sus enemigos. Concluidos los preparativos del viage, de los que el principal fué apoderarse de los mejores diamantes de la corona, pidieron á Murat que dispusiese su marcha. En efecto, el dia 23 salieron del Escorial y fueron á pernoctar al Pardo, en medio de las tropas francesas, en donde vieron y abrazaron á Murat con la mayor efusion. De allí siguieron á Buitrago para tomar la carretera de Bayona, y continuar su viage con la lenti-

tud que convenia á su edad y su molicie. En el camino recibieron algunas muestras de respeto; pero ninguna de simpatía: hubiera bastado para ahogarlas todas la presencia de la reina, que ya hacia veinte años era objeto del ódio y del desprecio de la nacion.

Murat era en aquellos momentos el único dueño de España, y podia conceptuarse rey. Por órden de Napoleon acababa de comunicar á la junta la protesta de Cárlos IV redactada en cierto modo por él, y de reclamar con la publicacion de este documento la supresion del nombre de Fernando VII en los actos del gobierno. La junta embarazada, habia querido hacer participe de su responsabilidad al Consejo de Castilla, consultándole al efecto. El Consejo se la devolvió íntegra rehusando esplicarse. Murat puso término á aquella desavenencia por medio de una transacion, y se convino en que los actos del gobierno se publicarian en nombre del rey, sin decir cual. De este modo el trono quedaba de hecho vacante, y los españoles comenzaban ya á convencerse de ello con el mas profundo dolor. Unas veces se indignaban contra la ineptitud y pusilanimidad de sus príncipes que se habian dejado engañar y precipitar en una sima de donde ya no podian salir, y otras se compadecian de ellos, y se enfurecian contra los estrangeros que se habian introducido en su territorio con la astucia y la violencia. Los hombres ilustrados que comprendian entonces muy bien por que habian invadido los franceses la España, fluctuaban entre su ódio al estrangero y el deseo de ver á su patria reorganizada por la mano de Napoleon como lo habia sido la Francia. Atraidos

con sus esposas á los bailes que daba Murat, eran algunas veces medio seducidos pero jamas conquistados enteramente. El pueblo, por el contrario, no participaba en manera alguna de aquella especie de impulso. Varias veces al ver la guardia imperial y la caballería quedaba como asombrado, y aun admiraba á Murat; pero la infantería, compuesta en su mayor parte de soldados jóvenes, atacados de la sarna, y que concluian su instruccion á su vista, no le inspiraba ningun respeto, y aun le daba la confianza de vencerla. Los habitantes de los pueblos inmediatos á Madrid, acudian con sus escopetas y navajas y se habituaban á desafiar con la vista á las tropas, antes de combatirlas con las armas. Algunos, incitados por los frailes, cometian horribles asesinatos. Un hombre del pueblo mató á navajazos á dos soldados é hirió á otro, por inspiracion, segun decia, de la Santísima Virgen. El cura de Carabanchel asesinó á un oficial. Murat mandó castigar ejemplarmente á los autores de aquellos crímenes, pero no consiguió aplacar el ódio que comenzaba á manifestarse. Todas las almas esperimentaban una emocion indefinible, hasta tal punto, que habiéndose escapado un caballo en el hermoso paseo del Prado, todo el mundo huyó creyendo que iba á empeñarse un combate con los franceses. Murat se hacia siempre ilusiones acerca de la disposicion de los ánimos entre los españoles; pero estimulado por los reiterados avisos de Napoleon, tomaba algunas precauciones Acuarteló en la poblacion la guardia y los coraceros, y colocó el resto de las tropas en las alturas que dominan á Madrid. A las tres divisiones del mariscal Moncey, agregó la primera del

general Dupont, y contenia de este modo á la capital con la guardia, toda la caballería, y cuatro divisiones de infantería. La segunda division del general Dupont se hallaba en el Escorial y la tercera en Segovia: las tropas acampaban en tiendas al derredor de Madrid. Las provisiones llegaban con dificultad por la insuficiencia de los trasportes, pero eran sin embargo abundantes. El método curativo empleado contra la sarna habia restituido la salud á casi todos los soldados. Hacian el ejercicio todos los dias, y comenzaban á adquirir la firmeza, soltura, y aire marcial, que hubieran ya debido tener al entrar en España. Murat les dió oficiales sacados de los sargentos de la guardia, y tenia infinito cuidado en la organizacion de un ejército que miraba como el sosten de su futura corona: la division del general Dupont era escelente. Desgraciadamente hubiera sido preciso, repetimos, presentar todo esto hecho á los españoles en vez de hacerlo á su vista. Dedicado Murat á una obra que le agradaba mucho, aplaudido algunas veces por el pueblo que se dejaba deslumbrar por su presencia y por los hermosos escuadrones de la guardia imperial, dueño de la junta, que colocada entre dos reyes ausentes, y no sabiendo á quien obedecer, lo hacia á la fuerza presente, Murat se creia ya rey de España. Sus ayudantes de campo que á su vez se conceptuaban tambien grandes señores de la nueva córte, le adulaban á cual mas podia, y él al dar cuenta á Napoleon de aquellas lisonjas, le decia:—Yo soy aqui el dueño en vuestro nombre, mandad, y la España hará cuanto gusteis; entregará la corona al príncipe francés que designeis.—Napoleon solo contestaba

á aquellas locas seguridades, reiterando la órden de fortificar los principales edificios de Madrid, y de tener á los oficiales alojados con la tropa en los cuarteles, medidas que Murat ejecutaba mas bien por obediencia que por conviccion de su utilidad.

El príncipe de la Paz que habia sido conducido apresuradamente á Bayona, para evitar que el pueblo se amotinase á su paso, llegó allí mucho antes que sus soberanos. Napoleon estaba impaciente por ver á aquel antiguo dominador de la monarquía española, y sobre todo por servirse de él. Despues de un momento de conversacion, el favorito le pareció tan mediano como se le habia dicho, notable únicamente por algunas ventajas físicas que le habian hecho querido á la reina de España, por cierta agudeza de ingenio, y por una gran práctica de los negocios de estado, pero calumniado cuando se le presentaba como un mónstruo. Sin embargo, Napoleon por respeto á la desgracia, se abstuvo de manifestar el desprecio que le inspiraba semejante gefe de gobierno, y se apresuró á tranquilizarle completamente acerca de su porvenir y el de sus antiguos amos, porvenir que prometió hacer seguro, apacible, opulento y digno de los antiguos poseedores de España y de las Indias. A aquella promesa, añadió Napoleon otra no menos agradable, la de vengarlos pronta y cruelmente de Fernando VII haciéndole bajar del trono, y pidió ser secundado en sus proyectos con la reina y Cárlos IV; lo cual le fué prometido y era bien fácil de cumplir, porque el padre y la madre estaban tan irritados con su hijo que preferian ver á un estrangero, aunque fuera enemigo, en el trono de sus antepasados.

La llegada de Cárlos IV y su esposa se anunciaba para el 30 de abril. La política de Napoleon exigia que solo los antiguos soberanos fuesen recibidos con los honores reales. Lo dispuso, pues, todo para recibirlos como si todavía gozasen de su poder, y como si no se hubiese efectuado la revolucion de Aranjuez. Hizo que formasen las tropas, envió á su córte á esperarlos, mandó que la artillería de los fuertes hiciesen la salva, que se empavesaran los buques que habia en el Adour, y él mismo se preparó á poner con su presencia el colmo á los honores que les dispensaba. Hicieron su entrada en Bayona al medio dia, entre el estruendo del cañon, el repique de las campanas, y fueron recibidos en las puertas de la ciudad por las autoridades civiles y militares; en el tránsito encontraron á Fernando VII y al infante don Cárlos, á quienes recibieron con visible, aunque reprimida indignacion, y se apearon en el palacio del gobierno que les estaba destinado: por un momento llegaron á hacerse la ilusion de que todavía poseian el poder supremo, última apariencia con que Napoleon queria distraer su ancianidad, antes de precipitarlos á todos, padres é hijos en la nada, á que deseaba reducir á los Borbones. Un momento despues llegó él mismo al galope, acompañado de sus tenientes para ofrecer el homenage de su poderío, al anciano víctima de sus ambiciosos cálculos. Apenas estuvo en presencia de Cárlos IV, á quien jamas habia visto, le tendió los brazos, y el desgraciado descendiente de Luis XIV se arrojó en ellos llorando, como pudiera haberlo hecho con un amigo de quien esperaba el consuelo de sus pesares. La reina desplegó para agradar todo el arte de

una cortesana, especialmente con la emperatriz Josefina, que hacia pocos dias habia llegado á Bayona, y que se apresuró á visitar á los soberanos de España. Despues de una breve conversacion, Napoleon dejó á Cárlos IV rodeado de los españoles reunidos en Bayona, y de los oficiales y camareros franceses destinados á su servicio de honor. Con arreglo á las intenciones del emperador, que deseaba no se olvidase en aquella ocasion ninguno de los usos de la córte de España, hubo besamanos general, á que asistieron todos los españoles que habia en la ciudad. Fernando tomó su rango de hijo y príncipe de Asturias, fué á su vez á inclinarse ante sus augustos padres, en cuyo rostro podia leer fácilmente las sensaciones que esperimentaban. Cuando se concluyó la ceremonia, el rey y la reina que estaban fatigados, pensaron en retirarse á su aposento, á donde trataron de seguirlos Fernando y su hermano; pero Cárlos IV no pudiendo ya contenerse, detuvo á su hijo primogénito diciéndole: —¡Infeliz!.. no has deshonrado bastante mis canas... respeta al menos mi reposo...—y se negó á verle como no fuese en público. Fernando VII que por solo la etiqueta habia vuelto en el espacio de algunas horas á la calidad de príncipe de Asturias, se creyó perdido: estaba castigado y Cárlos IV vengado!... Pero éste iba bien pronto á verse obligado á pagar en manos de Napoleon el precio de la venganza obtenida.

Lo que los antiguos soberanos deseaban con mas impaciencia, era abrazar á su querido amigo Manuel que no habian vuelto á ver desde la fatal noche del 17 de marzo. Se arrojaron en sus brazos, y Napoleon que queria dejarlos el tiempo necesa-

rio para verse, desahogarse y entenderse, suspendió hasta el dia siguiente el recibimiento que los preparaba en Marac, y tuvieron todo el dia para conferenciar sobre su situacion y suerte futura. El príncipe de la Paz les dió á conocer prontamente de lo que se trataba en Bayona; lo cual no podia ni sorprenderles ni afligirles, porque ya no abrigaban la pretension de reinar, y tuvieron la satisfaccion de saber que Napoleon al vengarlos de Fernando VII les destinaba en Francia un retiro seguro, magnífico, rentas iguales á las de los príncipes reinantes mejor dotados de Europa, y por única privacion la pérdida de un poder, cuyo próximo fin preveian ya hacia largo tiempo. No fué, pues, difícil reducirles á los proyectos de Napoleon á que estaban resignados de antemano, aun cuando ignoraban las compensaciones que se les reservaban.

Al dia siguiente, Napoleon los convidó á comer en el palacio de Marac, en donde se proponia tratarlos con los mayores honores; Cárlos IV y su esposa se trasladaron á él en los coches imperiales, tan diferentes de los antiguos carruages de la córte de España, que estaban construidos por el modelo de los de Luis XIV. Le costaba sumo trabajo el subir y bajar, y hasta en los mas leves pormenores, dejaba ver cuán estraño era á los usos é ideas de aquel tiempo. Cuando llegó al palacio de Marac se apoyó para echar pie á tierra en el brazo de Napoleon, que habia salido á recibirle hasta la puertecilla del coche.—Apoyaos en mí, le dijo el emperador, yo tendré fuerza para los dos.—Lo creo muy bien contestó el anciano monarca, y le manifestó una verdadera gratitud, tan dichoso se

conceptuaba con encontrar en Francia el reposo, la seguridad y la opulencia para el resto de sus dias. Napoleon habia olvidado inscribir al príncipe de la Paz en el número de los convidados. No viéndole Cárlos IV, dijo con una viveza embarazosa para todos los concurrentes:—¿En donde esta Manuel?—Buscóse al príncipe de la Paz por órden del emperador, y se restituyó á Cárlos IV aquel amigo sin el que no podia ya existir.

Mientras que Napoleon se ocupaba en dulcificar la suerte de aquel viejo niño destronado, la emperatriz Josefina obsequiaba con su gracia acostumbrada á la reina de España, y la proporcionaba las fútiles distracciones que estaban á su alcance, ofreciéndola todos los adornos de París mas nuevos y raros. Pero la esposa de Cárlos IV era mas difícil de consolar que aquel, por la misma razon de su inteligencia y de su ambicion. Sin embargo, podia contar con dos consuelos ciertos, la seguridad de don Manuel Godoy, y el destronamiento de Fernando.

Despues de colmar de atenciones á sus augustos y desgraciados huéspedes, Napoleon, impaciente por concluir, puso en movimiento los instrumentos que tenia á su disposicion. Conforme á su voluntad, Cárlos IV dirigió una carta á Fernando recordándole su culpable conducta en los sucesos de Aranjuez su imprudente ambicion, su imposibilidad de reinar en un pais entregado por su falta á las agitaciones revolucionarias, y pidiéndole por último que renunciase la corona. Esta intimacion, revelaba claramente á los consejeros ya desengañados de Fernando, el giro que iba á darse a la negociacion desde la llegada de la an-

tigua córte. Era evidente que se iba á pedir la corona al hijo, para dejarla cierto número de dias ó de horas en las sienes del padre, y hacer que desde su encanecida cabeza, pasase á la de un príncipe de la familia Bonaparte. Los directores de la nueva córte opusieron á aquella intimacion una carta bastante ingeniosa, en que Fernando VII, hablando á su padre como hijo sumiso y respetuoso, declaraba que estaba pronto á restituir la corona, aunque la habia recibido á consecuencia de una abdicacion voluntaria, con dos condiciones: primera, que Cárlos IV habia de reinar por sí mismo; y la segunda, que la restitucion se haria libremente en Madrid, á presencia de la nacion española. Sin estas dos condiciones, Fernando se negaba formalmente á devolver la corona á su padre, porque si éste no queria reinar, Fernando se consideraba como único rey legítimo, con arreglo á las leyes de la monarquía española; y si la retrocesion se hacia en otra parte que en Madrid, aun en el mismo seno de la nacion reunida, no seria libre, ni digna, ni segura.

La respuesta era hábil y conveniente. Se hizo que Cárlos IV replicase, apoyándose siempre en la irregularidad de la abdicacion, en las violencias que la habian producido, en la imposibilidad en que se encontraba Fernando de gobernar la España que acababa de despertar de un profundo letargo, y se hallaba próxima á entrar en la carrera de las revoluciones, y en la necesidad de confiar á Napoleon el cuidado de afianzar la felicidad de los pueblos de la Península; y concluia manifestando intenciones amenazadoras si no cesaba en su obstinacion. A esta réplica, la moderna córte opuso

una contraréplica semejante á la primera respuesta de Fernando VII.

La negociacion no adelantaba, porque se habia empleado desde el 1.° al 4 de mayo en aquella vana correspondencia. Napoleon comenzaba á impacientarse vivamente, y estaba resuelto á hacer que se declarase rebelde á Fernando VII, á devolver la corona á Cárlos IV, quien se la trasmitiria en seguida pasado un tiempo mas ó menos largo. Hizo que por medio del príncipe de la Paz, se redactase una acta en la cual Cárlos IV se declaraba único y legítimo rey de España, y en la imposibilidad en que se hallaba de ejercer por sí mismo la regia autoridad, nombraba su lugar-teniente al gran duque de Berg, le confiaba todos sus poderes reales, y particularmente el mando de las tropas. Napoleon miraba esta transaccion como necesaria para pasar de la dinastía de los Borbones á la de los Bonapartes. Se apresuró á espedir aquel decreto con la órden que ya habia dado muchos dias antes, y que reiteraba en aquel momento, para que se hiciesen salir de Madrid todos los príncipes españoles que aun permanecian allí, don Francisco de Paula, el infante mas jóven, don Antonio, tio de Fernando y presidente de la junta, y la reina de Etruria, que por hallarse indispuesta no pudo seguir á sus padres. Despues de adoptadas estas medidas se preparaba á poner término á las escenas de Bayona, por una solucion que él mismo impondria, cuando los acontecimientos de Madrid facilitaron el desenlace que apetecia, dispensándole de emplear para ello la fuerza.

Mientras Napoleon seguia su correspondencia con Madrid, Fernando VII no se descuidaba por

su parte en hacer que llegasen allí noticias que escitasen en favor suyo el interés de la nacion, y que sobre todo pudieran corregir el mal efecto que habia producido su necia conducta. No ignoraba que los españoles habian concebido tanto disgusto hácia su persona, como á la de su anciano padre, al verle caer en el lazo tendido por Napoleon. Habia, pues, por medio de correos que salian disfrazados de Bayona, y atravesaban las montañas de Aragon para ir á Madrid, propagado las noticias que creia mas á propósito para atraerle la opinion pública. Habia divulgado que se queria violentarle en Bayona para arrancarle el sacrificio de todos sus derechos; pero que resistia y resistiria todas las amenazas, y que sus pueblos sabrian antes su muerte que su sumision al estrangero. Pintábase como la mas noble é interesante de las víctimas, para exaltar en su favor todos los corazones generosos. Aquellos emisarios, para evitar los caminos rectos llenos de tropas francesas, empleaban un dia ó dos mas en llegar á Madrid; pero lo efectuaban con seguridad, y las noticias de que eran portadores, propagadas con rapidez, conquistaron á Fernando VII la opinion que perdiera por algunos momentos. El rumor generalmente acreditado, de que Fernando era objeto en Bayona de brutales violencias, y que oponia á ellas una heróica resistencia, habia reanimado en su favor al pueblo de la capital, que, como ya hemos dicho, se habia aumentado con muchos vecinos de los pueblos inmediatos. No pudiendo recurrir á las imprentas cuidadosamente vigiladas por los agentes de Murat, se servian de hojas volantes manuscritas, que copiadas con profusion, y circulando

con increible celeridad, escitaban hasta el mas alto grado las pasiones del pueblo. En cuanto á la junta de gobierno, disimulaba profundamente sus secretos sentimientos, y afectaba gran deferencia por los deseos de Murat; pero adicta, como era justo, á Fernando VII, era el agente de las comunicaciones con Bayona, y de las publicaciones que eran su consecuencia. Habia enviado emisarios á Fernando para saber si queria que se substragese de los franceses, y fuese á proclamar en cualquier otro punto la legítima régia autoridad, provocar el alzamiento de la nacion, y declarar la guerra al usurpador. Mientras esperaba la respuesta á estas proposiciones, solo cedia despues de interminables dilaciones á las demandas de Murat, encaminadas á servir á los designios de Napoleon.

Entre estas exigencias habia una que la habia agitado mucho, y era la de que se enviase á Bayona á todos los individuos de la familia real que todavía permanecian en Madrid. Por una parte la reina deseaba que se la enviase al jóven infante don Francisco, que no habia podido llevar consigo por el mal estado de su salud; por otra, la reina de Etruria, que se habia quedado en Madrid por igual motivo, solicitaba marchar por la agitacion cada dia creciente del pueblo español. Murat, á quien el emperador habia recomendado que dirigiese á Bayona todos los individuos que quedaban de la familia real, exigia imperiosamente su marcha. En cuanto á la reina de Etruria, no podia haber dificultad, porque era princesa independiente y deseaba partir; mas no sucedia asi con el infante don Francisco, colocado por razon de su edad bajo la dependencia de la autoridad real, y enton-

ces bajo la de la junta de gobierno, que ejercia aquella autoridad en ausencia del rey. La junta, adivinando muy bien la intencion de aquellos viages sucesivos, se reunió en la noche del 30 de abril al 1.º de mayo, para deliberar sobre la pretension de Murat. Aumentóse su número por habérsela agregado los presidentes de los Consejos de Castilla y de las Indias, y muchos individuos de ellos. La sesion fué muy agitada: algunos de los que asistian á aquella reunion, querian que no se accediese á una proposicion, cuyo objeto evidente era arrebatar los últimos representantes de la monarquía española, y que antes de ceder se ensayase la resistencia á toda costa. El señor Ofarril, ministro de la Guerra, espuso la situacion del ejército, cuyos cuerpos desorganizados, diseminados unos en el Norte, y otros en Portugal y en las costas, no presentaba en Madrid mas que una fuerza de tres mil hombres; los mas exaltados querian se supliese aquella falta armando al pueblo con cuchillos y escopetas, y que se buscase la salvacion en un grande acto de desesperacion nacional. La mayoría opinó que se contestase á Murat con una negativa disimulada, guardándose, sin embargo, de provocar un rompimiento. Una reunion de patriotas, descontentos de lo que llamaban debilidad de la junta, querian que se impidiese la salida de los infantes por todos los medios posibles, y atizaban las pasiones del pueblo, que por cierto no necesitaba de semejantes escitaciones. El 1.º de mayo, que era domingo, vinieron á Madrid muchos hombres de los lugares inmediatos, y se vieron rostros agrestes y enérgicos mezclarse con los numerosos grupos que ocupaban diferentes puntos. En la *Puerta del Sol*, especie de plazuela situada en el centro de la capital, y en donde desembocan varias de las principales calles, como la *Mayor*, *Alcalá*, *Montera* y *Carretas*, habia una multitud compacta y amenazadora. Murat envió allí algunos centenares de dragones, que disiparon á la multitud y la obligaron á permanecer tranquila.

Murat, á quien la junta habia comunicado su negativa del modo mas suave que la fué posible, respondió que no haria caso de ella, y que al dia siguiente lunes 2 de mayo, dispondria saliesen la reina de Etruria y el infante don Francisco, á cuya declaracion no se opuso réplica alguna. En efecto, al dia siguiente á las ocho de la mañana, se llevaron á palacio los coches para recibir en ellos á las personas reales. La reina de Etruria se prestaba con gusto á marchar; pero el infante don Francisco, por lo menos, segun se decia en las puertas de palacio, lloraba. Estos pormenores se difundieron de boca en boca por los grupos que eran muy numerosos, y produjeron la mas viva agitacion. De repente se presentó un ayudante de campo de Murat, que enviaba éste para cumplimentar á la reina en el acto de su salida. Al ver el uniforme francés, el pueblo prorumpió en gritos, comenzó á tirar piedras al ayudante de campo del príncipe, y se preparaba á darle muerte, cuando una docena de granaderos de la guardia imperial, que estaban de servicio en el palacio que ocupaba Murat, y desde donde se podia ver el tumulto, se arrojaron á la bayoneta sobre la multitud, y libertaron al ayudante de campo de una muerte cierta. Algunos tiros que se dispararon en aquel conflicto fueron la señal de una sublevacion

general. Por todas partes comenzó á oirse un vivo fuego. El pueblo enfurecido, engruesado con gran número de forasteros, se precipitó sobre los oficiales franceses diseminados por las casas de Madrid, á pesar de las recomendaciones de Napoleon, y sobre los soldados que por escuadras iban á las provisiones. Muchos fueron asesinados con horrible ferocidad, y otros debieron la vida á la humanidad de algunos vecinos.

Al primer ruido, Murat montó á caballo, y dió sus órdenes con la resolucion de un general habituado á todas las ocurrencias de la guerra. Mandó á las tropas que estaban acampadas que se pusiesen en movimiento y entrasen á un mismo tiempo por todas las puertas de Madrid. Las mas próximas, que eran las del general Grouchy, situadas cerca del *Buen Retiro*, debian subir por las espaciosas calles de *Alcalá* y *Carrera de San Gerónimo* y dirigirse á la *Puerta del Sol*, mientras que el coronel Frederichs, con los fusileros de la guardia, emprendia su movimiento desde palacio, situado en el estremo opuesto, y se dirigia por la *calle Mayor* á reunirse con el general Grouchy en la *Puerta del Sol*, adonde debian acudir todas las columnas. El general Lefranc, establecido en el convento de San Bernardino, debia marchar concéntricamente desde la puerta de *Fuencarral*. Los coraceros y la caballería que llegaba por el camino de Carabanchel, recibieron órden de avanzar por la puerta de Toledo. Murat, con la caballería de la guardia, se situó á espaldas de palacio, junto á la puerta de San Vicente, por la cual debian entrar las tropas que se hallaban en la Casa de Campo. Colocado de este modo fuera de los barrios populosos, y en una posicion dominante, se hallaba desembarazado para acudir á donde fuese necesario.

La accion principió en la plaza de palacio, á donde Murat habia dirigido un batallon de infantería de la guardia, precedido de una batería. Un fuego de peloton, seguido de algunos disparos de metralla, dejó despejada la plaza. La prontitud de la fuga, como sucede siempre en casos semejantes, impidió que fuese grande el número de las víctimas. Libres ya el palacio y sus inmediaciones, el coronel Frederichs marchó con los fusileros por las *Platerías* y *calle Mayor*, á la *Puerta del Sol*, á cuyo punto se dirigian tambien las tropas del general Grouchy por la *Carrera de San Gerónimo* y calle de *Alcalá*. Los soldados viejos y jóvenes, avanzaban con el aplomo que debian á sus gefes serenos y aguerridos. El pueblo sostenido por aldeanos intrépidos, no esperaba ya á pie firme, pero se detenia en las esquinas de las calles trasversales para disparar sus armas, y despues invadia las casas para hacerlo desde los balcones y ventanas. Por todas partes se les perseguia y mataba á bayonetazos, y muchos infelices cogidos con las armas en la mano, fueron arrojados por los balcones. Las dos columnas francesas que marchaban al encuentro una de otra, habian hecho que la multitud se replegase á la *Puerta del Sol*, en donde no podia huir por lo compacto de su masa: sin embargo, sostenia el fuego con las tropas. Algunos escuadrones de cazadores y mamelucos de la guardia lograron penetrar por medio de las masas, las acuchillaron, y las obligaron á dispersarse por las salidas que aun quedaban libres. Los mamelucos, sirviéndose de sus sables corvos, con destreza suma,

hicieron rodar algunas cabezas, y causaron un terror é indignacion, cuyo recuerdo todavía dura en la poblacion de Madrid. Rechazada ya la multitud trató de refugiarse en la casas para hacer fuego desde las ventanas. Las tropas del general Grouchy, hicieron muchas ejecuciones sangrientas en la *Carrera de San Gerónimo*, especialmente en casa del duque de Hijar, desde donde se hacia un fuego mortífero. Las del general Lefranc tuvieron que sostener un combate mas obstinado en el Parque, en donde se habia encerrado una parte de la guarnicion de Madrid, con órden de no combatir. Habiéndose dirigido allí los insurgentes hicieron fuego á nuestras tropas, y el cuerpo de artilleros españoles se halló á pesar suyo empeñado en la lucha. La necesidad de tomar á cuerpo descubierto un edificio cerrado, desde el cual se hacia un nutrido fuego de fusilería, costó algunos hombres á las tropas francesas; pero estas dieron el asalto, arrojaron de allí á los defensores y les hicieron pagar bien caro su arrojo: el Parque fué tomado antes que el pueblo pudiera apoderarse de las armas y municiones que contenia.

Muy pocas horas bastaron para reprimir aquel movimiento, y despues de tomado el Parque solo se oian ya algunos tiros aislados. Murat mandó formar en la casa de Correos una comision militar, que decretaba la ejecucion inmediata de los paisanos á quienes se encontraba la menor arma. Muchos fueron fusilados en el Prado, y otros que en gran número procuraron salirse al campo, fueron perseguidos y acuchillados por los coraceros. Las tropas que se hallaban fuera de la poblacion, llegaron cuando ya no eran necesarias. Todo quedó pacificado por el terror de una pronta represion y por la presencia de los ministros Ofarril y Azanza, que acompañados del general Harispe, gefe de estado mayor de Murat, hicieron cesar el combate en los puntos en que todavía se sostenia. Pidieron tambien, y se les concedió sin dificultad, que cesasen las ejecuciones que mandaba la comision militar de Correos.

Esta memorable y fatal jornada, que debia producir en España un alzamiento terrible, produjo por resultado inmediato, contener al pueblo de Madrid, quitándole la ilusion de su fuerza, mostrándole que los jóvenes soldados franceses, mandados por oficiales valientes, eran tan invencibles para los feroces paisanos españoles, como lo fueron despues en Essling y Wagram para los soldados mas disciplinados de Europa. El infante don Antonio, que la víspera no habia sido del número de los que opinaron por la resistencia, y que aun parecia alarmado por la jactancia de los partidarios de la insurreccion, dijo la misma tarde á Murat, como un hombre que cobra aliento despues de una larga fatiga.—En fin, ya no se nos repetirá que paisanos armados con cuchillos, pueden batir á tropas regulares.—En efecto, la impresion del pueblo de Madrid fué profunda, y en su exageracion aseguraba y creia que habia habido millares de muertos y heridos. Pero nada de esto era cierto, pues los insurgentes apenas habian perdido cuatrocientos hombres y los franceses ciento á lo sumo. Mas el terror aumentando el número, como de costumbre, daba á aquella jornada una importancia moral, muy superior á la que tenia materialmente. Desde aquel

instante Murat podia emprenderlo todo. Al dia siguiente, hizo partir no solo al infante don Francisco, la reina de Etruria y su hijo, sino hasta el mismo infante don Antonio, que tenia todas las ideas de los sublevados, menos su energía, y que no deseaba mas que encontrar en Bayona lo que esperaban allí los demas príncipes parientes suyos, el reposo y la destitucion. El infante don Antonio consintió en partir desde luego, y abandonó la presidencia de la junta de gobierno, aun sin darla aviso. Murat acababa de recibir el decreto de Carlos IV que le conferia la lugartenencia del reino. Convocó la junta, hizo que le aceptase por su presidente en lugar del infante don Antonio, y desde entonces quedó investido con todos los poderes de la autoridad real. Se estableció en palacio, en donde ocupó la habitacion del príncipe de Asturias, y volviendo á tomar en su correspondencia con Napoleon su lenguage habitual, le decia que toda la fuerza de resistencia de los españoles se habia agotado en la jornada del 2 de mayo, que no habia mas que designar el rey destinado para España, y que reinaria sin obstáculo. En varias cartas habia ya escrito, como un hecho que citaba sin añadir ninguna reflexion, que los españoles impacientes por salir de su larga y penosa ansiedad, gritaban con frecuencia:—Corramos á buscar al gran duque de Berg, y proclamémosle rey.—Sin embargo, en aquellas locas ilusiones habia algo de cierto. En la necesidad de tener un rey francés, Murat era el que habria aceptado mas fácilmente el pueblo español, por su nombradía militar, su gracia, su jactancia meridional, y su presencia en Madrid.

Las noticias de esta capital, llegaron el 5 de mayo á Bayona á las cuatro de la tarde. Napoleon veia en ellas inmediatamente el medio de producir el sacudimiento de que tenia necesidad para concluir aquella especie de negociacion entablada con los príncipes de España. Se dirigió á ver á Carlos IV con los pliegos de Murat en la mano, y manifestó mas irritacion que la que realmente esperimentaba por aquellas vísperas sicilianas que se habia tratado de reproducir en Madrid. Queria mucho á sus soldados, pero cuando sacrificaba diez ó veinte mil en una jornada, no era hombre que se apesadumbraba por un centenar de ellos, cuando mediaba tan grande interés como la conquista del trono de España. Sin embargo, fingió la cólera ante los ancianos soberanos, que se atemorizaron mucho al ver tan indignado á aquel de quien dependian. Llamóse á los infantes y el primero á Fernando VII. En cuanto entraron en la estancia de sus padres, fueron apostrofados por ellos con la mayor violencia.—¡He aquí tu obra!... dijo Carlos IV á Fernando VII.... ha corrido la sangre de mis vasallos, la de los soldados de un aliado, y la de mi amigo el grande Napoleon. ¡A qué calamidades habrias espuesto á la España si tuviéramos que entendernos con un vencedor menos generoso!... He aquí las consecuencias de lo que tú y los tuyos habeis hecho para gozar algunos dias antes de una corona, que yo tenia tantos deseos como tú de colocar en tus sienes. Has desencadenado al pueblo, y nadie es ya dueño de él. Vuelve, vuelve esa corona demasiado pesada para tí, y entrégala al único que es capaz de ceñirla.—Al proferir estas palabras, el anciano rey,

condenado á tan aflictiva escena, agitaba un baston con puño de oro en el que ordinariamente se apoyaba por causa de sus enfermedades, lo cual hizo creer á los concurrentes que amenazaba á su hijo.—Apenas concluyó de hablar el padre, cuando la reina con estraordinaria cólera, se precipitó sobre Fernando, le llenó de injurias, le reprendió como mal hijo, por haber querido destronar á su padre, por haber deseado la muerte de su madre, y por ser un falso, pérfido, cobarde y desnaturalizado. Fernando VII escuchó aquellos improperios inmóvil, con los ojos fijos en tierra, con una especie de insensibilidad estúpida, sin responder ni manifestar nada, pero sufriendo estremadamente. Su madre, interpelándole muchas veces, acercándose á él, y amenazándole con la mano, le dijo: —Siempre has sido lo mismo; cuando tu padre y yo queriamos dirigirte algunas exhortaciones por tu propio interés, te callabas, y no respondias á nuestras reflexiones mas que con el silencio y el ódio... Pero contesta á tu padre, á tu madre, á nuestro amigo, á nuestro protector, el grande Napoleon.— Y el príncipe siempre insensible callaba, afirmando únicamente que ninguna parte habia tenido en las ocurrencias del 2 de mayo. Napoleon embarazado, y casi confuso al ver semejante escena, aunque producia la solucion apetecida, dijo á Fernando con un tono frio pero imperioso, que si en aquella tarde no entregaba la corona á su padre, se le trataria como á hijo rebelde, autor ó cómplice de una conspiracion, que en los dias 17, 18 y 19 de marzo habia privado de la corona á su legítimo soberano. En seguida se retiró para esperar en Marac, al príncipe de la Paz, para concluir con él un arreglo definitivo bajo la impresion de los acontecimientos de Madrid.

¡Qué madre!... ¡qué hijo!.. esclamó al entrar en Marac, dirigiéndose á los que le rodeaban. El príncipe de la Paz es en verdad muy mediano; pues bien, era sin embargo, el personage menos incapaz de esa corte degenerada. Les habia propuesto la única idea razonable, idea que hubiera podido producir grandes resultados, si se hubiese ejecutado con ánimo y resolucion; la de fundar un imperio español en América, é ir á salvar allí la dinastía, y la mejor parte del patrimonio de Cárlos V. Pero ellos no podian hacer nada noble ni elevado. Los padres por inercia, el hijo por traicion, han echado por tierra aquel proyecto, y helos ahí acusándose unos á otros al poder de que dependen.—Despues Napoleon habló largamente, y con rara elocuencia, sobre el vasto asunto de la América, de la España, y de la traslacion de los Borbones al imperio de las Indias. Despues de juzgar á los otros se juzgó á sí mismo por que añadió estas palabras:—Lo que yo hago aquí, bajo cierto punto de vista, no está bien, ya lo sé, pero la política exige que no deje á mis espaldas, tan cerca de París, una dinastía enemiga de la mia.

Por la tarde, el príncipe de la Paz fué á Marac, y los resultados que Napoleon queria conseguir por medios tan vituperables, fueron consignados en el siguiente tratado, firmado por el mismo príncipe de la Paz y el gran mariscal Duroc.

Cárlos IV, reconociendo la imposibilidad en que él y su familia se encontraban de asegurar la tranquilidad de la España, cedia á Napoleon la corona, de que se declaraba único poseedor legíti-

mo, para que dispusiese de ella como mas le conviniese, y la cedia con las siguientes condiciones:

1.ª Integridad del territorio de España y de sus colonias, de que no se segregaria ninguna parte.

2.ª Conservacion de la religion católica como culto dominante, con esclusion de cualquiera otro.

3.ª Cesion á Cárlos IV del palacio imperial de Compiegne con los cotos y bosques de su dependencia durante su vida, y del palacio de Chambord perpétuamente, y ademas una lista civil de 30 millones de reales pagados por el tesoro de Francia.

4.ª Una renta anual proporcionada ó todos los príncipes de la familia real.

Fernando VII volvió á su habitacion bien enterado de su situacion y de la firme voluntad de Napoleon, no de intimidarle únicamente, sino de destronarle: sus consejeros tambien se habian desengañado. Uno de ellos, el canónigo Escoiquiz, aunque no era el menos honrado, dió no obstante á su amo, un consejo poco digno; el de aceptar la corona de Etruria, para que Fernando fuese rey de alguna parte, y él director de un monarca. Los otros opinaron con mas razon, que aquello era declarar á la España que no tenia ya que pensar en Fernando, pues que aceptaba una corona estrangera en indemnizacion de la que se le habia arrancado. No aceptar mas que una pension alimenticia, les parecia indicar á la nacion que habia sido violentado, protestaba contra la violencia, que pensaba siempre en España, y que por consiguiente ella debia pensar siempre en él.

Fernando VII firmó, pues, un tratado por el cual Napoleon le aseguraba en propiedad los palacios, cotos, haciendas de Navarra y bosques de su dependencia, un millon de renta, y ademas cuatrocientos mil francos para cada uno de los infantes, mediante una renuncia comun á la corona de España.

Dos palacios con sus dependencias y diez millones anuales, eran el precio con que debia pagarse tanto al padre como á los hijos la magnífica corona de España, precio bien módico y vulgar, pero al que era preciso añadir un terrible complemento, que entonces no se habia aun descubierto: seis años de una guerra abominable, la muerte de algunos centenares de miles de soldados, la funesta division de las fuerzas del imperio, y una mancha en la gloria del conquistador. Napoleon á quien la ceguedad del poder ocultaba las consecuencias de aquel funesto mercado, se apresuró á ejecutar las condiciones. Devolviéndole el buen éxito su natural generosidad, dió las órdenes convenientes para que se tratase con los miramientos posibles á la familia que acababa de caer á los golpes de su política, como tantas otras caian á los de su espada. Encargó al príncipe Cambaceres el cuidado de recibir á los ancianos soberanos, y mientras que en Compiegne se hacian los preparativos necesarios, quiso que fuesen á Fontainebleau á ensayar la hospitalidad francesa, en un sitio que debia agradar á Cárlos IV, mas que ningun otro. Le proporcionaba la compañía del anciano y afable archicanciller como mas conforme á su carácter. Por lo demas, aquella era la primera noticia que de los negocios de España comunicaba á

tan grave personage, no atreviéndose á hablarle de proyectos que no podian soportar las miradas de político tan sábio y tan adicto. En cuanto á los príncipes jóvenes les señaló para residencia el palacio de Valencey hasta que estuviese preparado el de Navarra, y por compañía, la de un personage tan sutil como disipado, el príncipe de Talleyrand que hacia poco tiempo habia llegado á ser propietario de aquel mismo palacio de Valencey, por un acto de la munificencia imperial. Napoleon le escribió la carta que sigue, porque ejecutaba con la dulzura de las costumbres del siglo XIX, una política digna de la supercheria del décimo quinto.

«Al príncipe de Benevento,

«Bayona 9 de mayo de 1808.

«El príncipe de Asturias, su tio el infante don Antonio, y el infante don Cárlos, su hermano, saldrán de aquí el miércoles, permanecerán el viernes y sábado en Burdeos, y estarán el miércoles en Valencey. E tad ya allí el lunes por la tarde. Mi camarero Tournon marcha en posta para preparar lo necesario á su recibimiento. Haced de modo que encuentren mantelería, ropa de cama y batería de cocina... Tendrán á su servicio de honor ocho ó diez personas y doble número de criados. Doy órden al general que desempeña en París las funciones de director de la gendarmería, para que se traslade allí y organice el servicio de vigilancia. Deseo que estos príncipes sean recibidos sin brillo esterior, pero bien y con interés, y que hagais cuanto os sea posible para distraerlos. Si teneis en

Valencey teatro, y haceis que vayan algunos cómicos, no será malo. Podriais llevar á madama de Talleyrand con cuatro ó cinco señoras. Si el príncipe de Asturias se inclina á alguna señorita hermosa, no habria ningun inconveniente, sobre todo si habia seguridad de ello. Tengo el mayor interés en que el príncipe de Asturias, no dé ningun mal paso. Conviene, pues, tenerle distraido y ocupado. La feroz política aconsejaria que se le pusiese en Botche ó en cualquier otro castillo, pero como se ha echado en mis brazos y me ha prometido no hacer nada sin mi órden, y todo va en España como deseo, he tomado el partido de enviarle al campo y rodearle de placeres y de vigilancia. Que dure esto el mes de mayo y una parte de junio, los asuntos de España tomarán un giro, y entonces veré el partido que he de adoptar.

«En cuanto á vos, vuestra mision es bastante honrosa; recibir en vuestra casa tres ilustres personages para obsequiarlos, es muy conforme al carácter de la nacion y al de vuestro rango.»

Cárlos IV pasó la frontera de España con una gran opresion de corazon, porque decia adios á su pais natal, al trono y á las costumbres que habian formado siempre su felicidad, por lo menos, la que era capaz de disfrutar. Sin embargo, las agitaciones populares cuyo primer rumor sintiera, le habian turbado de tal modo, y las disensiones de su familia le habian colmado de tanta amargura, que se consolaba de su caida con la idea de encontrar en Francia la seguridad, el reposo, un retiro opulento, la práctica de los egercicios religiosos, y las escelentes cacerías de Compiegne. Su esposa, desesperada de perder el trono, tenia

mas de una compensacion: la venganza, la presencia segura del príncipe de la Paz y cuantiosas rentas. Fernando VII que habia pasado de una estúpida ceguedad á un verdadero terror, estaba lleno de pesadumbre por haber enviado á la junta de gobierno en respuesta á las preguntas de esta, la órden secreta de convocar las córtes, sublevar la nacion y hacer á los franceses una guerra encarnizada. Temia que la ejecucion de aquella órden irritase á Napoleon, y pusiese en peligro su persona, su posesion de Navarra y su dotacion. Envió un nuevo emisario para recomendar á la junta la mayor prudencia, y prescribirla que no hiciese nada que pudiese disgustar á los franceses. No se limitó á esta precaucion. Apenas se puso en marcha para Valencey, escribió á Napoleon pidiéndole la mano de una de sus sobrinas, y no olvidando á su protector Escoiquiz, reclamó para él la confirmacion de dos reales mercedes, que le habia concedido al suceder á su padre, y consistian en la gran cruz de Cárlos III y en la cualidad de consejero de Estado. Se vé, pues, que las víctimas de la ambicion de Napoleon, se encargaban por sí mismas de destruir en él todos los remordimientos, y en el público todo el interés.

Dueño ya Napoleon de la corona de España, se apresuró á darla. Esta corona, la mayor despues de la de Francia, de cuantas habia tenido á su disposicion, le pareció que debia pertenecer á su hermano José, rey bastante pacífico y considerado en el reino de Nápoles. Napoleon se guiaba al hacer aquella eleccion, primero por el afecto, por que preferia á José á todos sus demas hermanos, y despues, por cierto respeto á la gerarquía, porque José era el mayor de ellos, y en fin, por confianza, porque la tenia en él mas que en los otros. Creia á Gerónimo muy adicto, pero demasiado jóven; á Luis honrado, pero tan exasperado por su enfermedad, los disgustos domésticos y el orgullo, que le miraba como capaz de las determinaciones mas desastrosas. En cuanto á José, aunque adolecia de mucha vanidad y molicie, le tenia por sensato, de carácter dulce y muy adicto á su persona, y solo á él queria confiar un reino tan importante y tan cercano á Francia. Esta eleccion no fué la menor de las faltas que cometió en el desgraciado asunto de España. José no podia llegar á Madrid antes de dos meses, y este tiempo iba á decidir de la sumision ó de la insurreccion de la España. Era débil, inactivo, poco militar, y nada á propósito para mandar é imponer á los españoles. Murat que estaba en Madrid, que agradaba á los españoles, que por la prontitud de sus resoluciones era hombre para desconcertar la insurreccion próxima á estallar, y que por la costumbre de mandar al ejército en ausencia de Napoleon sabia hacerse obedecer de los generales franceses, Murat hubiera debido ser el encargado de contener y atraer á los españoles. Pero Napoleon no tenia confianza mas que en sus hermanos; veia en Murat un simple aliado; desconfiaba de su ligereza y de la ambicion de su esposa, aunque era su hermana, y no quiso concederle mas que el reino de Nápoles.

Escribió, pues, á José. «El rey Cárlos, por el tratado que he celebrado con él, me cede todos sus derechos á la corona de España... A vos os la destino. El reino de Nápoles no es lo que el de Espa-

ña; tiene once millones de habitantes, mas de ciento cincuenta millones de rentas, y la posesion de todas las Américas. Por otra parte, es una corona que os coloca en Madrid á tres jornadas de la Francia, y que cubre enteramente una de sus fronteras. En Madrid, estais en Francia. Nápoles es el cabo del mundo. Deseo, pues, que inmediatamente que recibais esta carta, dejeis la regencia á quien gusteis, y el mando de las tropas al mariscal Jourdan, y que os dirijais á Bayona por el camino mas corto de Turin, del Mont-Cenis y de Lyon... Guardad secreto, porque demasiado se sospechara etc...»

Tal era el modo sencillo y espedito con que se daban entonces las coronas, aun la de Cárlos V y Felipe II.

Napoleon escribió á Murat informándole de lo que acababa de pasar en Bayona, anunciandole la eleccion de José para que reinase en España, y la vacante del reino de Nápoles, la que agregada al reino de Portugal (porque el tratado de Fontainebleau desaparecia con Cárlos IV) le dejaba optar entre dos tronos. Napoleon, en el mismo pliego, ofrecia á Murat uno ú otro, á su eleccion, pero le invitaba sin embargo, á que prefiriese el de Nápoles, porque debiendo asegurarle la Sicilia los proyectos marítimos que meditaba, aquel reino se compondria como otras veces de seis millones de habitantes. Hasta tanto, le prevenia que se apoderase en Madrid de toda la autoridad, que usase de ella con el mayor rigor, que participase á la junta de gobierno y á los consejos de Castilla é Indias, las renuncias de Cárlos IV y Fernando VII, y que exigiese de aquellas corporaciones que pidieran a Jose Bonaparte para rey de España.

Dificilmente podrá formarse una idea de la sorpresa y dolor de Murat al saber la eleccion que acababa de hacer Napoleon. El mando de los ejércitos franceses en la Península, convertido bien pronto en lugar-tenencia general del reino, le habia parecido un presagio cierto de su elevacion al trono de España Pero al ver destruidas sus esperanzas, sufrió estraordinariamente su alma, y se resintió su vigorosa constitucion física, como veremos bien pronto. La hermosa corona de Nápoles que Napoleon hacia brillar á sus ojos, estaba muy lejos de indemnizarle, y le parecia una amarga desgracia. Sin embargo, como era tan sumiso con su poderoso cuñado, se abstuvo de manifestarle su descontento, pero al contestarle guardo sobre el particular un silencio, que probaba bastante cuanto padecia, y participó a Mr. de Laforet que habia adquirido toda su confianza, los dolorosos sentimientos que le atormentaban. Mr. de Laforet, antiguo ministro en Berlin, acababa de llegar en reemplazo de Mr. de Beauharnais, separado inmerecidamente por las torpezas que habia cometido, inevitables en la posicion en que se encontraba, aun cuando hubiese sido mas habil.

No obstante, Murat tenia todavia una esperanza, la de que Jose no aceptase la corona de España, ó que las mismas dificultades de su traslacion á un príncipe que se hallaba muy distante de Madrid, y que no tenia en sus manos las riendas de la administracion española, inclinasen á Napoleon á mudar de parecer. Asi que recobrándose un poco de su penosa emocion, concibió alguna esperanza y trabajó sinceramente en ejecutar las órdenes que habia recibido. La junta de gobierno, que ya no

presidia el infante don Antonio, y que, segun hemos dicho, se habia aumentado con algunos individuos de los consejos de Castilla é Indias, era naturalmente adicta á Fernando, como compuesta de españoles que lo eran de corazon; pero tenian poca resolucion y no sabian qué partido tomar en beneficio de su pais. A fuer de españoles, les costaba mucho renunciar á la antigua dinastía que reinaba en España un siglo hacia, y que estaba tan identificada con el pais como si descendiese directamente de Fernando é Isabel, fortificando en ellos esta adhesion la energia de las pasiones del pueblo, que escitado por su ódio al estrangero y al favorito Godoy veia en Fernando VII la víctima de uno y otro, y por todas partes propendia á insurreccionarse. Empero los contenia el temor que esperimentaban todos los hombres ilustrados, de que si se resistia á los franceses, la España serviria de campo de batalla á los ejércitos europeos, que el pueblo fanático se lanzaria á la lid con gran detrimento de los hombres honrados y pacíficos, y que las colonias sacudirian por último el yugo de la metrópoli y tal vez abririan los brazos á los ingleses. Tales eran los sentimientos que hacian titubear á la junta, y agitaban el corazon de todo español que comprendia y apreciaba los intereses de su patria. Cuando la incertidumbre reina en el alma, la conducta es tambien vacilante. Asi, pues, la junta, y con ella las clases ilustradas, debian representar un papel equívoco y débil, en tan graves ocurrencias. Al recibir las renuncias de Cárlos IV y de Fernando VII, y las declaraciones en que los príncipes absolvian á los españoles de su juramento de fidelidad, los individuos de la junta, aunque

creian que aquellas renuncias habian sido arrancadas á la fuerza, estaban dispuestos á ceder á un destino superior, y las recientes recomendaciones de Fernando VII que les prevenia se abstuviesen de todo acto imprudente, acabaron de afirmarlos en esta resolucion. Sin embargo, tuvieron un momento de penosa incertidumbre, cuando un emisario que habia tardado mucho tiempo en atravesar las Castillas les trajo la contestacion á las preguntas que anteriormente habian hecho, de si convendria reunirse en otro punto que Madrid, convocar las córtes, y hacer á los franceses una guerra nacional. La primera respuesta á aquellas preguntas habia sido afirmativa y fechada el 5 de mayo por la mañana, un poco antes de la escena ocurrida en la habitacion del anciano rey Cárlos IV, y que decidió las renuncias. Despues de reflexionar maduramente los individuos de la junta, considerando que lo que habia pasado despues entre el padre y el hijo habia variado enteramente el estado de las cosas obligando á Fernando VII á hacer dimision de su régia autoridad, y á que aconsejara él mismo la prudencia, creyeron que no debian hacer caso de unas órdenes anuladas por resoluciones posteriores. Presentáronse, pues, á Murat completamente resignados, dispuestos á obedecer sus órdenes y á reconocer al rey que les diese Napoleon. Especialmente los que por conviccion ó interés adoptaban la idea de un cambio de dinastía, como por egemplo el marqués de Caballero, se encontraban con ánimo de servir activamente al nuevo monarca, sobre todo si este era Murat, á quien ya conocian.

Sin embargo, éste tenia que pedirles algo mas

que su cooperacion pasiva. Habia recibido órden de hacer que saliese del seno de la junta y de los consejos de Castilla y de Indias, la peticion formal de José Bonaparte para rey de España, lo cual era demasiado para la debilidad de unos, y los interesados cálculos de otros. Dejar que sucumbiesen los derechos de la casa de Borbon, sin incurrir en la responsabilidad de un cambio de dinastía, era cuanto podia esperarse de ellos. Comprometerse por un príncipe nuevo, con condicion de hacerlo á su vista y grangearse de este modo su favor, hubiera podido convenir á los ambiciosos; mas no les convenia contraer compromisos por un príncipe ausente, desconocido, y que no era testigo del celo que se desplegaba en servirle.

Murat encontró, pues, muy frios los ánimos, cuando propuso á la junta que se pusiera de acuerdo con los consejos de Castilla é Indias, para llamar á José Bonaparte al trono de España. Unos no ocultaron sus temores, y otros su poco celo por los intereses de un rey ausente. Aquello no podia menos de lisonjear las secretas inclinaciones de Murat, porque era evidente que hubiera sido mas fácil obtener de las autoridades españolas la iniciativa si se hubiese tratado de él, ya porque agradaba, ya porque se encontraba en medio de ellos. Mas no por eso dejó de insistir vivamente con las autoridades españolas para arrancarlas lo que tenia encargo de obtener.

Los consejos de Castilla y de Indias, que bajo algunos aspectos correspondian á lo que eran antiguamente en Francia los parlamentos, habian procurado siempre estender los límites de sus

atribuciones, pero entonces no siguieron el mismo sistema, antes por el contrario, trataron de restringirlos oponiéndose á la pretension que se les queria sugerir de tocar á los derechos del trono, y decidir si una dinastía debia bajar de él y subir otra. Sin embargo, despues de muchas y activas negociaciones en que sirvió de mediador el marqués de Caballero, los consejos de Castilla é Indias se prestaron á declarar que en el caso de que Cárlos IV y Fernando VII hubiesen renunciado definitivamente sus derechos, el soberano que creian mas capaz de hacer la felicidad de la España era el príncipe José Bonaparte, que con tanta sabiduría reinaba en una parte del antiguo patrimonio español, en el reino de Nápoles. Así los consejos no tomaban sobre sí la responsabilidad de juzgar sobre los derechos de Cárlos IV y Fernando VII, sino que en caso de vacante del trono bien reconocida, manifestaban una preferencia que en último resultado no era mas que una muestra de alta consideracion á uno de los príncipes mas estimados de la familia Bonaparte.

Murat envió aquel resultado á Napoleon, sin disimularle el trabajo que le habia costado obtenerle, y las dificultades particulares que encontraba un candidato ausente. Era muy fácil comprender que esperimentaba una especie de satisfaccion al ver suscitarse contra la candidatura del príncipe José, objecciones que podrian hacer renacer la suya. Napoleon, que no tenia costumbre de contemplarle, no quiso, sin embargo, irritarle en momentos en que tanto necesitaba de su celo, y se contentó con dirigir á Mr. de Laforet la mas violenta y menos justa de las reprensiones, di-

ciéndole que se le habia colocado al lado del príncipe Murat para darle buenos y saludables consejos, y no para lisonjear sus inclinaciones; que la incertidumbre que se observaba en Madrid, solo provenia de la debilidad con que se habia obrado con las autoridades españolas; que el gran duque de Berg se alhagaba con la esperanza de reinar en España, y que su conducta se resentia de ello; que era preciso destruir aquella ilusion, porque nadie en España pensaba tomarle por rey; que jamas se olvidaria que habia sido el autor de la trama que acababa de despojar á la familia real, y que era el general que habia mandado metrallar al pueblo el 2 de mayo; que un príncipe estraño á todos aquellos actos, sobre el que no pesase ningun recuerdo de intriga ó de rigor, seria mucho mejor recibido, y que la recompensa de sus servicios, la encontraria el príncipe Murat en el reino de Nápoles, que quedaba vacante por el buen éxito de lo que se hacia en Madrid. Esta reprension, dirigida á Mr. de Laforet para que participase de ella Murat, era para éste el triste premio de su complacencia en secundar una maquinacion odiosa; triste premio, decimos, pero bien merecido, porque así deben ser tratados todos los que prestan su cooperacion á culpables designios.

Despues de manifestar su descontento á Murat por este medio indirecto, Napoleon pensó que hasta que llegase el dia de la proclamacion de la nueva dinastía, era necesario emplear las semanas que tenian que trascurrir, en preparar la reorganizacion administrativa de España. Quiso escusarse á los ojos de los hombres políticos de todos los paises del acto que acababa de cometer, empleando

maravillosamente los recursos de España, y ningun hombre, forzoso es confesarlo, era mas capaz que él de reparar por el modo de reinar, un atentado cometido para ocupar el trono. Los proyectos que formó, y que la España desconcertó por su obstinada y generosa resistencia, fueron los mas vastos y mejor combinados que concibiera en su vida.

Comenzó por mandar que se le remitiesen á Bayona todos los documentos de que disponia la administracion española relativos á Hacienda, Guerra y Marina. Eran bien pocos; porque como ya hemos dicho, los ingresos eran un secreto del ministro de Hacienda, hechura del príncipe de la Paz. La distribucion del ejército y marina, su situacion, sus recursos y sus necesidades, permanecian en la esfera de los hechos locales, que apenas se conocian en la administracion central de Madrid. Cuando Murat pidió para el emperador un estado de la marina, se le entregó un calendario impreso. Pero Napoleon no era hombre que se contentaba con semejantes documentos. Hizo que se dirigiesen á los señores Ofarril y Azanza, ministros de Guerra y Hacienda, y principales personages de la junta, palabras de aprecio y aun lisongeros cumplidos que pudieran hacerles esperar gran favor en el nuevo reinado, y les pidió inmediatamente un trabajo exacto y concienzudo sobre todos los ramos del servicio público. Mandó que sin dilacion alguna se enviasen ingenieros á todos los puertos, y oficiales á los diversos cuerpos de ejército para tener documentos positivos sobre cada objeto. Los españoles no estaban habituados á semejante actividad y á tan rigorosa exactitud; pero

se movieron por fin á impulsos de aquella poderosa voluntad de que Murat les trasmitia en cada correo una nueva prueba, y enviaron á Napoleon un cuadro del estado de la monarquía, cuadro que ya hemos dado á conocer. Cosa singular!... al pedir aquellos documentos, el emperador decia á Murat: los necesito, primero, para las medidas que tengo que adoptar, y despues para demostrar algun dia á la posteridad en que situacion he encontrado la monarquía española. Asi es, que él mismo conocia que para justificarse tendria que mostrar el estado en que encontraba la España, y en el que esperaba dejarla. La Providencia vengadora no queria concederle mas que la mitad de aquella justificacion.

La primera y mas urgente necesidad de la España, era la de dinero. Murat no tenia con que pagar el prest á las tropas, ni podia enviar á los puertos los fondos indispensables para botar al agua algunos buques. Fernando VII habia podido disponer á su advenimiento de algunas sumas en metales que pertenecian á la Caja de consolidacion ó al príncipe de la Paz, y que se habian detenido cuando la córte se preparaba á marchar á Andalucía. Las habia empleado en varias prodigalidades, y lo que todavía era mejor, en pagar á los censualistas del estado algunas cantidades á buena cuenta, de que tenian gran necesidad, y que estaban aguardando hacia muchos meses. Pero ya nada habia quedado, y Murat reducido al mayor apuro, tenia que tomar de la caja del ejército francés lo necesario para sus gastos personales: en tan crítica situacion, habia puesto en conocimiento de Napoleon el deplorable estado de la hacienda,

y pedido con urgencia un socorro pecuniario, contando con las riquezas que la victoria habia puesto en manos del emperador. Pero éste, temiendo disipar un tesoro que destinaba á recompensar al ejército en caso de una prosperidad sostenida, ó á crear grandes recursos defensivos en caso de reveses, le contestó que no tenia dinero, respuesta que daba siempre á los que se dirigian á él, á menos que no se tratase de obras de beneficencia. Convencido bien pronto, de que la España estaba mas desprovista de lo que él habia supuesto, retiró su negativa y se decidió á socorrerla, lo cual era el primer castigo de haber querido apoderarse de ella. Sin embargo, trataba de ocultar su mano aun cuando hacia un beneficio, porque sabia muy bien que no se apresurarian á pagarle si solo él era el acreedor. Imaginó, pues, hacer que el Banco de Francia prestase á la España cien millones de reales, sobre los diamantes de la corona que Cárlos IV debia haber dejado en Madrid. Las principales de aquellas pedrerías no se encontraron porque se las llevó la reina, pero Napoleon no por eso dejó de concluir aquella operacion rentística, con condiciones razonables que obtuvo del banco con tanta mas facilidad, cuanto que no era mas que un testaferro del tesorero del ejército. Estipulóse secretamente con el gobernador del Banco, que Napoleon suministraria los fondos, y correria todas las eventualidades del préstamo, pero que él obraria con toda la precaucion y las exigencias de un acreedor que obraba por su cuenta. Para no perder tiempo Napoleon hizo entregar inmediatamente muchos millones al tesoro de España, por medio de los valores metá-

licos que habia reunido en Bayona. De este modo su activa prevision abreviaba las dilaciones ordinariamente inseparables de todas las transaciones de esta especie.

Con este primer auxilio, tanto mas eficaz cuanto era en dinero, y no en vales reales, (papel moneda creado en tiempo del príncipe de la Paz, que tenia el quebranto de cincuenta por ciento), pagó algunos atrasos á los funcionarios públicos y al ejército; pero reservó la casi totalidad de los recursos para el servicio de los puertos, que procuraba restablecer mas que ningun otro.

Aunque no previese una insurreccion general de la España, particularmente con lo que Murat le escribia sin cesar, Napoleon desconfiaba no obstante del ejército. En su consecuencia mandó una distribucion que ejecutada á tiempo, hubiera evitado muchas desgracias. Habia manifestado deseos de que se alejasen de Madrid las tropas del general Solano, y que se enviasen á Andalucía. Renovó aquella órden, pero previno que una parte de ellas se dirigiese al campo de San Roque frente á Gibraltar, y la otra á Portugal para emplearla en las costas, en donde debian ser mas útiles que peligrosas, aun cuando estuviesen á vista de los ingleses. Mandó que la primera division del general Dupont emprendiese sin demora su movimiento desde el Escorial á Toledo, y desde esta ciudad á Córdoba y Cadiz, para proteger la escuadra del almirante Rosily, que le inspiraba sérios temores, desde que era ya conocido el cámbio de dinastía. Al mismo tiempo mandó que la segunda division del general Dupont se situase en Toledo, para hallarse pronta á socorrer la primera, y la tercera en

el Escorial para sostener á las otras dos. Ademas adoptó otras varias disposiciones para reforzar al general Dupont. Agregó á su primera division mucha artillería, dos mil dragones y cuatro regimientos suizos que servian en España, no dudando que se envanecerian mas de servir á Napoleon que á Fernando VII. Pero al escribir á Murat añadia, que si predominaba en los suizos la opinion francesa se conducirian bien, y mal si predominaba la española. Mandó, pues, reunir en Talavera los dos regimientos de Preux y de Reding, que habian formado parte de la guarnicion de Madrid, para colocarlos en el camino del general Dupont con quien debian incorporarse al paso. Dió tambien órden para que se reuniesen en Granada los dos regimientos suizos que estaban en Cartagena y Málaga, desde donde debian reunirse en Andalucía con el general Dupont. Previno igualmente al general Junot que dirigiese á las costas de Portugal las tropas españolas, que retirase de ellas las francesas, y enviase dos divisiones una á Almeida, hacia Castilla, y otra á Elvas, hácia Andalucía. El general Dupont debia, pues, contener á la Andalucía con diez mil franceses de su primera division, cuatro ó cinco mil de la division enviada por Junot, y cinco mil suizos. Los españoles reunidos en el campo de San Roque debian incorporársele y proteger en comun los intereses del nuevo órden de cosas, contra los ingleses y españoles descontentos. La escuadra del almirante Rosily no tenia de este modo nada que temer.

Napoleon dió asimismo órden para que se enviase á las islas Baleares, á Ceuta y á otros presidios de Africa, una gran parte de las tropas es-

pañolas del Mediodía, para que custodiaran bien aquellos importantes puntos contra cualquier ataque de los ingleses, y que quedasen en la Península el menor número posible de tropas españolas. Hizo que una division marchase hácia el Norte, es decir, hacia el Ferrol, para una espedicion á las colonias, cuya importancia y objeto vamos á ver bien pronto. Y por último previno á Murat que dispusiese que cierto número de las que se hallaban en las cercanías de Madrid, se dirig esen por el camino de los Pirineos, para prepararlas poco á poco á pasar á Francia bajo pretesto de ir á compartir la gloria de la division del general la Romana, en una espedicion de Escania contra los ingleses y suecos. La misma disposicion se adoptó con respecto á los guardias de Corps, que habian manifestado tanto ódio al príncipe de la Paz, y tanto amor á Fernando VII, y de quienes por este motivo debia sospecharse mucho. Una campaña en el Norte al lado del ejército francés, era el incentivo que se les ofrecia, dándoles á escoger entre aquella mision gloriosa y su licenciamiento. Seguramente era imposible idear una distribucion mas hábil, porque diseminadas las tropas españolas por las costas de la Península, Africa, América, y el norte de Europa, y sobre todo, colocadas bajo la vigilancia del ejército frances, no podian ser temibles. Desgraciadamente bien pronto el arrojo unánime de un gran pueblo iba á desconcertar las mas profundas combinaciones del genio.

Siguieron despues las disposiciones relativas á la marina. El principal cuidado de Napoleon en aquellos primeros momentos fué garantir á las colonias españolas de los peligros de una insurreccion, atraer-

se de este modo la voluntad de los españoles poniendo á cubierto los intereses que mas apreciaban, y exaltar su imaginacion realizando por fin los vastos proyectos marítimos que meditaba desde la paz de Tilsit, mas para los cuales le habia faltado tiempo, y la franca cooperacion de la España.

Napoleon comenzó por mandar que se multiplicasen las comunicaciones tanto con las colonias francesas como con las españolas. Para ello, hizo salir de Francia, Portugal y España barcos que llevaban proclamas llenas de las mas seductoras promesas, escritos de todas las compañías del comercio, que confirmaban aquellas promesas, comisionados encargados de repartirlas, y en fin, socorros de armas y municiones de guerra, cuya urgente necesidad habian revelado los últimos acontecimientos de Buenos Aires. Efectivamente, todos los colonos habian manifestado el mayor celo en defender al gobierno español, y solo les hacia falta armas para que su decision fuese eficaz. Napoleon que no solo lo mandaba todo, sino que se hacia el ejecutor de sus órdenes en los puntos en donde se encontraba, habia ya buscado en Bayona, puerto en que se comerciaba entonces mucho con las colonias españolas, los medios de comunicacion con América. Habia descubierto una especie de barco muy pequeño y velero, cuya construccion costaba muy poco, que era casi imperceptible en el mar, por su poco velámen, y que podia sustraerse á todos los cruceros enemigos. Hizo despachar uno que existia ya, y que se construyesen otros seis, para enviarlos á la América española, cargados de armas y comunicaciones para las autoridades. Para su construccion solo se necesitaba un mes. Ha-

bia, pues, la seguridad de tener bien pronto muchos en disposicion de emprender el viage.

Por los datos y noticias recogidas en Cádiz, estaba demostrado que aquel puerto era el mejor para las espediciones lejanas, porque aproximándose los buques á la costa de Africa, y bajadola hasta la region de los vientos alisios, no tenian ya que doblar ninguno de los cabos españoles, en donde ordinariamente se mantenian los cruceros enemigos. Quiso que inmediatamente se despachase de aquel puerto una multitud de barcos pequeños, portadores como los demas de proclamas y material de guerra.

Despues de estos cuidados para hacer frecuentes las comunicaciones con las colonias, se ocupó en enviar á ellas fuerzas considerables. Mandó armamentos al Ferrol, Cádiz y Cartagena. Una parte del empréstito concedido á la España debia destinarse á este objeto, y procurar el doble resultado de regocijar la vista de los españoles con el espectáculo de una grande actividad marítima, y de preparar espediciones capaces de salvar sus posesiones coloniales. En el Ferrol habia dos navíos y dos fragatas en estado de hacerse á la mar. Mandó carenar inmediatamente otros dos navíos, armar aquellos seis buques, cargarlos de armas y municiones de guerra, y que estuviesen preparados para recibir tres ó cuatro mil soldados españoles que en aquel momento iban marchando hácia el Ferrol. Aquella espedicion estaba destinada al Rio de la Plata, y como algunos centenares de hombres á las órdenes del oficial francés Mr. de Liniers, habian bastado para arrojar á los ingleses de Buenos Aires, y un centenar de franceses en Caracas, para desbaratar las tentativas del insurgente Miranda, era de esperar que el envio de semejante refuerzo seria suficiente para poner á cubierto de toda tentativa á las vastas posesiones de la América del Sud.

En Cádiz existian ya hacia largo tiempo seis navíos equipados. Napoleon mandó que se completasen sus tripulaciones y víveres, y que se les agregasen otros cinco navíos, que los recursos de aquel puerto, si habia dinero, permitian carenar, armar y equipar. En Cadiz se hallaban todavía cinco navíos franceses y algunas fragatas, á las órdenes del almirante Rosily, restos gloriosos, como ya hemos dicho, del desastre de Trafalgar, y tan bien organizados como los mejores navíos ingleses. El emperador quiso reforzar aquella division con otros dos navíos, por medio de una combinacion muy ingeniosa y útil para la España. De los fondos del Tesoro de Francia, anticipó los necesarios para la construccion de dos navíos nuevos en el astillero de Cartagena, puerto en que se construia mas habitualmente, porque en el de Cádiz se reservaban las maderas para las reparaciones de las escuadras. En cambio de esta anticipacion, la España debia prestar á la Francia el *Santa Ana* y el *San Cárlos*, magníficos navíos de tres puentes, que le serian devueltos cuando se concluyese en Cartagena la construccion de los otros dos. Napoleon dió órden al batallon de marina de la guardia, fuerte de seiscientos á setecientos hombres, que habia seguido á España á los destacamentos de la guardia, para que se dirigiese á Cadiz con las tropas del general Dupont. Ademas de estos seis ó setecientos escelentes marinos, el almirante Rosily

podia muy bien, sin debilitar su escuadra, destacar otros cuatrocientos, que el general Dupont le reemplazaria con jóvenes conscriptos de sus batallones, y con estos medios era fácil tripular los dos nuevos navíos que se tomaban prestados de Cadiz. Debian, pues, reunirse desde luego en aquella bahía siete navíos franceses, y cinco ó seis españoles que componian doce ó trece, y con los otros cinco españoles, cuyo armamento estaba decretado, un total de diez y ocho, empleados como lo veremos bien pronto, en la ejecucion de los mas grandes designios.

En Cartagena, la colocacion en astillero de los dos navíos nuevos por cuenta de la Francia, iba á reanimar las construcciones, y á hacer que volviesen á ella los obreros que se habian marchado por falta de ocupacion. Habia salido de aquel puerto una escuadra de seis navíos con direccion á Tolon, y quedaban otros dos capaces de navegar. Napoleon mandó que se equipasen inmediatamente, y que se les agregasen algunas fragatas. Previno á la escuadra de Cartagena, refugiada en Mahon, que se dirigiese á Tolon ó diese la vuelta á Cartagena. En este último puerto debia formar con los dos navíos que iban á equiparse una division de ocho velas.—Conseguid la gloria, escribia Napoleon á Murat, de haber reanimado la marina española durante vuestra corta administracion, y será el mejor medio de atraernos la voluntad de los españoles, y de motivar honrosamente nuestra permanencia entre ellos.

Ahora es preciso ver de qué modo aquellos preparativos propios para hacer que renaciese la actividad en los puertos de España, iban á concurrir con las fuerzas navales creadas ya en toda la estension del imperio francés. Ya hemos dicho que el proyecto de Napoleon era disponer en todos los puertos de Europa, desde el Sund hasta Cádiz, desde Cádiz á Tolon, y desde Tolon hasta Corfú y Venecia, escuadras completamente equipadas, y á su lado campamentos que el regreso del grande ejército permitiria formar con las mejores tropas, á fin de arruinar y desesperar á la Inglaterra, por la posibilidad siempre amenazadora de inmensas espediciones á todos los paises, la Sicilia, Egipto, Argel, las Indias, la Irlanda, y aun la misma Inglaterra. Este es el caso de mostrar en qué estado se encontraban aquellos proyectos, y lo que iban á llegar á ser por la reunion de la España y de la Francia bajo una misma autoridad.

La espedicion de Corfú, destinada principalmente á Sicilia, tuvo que superar muchos contratiempos, pero habia dominado el Mediterráneo durante dos meses, desde el 10 de febrero hasta el 10 de abril. El almirante Ganteaume, salió, como se ha visto, de Tolon el 10 de febrero con las divisiones de aquel puerto y del de Rochefort, compuesta de diez navíos, dos fragatas, dos corbetas, una urca, y sufrió en la noche del 11 una tempestad horrible. Dispersóse la escuadra y no pudo volver á reunirse. Con el navío de tres puentes, el *Comercio de París* y la division de Rochefort, se mantuvo en el mar, dobló la Sicilia y se presentó á la vista de Corfú, en donde entró el 23. El contra-almirante Cosmao, con cuatro navíos, dos fragatas y dos urcas, habia surcado los mares de Sicilia para reunirse con el almirante; en seguida tocó en el cabo Santa María, punto de reunion que

se le habia señalado en la estremidad de la tierra de Otranto, y en vez de entrar en Corfú, en donde hubiera encontrado el resto de la escuadra, se retiró al golfo de Tarento por la noticia falsa de la aproximacion de una escuadra inglesa. El almirante Ganteaume, que salió el 25 de febrero de Corfú en busca de la division Cosmao, hecho el juguete de los vientos por una espantosa tempestad de diez y nueve dias, encontró por fin á su lugar-teniente el 13 de marzo, y volvió á Corfú con sus diez navíos, sus dos fragatas, las dos corbetas y una de las urcas. Dejó allí víveres y municiones en considerable cantidad, y reforzó la guarnicion hasta seis mil hombres. Se preparaba á penetrar en el estrecho de Mesina para conducir tropas francesas á Sicilia, cuando José le envió aviso de que el almirante inglés Stracham se encontraba en Palermo con diez y siete navíos: entonces tomó el partido de dar la vuelta á Tolon, dejando en Corfú sus fragatas con víveres frescos, y llevándose la *Pomona* y *la Paulina*, que habian agotado todos sus recursos y gastado su equipo por su prolongada permanencia en aquella isla. Sorprendióle el mal tiempo del equinoccio, y no pudo entrar en Tolon hasta el 10 de abril.

Aquella espedicion de dos meses, aunque muy contrariada por los temporales, habia sin embargo servido de suma satisfaccion al emperador, y quiso que en todos los periódicos del imperio se prodigasen los mas pomposos elogios al almirante y sus oficiales. Se persuadió de que con un poco mas de osadía y práctica, sus almirantes podrian acometer grandes empresas. Mandó que inmediatamente se carenasen los navíos del almirante Ganteaume, que tenian escelentes tripulaciones y dos buenos oficiales, los contra-almirantes Cosmao y Allemand; que se hiciesen á la mar el *Austerlitz*, el *Breslaw* y el *Donauwerth*, y que se les reuniesen dos navíos rusos refugiados en Tolon, cuya cooperacion habia estipulado con el gobierno de Rusia. Decretó una nueva leva de marineros en las costas de Provenza, Liguria, Toscana y Córcega, y que se les agregasen algunos conscriptos para tripular aquellos tres nuevos navíos. Mandó que se habilitasen como urcas muchas fragatas y barcos viejos, para poder embarcar en ellas veinte mil hombres y ochocientos caballos. Si la division española de Cartagena se dirigia desde las Baleares á Tolon, debia aumentar en una tercera ó cuarta parte los medios de trasporte.

Acabamos de hablar de los preparativos que se habian mandado hacer en Cartagena y Cádiz. El general Junot encontró en Lisboa dos navíos en disposicion de navegar, y otro en astillero á punto de botarse al agua. Napoleon le envió algunos oficiales y marineros, y le mandó que alistase á los marineros daneses, portugueses y españoles que se encontrasen sin ocupacion en Lisboa, para que tripulasen aquellos tres navíos. Reunida esta division francesa á la del almirante ruso Siniavin, que constaba de nueve navíos, debia subir al número de doce.

Napoleon habia reemplazado en Rochefort á la division Allemand con cuatro navíos recien botados al agua. En Lorient tenia á otra division de tres navíos nuevos, á que se iba á agregar el *Veterano* con varias fragatas y urcas: dispuso que en aquel puerto se preparasen medios de embarque para cuatro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ó cinco mil hombres. En Brest quedaban de la antigua escuadra siete navíos en buen estado. Mandó que se les reunieran fragatas y urcas, que no tenian cañones mas que en una batería, y que podian recibir á bordo en corto número de buques unos doce mil hombres: el almirante Villaumez debia mandar aquella escuadra.

En fin, existian tambien nueve navíos nuevos que habian bajado de Amberes á Flesinga, sin contar una docena que se estaban construyendo, de los que algunos iban ya á botarse al agua. Napoleon mandó que una parte de las tripulaciones de Boloña se organizase en batallones de marina, que sirviesen alternativamente en mar y en tierra, y fuesen capaces de montar los navíos de alto bordo. Reducida la escuadrilla á lo que la rada de Boloña podia fácilmente contener, era todavía bastante considerable para trasportar ochenta mil hombres en dos ó tres viages. En el Texel, el rey Luis tenia ocho navíos prontos, y destacamentos de tropas holandesas.

De este modo Napoleon podia disponer de cuarenta y dos navíos armados y equipados, de veinte españoles, corrientes ó próximos á estarlo, diez holandeses, once rusos en los puertos de Francia, otros doce rusos en el Adriático, y ademas uno ó dos pertenecientes á la Dinamarca. Lisongeábase de construir otros treinta y cinco navíos en el resto del año, doce en Flesinga, uno en Brest, cinco en Lorient, cinco en Rochefort, uno en Burdeos, uno en Lisboa, cuatro en Tolon, uno en Génova, uno en Spezzia, y tres ó cuatro en Venecia. Estos treinta y cinco navíos, que se hallaban ya medio construidos, debian elevar el número de

buques de la marina de Napoleon á ciento treinta y un navíos de línea, y su proyecto era situar siete mil hombres en el Texel, veinte y cinco mil en Amberes, ochenta mil en Boloña, treinta mil en Brest, diez mil entre Lorient y Rochefort, seis mil españoles en el Ferrol, veinte mil franceses en los alrededores de Lisboa, treinta mil junto á Cádiz, veinte mil en las inmediaciones de Cartagena, veinte y cinco mil en Tolon, quince mil en Reggio y quince mil en Tarento. Con ciento treinta y un navíos de línea, y cerca de trescientos mil hombres, prontos siempre á embarcarse en un punto ú en otro, los ingleses debian estar en continua alarma.

Mientras se completaba este gran desarrollo de fuerzas, Napoleon calculaba que los ingleses deberian tener diez navíos en el Báltico para vigilar á los rusos, y las operaciones de la Finlandia; ocho para observar las escuadras preparadas en el Texel y en las bocas del Mosa; veinte y cuatro para oponerse á los ocho ó diez de Flesinga, á los siete de Brest, los cuatro de Lorient y los tres de Rochefort; cuatro para oponerse á la espedicion del Ferrol, doce para el armamento de Lisboa, veinte para el armamento de Cádiz, veinte y dos ó veinte y cuatro para el de Tolon, lo cual exigia un total de ciento dos navíos, sin contar las fuerzas necesarias en América, en las Indias, y en todos los mares del globo, y era un esfuerzo ruinoso para la Gran Bretaña, si se la condenaba á continuarle durante dos ó tres años.

Sin embargo, Napoleon no queria limitarse á una simple amenaza, por alarmante y costosa que pudiera ser á la Gran Bretaña, y pensaba sacar de

aquellos inmensos preparativos dos resultados inmediatos; una espedicion á la India, y otra al Egipto, doble proyecto que llamaba su atencion desde que dejaba de fijarse en el estrecho de Cales. Segun su costumbre, habia mandado que á las divisiones armadas bajo el pie de guerra, se añadiesen medios de trasporte que consistian en buques viejos y en fragatas armadas como urcas, que permitian llevar mucha gente y víveres, sin necesitar para ello gran número de velas. Así es, que podia embarcar doce mil hombres en Brest, cuatro ó cinco mil en Lorient, y tres mil en Rochefort, provistos unos y otros con víveres para seis meses. En Tolon existian medios de embarque para veinte mil hombres con víveres para tres meses. En Cádiz se habian mandado hacer iguales preparativos para otros veinte mil hombres, pero sin señalar una época tan cercana.

Aprovechando la incertidumbre en que se encontraria la Inglaterra al verse á la vez amenazada por tantos y tan diversos puntos, la espedicion de Lorient era la primera que debia partir, para llevar á la isla de Francia los cuatro ó cinco mil hombres que podia embarcar. Si llegaba felizmente aquel refuerzo de hombres, municiones y fuerzas navales, iba á convertir á la isla de Francia en un puesto formidable para el comercio de las Indias. La espedicion de Brest era la segunda que debia salir. Si llegaba tambien á la isla de Francia, el general Decaen, con una fuerza de diez y seis á diez y siete mil hombres, y una fuerte escuadra, se hallaba en disposicion de destruir, ó por lo menos debilitar el imperio británico en la India. Por último, un poco despues, el almirante

Ganteaume debia conducir veinte mil hombres á Sicilia ó á Egipto, mientras que la escuadra de Cádiz se hallaba en posicion de poderle seguir en una de aquellas direcciones. Lo menos que podia resultar de aquellas tentativas combinadas, era en el Océano el abastecimiento de las colonias, en el Mediterráneo la conquista de un punto importante, y en ambos mares, tal confusion para el almirantazgo inglés, que no podria intentar nada contra las colonias españolas.

En tanto que discutia con obstinacion estos diferentes planes con el ministro Decrés ó con los almirantes encargados del mando, y dictaba órdenes sobre el conjunto, ó rectificaba sus pormenores oyendo á los hombres prácticos, Napoleon, en sus momentos de ócio, montaba á caballo, corria por la orilla del mar, visitaba la embocadura del Adour y recogia por sí mismo muchos datos relativos á la marina. Desde que estaba en las Landas y habia visto que yacian pudriéndose en el suelo magníficos pinos y encinas, por falta de medios de trasporte, se prometió vencer la naturaleza á fuerza de arte. El corazon se me despedaza, escribia á Mr. Decrés, al ver perecer inútilmente maderas tan raras y preciosas. Primero mandó trasladar una parte de ellas á Mont-de-Marsan, por la corriente del Adour, y despues preparar yuntas de bueyes para llevarlas hasta Langon, y hacerlas bajar en seguida por el Garona hasta Burdeos y la Rochela. Como este medio de trasporte era muy costoso, se obstinó en construir en el mismo Bayona, para emplear el resto de las maderas del pais. El único obstáculo era la barra que obstruye el rio: en la alta marea no daba mas que catorce

pies de agua, lo cual no era bastante para un buque de setenta y cuatro, que era de las únicas dimensiones que queria se construyese en aquel puerto. Imaginó algunos trabajos que debian hacer retroceder la barra varios centenares de toesas, y proporcionar en seguida, un fondo de veinte ó treinta pies, porque alejándose, la mar era en estremo profunda, y la barra bajaba en proporcion. Hizo venir ingenieros de Holanda, para discutir y acordar con ellos aquellos trabajos. Luego adoptó muchos proyectos para enviar á las colonias reclutas, harinas de que carecian, y traer azúcares y café, de que no sabian qué hacer. Ofreció á los armadores mercantes cierta suma por tonelada, por el trasporte de hombres y municiones. Como exigian demasiado, decidió la salida de corbetas y fragatas, que debian llevar reclutas y harinas, y traer géneros coloniales por cuenta del Estado. *En circunstancias estraordinarias*, decia, *es preciso emplear medidas estraordinarias*: peor seria no hacer nada, porque las colonias se moririan de hambre entre sus barricas de azúcar y de café, y nosotros careceríamos de artículos tan preciosos, rodeados de nuestras harinas y salazones que no se venderian.

En aquellos momentos acababa de llegar á Bayona cierto número de españoles notables, elegidos por Napoleon en las diversas provincias de España, para componer una junta. Habian respondido á su llamamiento, unos porque estaban convencidos de que para la felicidad de su patria, para evitarla una guerra asoladora, para salvar sus colonias y asegurar su regeneracion, era preciso adherirse á la dinastía Bonaparte; y otros, porque

los guiaba el interés, la curiosidad, y la simpatía que inspira un hombre estraordinario. Sin embargo, la insurreccion que habia estallado en Madrid el 2 de mayo, se habia comunicado simultáneamente á muchas provincias: á Andalucía por causa de su distancia de las tropas francesas, á Aragon por el espíritu nacional de aquella provincia fronteriza, y á Asturias por un antiguo sentimiento de independencia peculiar de aquella region inaccesible. Allí, la opinion de los hombres ilustrados tenia que ceder á la del pueblo, que se guiaba menos por consideraciones políticas, que por el atentado cometido contra una dinastía nacional. En aquellas provincias, ni se habia podido, ni nadie se atrevia á nombrar diputados para la junta de Bayona. El gobierno de Madrid habia suplido nombrándolos él mismo. Algunos, aunque inclinados á trasladarse á Bayona, temian no obstante ir allí; porque comenzaba á difundirse universalmente la idea de que el que iba á Bayona no volvia. Una especie de terror popular y supersticioso se habia apoderado de todos los ánimos. Las tropas que se habia tratado de dirigir hácia los Pirineos, y especialmente los guardias de Corps, se negaron obstinadamente á obedecer, lo cual era muy desagradable, porque la insurreccion podia contar con aquellas fuerzas. Napoleon, advertido por Murat de aquella disposicion de los ánimos, envió á la Península por algunos dias á los duques de Frias y Medinaceli, con otros varios personages notables, para manifestar que los que iban á Bayona podian regresar.

Estaba concluyéndose el mes de mayo, y el espíritu público iba alterándose visiblemente en

España, especialmente por la tardanza en la proclamacion del nuevo rey. Murat pedia con instancias que se concluyera, para decidir desde luego una cuestion que le preocupaba mucho, y para evitar que continuasen alterándose los ánimos de los españoles. Napoleon, que adivinaba perfectamente las miras personales de su cuñado, y que no podia hacer que llegase mas pronto la contestacion que esperaba de Nápoles, le escribió de la manera mas dura, y Murat, agitado por mil cuidados, y esperanzas alternativamente concebidas y abandonadas, atormentado por las injustas reprensiones de Napoleon, concluyó por sucumbir al clima y á sus propias emociones. Fué atacado de una fiebre casi mortal, que puso en peligro su vida, y que persuadió al pueblo bajo, que el lugar-teniente de Napoleon habia sido castigado por la Providencia. Esta supersticion popular y la súbita desaparicion de la autoridad del lugar-teniente general, no era el menor de los inconvenientes en aquellas circunstancias.

Por fin, Napoleon supo en los primeros dias de junio despues de esperar tres semanas, la aceptacion y llegada de José que no habia podido contestar ni presentarse antes, por causa de las distancias. El 6 de junio, víspera de su llegada, Napoleon se decidió á proclamarle rey de España, para que pudiera presentarse en Bayona con aquella cualidad, y recibir inmediatamente los homenages de la junta. En su consecuencia, Napoleon espidió un decreto, en que apoyándose en las declaraciones del Consejo de Castilla, proclamaba á José Bonaparte rey de España y de las Indias, y afianzaba al nuevo soberano la integridad de sus estados de

Europa, Africa, América y Asia. El 7 de junio Napoleon salió á esperarle por el camino de Pau, y le colmó de demostraciones sinceras y al mismo tiempo calculadas, porque le amaba, y queria darle prestigio con la junta. José estaba embriagado de gozo con su grandeza, é inquieto tambien por las dificultades que preveia, dificultades de que la revolucion de la Calabria podia ya hacerle presagiar una parte. Como todos los hombres que eleva la fortuna, era menos feliz de lo que creia la envidia. Recibia con terror el reino de España, que Murat anhelaba hasta morir por él, y en su perplegidad echaba de menos su dulce reino de Nápoles, que no bastaba á miligar el dolor de Murat. Escena estraña que no era la menos singular de las que debia ofrecer aquella familia, colocada algunos instantes por un grande hombre en la region de las fabulas, para volver á caer en seguida en la de las realidades, desde la altura de los mas elevados tronos de la tierra.

En cuanto llegó José, Napoleon le presentó los personages mas elevados de España que habia atraido sucesivamente á Bayona á título de individuos de la junta, ó como hombres importantes que deseaba conocer, y á quienes la insinuacion de aquel deseo lisongeaba bastante para que se apresurasen á complacerle. José participaba en su semblante algo de la belleza de Napoleon, menos de su perfecta regularidad, de su mirada, y de lo que revelaba, en fin, en el vencedor de Rivoli y de Austerlitz, la presencia de César ó de Alejandro; pero suplia aquella falta con una estremada dulzura, y con cierta gracia mezclada con un poco de altivez afectada. Los hermanos de Napoleon habian

contraido á su lado la costumbre de hablar de ejércitos, de diplomacia y de administracion, y lo hacian bastante bien para desempeñar dignamente el papel estraordinario que los hacia representar el autor de su fortuna. Ademas, ninguno de ellos carecia de talento. Ante aquellos grandes de España envanecidos con sus títulos, pero seducidos ya por la presencia de Napoleon, José hizo tantos cumplidos, y ostentó de tal modo los conocimientos que habia adquirido en Napoles, que supo agradar é inspirar confianza en su capacidad. Como el servilismo es una especie de contagio, la mayor parte de los españoles que le rodeaban, comenzaron á encomiar sus virtudes y aun á creerlas. Los duques de San Cárlos, del Infantado, del Parque, de Frias, de Hijar, de Castel Franco; los condes de Fernan Nuñez, de Orgaz y el mismo famoso Cevallos tan enemigo de los franceses, se inclinaban ya á pensar que el interes bien entendido de la España exigia la sumision á la nueva dinastía, lo que seguramente era cierto. Los señores Ofarril y Azanza, ministros de Guerra y Hacienda, que habian sido llamados á Bayona, iban adquiriendo la misma conviccion; lo cual era muy natural en ellos, por la circunstancia de no ser palaciegos, sino hombres de estado, poco sujetos á la fidelidad doméstica, y obligados únicamente á buscar en la política la mayor felicidad de su pais. Para semejantes hombres, no podia caber duda en la ventaja de reemplazar con la nueva la antigua dinastía. En cuanto se acercaron á Napoleon quedaron admirados, casi olvidaron su modo de proceder con la familia destronada, y prometieron servir al nuevo rey. Mientras aguardaba la llegada de José, Napoleon preparó con los españoles que se encontraban en Bayona, un proyecto de constitucion acomodado á la época y á las costumbres de España. Se convino que en el palacio episcopal de Bayona, preparado al efecto, se reuniria la junta, reconoceria al rey, y discutiria la constitucion para darla la apariencia de una adopcion libre y espontánea. Como se convino se ejecutó con una exactitud enteramente militar. José llegó el 7 de junio; el 15 se convocó la junta bajo la presidencia del señor de Azanza, ministro de Hacienda de Fernando VII, destinado á serlo de José, y digno de que le conservase todo monarca ilustrado. El señor Urquijo desempeñaba las funciones de secretario. Despues de algunos discursos de mera fórmula, en que todos repetian que era preciso recibir de mano de Napoleon un miembro de aquella milagrosa dinastía enviada á la tierra para regenerar los tronos, y que aquel miembro era José Bonaparte, se leyó el decreto imperial que proclamaba a José rey de España y de las Indias; y luego fueron á ofrecerle los respetos de la nacion española, de la que desgraciadamente representaban las luces, pero no las pasiones. Despues de José visitaron á Napoleon, y dieron gracias al poderoso bienhechor á quien creian deber el mas halagüeño porvenir.

Los dias siguientes se leyó el proyecto de constitucion, y se presentaron algunas enmiendas que fueron tomadas en consideracion. Estaba calcado sobre la constitucion francesa, escepto algunas modificaciones adaptadas á las costumbres de España, y contenia las disposiciones siguientes.

Una monarquía hereditaria trasmisible de varon en varon, por órden de primogenitura, re-

versible de la rama de José, á las de Luis y Gerónimo: jamás podria ser incorporada á la corona de Francia, lo cual aseguraba la independencia de España.

Habria un senado compuesto de veinte y cuatro miembros, encargado como el de Francia, de velar sobre la observancia de la constitucion, provisto de la facultad de proteger la libertad individual y la de imprenta, por medio de una comision que debia declarar los casos en que habia violacion de una y otra.

Una asamblea legislativa, que comprendiera bajo el nombre de *banco del clero*, veinte y cinco obispos nombrados por el rey; con el de *banco de la nobleza*, veinte y cinco grandes de España designados tambien por el rey; sesenta y dos diputados de las provincias de España y de las Indias, treinta diputados de las principales ciudades, quince comerciantes notables y quince letrados ó sábios en representacion de las universidades ó academias, elegidos todos por aquellos á quienes debian representar; cuya asamblea, que deberia reunirse por lo menos cada tres años, discutiria las leyes, y votaria por tres años los presupuestos de ingresos y gastos.

Una magistratura inamovible que administraria justicia con arreglo á las formas de la legislacion moderna, bajo la jurisdiccion de un tribunal supremo, que no era otro que el Consejo de Castilla, conservado con el título de tribunal de Casacion.

Y por último, un Consejo de Estado, regulador supremo de la administracion, á imitacion del de Francia.

Tal fué la constitucion de Bayona, que seguramente era muy adecuada á las costumbres de España y al estado de su educacion política. En ella no se habló de la inquisicion, ni del clero, ni de los derechos de la nobleza, porque no se debia eliminar ni disgustar á ninguna clase de la nacion. Se dejaba á la legislacion el cuidado de sacar mas adelante todas las consecuencias de los principios sentados en aquel código que contenia el gérmen de la regeneracion de España.

Terminada la constitucion, se celebró una sesion régia el 7 de julio, en el local en que la junta celebraba las suyas. José, sentado en el trono, leyó un discurso, en que manifestó los sentimientos de adhesion con que iba á emprender el gobierno de España, y despues, puesta la mano sobre los santos Evangelios, prestó juramento á la constitucion. En seguida la junta le prestó tambien á la constitucion y al rey, cuyos actos fueron acompañados de las mas estrepitosas aclamaciones. La junta se trasladó sin dilacion á Marac para cumplimentar al respetado autor de todas las cosas de aquel tiempo.

Urgia sobremanera que José fuese á tomar posesion de su reino. Ya se decia que los españoles animados con la vista de la sangre derramada el 2 de mayo en Madrid, é indignados de la astucia con que la familia de los Borbones habia sido llevada á Bayona y despojada en ella, se insurreccionaban en Andalucía, Aragon, y Asturias, y que el camino que tenia que atravesar el nuevo rey no estaba muy seguro. Era preciso marchar para relevar á Murat enfermo, atacado de un delirio continuo, y que pedia dejar un pais que ya aborrecia

y donde no podia permanecer sin peligro de su vida.

Napoleon, que comenzaba á abrir los ojos, y que no queria enviar á su hermano á una nacion estrangera sin hacerle respetar, preparó nuevas fuerzas para que le sirviesen de escolta. Las reservas de infantería que habia organizado en Orleans, y las de caballería que habia reunido en Poitiers, estaban en España á las órdenes de los generales Verdier y Lasalle, y formaban un cuerpo de ejército que ocupaba el centro de Castilla. Con algunos antiguos regimientos sacados del grande ejército, habia recompuesto los campos de las costas, y de aquellos campos reformados pudo sacar cuatro hermosos regimientos, el 15 de línea, y los 2, 4 y 12 de infantería ligera. Les agregó los lanceros polacos, y ademas un magnífico regimiento de caballería que Murat habia formado en el pais de Berg, y de aquellos diferentes cuerpos compuso una division de tropas aguerridas, con las cuales debia José dirigirse á Madrid lentamente para no cansar á los soldados y dar á los españoles tiempo para que viesen á su nuevo rey. La junta y los grandes de España debian tambien acompañarle.

José emprendió la marcha el 9 de julio escoltado por soldados veteranos, y seguido de mas de cien carruages que ocupaban los individuos de la junta. Napoleon le acompañó hasta la frontera; le abrazó, y le deseó buen ánimo, sin decirle todo lo que ya preveia en su profunda inteligencia. El débil corazon de José no hubiera resistido á semejantes revelaciones, aunque el genio de Napoleon, medio iluminado sobre el porvenir, no vió todavía

el cúmulo de males que se iban á originar de la gran falta cometida en Bayona.

Tales fueron los medios con que Napoleon, obedeciendo á una idea sistemática, mucho mas que al afecto de familia, porque tenia con que enriquecer á sus parientes sin usurpar la corona de España, logró destronar á los últimos Borbones que reinaban en Europa. Como por razon de su debilidad no podia emplear con ellos la fuerza, porque hubiera sido una ridículez declarar la guerra á Carlos IV, quiso emplear la astucia y hacerlos huir atemorizándolos. La indignacion de la España detuvo en su fuga á aquellos desgraciados Borbones, y entonces se aprovechó de sus disensiones domésticas para atraerlos á Bayona, con la esperanza de una justicia, que les administró como el juez de la fábula que daba á los litigantes la concha de la ostra. De este modo pasó de la astucia á la bellaquería, y añadió á su nombre la segunda de las dos manchas que empañan su gloria. Para que se le pudiera absolver, le quedaba que hacer mucho bien á la España, y por medio de esta á la Francia. Empero la Providencia no le reservaba ni aun este medio de purificarse de una perfidia indigna de su nombre y de su carácter.

Mas no anticipemos la justicia de los tiempos. Las narraciones siguientes mostrarán bien pronto esta terrible justicia, que salió de los mismos acontecimientos, y castigó al genio, que como la medianía, no se halla dispensado de la lealtad y del recto juicio.

NOTA DEL LIBRO XXIX.

(Véase la pagina 483).

Asombraria mucho al público y á los historiadores contemporáneos, que por lo general toman con mucha ligereza su partido sobre las cuestiones dudosas, si refiriese cuan perplejo me he encontrado antes de fijarme en los verdaderos proyectos de Napoleon con respecto á España. Como terminó por invadirla y darla á su hermano José, han inferido algunos que siempre se propuso lo que ejecutó definitivamente, así como hay hombres que creen de buena fé, que por que se hizo emperador pensaba ya en ello, cuando se encontraba al frente del ejército de Italia. En efecto, ¿no hemos visto á los escritores de memorias buscar los primeros indicios de sus proyectos en el colegio de Brienne? Moreau hizo traicion á la Francia en 1813; esto es cierto; pero no se han contentado con hacer remontar aquellas malas disposiciones cívicas á la conspiracion de Georges, y á su indisposicion con el primer cónsul, sino que las han hecho subir á la conspiracion de Pichegrú, y valiéndose del espíritu de investigacion, hasta la escuela de Rennes, en donde estudiando el derecho, concibió sin duda

el proyecto de entregar los ejércitos franceses á los austriacos. Semejante modo de juzgar á los hombres, es altamente ridículo. Así se cometen errores en cuanto á los individuos, y sobre la marcha del ingenio humano que es lenta y sucesiva, y que con frecuencia suelen determinar los acontecimientos, que no ha tenido por sí misma el honor de resolver.—Napoleon en 1808 destronó á los Borbones de España; ¿cuándo lo pensó? ¿por qué medios? He aquí unas preguntas históricas de la mayor dificultad, aun cuando se hayan tenido á la vista todos los documentos históricos. Yo soy el único historiador que los ha poseido, merced á las relaciones que mi posicion política me habia proporcionado, y he abrigado largo tiempo grandes dudas, que solo han desaparecido á consecuencia de descubrimientos, fruto de muchas indagaciones, aplicacion y buena suerte. Voy á referirlas para convencimiento del público y de los hombres que se interesan en las observaciones concienzudas.

Diré primero una palabra sobre los mismos documentos. De todos los escritores que han tratado de aquellas épocas, ni uno solo ha poseido los verdaderos documentos históricos. Todos han compuesto sus libros con otros. Esto choca con solo su simple lectura á cualquiera que conozca los hechos. El mismo señor conde de Toreno, cuya obra sobre la revolucion de España, es notable por el talento con que está escrita, y lo que todavía es mejor, por su gran tacto político, no conoció los documentos, pues los materiales para su obra están tomados de publicaciones españolas y francesas, y de muchas tradiciones vivas recogidas en su mismo pais, las cuales hacen muy preciosa su narracion bajo varios aspectos. Entre los autores franceses, solo Mr. Armando Lefevre, ha conseguido penetrar en el archivo de los Negocios estrangeros, y leer algunos documentos exactos, ¿pero ha podido, merced á esta circunstancia, conocer la verdad? Una sola observacion bastará para contestar á esta pregunta. La correspondencia del ministerio de Negocios estrangeros consiste en algunos despachos, aunque raros, de Mr. de Champagny y en pliegos muy numerosos de Mr. de Beauharnais, embajador de Francia en Madrid. Ahora bien, Mr. de Champagny, hombre muy honrado y adicto á Napoleon, no supo una palabra de los asuntos de España, y Mr. de Beauharnais, hombre tambien muy honrado, pero de pocos alcances, fué elegido para representar el ridículo papel de un embajador á quien se engañaba, para que engañase á la córte cerca de la cual estaba acreditado. *No digais nada á Beauharnais.... yo nada he dicho á Beauharnais*, son las palabras que se encuentran á cada instante en la correspondencia del emperador y de sus agentes en España. En fin, en los momentos de la catástrofe, Napoleon envió á Mr. de Laforet para auxiliar á Murat, juzgando que no podia servirse de Mr. de Beauharnais, y le abandonó sin oirle, lo cual fué una notable injusticia. Aun cuando se consiga ver la correspondencia del ministerio de Negocios estrangeros, no se encuentra en ella mas que un documento insignificante sobre los asuntos de España. Mas se dirá; ¿pues entonces donde están esos documentos? En la correspondencia de Napoleon con os agentes que empleó en aquellas circunstancias. Estos agentes fueron en Paris los señores Talleyrand y Duroc; en

Madrid, primero Murat, y despues el general Savary, el mariscal Bessieres, el general conde de Lobau, Mr. de Tournon, el general Grouchy, y Mr. de Monthyon, cuyas relaciones se imprimieron luego de distinto modo que habian sido escritas, y por último el almirante Decrés que entendió mucho en aquel asunto por causa de las colonias españolas. Estos fueron los verdaderos agentes del emperador, los únicos que estaban informados, aunque parcialmente, porque ninguno sabia mas que lo que le concernia, y conjeturaba lo demas, segun su talento. Hay una correspondencia de todos estos personages con Napoleon, y de éste con aquellos, correspondencia considerable y curiosa, que existe en el Louvre, y que yo he leido, que parece deberia aclararlo todo, y que sin embargo, no me ha convencido completamente, sino despues de muchos esfuerzos, como los que se hacen sobre ciertos pasages de los historiadores de la antigüedad para llegar á descubrir tal ó cual verdad histórica. Por lo general, cuando he leido la correspondencia de Napoleon con sus agentes, la he encontrado tan clara y positiva, que no he tenido ya ninguna duda sobre los acontecimientos. Pues bien, despues de leer la relativa á España, he permanecido largo tiempo en la mas embarazosa perplegidad, y voy á decir por qué Napoleon fluctuó primero largo tiempo entre diversos proyectos, y cuando ya se fijó, no dijo á nadie lo que pensaba. Quizá se lo diria al general Savary; pero en los últimos instantes y sobre un solo punto, el viage forzado de Fernando á Bayona. El 20 de febrero vió á Murat, nada le dijo, y mandó al ministro de la Guerra le comunicase la órden de marchar sin la menor

dilacion á Bayona. Le trazó la marcha del ejército á Madrid, no añadió ni una palabra sobre la política, y aun le prohibió preguntarle. El conde Lobau y Mr. de Tournon enviados como observadores, no le merecieron la menor indicacion. Y por último, cuando se efectuó la revolucion de Aranjuez, y la España se encontraba sin rey, porque Cárlos IV habia abdicado y Fernando VII no estaba aun reconocido, Napoleon envió al general Savary con una parte del secreto, la que consistia en llevar á Bayona al padre y el hijo, de grado ó por fuerza. Aun así, el mismo dia salia Mr. de Tournon de París, con instrucciones enteramente contrarias, publicadas luego en Santa Elena, que no eran apócrifas sino muy reales, y que contradecian todo lo que Murat y el general Savary tenian órden de hacer é hicieron efectivamente. Bien puede comprenderse cuan difícil debe ser descubrir la verdad histórica entre tantas contradicciones y tan calculado disimulo, aun teniendo documentos verdaderos, y la imposibilidad de hacer semejante descubrimiento, cuando no se poseen aquellos.

Voy á decir ahora como he podido conocer la verdad Comparando entre sí las órdenes espedidas no solo á los agentes de confianza, sino á los que solo servian de instrumentos, comparando las órdenes políticas con las militares y aun las de hacienda, comparando las que se dieron y las que se ejecutaron con algunas revelaciones á medias hechas en el momento decisivo, en que era preciso decir lo que se queria, para que fuese cumplido, he llegado con suma paciencia á depurar la verdad, despues de algunos años de reflexiones; y digo años, porque hay un punto sobre que no me he

fijado hasta trascurridos tres años de observaciones.

Ya que he dado á conocer la dificultad, voy á decir lo que he sacado en conclusion, y de que modo.

Que Napoleon concibió desde luego la idea sistemática de destronar á los Borbones en toda Europa, es incontestable; pero aquella idea no comenzó á fijarse en su ánimo hasta 1806, despues de la traicion de la córte de Nápoles, y el destronamiento de aquella córte acordado al dia siguiente de la batalla de Austerlitz. Luego, la incapacidad y el progresivo envilecimiento de la córte de España, sus secretas traiciones que recelaba aunque las conocia completamente, y en fin la famosa proclama en que el príncipe de la Paz, la víspera de la batalla de Jena, llamaba á las armas á la nacion española, fortalecieron á Napoleon en la idea de que era preciso hacer sufrir á los Borbones de España la suerte de los de Napoles. Pero ¿en qué momento llegó á ser una cosa resuelta, esta idea en un principio vaga y general? He aquí la primera cuestion. Por que medios debió ejecutarse aquella idea, porque la córte de España no era tan atrevida como la de Napoles para suministrar un motivo legítimo de queja, es la segunda cuestion y la mas difícil.

Se ha dicho que al siguiente dia de la proclama del príncipe de la Paz, Napoleon concibió en Berlin el proyecto de destronamiento. La correspondencia de Napoleon que revela á cada instante sus menores impresiones, acredita lo contrario. Despues de la batalla de Jena, no pensó mas que en una guerra inmensa en el Norte. La idea general

de desembarazarse de los Borbones, pudo muy bien cruzar por su mente; pero de ningun modo pensó entonces en el proyecto de egecucion. Se ha dicho que Napoleon se decidió á firmar la paz de Tilsit por Mr. de Talleyrand, que presentaba ante su vista la necesidad de concluir en el Norte para fijar la atencion en el Mediodía, es decir, en España; que trató del destronamiento de los Borbones de Madrid, con el emperador Alejandro, y que este consintió mediante algunos sacrificios en Oriente. Todo esto es falso. Napoleon se decidió á tratar, en Tilsit, porque el año 1807 fué tan feliz como el de 1812 merced á la calidad del ejército en aquella época: pero allí no se habló una palabra de España. La correspondencia secreta de Mr. de Caulaincourt es una prueba de ello; Alejandro quedó sorprendido al saber los acontecimientos de Madrid: se ha calumniado, pues, la memoria de aquel príncipe con aquel aserto. Napoleon quiso firmar la paz continental en Tilsit, porque encontraba el Niemen muy distante del Rhin, y no pensó mas que en una cosa, en obligar á la Inglaterra á la paz marítima, por la union de todo el continente contra ella.

De regreso á Paris en 1807, Napoleon solo se ocupó en la administracion del Imperio, á que no atendia ya hacia un año, y despues en sacar las consecuencias de la política de Tilsit. En efecto, mientras que el gabinete de San Petersburgo, encargado de la mediacion, dirigia á la Inglaterra esta pregunta: ¿Quereis la paz ó la guerra, la paz con todos ó la guerra con todos? Napoleon lo disponia todo para obligar á los estados neutrales á declararse contra la Inglaterra en caso de que se deci-

diese á continuar las hostilidades. Los estados neutrales eran el Austria, la Dinamarca y Portugal. Napoleon preparó un ejército contra este último reino: pero su correspondencia y la naturaleza de sus órdenes, prueban que no pensaba con respecto á Portugal, mas que en hacer que cesase su neutralidad. Cuando en agosto y setiembre de 1807 la Inglaterra contestó á la Rusia incendiando á Copenhague, el grito de guerra fué general contra ella, y solo entonces pensó Napoleon en sacar partido de dos cosas: la prolongacion forzosa del estado de guerra, y la indignacion universal contra la gran Bretaña, indignacion que le permitiria acometer empresas que no se hubiera atrevido á intentar en otro tiempo.

Hizo primero la intimacion á Portugal, que dejó ver bien pronto su secreta inteligencia con la Inglaterra, y resolvió apoderarse de él. No pudiendo poseerle directamente, concibió la idea de dividirle con la España, mediante la cesion de la Toscana. Aquel fué el momento (octubre de 1807) en que la cuestion de Portugal, suscitó visiblemente en su ánimo la de la Península. Algunas palabras que se le escaparon en sus cartas, y las primeras órdenes que dió, muestran un pensamiento naciente con motivo de los acontecimientos de Copenhague. En aquellos momentos, las indignas escenas del Escorial vinieron á parar en el insensato proyecto de formar causa criminal al príncipe de Asturias, para declararle escluido de sus derechos á la corona, y transmitirlos, no sabemos á quien, probablemente al príncipe de la Paz, con el título de regente. Entonces las necedades de la córte de España provocaron la ambicion de Napoleon; porque calculando la marcha de los correos, segun los medios de celeridad de aquella época, se ve que al recibir la noticia del proceso del Escorial, comenzó el movimiento de las tropas francesas, pues en algun instante llegó hasta mandar que caminasen en posta, órden que suspendió despues, cuando supo el perdon concedido al príncipe de Asturias.

Compelido á tomar el Portugal por el suceso de Copenhague, y la necesidad de continuar la guerra, Napoleon tuvo fija su atencion en los negocios de la Península, y el proceso del Escorial hizo que se preocupase hasta el punto de querer intervenir en él con la fuerza. Un plazo fué la consecuencia del perdon concedido á Fernando, y entonces marchó á Italia, (noviembre de 1807).

Por lo que pasó en Mantua con Luciano Bonaparte, es evidente que Napoleon pensaba en el matrimonio de una de sus sobrinas con Fernando, y que no se habia fijado en el destronamiento de los Borbones. Sin embargo, en la misma Italia dió órdenes para la marcha de tropas, y órdenes que prueban que no eran simples refuerzos enviados al ejército de Portugal, (como se inclinarian á creer los que pretenden, que Napoleon no pensaba en nada antes de la revolucion de Aranjuez), sino tropas destinadas á resolver los asuntos de España, pues que en Italia organizó la division Duhesme, encargada de invadir la Cataluña.

En cuanto llegó á París en enero de 1808, se multiplicaron las órdenes, y su rápida sucesion prueba que se iba afirmando en la resolucion de concluir con los Borbones de España.

Si se quiere, habia dos ó tres maneras de resolver la cuestion:

1.ª Dar una princesa francesa á Fernando, sin exigir ningun sacrificio de la España.

2.ª Dar una princesa francesa exigiendo las provincias del Ebro, y la libre admision en las Colonias españolas.

3.ª Destronar á los Borbones.

En cuanto al primer proyecto, el mas prudente á mi entender, Napoleon no debió sin duda pensar mucho tiempo en él, porque á poco volvió á enviar á Italia á su sobrina.

El segundo proyecto existió ciertamente, ó por lo menos se trató de él; porque un despacho del señor Izquierdo, que recibió Fernando en Madrid cuando acababa de abdicar su padre, y que han publicado los españoles, confirma la discusion de aquel proyecto entre los señores Izquierdo y Talleyrand. Ademas, en el archivo del Louvre se halla una carta de este último diplomático, en que espone á Napoleon el mismo proyecto, al mismo tiempo que el señor Izquierdo le esponia á su córte con la misma fecha. ¿Se trató de él con severidad? Si, porque Mr. de Talleyrand añade estas palabras en su comunicacion al emperador. «Mi opinion es, que si esto agradase á V. M. se podria hacer, aunque con algun trabajo, que firmase el señor Izquierdo, apartando no obstante las tropas de la Residencia Real.» Resulta, pues, que el proyecto de concluir sin matrimonio, pero con la cesion de las provincias del Ebro y la libre admision en las colonias españolas tuvo, alguna realidad, por lo menos en el ánimo de Mr. Talleyrand, que era en aquel negocio el confidente íntimo del emperador. Pero ¿este proyecto era cosa séria, ó era mas bien una eventualidad que se reservaba Napoleon, que verdaderamente se proponia otro objeto? Si, y creo en efecto que esta es la verdad. Napoleon dejaba discutir en los meses de febrero y marzo de 1808, el proyecto de terminar los negocios pendientes con la España, por la cesion de las provincias del Ebro, y la libre admision de las colonias, con matrimonio ó sin él, pero al mismo tiempo se inclinaba mas formalmente al destronamiento.

He aqui las razones en que se funda mi conviccion sobre este asunto:

1.ª Las mismas espresiones de Mr. de Talleyrand, prueban que el proyecto no era sério mas que á medias, porque si Napoleon no hubiese tenido otro objeto, no se hubiera limitado á decirle: *Si esto agradare á V. M.* Cuando propendia á un objeto determinado, su lenguage y el de sus agentes tomaba un tono apasionado, positivo, y nunca dudoso.

2.ª Si solo hubiera querido apropiarse las provincias del Ebro, que se le concediera la libre admision de las colonias, ó concluir un matrimonio, no hubiera tenido necesidad de llenar la España de tropas, de hacerlas que marchasen sobre Madrid simultáneamente por varios caminos, y de dar órdenes misteriosas: hubiérale bastado manifestar su voluntad, y aun cuando la córte de España resistiese algunos momentos, habria cedido al fin, y hubiera dicho claramente á Murat lo que queria, en vez de dejarle en la mayor incertidumbre acerca del objeto á que estaba destinado el ejército francés.

3.ª Finalmente, Napoleon que no se decidia, sino en el último estremo, á hacer á la Rusia el sacrificio de discutir la particion del imperio tur-

co, lo cual era dar un paso hácia la misma division, no hubiera, hácia mediados de febrero, momento de sus órdenes definitivas, propuesto á la Rusia que manifestase sus ideas sobre tan grave asunto. Solo un objeto tan capital como el destronamiento de los Borbones, podia decidirle á comprar con semejante sacrificio la cooperacion ó el silencio de la Rusia.

Así es, que en febrero y marzo de 1808, todo prueba que el primero y segundo proyecto de casar á Fernando con una princesa francesa, exigiendo ó sin exigir sacrificios territoriales y comerciales, no eran formales ni lo habian sido nunca, porque Mr. de Talleyrand no hubiera usado de espresiones dudosas. Napoleon no habria invadido la España con tantas fuerzas y misterio, ni hecho tan grandes concesiones a la Rusia por un proyecto secundario y de poca importancia, comparado con los gigantescos proyectos de aquel tiempo.

Por consiguiente desde el mes de febrero y marzo quiso destronar á los Borbones, digan lo que gusten los que pretenden que lo pensó en Bayona despues de haber visto al padre y al hijo, y sido testigo de su incapacidad y decadencia moral.

Pero fijado ya el objeto que se proponia, ¿es tan fácil fijar los medios que queria emplear? Sobre este punto he titubeado largo trempo, y solo me he decidido despues de muchos años de observaciones y reflexiones.

Napoleon no dijo á nadie lo que queria antes de la revolucion de Aranjuez, es decir, antes del destronamiento del padre por el hijo. Ninguno de sus ministros lo supo, y Murat, como ya hemos visto, lo ignoraba absolutamente.

He creido, pero sin pruebas, que habia querido hacerlos partir, asustandolos como á la casa de Braganza. Esta idea fué la primera que me ocurrió, y la que quedó arraigada en mi ánimo, despues de muchas vicisitudes.

Leyendo cinco y seis veces la correspondencia de Napoleon, especialmente con Murat, he visto formarse y destruirse en mi alternativamente esta conviccion. Una observacion fué la primera que llamó mi atencion. Napoleon decia sin cesar á Murat: observad el mayor órden, guardad consideraciones con la poblacion, evitad toda colision, (lo que significa que queria dejar vacante el trono sin usar de la fuerza para no tener que sostener una guerra con la nacion); pero añadia: *Dad seguridades á la córte de España, y no la escaseeis buenas palabras.*

El 14 de marzo escribió á Murat: «He mandado que el 17 se solicite permiso para el paso por Madrid de cincuenta mil hombres destinados á Cadiz. Os conducireis segun la respuesta que se os diere, *pero procurad cuanto sea posible inspirar confianza.*»

—El 16 de marzo escribió: «Continuad dando buenas palabras, *tranquilizad al rey, al príncipe de la Paz, al príncipe de Asturias y á la reina.*«

—El 19 escribió: «Supongo recibireis esta carta en Madrid, *en donde deseo ardientemente saber que vuestras tropas han entrado pacíficamente y con consentimiento del rey; que todo marcha amistosamente.* Aguardo de un momento á otro la llegada de Tournon y de Izquierdo, para saber el partido que he de tomar para arreglar los negocios. Anunciad mi llegada á Madrid: conservad la mas severa dis-

ciplina entre las tropas, y cuidad de que su sueldo esté bien pagado para que puedan hacer circular el dinero.»

—El 25 escribió: «He recibido vuestra carta del 15 de marzo, y veo con disgusto que ahí hace muy mal tiempo; aquí es hermosísimo. Os supongo ya en Madrid desde antes de ayer. Ya os he prevenido que vuestro primer cuidado debe ser dar descanso y proveer de lo necesario á vuestras tropas, *vivir en la mejor inteligencia con el rey y la córte si permaneciese en Aranjuez*, declarar que la espedicion de Suecia y los asuntos del Norte me detendrán algunos dias; pero que no tardaré en llegar. Disponed mi habitacion: decid públicamente que teneis órden de descansar en Madrid y aguardar al emperador, y que no saldreis de la capital hasta que llegue S. M.»

«No os decidais por ninguno de los partidos en que se halla dividido el país. Tratad bien á todo el mundo y no prejuzgueis el partido que he de tomar. Procurad tener bien abastecidos los almacenes de Buitrago y Aranda.»

A primera vista estas órdenes no indican el ánimo de aterrar á la córte de España, y despues de leerlas he creido que no era esa la intencion de Napoleon. Pero volviendo á emprender su lectura me he convencido de que procuraba tranquilizar los ánimos para evitar una colision y entrar pacíficamente en Madrid. Así es, que en la carta de 14 de marzo, que es la primera que he citado, he observado estas palabras: «Sean cuales fueren la intenciones de la córte de España, debeis comprender que lo mas útil *es llegar á Madrid sin hostilidades*, acampar los cuerpos por divisiones para que

parezcan mas numerosos, dar descanso á mis tropas y proveerlas de víveres. Durante este tiempo se arreglarán mis diferencias con la córte de España, *Espero que no habrá guerra que es lo que mas deseo*: Si tomo tantas precauciones es porque no acostumbro dejar nada al azar. En caso de guerra, vuestra posicion seria mejor, porque tendriais á vuestra espalda una fuerza mas que suficiente para protegeros, y á vuesto flanco izquierdo la division Duhesme, fuerte de catorce mil hombres.»

En la del 16 he encontrado estas palabras: «Continuad dando buenas razones. Tranquilizad al rey, al príncipe de la Paz, al de Asturias, y á la reina. *Lo principal es llegar á Madrid*, dar descanso á las tropas, y reponer allí los víveres. Decid que voy á llegar para conciliar y arreglar los asuntos.»

«*Sobre todo no emprendais ninguna hostilidad sin veros obligado á ello.* Espero que todo se arreglará, *y seria peligroso enfurecer á esa gente.*»

La intencion era, pues, evidente; Napoleon queria entrar sin rompimiento y tranquilizar los ánimos, cuanto pudiese, para evitar el llegar á las manos. Mas comparando bien los diversos pasages entre sí, y consultando el conjunto de sus disposiciones, he vuelto á la idea de que si quiso evitar una colision con el pueblo, se propuso no obstante hacer que partiese la córte.

En efecto, todo le anunciaba el proyecto de aquella marcha; todos los dias se lo anunciaban de Madrid, y hablando Izquierdo con Talleyrand, le confesó el proyecto. En semejante estado de cosas, é instruido como estaba de todo, Napoleon sabia que bastaba dejar obrar para que se efectuase la

fuga. Hay mas, un solo acto de su voluntad hubiera bastado para impedirlo, porque las tropas francesas llegaron el 19 al Guadarrama. Un simple movimiento de caballería hácia Aranjuez habria podido alcanzar y detener á la córte, y aun habria otro medio mas fácil, que era tomar una direccion menos alarmante, como la de Talavera, bajo pretesto de enviar refuerzos á Junot, caer sobre Aranjuez é impedir la fuga. Pero hay en la correspondencia un pasage mas decisivo que los otros, que no deja duda alguna sobre este particular. Héle aquí. No sabiendo Murat como conducirse, al saber la noticia que generalmente circulaba de la fuga de la córte, dirigió á Napoleon esta pregunta. ¿Si la córte quiere marchar á Sevilla, la dejo?—Napoleon le contestó el 23 de marzo:

«Supongo que habreis llegado hoy, ó llegareis mañana á Madrid; conservareis allí buena disciplina. *Si la córte está en Aranjuez, dejadla tranquila. Si se ha retirado á Sevilla, dejadla tambien en paz.* Enviareis ayudantes de campo al príncipe de la Paz, para decirle que ha hecho mal en evitar la presencia de las tropas francesas, que no debe emprender ningun movimiento hostil, y que el rey de España nada tiene que temer.»

Si se reflexiona que Napoleon hizo salir de París al señor Izquierdo (una carta de Duroc contiene, en efecto, la intimacion de salir inmediatamente), que le hizo marchar atemorizado, y que al dirigir ocho mil hombres á Madrid, no quiso nunca dar ni una sola esplicacion, es evidente que todo estaba calculado para dar impulso á la marcha, que sino se llevó á efecto, fué por causas independientes de la voluntad de la córte de España.

Cierto que podria decirse, que Napoleon queria envolverlos, apoderarse de ellos, y publicar en seguida la destitucion; pero en primer lugar, pudo hacerlo y no lo hizo; y en segundo, hubiera sido un acto de abierta é injustificable violencia. La fuga á Andalucía era mucho mejor, pues dejaba el trono vacante, y daba la solucion apetecida.

Al llegarse á este punto, me habria convencido de que el proyecto de Napoleon era obligar á la córte de España á emprender la fuga, á no ocurrirseme una objecion de gravedad suma que me ha hecho titubear muchas veces, y abandonar la opinion que habia concebido. La objecion es esta: La marcha y fuga de los Borbones acarreaban la pérdida de las colonias. Ahora bien, la España sin sus colonias, era, en concepto de todo el mundo, una de las cargas mas onerosas. Todos los comerciantes del Mediodía, repetian sin cesar en Bayona: sobre todo, que no tengamos el mismo resultado que en Portugal.

Ahora bien, enviar los Borbones á América era justamente reproducir aquel resultado, porque hubieran insurreccionado las colonias contra José, y al mismo tiempo las habrian abierto á los ingleses, lo cual era necesario evitar.

Ante esta objecion quedé muy perplejo, y durante largo tiempo he dejado de creer que Napoleon procurase la fuga de la córte de España. Sin embargo, la facilidad para emprenderla, y la órden de no impedirla marchar, combinada con el temor inspirado desde París con la salida del señor Izquierdo, eran tambien hechos concluyentes que yo no podia olvidar. En semejante conflicto de pensamientos, hice una observacion, es-

to es, que en Cádiz existia una escuadra francesa dueña de la bahía, y que tal vez Napoleon pensaba servirse de ella para detener á los Borbones fugitivos, que habian perdido á los ojos de la nacion su fuerza moral por querer fugarse. Impeliéndoles por una parte á dejar desocupado el trono para apoderarse de él, los hubiera detenido por otra en el momento de embarcarse para América. Esta reflexion ha sido para mí un rayo luminoso, porque esplicaba y resolvia todas las objeciones. Sin embargo, esto no pasaba de ser una congetura. Volví á leer toda la correspondencia de Mr. Decrés, y encontré la circunstancia siguiente: Que no se habia podido leer, una órden en cifra, comunicada al almirante Rosily, porque se habia perdido la cifra del consulado, y el almirante Rosily enviaba á París un oficial de confianza y capacidad, para que se le instruyese del secreto, impenetrable por la pérdida de la clave. Esta circunstancia ha sido para mí, la confirmacion palpable de mi primera congetura. ¿Qué podia, en efecto, significar aquel despacho en cifra? ¿La órden de salir de Cádiz para ir á Tolon? Pero aquella órden se habia dado ya tres ó cuatro veces en cartas bien claras, sin hacer uso de cifra. Debia necesariamente ser alguna cosa mas secreta. Desde entonces me persuadí que debia ser la órden de detener á la familia fugitiva. He registrado varias veces el archivo del ministerio de negocios estrangeros, y no he encontrado aquella órden. No tenia esperanza de encontrarla en el de Marina, cuyo archivo, aunque perfectamente arreglado, no contiene casi nada. Sin embargo, hice una tentativa, y contra mi esperanza encontré en la seccion histórica la órden en cifra, con su correspondiente clave, la cual está concebida en estos términos: «Yo, (Mr. Decrés es quien habla), no trató de penetrar el objeto de la entrada de las tropas francesas en España. Lo único de que me ocupo es, de que vos y yo tenemos que responder á S. M. de su escuadra. Colocaos, pues, en la posicion mas distante de las baterías, y desde la cual podais al mismo tiempo defender la rada contra todo ataque interior ó esterior. Teneis víveres, que en caso de necesidad os serviran en bahía. Procurad no manifestar inquietud, mas preparaos para todo acontecimiento, sin afectacion, y solo como medida indispensable para cumplir las órdenes que habeis recibido para partir. Colocad en medio al navío español bajo tiro de cañon de los franceses.»

«Si la córte de España, bien por los acontecimientos ó por una locura que no puede preverse quisiese renovar la escena de Lisboa, oponeos á su salida. Dejad correr el actual estado de cosas en cuanto os sea posible; pero si ocurriese una crisis, no permitais ninguna comunicacion con los ingleses, y hasta entonces aparentad que no abrigais la menor desconfianza; pero proveed en silencio á la seguridad de la escuadra, y á lo que exige de vuestra sagacidad y dignidad personal el mejor servicio de S. M.» (21 de febrero de 1808.)

Natural era que yo esperimentase la mas viva satisfaccion al ver descubierta la verdad, y al mismo tiempo un verdadero pesar al encontrar una verdad tan desagradable, consecuencia del proyecto de destronar á los Borbones.

Desde aquel momento fué evidente para mí la intencion de Napoleon. Lo primero que debe ob-

servarse es la fecha del 21, época de las órdenes que contenian todo el plan: marcha de Murat, instrucciones á aquel general, composicion de todo el ejército, partida del Señor Izquierdo y de Mr. de Tournon...órdenes á Junot...—Hay que observar en segundo lugar, la coincidencia de aquella órden con la de Murat, de dejar marchar á la córte si queria. La una no contradice á la otra, antes se combinan muy bien. Napoleon deseaba la salida de Madrid para que el trono quedase vacante; pero no la marcha de Cadiz para evitar la insurreccion de las colonias.

Se vé, pues, cuanto he tenido que trabajar con los documentos auténticos para llegar al descubrimiento de la verdad, y me atrevo á decir, que la posteridad no sabrá mas, porque Napoleon nada ha dicho sobre el asunto; Murat no ha dejado mas que su correspondencia; el general Savary, unas memorias inexactas (contradichas por su correspondencia); Mr. de Laforet me ha escrito á mí mismo, que nada supo: el príncipe Cambaceres dice en sus memorias que todo lo ignoraba; los condes de Tournon y de Lobau no han dejado mas que su correspondencia, que he tenido en mi mano; y el señor Izquiezdo no dejó tampoco mas que algunas cartas que he leido en el archivo del Louvre. Concluyo, pues, que no se sabrá mas en lo futuro, y que la verdad es la siguiente:

Napoleon no pensó decididamente en la invasion de España hasta despues del tratado de Tilsit, y de ningun modo antes.

Despues de la paz de Tilsit, y antes del acontecimiento de Copenhague, solo pensó en cerrar los puertos de Portugal á la Gran Bretaña.

Prolongándose la guerra á todo trance despues de los sucesos de Copenhague, quiso aprovecharse de aquella prolongacion para concluirlo todo en el Mediodía de Europa.

Primero deseó partir el Portugal con la España: y provocandole los asuntos del Escorial, quiso mezclarse á viva fuerza en los negocios de la Península.

El perdon del príncipe de Asturias le hizo aplazar momentáneamente sus proyectos.

En Italia y París fluctuó entre diversos planes como eran un matrimonio, una desmembracion de territorio con particion de las colonias, y un destronamiento.

Poco á poco en enero y febrero, se decidió por este último proyecto.

Lo prueba lo misterioso de las órdenes, la estraordinaria acumulacion de tropas, la concesion á la Rusia de la particion del imperio otomano; cosas inútiles, y de que no tenia ninguna necesidad para un proyecto secundario, como el de un matrimonio ó el de tomar una ó dos provincias.

En fin, una vez fijado en el destronamiento, quiso promover sin colision la fuga á Andalucía, y prevenir las consecuencias que pudiera producir en las colonias, deteniendo á la familia real en las aguas de Cadiz.

Hé aquí, á mi entender, la verdad con imparcial y como se desprende de los documentos auténticos, únicos que la posteridad puede esperar.

No queda mas que una duda, á que podria dar márgen una carta que vino de Santa Elena, su fecha 29 de marzo, dirigida á Murat, y en la cual se vituperaba su conducta. Voy á discutirla y aclararla en la nota siguiente.

NOTA DEL LIBRO XXX.

(VÉASE LA PÁGINA 557.)

La carta de que acabo de hablar, impresa en el *Memorial de Santa Elena*, por primera vez, si no me engaño, y reproducida despues en una multitud de obras, ha sido motivo de numerosas indagaciones por parte mia, para acreditar su autenticidad sobre la que he tenido muchas dudas. Voy á decir las razones que he tenido para sospechar de su autenticidad, y el motivo que me ha impulsado á creer definitivamente en ella, despues de minuciosos cotejos que me han dado una conviccion completa.

Es necesario comenzar copiando testualmente la carta.

29 de marzo de 1808.

«Señor gran duque de Berg: temo que me engañeis sobre la situacion de España, como os equivocais vos mismo. La ocurrencia del 29 de marzo, ha complicado estraordinariamente los acontecimientos: me encuentro en la mayor perplegidad. No creais que atacais á una nacion desarmada, y que no necesitais mas que presentar vuestras tropas para someter la España. La revolucion del 20 de marzo prueba que los españoles tienen

energía. Teneis que habéroslas con un pueblo nuevo, que tiene todo el valor y entusiasmo que se encuentra en hombres á quienes no han gastado las pasiones políticas.

«La aristocracia y el clero son dueños de España: si temen por sus privilegios ó existencia, provocarán contra nosotros un alzamiento en masa, que podra eternizar la guerra. Cuento algunos partidarios; pero si me presento como conquistador, me quedaré sin ninguno.

«El príncipe de la Paz es aborrecido, porque se le acusa de haber entregado la España á la Francia; hé aquí el pretesto que ha servido para la usurpacion de Fernando: el partido popular es el mas débil.

«El príncipe de Asturias no tiene ninguna de las cualidades necesarias al gefe de una nacion; esto no impedirá, que para oponérnosle se le haga un héroe. No quiero usar de violencia con los individuos de esa familia; jamás es útil hacerse odioso ni exasperar los ánimos. La España tiene mas de cien mil hombres sobre las armas, y esta fuerza es mas que suficiente para sostener con ventaja una guerra interior: divididos en muchos puntos pueden servir de núcleo para el levantamiento general de la monarquía.

«Os presento todos los obstáculos que son inevitables; hay ademas otros que vos conoceréis.

«La Inglaterra no dejará escapar esta ocasion de multiplicar nuestros obstáculos: despacha diariamente avisos á las fuerzas que tiene en las costas de Portugal, y en el Mediterráneo y recluta sicilianos y portugueses.

«No habiendo abandonado la familia real la

España para ir á establecerse á las Indias, solo una revolucion puede cambiar el estado de ese pais, que de todos los de Europa es el que quizá se halla menos preparado para ella. Los que ven los monstruosos vicios del gobierno y la anarquía que ha reemplazado á la autoridad legal, son en muy corto número; los mas se aprovechan de esos vicios y de esa anarquía.

«Por interés de mi imperio puedo hacer mucho bien á la España. ¿Cuales son los mejores medios que pueden adoptarse?

«¿Iré yo á Madrid? ¿Ejerceré un acto de gran protectorado decidiendo entre el padre y el hijo? Me parece difícil hacer reinar á Carlos IV; pues su gobierno y su favorito son tan impopulares, que no se sostendrian tres meses.

«Fernando es enemigo de la Francia, y por eso se le ha hecho rey. Colocarle en el trono seria servir á los partidos que hace veinte y cinco años procuran el aniquilamiento de la Francia. Una alianza de familia seria un vínculo muy débil: la reina Isabel y otras princesas francesas han perecido miserablemente, cuando han podido ser sacrificadas impunemente á atroces venganzas. Pienso que no debe precipitarse nada, y que conviene esperarlo todo de los acontecimientos que no pueden menos de seguirse... Será preciso fortalecer los cuerpos de ejército que se estacionarán en la frontera de Portugal y aguardar...

«No apruebo el partido que ha tomado V. A. I. de apoderarse tan precipitadamente de Madrid. El ejército debia haberse mantenido á diez leguas de la capital, porque no teniais la seguridad de que el pueblo y las autoridades iban á reconocer á Fernando sin contradiccion. El príncipe de la Paz debe tener muchos partidarios entre los empl ados públicos, y ademas hay una adhesion habitual al antiguo rey, que pudiera producir muy buenos resultados. Vuestra entrada en Madrid ha alarmado á los españoles, y servido maravillosamente á Fernando. He dado órden á Savary para que se traslade al lado del anciano monarca, y observe lo que pasa. Se pondrá de acuerdo con V. A. I. Avisaré ulteriormente el partido que haya de tomarse: entretanto, he aquí lo que me parece conveniente preveniros: no me comprometais á una entrevista con Fernando en España, sino cuando juzgueis la situacion de tal manera, que deba reconocerle como rey. Os conducireis bien con el rey, la reina y el príncipe Godoy. Exigireis para ellos, y los hareis los mismos honores que otras veces. Hareis de modo que los españoles no puedan sospechar el partido que tomaré: no os será difícil, porque yo mismo nada sé.

«Hareis entender á la nobleza y al clero, que si la Francia debe intervenir en los negocios de España, serán respetados sus privilegios é inmunidades. Les direis que el emperador desea que se perfeccionen las instituciones políticas de España, para ponerlas en armonía con el estado de la civilizacion en Europa, y para sustraerla al régimen de los favoritos... Direis á las autoridades, á los habitantes de las ciudades y á los hombres ilustrados, que la España necesita volver á crear la máquina de su gobierno: que la hacen falta leyes que protejan á los ciudadanos contra la arbitrariedad y usurpaciones del feudalismo, é instituciones que reanimen la agricultura, la industria y las ar-

tes. Les pintareis el estado de tranquilidad y bienestar que disfruta la Francia, á pesar de las guerras en que se ha visto empeñada, y el esplendor de la religion, que debe su restablecimiento al concordato que he celebrado con el papa. Les demostrareis las ventajas que pueden sacar de una regeneracion política: el órden y la paz en lo interior, y la consideracion y el poder en lo esterior. Tal debe ser el espíritu de vuestros discursos y escritos. No precipiteis ningun paso. Yo puedo esperar en Bayona, pasar los Pirineos, y fortificándome hácia Portugal, ir á dirigir la guerra por aquella parte.

«Pensaré en vuestros intereses particulares, no penseis en ellos vos mismo... el Portugal quedará á mi disposicion... que ningun proyecto personal os ocupe ni dirija vuestra conducta: esto me perjudicaria, y á vos mas que á mí. Vais demasiado aprisa en vuestras instrucciones del 14. La marcha que prescribis al general Dupont es harto rápida: á consecuencia de los acontecimientos del 19 de marzo, hay que hacer algunas variaciones. Adoptareis nuevas disposiciones, y recibireis instrucciones de mi ministro de negocios estrangeros. Os mando que conserveis la mas severa disciplina; no haya indulgencia ni aun para las faltas mas leves. Tendreis con los habitantes los mayores miramientos, y hareis que se respeten las iglesias y conventos.

«Las tropas evitarán todo encuentro, sea con los cuerpos del ejército español ó con sus destacamentos: no conviene que por ninguna parte se encienda una chispa.

«Dejad á Solano que pase de Badajoz y hacedle observár: marcad vos mismo el itinerario de mi ejército para mantenerle siempre á algunas leguas de distancia de los cuerpos españoles. Si se encendiese la guerra todo se perderia.

«A la política y las negociaciones toca decidir de los destinos de la España. Os recomiendo que eviteis las esplicaciones con Solano, y los demas generales y gobernadores españoles.

«Me enviareis dos correos diarios: en caso de acontecimientos graves, me remitireis oficiales de órdenes: volvereis á enviarme inmediatamente á Mr. de Tournon, portador de este despacho, y le entregareis una relacion circunstanciada.

«Recibid la seguridad etc.

Firmado, NAPOLEON.»

Antes de hablar de la autenticidad de esta carta, debo decir una palabra sobre la interpretacion que se ha querido darla. Algunos han creido ver en ella, que Napoleon no aprobó nada de lo que se hizo en España, que todo se hizo sin conocimiento suyo, y á su pesar, por la imprudente ligereza de Murat, y por su impaciente ambicion. Esta es una induccion falsa, porque la víspera del dia en que se escribió esta carta, al dia siguiente, y despues, Napoleon escribió á Murat una larga série de cartas, mandándole punto por punto todo lo que ejecutó: y cuando este, inspirado por los acontecimientos, hizo alguna cosa por sí, se encontró que Napoleon le prevenia lo mismo desde París ó Bayona. Si por egemplo, Murat entró en Madrid el 23, tenia la órden formal de efectuarlo uno ó dos dias antes. Se saca, pues, de esta carta una induccion

falsa, cuando quieren aprovecharse de ella para descargar á Napoleon de la responsabilidad de los sucesos de España, y hacerla recaer sobre Murat. No es ni puede ser mas que la inconsecuencia de un momento en medio de la conducta mas sostenida y perseverante: inconsecuencia, en verdad, llena de talento, porque no puede preverse de una manera mas estraordinaria lo que despues sucedió: mas por fin, inconsecuencia, porque Napoleon dejó de querer por algunos instantes lo que habia querido la víspera, lo que todavía quiso al dia siguiente, y pudo parecer iluminado por una luz sobrenatural que le revelaba todo el porvenir. Así, pues, esta inconsecuencia, desde luego inverosímil, no ofrece, ningun interés para la justificacion de Napoleon; pero la presenta muy grande para la historia del espíritu humano; porque escita la curiosidad de saber como uno de los talentos mas firmes y resueltos que ha habido en el mundo, pudo en un corto intérvalo de tiempo, mirar las cosas bajo el aspecto mas contrario, y querer un resultado enteramente opuesto al que apetecia antes, y deseó un momento despues. Sin embargo, cuando se conoce el corazon humano, cuando se ha aprendido á conocerle en los grandes negocios, se sabe demasiado bien que las voluntades mas enérgicas estan sujetas á estos vaivenes de los acontecimientos, y que las mayores resoluciones han estado á punto de no ser adoptadas. Hay victorias gloriosas que ha faltado muy poco para que no se consiguiesen, porque ha dependido de una ligera circunstancia el que se diese ó no la batalla. La inconsecuencia es, pues, muy comun, porque á los hombres de mas ingenio y de caracter mas firme,

acontece variar de opinion antes de resolverse. La carta en cuestion prueba de una manera concluyente, hasta qué punto sabia ver Napoleon las consecuencias de las resoluciones que adoptaba, y de que estraordinaria prevision se hallaba dotado; pero de cuán liviano peso era esta prevision cuando le arrebataban las pasiones. He procurado, pues, con interés en algun modo filosófico, indagar lo que debia pensarse de la autenticidad de esta carta, y hé aquí por qué diversas opiniones he pasado antes de fijarme definitivamente en la afirmativa.

A primera vista, el lenguage y el pensamiento de la carta son tan admirables, que no puede dudarse sea del mismo Napoleon. En efecto, solo él ha escrito de ese modo acerca de los grandes negocios políticos y militares. La misma impresion ha producido en todos los escritores que hasta ahora se han ocupado de Napoleon; mas como estos escritores no conocian nada ó casi nada de los verdaderos documentos, no han podido sorprenderse como yo, de la contradiccion que presenta con otros datos históricos, completamente ciertos, y no se han tomado tampoco el trabajo de poner en duda su autenticidad. Sin embargo, con respecto á mi ha habido razones tan graves para desconfiar de aquella autenticidad, que no sé si llegaré á destruirlas á los ojos de los verdaderos críticos.

Así es, que esta carta se halla en contradiccion formal con la que precede y la sigue. Unos creen que su fecha fué la del 27 y otros la del 29 de marzo, pero la verdadera no puede ser mas que la última, como ya veremos. Existen cartas de Napoleon del 27 y del 30, en que se lee exactamente lo contrario, es decir, en que no solo aprueba

la conducta de Murat, sino que le previene la entrada en Madrid, y le marca el plan, por medio del cual se apoderó de la familia real de España. Por último, entre una correspondencia inmensa, esta es la única carta que se halla en oposicion con la conducta seguida por Murat y ordenada por Napoleon.

Ademas, cuando todas las cartas de Napoleon se hallan en el archivo del Louvre, esta no aparece en él. Es cierto que esto no es una prueba absoluta, porque de cerca de cuarenta mil cartas del emperador, hay algunas que no se encuentran allí, y la carta de que se trata puede ser de las del número infinitamente pequeño, de que no se ha conservado minuta. Entre las cuarenta mil no se hallarán ciento en este caso. Hay todavía mas; el emperador enumera en una carta, cuyo extracto veremos ahora mismo, todas las que habia escrito en aquellos dias, y no hace mencion de la que nos ocupa. Cuando llegó á Burdeos, recuerda una tras otra á Murat las cartas que le habia escrito, y le dice: «*He recibido vuestra carta del 3 á media noche, en la que no veo que hayais recibido la mia del 27 de marzo. La del 30, y Savary que ya debe haber llegado, os habrán dado á conocer mejor mis intenciones. El general Reille marcha al instante para ponerse á vuestro lado...*» Asi es, que ni una palabra dice de la del 29. No es, pues, creible que dejase de hacer mencion de ella si la hubiera escrito, especialmente cuando contradecia lo que habia mandado el 29 ó 30: por lo menos debia declarar que quedaba sin efecto.

Pero la no existencia de aquella minuta en el Louvre, es mucho mas significativa por la circunstancia siguiente. La voluminosa correspondencia de Murat, sin la que no se pueden conocer ni referir los acontecimientos de España, se encuentra íntegra en el Louvre. En ella se hallan las respuestas mas exactas y minuciosas á las cartas menos importantes del emperador; por manera, que puede decirse que con esta correspondencia se poseen las preguntas y respuestas sobre todos los puntos. Ahora bien, no hay ni una sola carta de Murat en respuesta á aquella tan grave, tan importante, y tan diversa de todas las demas. Murat en aquella correspondencia, da muestras de sentir vivamente las mas leves reprensiones del emperador, ¿y no hubiera dicho una palabra acerca de una carta que tan gravemente desaprobaba su conducta, y era tan diferente de la anterior y de la que la seguia? Esto es indudablemente imposible, y esta idea se corrobora mas y mas, porque en una carta fechada á las once de la noche del 4 de abril, Murat dice: *Mr. de Tournon ha llegado esta tarde, ya habrá visto preparado el alojamiento de V. M.*, y no añade, me ha entregado vuestra carta etc. Es evidente que Mr. de Tournon no le entregó ninguna, y sobre todo tan grave como la carta en cuestion. Creo, pues, que esta carta no llegó á remitirse, lo cual no prueba sin embargo que no se escribiese, como voy á demostrarlo inmediatamente.

Asi, la contradiccion que envuelve esta carta con todo lo que precede y sigue, su no existencia en el archivo del Louvre, y el silencio de Napoleon y Murat sobre este particular, me han hecho dudar de su autenticidad, y por lo menos me han demostrado que no habia sido remitida.

Vease ahora como se ha restablecido á mis ojos su autenticidad, y como he llegado á creer que se

escribió; pero no se remitió. No puedo dudar que sea de Napoleon, y cada vez que la he leido, que habrán sido veinte, me he persuadido mas. Los falsificadores pueden imitar el estilo, pero no pueden imitar el pensamiento: ademas, era necesario que figurasen en los acontecimientos, para que pudieran hablar con tanta exactitud de la salida del general Savary, de la comision de Monsieur Tournon y de otras muchas particularidades de igual naturaleza, de que abunda la referida carta. Hay particularmente en ella una circunstancia que le dá á mis ojos una autenticidad completa, y es la siguiente: Napoleon dice á Murat: *Vais demasiado de prisa en vuestras instrucciones del 14 al general Dupont.* Ahora bien, existen en efecto instrucciones del 14 al general Dupont, que merecen muy bien la censura de Napoleon, colocándose en el punto de vista en que él se colocaba en aquel momento; porque avanzando con demasiada celeridad el general Dupont, Murat dejaba la espalda del ejército espuesto á las tentativas del general Taranco que volvia de Portugal por órden del príncipe de la Paz. Los falsificadores no pueden saber estos pormenores, conocidos únicamente de los que han leido con minuciosidad las órdenes militares de Napoleon. Añadiré, ademas, que el falsificador no podria ser el mismo Napoleon, tratando de forjar en Santa Elena fuera de toda sazon una carta para justificarse de la falta mas grave de su reinado; porque ademas de que tenia demasiado orgullo para obrar asi, y no habiendo querido disculparse con una mentira de la muerte del duque de Eughien, era imposible que inventase aquella circunstancia de las órdenes del 14, puesto que

no tenia en Santa Elena los documentos del Louvre: y yo tengo la prueba, por lo que escribió en Santa Elena, de que sin querer mentir se equivocaba en las fechas y en los hechos cuando no tenia á la vista los documentos. Las mejores memorias se hallan espuestas á estos errores, y lo he esperimentado con frecuencia, comparando los escritos contemporáneos con las correspondencias de sus autores.

La carta, ademas del estilo, lleva en sí la prueba de su autenticidad. ¿Mas, cómo esplicar entonces su contradicion con la que la precede y la sigue, y sobre todo el silencio de Murat que ni aun acusa el recibo? He aqui como he procurado conseguirlo.

En el Louvre he encontrado la correspondencia de Mr. de Tournon, y he visto en ella que fué el único de los agentes franceses que vituperó la empresa de España, y que suplicó á Napoleon que suspendiese toda resolucion sobre el particular, hasta haber visto el pais por sus propios ojos. He leido ademas, en la correspondencia de Murat, que él, el general Grouchy y otros, se habian reido mucho en Somosierra de los sombrios terrores de Mr. de Tournon; y he leido vivas instancias para que Napoleon no adoptase ninguna medida por lo que le dijese Mr. de Tournon. Era, pues, el único que contradecia á Murat y su estado mayor. He encontrado ademas la prueba en la correspondencia de Mr. de Tournon, que permaneció en Burgos hasta el 24 por la tarde, esperando con impaciencia al emperador, y se halla auténticamente probado que llegó á Paris algunos dias despues. Por muy deprisa que caminase no pudo llegar antes

del 29, lo que hace que la carta en cuestion no pudiera tener otra fecha anterior, pues que en ella se dice que la entregaria el mismo Mr. de Tournon. Cuando llegó el 29 encontró al emperador sin noticias; porque como Murat no escribió el 22 y 23. Napoleon debió carecer por dos dias de pliegos de España, y debieron ser el 28, 29 ó 30, en razon al tiempo que entonces se necesitaba para atravesar la distancia que media entre Madrid y París. Asi es que no hay carta del emperador con fecha 28 y 29, como no sea la que nos ocupa. Como Mr. de Tournon encontró al emperador disgustado, segun lo está siempre el que carece de noticias en acontecimientos graves, cual lo eran en efecto aquellos, porque sabia que Murat se encontraba en aquel momento á las puertas de Madrid, y se preparaba á entrar en él, Mr. de Tournon debió ejercer grande influencia en su ánimo, y provocar la carta de que hablamos. Napoleon le encargó naturalmente que la entregase, porque en cierto modo era obra suya. La frase de, *Mr. de Tournon os entregará esta carta*, hace referencia al mismo, y sus opiniones personales hacen todavía mas evidente este pasage. Ademas, las fechas concuerdan para colocar aquella momentánea inconsecuencia de Napoleon consigo mismo en los dos dias en que estuvo sin noticias, despues de fijarse en la del movimiento de Murat sobre Madrid. En fin, al recibir el 30 la carta del 24 en que Murat le participaba que todo se habia efectuado con felicidad, volvia á sus acostumbradas ideas, lo aprobó todo y probablemente recogeria su carta ó prevendria á Mr. de Tournon que no la entregase, ó envió á alcanzarle para que suspendiese la entrega, pues-

to que las cosas habian variado. Sea como quiera, lo cierto es que no fué entregada, porque Murat no habla de ella, aunque supo por Mr. de Tournon que el emperador estuvo momentáneamente incomodado con él.

Lo indudable es que Mr. de Tournon desde el 24 de marzo por la tarde hasta el 3 de abril por la tarde, fué desde Burgos á París y desde París á Madrid; lo que supone que no se detuvo un momento, y que llegó á París el 29, en cuyo dia hizo variar de opinion al emperador y escribir la carta de que se trata. De este modo se esplica todo, y la frase en que se dice que Mr. de Tournon entregará la carta en cuestion, me ha permitido aclarar mis dudas teniendo en cuenta sus opiniones personales, y comparando las fechas.

¿Y como esta carta que no se halla en el Louvre, ha adquirido ahora tanta publicidad? Lo ignoro: Mr. de Tournon ha muerto: Mr. Las Cases, que fué el primero que la imprimió, ya no existe. Es posible que este último la recibiese de Napoleon en prueba de que no se habia equivocado completamente acerca de los asuntos de España. Es posible tambien que llegase á sus manos por algun depositario desconocido, que no ha podido ser descubierto hasta ahora. Pero el estilo y ciertos pormenores prueban de una manera irrefragable que la carta no ha sido inventada; otros pormenores igualmente auténticos demuestran que no fué entregada: las opiniones bien conocidas de Mr. de Tournon, y el cuidado de encargársela, suponen que fué obra suya, y finalmente, por las fechas se viene en conocimiento de que fué escrita en momentos que debian ser de gran inquietud para Na-

poleon, y se halla de esta suerte esplicada tan chocante contradicion. Desanimado el emperador algunos instantes, dictó las contraórdenes contenidas en aquella carta; despues, tranquilizado con la noticia de la feliz entrada en Madrid, volvió á sus primeros proyectos, y no dió curso á aquella carta que luego se ha encontrado, y de que ha querido formarse un documento justificativo, no probando mas que una cosa, y es que el talento de Napoleon le iluminaba siempre, aun cuando sus pasiones le arrastraban con frecuencia, y que hubiera hecho mejor en escuchar al uno que á las otras. He creido importante consignar este punto de historia para el estudio del corazon humano, y espero que el público concienzudo me hará la justicia de reconocer que para llegar á descubrir la verdad he tenido que sufrir muchos afanes y superar obstáculos que por lo regular no suelen tomarse los historiadores, y que ademas me he valido de documentos muy poco comunes.

FIN DEL TOMO OCTAVO.

INDICE.

PÁGS.

LIBRO VEINTE Y OCHO.

FONTAINEBLEAU.

La paz de Tilsit causa grande júbilo en Francia y en los paises aliados.—Primeros actos de napoleon despues de su regreso á Paris.—El general Savary es enviado á San Petersburgo.—Nueva distribucion de las tropas francesas en el Norte.—El cuerpo del ejército del mariscal Brune, recibe órden de ocupar la Pomerania sueca y poner sitio á Stralsund, en caso de que se renovasen las hostilidades con la Suecia.—Dirigense reiteradas instancias á la Dinamarca para decidirla á tomar parte en la nueva coalicion continental.—Secuestro de las mercaderías inglesas en todo el continente.—Primeras esplicaciones de Napo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

poleon, y se halla de esta suerte esplicada tan chocante contradicion. Desanimado el emperador algunos instantes, dictó las contraórdenes contenidas en aquella carta; despues, tranquilizado con la noticia de la feliz entrada en Madrid, volvió á sus primeros proyectos, y no dió curso á aquella carta que luego se ha encontrado, y de que ha querido formarse un documento justificativo, no probando mas que una cosa, y es que el talento de Napoleon le iluminaba siempre, aun cuando sus pasiones le arrastraban con frecuencia, y que hubiera hecho mejor en escuchar al uno que á las otras. He creido importante consignar este punto de historia para el estudio del corazon humano, y espero que el público concienzudo me hará la justicia de reconocer que para llegar á descubrir la verdad he tenido que sufrir muchos afanes y superar obstáculos que por lo regular no suelen tomarse los historiadores, y que ademas me he valido de documentos muy poco comunes.

FIN DEL TOMO OCTAVO.

INDICE.

PÁGS.

LIBRO VEINTE Y OCHO.

FONTAINEBLEAU.

La paz de Tilsit causa grande júbilo en Francia y en los paises aliados.—Primeros actos de napoleon despues de su regreso á Paris.—El general Savary es enviado á San Petersburgo.—Nueva distribucion de las tropas francesas en el Norte.—El cuerpo del ejército del mariscal Brune, recibe órden de ocupar la Pomerania sueca y poner sitio á Stralsund, en caso de que se renovasen las hostilidades con la Suecia.—Dirigense reiteradas instancias á la Dinamarca para decidirla á tomar parte en la nueva coalicion continental.—Secuestro de las mercaderías inglesas en todo el continente.—Primeras esplicaciones de Napo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

leon con el gobierno español despues de restablecida la paz.—Se dirige á Portugal una intimacion para obligarlo á espulsar á los ingleses de Lisboa y Oporto.—Reunion de un ejército francés en Bayona.—Idénticas medidas con respecto á Italia.—Ocupacion de Corfú.—Disposiciones relativas á la marina.—Acontecimientos en el mar, desde el mes de octubre de 1805 hasta el de julio de 1807.—Sistema de cruceros.—Cruceros del capitan L'Hermite en la costa de Africa, del contra-almirante Willaumez en las costas de las dos Américas, y del capitan Leduc en los mares boreales.—Envio de socorros á las colonias francesas y situacion de estas.—Nuevo ardor de Napoleon por la marina.—Sistema de guerra marítima en que se fija.—Negocios interiores del Imperio.—Cambios en el personal de los altos empleados.—El príncipe de Talleyrand es nombrado vice-gran elector, y el príncipe Berthier vice-condestable.—Mr. de Champagny es nombrado ministro de Negocios Estrangeros, Mr. Cretet ministro de lo Interior y el general Clarke ministro de la Guerra.—Mr. de Portalis muere, y le reemplaza Mr. Bigot de Preameneu.—Supresion definitiva del Tribunado.—Arreglo de la magistratura.—Estado de las rentas.—Presupuestos de 1806 y 1807.—Se restablece la balanza entre los ingresos y los gastos sin recurrir á empréstitos.—Creacion de la caja de servicio.—Institucion

del tribunal de cuentas.—Obras públicas.—Empréstitos contratados con el tesoro del ejército para aquellas obras.—Sueldos concedidos á los mariscales, generales, oficiales y soldados.—Establecimiento de los títulos de nobleza.—Estado de las costumbres y de la sociedad francesa.—Carácter de la literatura, de las ciencias y de las artes bajo la dominacion de Napoleon.—Legislatura de 1807.—Adopcion del código de comercio.—Casamiento del príncipe Gerónimo.—Ciérrase la corta legislatura de 1807, y la córte imperial se traslada á Fontainebleau.—Acontecimientos de Europa durante los tres meses dedicados por Napoleon á los negocios interiores del Imperio.—Estado de la córte de San Petersburgo despues del tratado de Tilsit.—Esfuerzos del emperador Alejandro para reconciliar á la Rusia con la Francia.—Aquel príncipe ofrece su mediacion al gabinete británico.—Situacion de los partidos en Inglaterra.—Reemplazo del ministerio Fox-Grenville por el de Canning y Castlereagh.—Disolucion del parlamento.—Formacion de una mayoría favorable al nuevo ministerio.—Respuesta evasiva á la oferta de la mediacion rusa, y envío de una escuadra á Copenhague para apoderarse de la marina dinamarquesa.—Desembarco de las tropas inglesas bajo las mismas murallas de Copenhague y preparativos de bombardeo.—Se intima á los dinamarqueses que entreguen su escuadra.—En vis-

ta de su negativa, los ingleses bombardean la capital durante tres dias y tres noches. —Horrible destrozo de Copenhague.—La indignacion es general en Europa, y se redoban las hostilidades contra la Inglaterra.—Esfuerzos de esta potencia para hacer que se aprobase en Viena y San Petersburgo el odioso é inhumano atentado cometido contra Dinamarca.—Disposiciones que inspiraron á la corte de Rusia los últimos sucesos.—Toma el partido de aliarse mas estrechamente con Napoleon, para obtener de él la Moldavia y la Valaquia, ademas de la Finlandia.—Instancias de Alejandro con Napoleon.—Resoluciones de éste despues del desastre de Copenhague.—Excita á la Rusia á apoderarse de la Finlandia, alimenta sus esperanzas con respecto á las provincias del Danubio, concluye un arreglo con el Austria, vuelve á llevar sus tropas desde el Norte de la Italia hácia el Mediodia, para preparar la espedicion de Sicilia, reorganiza la escuadrilla de Boloña y acelera la invasion de Portugal.—Formacion de un segundo cuerpo de ejército para apoyar la marcha del general Junot hacia Lisboa, con la denominacion de segundo cuerpo de observacion de la Gironda.—La cuestion de Portugal origina la de España.—Proyectos y dudas de Napoleon con respecto á España.—Poco á poco se va arraigando en su ánimo la idea sistemática de escluir á los Borbones de todos los tronos de Europa.—La falta

de un pretesto para destronar á Cárlos IV le hace titubear.—Papel de Mr. de Talleyrant y del príncipe Cambaceres en aquella circunstancia. Napoleon se fija en la idea de una reparticion provisional del Portugal con la corte de Madrid y firma el 27 de octubre el tratado de Fontainebleau.—Cuando ya se habia decidido á un aplazamiento respecto á España, los graves acontecimientos del Escorial llamaron toda su atencion.—Estado de la corte de Madrid. —Administracion del príncipe de la Paz. —Marina, ejército, hacienda y comercio de España en 1807.—Partidos que dividian la córte.—Partidos de la reina y del príncipe de la Paz.—Partido de Fernando, príncipe de Asturias.—Una enfermedad de Cárlos IV, que hacia temer por su vida, inspiró á la reina y al príncipe de la Paz, la idea de alejar del trono á Fernando.—Medios imaginados por éste para contrarestar los proyectos de sus enemigos.—Se dirige á Napoleon para obtener la mano de una princesa francesa.—Algunas imprudencias por parte suya infunden sospechas acerca de su conducta y provocan la ocupacion de sus papeles.—Arresto del príncipe y formacion de una causa criminal contra él y sus amigos.—Cárlos IV revela á Napoleon lo que pasa en su familia.—Provocado Napoleon á mezclarse en los asuntos de España, reune un tercer cuerpo de ejército por la parte de los Pirineos, y manda que las tropas marchen

aceleradamente.—Mientras se prepara para intervenir, el príncipe de la Paz, asustado por el efecto que habia producido el arresto del príncipe de Asturias, se decide á concederle el perdon, mediante una sumision deshonrosa.—Perdon y humillacion de Fernando.—Calma momentánea en los asuntos de España.—Napoleon se aprovecha de ella para trasladarse á Italia.—Parte de Fontainebleau para Milan á mediados de noviembre de 1807. . . . 5

LIBRO VEINTE Y NUEVE.

Aranjuez.

Espedicion de Portugal.—Composicion del ejército destinado á esta espedicion.—Primera entrada de los franceses en España.—Marcha desde Ciudad-Rodrigo á Alcántara.—Padecimientos indecibles.—Instado el general Junot para que acelerase su movimiento sobre Lisboa, sigue la derecha del Tajo por detrás de las montañas de Beira.—Llegada del ejército francés á Abrantes en el estado mas lastimoso.—El general Junot se decide á marchar sobre Lisboa con las compañías de preferencia.—Al saber la aproximacion de los franceses, el príncipe regente de Portugal toma el partido de huir al Brasil.—Embarque

precipitado de la córte y de las principales familias portuguesas.—Ocupacion de Lisboa por el general Junot.—Siguen los acontecimientos del Escorial.—Situacion de la córte de España desde el arresto del príncipe de Asturias, y el humillante perdon que le fué concedido.—Continuacion de las actuaciones contra sus cómplices.—Comienzan á apoderarse de la córte la desconfianza y el temor.—La reina y el príncipe de la Paz, piensan en huir á América, á imitacion de la casa de Braganza.—Oposicion de Cárlos IV á aquel proyecto.—Antes de acudir á aquel recurso estremo, se procura conciliarse á Napoleon, y se renueva, en nombre del rey, la peticion que ya habia hecho Fernando de una princesa francesa.—A esta peticion acompañan vivas instancias para la publicacion del tratado de Fontainebleau.—Napoleon no pudo recibir estas proposiciones hasta su llegada á Italia.—Arribo del emperador á Milan.—Por todas partes por donde pasa manda obras de utilidad pública.—Viage á Venecia.—Reunion de príncipes y soberanos en aquella ciudad.—Proyectos de Napoleon para devolver á Venecia su antigua prosperidad comercial.—Correría á Udino, Palma-Nova y Osopo.—Regreso á Milan por Legnano y Mántua.—Entrevista en Mántua con Luciano Bonaparte.—Permanencia en Milan.—Nuevas órdenes militares con respecto á España, y aplazamiento de la contestacion que debia

darse á Cárlos IV.—Asuntos políticos del reino de Italia.—Adopcion de Eugenio Beauharnais, y trasmision de la corona de Italia asegurada a su descendencia.—Decretos de Milan en oposicion a las nuevas disposiciones marítimas adoptadas por la Inglaterra.—Partida de Napoleon para Turin.—Se mandan hacer algunos trabajos para enlazar a Génova con el Piamonte, y á este con la Francia.—Regreso á París en 1.º de enero de 1808.—Napoleon no puede ya diferir por mas tiempo su respuesta á Cárlos IV, y adoptar una resolucion definitiva con respecto a España. Se le presentan tres partidos: un matrimonio, una desmembracion de territorio, y un cambio de dinastía.—Irresistible inclinacion de Napoleon hácia este último partido.—Aunque se habia fijado en el objeto, no lo estaba aun en cuanto á los medios; entre tanto aumentó el número de tropas en la Península, y contesta de una manera evasiva a Cárlos IV.—Se lleva a efecto la conscripcion de 1809.—Fuerzas colosales de la Francia en aquella época.—Sistema de organizacion militar que sugirió á Napoleon la dislocacion de sus regimientos, que tenian batallones en Alemania, Italia y España.—Napoleon quiere terminar aquella vez todos los negocios del Mediodía de la Europa.—Sus disensiones con el papa toman un caracter de mayor gravedad.—El general Miollis recibe la órden de ocupar los Estados romanos.—El

movimiento de las tropas inglesas hácia la Península, desguarnece la Sicilia, y suministra la ocasion largo tiempo esperada, de una espedicion contra aquella isla.—Reunion de escuadras francesas en el Mediterráneo.—Tentativa para conducir diez y seis mil hombres a Sicilia, y para abastecer abundantemente a Corfú.—Continuacion de los sucesos de España.—Conclusion del proceso del Escorial.—Al recibir Cárlos IV las evasivas respuestas de Napoleon, le dirige otra carta llena de tristeza y de turbacion, y le pide esplicaciones sobre la acumulacion de tropas francesas en los Pirineos.—Abrumado de preguntas Napoleon reconoce la necesidad de concluirlas.—Adopta por fin sus medios de ejecucion, y se propone, asustando á la córte de España, obligarla á huir como la casa de Braganza.—Esta grave empresa le hace mas necesaria que nunca la alianza rusa.—Actitud de Mr. de Tolstoy en París.—Sus relaciones poco satisfactorias á la córte de Rusia.—Esplicaciones de Alejandro con Mr. de Caulaincourt.—Advertido por éste del peligro que amenaza á la alianza, Napoleon escribe á Alejandro, y consiente en que se discuta la particion del imperio de Oriente.—Alegría de Alejandro y de Mr. de Romanzoff.—Diversos planes de division.—Primer pensamiento de una entrevista en Erfurt.—Invasion de la Finlandia.—Satisfaccion en San Petersburgo.—Asegurado ya Napoleon de la alianza

rusa, toma sus disposiciones para acelerar el desenlace de los asuntos de España en todo el mes de marzo.—Desde el 20 al 25 de febrero se espiden diferentes órdenes con objeto de intimidar á la córte de Madrid y disponerla á la fuga.—Eleccion de Murat para mandar el ejército francés.—Ignorancia en que le deja Napoleon con respecto á sus proyectos políticos.—Instruccion sobre la marcha de las tropas.—Orden de sorprender á San Sebastian, Pamplona y Barcelona.—Como el plan adoptado ponia en peligro las colonias españolas Napoleon procura evitarle con una órden estraordinaria comunicada al almirante Rosily.—Entrada de Murat en España.—Su recibimiento en las Provincias Vascongadas y Castilla.—Carácter de estas provincias.—Entrada en Vitoria y Burgos.—Estado de las tropas francesas.—Su juventud, su desnudez, sus enfermedades.—Embarazos de Murat por la ignorancia en que se encontraba tocante al objeto político de Napoleon.—Sorpresa de Barcelona, Pamplona y San Sebastian.—Malísimo efecto producido por la toma de aquellas plazas.—Alarmas que produjeron en Madrid las últimas noticias que se recibieron de París.—Proyecto definitivo de retirarse á América.—Oposicion del ministro Caballero á este plan.—A pesar de ella se aprueba el proyecto de marcha.—Se divulga la noticia de los preparativos de viage.—Estraordinaria emocion en los

habitantes de Madrid y Aranjuez.—El príncipe de Asturias, y su tio don Antonio resisten la idea de alejarse.—Se fija la salida de la córte para el 15 ó 16 de marzo.—La poblacion de Aranjuez y de las inmediaciones, atraida por la curiosidad y la cólera, se agrupa en derredor del palacio y se hace imponente por su actitud amenazadora.—La córte se ve obligada el 16 á publicar una proclama desmintiendo los rumores de viage.—Mas no por eso suspende sus preparativos.—Revolucion de Aranjuez en la noche del 17 al 18 de marzo.—El pueblo invade el palacio del príncipe de la Paz, le destruye completamente, y busca al príncipe para degollarle.—El rey se vé obligado á despojar á don Manuel Godoy de todas sus dignidades.—Continúa el pueblo buscando al príncipe.—Despues de estar escondido treinta y seis horas entre unas esteras, es descubierto al salir de su escondite.—Algunos guardias de corps logran libertarlo del furor del pueblo, y le conducen á su cuartel lleno de heridas.—El príncipe de Asturias logra que el pueblo se retire, ofreciendo que el príncipe de la Paz seria juzgado.—El rey y la reina atemorizados con tres dias de sublevacion y creyendo salvar su vida y la del favorito, firman su abdicacion el dia 19 de marzo.—Carácter de la revolucion de Aranjuez. 329

LIBRO TREINTA.

Bayona.

Desórdenes en Madrid al saberse la noticia de los acontecimientos de Aranjuez.—Murat acelera su llegada.—Al aproximarse á Madrid recibe un mensage de la reina de Etruria.—La envia á Mr. de Monthyon.—Este encuentra á la familia real desconsolada y pesarosa de haber abdicado.—Cuando regresó Mr. de Monthyon, Murat sugiere á Cárlos IV la idea de protestar contra una abdicacion que no habia sido libre, y difiere el reconocer á Fernando VII.—Entrada de los franceses en Madrid el 23 de marzo.—Protesta secreta de Carlos IV.—Fernando VII se apresura á entra en Madrid para tomar posesion de la corona.—Disgusto de Murat al ver entrar á Fernando VII.—Mr. de Beauharnais aconseja á Fernando VII que vaya á avistarse con el emperador de los franceses.—Efecto de las noticias de España en las resoluciones de Napoleon.—Adopta un nuevo partido al saber la revolucion de Aranjuez.—Concibe en Paris el mismo plan que Murat en Madrid, el de no reconocer á Fernando VII, y hacer que Cárlos IV le ceda la corona.—Mision del

general Savary en Madrid.—Regreso de Mr. de Tournon á Paris.—Duda momentánea que se suscita en el ánimo de Napoleon.—Despacho singular del dia 19, que contradice lo que habia pensado y resuelto.—Las noticias de Madrid llegadas el 30 confirman á Napoleon en sus primitivos proyectos.—Aprueba la conducta de Murat, y que envie á Bayona toda la familia de España.—Se pone en camino para Burdeos.—Con la aprobacion de Napoleon Murat trabaja con el general Savary en la ejecucion del plan convenido.—Fernando VII, despues de recurrir en Madrid á sus confidentes intimos, el duque del Infantado y á don Juan Escoiquiz, delibera sobre la conducta que deberia observarse con los franceses.—Motivos que le deciden á salir en busca de Napoleon.—Una entrevista con el general Savary acaba de decidirle.—Resuelve la marcha, y deja en Madrid para que le represente, una regencia presidida por su tio don Antonio.—Sentimiento de los españoles al verle partir.—Los reyes padres al saber que va á presentarse á Napoleon, quieren tambien trasladarse alli para defender en persona su propia causa.—Júbilo y locas esperanzas de Murat al ver que los príncipes españoles se entregan por sí mismos.—Espíritu del pueblo español.—Su conducta con las tropas francesas.—Actitud de Murat en Madrid.—Viage de Fernando VII desde Madrid á Burgos y de

Burgos á Vitoria.—Su permanencia en Vitoria.—Sus motivos para detenerse en aquella ciudad.—Savary se separa de él para ir á recibir nuevas instrucciones de Napoleon.—Napoleon se establece en Bayona.—Carta que escribe á Fernando VII y órdenes que dicta con respecto á él.—Fernando VII se resuelve por último á marchar á Bayona.—Su llegada á aquella ciudad.—Recibimiento que le hizo Napoleon.—Primera insinuacion acerca de lo que se quiere de él.—Napoleon le manifiesta sin rodeos su intencion de apoderarse de la corona de España, y le ofrece en compensacion la de Etruria.—Resistencia é ilusiones de Fernando VII.—Napoleon para terminarlo todo aguarda la llegada de Cárlos IV, á quien habia invitado para que fuese á Bayona.—Viage de los antiguos soberanos.—Libertad del príncipe de la Paz.—Reunion en Bayona de todos los príncipes de la casa de España.—Acogida que Napoleon dispensa á Cárlos IV.—Le trata como rey.—Fernando vuelve á la condicion de príncipe de Asturias.—Convenio de Napoleon con Cárlos VI para asegurar á éste un magnífico retiro en Francia, mediante el abandono de la corona de España.—Resistencia de Fernando VII.—Napoleon se hallaba pronto á concluirlo todo por un acto de su inmenso poderío, cuando los acontecimientos de Madrid le suministran el apetecido desenlace.—Insurreccion de

Madrid el dia dos de mayo.—Murat manda una represion enérgica.—Consecuencias en Bayona.—Emocion de Cárlos IV al saber la jornada del dos de mayo.—Escena violenta entre el padre, la madre y el hijo.—Terror y resignacion de Fernando VII.—Tratado para la cesion de la corona de España á Napoleon.—Partida de Cárlos IV para Compiegne y de Fernando VII para Valencey.—Napoleon destina para la corona de España á José, y para la de Nápoles á Murat.—Dolor y despecho de este último al saber la resolucion de Napoleon.—Mas no por eso deja de trabajar para obtener de las autoridades españolas la espresion de sus deseos en favor de José.—Declaracion equívoca de la junta y del Consejo de Castilla, manifestando su voto condicional en favor de José.—Descontento de Napoleon con Murat.—Mientras aguarda la contestacion de José para poder proclamar la nueva dinastía, Napoleon procura subsanar la violencia que acaba de cometer con la España por medio del empleo maravilloso de sus recursos.—Auxilio de dinero á la España.—Distribucion del ejército de manera que pudiese defender las costas y evitar todo acto de resistencia.—Vastos proyectos marítimos.—Llegada de José á Bayona.—Es proclamado rey de España.—Junta convocada en Bayona.—Deliberacion de aquella junta.—Constitucion española.—Aceptacion de la constitucion y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reconocimiento de José por la junta.—Conclusion de los acontecimientos de Bayona, y salida de José para Madrid, y de Napoleon para Paris. 527
Nota del libro XXIX. 667
Nota del libro XXX. 688

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

